

*Blanca
Álvarez*

LOS TRES
SECRETOS DEL
SAMURAI



Lectulandia

Ambientada en el Japón del siglo XVIII, «Los tres secretos del Samurái» cuenta la historia de Tomiko, quien, siendo apenas una adolescente, marcha de su casa con el propósito de librar a su hermana pequeña de un matrimonio de conveniencia con un hombre aborrecible.

En su camino, la muchacha encuentra a seres mágicos que deciden ayudarla, aunque no a cambio de nada. Para salvar a su hermana, la muchacha decide ponerse a su merced, renunciar a su identidad y convertirse en Susanô, el samurái del dragón. Como guerrero, Tomiko vivirá innumerables aventuras y conocerá a dos hombres que marcarán su destino: el valiente Shuzai y Hanzaburo, el hijo del zorro.

Lectulandia

Blanca Álvarez Gonzalez

Los tres secretos del samurái

ePub r1.1

OZN 27.02.14

Título original: *Los tres secretos del samurái*

Blanca Álvarez Gonzalez, 2013

Retoque de portada: OZN

Editor digital: OZN

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mis amigos más leales: Isobela, Joao, Günter y Geneviève.

A Didier y Fefo, in memóriam.

A mis padres, que me amaron en tiempos duros.

«Vencerá aquel que sabe cuándo puede pelear y cuándo no».

Sun Tzu, El arte de la guerra

*«A menudo son las personas que pasan, y no las que permanecen,
Las que juegan un papel decisivo en nuestras vidas».*

R. Menéndez Salmón, Medusa

Los ORÍGENES

LA FUGA

Mucho antes de que se abrieran las puertas en la gran casa del señor Susanô, el rumor recorría todos los dominios del feudo de Yamato, cuando los brotes de arroz esperaban su primera cosecha y la primavera encendía cerezos y almendros. El calendario señalaba el mes de shigatsu, el de las promesas. El rumor se posó sobre la belleza del paraje tiñendo los cielos de gris y cerniendo alas negras sobre los campesinos y artesanos del lugar.

Un rumor estridente como una maldición.

Los dioses cobraban la calma de los últimos años, las fecundas cosechas, la paz de los caminos libres de salteadores y la abundancia de hijos.

La fuga de Chikako despertó el miedo y abrió las heridas de los secretos olvidados.

Los criados de la casa, al alba, cuando la serpiente regresa al nido, se levantaron sobresaltados, como si el rugido de aquel rumor hubiera llegado hasta sus aposentos. La hora del Conejo se inició con el sonido de la pequeña campana que llamaba a las tareas diarias desde el arco principal de la mansión donde habitaba el señor Susanô. Sin embargo, aquel día, pareció dar cuenta de un incendio cuyas llamas no podrían ser apagadas ni con toda el agua de los ríos.

Cuando la joven sirvienta Keiko sirvió el primer té de la mañana al gran señor, temblaba imaginando la cólera del amo en forma de lenguas de fuego lanzadas por su boca.

Las puertas del mal se abrieron para todos.

Sobre sus cabezas, caería la venganza de honor del amo.

Unos rezaban, otros maldecían y escupían el nombre de la traidora. Los niños se escondían entre las faldas de sus madres. Los viejos relataban historias olvidadas de malos tiempos.

Todos temblaban.

Tal vez la próxima cosecha se pudriera antes de ser recogida y llegase, junto con la venganza del amo, el hambre, esa vieja compañera de los campesinos.

En boca de todos estaba el nombre, ahora odiado, de la mujer capaz de transformar la bondad del amo en justa cólera.

¡Chikako!

Pero incluso su nombre terminaría prohibido en aquellas tierras.

¡Chikako!

Y las viejas lo masticaban tratando de deshacer con sus dientes incluso el recuerdo de cada sílaba. Pronto se convertiría en uno más de los diablos fantasmales escondidos en las grutas y las cuevas.

A los cuarenta mil dioses de la vieja religión habría que añadir el suyo en el lado

oscuro.

Incluso el aire parecía anunciar esa mañana el huracán que provocaría aquel nombre.

Incluso los pájaros escribirían, con su perfecta caligrafía, el anuncio de la maldición con su nombre.

Incluso...

La joven y bellísima esposa de Susanô había desaparecido esa misma noche, probablemente al final de la hora del Buey, tal vez en la hora del Tigre, cuando más densas son las sombras de la noche. Nadie la vio partir, sin embargo, todos recordaban algún detalle premonitorio:

Yo escuché los pasos de un zorro, lo juro, aun antes de llegar la hora del Buey.

Desperté a la hora de la Rata y escuché el siseo de unos abanicos.

Yo sentí una ráfaga de aire helado, sí, seguro, al inicio de la hora del Tigre.

Todos creyeron que habían advertido el momento de la huida.

Todos se hacían cábalas sobre el destino de la joven y bella Chikako.

No se abandona impunemente al esposo. Y menos si resulta ser un hombre importante, amigo personal del Shogun, respetado por nobles y sacerdotes, cuyas riquezas nadie podía contar y a quien visitaban magistrados y abades llegados desde Nagasaki o Kioto; a quien frecuentaban samuráis emisarios desde Edo.

—La muerte, eso le espera —decía uno.

—Una muerte que nos alcanzará —añadían otros.

—¡A todos!

—Nuestras cabezas valen menos que las piedras del camino —se lamentaban.

—¿Cómo pudo cometer semejante injuria? —se preguntaban.

—¡Un demonio disfrazado, eso era! —afirmaban algunas mujeres.

Un rumor de muerte anunciada recorría todos los rincones esa mañana.

Como si lo hubiera presentido, la joven Keiko, al final de la hora del Tigre, había despertado sintiendo en los labios el cosquilleo de un antiquísimo poema que cantaba las bellezas del palacio del amor dibujando un tapiz celestial.

Los cabellos negros se conservan difícilmente,

El cutis dorado cambia fácilmente,

Los hombres no son como los pinos siempre verdes...

Ahora, Keiko imaginaba terminados para siempre los buenos tiempos al servicio de la dulce señora y el amo justo que jamás abusaba de su poder.

Suspiró. No sólo pensaba en ella. Se tapó la boca para no pronunciar otro nombre.

Ella había sido feliz en la casa del Samurái Calígrafo, antes cantado por los juglares como Samurái del Dragón; tan sólo hambre, golpes y miseria había conocido hasta entrar a su servicio. Aquí, pese a no ser más que una simple sirvienta, no comía restos y sobras, sino comida igual a la de los amos. Y la extravagante costumbre se extendía al resto de los criados. Además, dormía sobre un futón, no sobre el suelo o en el establo; Chikako le regalaba su propia ropa, incluso le compró un hermoso kimono en su decimoséptimo cumpleaños.

Regresarían las lágrimas de los años negros, cuando, huérfana y sola en el mundo, mendigaba unos granos de arroz y recibía insultos y palos.

Además, el joven caballero que llegó con el señor, aquel con orejas de zorro, Hanzaburo, siempre cerca de su amo como si sólo su sombra pudiera cobijarlo, le sonreía y ella sentía el rubor subiendo desde sus tobillos hasta la punta de sus cabellos.

Hanzaburo era un misterio.

Un hermoso rostro de boca casi femenina y cercado por dos puntiagudas orejas y un cuerpo perfectamente dibujado en músculos elásticos contradecían sus cabellos blancos, azules de tan blancos, propios de un anciano. Hablaba poco y gozaba con la costumbre de desaparecer durante días, incluso semanas. A su regreso, con las ropas en perfecto estado, sin un arañazo, parecía un novio tras visitar a su amada, salvo por su mirada de ojos dorados que, en cada regreso, mostraban una turbadora y plácida fiereza.

Hanzaburo poseía la mirada hechizante de un animal.

Keiko lo veía sonreír y temía un futuro lleno de malos presagios donde se disolverían, para siempre, los luminosos días de felicidad.

Toda esa felicidad se iba para siempre tras los pasos de la dulce y bella señora.

¿Qué sería del niño?

Se lo preguntaba sin palabras: no debía atraer nuevas desgracias sobre la casa.

Keiko daría su vida por la dulce señora; también por su generoso esposo. De nada serviría.

Al menos, que se libre él.

Rogaba pensando en Oki.

Ahora, se miraba impotente las manos: la desgracia no hace sonar trompetas para anunciarse, llega a lomos de silenciosas hormigas.

¿Qué infortunios caerían sobre sus frágiles hombros? Y, sobre todo, ¿qué sería de su hijo Oki?

Keiko mezcló sus lágrimas con el agua a punto para preparar el té de Susanô.

Para unos, la desaparición no había sido voluntaria; en realidad, la mujer cumplía el deseo del esposo, harto de ver cómo no le concedía descendencia, sobre todo a la

vista de lo hermoso que crecía Oki, hijo del señor y de Keiko, una simple criada de la casa.

Todos aseguraban que el niño lucía el aplomo del padre en cada gesto.

El amo lo acogió desde su nacimiento y lo nombró su heredero.

Sí, esa podía ser una buena razón. Y si hubiera sido el amo quien le había ordenado partir de su lado, no recaería sobre sus vasallos ninguna venganza. El amo buscaría otra esposa, capaz de darle hijos en abundancia, y pronto todos olvidarían a la bella Chikako.

Para otros, la muy bella e ingrata mujer había huido de tan amante y fiel esposo enferma por algún amor innoble. Tal vez hechizada por alguna bruja, envenenada por algún filtro capaz de hacerle olvidar sus responsabilidades de esposa.

—Merece la muerte.

Cada campesino, artesano, criado, niño, viejo, enfermo, tullido apretaba los puños dispuesto a ser la mano ejecutora de esa muerte.

Si Chikako se había marchado por propia voluntad, la ira del amo no conocería límites. Con todo, nadie lograba dar con el responsable de aquel amor perverso en la esposa.

Algunas mujeres cuchicheaban sobre la escasa salud mental de la joven, enloquecida ante su vientre estéril. Según ellas, la joven se había lanzado a las aguas del río para evitar la vergüenza en el esposo y permitirle buscar una esposa digna. Una esposa que le permitiera perpetuar su apellido y su fortuna.

—Un hombre sin hijos... —Y movían sus cabezas viejas mientras sus encías masticaban las palabras.

—El hijo de una criada no es digno de heredar su hacienda...

Si el cuerpo de la bella mujer aparecía flotando en el río, o en algún rincón de las orillas, recibiría los honores de un entierro digno, e incluso el agradecimiento de todos, incluido el amo, por tan generoso gesto.

Habría cumplido con los deberes de una esposa, devolviendo el honor al marido con su suicidio de mujer estéril. Se lo debía, según la tradición.

Hubo quien aseguró haberla visto, al final de la hora del Cerdo, saliendo de la casa, montada a caballo, con vestiduras de hombre y acompañada por otro jinete.

El aire se movía lento, pesado y cargado de rumores.

Lo único cierto era la ausencia de Chikako.

El único futuro, la venganza de Susanô como una maldición y un anuncio de los malos tiempos.

De alguna manera, todos intentaban ver en el rostro de Shuzai, el samurái jefe de la guardia personal de Susanô, un gesto, una sombra que hiciera posible descifrar el próximo futuro. Pero el rostro del samurái permanecía impassible, vigilante y pétreo.

Shuzai no había salido de sus aposentos, no preparó a la guardia permanente: ni la

hizo formar, ni les ordenó limpiar arcos y espadas.

¿Conocía el samurái Shuzai algo que los demás desconocían?

¿Habría sido su propia espada la encargada de limpiar el honor de Susanô?

Podía haber ejecutado a la bella esposa, desmembrado su cuerpo y esparcido sus restos por el bosque.

Ni en la mirada serena del guerrero, ni en la siempre alerta de Hanzaburo podía leerse ninguna respuesta. Tan sólo una leve tensión de sus cuerpos, a modo de alerta, como cuando se olfatea un combate, daba cuenta de la desgracia.

Entre tan negros presagios se hallaba Keiko cuando cargaba la bandeja con el té, a la misma hora de todos los días, temiendo derramarlo por entre los temblores de su cuerpo. Ante la puerta del señor, sentado y repasando el bruñido arco de bambú, Hanzaburo aguardaba la llamada del amo y esperaba. La joven criada no se atrevió a mirarlo a los ojos, esperó paciente a que el joven hijo del dios Zorro, pues ese era su origen, según los más viejos del lugar, recorriera las puertas de los aposentos.

Hanzaburo la saludó con la sonrisa de todos los días, con la leve inclinación de siempre. La joven no supo si sentirse tranquilizada o más asustada. Los hombres ocultan sus intenciones bajo una sutil capa de cortesía.

Susanô, impasible, sentado sobre su cojín favorito, miraba hacia un punto lejano del horizonte sin que ningún rasgo de su cara, ningún músculo de su cuerpo delataran ni el más mínimo enfado.

La joven criada, con la mirada baja, no se atrevía ni a respirar. Temía estar ante la calma de un volcán segundos antes de lanzar todo su fuego.

Ni toda la lluvia del mundo apaga la hoguera del deshonor, pensó la joven.

Mientras, por los pasillos y habitaciones de la gran casa, por los campos de labor, en el interior de las chozas campesinas, resbalando la superficie del manso río, desbordando los dominios del gran señor y cubriendo el territorio de Yamato, circulaban cientos de rumores, diferentes en contenido, idénticos en el asunto: la desaparición de la hermosa Chikako.

La calma con apariencia feliz, tan sólo la mostraba Susanô; los rostros impenetrables de Hanzaburo y Shuzai tenían más que ver con la contenida tensión del guerrero a la espera de recibir la orden decisiva; ambos actuaban como si fuera una mañana cualquiera.

Pero no lo era.

Y, siguiendo la lógica de los murmullos, junto a los nuevos rumores de la esposa ingrata, se reavivaron los viejos sobre Susanô.

¿Qué sabían realmente de su amo?

Para Keiko, el amo era un hombre bueno, justo, amable, capaz de realizar actos de generosidad impensables como el haber adoptado como propio al hijo que había dado a luz, asustada y escondida en la cocina. Claro que también ella, la fugada Chikako, había tomado parte en esa decisión.

Tranquila, Keiko, nosotros lo acogeremos como propio, ¿será el hijo que no puedo darle al amo!

¡Impensable tanta generosidad! Pero se confirmó con el paso de las semanas y los meses; ambos trataban al niño como si realmente llevara su sangre. El hijo que la señalaba como paria se había convertido en una bendición.

El ama no podía tener hijos, pero algo tan grave no hacía mella en la alegría de la bella esposa, ni en el afecto del amo. La criada no lograba comprenderlo. Chikako jamás realizó ningún acto para conseguir la fertilidad, ni acudió al templo, ni a la fiesta de los dones donde las mujeres suplican la bendición de dar a luz un varón sano y fuerte. Esa ausencia de hijos no modificó ni las costumbres, ni las risas, ni la calma.

Inaudito.

Susanô cubría de regalos a Chikako sin parecer importarles la esterilidad de su vientre; salía de caza con Shuzai o participaba en los entrenamientos de arco y espada con el samurái y con Hanzaburo sin que nada turbase sus costumbres ni su serenidad.

Todos habían vivido anestesiados por la calma de las buenas costumbres. De la rutina feliz de los días:

La campana a la hora del Conejo llamando al trabajo en los campos y la casa.

El primer té de la mañana, sólo para el amo; más tarde junto a la esposa y los dos amigos, el samurái y el hijo del dios Zorro.

A la hora del Dragón, el amo dedicaba un tiempo a sus ejercicios con la espada, Shuzai se reunía con la pequeña tropa para los entrenamientos diarios y Hanzaburo salía con su arco a recorrer el bosque; siempre regresaba con buena caza para la mesa.

A la hora del Caballo, los cuatro comían juntos. Algo que jamás había comprendido la joven criada: ese gusto por hacer partícipe a la esposa de algo que los hombres realizaban habitualmente a solas.

Ocupaban las primeras horas de la tarde por separado: Susanô con sus escritos; Chikako con los bordados, la música o la caligrafía; Shuzai con sus prácticas guerreras; Hanzaburo casi siempre con su arco, si no se encontraba perdido en alguna de sus extrañas escapadas.

A la hora del Perro, invariablemente, Susanô y el samurái jugaban su partida de Go, en un viejo tablero de palisandro, el amo con las piedras blancas, el samurái con las negras. Mientras, dirimían los asuntos del gobierno, pacífico y sin demasiados conflictos, del feudo de Yamato, o charlaban como viejos amigos de poesía, caligrafía

y estrategia.

La cena, puntual, a la hora del Cerdo. Si en la casa se hospedaba algún titiritero, calígrafo, poeta o músico, se reunían en el Gran Salón y disfrutaban de la velada con los invitados. Los escasos días en que nadie se hospedaba en la casa, los tres o los cuatro, dependiendo tan sólo de las desapariciones de Hanzaburo, permanecían juntos, entre charlas, juegos, risas...

¡Ya nunca se repetiría el dulce goteo de los gestos cotidianos!

Keiko se debatía entre dos lealtades. El amo: generoso, bondadoso y justo; por eso, porque era justo, las leyes del honor le obligaban a vengar una afrenta como aquella. Pero ella, la esposa del amo, además de ser la mujer más hermosa que la criada había conocido, no sólo era tan buena y generosa como él, además, la había recogido cuando llegó a las puertas de la gran casa, desfallecida, hambrienta y embarazada; sin preguntas, como si ambas fueran gemelas de una misma desgracia.

Hermana, se terminaron tus fatigas, en esta casa encontrarás amparo y cariño.

La llamó hermana y cumplió con el nombre.

Alguna tarde, al final de la hora del Mono, cuando se sentaba en sus aposentos antes del baño diario de Susanô, sus bellos ojos se perdían en el horizonte y una sombra, apenas perceptible, velaba el brillo ónix de sus ojos.

¿Qué secreto escondían esas ligeras sombras?

¿Fue ese secreto el que la arrastró finalmente al deshonor?

¿Cumpliría Susanô con las leyes del honor que obligaban a la venganza?

¿Sufriría el pequeño Oki sobre su frágil cuerpo las flechas del arco que habría de disparar el amo?

Las preguntas se transformaban en cuerdas atando el frágil cuello de la joven.

Y no encontraba señales capaces de indicarle por dónde se encaminaría el futuro.

Keiko no sabía si la quietud en los gestos del amo presagiaban el improbable perdón o si, simplemente, enfriaba su corazón para resultar más cruel en su derecho de venganza.

Ignoraba si la sonrisa de Hanzaburo escondía el escozor previo a la venganza; si el silencio permanente de Shuzai afilaba su espada.

¡Ni una señal!

Ella, Keiko, no fue testigo de sus bodas, pero había escuchado el relato cientos de veces: todos, en la casa, en el pueblo, en los arrozales, los lavaderos y el río, todos contaban la misma versión de aquel extraño matrimonio.

LOS ESPONSALES

Susanô había llegado cuatro años atrás, justo para preparar sus bodas con la hermosa, y ahora ingrata, Chikako. Llegó precedido de su generosidad para con la familia de la joven. ¡Un auténtico tesoro acompañó la petición de su mano! Algo no sólo desmedido para la joven, sino increíble dadas las penosas circunstancias de la futura esposa.

Susanô llegó envuelto en un secreto.

La hermosa Chikako había sido prometida recién cumplidos los cuatro años tras comprobar un emisario la perfección de su belleza con un rico mercader, Shozo Masashi, para entonces un hombre en plenitud de madurez y a quien precedía su fama de voluble y cruel. Alguien tan ávido de hermosas mujeres como para enviar emisarios por todas las tierras conocidas en busca de la niña más perfecta con el fin de desposarla. Una niña que no sobrepasase los siete años para, de este modo, asegurarse la primicia de su cuerpo.

Pese a la mala fama del futuro marido, quien aumentaba su crueldad con una contumaz adicción al sake y con turbios pero succulentos negocios con los extranjeros de Nagasaki, aquel sería un matrimonio muy ventajoso para la familia de la joven, sin tierras, ni títulos, ni otro valor que el de aquella niña. Niña que pasó a ser la envidia de los vecinos, la joya de los padres y a quien llegaban a visitar poetas y artistas de remotos lugares, atraídos por la fama de su belleza, también por el desigual compromiso matrimonial.

*Su risa es fuente entre juncos,
Una hermosa luna tierna,
Ni en el norte, ni en otras tierras,
Tan perfecta,
Como un grano de arroz sobre una hoja de té.*

¡Todo presagiaba felicidad y prosperidad en torno a la hermosa niña!

Sin embargo, cuando faltaban unos meses para la celebración de los esponsales, en el decimosexto cumpleaños de la hermosa prometida, el mercader anuló el compromiso.

Los padres sintieron sobre sus cabezas el peso de una montaña.

Todos miraban a la pequeña como si fuera responsable de alguna tara sin nombre capaz de empujar al rico mercader a romper la promesa de matrimonio. Algo que los padres no lograron ver debió de llegar hasta el mercader y enfurecerlo hasta el punto de que este decidiera cancelar la ceremonia.

Liberada de su promesa, la joven, con tan escasas primaveras cumplidas, se vio expuesta a la vergüenza de ser abandonada. Nada más terrible que ser repudiada antes de la boda; un estigma sobre la niña imposible de borrar; el dedo de un dios señalándola como impura. Su padre sabía bien que su hija jamás lograría esposo, no ya un esposo digno, sino cualquier esposo. Ni entre los parias.

Chikako había pasado de ser la joya de la familia a convertirse en la lacra de su honorabilidad. Los padres reciben las bendiciones o los castigos que recaen sobre sus hijas como propios. La hicieron responsable de una decisión ajena a su inocente vida; incluso llegaron a golpearla reiterada y violentamente, como si a través de su carne pudieran golpear a los dioses del destino.

A ella no pareció importarle la anulación del compromiso, incluso se sintió aliviada. Eso sí, pasó de la vida regalada de una prometida sometida a todos los cuidados para no estropear su blanca piel lunar, a convertirse en una más para las más duras labores del campo y la casa.

Ella aseguraba que no lamentaba su nuevo estado.

Tampoco le importaba permanecer sin marido.

—¡Los dioses han visto tu locura y nos castigan a todos en tu falta! —gritaba el padre.

Su madre aún la trataba peor, como si viera en la hija una repetición de su propia desgracia como mujer.

—Trabajarás el resto de tu vida como una mula, sin marido, sin hijos, sin nada que alivie tu condición de pobre mujer campesina —le repetía a diario.

Hayato, su hermano mayor, la trataba ahora con el desprecio contenido durante años. Sus burlas eran infinitamente más crueles que las del resto de los jóvenes y no perdía ocasión ni para despreciarla ni para golpearla.

¡Cómo echó de menos a su amada hermana mayor! Tomiko, que se llamaba como la madre pero en nada se parecía, fue una estrella luminosa y protectora durante su más tierna infancia y el único ser vivo de casa en quien depositó todo su cariño.

Pero Tomiko había desaparecido una noche, seis años atrás, sin volver a dar señales de vida y sin que nadie en la casa, salvo ella, notara su ausencia.

¡Cómo la necesitaba ahora!

La joven abandonada por su prometido llegó a pensar que había sido ella misma, con su indeseada belleza, quien había expulsado de la casa a Tomiko y ahora, justo cuando ella pasaba a ser la despreciada, comprendía, en su totalidad, el amargo dolor de su hermana, humillada desde siempre por sus padres y hermano.

Durante aquel exilio en su propia familia, recibiendo un trato de esclava, Chikako lloró todas las noches, no por su infortunio, sino por el egoísmo que la cegó y no le dejó ver las penurias de Tomiko.

Hermana mía, perdóname. Perdóname y llévame contigo, incluso en el infierno

estaré mejor si tú estás a mi lado.

Tan sólo su recuerdo, en los felices y remotos días de su compañía, mitigaba en algo sus penas.

Justo en ese momento, cuando la joven comenzaba a servir de escarnio para familiares y vecinos, cuando los jóvenes campesinos que antes la miraban sin alzar la vista se mofaban, acompañados en la burla por Hayato, de su inútil belleza, llegó un mensajero con una generosa propuesta matrimonial. Para disipar dudas sobre su posible patrimonio, envió, sin firmar aún ningún compromiso, dos inmensos cofres repletos de seda y otro más rebosante de oro, esmeraldas, rubís, diamantes y perlas jamás vistas en tamaño y perfección.

De nuevo el asombro llenó los ojos y los corazones de todos.

De nuevo, Chikako recuperó sus privilegios y la mirada baja de los jóvenes a su paso.

El padre de la joven no daba crédito a su suerte.

Hayato procuró evitar la mirada de su hermana para no despertar su justa venganza por las burlas y los golpes propinados cuando se rompió el compromiso con el mercader.

La madre corrió a cubrir su rostro y sus pies para que ni el sol ni el aire estropearan su piel de valiosa porcelana. Compró ungüentos de arcilla y loto para lustrar su cuerpo y nidos de gusanos de seda para su rostro.

Entonces, todos imaginaron que alguien tan rico por fuerza sería viejo o padecería alguna monstruosa deformidad. Pese a todo, se trataba de un marido. Y rico.

¡Los dioses la habían vuelto a bendecir!

Chikako fue la única en no alegrarse con aquel cambio de suerte: prefería el campo con sus tareas, las burlas de sus vecinos, incluso los insultos de su padre y las palizas de la madre o las patadas del hermano, antes que verse sometida a un desconocido. Lloró cuando su madre, recuperada la voz dulce de otros tiempos, le preparó un baño, perfumó su piel y le devolvió los hermosos kimonos de antaño, los calcetines de seda y los mocasines bordados.

—¿Cómo será, madre?

—Será un marido —refunfuñaba la madre frotando su piel en busca de la suavidad perdida—. ¡Ni te atrevas a poner en duda tu suerte!

—Madre, ¿y si es viejo y cruel?

—Te mantendrá, no trabajarás el campo, no permitirá que el aire y el sol estropeen tu piel, comerás ricos manjares, no sabrás lo que es el hambre. —La madre casi odiaba a la bella hija—. ¡Niña ingrata!

Tal vez el hambre fuera terrible, pero la niña prefería un inmenso agujero en su estómago a un marido viejo y cruel. En cuanto a su piel, le gustaba demasiado sentir

el agua del río en sus pies y los rayos de sol acariciando sus mejillas como para alegrarse de perderlos.

Entonces regresaba el rostro casi borrado de su hermana y deseaba sentir su abrazo y su consuelo. Un consuelo que ningún otro miembro de la familia le concedería.

—Es el nuevo daimyo del feudo, ¡no lo olvides! Incluso está construyendo un palacio para vuestra vida en común.

Eso hacía inmensamente feliz a la madre de la novia. No sólo casaba a su hermosa hija, sino que la tendría cerca y ella misma se beneficiaría con la sombra de un yerno tan rico y cercano como un inmenso árbol protector.

—¡Un palacio! —gritaba alborozada, pavoneándose ante las mismas vecinas que, poco antes, la habían insultado.

La hija bajaba la cabeza y dejaba de llorar. Decidió que ni siquiera su madre volvería a servir como confidente de sus penas y alegrías: apretaría los labios, bajaría la cabeza y escondería sus secretos al mundo. Sus lágrimas tan sólo correrían por el interior de su corazón.

Lo que Chikako no dijo, ni a su madre ni a su propia sombra, era que su corazón, desde el verano anterior, pertenecía a un joven y pobre muchacho, Nagayuki, juglar y constructor de hermosas muñecas de madera.

Imposible hablar de aquel secreto.

Mientras, entre lágrimas, Chikako recordaba el hermoso rostro de su amado, acariciaba la pobre muñeca de madera que le regaló como despedida, e intentaba preguntar a las sombras del pequeño templo cómo sería su futuro marido. Podía ser viejo y cruel, malvado, duro, achacoso. Agitaba el incienso y cerraba los ojos, asustada y vencida por el destino.

El destino, ese dios insobornable que, sin permiso, la hizo tan hermosa y deseable; que la ató primero a un desconocido y rico hombre que podría haber sido su padre; después la libró del cruel mercader. Le mostró más tarde el hermoso rostro del amor. Y, finalmente, en una nueva vuelta de cuerda sobre su cuello, le ofrecía otro marido tal vez peor que el primero.

Las niñas no eligen a sus maridos, los dioses del destino se encargan de adjudicarles dueño y a ellas sólo corresponde bajar la cabeza.

De nada le servía haber entregado su corazón, en secreto, al constructor de muñecas.

Apretaba los labios para evitar que el amado nombre saliera de su boca. Nunca podría pronunciarlo, ni siquiera ante el altar de los antepasados. Su cuerpo, su mente, su corazón, sus deseos, sus días futuros tan sólo tendrían el nombre, la presencia, la voz del marido que llegaría en breve para desposarla y librar a la familia del

deshonor.

¿Por qué la habría elegido?

¿Qué sabía de ella aquel desconocido?

—No lo amaré —se decía sin miedo—. Tampoco dejaré que nadie conozca mi falta de amor. Seré una buena esposa.

Intentaba convencerse para no morir de angustia.

¿Qué otra actitud se podía esperar de una hermosa joven casadera?

Al menos, le decía la madre, no tendría una suegra odiosa cerca, porque, caso de haberla, sería ella la enviada antes del matrimonio.

Parecía que el futuro marido llegaba desde el silencio de las sombras. Sin familiares, sin pasado. Cargado tan sólo con sus riquezas y sus promesas matrimoniales.

Mayúscula fue la sorpresa cuando todos contemplaron al prometido. Susanô era un hombre en la plenitud de la vida, sin deformidad alguna, sereno y agradable el rostro, fuerte y agraciado el cuerpo. Las mujeres lo encontraron atractivo, los hombres se inclinaban ante el poder de su figura y la certeza de su riqueza. Todos respetaban su silencio y la nobleza de sus gestos. Ni siquiera su boca dibujaba el rictus cruel de los grandes señores. Tan sólo la serenidad de quien ha vivido entre las reglas del wabi y el sabi^[1].

¡Un misterio!

La propia Chikako sintió un aleteo de gratitud en su corazón: al menos no era viejo, ni desprendería su piel el aroma de la muerte; además, parecía dulce como los rasgos de su rostro. No podría amarlo, porque su amor estaba entregado a Nagayuki, pero, al menos, podría sentir cariño y gratitud por quien sería su marido.

Mucho más de cuanto podían decir muchas mujeres, sometidas a un marido cruel y pobre.

El destino, sin desdecir su cruel designio, mantenía un resquicio de piedad y la entregaba a un hombre a quien, al menos, podría respetar e incluso rodearlo con una aureola de aprecio.

En silencio, agradeció a los dioses su clemencia.

Tal vez, pensó, su desaparecida hermana le enviaba el consuelo de un marido aceptable desde el remoto lugar donde se encontrara.

Ignoraba lo acertado de tal pensamiento.

Todos murmuraban sobre la suerte de la bella muchacha: su marido no sólo debía de ser inmensamente rico, por los presentes enviados, por el palacio recién construido sobre una colina, sino que era joven y hermoso.

Definitivamente, los dioses, amantes de la belleza y la luz, protegían a la hermosa

Chikako.

—Eres afortunada —suspiró su madre tras su oreja—. Tu belleza te protege —un resto de encono tiñó sus palabras.

—Seré una digna esposa —respondió ella convencida.

—De lo contrario, los dioses te convertirán en un fantasma, hija. ¡Y yo misma los ayudaré en su castigo! —amenazó apretando los puños, sin fiarse de la cordura de su bellísima hija, dueña de una hermosura que jamás poseyó la madre.

La madre, en el fondo, imaginaba que la belleza de su hija había sido concebida por los dioses para humillarla aún más en su triste vida de campesina pobre y fea.

¡Convertida en un fantasma! Uno más entre los fantasmas femeninos castigados. Chikako tembló ligeramente, tal vez intuyendo que en su camino aún encontraría esquinas desoladas y piedras con suficientes aristas como para desgarrarle el corazón.

Un corazón que latía de amor por un pobre fabricante de muñecas.

El futuro marido llegó como dueño de aquel feudo marchito y sin amo que lo protegiera: Yamato, un valle entre montañas, parecía olvidado por los dioses hasta que aquel desconocido lo compró, nadie sabía ni cómo ni por qué, a los holgazanes herederos.

Llegó en una comitiva de varios palanquines repletos de sedas, oro, joyas, muebles tallados en madera de cerezo unos, lacados y bellamente ornamentados otros.

Llegó envuelto en el misterio.

Llegó precedido de un soldado portando el estandarte del señor, un dragón dorado y rojo, y acompañado de un joven cuyo hermoso y extraño rostro, enmarcado en orejas puntiagudas, orejas de zorro, daba a entender una procedencia casi divina; tan sólo un rasgo de su belleza producía un atisbo de prevención: un pelo plateado, tan níveo que incluso lanzaba reflejos azules. Al otro lado del señor, un samurái perfectamente equipado gobernaba una pequeña tropa de soldados. Uno de los palanquines albergaba incluso a un abad: sería el encargado de presidir los esponsales. Cerrando la rica comitiva, portadores y criados se afanaban en el transporte de riquezas jamás vistas en el miserable valle de Yamato.

El futuro se anunciaba feliz para los campesinos.

El abad estudiaba el momento propicio para la boda.

—Gogatsu es un buen mes —decidió.

El mejor día sería el kokonoka, a la hora del Caballo. De este modo se fijó el día de la ceremonia. En tan sólo dos semanas se prepararon los esponsales.

Jamás se vieron fastos semejantes a los de aquellas nupcias. La novia lucía, rodeada

de oro y joyas, como una perla rarísima. El kimono azul celeste, bordado con cientos de perlas, hilos de plata y topacios, dibujaba un extraño universo, celeste o marino, en cualquier caso, fantástico. El obi, blanco, pero tan profusamente bordado en plata que brillaba como si la rodeara el fulgor de un relámpago. Del mismo modo se habían bordado sus zapatos, con la diferencia de dos inmensos rubís conteniendo el empeine semejando un beso de pasión.

Nunca en Yamato se había visto una novia tan hermosa y tan ricamente engalanada. Las muchachas abrían la boca al verla bajar de un palanquín cuyos ropajes, azules como el traje, se habían bordado, expresamente, en el más afamado taller de Kioto. Los amuletos lacados en rojo se balanceaban de sus cuatro esquinas en un baile de futura buena suerte.

Cuando Chikako descendió y colocó sus dos diminutos pies sobre el cojín de seda que sostenía un Hanzaburo tan sonriente que incluso sus orejas parecían aletear como las de un zorro enamorado, vestido con kimono de seda gris y hojas de cedro bordadas; justo cuando un rayo de sol se posó sobre los pies de la novia, a esta le pareció ver en el brillo de sus rubís un remoto beso enviado por la desaparecida hermana y suspiró.

¡Cómo iba ella a suponer...!

Susanô lucía un kimono de seda blanco con hojas de ginko bordadas en oro y sujeto por un obi negro bordado con hilos de oro, al igual que sus zapatillas. A su derecha, Shuzai vestía armadura de hierro lacado en verde, casco plateado con penacho también verde y amplia hanuka de cuero con remaches de bronce. Mantenía el rostro pétreo de los guerreros impenetrables.

Todos coincidieron en verlos como la pareja perfecta. Una pareja joven, hermosa, bellamente ornamentada, directamente extraída de alguna leyenda.

Sentados ambos frente al monje, el rostro de Chikako cubierto con una gasa naranja, nadie dudaba de que no había otra cosa entre ellos que el amor.

Gen y Tomiko, engalanados como nunca antes, sentados en lugar preferente durante la boda, el banquete y los festejos posteriores, lucían orondos de felicidad. Incluso Hayato, ataviado como un noble, presentaba una planta muy alejada del basto campesino que era. Ellos representaban a la novia y ella podía hacer sombra a todas las princesas y nobles del reino.

Hubo fuegos artificiales, comida en abundancia para todos los campesinos, vasallos ya del nuevo señor, tanta que muchos llevaron provisiones a sus chozas para una buena temporada; títeres y dulces para los niños; incluso una compañía de teatro estuvo representando antiguas obras de teatro, y dos poetas recitaron largos poemas ensalzando las gestas del Samurái del Dragón.

Las luces de cientos de faroles convirtieron la noche en un día mágico y los fastos se alargaron hasta la hora del Conejo del día siguiente.

Realmente, un hombre generoso y rico.

Un hombre que había construido una inmensa y hermosa casa sobre la colina desde donde se dominaban todas las tierras, ahora de su propiedad.

Por suerte, para la tranquilidad de la novia, entre las compañías de títeres contratadas no se encontraba la de su amado Nagayuki.

Ni un solo presagio de desgracia pudo observarse durante la ceremonia o la fiesta que la siguió. A nadie le extrañó la temprana retirada de Shuzai y Hanzaburo de los festejos.

Nadie lograba imaginar, en un día tan feliz, un desenlace siniestro.

En breve, esperaban los hijos de los nuevos amos; ellos culminarían la felicidad de todos.

Pronto, las suposiciones sobre el extraño, acaudalado y magnánimo Susanô se diluyeron como nieve al calor de su generosidad. Las gentes se acomodaron a servirlo puesto que suyas fueron las tierras, y la felicidad que reinaba en la gran casa terminó por expandirse, como ceniza, sobre los campesinos.

Si los amos son felices, se olvidan de poner desgracias entre los pies de sus súbditos.

Se acostumbraron a verlo sentado en su cuarto de estudio, con el pincel en una mano, el rostro sereno y dibujando signos como si esa fuera su profesión.

El Calígrafo. Así lo llamaron, Susanô el Calígrafo.

Antes de Yamato, fue el Samurái del Dragón.

Al señor no pareció molestarle y todos se acomodaron al mismo: la casa del Calígrafo, la joven esposa del Calígrafo, las tierras del Calígrafo.

Cierto que esa era una sagrada profesión. Y algo de sagrado brillaba en torno al desconocido. De su voz grave, de su caminar pausado, de sus gestos lánguidos, casi femeninos, se desprendía algo similar a la paz. Además, parecía conocer cada rincón de las tierras adquiridas, cada nombre de sus campesinos, incluso cada secreto de su corazón. Todo lo atravesaba con sus profundos ojos.

Sin embargo, ni un pariente lo acompañó en sus esponsales. Jamás recibía visitas vinculadas a un pasado familiar. Tampoco parecía lamentar tal ausencia. Llegaba desde el misterio de las sombras, acompañado de un muchacho con aspecto sagrado y un apuesto samurái, tan silenciosos como el amo. Esos dos seres parecían constituir la única familia, el único vínculo con su desconocido pasado.

Hanzaburo, el hijo del dios Zorro, cuando se encontraba en la casa, pasaba la mayor parte del tiempo practicando con el arco: era capaz de atravesar el corazón de una avellana a cien pasos de distancia. Compartía alojamiento con el samurái, pero mucho antes de que Keiko llegara con el primer té de la mañana, ya estaba sentado como un loto ante los aposentos del amo; después se alejaba para practicar sin

descanso y recorrer los dominios de Yamato, feliz en sus correrías sin sentido.

A veces, Keiko lo imaginaba danzando en mitad de los bosques, desnudo y rodeado de una manada de zorros tan blancos como sus cabellos.

Shuzai mantenía las severas costumbres de un samurái en servicio: practicaba durante horas con la espada y mantenía la fortaleza de su cuerpo sometiéndolo a duras pruebas. Comía y cenaba con los amos. Casi todas las tardes, Susanô y su samurái pasaban una hora juntos, bebiendo té, apenas sin hablar, como si la sola compañía fuera un diálogo nunca interrumpido. Más tarde, jugaban al Go partidas que podían durar días o semanas. O tal vez fuera la misma partida, interminable, la que repetían sobre el tablero de palisandro.

La casa pronto se llenó de pintores, actores y titiriteros en busca de su generosidad. Pero ni padres, ni hermanos, ni parientes de ningún tipo llegaron nunca.

Parecía hijo del aire. Su nombre, en realidad, era el viejo nombre del dios de las aguas sin que por ello hubiera recaído sobre él ninguna desgracia, sino todas las venturas. Por lo tanto, decidieron, debía ser un pariente cercano al viejo dios.

Tampoco llevaba el pelo cortado como un samurái, sino sostenido en la nuca a modo de cuerda dos veces vuelta sobre sí como los nobles magistrados. En su equipaje había dos hermosas y antiguas espadas que jamás le vieron utilizar salvo en ejercicios de práctica diaria.

Susanô simplemente escribía o dibujaba; enseñaba el arte de la caligrafía a su joven esposa, conversaba casi en susurros con el samurái y mantenía a los dos, al samurái y al arquero de orejas puntiagudas, tan cerca como si los tres fueran hermanos.

Descubrieron otra extraña costumbre: buscaba, con un entusiasmo casi infantil, todo relato, poema, pintura o estatuilla que pudiera encontrarse sobre fantasmas y seres mitológicos vinculados a la desgracia. Por eso, no negaba ni amparo ni acogida en su casa a cuanto poeta, recitador o monje que vagara pregonando viejas leyendas sobre esos temidos y esquivos seres.

Pronto almacenó en su biblioteca todos los conjuros, rezos y hechizos vinculados a la derrota de los fantasmas y perversos seres habitantes de ríos, cuevas, montes o grutas. También guardaba en una caja lacada amuletos, más o menos mágicos, contra esos mismos seres.

Una inofensiva rareza.

O eso creían todos. Incluida su esposa.

Con el tiempo, la pura costumbre a su presencia evitó cualquier rumor sobre su procedencia.

El matrimonio fue feliz durante cuatro años. Chikako no sólo cumplió con su promesa de ser una buena esposa, sino que parecía feliz y contenta. Un único resquicio, la falta de hijos, provocaba murmullos a las viejas y temblores a los padres

de la hermosa temiendo verla rechazada por estéril. No sería la primera vez que su hija fuera repudiada.

Sin embargo, cuando Susanô aceptó de buen grado tomar como propio el hijo de Keiko, se olvidaron todos los temores.

Susanô amaba tanto a su esposa que le perdonaba la falta de hijos.

A los sirvientes de la casa les extrañaban las nuevas costumbres de la pareja: juntos releendo manuscritos, o ejerciendo el marido como maestro de caligrafía; incluso, a la hora del baño, el amo sólo permitía que fuera ella, Chikako, quien se ocupara de ayudarlo.

No se le conocieron amantes, ni entre las campesinas o las criadas, ni lo vieron partir, como otros señores, hacia Kioto en el norte, ni al sur hasta Nagasaki en busca de cortesanas.

En realidad, los tres hombres llevaban una vida casi monacal, como si las mujeres no formaran parte de sus intereses; ni una visita a las casas de placer de alguna ciudad, ni un capricho por alguna sirvienta o campesina. Keiko dudaba que las ausencias de Hanzaburo se debieran a ninguna mujer, cortesana o no.

Los campesinos le atribuían una historia con Keiko, pero tal vez fuera simplemente para lograr descendencia, ya que adoptó al niño como propio.

Se evaporaron los rumores, los miedos y los malos presagios.

Se olvidaron del secreto en que llegó envuelto.

Todos bajaban la vista para evitar que los dioses descubrieran su felicidad y se la arrebatara.

En las casas de los campesinos se hablaba con respetuoso cariño de los amos y recordaban los días de los esponsales como la fiesta más fabulosa conocida por aquellos lugares.

La llegada de los tres hombres a Yamato fue modificando, sin apenas apreciarse, incluso los comportamientos ancestrales de los campesinos. Susanô despreciaba la violencia, mucho más si se ejercía contra un ser más débil, y llegó a hablar severamente con algún campesino descubierto cuando golpeaba a la esposa.

No es tu mula, es tu compañera.

Los hombres comenzaron, lentamente, a tratar mejor a sus mujeres, incluso a sus hijos.

Tampoco veía bien la costumbre de aturdirse con sake, y la única vez que utilizó una celda de castigo fue para encerrar a un hombre que, tan ebrio como para no sostenerse en pie, se empeñaba en torturar a un pobre y desprevenido pato al cual arrancaba, en vivo, las plumas.

La pausada calma de Susanô se fue extendiendo, como mancha de aceite, por su feudo.

Y Chikako, la mujer condenada a no dar hijos al amo, comenzó a preocuparse por

los partos de sirvientas y campesinas, incluso asistiendo ella misma a las mujeres en semejante trance. Susanô le regaló tratados sobre el cuerpo femenino y los nacimientos; ella rebuscó consejos entre las viejas creencias y las hierbas. Keiko la acompañaba llevando ungüentos calmantes y hierbas. Más de un niño y una mujer le debieron la vida a la bella Chikako.

Siervos y campesinos amaron y respetaron la bondad de sus nuevos amos, mientras ofrecían plegarias a los dioses para que les regalaran una larga vida.

PRESAGIOS

Tras la desaparición de Chikako, todos los rumores exilados de Yamato durante años regresaban ahora, al calor de una desgracia y una deshonra.

¿Escondería algún terrible secreto Susanô? Tal vez algo tan horrible como para alejar a la esposa de su lado. Y si así era, ¿por qué esperar tanto para abandonarlo?

—Pues la joven sonreía, parecía feliz...

—Sí, tan sólo la pena de no tener hijos.

—Sin embargo, atendía a Oki como si fuera propio.

—Ni siquiera ojeras.

—¡Y tan amable siempre el señor con ella!

—Le concedía cualquier capricho.

—¡Desagradecida!

Temían, por entre las suposiciones, que el enfado del amo se volviera contra ellos y pagaran en sus carnes el escarnio al que Chikako había sometido a su marido.

Tan sólo Keiko se debatía entre el cariño por la esposa y la gratitud por el amo.

La muchacha sirvió el primer té al amo y le preguntó si necesitaba algo, si debía preparar el baño, llamar a algún sirviente... El amo, levantando la vista hacia ella y sonriendo, se limitó a decir que todo estaba bien.

Ahora, la joven madre de Oki, sentada en la terraza cubierta donde desembocaban las estancias del amo por si escuchaba el sonido de su llamada, lloraba en silencio.

¿Por dónde se había colado el gusano de la desgracia?

Dos años atrás, cuando los campesinos se inclinaban en los arrozales, Chikako practicaba caligrafía en sus estancias y la casa era un bullicio de sirvientes realizando las faenas cotidianas, llegó hasta las puertas de la casa un hombre, más mendigo que asaltador, cubierto por el polvo de los caminos, que colocó en jarras los brazos y lanzó un grito que aún estremecía la espalda de la joven:

—¿Dónde se esconde el impostor y asesino?

Al principio, espantados por la sorpresa, los sirvientes permanecieron mudos y quietos, hechizados por la pregunta como si de un encantamiento se tratara.

El hombre, malencarado, con el rostro surcado de cicatrices, sucio y andrajoso, repitió la pregunta en el mismo tono desafiante.

—¿Dónde se esconde el impostor y asesino?

Keiko recordaba haber corrido hasta los aposentos del ama, verla salir demudada y seguirla en su carrera hacia el lugar donde se había producido el espantoso grito. Llegaron a la vez que el samurái, empuñando su reluciente espada, Hanzaburo con el arco preparado y el propio Susanô.

—Veo que, al menos, tu crimen mereció la pena. —Miraba sin recato a la joven esposa que bajó ruborizada la cabeza—. ¡Hermosa presa!

—¿Cómo te atreves? —Shuzai no gritó, pero su voz se escuchó clara en el espeso silencio.

—Espera —pidió el amo frenando los pasos del samurái y acercándose hasta el descarado mendigo—. Tú eras uno de los soldados de Shozo Masashi, ¿verdad? ¿Qué quieres?

Keiko recordaba verlo caminar con la dignidad intacta y sin alterarse. Todo se tornó irreal en ese momento y los presentes le parecieron a la joven criada figuras de una tragedia impostadas en un papel desconocido para ella.

—Señor, déjame que le atraviere el corazón —pidió Hanzaburo deslizándose al lado del amo y mirando furioso al intruso—. ¡No merece ser escuchado! —Su arco brillaba en medio del patio interior como un ser vivo aleteando la venganza.

—Espera —repitió Susanô sin mostrar signos de ira en su rostro impasible.

—No empuño la espada —dijo desafiante el recién llegado.

—Entra, pediré té y hablaremos.

—Prefiero algo más contundente.

—Bien.

Keiko recordaba las manos frías de Chikako entre las suyas, el rostro desencajado y un temblor en todo su cuerpo. Tomadas de las manos vieron entrar al miserable visitante siguiendo a Susanô y tras ellos el samurái Shuzai y el arquero Hanzaburo. Aún tuvo la desfachatez de mirar sin decoro a la joven esposa y torcer la boca en una mueca similar a una sonrisa.

—¡Perro! —murmuró Hanzaburo.

Cuando se quedaron solas, la joven esposa, con la mirada extraviada y el rostro pálido y desencajado, murmuró:

—La desgracia me perseguirá siempre.

—No digáis eso, señora —trató de calmarla Keiko sin demasiada convicción—. Los dioses os protegen, protegen a todos los que habitamos bajo el auspicio del amo —lo creía sinceramente.

—La bondad no siempre frena la venganza, Keiko. ¿No has escuchado?

—¿Qué cosa, señora?

—Era un servidor de mi primer prometido. —Y temblaba cual hoja en mitad de una tormenta.

No llegó a comprender cabalmente aquellas palabras, ni aquel pavor helado en su dulce ama. ¿Acaso fue aquella malhadada visita lo que la llevó a partir sin despedirse?

Keiko hubiera querido desenredar los extraños acontecimientos de aquel día para ver si en ellos lograba encontrar alguna clave para el luto del presente.

Recordaba que acompañó a Chikako hasta sus aposentos y que fue ella quien le pidió que vigilara al mendigo, *por favor, trata de averiguar qué ha venido a buscar*, y los hermosos ojos negros de la esposa miraban implorantes a la criada.

Por servirla, y también por ver cómo se resolvía semejante afrenta, Keiko encaminó sus pasos hasta las estancias del amo. Hanzaburo no estaba, como había supuesto, sentado ante la entrada, así que apretó su oreja contra el panel de la puerta, contuvo la respiración y trató de escuchar.

El forastero hablaba con un duro acento desconocido para ella y resultaba complicado comprender sus palabras. En la biblioteca del amo, estaban el propio amo, el visitante, Shuzai y Hanzaburo.

Apenas frases sueltas. Frases que carecían de sentido entonces y que repasaba ahora para ver si lograban explicar el presente.

Fuimos otros quienes pagamos su ruina...

Te ofrecí seguirnos...

Contra mi opinión, Susanô...

Sí, de eso se acordaba perfectamente, la voz densa y profunda del samurái Shuzai, ese que apenas hablaba, y que le recordaba entonces al amo su propia desconfianza ante el mendigo. Un mendigo que no siempre debió serlo porque, incluso entre harapos, mantenía el porte de un guerrero.

¿Un samurái proscrito?

¿De qué ruina hablaba?

Entiendo que la mujer es hermosa como el viento del Norte...

¡No la menciones, perro!

Hanzaburo hablaba con los dientes apretados.

Hubo más, la conversación fue larga. Tan sólo al final, pareció dar por zanjado el asunto el propio Susanô.

Te daré oro suficiente para que rehagas tu vida. No me cobraré la ofensa de este día porque tu camino ha sido duro.

¡Tú eres el responsable!, se atrevió a gritar el intruso y Keiko se estremeció.

¡Perro miserable! Mereces una de mis flechas en tu corazón.

Ahora te atreves, tú que debiste haber muerto con tu maldición como cuerda...

¡Basta!

Fue la primera y única vez que Keiko escuchó gritar al amo. Tras su orden, reinó el silencio en la biblioteca.

¿Quién era en realidad el mendigo? Desde luego, alguien que llegaba desde el

oscuro y desconocido pasado del amo. Alguien capaz de amenazarlo como si contara con un grave secreto escondido en la manga. Alguien a quien conocían los tres hombres que ahora debatían con él. Alguien que vinculaba la ruina de alguien con la bella Chikako...

Una eternidad más tarde, la joven escuchó los pasos decididos del samurái en dirección a la puerta y se escurrió hasta un rincón, rezando para no ser vista. En realidad, Shuzai no habría reparado ni en un dragón reluciente: caminaba con la mirada fija en algún lugar sólo visible para él, con la empuñadura de su espada fieramente aprisionada en su mano derecha y el puño de la otra colocado sobre su corazón como si pretendiera evitar que se saliera del pecho.

El samurái fue hasta las cuadras, recogió uno de los caballos, lo preparó personalmente y esperó en el patio. Poco después salió el mendigo guardando una bolsa de cuero entre sus ropas, con la sonrisa torva marcando aún más las cicatrices de su rostro. Tras él, Hanzaburo sin desprenderse del arco.

Susanô no salió.

Keiko caminó de puntillas hasta el patio. Llegó a tiempo de ver cómo el intruso subía al caballo y partía. Hanzaburo preparó el arco, la joven casi sintió silbar la flecha que no llegó a salir porque Shuzai retuvo su brazo.

¿Estaba vinculada la fuga de Chikako con la visita de aquel extraño personaje?
¿Acaso no había hablado de su antiguo prometido?

Aún se distinguía el polvo levantado por los cascos del caballo cuando Susanô se asomó al patio. Justo en ese momento, el pequeño Oki, que había comenzado a descubrir el mundo gateando, apareció tras el amo. Keiko no tuvo tiempo para levantarlo e impedir que, con su balbuceante presencia, molestara a quien llamaba padre. Susanô sintió sus manitas sujetando su kimono y, con la dulzura de una madre, lo recogió del suelo y lo levantó sobre su cabeza.

Al menos, al pequeño lo amaba tanto como a la esposa.

Las lágrimas se habían congelado sobre sus mejillas. La campana del patio señalaba la hora del Dragón, el primer descanso para los campesinos. Con el corazón encogido, Keiko intentaba buscar algún sentido al sinsentido de ese día.

Susanô, presintiendo, y aun escuchando, las mordaces lenguas profanando el recuerdo de su pequeña y amada Chikako, bebió su té blanco de cada mañana sonriendo, imaginando, finalmente, cumplida su larga misión.

Al menos en parte.

Al menos en lo concerniente a su vieja promesa.

A su cabeza no dejaba de acudir la visión de ese único río que es el tiempo, como le habían dicho años atrás en el bosque sagrado de Kitsune. Trataba de atisbar la visión en el meandro siguiente de ese río.

También esperaba, de incierta manera, sentir cerca la presencia de un inmenso zorro plateado con nueve colas.

Sí, tenían una cita pendiente.

Y otra cita con aquel Segundo Círculo de su vida.

Dos tazas de té más tarde, se levantó, solicitó los servicios de sus criados para preparar el baño, ceremonia que cada día repetía en solitario saltándose las costumbres de ser ayudado y aun bañado y perfumado por los sirvientes. Después eligió el más hermoso de sus kimonos.

Finalmente llamó al joven Hanzaburo y al samurái Shuzai. Al poco, vieron partir al samurái en su veloz caballo negro y al joven de orejas puntiagudas regresar al brillo de su hermoso arco. Después llamó a Keiko.

—Que nadie me moleste.

Se limitó a decir ante la inclinación de la joven.

Con una sonrisa en sus labios, un extraño brillo feliz en los ojos y el cuerpo relajado, entró en la estancia más amada y frecuentada de su casa: su biblioteca y lugar de trabajo. Repasó con la mirada los armarios repletos de perfecta caligrafía y valiosos dibujos y pinturas y recordó las horas felices en compañía de Chikako, los tiempos en que fue su maestro e iniciador en la belleza del arte y el conocimiento.

Suspiró.

—Mi bella Chikako de corazón trémulo —murmuró—. ¡Por fin se ha cerrado tu círculo!

Su esposa había pagado el precio de ser hermosa, como todas las mujeres que había conocido. Incluso Tsuchigumo. Algunas veces el precio era inmenso y eterno.

Después, acarició el cofre lacado donde guardaba los amuletos contra los peligrosos seres mágicos. *Apenas una pequeña mano para contener una catarata*, piensa. Finalmente se sentó frente a sus tablillas, eligió con cuidado la tinta y el fino pincel y comenzó a relatar su historia. Contaba con las semanas que tardaría en regresar Shuzai con un magistrado con poderes del Shogun para relatar su historia.

Sentada tras la puerta, Keiko, asombrada aún por el comportamiento de su amo, esperaba recibir cualquier orden de Susanô. Contenía la respiración para no turbar la paz del amo y, a la vez, rezaba para que olvidase la sagrada ley de la venganza. No se movería de aquel rincón.

Hanzaburo no la miró, se limitó a continuar con el bruñido de su arco. En realidad, el arco era una extensión más de su cuerpo, tanto que dormía abrazado a él como los niños abrazan algún objeto tranquilizador.

Todos los movimientos cotidianos de la gran casa se habían paralizado. Los sirvientes apenas lograban moverse, invadidos por el hielo de la pavora, habían congelado incluso las palabras. La joven Keiko intentaba dar a su cuerpo las órdenes

necesarias para continuar con las mil pequeñas tareas. Imposible. Su cuerpo era como un recipiente helado y hueco.

Los pequeños pasos de Oki tan sólo fueron escuchados por Hanzaburo, que levantó la vista del arco y sonrió al pequeño.

—Ven —murmuró.

El pequeño, contagiado por el clima de la desgracia, apenas se atrevía. Allí estaba su amada sirvienta, esa que le regalaba bolas de arroz dulce con almendras doradas, pero ni lo miraba. Despacio, con la cautela de un ratón, se acercó hasta el conocido regazo y se acurrucó contra el pecho de Keiko.

—¡Oki! —era un suspiro, apenas audible—. Mi pequeño señor.

Nunca le importó que la viera como a una simple sirvienta, la más humilde de todas; su hijo crecía sano, feliz y amado. Ni en los mejores sueños hubiera imaginado tanta dicha.

El pequeño llevaba entre sus diminutas y gordezuelas manos un muñeco de madera.

¿Sería...?

Keiko negó con la cabeza. Sí, tan sólo unas semanas atrás, cuando aún la escarcha blanqueaba los sembrados, había llegado hasta la casa el sonido de una flauta. Lo recuerda, ella bordaba un obi para el traje nuevo de Oki, Chikako repasaba con los ojos y los dedos uno de los pergaminos de la biblioteca; el sonido se coló por entre el papel de la ventana y su señora levantó el cuello de garza.

Le brillaban los ojos como al pequeño cuando olfatea dulces en la cocina.

No le extrañó entonces. Los amos gozaban con la música, con los poetas, los actores y titiriteros. Aquel sería uno más, atraído por la fama de la buena acogida dispensada en la casa: comida, lecho, monedas y buenas palabras; eso recibía cualquiera que llegara ofreciendo su arte.

Chikako permaneció quieta, hechizada por la música. Fue Keiko quien se levantó, recorrió la hoja de la ventana y oteó el horizonte que se divisaba desde la estancia.

Es un joven músico, señora.

Pero el ama no corrió, como siempre, en busca de Susanô, feliz por recibir un nuevo artista para las próximas veladas. No, permaneció quieta, muda. Ni un pliegue de su kimono se alteró, ni un mechón de su perfecto peinado, ese que Keiko disfrutaba preparando cada mañana, *tenéis el pelo más hermoso del Universo, señora.*

Nagayuki, así se llamaba el músico. En realidad, constructor de muñecos de madera y narrador de historias para las cuales se servía de sus propios muñecos.

Los sirvientes no lo despacharon a patadas, tal como hacían en otras casas y palacios, conocían los gustos del amo y le mandaron esperar. Fue el propio Susanô quien lo recibió. La esposa no logró moverse.

A Keiko llegó a extrañarle el comportamiento de su señora.

Señora, ¿estáis bien?

Nada.

¿Preparo un té, un dulce?

Nada.

¿Deseáis que avise al amo?

Sólo ante esa posibilidad reaccionó. Pálida como un fantasma, con la lentitud de un herido mortal, Chikako logró moverse, incorporarse y salir sin su ayuda de la estancia.

Durante unos minutos, Keiko imaginó embarazada a su señora y la alegría se mezcló con el temor por su propio hijo. Recordaba sus temerosos inicios de embarazo, paralizada por el miedo. Pero ella era una humilde y desamparada joven sin familia, sin padre para su hijo, fruto de un violento encuentro con unos salteadores de caminos que la dejaron amoratada, enfebrecida y embarazada. ¡En nada se parecía la situación de su señora!

Lo olvidó. O no quiso ver el augurio, o prefirió ignorarlo en la creencia de que no existe aquello que no se nombra.

El joven permaneció en la casa tres días. Cosa extraña, porque todos los músicos, poetas, vagabundos, titiriteros, mendigos y desamparados en general apuraban tanto como podían las ventajas de la hospitalidad.

Que se turbara ante la belleza de Chikako no la sorprendió, pues era reacción común en todos cuantos la conocían.

Que su joven y bella señora no actuase con la jovialidad de otras veces sí llamó su atención. Quiso atribuirlo al decoro: cierto que Susanô jamás recriminó sus atenciones para con los hospedados, pero no resultaban del todo ajustadas a la etiqueta esperada en una dama de su alcurnia.

El joven y hermoso Nagayuki se marchó al tercer día, partiendo justo cuando la campana anunciaba el inicio de la jornada, tras recoger las viandas preparadas en la cocina para su viaje y sin despedidas.

Esa misma mañana, los esposos permanecieron solos durante horas, sin recibir a nadie, sin jugar con Oki, sin practicar sus diarios ejercicios de espada el amo, ni los de caligrafía el ama. Ni siquiera recibieron al samurái o a Hanzaburo.

Cierto, la rutina de las horas se había roto ya una vez. Justo tras la partida del hermoso constructor de muñecas.

Tres días.

Durante tres días todo se trastocó en la casa y Keiko asistió, asombrada e incrédula, a esas largas horas de los esposos a solas. Incluso escuchó un murmullo de lágrimas a través del papel de la puerta corredera.

Después, regresaron a la rutina.

La joven criada pensaba ahora que tal vez fue en ese momento cuando el gordo

gusano de la desgracia se introdujo en la casa y logró envenenarlo todo.

Apretó a Oki contra su pecho y rezó para que, de nuevo, se recuperase la rutina de los días felices.

Hanzaburo permanecía quieto, sin siquiera fingir abrillantar el arco o colocar las negras plumas de cuervo en sus flechas.

Todos convertidos en piedras mudas.

El Calígrafo tenía por delante una larga, delicada y dolorosa tarea: contar la historia de Tomiko.

—La infeliz Tomiko —murmuró para sus pinceles.

Susanô sabía que había comenzado la cuenta atrás para cerrar los círculos de aquella historia.

Después tendría que partir.

Ni siquiera sabía bien hacia dónde.

Tan sólo conocía la primera cita antes de abrir el Segundo Círculo.

Para darse los ánimos que le faltaban, dejó los pinceles sobre el cuenco de kenzan, cerró los ojos y recreó la noche de sus esponsales.

La noche que cerró el Primer Círculo de su vida.

Un rayo de sol jugueteaba con la fresca tinta del último anagrama. Susanô retiró con cuidado el pincel, apartó la manga de su kimono y limpió el negro brillante que aún cubría las cedras sedosas y firmes.

Necesitaba un poco de tiempo, un respiro apenas, para organizar sus pensamientos. Desde el día de sus esponsales hasta el día anterior, no había necesitado regresar al camino iniciado aquella noche de su huida.

Ni siquiera la intempestiva visita de aquel antiguo guerrero había logrado romper el hechizo de una felicidad que, sin embargo, sabía sería breve.

Había cerrado el Primer Círculo de su vida.

Le había costado años y enormes renunciaciones cerrarlo.

Quería encontrar la palabra adecuada, el anagrama más estilizado y puro capaz de contenerlo.

Sin embargo, del mismo modo que el canto de un pájaro, el rumor del agua o el murmullo del silencio no logran cobijarse en el interior de ninguna palabra, del mismo modo, aquel nudo antiquísimo que rodeaba su corazón como una serpiente no lograba encontrar las palabras.

Se levantó, buscó en la cadena de oro colgada siempre de su cuello la diminuta

llave que abría la única puerta cerrada de la casa. El aroma del tiempo acarició su rostro.

Miró su armadura de samurái, aquella que lo convirtió en el Samurái del Dragón.
—El Samurái del Dragón.

Susanô movió la cabeza en una negativa. *No, la historia debe comenzar por el principio. Por el día que una niña huyó de su casa para intentar desbaratar los planes del destino.*

El sol calentaba la estancia y la espalda de Susanô. El dragón de la coraza recuperó los brillos por entre las hebras de seda y oro que lo bordaban. El escriba tembló levemente.

Regresó al pincel y al papel.
Al día de su partida.

Susanô contempló, a través de la ventana, los primeros brotes a punto de estallar en los cerezos. Pronto sería la fiesta de la Floración.

Una fiesta en la que no iba a participar.

Sin embargo, actuaría como si nada hubiera sucedido, se ocuparía de que músicos, titiriteros y poetas, al igual que otros años, participaran en la fiesta de la Floración. Partiría el mismo día de su inicio, tras saludarlos a todos y dar permiso para el comienzo de los tres días de fiesta.

Los campesinos no lo entenderían. Esperaban el comportamiento normal de un marido ultrajado.

Keiko se ocuparía de todo.
¡La buena de Keiko!

Pero aún le restaba mucho trabajo si pretendía salir de viaje en apenas unas semanas.

También necesitaba recuperar fuerzas. O mejor, generar cuantas fuerzas pudiese para el largo y difícil viaje que le esperaba. Shuzai no tardaría en regresar con el magistrado del Shogun, arreglaría los documentos necesarios con uno, y con el monje, no sólo los últimos consejos, sino aquella pócima de la que le había hablado años atrás.

Necesitaría todo cuanto consiguiera protegerle y prepararle para la larga batalla.

Cuando descorrió la puerta, vio a la criada sentada sobre sus talones, con las manos recogidas, la cabeza inclinada y los labios moviéndose al ritmo de una oración. Avanzó dos pasos y colocó una mano sobre su hombro.

—¡Señor! —Asustada y temerosa, Keiko levantó la vista para bajarla, avergonzada, inmediatamente después—. Perdón, señor...

—Desearía que me prepararas algo de comida. Y, mientras tanto —miró al niño en su regazo que había abierto los ojos—, jugaré un rato con Oki.

La criada se inclinó hasta casi rozarle los calcetines. Hanzaburo ya no estaba sentado ante la puerta, se escuchaba el tintineo de sus flechas en el patio.

Oki miró a quien, desde sus primeros balbuceos, llamó padre, extendió los brazos hasta su imponente altura y sonrió.

Susanô rememoró cómo aquel niño iluminó aún más, si es que eso era posible, la sonrisa de Chikako. Aún la podía recordar entrando temerosa en su cuarto, sosteniendo un bulto contra su pecho y balbuceando una petición de clemencia. *Con esto, los rumores se alejarían de ti y recaerían sólo sobre la esposa infértil... No permitas que Keiko se vaya con el niño... Yo, yo...* Y Chikako temblaba.

Nunca le hubiera negado nada. Mucho menos salvar la vida de un niño. Además, alejar los rumores evitaría que descubrieran secretos más importantes.

Susanô cogió al pequeño y lo levantó sobre su cabeza: *hasta la luna y más allá.*

—¿Mamá? —preguntó Oki cuando tuvo a su altura el rostro paterno.

—Ha tenido que partir para un largo viaje. Tardará un poco en regresar.

Al niño le bastó tan parca explicación. Keiko, con la cabeza inclinada, quiso pensar que aquel amo bueno, generoso y tierno no cumpliría con la ley de la venganza.

Los rumores continuarían durante un tiempo. Después, como sucede siempre, todos se acomodarían a la nueva situación hasta convertir la fuga de Chikako en una más de las leyendas que se contaban las gentes durante la cena.

Tal vez, de algún modo, recuperarían parte de la felicidad perdida.

Cuando dejó al señor a solas con Oki, fue en busca de Hanzaburo. No sabía si preguntarle, pues temía que entre las puntiagudas orejas de zorro se escondiera alguna terrible respuesta. Pero Keiko necesitaba un poco de consuelo.

—Hanzaburo-sama. —Se había inclinado hasta tocar el suelo con la frente—. Perdonad la intromisión de esta pobre infeliz...

—Por favor, Keiko, levántate. —Él mismo la ayudó tendiéndole ambas manos—. Soy tan siervo como tú.

—¿Qué decís, señor?

—Lo que oyes. Incluso puede que más desgraciado. —La joven apenas se atrevió a levantar la vista pero agudizó el oído—. Susanô me libró de la muerte. Una muerte terrible que ha vinculado mi vida a mi salvador. —Pudo sentir los temblores de la joven—. Pero tú no has venido a conocer mi historia, ¿verdad?

—Señor... —tragó saliva para encontrar valor y palabras—, yo tan sólo quisiera saber si nuestro amo buscará vengarse de Chikako y eso traerá la desgracia a esta casa y a sus tierras. —Inclinó de nuevo la cabeza hasta el suelo.

—La venganza de Susanô se cumplió hace años. —La joven levantó la vista

incrédula—. Ninguna desgracia caerá sobre la bella esposa, al menos no de manos de su esposo.

—Pero... —Keiko sintió arder sus ojos inundados de lágrimas—. Pero, ella, el ama, lo ha abandonado...

—¿Tú crees?

La carcajada de Hanzaburo retumbó contra el aire quieto del patio como el tambor de una tormenta. Keiko temió que hubiera enloquecido.

—No soy quien puede contarte un secreto que no me pertenece. —Tomó el rostro de Keiko entre las manos—. Tan sólo puedo decirte que nada debes temer, ni por ti, ni por el pequeño Oki.

—¿Tan seguro estáis?

—Tan seguro como de que le debo la vida a Susanô.

La joven regresó a su puesto ante las puertas del amo. No lograba comprender nada, sin embargo, sobre su corazón se había colocado un manto de calma.

P R I M E R C Í R C U L O

E L S A M U R Á I D E L D R A G Ó N

EL VIAJE DE TOMIKO

Algunas vidas sólo existen para completar la felicidad de otras. Ese fue el caso de la infeliz Tomiko.

Nació pobre, primera hija de un humilde campesino que deseaba hijos varones para ayudarlo en las tareas del campo y una mujer que temía verse repudiada si no cumplía los deseos del marido. Tejida entre tales deseos, el primer vástago nacía hembra.

Ni siquiera resultó hermosa.

Tomiko nunca gozaría del precario patrimonio de la belleza; para ahondar aún más en la desgracia, había nacido con una mancha en forma de lágrima, una lágrima de tres centímetros, granate y rugosa al tacto, justo al final de su garganta.

—El destino te marca con lágrimas —maldijo la madre odiando a la recién nacida.

—Tendrá tu nombre —aseguró el marido escupiendo la decepción en sus palabras—. No merece ningún otro.

El desprecio del hombre las abarcaba.

La mujer bajó la cabeza, apretó los puños y se juró hacerle la vida imposible a la causante de tal humillación.

Cumplió su promesa.

Aquel estigma, dibujado sobre la piel infantil, habría de costar cientos de lágrimas ardientes a la niña. No resultaba infrecuente que su madre olvidara darle de comer, con el pretexto de sus muchas faenas, en el fondo deseando su muerte. El padre ni siquiera posaba sobre ella una mirada.

Tomiko sobrevivió, de milagro, como si el destino hubiera previsto para ella una misión de vital importancia para los delicados hilos donde se teje la vida de los humanos. Pronto aprendió a no pedir, ni cariño ni alimentos, para no provocar las iras de la madre. Antes de lo previsto, se lanzó a gatear por entre el suelo de tierra prensada de la choza, de este modo, cualquier grano de arroz olvidado, cualquier hormiga, cualquier brizna o migaja alimentaban su estómago permanentemente hambriento.

Sobrevivió aprendiendo a ser invisible.

De algún modo, todo parecía prepararla para la difícil misión prevista por el destino sobre hombros tan frágiles como los suyos.

Por suerte para la niña, la madre volvió a sentir otra criatura pateando su vientre. Tal vez ya estuviera decidido de antemano, pero la mujer creyó que fueron sus rezos y promesas a los dioses los que hicieron posible que su segundo hijo fuera varón.

Hayato fue un niño fuerte y saludable desde su primer día en el mundo. Compensaba las angustias de sus padres por el nacimiento de Tomiko. A ella, a la

niña con una lágrima grabada en su piel, continuó escaseándole el alimento, pero, al menos, su madre la olvidó, dejó de odiarla y de espiar sus movimientos esperando ver si existía un modo rápido, que no la dejase al descubierto, para librarse de aquella carga.

Finalmente, cuatro años después, nació la más hermosa de las niñas. Nació rodeada de luz, sonriendo.

Gen, el campesino que no había mirado ni una sola vez a su primera hija, sonreía babeando al contemplar aquel prodigio.

—Su belleza nos honrará y hará ricos —dijo convencido sosteniendo a la niña entre sus brazos.

La madre, ante las palabras y el arrobamiento del padre, decidió cuidarla como si su futuro dependiera de esa recién nacida.

—¡Ni te acerques! —gritó a Tomiko, que pugnaba por contemplar el rostro de la hermana.

Intentaron que ni se conocieran. La mayor debería haber envidiado a la pequeña, haberla odiado por los privilegios de su hermosura. La pequeña debería haberla mirado con el aire superior de los seres elegidos; haberla despreciado como a la basura donde obligaban a vivir a Tomiko.

Sin embargo, contradiciendo a sus padres, las dos hermanas se amaron. Sin razones, sin resquicios. De manera absoluta, generosa. Y, sobre todo, tenaz.

Las niñas se amaron sin lógica. Con sonrisas ardientes y salivas mezcladas.

Los sentimientos se componen de laberintos inexplorados y Tomiko amó a Chikako desde el primer día, pese a que le impidieron tocarla, incluso acercarse demasiado.

—¡Ni se te ocurra tocarla así sea con tu appestoso aliento! —Y la madre lanzaba miradas de dragón furibundo—. Puedes contagiarle la desgracia.

Tomiko, cuando a escondidas se acercaba hasta la pequeña, incluso se cubría con la mano, o con un paño, el estigma de su cuello temiendo que algo diabólico partiera de este contra la hermana. Dejó de hacerlo el día que la bella Chikako colocó un dedo sobre la mancha y sonrió.

Todo el amor y el cuidado de la familia se centró en la bellísima niña. Incluso su silencioso padre y su arisco hermano se enternecían frente a los gorjeos de la pequeña: todo en ella resultaba mágico y hermoso.

Para sorpresa de todos, especialmente de la madre, Chikako eligió a Tomiko como su favorita para los mimos y las caricias. No se dormía si no tomaba entre sus manitas las ásperas manos de la hermana mayor; si las separaban, lloraba de tal modo que, de inmediato, requerían la presencia de la maldita al lado de la pequeña para evitar que las lágrimas le estropearan la piel o el brillo de los ojos.

Por primera vez, Tomiko se sintió amada. Comprendió el significado de saberse humana y, por tanto, digna de afecto, gracias al incondicional amor de Chikako. Había sido parida por su madre, pero su auténtico nacimiento lo engendró aquella hermana, hermosa, limpia de maldiciones, perfecta. Aquel amor esponjó el corazón de la mayor y dio sentido al mundo, un mundo, hasta la llegada de la pequeña, oscuro, frío, inhabitable. Fue la preciosa Chikako, cuyo nombre sonaba ya premonitorio por ser propio de una princesa, quien creó para Tomiko los contornos del mundo, unos contornos que nacían y terminaban en su amor sin límites.

Cuando la hermosa niña dormitaba entre los brazos de la mayor, el cariño creaba lazos y corazas entre ellas que no lograría romper ningún encantamiento.

Tomiko juró consagrar su propia vida a evitar hasta el más mínimo daño sobre la pequeña. La hermana fea, avergonzada del estigma en su cuello, le prometió a la luna que no dejaría jamás que algo dañara a su hermana. No imaginaba cuánto dolor le costaría esa promesa.

Ignoraba los duros caminos que habría de transitar para cumplirla.

Cuando Chikako cumplió cuatro años, llegó hasta la aldea un emisario del señor Shozo Masashi, conocido por su riqueza pero también por las historias terribles que se atribuían a su innata crueldad. Se rumoreaba que había nacido paria, perteneciente a la clase de los Eta, sin embargo, su astucia, su capacidad camaleónica de adaptación y un silenciado pasado como bandido lo habían convertido en próspero mercader, tal vez mucho más rico que el propio Shogun. Llevaba dos años buscando a la más hermosa de todas las niñas y, cuando la encontrase, el emisario tenía poderes y autorización para solicitar a la elegida en matrimonio.

La niña fue examinada con minuciosa calma: su piel no ofrecía ni una mínima falla; su sonrisa brillaba como sus grandes ojos y el pelo, negro como ala de cuervo, parecía un espejo donde bailaba, feliz, cualquier rayo de luz; sus diminutos pies dibujaban un arco perfecto, como su ligero y grácil cuello, signos ambos de absoluta divinidad.

—¡Perfecta! —gritó el emisario satisfecho.

Los padres no lograron ocultar la felicidad; Hayato imaginó una feliz vida lejos de los campos de arroz. Tan sólo la hermana sintió un escalofrío que nació desde el estigma de su cuello y la atravesó como un rayo. No dijo nada, tan sólo apretó la diminuta mano de la niña entre las suyas.

Le había jurado a la luna defenderla.

El emisario salió a galope para dar noticias a su amo.

Regresó con el permiso, los papeles y la primera entrega del plazo pactado para comprarla.

Los padres de la hermosa niña no cabían en sí de gozo: la belleza de la hija les

redimiría de la pobreza, tal como había predicho Gen el día de su nacimiento.

—Los esponsales serán dentro de unos años —proclamó el emisario—. Mientras, os dejaré dinero suficiente para que podáis mantenerla del modo adecuado.

Los padres se inclinaban ante el emisario y el destino.

La familia veía dinero, un futuro feliz, una vida sin la dureza de los arrozales... Pero Tomiko sintió un hachazo en su corazón. No fue envidia por el contrato matrimonial, ni por la suerte que todos auguraban en el trato. Tan sólo ella pareció ver las sombras ocultas tras el emisario y su contrato de esponsales.

Una espada invisible le atravesó el cuerpo y la dobló en dos. Los padres se rieron viendo en el gesto un brote irreprimible de envidia; las carcajadas de los tres rebotaron sobre ella como pedruscos de granizo. Tan sólo la bella Chikako recogió el rostro lívido y helado de Tomiko entre sus manitas y depositó un beso en su frente perlada de sudor.

—Nana —murmuró la pequeña.

—Da gracias a los dioses por el cariño, inmerecido, de tu hermana, sin eso, ahora mismo te arrojaría al lodo —graznó su padre.

—¡Y deja de actuar como un cuervo, atraerás la maldición sobre la familia! —terminó la madre.

—¡Monstruo! —añadió el hermano pateando su costado.

Los insultos, los golpes no le importaban. La felicidad de Chikako sí.

¿Qué podía hacer ella? Sólo era una humilde campesina: mujer, pobre, fea, odiada, invisible salvo para su hermosa hermana pequeña. Apenas un estorbo, poco más que un ratón de cocina.

Desde aquel día, no dejaron de llegar ricos presentes a la humilde casa de los campesinos: sedas para lujosos kimonos, zapatillas de raso, zuecos, sandalias, obis ricamente bordados, joyas propias de una princesa. El sueño de cualquier chica casadera. También oro suficiente para alimentar, en realidad, a todo el pueblo.

Gen y su esposa saltaban de felicidad y miraban con arrobos a la pequeña Chikako, su idolatrada diosa particular. Hayato se pavoneaba entre las campesinas mirándolas con absoluto desprecio, pues ninguna lograba igualar a la joya escondida en su casa.

Junto con los regalos, también llegaron noticias que daban cuenta de la crueldad sin límites de Shozo. Incluso se llegó a rumorear que traicionaba al Shogun aceptando tratos con los bárbaros extranjeros que comenzaban a extender sus tentáculos y negocios en el sagrado suelo japonés.

Shozo vivía en la remota Nagasaki.

—¡Envidias, eso son! —aseguraba Gen, que se iba acostumbrando a la libertad de no necesitar trabajar para sobrevivir.

—Es lo que tiene la riqueza —remataba su esposa, aún más satisfecha que el

marido.

Tan sólo Tomiko sufría imaginando el destino de su amada hermana. La abrazaba como si pudiera protegerla con su cuerpo escuálido de las amenazas tejidas en torno a sus esponsales.

¿Cómo se contiene el destino con las manos de una niña?

Y las horas, los días y los meses fueron transcurriendo como un río imparable pero que no llevaba a todos al mismo lugar.

Faltaban cinco años, justo cuando la hermosa Chikako cumpliera dieciséis primaveras, para la celebración de los esponsales cuando dos inconexos acontecimientos inclinaron la balanza en el destino de Tomiko.

El primero fue tan anodino que sólo Tomiko se percató. Entonces, abandonado su rincón en la cocina, compartía cuarto con Chikako por expreso deseo de esta, y un amanecer, poco antes de la hora del Tigre, mientras la hermosa prometida creía dormida a la hermana, recogió de un pequeño cofre lacado y adornado con diminutas pinturas un deslumbrante broche de jade, lo levantó, contempló la vida latiendo en el interior de la piedra y lo lanzó contra el suelo para después pisotearlo hasta sentirlo roto en diminutos destellos mientras murmuraba:

¡Odio tanto mi destino que desearía morir!

Tomiko fingió no haberla visto.

Cuando se levantaron, Chikako presentaba el mismo risueño rostro de todas las mañanas.

Actuaba como si jamás hubiera existido aquel episodio del jade.

El segundo sucedió esa misma tarde, cuando llegó una carreta repleta, como siempre, de valiosos presentes para la familia de la prometida. Al frente de la comitiva siempre venía el emisario que concertó los esponsales, entraba en la casa, se dejaba agasajar y comprobaba que la prometida de Shozo no sólo estaba bien atendida, sino que aumentaba en belleza y encanto.

Cierto que si siempre lucía hermosa, el día previsto para la llegada del emisario todos se esmeraban en prepararla especialmente para el momento: un largo baño perfumado cuya agua cargaba y calentaba Tomiko; untar la piel desde el dedo gordo del pie hasta el inicio del pelo, con crema de seda y flores maceradas; componer el peinado más exquisito y adornado con las joyas regaladas por el prometido; vestir el último de los kimonos expresamente confeccionados para ella, con el obi más rico y los zapatos profusamente bordados.

—Me preparan como si fuera un valioso arcón sin corazón, hermana — murmuraba la bella.

—¡Calla, que no se enteren de lo que piensas! —aconsejaba alarmada Tomiko mirando hacia todas las esquinas—. No permitiré que te roce la desgracia. ¡Lo juro!

—Nana —murmuraba Chikako consolada por los buenos deseos de la mayor.

Y Tomiko se afianzaba en su idea de partir para combatir el anuncio de esa desgracia, en cierto modo, descrita en el broche de jade hecho pedazos y conservado por ella como un recordatorio.

Finalmente, la sentaban sobre lujosos cojines y esperaban la llegada del emisario con exquisitos alimentos expresamente cocinados para la ocasión.

—Cada día está más hermosa —afirmaba el enviado del novio, antes de atiborrarse.

—Tal como merece la alcurnia de su prometido —aseguraba, henchido de orgullo, Gen.

Ese día, tal vez dispuesta a recabar cuanta información resultase valiosa, Tomiko, camuflada entre las sombras, escuchó el comentario de los dos muchachos que habían cargado con los pesados fardos sobre sus espaldas.

—¡Pobre niña!

—Será desgraciada y conocerá la peor de las muertes.

El corazón de Tomiko saltó en su pecho como herido por los dientes de una serpiente.

Se tocó la lágrima granate tatuada en su garganta, cerró los ojos y juró a los dioses evitarle el destino mortal a su pequeña hermana.

Ese día comenzó a prepararse.

Se armó de valor y acomodó en una bandeja limones confitados y una botella de sake que colocó ante los dos jóvenes porteadores, fingió interés por su duro trabajo y les sonsacó información sobre el camino seguido desde Nagasaki, donde tenía su residencia Shozo Masashi, hasta el feudo de Yamato.

—¡Uf! Un camino largo, muchacha...

—Dos semanas nos lleva cada vez —añadió el otro.

—Y eso que lleváis caballos...

—¡Caballos! Los tres caballos sirven sólo como montura para el emisario; los porteadores y los guardias vamos a pie.

Tomiko les sirvió más sake para que siguiesen hablando.

—Lo peor son las montañas del feudo —decidió el primero.

—¡Como si no lo fueran los desfiladeros de Okayama, el paso de Shimonoseki o las montañas que rodean la propia Nagasaki! —atajó el otro.

Tomiko tomó nota de los nombres para no olvidar los lugares por los cuales habría de pasar.

Lo primero y más necesario sería ir dándole pistas a la hermana para que su partida no significara algo incomprensible. De este modo, y como si de un largo cuento se tratara, Tomiko preparaba el ánimo de Chikako.

—A veces, mi preciosa, es necesario partir para regresar a un lugar mejor...

—Pero, si partes, ya no estás. —Y los ojos negros como obsidiana temblaban ligeramente—. Y yo quiero que estés siempre a mi lado.

—Siempre estaré, hermana mía. Aunque no logres verme, estaré.

—No quiero perder tus abrazos.

Y se colgaba de su cuello mientras los padres movían la cabeza, indignados con aquella peculiar preferencia de su princesa.

—Pero, si tuviera que partir para buscarte la felicidad, ¿me dejarías?

—Nana, ¡tú eres mi felicidad!

Con cada conversación, el corazón de Tomiko se cuarteaba un poco más. ¡Qué difícil separarse de su amada hermana! Sin embargo, sólo ella parecía darse cuenta de las trágicas consecuencias de aquel matrimonio. Sus padres rezaban y realizaban ofrendas a los dioses pidiendo una larga vida para el prometido y cada rezo, cada ofrenda llegaba hasta la boca de Tomiko como un corrosivo veneno.

—Aunque no me veas, estaré siempre a tu lado —dijo el último día—. Te bastará con mirar esto —le entregó un pañuelo pobremente bordado por ella misma—, para saber que, donde quiera que esté mi cuerpo, mi espíritu estará a tu lado.

—¿Te vas? —Y la pena teñía sus mejillas.

—Sólo mi cuerpo. Pero, por favor, no digas nada.

Temía que sus padres, si llegaban a conocer su partida, la atasen con la más gruesa de las cadenas; y no porque ella les importase, sino para evitar el menor disgusto a Chikako.

—No debes llorar por mí —mientras frenaba las protestas de su hermana sentía un nudo de lágrimas en su garganta—. No al menos delante de ellos, pequeña mía...

—¿Por qué?

—Porque, entonces, saldrían a buscarme y no podría cumplir mi promesa.

—¿Una promesa? —Ahora sus ojos brillaban—. ¿Acaso te fugas con tu amado?

Tomiko guardó silencio. No podía contarle la verdad a su hermana, para no hacerla sufrir y porque, en realidad, tampoco sabía cómo lograr el acto imposible de anular aquel compromiso. Mejor contar con su alianza: si la bella Chikako la imaginaba enamorada y fugándose con su amado, la protegería, de la ira de los padres y de la probable persecución.

A veces, es necesario mentir.

—Sí. —Bajó la cabeza para no mostrar el rubor de la mentira.

—¡Cuenta conmigo! —Y sonreía feliz tan sólo por imaginar feliz a su desgraciada hermana mayor—. Yo impediré que te sigan.

Se abrazaron.

Tomiko ignoró durante años la eficaz protección de Chikako. La hermosa princesa fingió que se alegraba por perderla de vista, *prefiero que no vuelva nunca*,

aseguró para cerciorarse de que ni los padres ni el hermano partieran en su busca. En realidad, padres y hermano suspiraron aliviados: aquella fea hija primera tan sólo era un estorbo a la vista del prometido.

Desearon que se la comieran las fieras.

La segunda tarea consistió en ir acumulando alimentos no perecederos sin que la madre notase su falta: los quitaba de su plato y los esquilaba de la repleta despensa en pequeñas cantidades para evitar la suspicaz vigilancia de la madre. Así, preparó un hatillo con carne seca, bolas de arroz cocido, almendras, dulces de miel. El último día, fue su hermana quien añadió la parte más sustanciosa, pidiendo una comida especial y abundante a su madre.

—¿Para qué tantos platillos a la vez, princesa?

—Los deseo —se limitó a decir cruzando los brazos y sabiendo que no le serían negados.

—Bien, me pasaré el día en la cocina —rezongó la madre.

De este modo, el hatillo de Tomiko se vio generosamente engrosado con verduras hervidas en tofu, pato asado...

—Con esto tendréis para los dos, ¿verdad? —preguntaba Chikako mirando nerviosa a su hermana.

—Ya lo creo. —Y entre las dos colocaban las provisiones en cuencos de madera y los cubrían con paños de lino.

—¿Será mañana?

—Será esta misma noche, amada niña, a la hora de la Rata.

El resto del día, fingieron continuar con sus ocupaciones cotidianas, que, en el caso de la prometida, se limitaba a practicar con los instrumentos y bordar; en caso de Tomiko, a sentarse a su lado y servirle de compañía.

Se acostaron juntas y abrazadas. Con los ojos muy abiertos, esperaron la llegada de la medianoche y cuando la luna se colocó justo en la hora de la Rata, se dispusieron a despedirse.

De alguna manera, las dos presentían que no volverían a verse. Tomiko porque imaginaba su propia muerte; Chikako porque las hermanas, cuando se casan, nunca regresan a la casa de su infancia.

Sin embargo, el destino había previsto algo diferente.

—Llévate alguna de las joyas, Tomiko, podrán servirlos.

—No quiero llevar nada de... —tragó saliva y evitó el insulto para no añadir dolor a la hermana—, de tu prometido.

—¿Crees que se dará cuenta? —Y Chikako miraba con asco el arcón lacado lleno de joyas.

—No importa, no hará falta.

—Bueno, al menos llévate algo mío. —Se paró unos segundos a pensar, después

rebuscó en el arcón de sus ricos trajes—. ¡Esto! —Y levantó ante ella un precioso obi granate bordado en oro y perlas.

Tomiko no tuvo valor para rechazarlo. Lo colocó sobre su piel, bajo la ropa. Sería como sentir el abrazo de Chikako.

Tratando de no hacer el menor ruido, Tomiko se deslizó hasta la puerta que logró abrir sin que sus padres ni su hermano se percataran y, con el corazón encogido y el miedo latiéndole en las sienes, inició un camino incierto.

Un camino para el cual no contaba ni con mapas, ni con aliados, ni siquiera con las fuerzas necesarias. Salvo la fuerza inagotable del amor a su hermana.

En su cabeza, tan sólo un dato: debía caminar hacia el sur, atravesar las montañas que cerraban los dominios de Yamato, atravesar los desfiladeros de Okayama, llegar hasta el estrecho de Shimonoseki, enfrentar las montañas de Nagasaki...

No regresaría hasta haber desviado la desgracia de los hombros de Chikako.

Ignoraba cómo.

Ignoraba dónde.

Ignoraba el precio a pagar.

Ignoraba los sacrificios.

Incluso ignoraba si ella, una pequeña campesina fea, encontraría el modo de cambiar el curso del destino.

Su única certeza era su disposición para pagar, con su alma y su vida si fuera necesario, el precio para la felicidad de su amada hermana, el único ser que la amó.

De alguna manera, la muy asustada Tomiko imaginaba que no regresaría jamás.

Existen caminos sin retorno. El viajero piensa en el regreso como una promesa capaz de guiar las tinieblas de los caminos; sin embargo, no existe un retorno.

Tomiko ignoraba, esa primera noche de su viaje, que regresaría siendo diferente, extranjera en su propia tierra. También que nada de lo vivido le serviría ni como equipaje, ni como referencia futura.

De momento, le bastaba con apretar la boca, bajar la vista y no desmoronarse.

EL BESO DE LA ARAÑA

Tomiko aprovechó las sombras de la noche para huir como otra sombra. Por suerte, la luna dibujaba apenas una sonrisa en el cielo.

Cuando sintió lejos, a su espalda, el rumor de la aldea dormida, respiró hondo: ¿cuál sería el camino a seguir?

Decidió arriesgarse por el camino de la montaña, siguiendo el curso del río por el valle donde otros pequeños pueblos descansaban, podrían reconocerla y sus padres la forzarían a regresar, no por cariño, sino para complacer el deseo de Chikako.

Intentó no pensar para combatir el miedo encerrado en su estómago como un ratón asustado.

Durante seis días con sus noches, Tomiko caminó por senderos cada vez más encrespados y difíciles.

Nunca había salido de su casa.

Los pies pronto comenzaron a hincharse y a dolerle por las irregularidades del camino que desgarraban sus zapatillas de paja.

Comenzaban a escasearle las provisiones, que parecían tantas cuando las preparaba junto a su hermana; ella, niña campesina, desconocía los secretos de aquellos bosques húmedos cubriendo las montañas. Sus pies, pese a la costumbre de trabajar entre el barro de los arrozales desde muy niña, estaban malheridos por las zarzas que atravesaban sus zapatillas de paja. El frío, mucho más intenso a medida que ascendía, hacía temblar su cuerpo como si de una débil caña de bambú se tratara.

Cualquier ruido del bosque se tornaba en amenaza. Incluso las ramas de los árboles, movidas por el viento, se convertían en abrazos de malévolos fantasmas.

No conocía el bosque, pero sí las leyendas sobre los seres mágicos que lo habitaban. Seres malignos que podían disfrazarse de cualquier cosa, engañar al caminante y convertirlo en su esclavo eternamente. Y si no era uno de esos fantasmas, podía ser cualquier desconocido animal.

O algún bandido solitario.

O la furia de los dioses por intentar desviar el curso del destino.

Tomiko era una frágil sombra horadando los misterios.

Con apenas doce años, ni siquiera mostraba la morfología de una mujer. En extremo delgada y frágil, podía pasar por un joven, o por un fantasma asexual.

La sexta noche, malherida y delirando de fiebre, Tomiko encontró una cueva, apenas una hendidura en la montaña, se introdujo en ella, cubrió la entrada con algunas ramas, logró encender una diminuta hoguera y decidió descansar. Tal vez, si descansaba toda la noche, por la mañana contaría con algunas fuerzas.

Cerró los ojos imaginando el hermoso rostro de Chikako y murmurando su nombre como si se tratara de una oración capaz de conjurar cualquier mal.

Las lágrimas dibujaron surcos en la suciedad de sus mejillas. No podía rendirse. No debía dejarse llevar por aquel deseo de dormir y no despertar nunca más; olvidar el mundo y sus dolores.

¡Ella no podía rendirse!

Para darse ánimos, acercaba el obi de su hermana hasta su boca cuarteada, aspiraba su perfume y sonreía imaginando futuros días luminosos.

Para no olvidar la misión, tal vez desmesurada para una niña, buscaba en sus bolsillos los trozos del broche pisoteado por la hermana, los apretaba fuerte hasta sentirlos hiriendo su piel. El dolor le recordaba el dolor que habría de padecer Chikako si no la libraba del mercader.

Con todo, enferma, perdida en el bosque, exhausta y sola, todos aquellos deseos de Tomiko retumbaban como quimeras imposibles. A buen seguro, provocarían las carcajadas de los habitantes mágicos del bosque. Y de los ríos. Y de la lluvia...

Despertó sobresaltada. Algo parecido a una lengua de viento gélido se deslizó por su rostro. La hoguera ya sólo era ceniza fría y una luz grisácea penetraba por invisibles resquicios.

Supo que no estaba sola.

Sin embargo, por más que forzaba la vista, no lograba distinguir presencia alguna. Claro que, como relataban los viejos, los fantasmas carecen de cuerpo, apenas un hálito entre la vida y la muerte.

Temió estar a las puertas de la muerte.

Dos lágrimas calentaron sus mejillas frías como hielo.

El que creyó sería su último pensamiento, lo dedicó a Chikako: ¿quién la rescataría del cruel Shozo Masashi?

Al borde de la rendición, cerró los ojos. Entonces escuchó una voz femenina.

—¿Quién es Chikako?

Tomiko, pese al peso de sus párpados hinchados, abrió cuanto pudo los ojos: nadie. Sin embargo, la pregunta llegó hasta sus oídos con total claridad. Trató de incorporarse, pero su cuerpo no le respondía. Imaginó que la fiebre creaba fantasmas cuya voz escuchaba tan sólo como una burla.

—¿Quién...? —le temblaba tanto la barbilla que no logró terminar la pregunta.

Intentando levantar la cabeza, Tomiko lanzó la pregunta sin esperar respuesta. Los fantasmas no respondían a las preguntas de los humanos que pronto serían pasto de los gusanos.

Sin embargo...

—Soy yo quien debería preguntarte quién eres y qué haces en mi casa, donde has entrado sin permiso.

La voz era femenina, cristalina y hermosa; parecía pertenecer a alguien joven.

—Perdón. El hambre y el frío... ¡Ya no podía más, señora! —respondía Tomiko sin saber a quién.

—Contesta a mi pregunta, ¿quién es Chikako? —había tanta autoridad en la voz que la pequeña tembló.

—Mi hermana.

Decidió confiar en la desconocida que no lograba ver, confiar en aquel fantasma creado por su fiebre. Tampoco le quedaban muchas alternativas. Si le esperaba la muerte, tal vez el eco de su petición fuera capaz de cumplir su promesa. A las puertas de la otra orilla, nadie cuenta con demasiadas opciones.

—¿Sueñas con tu hermana? —La niña afirmó con la cabeza, ya no le salía la voz—. ¿Acaso está en el reino de los muertos?

Negó con la cabeza de nuevo. Derrotada y envuelta en un ardiente manto de fiebre que congelaba sus miembros, Tomiko no logró contestar hasta pasado un tiempo indefinido, entonces, a través de sus labios cuarteados, tan sólo logró soltar una frase donde se contenía toda su rabia, su desesperación y la clave de su vida.

—¡Necesita mi ayuda!

Diciendo esto, perdió el sentido y entró en el mundo de las sombras.

Cuando Tomiko abrió de nuevo los ojos, no logró reconocer el lugar donde descansaba. Le pareció la estancia de algún lujoso y desconocido palacio por la belleza de los muebles lacados, las pieles sobre su lecho y las hermosas caligrafías y pinturas que cubrían, completamente, las paredes. El suelo, al igual que en las casas más ricas, era de tatami. De muchos tatamis.

Además, se encontraba bien. Alguien había bañado su cuerpo y lo había cubierto con un confortable kimono de algodón blanco. Los pies, bajo agradables calcetines de algodón, ya no le dolían: sus heridas estaban perfectamente curadas, ni siquiera quedaban rastros de los profundos rasguños. Por un momento pensó... Se llevó la mano al cuello. No, nadie la había librado de su fea lágrima roja.

—Eso no me corresponde a mí.

Se sobresaltó. A su derecha, una hermosa mujer joven la miraba con infinita dulzura. También ella vestía de blanco, pero su kimono era de seda, una seda que parloteaba en leves crujidos a cada movimiento, como leves pasos de garza sobre la nieve. Todo en ella era blanco, incluso su larga cabellera. Sin embargo, su rostro era el de una mujer muy joven. Y muy bella.

—¿Me habéis curado?

—Bueno, si entras en mi casa sin avisar y pareces a punto de desfallecer, lo menos que debo hacer es devolverte a la vida. Eso dicen las leyes de la hospitalidad.

—Lo siento. —Bajó la cabeza avergonzada; no recordaba haber entrado en ninguna casa, mucho menos en un palacio—. No recuerdo...

—La cueva es la entrada a mi palacio. ¡Bienvenida!

—¡Oh! —Se llevó la mano a la boca, eso sí lo recordaba—. Perdonad mi osadía, ignoraba...

—Ya, ya. —La mujer movió las manos en el aire y a Tomiko le pareció que danzaba; también sus pasos parecían de baile, como si su cuerpo careciera de peso, como si flotara en lugar de caminar—. Bueno —se sentó sobre el lecho, tan cerca que envolvió con su perfume de orquídeas a la intrusa—, ¿qué hace una niña campesina vagando sola por la montaña? —Hubo un silencio porque Tomiko no sabía cómo explicarle su aventura—. Y, sobre todo, ¿cómo pretendes ayudar a tu hermana?

La pregunta logró sacar a Tomiko de aquella confusa sensación de no saber ni dónde estaba, ni cómo encontraría al prometido de su hermana, ni, sobre todo, si podía confiar en aquella hermosa y extraña mujer a cuyo palacio se accedía a través de una cueva en la montaña.

Miró a los ojos de la mujer. Brillaban. Le parecieron dos piedras de ónix.

Tomiko no ignoraba las historias de todos los seres fantásticos que habitan en mundos paralelos al nuestro. Cuando los titiriteros llegaban hasta Yamato, su madre la encerraba en la casa, *para que no te confundan*, le decía burlándose de sus ganas de ir con el resto de los niños; sin embargo, siempre lograba camuflarse y escuchar, a escondidas. Pero, en su recuerdo, incluso el más mentiroso de los espíritus no lograba ocultar su identidad y aquella mujer, más que diabólica, le pareció protectora; una diosa benévola.

—Soy Tsuchigumo —dijo la mujer a modo de respuesta a sus mudas preguntas.

—Yo me llamo Tomiko, señora.

El nombre de la mujer no le dijo nada. Si hubiera sabido ante quién estaba, tal vez habría intentado huir.

—Debes de amar mucho a tu hermana para tenerla tan presente durante la fiebre —hablaba de un modo tan dulce que la pequeña Tomiko se sintió a salvo—. ¿De qué huyes, pequeña?

—Intento salvar a mi hermana.

—¿Salvarla?

Los días de camino solitario, el miedo, la fiebre..., todo cayó de golpe sobre la niña y se abandonó a la dulzura de aquella desconocida, tan bella y extraña. Le contó toda la historia mientras sus ojos se iluminaban al hablar de Chikako o se ensombrecían al mencionar a Shozo Masashi...

—Yo lo vi. Escuché el peso de sus pasos, la voz de trueno. Yo olfateé su aliento, mezcla de sake y sangre putrefacta. Yo vi su rostro, marcado por la ira y la crueldad.

—¿Lo viste, niña? ¿Dónde?

—En sueños. No dejé de soñar con ese monstruo desde el día en que su emisario regresó con el contrato matrimonial preparado. Los demás sólo miraban los presentes,

yo miraba su sello al pie de aquel legajo y veía sangre y humo. Sangre y humo.

Tomiko dejó que las lágrimas corrieran como ríos asustados por sus mejillas mientras su cuerpo se retorció entre escalofríos. La mujer se acercó un poco más, la abrazó. La niña no recordaba haber recibido ningún abrazo de su madre; tan sólo Chikako rodeaba su cuello con sus pequeños brazos desde siempre. Se sintió inundada, o mejor, sostenida en un aura perfumada similar a la del templo donde iba a rogar la salvación de su pequeña hermana.

Se sintió abrazada por una nube de algodón; como si la mujer careciera de un cuerpo de carne y hueso.

¿Sería una diosa piadosa benefactora?

—Bebe —ordenó sin alzar la voz y tendiéndole un delicado cuenco humeante—. Te sentará bien.

Tomiko bebió. Parecía té, sin embargo, dejaba en el paladar un regusto dulzón y amargo a la vez.

No preguntó.

Había sido recibida en un palacio, cierto, oculto en el interior de una montaña; le había curado la fiebre y las heridas de los pies. Las leyes de la hospitalidad la obligaban a aceptar el cuenco y no preguntar.

Cuando devolvió el cuenco vacío, Tomiko sintió su cuerpo leve, sin peso, sin ningún dolor, convertido en nube. También sintió esas nubes llenando su cabeza. No sintió miedo, ni angustia, ni nada salvo un bienestar jamás sentido antes.

Si no era una diosa, como mínimo, sería una benigna hechicera.

Una mujer normal, desde luego, no. Todo en ella fluctuaba entre lo real y lo soñado. Se desplazaba de un lugar a otro de la estancia, pero, en realidad, no daba pasos, flotaba levemente. Tomiko se dio cuenta de que no había visto sus pies, el kimono de seda blanco se arrastraba por el suelo sin mostrar nada. Sus manos, largas, blanquísimas, extremadamente delgadas y, sin embargo, poderosas y fuertes. Por momentos, parecía tan alta como para rozar con su cabeza los techos de la estancia; luego, sentada sobre la cama, recuperaba una altura normal, la de cualquier mujer. Sus cabellos sueltos, sin nada que los recogiese, eran blancos y brillantes como nieve recién caída, pero su rostro era joven, el rostro de una muchacha casadera. Y sus facciones eran dulces, suaves, tiernas, sin embargo, cuando la luz de las lámparas hacía sombra sobre su frente o sus mejillas, casi podría jurar estar ante el rostro de una mujer muy mayor.

¡Cambiante!

Sí, esa sería la mejor definición. Su cuerpo, su rostro no pertenecían enteramente a una sola persona; Tsuchigumo, en realidad, parecía habitada por un buen número de mujeres. O de sus almas.

No importa que me robe el espíritu si con ello ayuda a mi hermana, decidió en

silencio.

Cuando la mujer abrazó a Tomiko, esta sintió un extraño cosquilleo producido por el contacto de su cuerpo a través del kimono; algo similar a docenas de pequeños brazos recorriéndola. Brazos leves, algodonosos.

La mujer acababa de escuchar su pensamiento.

El destino llevó a la pobre campesina al borde de la muerte, hasta la cueva donde habitaba. Los dioses, a su manera, habían escuchado sus plegarias y la pusieron en su camino.

Los caminos elegidos por los dioses no son fáciles ni resultan comprensibles a los humanos.

Por desesperación, por puro instinto de supervivencia, o tal vez impulsada por el juramento de salvar a Chikako, Tomiko decidió entregarse por completo a los designios de la extraña mujer.

—¿A qué estarías dispuesta para salvar a tu hermana?

—¡A todo! —Y su cuerpo se tensó como el arco del guerrero dispuesto a lanzar la flecha.

—¿Renunciarías a tu propia felicidad?

—Mi felicidad es la de Chikako.

—Bien. —Ahora los ojos de la mujer brillaban con más intensidad, surcados por diminutos hilos rojos—. ¡Te ayudaré!

Tomiko se inclinó ante la bellísima dama juntando sus manos bajo la barbilla.

—Pero mi ayuda tiene un precio.

—El que sea. —*Incluida mi vida*, pensó la niña.

Se hizo el silencio. A Tomiko le pareció escuchar, desde el fondo a oscuras de la sala, un murmullo de palabras ininteligible. Imaginó a unos cuantos sirvientes contemplando la escena, sin embargo, no vio a ninguno, y el cuenco de té con sabor dulce y acre, se lo había servido la mujer con sus propias manos.

La cabeza de Tomiko se había vuelto perezosa: no deseaba pensar, tan sólo acomodarse, cerrar los ojos y regresar al sueño. Por eso, cuando la cristalina voz de la mujer regresó hasta sus tímpanos, la tomó por sorpresa.

—Me entregarás al hombre de quien te enamores.

¿Ese era el precio? Los labios de Tomiko dibujaron una sonrisa. ¿A quién podría amar? Pero, sobre todo, ¿quién amaría a alguien como ella? Tan insignificante, pobre, fea y con un estigma marcado en su cuello.

Si no hubiera sido por el temor a parecer descortés, habría lanzado una sonora carcajada.

—En el mismo momento en que reconozcas tu amor en voz alta, me presentaré para llevarme al hombre que haya encendido tu corazón. Eso sí, deberás pronunciar su nombre y tus sentimientos, con voz clara.

—Será vuestro —y no mintió al asegurarlo.

—Entonces, sellaremos el pacto con un beso.

Los labios de la mujer se posaron sobre el hombro izquierdo de Tomiko, quien sintió una levísima picazón húmeda justo donde la mujer posó sus labios.

Días más tarde encontraría una diminuta marca negra en ese lugar de su cuerpo: el dibujo perfecto de una araña pequeña y negra. Ya nunca se borraría de su hombro.

El tatuaje parecía eso, un simple dibujo grabado con tinta, sin embargo, Tomiko comprendería, en algunos momentos decisivos, que, en realidad, se trataba de algo vivo, como si Tsuchigumo hubiera colocado sobre su piel uno de sus múltiples espíritus.

De momento, nada indicaba a Tomiko que había sido marcada para vigilar sus sentimientos. Tan sólo daba vueltas a la exigencia de la mujer.

¡Qué precio tan escaso para semejante ayuda!

Ignoraba la pequeña el laberinto por donde había dado el primer paso. Desconocía quién era la bondadosa y hermosa dama. Ignoraba las vueltas donde la envolvería aquel camino recién iniciado.

Y, sobre todo, ignoraba que, algún tiempo después, el amor cambiaría su corazón para siempre. Un amor diferente al sentido siempre por su hermana pequeña. Un amor ardiente y silencioso, porque nunca podría confesarlo.

—Ahora descansa.

La mujer se levantó del lecho. Por un instante, a Tomiko le pareció que la mujer flotaba, que su kimono ya no rozaba el suelo de tatami. Los suyos no eran los pasos de dos piernas.

En su desconocimiento del mundo, pensó que tal manera de caminar obedecía a la elegancia de mujeres que jamás habían pisado el barro de los arrozales.

Por primera vez desde la llegada de aquel emisario solicitando el compromiso de Chikako, las pesadillas desaparecieron de su sueño.

Tomiko despertó descansada como si hubiera dormido varias semanas. En su cuerpo no quedaba ningún recuerdo de la fiebre ni de las heridas. Su corazón flotaba ligero ahora que comenzaba a intuir una salida para lograr la felicidad de su hermana.

Ignoraba cuánto tiempo había permanecido en el mundo de los sueños.

No sólo se sentía ligera sino feliz. El destino había guiado sus pasos hasta el lugar donde podían ofrecerle ayuda para liberar a Chikako.

—No tendrás que pisotear tu vida como el jade de aquella noche, hermana mía.

Lo murmuró recordando aquel instante. La dama de blanco debía de tener poderes increíbles, le había prometido ayudarla y cumpliría su promesa. Casi sintió vergüenza recordando el precio exigido. Algo que ella nunca podría pagarle.

—¿Quién repararía en mí como para permitir que lo amara?

No necesitaba espejos para comprobar su fealdad, le había bastado desde siempre la mirada de sus padres y su hermano. Chikako, por el contrario, la miraba con tanto amor que, alguna vez, llegó a sentirse incluso hermosa ante el espejo de aquellos ojos.

¡Espejos! Ni siquiera cuando su hermana se contemplaba en ellos, se permitía Tomiko asomarse a una esquina como si, al comprobar la fealdad de su rostro al lado de aquel otro tan hermoso, su hermana pudiera dejar de amarla. No necesitaba mirarse. La trenza la realizaban sus manos de memoria y ni abría los ojos al lavarse la cara para no tropezar con su imagen en el agua.

Se llevó la mano a la garganta y acarició la rugosa lágrima dibujada en su piel.

—Tendremos que tapparla.

Sobresaltada, Tomiko se giró como si la dama la hubiera descubierto en alguna falta.

—También será necesario prepararte...

La mujer, de nuevo vestida de blanco immaculado, rotaba en torno a ella, examinando su cuerpo como si tomara medidas para un traje. La niña intentaba ver sus pies para descifrar aquel extraño modo de caminar, pero los pliegues del kimono los ocultaban. Tan sólo percibía el rumor de su kimono, semejante al de unos delicados pasos sobre la nieve. Eso y el movimiento hechizante de sus largas manos.

—Tendremos que entrenar tu cuerpo y tu mente, pequeña. —Había levantado con su mano derecha uno de los brazos de Tomiko y lo sopesaba—. ¡No se puede combatir con este cuerpo! —Después examinó sus delgadas piernas—. Aún no logro comprender cómo llegaste hasta mi cueva.

Tomiko se avergonzó. No sólo era horrible, sino que había pretendido realizar una tarea propia de guerreros. Como si hubiera leído sus pensamientos, la mujer añadió:

—Tendrás que, al menos, parecer un hombre joven.

—¿Parecer un hombre?

—Naturalmente. Algunos trabajos no están a nuestro alcance, niña, por eso hemos de camuflar lo que somos.

Sonrió. Tomiko no comprendía por qué se incluía ella en aquel «camuflaje». Tsuchigumo era mujer y, pese a ello, poderosa y dueña de un palacio.

—Bien, come algo. —Señaló una mesa preparada casi por arte de magia porque, ahora parecía seguro, en aquel lugar no había sirvientes, ni doncellas—. Come sin prisa y procura probar todos los alimentos preparados.

Abrió los ojos. ¡Jamás había visto semejante banquete! Ciertamente que en su casa, tras el compromiso de la hermana, no habían pasado hambre, pero los padres campesinos debían de desconocer platos de tantos colores y olores como los que llenaban esa larga mesa alargada.

Se acuclilló en un extremo de la mesa. La mujer se colocó frente a ella. Mientras

ella probaba de todos los cuencos, la dama se limitaba a seguir sus gestos casi sin mover la cabeza, tan sólo moviendo aquellos dos ónix brillantes en las cuencas de sus ojos. Por momentos, rodeados de un enjambre de finísimas venas rojas que añadían un aire tenebroso a la mirada.

Cada pocos segundos, el bellissimo rostro de la mujer adquiría destellos similares al metal y su boca, pese a permanecer cerrada, daba la impresión de estar masticando sin cesar.

Sin embargo, no probaba ninguno de los alimentos.

¿Y si fuera un fantasma?

Tomiko lo pensó. Luego decidió que no le importaba; había jurado a la luna salvar a su hermana y pagar el precio necesario, incluida su vida o su espíritu. Sin embargo, su extravagante salvadora tan sólo le había pedido al hombre que algún día fuera su amor.

¿Para qué deseaba robar al posible amante? Una mujer rica y hermosa como ella podía lograr el amor de cuantos hombres deseara.

Sonrió al imaginar la imposibilidad de pagar el tributo.

—¡Ahora preparemos al futuro guerrero!

Tomiko abrió la boca y miró su escuálido pecho.

LA FORMACIÓN DE UN SAMURÁI

Tsuchigumo se levantó casi de un salto, como si su cuerpo fuera ligero como una pluma y elástico como un hilo de seda. Caminó hasta un extremo de la estancia sin que sus pasos hicieran el menor ruido sobre los tatamis, flotando sobre ellos; allí, sobre una mesa de piedra volcánica pulida, brillaba una pequeña campana de plata. La mujer la levantó y la hizo sonar, al menos eso decían sus movimientos, sin embargo, la campana no emitió el menor tañido.

Después regresó al lado de Tomiko.

—No tardará.

Para no ser descortés, no preguntó quién llegaría en breve. Los alimentos habían predispuesto su ánimo alegre. Había comido tanto que se sentía incómoda y somnolienta, sin embargo, ni le pesaba el estómago, ni se notaba abotargada.

Nada, ni siquiera sus sentidos, funcionaba igual dentro de aquella fabulosa estancia, apenas entrevista por la escasa luz. Una luz que parecía seguir los pasos de la mujer, o precederlos, mientras el resto permanecía en tinieblas.

Los minutos corrieron en silencio; o los años, porque el tiempo en aquel lugar se movía en círculos invisibles sin que se pudieran calcular las horas: podía ser la hora del Conejo, del Perro o del Tigre.

Todo flotaba entre un aire de irrealidad mágico.

Mientras Tomiko intentaba ver algún detalle nuevo del salón, la mujer dibujaba símbolos sobre la mesa con sus dedos desmesuradamente largos. Descubrió un efecto curioso en aquel lugar: lograba ver esquinas nuevas tan sólo en los lugares por donde la mujer caminaba, como si recobraran la vida ante ella o la luz de su kimono blanco iluminara las sombras a su paso.

Imposible decir si la estancia medía cinco o cincuenta tatamis. Eso sí, no se sentía ni frío, ni calor, tan sólo una agradable y acogedora sensación de bienestar.

Después, sin que retumbara ninguna llamada, ni se abriera ninguna puerta, apareció, a espaldas de Tomiko, la figura de un anciano alto, sosteniendo un cayado poco menos alto que él.

—Este es el maestro Kamakura, uno de los últimos sacerdotes del Shinto, la vieja religión casi olvidada...

Tsuchigumo miraba a la espalda de Tomiko, quien se giró para comprobar que aquel presentado como maestro era un hombre anciano, alto, nervudo y erguido como un poderoso cedro en mitad de las sombras. Vestía una túnica verde bordada con símbolos desconocidos para la campesina, en hilo de seda negra y sin obi que la sostuviera. El pelo, abundante y blanco, como el de la mujer, estaba recogido en la nuca con una extraña filigrana que dibujaba una serpiente en alerta. Su rostro, plácido y sin demostrar emoción, sostenía dos cuencas cuyo iris glauco denotaba la ceguera.

—Aunque no lo creas, con sus otros sentidos, el maestro es capaz de ver incluso mucho más que yo misma —aseguró Tsuchigumo como si leyera sus sorprendidos pensamientos—. Domina todas las artes de lucha, con el cuerpo, con la mente y con las espadas, las dagas o el arco. —Hizo una breve pausa—. Además, su conocimiento del mundo, la religión y el arte del Go es ilimitado.

La impresionada Tomiko miraba al hombre con la boca abierta. Mientras la mujer hablaba, el maestro aún no había realizado el menor gesto, ni con su rostro, ni con su cuerpo; continuaba en pie, con el cayado aferrado por su mano derecha y la izquierda oculta entre los pliegues de la túnica. Jamás había escuchado hablar del arte del Go, sin embargo, resultaría crucial para su futuro.

—Maestro. —La mujer se levantó, se colocó ante el hombre, hizo una leve inclinación y continuó hablando—: Esta será tu nueva alumna. —La señaló con una mano, como si las cuencas glaucas del hombre pudieran verla—. Es necesario que la conviertas en un samurái, en el mejor de los guerreros posibles.

—¿También en un hombre? —la voz retumbó enérgica pero amable.

—También. —Hizo una pausa—. De todos modos, para esa transformación, contaremos con ayuda. —Tomiko se sentía un juguete en manos de aquella mujer que decidía sus pasos y su futuro sin ningún disimulo—. Lo primero será conseguir que sea un buen samurái. —De nuevo una pausa—. Y no sólo de cuerpo, también su mente y su espíritu deben ser los apropiados.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

Tomiko no terminaba de dar crédito. Hablaban de transformarla en un guerrero como si fuera posible hacer de una pobre y fea campesina algo semejante.

—Que no sean más de tres años.

—Bien.

Aturdida, la mente de Tomiko calculaba: Chikako se desposaría a los dieciséis, faltaban seis años. Ese era el plazo de que disponía para lograr romper, aún ignoraba cómo, el compromiso. Y, ahora, su extraña protectora hablaba de tres años para transformarla en un samurái.

—He preparado el equipaje que cubra sus necesidades esos tres años. —La niña trataba de buscar ese equipaje sin lograr ver nada—. Cuando esté preparada, volveremos a vernos.

Eso fue todo.

La mujer se giró y dejó solos al maestro ciego y a Tomiko. Esta vez, ni siquiera pudo ver en qué lugar de la estancia se encontraba: lo único visible era el maestro, el ciego sacerdote del Shinto.

Ni despedidas, ni consejos.

El interés mostrado hasta entonces por la campesina se transformó en absoluta indiferencia. Incluso pareció borrarla de su memoria.

Durante el breve silencio que siguió, a la niña le pareció escuchar algo parecido a un continuo masticar de miles de bocas pequeñas cuyos dientes chocaran incesantemente.

Tampoco el maestro habló, se limitó a señalar un hatillo a sus pies para indicar que lo recogiera, ajustó su túnica y esperó a que Tomiko lo siguiera.

Con la sensación de estar siendo movida por invisibles hilos tejidos por otros, Tomiko siguió los pasos de Kamakura. Caminaron durante mucho tiempo por un laberinto de pasillos oscuros, excavados en la roca, por los cuales transitaban seres extraños de los cuales sólo podía distinguir el mismo ruido percibido tras el abandono de la mujer, como de masticación sin dientes, junto con la intuición de cuerpos deslizándose sobre su cabeza, sobre la pared de la techumbre, siguiendo una estela de brisa gélida.

Kamakura caminaba sin vacilaciones, sin necesitar luz para orientarse y sin que parecieran impresionarlo aquellos seres invisibles para Tomiko, masticadores incansables transitando por el techo de piedra.

A veces, tenía la impresión de ir tropezando con tupidos restos de telarañas brillantes que, al rozarlos, se esfumaban como si fueran los dibujos de un sueño.

En un recodo del laberinto, una luz blanquecina señalaba el fin de los túneles. Reconoció la cueva donde se introdujo a dormir, ¿cuánto tiempo atrás? Imposible fijar si llevaba días, horas o semanas como invitada en el palacio de Tsuchigumo.

Le sorprendió descubrir que salían a la luz de la tarde, tal vez a la hora del Mono, antes de comenzar el ocaso. Sentir el viento cortante como el filo de un cuchillo y la nieve bajo sus pies la tranquilizó. Al menos le resultaba familiar.

Caminaron por un sendero poco visible, Kamakura utilizando su cayado para apartar arbustos, ramas bajas de los árboles, zarzas y demás obstáculos, ciertamente como si pudiera verlos a la perfección. No había dudas en sus pasos. Tomiko sintió la piel arañada por el frío bajo el ligero kimono de algodón; además, le costaba andar con las sandalias de madera.

Ni protestó, ni se quejó, ni preguntó cuánto tardarían en llegar.

La tarde se transformaba en noche cuando vio, a la derecha del sendero, una casa, no demasiado grande, una construcción de bambú sin recubrir y con un inclinado tejado de paja. Parecía deshabitada pero en perfecto estado de conservación.

El maestro levantó ligeramente la barbilla y se encaminó hasta la entrada.

Tomiko deseaba encontrar un buen fuego donde poder calentarse; sus manos estaban amoratadas por el frío y su cuerpo temblaba como un frágil junco.

La casa era modesta pero cómoda y amplia, formada por paneles móviles hermosamente pintados, capaces de hacer variar la capacidad de cada habitación; el suelo estaba cubierto por tatamis. Resultaba muy acogedora, sin ostentaciones ni

lujos, pero con todo cuanto aún le causaba placer a Kamakura: la caligrafía, la pintura, la música y la espada. Aunque de eso fue enterándose con el tiempo; de momento Tomiko tan sólo miraba, asombrada, la espada colocada sobre una mesa cerca de la chimenea encendida; las paredes cubiertas con pinturas y láminas de exquisita caligrafía y varios instrumentos musicales que sólo había visto, agazapada a escondidas, tocar a algunos titiriteros.

—Debes ir a buscar agua.

Tomiko, aún sin reaccionar y con el hatillo en su mano, permaneció muda y sin moverse.

—Allí —señaló un hueco a través de un panel corrido, que llevaba a otra dependencia de la casa— encontrarás cubos. Trae dos. No tienes más que seguir el camino hasta encontrar una fuente.

No se atrevió a protestar, tan sólo desató el hatillo en busca de algo que colocarse sobre los hombros.

—No. —La mano de la niña quedó paralizada—. El frío, como el calor, debes controlarlo tú, sin necesidad de protección.

Tomiko se sintió desfallecer.

Miró el rostro inmutable del anciano cuyos ojos ciegos parecían controlar no sólo su cuerpo, sino su espíritu.

—¿A qué esperas? —no gritó, pero la aspereza del tono resultó más efectiva que el contacto de un látigo en su espalda.

Tomiko entró en el lugar señalado por el maestro. Cierto, era la estancia destinada a cocinar. Tampoco allí existían sirvientes. Buscó algo con que poder romper las sombras, sin éxito. La única luz de toda la casa se encontraba en la estancia de la chimenea donde esperaba el impaciente maestro. Sus pies tropezaron con la madera de un cubo, lo recogió, también otro que estaba cerca.

Salió en busca del agua, tan sólo vestida con el ligero kimono de algodón y calzada con sus sandalias de madera.

¡Es una trampa!

Lo pensaba mientras, torpemente, descendía el sendero en busca de la fuente. Por suerte, las densas nubes de la tarde se disiparon ante una inmensa luna que se colaba entre las ramas de los árboles y le permitía ver las piedras, las zarzas y las ramas bajas que se interponían entre sus pies y el destino de sus pasos. Tomiko se imaginó prisionera en una trampa: sería la sirvienta de aquel maestro ciego, no tres años, sino el resto de su vida. ¡No la iban a preparar para ser un guerrero samurái!

Las lágrimas corrían sin sentido por sus mejillas, resbalaban por el estigma de su cuello y se colaban en su pecho por debajo del algodón.

Estaba perdida.

Prisionera.

Y, lo peor de todo, sin posibilidad alguna de ayudar a Chikako.

Soy una estúpida y fea campesina que creyó poder frenar el destino con sus manos y ha terminado en la peor de las trampas.

La angustia se iba convirtiendo en piedra sobre su pecho.

¿Conocía Tsuchigumo los planes de aquel falso maestro?

Imaginó que sí, desde luego. Incluso los presentía cómplices en la tarea de esclavizar a incautas como ella, adentrándose solas en los bosques, en pleno invierno y sin posibilidad de que nadie acudiese en su auxilio.

Ahora sí le recordaba su presente todas las terribles historias de los titiriteros. Ignoraba qué clase de seres malignos eran aquellos dos, pero, sin ninguna duda, se dedicaban a atrapar desdichados que atravesaban aquel bosque.

¡Escaparé!

Se lo prometió a sí misma y al terror oprimiéndole el corazón y los pensamientos. Imaginó que habría de permanecer un tiempo atada al lugar, tal vez hasta la llegada de la primavera. Entonces, cuando la nieve comenzara a desaparecer, buscaría el modo de burlar la vigilancia del ciego y cumplir su promesa.

¡Su promesa!

Encontró la fuente, al final del sendero, un poco más allá se escuchaba el rumor salvaje de un río, *si sigo la corriente, llegaré hasta el mar y Nagasaki está a la orilla del mar*. Intentaba darse ánimos para no desmoronarse allí mismo, tenderse sobre la nieve y esperar la llegada de la muerte en forma de sueño dulce.

Los cubos pesaban tanto que sentía los huesos de sus hombros y sus codos a punto de descoyuntarse. Ahora el sendero ascendía, aumentaba el frío y la noche era tan cerrada como si fuera la hora de la Rata. El sudor resbalando por su cuerpo se convertía en regueros helados que arañaban la piel como cuchillas.

Tardó una eternidad en regresar. Había trabajado, desde niña, en los arrozales, cargado con cubos de agua, lavado ropa en las aguas gélidas del río; sin embargo, no recordaba haber acarreado algo tan pesado como aquellos dos cubos de agua por un sendero escarpado, en plena noche y aterida de frío.

Y de pavor.

Cuando entró en la casa de madera, el maestro estaba sentado frente al fuego de la chimenea, sobre un cojín y en la posición del loto. Ni siquiera se giró para comprobar que había cumplido sus órdenes y regresaba con los dos cubos llenos de agua.

—Bien, ahora, imagino que sabrás preparar algo para la cena. —No parecía esperar respuesta—. Deja el agua en la cocina, allí encontrarás lo necesario.

Los dioses habían castigado su osadía del modo más terrible: encadenándola al servicio de dos seres despiadados.

Decidió no abrir la boca. Reservaría sus fuerzas para estudiar el mejor modo de

escapar. Entró en la diminuta cocina donde había encendida una pequeña lámpara y un hogar preparado para cocinar. Se tragó las lágrimas y preparó, con las manos aún entumecidas y temblando, una cena sencilla a base de arroz hervido y tiras de carne seca. Lo colocó en los cuencos adecuados y sobre una bandeja de madera basta para llevarlo hasta donde estaba el maestro ciego.

—Bien. —El hombre separó las holgadas mangas de su túnica hasta el codo dejando al descubierto unos brazos fuertes, impensables para un hombre tan anciano—. Vamos, come. —Tomiko no acercó a su boca ni un grano de arroz—. Si pretendes convertirte en un guerrero, tendrás que comer...

¿Se burlaba de ella?

Sintió una mano del hombre en su brazo.

—¿Podrías sostener una espada con semejantes músculos?

¡Una espada! Tomiko no pudo evitar lanzar una mirada a la katana guardada en su funda y reposando sobre una mesa baja.

—Te despertaré todos los días, antes de terminar la hora del Tigre. —Tomiko acercó un cuenco de arroz—. De algún modo, conseguiré que tus músculos se fortalezcan lo suficiente como para que seas bueno en las peleas —le hablaba como a un joven, no como a la chica que era—. Después veremos cómo te defiendes con la espada, el arco y las dagas, a pie y sobre un caballo. —El anciano giró el rostro hacia ella—. Los entrenamientos del cuerpo durarán hasta la hora del Caballo.

Sin darse cuenta, sonrió. Sería una trampa, pero la prepararían para la lucha. Con eso, de momento, le bastaba.

—Después de comer, y tú serás la encargada de hacer el fuego y la comida, yo descansaré hasta la hora del Mono. Procura no molestarme durante ese tiempo. Las horas desde la del Gallo hasta que finalice la hora del Cerdo, las dedicaremos a cultivar tu mente y tu espíritu...

—¿Cómo? —casi se avergonzó al escuchar su voz.

—Aprenderás caligrafía, leerás tratados de combate y de ciencia...

—No sé leer.

—Aprenderás —lo dijo con tanta seguridad que Tomiko lo creyó—. No podrás presentarte como un digno samurái siendo un patán.

—¿Un samurái?

Tomiko había oído hablar de ellos, pero jamás había visto a ninguno. En su imaginación, los samuráis eran seres más divinos que humanos, tan imponentes que su sola presencia lograba hacer huir a los malhechores. Jamás había escuchado ninguna historia de una mujer con categoría de samurái.

—Pero —balbuceó— sólo soy una campesina.

—Ella —había respeto y un punto de temor al referirse a la mujer del palacio— ha decidido que te ayudará con esa promesa que has hecho —no mencionó a su

hermana y Tomiko sintió alivio—. Ella cumplirá su parte. Tú tendrás que cumplir la tuya.

Pronto aprendió Tomiko que no era sensato discutir con el maestro Kamakura.

Tras la cena, le mostró el futón enrollado que sería su lecho. Él se retiró tras una puerta no sin antes recordarle que aprovecharse las horas de sueño si quería comenzar su entrenamiento al día siguiente.

Cuando ya no escuchó ni un rumor en la casa, Tomiko buscó bajo sus ropas el obi de Chikako y los restos del broche de jade. Necesitaba sentir el calor de su hermana a través del obi y apretar el jade entre sus puños recordando a quién debía destruir, para no desfallecer.

Tardó horas en dormirse, algo que no volvería a repetirse ninguna de las noches siguientes, tan agotada de las largas jornadas que caía sobre el futón sin recordar siquiera sus dos amuletos.

Cuando sintió la voz de Kamakura y el roce de su cayado en la espalda, le pareció que acababa de dormirse.

El cielo aún permanecía negro como las simas de la muerte.

—Coloca esto en tus tobillos —dijo arrojando dos sacos pesados ante ella y unas correas de cuero—. Átalos bien. A partir de ahora, caminarás con ellos desde que te levantes hasta que te acuestes.

—¿Qué...?

—Dos kilos de sal para cada tobillo. Tus piernas deben sostenerte en los combates, luego habrán de ser tan fuertes que te permitan volar.

Tomiko no dijo nada, tan sólo pensó que con semejante peso en sus piernas, ya no volar, sino caminar sería casi imposible.

Durante horas, y con sólo una taza de té en el estómago, su maestro la sometió a pruebas tan terribles que, en cada una de ellas, creyó que perdería el sentido. Correr montaña arriba con el lastre de los saquitos de sal fue el primer ejercicio. Después, cortar y acarrear leña; caminar sobre troncos clavados en el lecho del río, de un diámetro menor que el tamaño de sus pies y separados más de tres palmos entre sí; vuelta a subir la cuesta de la montaña...

Con el paso de los días, Kamakura añadía dificultades a los ejercicios, como realizarlos con los ojos vendados, atar a su espalda un saco de sal de diez kilos... Además, la obligaba a someterse al frío sin mover un solo músculo: *las sensaciones están en tu cabeza y desde ella has de controlarlas*. También el miedo y el cansancio podían estar sometidos al control de su mente. La primera vez que la obligó a permanecer cerca de una serpiente multicolor, trató de explicárselo:

—Los animales te atacarán, fundamentalmente, para defenderse. Pocas veces buscarán servirse de carne humana para saciar el hambre, aunque también pudiera ser. Si te intuyen más poderoso que ellos, no intentarán combatir contigo.

—Pero ¡me morderá!

—No si tu mente le dice que tú eres más fuerte.

En cada una de las pruebas, añadía datos sobre las normas de conducta de los guerreros. Al principio, apenas lograba comprender algo de todo cuanto escuchaba, pero lo retenía en su memoria y en su corazón.

—El guerrero que logra vencerse a sí mismo podrá vencer a sus enemigos. De lo contrario, entrará en combate con la derrota señalada en su frente.

—¿Vencerse es no tener miedo?

—Es haberlo enfrentado y combatido. ¿Te asusta la serpiente?

—Mucho.

—Mírala: sus colmillos pueden llevarte a la muerte. Busca con tu mirada sus ojos y dile que tu espada puede llevarla a la muerte.

No era fácil. Además, estaba obligada a precipitar su entrenamiento, a resumir en meses aquello que se demoraba años en la preparación de un samurái.

Lo extraño era que, desde algún punto de su interior, le estaba naciendo algo similar a una armadura invisible.

—Eso que sientes es un regalo de Ella —como cada vez que la mencionaba, estallaba la admiración, el respeto y un punto inconcreto de rabia—. La araña que llevas dibujada en tu hombro. —Tomiko se llevó una mano al lugar— está inyectando en tu interior la fuerza y parte de los poderes de tu benefactora.

—¿Cuáles?

—Lo descubrirás cuando los necesites. Tan sólo irás descubriendo cómo tus sentidos, desde la vista hasta el tacto, multiplican sus capacidades.

Día a día, iba descubriendo que pequeñas y nuevas aptitudes se iban manifestando en su comportamiento sin apenas necesitar esfuerzos añadidos: su olfato, su vista y su oído se agudizaron: escuchaba el vuelo de una mosca a cien metros, podía orientarse siguiendo su olfato y, amusgando los ojos, podía distinguir incluso el camuflaje de una serpiente entre las rocas; su piel se volvió insensible al frío extremo, incluso al roce con el fuego. También su corazón dejó de albergar tan sólo temores y lo fue envolviendo una coraza de fortaleza. No era insensible a los sentimientos, tan sólo comenzaba a no necesitarlos.

Salvo el amor de Chikako.

Los días se repetían con agotadora monotonía, mientras los ejercicios se iban endureciendo y ampliando, como su cuerpo y sus sentidos.

—A partir de ahora, te llamarás Susanô, como el dios de las aguas... —le dijo, a la hora de la cena, cuando llevaba apenas dos meses en la casa del maestro y su cuerpo comenzaba a mostrar una fuerza y una habilidad que asombraban a Tomiko—. Pero, no es adecuado para... —No dijo más, Tomiko ignoraba si no era adecuado

para su sexo, para su condición de campesina, o para su insignificancia—. Tendrás que ser aquello que necesites ser en cada momento para cumplir con tu destino y tu promesa. Has de aprender a ser como las aguas de un río: ligeras, capaces de adaptarse al terreno para seguir su camino hacia el mar, pero implacables con los obstáculos; al igual que ellas, sin hacer ruido cuando sea menester y rugiendo en el momento necesario.

Tomiko, mejor decir Susanô porque, desde aquella noche, nunca volvió a escuchar su viejo nombre de campesina, no comprendió las palabras de Kamakura. Claro que pocas veces lograba comprender todo cuanto le decía, se limitaba a almacenarlo e ir masticándolo con cuidado y respeto.

A esas alturas, había aprendido no sólo a comenzar a dominar su cuerpo, a controlar las sensaciones de frío, calor o miedo, sino a respetar la profunda sabiduría de aquel hombre que hablaba poco pero a quien se le iluminaba el rostro cuando practicaba caligrafía o le mostraba el significado de los signos.

Tomiko fue tan sólo Susanô.

Los días se llenaban de una larga, compleja y dura tarea de aprendizaje. La antigua Tomiko ni siquiera disponía de las horas de descanso del maestro: ese tiempo debía dedicarlo a tareas como lavado de ropa, limpieza de la casa, zurcido, recogida de agua, preparación de la comida.

Las horas del día apenas alcanzaban para tanto y se tumbaba en el futón sin ánimo para lamentarse ni, mucho menos, llenar su pensamiento con algo diferente a todos los aprendizajes que debía masticar hasta hacerlos propios.

En tres años, el ciego sacerdote shinto convertiría a una campesina en un samurái digno de tal nombre. Múltiples conocimientos y preparación, además de la condición física, fueron necesarios, y todo ello lo consiguió en un tiempo infinitamente inferior al que necesitaría un joven aspirante a samurái.

La caligrafía.

El gusto por el dibujo y la pintura, junto con rudimentarios conocimientos de tal arte, al menos para distinguir los estilos y las épocas de cada cual.

El arte de la espada; y aquí sí debía ser profundo el dominio, no sólo de la katana, la wakisashi o la más larga espada ceremonial.

El conocimiento de la literatura, algo que resultó fascinante al aprendiz.

El arte de la música y sus principios; no le exigió dominar un instrumento, pero sí ser capaz de distinguirlos sin verlos o conocer las diferentes épocas y modas de cada melodía.

Los principios del Shinto. No fue el estudio más extenso, tal como podía suponerse de un sacerdote shinto, incluso ligaba tal conocimiento al Honorable Código de comportamiento exigido a un samurái. De dioses y tradiciones mágicas, apenas hizo vagos comentarios. Susanô tardaría muchos años en comprender la

causa.

El arte de la concentración y la lucha. Y no sólo el dibujo corporal y el manejo de todas las katas, sino el control suficiente de sus sentidos como para realizarlas con los ojos vendados, *has de intuir el golpe de tu adversario antes de que surja dibujado en el aire; mirar en sus ojos las intenciones sin dejar al descubierto las tuyas. Por el modo de respirar, por un ligero roce de sus vestiduras...*

El antiguo y complejo juego del Go. Al principio, no sólo le pareció un aprendizaje inútil, sino demasiado complejo para la simplicidad de un tablero y unas humildes piedras de dos colores. Después se convirtió en una pasión. Descubriría, muy lejos de aquella casa, la vital importancia de haberse convertido en un consumado maestro del juego más antiguo y respetado entre los nobles. *El propio Shogun es un gran jugador; dicen que el shogunato de la casa Tokugawa tuvo su origen en una estrategia similar a la del tablero de Go.*

Pero, sobre todas las cosas, Kamakura, le abrió las puertas de la vida. Porque una vida no es sino el largo camino de cada ser vivo en el correcto cumplimiento de su destino.

Y su destino era salvar a Chikako. Pero no bastaba con realizar promesas a la luna, con soñar la derrota del enemigo: se necesitaba concretar cada proyecto, prepararse para su perfecto cumplimiento y templar el espíritu como se temple el hierro y el acero de una katana: fuego, oraciones, entrega, pasión, arte, dominio y sacrificio.

—Para derrotar a tu enemigo has de conocerlo como a ti mismo. Si vas a cazar a un tigre has de pensar como un tigre; si deseas apresar al águila te has de sentir como un águila. ¿Qué sabes de Shozo Masashi?

Cuando el maestro le hizo tal pregunta llevaba un año de duro y agotador entrenamiento; aún no estaba preparado pero recorría bien el camino del aprendizaje. Mejor en algunas materias que en otras. Por ejemplo, su caligrafía era bastante más que aceptable, aunque esa fue, justamente, la pasión de Susanô. Encontraba en los anagramas y sus composiciones algo similar al secreto de la vida: los signos daban nombre, por lo tanto creaban, hacían cierto aquello que antes sólo era un sueño, una sombra, una quimera. Llegó a amar la caligrafía como una jovencita de su edad amaría a un apuesto joven. Tan sólo por recibir el regalo de tal aprendizaje, todo lo sufrido quedaba justificado.

Sus sentidos habían adquirido una sutileza, destreza y finura totalmente impensables para una campesina; era capaz de escuchar los pasos de una araña sobre la pared, olfatear la presencia quieta de otro ser a quinientos pasos de distancia. Ciertamente, tal como aseguró su maestro, la negra araña de su hombro ayudaba en la tarea con cada hilo tejido en torno a su corazón.

Dominaba la lucha con las cañas de bambú, hasta el punto de poder enfrentar a un

enemigo armado con espada llevando tan sólo dos cañas en sus manos; también era capaz de cortar una pluma con la tantô a un grito de distancia y con los ojos vendados, siguiendo su presencia por el rumor del aire cortado a su paso; de lanzar varias tantô en apenas segundos y colocarlas, exactamente, en el mismo punto de la diana.

No podía seguir el Camino del Arco ceremonial, que requería aprendizaje y ceremonia propia, pero con los arcos de lucha convencionales era capaz de acertar al corazón de un mirlo, durante una carrera, y disparar diez flechas en el tiempo que dura un suspiro.

Aún no era maestro con la espada, pero podía salir vivo de un enfrentamiento con otro rival. Y la espada se convirtió en su arma favorita. Cuidaba la suya con mimo y respeto, la colocaba a su lado en el futón y dormía esperando que el acero forjado le transmitiera en sueños sus secretos. Con la espada terminaría por estar entre los mejores guerreros.

Aún le restaba dominar el arte de cabalgar y luchar a lomos de un caballo. Pero ningún caballo apareció en la casa de Kamakura durante aquel primer año.

Sus sentidos se habían abierto a la curiosidad por comprenderlo todo y no regateaba preguntas en los largos paseos al atardecer, cuando la nieve se fundió en agua y parte de las clases se realizaban caminando.

Sin embargo, su pregunta sobre Shozo Masashi, aquella noche tranquila en que Kamakura decidió hablarle de los signos escritos en el firmamento, llegó hasta la garganta del alumno como una zarpa de hierro.

Aquel nombre era el centro de todo: de su huida, de la desgracia de Chikako, del encuentro con Tsuchigumo y su maestro. Incluso de su transformación en Susanô.

¿Qué sabía de Shozo Masashi?

El joven se mordió los labios. Para entonces, Tomiko había desaparecido definitivamente y dejado paso a Susanô. Desde el fondo de sus entrañas tan sólo llegaban palabras de odio, furiosas palabras que no lo describían, tan sólo lo envolvían con su rabia.

—Los hombres, a veces olvidan que compartimos nuestro mundo con los seres del mundo mágico e invisible que nos rodea y hace posible la dicha y la desgracia; la vida y la muerte. —Los ojos ciegos del maestro parecían mirar hacia un punto fijo e invisible—. Antes de enfrentarte a tu enemigo debes aprender a conocerlo incluso en los secretos que ni él mismo ha llegado a descubrir.

—Y vos, ¿conocéis bien a Tsuchigumo?

—Es una mujer poderosa y desgraciada.

—¿Desgraciada?

—Tal vez un día descubras que la belleza puede ser un castigo peor que la fealdad.

Eso lo dudaba seriamente; el único poder de las mujeres, tal como había aprendido en carne propia, era la belleza.

—Volviendo a tu enemigo, ¿qué sabes de él?

Susanô desconocía incluso el aspecto de aquel a quien debía derrotar, pero su deseo de liberar a Chikako del yugo matrimonial con quien la encerraría en el dolor lo llevó a la fuga ciega de su casa, a aceptar el precio exigido por Tsuchigumo, a negar su condición de mujer. Por momentos, aquel deseo abrasador de venganza le hacía sentirse egoísta: por salvar a su hermana, cambiaría el curso de los ríos y el destino de mil vidas, sin pararse a pensar en el daño o dolor causado.

Ni en los otros, ni en sí mismo.

Cumplido el primer año de su entrenamiento inició el segundo entrando en el camino del caballo y la perfección de la espada, y Kamakura insistía en hacerlo maestro del Go.

—En este juego están las leyes de la estrategia más refinadas. Te ayudará a convertir tu visión de cualquier enfrentamiento en un acto global que debes dominar por encima de tus pasiones y tus sentimientos...

Y las piedras chocaban contra el tablero como gotas de lluvia, pausadas o furiosas.

—Para vencer, has de superar la pasión por la victoria.

Y las pulidas piedras blancas cerraban un paso de retaguardia a las negras.

—Enfrascado en la victoria, puedes dejar rotas las defensas y se tornaría inútil ser dueño de la nada.

Y las blancas cerraban el paso del reagrupamiento y fragmentaban el bloque de las negras.

—Espera siempre a que se confíe tu enemigo; dale la ventaja de creer que sus decisiones son las acertadas y aguarda el fallo que su vanidad propiciará para asestarle el golpe definitivo.

Las piedras blancas capturaban la fortaleza de las negras.

Cuando dominar el arte de las armas y la estrategia se convirtió en el centro de las enseñanzas, el sacerdote shinto exigió un cambio en las rutinas diarias.

—Para empezar, te alimentarás tan sólo de arroz hervido, algas y pescado cocido. Además, habrás de ayunar al menos una vez al mes.

—¿No me debilitará tan parco alimento? —preguntó.

—Será suficiente para mantener tu buen estado físico. Un exceso de comida entumece los sentidos y un samurái siempre ha de estar presto al combate y alerta. El ayuno limpiará tu cuerpo y tu espíritu. Tampoco deberás beber sake.

—Maestro, si debo mostrarme como un hombre, no podré rechazar la invitación de otros. Dudarían de mi hombría.

—Entonces, ¿también aceptarás acompañarlos en sus visitas a las cortesanas?

Susanô agachó la cabeza.

—Si de veras quieres ser respetado y no cuestionado en tus decisiones, habrás de ser —fue levantando dedos de su puño cerrado— primero el mejor en el combate; segundo, el primero en respetar el Código de Honor; después, alguien fiel a sus creencias y principios. Nadie te obligará a romper tus creencias si mantienes vivas las Siete Reglas del samurái.

—Comprendo.

—Temo que no, muchacho. —El rostro del anciano se relajó, se sirvió otra taza de té y movió dos piedras blancas dejando en precario las defensas de las negras—. Sigue este consejo si deseas sobrevivir a la dura prueba que te espera: conviértete en un secreto.

—¿Un secreto?

—Nadie sabrá de dónde llega el glorioso samurái que ofrece sus servicios...

—¿Mis servicios?

—Antes de partir a cumplir tu promesa, deberás pasar un tiempo defendiendo a un daimyo necesitado de tu brazo. —Susanô sintió una punzada de vértigo y un doloroso pinchazo en el hombro donde tenía grabado el beso de Tsuchigumo en forma de araña—. Habrás de ganarte una buena dosis de fama porque ninguna aureola disfraza más a un hombre que el prestigio de su nombre. ¡Y deja de interrumpirme!

A veces, el maestro sufría, o fingía sufrir, pequeños arrebatos de ira que terminaban triplicando las tareas o los entrenamientos. Tras unos segundos de silencio, prosiguió.

—Habrán de ignorarlo todo de ti. Y podrás guardar silencio siempre que cumplas con tu trabajo mejor que ningún otro. El misterio añadirá brillo a tu gloria. Hasta puede que terminen creyéndote el hijo de un dios. —Kamakura lanzó al aire una ronca carcajada—. Tu secreto afianzará tu prestigio. Además, tu nombre es antiguo como el dios que lo encarnó y te presentarás tan sólo con él, sin el nombre de ningún clan, por lo tanto, tu secreto será el nombre de tu glorioso clan familiar. Si consigues la reputación necesaria, nadie cuestionará tus decisiones, ni te forzará a beber sake, ni a visitar las casas de las cortesanas. —Refunfuñó unas palabras ininteligibles—. Los más grandes samuráis fueron famosos por sus virtudes, no por sus debilidades.

En momentos como aquel, Susanô se veía incapaz de alcanzar su meta. Cuanto más cerca intuía el momento, mayor resultaba la opresión sobre su pecho.

¡Un secreto!

¿Acaso no bastaría haber ocultado su condición femenina?

El segundo año, todas las horas de entrenamiento se centraron en el manejo de las

espadas y en la habilidad para montar a caballo.

El primer día que vio, en el pequeño patio posterior de la casa, al caballo que sería suyo para siempre, el corazón le dio un vuelco. Su pelaje era tan negro que parecía soltar hilos dorados cuando los rayos de sol rebotaban contra su pelaje. Se acercó, sin miedo, hasta la cabeza del animal que bajó la testuz en señal de reconocimiento; paseó sus manos por todo el cuerpo del animal sintiendo la vibración tensa de sus afilados músculos, transmitiéndole mensajes a través de las manos que el caballo parecía comprender abriendo y cerrando los belfos o mostrando una quietud pétrea.

¡Era un ejemplar magnífico!

—Tendréis que transformaros en un nuevo ser que una vuestras dos identidades, Susanô.

—¿Cómo se llama?

—Shiben. Ella te lo envía como presente.

—Shiben —murmuró cerca de la oreja derecha y el animal resolló aceptándolo.

—Ha de conocerte a ti, tanto como tú a él. Recuerda que, tanto para utilizar el arco, como para el combate, sólo tus piernas estarán en contacto con su cuerpo y cada uno de tus movimientos será una orden para tu caballo.

—Shiben —repetía como si el nombre fuera un conjuro.

Jinete y caballo se sintieron uno desde el primer contacto. A veces, Susanô tenía la impresión de que no eran sus dos piernas quienes flanqueaban las ancas del animal, más bien intuía que, a su grupa, ambos se transformaban en un ser diferente y no necesitaban sostenerse uno al otro. Los sostenía la misma voluntad. Los unía la misma pasión.

Por increíble que pudiera parecer, todo lo practicado antes en tierra, el arco, la espada, el lanzamiento de los aikuchi, mejoró considerablemente.

Incluso Kamakura se sorprendió. El caballo se convirtió en el maestro de todas las artes.

¿Lo habría preparado la propia Tsuchigumo?

Fuera como fuese, Shiben y Susanô, en apenas unos meses, se convirtieron en la perfecta imagen de un samurái jinete.

Además, Susanô se sentía tan feliz a su lado, cabalgando durante horas, entrenando, simplemente corriendo contra el viento, como si hubiera recuperado los abrazos de Chikako.

Más de una mañana los descubrió Kamakura durmiendo juntos entre el heno del establo.

—No es con tu caballo con quien deberás dormir. Un samurái duerme con su katana siempre cerca. Ella encierra el espíritu del samurái.

Y la suya, regalo también de Tsuchigumo, era muy especial: forjada en siete

pliegues, con el peso justo para separar una cabeza del tronco y tan afilado su filo como para cortar un pañuelo de seda al vuelo. La empuñadura era de plata y llevaba grabado un dragón flanqueado por dos esbeltas arañas.

Dos años duró la última parte del entrenamiento que, además del caballo, incluyó la lucha silenciosa, es decir, los movimientos que convierten en mortal el uso de las manos y los dedos. Susanô casi volaba cuando cambiaba de una kata silenciosa a otra; ciertamente, la fortaleza de sus piernas le permitía imprimir una altura a sus saltos casi inhumana.

Casi a punto de finalizar el plazo concedido por la dama del castillo, el maestro, sin bajar la guardia en el perfeccionamiento de Susanô, comenzó a sentirse tan cerca de su alumno como para convertir las partidas de Go en largas confidencias.

Le contó que en él, como en todos, habitaba una parte no humana. Su kami era una serpiente y de su conocimiento había logrado extraer todo cuanto de benigno y maravilloso puede regalar una serpiente. También había aprendido a transformar en bueno incluso el veneno de su mordedura. Esa noche de confidencias, Susanô pudo ver en los ojos glaucos de Kamakura el destello hechizante y amarillo de una serpiente.

—¿Cuál es mi kami? —preguntó.

—No tardarás en descubrirlo. —Y sus labios, finos como el tajo de una daga, sonrieron.

Faltaban siete días para dar cuenta de los resultados a Tsuchigumo; entonces, Susanô hubiera deseado poder quedarse para siempre al lado de su maestro ciego, seguir recorriendo la montaña, el río y el valle despoblado, a los pies de un lugar habitado tan sólo por aquellos dos seres. Pasar horas cabalgando a Shiben y jugando al Go mientras recibía instrucciones de su maestro. Solos, sin amigos ni enemigos, como llevaban casi tres años.

O al menos, eso creía Susanô.

Esa noche jugaban tal vez su última partida de Go y bebían los restos de un té perfumado con jazmines.

—¿Quién es Ella? —preguntó sin preámbulos.

—Tal vez un día te arrepientas de haberla conocido —murmuró el maestro.

—¿Por qué? De no haberme recogido en su palacio, habría muerto la misma noche en que entré en la cueva de acceso.

Susanô dudó. Los últimos tiempos había sentido, justo donde la mujer había dejado con sus labios la marca de una diminuta araña, un escozor semejante a una negra premonición.

—Además, sin su ayuda, jamás habría podido siquiera soñar con salvar a mi hermana. —Con la defensa de la Dama intentaba darse razones para no enfrentar el pavor de volver a encontrarla—. Ha sido generosa en el cumplimiento de su palabra:

me trajo hasta tus conocimientos, me dotó con las mejores armas y el mejor caballo...

—Entonces, ¿por qué te preocupa saber quién es? —Por el rostro del sacerdote shinto cruzaban sombras rojas, reflejo de fuego danzando en la chimenea. Estaban, de nuevo, en lo más crudo del invierno—. No siempre necesitamos saberlo todo de quien se cruza en nuestras vidas.

—Al menos dime por qué, como precio por tanta ayuda, tan sólo me pidió algo tan carente de valor —recordó la promesa de llevarle al hombre que amase.

—Está condenada a no poder amar.

El maestro guardó silencio, después solicitó una nueva tetera.

Susanô, recordando la Tomiko que aún era, imaginó la misma incapacidad para sí misma, y no por falta de sentimientos, sino por ser incapaz de sentir la mirada amorosa de un hombre sobre su fealdad.

LA HISTORIA DE TSUCHIGUMO

Hace ya unos cientos de años, el Shogun Tokugawa Iwara contaba entre las más valiosas de sus posesiones la de una hija cuya belleza era capaz de hechizar a cualquier hombre. Se llamaba Tsukinani y, cierto, hacía honor a su nombre, Onda de Luna, porque su piel semejaba el destello de la luna llena y dejaba una estela brillante tras su paso.

Su padre, el Shogun, la amaba tanto que no terminaba de encontrar marido adecuado para su tesoro de carne y sonrisas.

Podían faltarle méritos militares.

Ser demasiado pobre para darle una vida digna de su belleza.

Carecer de la dignidad social equiparable a la hija de un shogun.

Mostrar demasiadas taras físicas o morales.

No importaba el desfile de peticiones diarias acudiendo al castillo del Shogun, este no encontraba marido adecuado para la hermosa Tsukinani. Algunos decían que ni el propio primogénito del sagrado Emperador sería suficiente para el padre.

Más que como un padre, a veces se comportaba como un marido vigilante del honor bajo su techo.

Como sucede siempre en estos casos, fue ella, la hija, quien eligió al dueño de su corazón. Syako era, con diferencia, el samurái más bello al servicio de su padre. Un hombre honorable con probados méritos en la lucha que también lo convirtieron en un hombre rico. Ella se enamoró de su risa la mañana que la escuchó, escondida tras la ventana de su cuarto, mientras él perfeccionaba la kata de la tortuga. Un movimiento de su compañero terminó con una cómica caída y la risa de Syako cruzó el aire como un pájaro herido.

Tsukinani no pudo evitar descorrer levemente la hoja de su ventana para comprobar a quién pertenecía una risa tan turbadora.

Innecesario señalar cómo latió desde aquel instante el corazón de la joven. Y no fue el único: cuando el samurái levantó la vista y vio el rostro arrobado de la hija del Shogun, hincó las rodillas en la tierra del patio, llevó una mano a su corazón y se juró amarla hasta su muerte y aún más allá.

Tales juramentos, a la vista de las exigencias paternas, se realizaron en el secreto del silencio. Entre ellos, sólo hablaron las miradas.

Syako no sólo era el más bello de los samuráis al servicio del castillo, también era el más respetado y admirado: cumplía como ninguno las Siete Reglas del Código de Honor samurái.

Intentaron guardar el secreto, primero cada uno a solas con su propio corazón, después, tímidamente, en las contadas ocasiones en que lograron verse y aun rozar los ropajes del otro.

El samurái sufría, convencido de estar faltando a la regla del chugo porque amar a la hija de su señor iba contra la debida lealtad; también faltaba a la regla del meyo pues aquel amor iba en contra del honor.

La hermosa hija también sufría, por diferentes motivos: imaginaba que su padre jamás daría consentimiento para el enlace. Si bien nunca le importaron las exigencias paternas para su futuro marido, incluso le pareció que en ningún otro lugar como al lado de su padre, quien la adoraba, podría vivir mejor, ahora empezó incluso a odiar al Shogun por condenarla, con sus exigencias, a la soledad.

Iwara, el Shogun, tenía la costumbre de jugar durante una hora, las tardes en que sus obligaciones se lo permitían y se hallaba en el castillo y no combatiendo, una partida de Go con su hija. Ella solía elegir las piedras de coral rojo y su padre la dejaba vencer en el juego con frecuencia por el placer de verla reír, batir palmas y, a continuación, solicitar la prenda de un regalo. Algún kimono nuevo, una joya, un prendedor, un obi bordado en oro...

Una de esas tardes, Tsukinani anunció que, caso de vencer, le haría una petición muy especial. Las deudas de juego han de pagarse para mantener limpio el honor. Iwara imaginó a su hija encaprichada con algún objeto, probablemente costoso, sonrió y, tras ofrecer la resistencia justa para no humillarla con la victoria, le permitió dar jaque mate a las piedras de coral blanco que lo representaban en el tablero.

La joven batió palmas, incluso se levantó para dar saltos de alegría, mientras su padre la miraba feliz y convencido de que jamás encontraría un hombre capaz de hacerla tan dichosa como lo era en su castillo y bajo su protección.

—Bien, ya puedes decir cuál ha de ser el precio de mi derrota —dijo fingiéndose abatido.

—¿Lo cumplirás, padre? —Sus mejillas enrojecieron de felicidad.

—¿Acaso he dejado de pagar mis derrotas alguna vez? —preguntó Iwara mostrando una falsa indignación.

—Claro que no.

Si la vida de ambos se hubiera suspendido en ese preciso instante, ambos guardarían, para el resto de la eternidad, una imagen amable y tierna del otro: el padre viendo inocentemente feliz a quien era su más preciado tesoro; la joven imaginando que su padre, por amarla tanto, no podría negarse a cumplir su deseo de casarse con el joven Syako.

Pero la vida no se detiene en los momentos felices, mantiene la costumbre de continuar los pasos establecidos rompiendo así los bellos hechizos momentáneos.

—Deseo casarme, padre.

—Lo sé. —Le sorprendió el deseo de su hija, nunca hasta ese momento manifestado—. Cuando encontremos al hombre digno de ti.

Tal argumento, puesto en voz alta por un padre amantísimo, podría resultar

loable, sin embargo, todos comenzaban a sospechar que, en realidad, aquella búsqueda de perfección no era sino el pretexto paterno para no separarse nunca de su preciosa hija y, sobre todo, para impedir que otro hombre disfrutase del placer de su presencia: la belleza de la hija iluminaba la vida del anciano disipando con su sola sonrisa cualquier tristeza.

—Ya lo he encontrado, padre —murmuró Tsukinani inclinando la cabeza.

—¿Cómo? —Una katana atravesando su pecho no lo hubiera sorprendido más—. ¿Quién? —en la pregunta se adivinaba la cólera.

—Te daremos hermosos nietos, padre —añadió tratando de aplacar el conato de ira paterno—. Es un hombre digno, padre...

—¿Quién? —el grito se colgó en el aire como un cuervo, recorrió las estancias del castillo, atravesó el patio y provocó un temblor en todos los corazones que lo escucharon.

—Lo has prometido —intentaba recordarle el honor de una deuda de juego antes de dar el nombre de su amado.

—¿Quién? —repitió el padre llevando su mano a la wakisashi depositada en una mesa cercana.

La hija retrocedió unos pasos, aterrada por los gritos de su padre, por el rostro monstruoso y jamás visto, por el puño apretando la empuñadura de la pequeña espada.

No pronunció su nombre.

No lo hizo ni bajo las más terribles amenazas.

Se limitó a encerrarse en su cuarto, abrumada por la crueldad paterna y derramando tantas lágrimas como para crear un nuevo mar de Ariake.

Iwara, pasado el primer momento de ira, trató de amansar la tristeza de su hija, de convencerla, con presentes y dulces palabras, para que le diera el nombre de quien él creía ladrón de su tesoro. De nada le sirvieron las palabras de miel. Tsukinani había visto el verdadero rostro de su padre y no pensaba dejar al descubierto, y sometido a la venganza de este, al amado Syako.

Pasó todo un año encerrada en su cuarto, escondida de las zalameras palabras paternas. Cumplido el año, estalló una revuelta entre dos daimyos por disputas territoriales y su padre, junto con su ejército y sus samuráis, hubieron de salir a sofocarla.

Temiendo por la vida de su amado, la hermosa hija del Shogun hizo una promesa a los dioses:

Si le permitís regresar con vida, me fugaré con él.

Conocía las consecuencias de semejante afrenta a su padre, pero ya no soportaba la idea de permanecer sin los brazos de su amado. Y, sobre todo, bajo el mismo techo de un padre tirano a quien, además, debía fidelidad filial.

Una mañana, cuando aún compartían el firmamento un resto pálido de luna y el anaranjado anuncio del sol, una lágrima de la hermosa Tsukinani cayó sobre la mesa lacada donde apoyaba sus brazos, justo al lado de una pequeña araña.

La joven, compadecida por la minúscula tejedora, la recogió con la yema de su índice y la acercó hasta su rostro.

—Lo siento —le murmuró—. Lamento que mi lágrima haya estado a punto de ahogarte.

La araña no contestó, sin embargo, desde aquel día, encontró el modo de no separarse de la joven: escondida entre la seda de sus ropas, reposando sobre su frente cuando dormía, repasando los bordados de sus abanicos o dejándose iluminar por las perlas que la adornaban, la pequeña araña siempre estaba cerca de Tsukinani.

Y la joven se acostumbró tanto a su presencia que sólo a ella le relataba sus penas, sus promesas, sus temores y sus decisiones.

Cuando la araña y la joven ya formaban un dúo inseparable, regresaron de sofocar la revuelta el Shogun y su ejército.

Tsukinani, con el corazón oprimido y la araña cosquilleándole la nuca, intentó averiguar, no si su padre había regresado en perfecto estado, sino si Syako se encontraba entre quienes lograron regresar.

—¡Está vivo! —gritó alborozada y dando un salto que hizo resbalar a la araña hasta su cintura.

Entonces decidió que tan sólo esperaría la ocasión oportuna para presentarse ante él y proponerle una huida.

Necesitaba ganarse de nuevo la confianza de su padre, así que comenzó su estrategia de fingir ser la hija anterior a la partida de Go. Fue a recibirlo con una sonrisa y un beso en la mano que empuñaba la katana, mientras en su interior mantenía vivo el viejo fuego del odio hacia él.

Ese día comenzó a tejer su primera y delicada trampa. De alguna manera, la araña le había transmitido habilidades para urdir la fina y sutil maraña de la venganza.

Se mostró sumisa, avergonzada de su petición y tan leal y amante hija como la recordaba el padre.

Iwara dio gracias a los dioses por haber devuelto la cordura a la hija y la felicidad a su castillo. En realidad, la felicidad a su duro y egoísta corazón.

Cuando llegó la fiesta de la Floración, el Shogun preparó, de manera especialmente dadivosa, los fastos que conmemorarían la bendición de los cerezos en flor.

Ese fue el momento elegido por la bella tejedora para trenzar su fuga con Syako.

El día comenzaba con una exhibición de ejercicios y katas ejercitados por los samuráis en el patio del castillo.

Tsukinani pudo comprobar que su amado había regresado más apuesto y seguro de su valía tras aquella última incursión. El corazón le latía al ritmo de su nombre, tanto que incluso la araña, permanentemente sobre algún lugar de su piel, pudo escuchar, con total claridad, el sonido de aquel tambor que no anunciaba sino la tragedia.

La desgracia siempre envía emisarios para quien sabe escucharlos.

Tras la exhibición había un banquete y, como todos los años, la bella Tsukinani se encargó de servir el sake, personalmente, a todos los samuráis al servicio de su padre. Se consideraba tal ritual una muestra de agradecimiento del Shogun por la lealtad y los servicios de sus fieles leales.

Cuando estuvo a la altura de Syako, logró introducirle en la manga del kimono la nota perfectamente caligrafiada donde le confesaba su amor y lo citaba, para esa misma noche, a la hora del Tigre en el hueco que formaba una de las columnas del tori que flanqueaba la entrada principal. Esa noche, ni siquiera los guardias estarían en condiciones de ver a nadie. A la entrada del bosquecillo que comenzaba al descender la colina donde se alzaba el castillo, había dejado dispuestas dos monturas: los mejores caballos de su padre los esperarían.

La cita era tan tarde para cerciorarse de que ninguno de los hombres, a esas alturas, estuviera libre de los efectos del sake, servido con generosa abundancia por su padre.

Dejó la nota rozando su piel y sintiendo arder sus mejillas y descubrió una mirada penetrante y asustada a la vez en los profundos ojos de su amado.

El resto de la ceremonia, Tsukinani procuró estar siempre cerca de su padre, y eso por dos motivos: primero, para que todos comprobasen su afecto; segundo y más importante, para asegurar que el cuenco de su padre siempre estuviera servido con sake.

Las horas se le hicieron eternas.

La pequeña araña negra no dejaba de dibujar, con sus patas, símbolos incomprensibles sobre su piel.

Nunca supo si trataba de darle aviso; si dibujaba símbolos de buena suerte. O si, simplemente, dibujaba los nerviosos latidos del corazón enamorado.

Cuando llegó la hora, los pasos de la joven se dirigieron, felices y confiados, al lugar de la cita. Había provisto un ligero equipaje donde sí incluyó todas sus valiosas joyas: con tal botín podrían iniciar una buena y feliz vida lejos de la falsa protección paterna.

Llegó sintiendo latir el corazón en la garganta.

¡Syako ya estaba allí!

—¡Ya me esperabas! —murmuró alborozada y lanzándose a sus brazos.

—¿Cómo podéis proponerme tal deslealtad? —preguntó él separándola con sus

fuertes manos.

—Os amo.

—Yo también.

El pavor que le habían producido las manos masculinas aferrando sus brazos y alejándola de su abrazo desapareció ante la confesión.

—He recogido todas mis joyas. Podemos empezar una nueva vida en cualquier remoto lugar.

—Para convertirme en un samurái sin honor, ¿eso deseáis?

—Yo sólo pretendo ser feliz.

—Yo no podría ser feliz sin honor.

Las pupilas de Syako lanzaban llamaradas similares al nacimiento del sol. Podía leerse, junto al amor, el pavor a transgredir las normas que daban sentido a su vida.

Si no era samurái no era nada.

Tsukinani no dijo nada. Bajó la cabeza y caminó de regreso al castillo sin volver la vista ni una sola vez.

En el interior de la hermosa joven, bullían emociones encontradas, todas ellas venenosas. El amor contrariado y la humillación en el tori de entrada; el egoísmo de su padre y las leyes de los hombres indiferentes al dolor de las mujeres. Todo eso hervía en su hermoso pecho.

Eso y la urgencia por vengarse.

Regresó a sus aposentos sin que ni siquiera su doncella personal escuchara sus pasos: habían surtido efecto las gotas del brebaje suministrado a escondidas de su fiel sirvienta que había entrado a su servicio el mismo día de su nacimiento, siendo una niña de apenas siete años.

En breve se escucharía el tañido de la campana, al principio de la hora del Conejo, el aviso para despertar a los sirvientes y comenzar los trabajos rutinarios del castillo.

Tsukinani no encontraba fuerzas para reiniciar su vida y mantener la cordura impostada de la bella hija diligente, obediente, sumisa y silenciosa que todos veían y esperaban ver. Su corazón estaba roto.

El primer golpe fue descubrir el egoísmo de Iwara; el definitivo, el rechazo de Syako.

Se arrancó el precioso kimono elegido para iniciar su nueva vida, no volvería a ponérselo jamás. Después se sentó sobre el futón elevado sobre tres tatamis, con los ojos abiertos y el corazón cerrado.

—Daría cualquier cosa por vengarme de los dos —mordía las palabras y notaba el veneno de las sílabas en el paladar—. ¡De los dos!

—¿Cualquier cosa?

La voz, cristalina y turbadora, había estallado muy cerca; sin embargo, por más que la joven miraba entre las sombras de su alcoba, no lograba distinguir presencia alguna.

—La hermosa Tsukinani desea venganza —de nuevo la voz, tan cerca como si fuera la propia—. ¿Qué precio estaría dispuesta a pagar?

—¿Quién...?

—¡Responde! —se impacientaba la voz.

—Dime quién eres. —Irguió la espalda al exigir saber a quién correspondía la voz, no en vano era la hija del Shogun y no una asustada doncella.

—Mira tu mano.

Tsukinani bajó los ojos. Una desvaída luna iluminaba aún su estancia colándose por las hojas de las ventanas. Lo único que vio fue el cuerpo de la diminuta araña negra, la misma que un día recogió en la yema de su dedo índice y a quien permitió deambular por los pliegues de sus ropajes e incluso de su piel.

Levantó la mano hasta colocarla a la altura de sus ojos. Juraría que la diminuta araña la miraba impaciente.

Cierto, había escuchado cientos de historias sobre todos los seres mágicos que rodean la vida de los hombres y, a veces, interfieren en ella. Siempre creyó en su veracidad, por eso, en sus oraciones, incluía a los fantasmas de sus antepasados y a los danzarines dioses de ríos, bosques, lagunas y animales.

—Dime, ¿qué precio estarías dispuesta a pagar?

A la joven le pareció incluso distinguir una sonrisa malévola en el rostro de la diminuta compañera.

Sintió unos instantes de pánico: «no juegues nunca con el poder de los seres mágicos». Las palabras llegaron con claridad hasta su corazón.

Después recordó las llamas en los ojos del samurái, sus manos aferradas a sus brazos, su voz metálica eligiendo el honor...

Fueron unos segundos.

Segundos como siglos.

Todo dependía de una respuesta suya.

Durante el breve aleteo de una mariposa puede decidirse el destino.

—El que me pidáis —respondió al fin sin que le temblara la voz.

Apenas pronunciada la frase, saltó la araña de su mano al suelo, pero antes de llegar a pisarlo, se transformó en una hermosa Mujer, vestida de blanco, con los cabellos largos y sedosos como millones de hilos de seda tejidos por arañas plateadas.

—Tejeré una venganza justo a la altura de tu dolor.

Tsukinani, arrobada por la poderosa imagen, sonreía: sin saber cómo, había logrado la alianza de un poderoso ser mágico. Además, era mujer: nadie podría comprender mejor sus deseos.

—Después —continuó la mujer—, vendré en tu busca y vivirás en los bosques, transformada en un ser parecido a este que ahora ves.

La joven creyó escuchar un remoto gemido y una carcajada. Imaginó que, simplemente, fueron fruto de su imaginación.

En aquel momento, ni siquiera le parecía real la escena vivida.

Tampoco le asustaba terminar siendo un ser tan poderoso como la Dama que aseguró tejer la venganza necesaria para cumplir con su afrenta.

Lo único importante, al menos en aquel instante, era lograr que aquellos dos, su padre y su amado, fueran largamente castigados.

—Ahora duerme.

Dicho esto, la Mujer Araña se esfumó, justo cuando se escuchó el sonido de la campana llamando a los sirvientes y Tsukinani cayó fulminada sobre las sedosas mantas del futón.

Nadie sospechó el intento de fuga frustrado. Syako se sintió inquieto unos días, hasta ver que su amo el Shogun continuaba depositando en él la misma confianza de siempre. Temió que la hija relatara una versión desfavorable de aquella cita tardía; no dejaba de ser la orgullosa y hermosa hija del amo y pese a que también ella fuera castigada, la ira paterna sobre su hija sería breve, efímera; sobre su cabeza, sería larga y mortal.

La vida continuó en el castillo con la tranquilidad de siempre. La única excepción fueron las excusas de Tsukinani para no volver a jugar otra partida de Go con su padre.

Sin embargo, los hilos de la Dama Araña ya iban envolviendo el aire que rodeaba a los dos hombres.

Semanas después del incidente y la promesa de la hermosa joven, llegaron emisarios anunciando la presencia de un famoso bandolero y su grupo asaltando las aldeas al norte de las posesiones del Shogun.

Iwara envió a dos de sus samuráis, Syako fue uno de ellos, junto con una parte de su ejército para terminar con el pillaje del bandido y traerlo a su presencia cubierto de ataduras.

La joven vio partir al samurái sintiendo su corazón lleno de ira: allá donde antes había florecido el amor, tan sólo restaban escombros fríos como el hielo y florecidos con cizaña de rabia vengativa. Le deseó una muerte dolorosa.

No fue ese el destino elegido. Cuando la partida enviada localizó al salteador y sus secuaces, justo cuando los dos samuráis, al frente del pequeño ejército, se preparaban para un combate fácil frente a hombres poco entrenados en el arte de la guerra, el caballo de Syato, como si obedeciera órdenes de su jinete, se lanzó a una rápida carrera de huida.

Huía como un cobarde.

Su compañero apretó la mandíbula maldiciendo el incidente, después se enfrentó y venció a los salteadores.

Regresó al castillo con la buena noticia de llevar atada a su propia montura la cuerda que obligaba al bandolero a arrastrar sus huesos por el suelo; y la mala de la cobarde huida de Syako.

Iwara condenó al cabecilla de los bandidos a morir descuartizado, atadas sus extremidades a cuatro caballos que correrían en dirección a los cuatro puntos cardinales. Una muerte horrible y deshonrosa.

Después mandó salir en busca del traidor.

No fue necesaria la partida, el propio Syako regresó, cubierto de polvo, sudor y vergüenza.

Su regreso le permitió una muerte con honor. El seppuku lo realizó en los aposentos destinados a los samuráis y con su propia wakisashi. Eso sí, de alguna manera, la joven Tsukinani le hizo llegar una breve nota a sus aposentos:

Muere según el Código que te llevó a rechazar el amor.

Y el joven murió conociendo el odio de quien lo había amado tanto como para faltar a su propio padre.

La Dama cumplía sus promesas.

Tsukinani sintió un alivio festivo al conocer el destino de quien la había rechazado en nombre del honor. La venganza preparada le permitió verlo enfangado en el más terrible de los deshones, faltar al principio yu de su preciado código de samurái.

Faltaba Iwara.

Ningún sentimiento filial se interponía entre la venganza esperada y su padre. El viejo cariño se había transformado en abominación y desprecio. Su hija le regalaba el peor de los odios: aquel que nace de un intenso afecto anterior.

Aún hubo de esperar a la caída de las hojas, la estación favorita de su padre para practicar la caza. Los hilos de la Mujer Araña lo esperaban en el bosque.

Perseguían a un corzo cuando, fascinado por la pieza que sólo correspondía a su arco, Iwara se separó del resto de sus hombres y lanzó a su caballo tras la presa. El corzo lo llevó directamente a una zanja imposible de saltar por su caballo. Ambos, jinete y caballo, acabaron en el fondo de la grieta. Apenas llegaron al final de la caída, el animal fue bendecido con una muerte rápida; por el contrario el Shogun fue condenado a continuar vivo.

Vivo y escondido.

Por más que sus hombres recorrieron el bosque en busca de su amo, no lograron dar con él, ni ese día, ni durante los veinte días de continuado rastreo. La Mujer había tejido sobre su tumba en vida una tela que convertía su presencia en algo invisible;

vivo y al lado de su caballo descomponiéndose, compartiendo los gusanos de su muerte y sabiendo que, en breve, formaría parte del mismo banquete.

—Parece que el bosque se lo ha tragado, señora —comunicó, lleno de dolor, el jefe de los samuráis a la hija.

Tsukinani fingió una pena que no sentía durante todo ese tiempo.

El día veintiuno de la búsqueda, la grieta que se tragó al Shogun y su caballo se ensanchó lo suficiente como para que el hedor y los graznidos de los carroñeros llevasen hasta su tumba a un grupo de rastreadores.

Llevaron los restos de su cuerpo ante la hija.

Los restos de su cuerpo mostraban los picotazos de las rapaces y el gesto de su rostro delataba una lenta y horrible agonía, recorrido por los gusanos del otro lado.

Ni siquiera verlo en ese estado ablandó el corazón de la hija.

La noche de su humillado regreso al castillo derramó las últimas lágrimas. Jamás podría derramar otras.

Jamás podría volver a sentir amor por ningún ser vivo.

Tres días después de los funerales, su benefactora llegó a buscarla y ella se alejó de su vida anterior sin sentir el menor asomo de nostalgia. La llevó hasta este bosque, del cual la hizo dueña y señora, cambió su nombre, ya no sería Tsukinani, la bella hija del Shogun, sino Tsuchigumo, la Dama Araña que jamás podrá sentir amor.

Por eso, o tal vez porque recuerde el hermoso cosquilleo de tal sentimiento en su corazón, de vez en cuando necesita sentir el aliento del amor, aunque no sea ella quien lo provoca.

En este punto, Kamakura dio por terminado el relato.

La sombra del silencio se posó sobre los dos durante mucho tiempo.

LA PRUEBA

Los restos del té habían quedado fríos como el corazón de la hija del Shogun. El maestro había terminado el relato y la noche estaba llegando a su fin. Susanô había escuchado, encandilado como un niño ante la magia de un narrador, sin mover un músculo de su cuerpo.

—Esta es la historia de la mujer que ha decidido ayudarte.

—Yo no le seré muy útil. —Bajó la cabeza temiendo que su protectora se retractase—. Nunca me enamoraré.

—¿Acaso puedes conocer el futuro?

—El futuro no, maestro, pero sí mi futuro. Pronto seré un samurái, mi antigua identidad femenina se borrará...

—No se borrará, tan sólo se camuflará el tiempo que sea necesario. Nunca dejarás de ser una mujer.

—¡Da igual! —Encogió los hombros sin levantar el rostro—. Una simple y fea campesina. El amor pasará de largo al verme.

—A cada momento corresponde una decisión.

La enigmática frase dejó en suspenso el corazón de Susanô. Tan sólo un breve tiempo: había de concentrarse en la promesa realizada y salvar a Chikako.

Ni siquiera se atrevió a preguntar qué clase de tortura esperaba a los hombres caídos en sus redes, robados en promesas similares a la que ella misma contrajo con Tsuchigumo.

Aún tardaría años en conocer el destino de esas víctimas.

—Faltan siete días para realizar las pruebas finales que te acrediten como el samurái que necesitas ser para cumplir tu próximo destino —hablaba como si ese no fuera ni el único, ni el último—. Habrás de ayunar los tres últimos días para presentarte en estado de diáfana pureza a la prueba.

—Sí, maestro.

—No me defraudarás, lo sé, tampoco a Tsuchigumo. Cierto que su araña en tu hombro ha añadido algunos poderes a tus sentidos, pero tu esfuerzo no ha sido inferior a lo recibido.

Cuatro días más de duro entrenamiento.

Después tres días de ayuno.

El día de la prueba, Susanô vistió sus mejores galas. Imaginaba que, aunque no lograra verla, Tsuchigumo contemplaría cada uno de sus ejercicios y no podía defraudarla.

A la hora del Conejo, Susanô aguardaba la llegada del maestro a lomos de Shiben.

La mañana lucía transparente y helada. Todo permanecía en un silencio expectante, como si la montaña conociera la importancia del día.

Kamakura llegó al patio vestido con la misma holgada túnica del primer encuentro, los signos bordados en negro acrecentaban el verde del fondo iluminado por un sol apenas despertado y gélido. Apoyado en el innecesario cayado, se acercó hasta su alumno.

—Vamos.

Caminó por un sendero de grava y los condujo hasta el lugar preparado para la prueba. Susanô desconocía la disposición de las pruebas, tan sólo le habían indicado el orden de las armas: primero la katana y la wakisashi, después el arco, los cinco aikuchi y, para terminar, clavar frente al maestro la gran espada colgada de su espalda.

—Puedes comenzar.

Desde ese momento, su cabeza siguió los movimientos de Susanô como si sus ojos no fueran ciegos.

Recortados contra un cielo petrificado, Susanô y Shibem formaban un ser recién inventado: la negrura del caballo contrastaba con los ropajes blancos del jinete, ese día ganaría el derecho a llevar armadura. Por unos segundos, mientras el jinete comprobaba la ubicación de las pruebas, recortados y quietos, caballo y jinete semejaban el sueño de los dioses.

Susanô desenvainó la katana con su brazo derecho; la wakisashi en el izquierdo. Los músculos del caballo comenzaron a moverse tras un ligero temblor con la velocidad de un rayo y la precisión de un pájaro siguiendo los signos de una gramática anterior al mundo. Disponían del cuadrado preparado más allá del patio, de cincuenta metros de lado, para resumir todas las habilidades con las dos primeras armas.

Primero probar la fuerza de la katana cortando al galope la cabeza de seis muñecos apenas separados entre sí; girar sin apenas espacio y clavar la wakisashi en el falso corazón de los muñecos descabezados. Enfundarlas y lanzar diez flechas contra el corazón de diez nashi (peras japonesas) suspendidas sobre diez postes de madera. Los cinco aikuchi debían ser lanzados sobre cinco mikanes (mandarinas) brillantes como cinco diminutos soles sobre cinco piedras negras y cortarlos por la mitad sin que la parte inferior se moviera de la piedra. Aún restaba una última prueba para la wakisashi, su espada corta y más afilada que las otras, estaban reservados tres juncos de bambú que debían ser seccionados por la mitad, de arriba hacia abajo, dejándolos abiertos como flores.

Por último, Shibem frenaría su galope ante Kamakura, doblaría las manos a veinte pasos del ciego, justo el momento en que el jinete debía lanzar la gran espada y dejarla clavada a escasos milímetros del maestro.

Ni una vacilación, ni una duda, ni un fallo. Susanô, el futuro samurái de apenas quince años, ejecutó la prueba con la maestría del más afamado samurái y con la gracia de una bailarina.

Durante el último ejercicio, la espada fue lanzada en un semicírculo que rozó algún cabello del maestro antes de clavarse a sus pies.

Por un momento, la Tomiko que dormitaba en el interior de Susanô imaginó qué sentiría Chikako si hubiera contemplado su perfecto ejercicio.

Cuando descendió de Shiben, hincó la rodilla izquierda en tierra y saludó con el puño derecho cerrado y la mano izquierda cubriéndolo, a la altura de su frente inclinada.

—Mi misión ha terminado —murmuró Kamakura.

A la hora del Dragón, maestro y discípulo, sentados y en silencio, bebían té y gozaban del privilegio de la fruta: las peras y mandarinas heridas por Susanô en la prueba y un cestillo de cerezas absolutamente imposibles para el tiempo de invierno. Imaginó que habían sido un homenaje de Tsuchigumo, quien, estaba seguro, había contemplado la prueba oculta, camuflada, tal vez transformada en diminuta araña y cabalgando el cuello del sacerdote shinto.

La otra araña, la dibujada en su hombro izquierdo, ardía como hierro candente.

Llegaba la despedida. Nunca imaginó Susanô la tarde en que llegó siendo Tomiko y fue enviada en busca de agua, aterida y asustada, que lamentaría la separación del maestro ciego como un desgarro en sus entrañas.

—Tu kami es el dragón, Susanô. Lo he visto con la misma claridad que tú me ves a mí, cuando escuchaba el siseo de tus cortes en la fruta y el bambú.

—¿Un dragón? —Trató de recordar la imagen dibujada en alguna leyenda—. ¿Eso me dará fuerza para el combate?

—El kami constituye tu virtud y tu debilidad, al margen de cuál sea tu tarea en el mundo. En tu interior se oculta la fuerza del dragón. Esa es tu grandeza, también tu debilidad. —Intuyó el gesto de duda en el muchacho—. Una fuerza sin control termina por revolverse contra quien la posee. Escondes el fuego de las mejores pasiones en tu pecho, también de las peores. Procura elegir aquellas que te hagan digno y desecha las que pudieran destruirte.

Como tantas veces, el mensaje de Kamakura aún no resultaba comprensible para el recién nacido samurái, pero formaba parte de todas las palabras almacenadas como futuro alimento.

—Gracias, maestro.

Tres años bajo la tutela del viejo sacerdote shinto habían transformado a una campesina en un poderoso guerrero. Un samurái que llevaba escondido un dragón en su pecho; jamás hubiera soñado con tanto.

Aún no lograba comprender cómo podía volverse malo lo que, en principio, era bueno: no todos los aprendizajes estaban realizados, pero sí estaba preparado para ellos. En su mente, hasta ese momento, sólo existían dos orillas claras: lo bueno y lo malo; lo blanco y lo negro; lo noble y lo innoble; aún no había descubierto los grises, ni la bondad oculta en el corazón de la maldad. Pero estaba en disposición de llegar a comprender. Kamakura no sólo había preparado su cuerpo y mostrado la disciplina de las armas, había abierto su espíritu para obsequiarle con el don de las palabras, la música y la poesía. También le había regalado la destreza de los estrategas y las artes del antiquísimo juego del Go.

—Ahora hemos de visitar a Kawahime. —Se levantó del cojín—. Recoge tus cosas y sígueme.

—¿Y Shiben? —Por un momento temió que no le perteneciera y que también habría de separarse del caballo.

—Te pertenece, como las armas que han llegado forjadas para ti y que manejas tan diestramente.

KAWAHIME

Descendieron hasta el curso del río. El brusco discurrir de sus aguas impedía que se convirtiera en una estela helada. A lomos de Shibben iban las armas del guerrero y el mismo hatillo con que había llegado. El obi y el jade roto de Chikako se ocultaban entre los pliegues del kimono, de algodón, de Susanô.

Notaba cómo sus pasos lo acercaban, cada vez más, al momento de cumplir su promesa.

A la hora de la Cabra llegaron a un remanso del río donde un pequeño estanque de agua se había convertido en espejo helado del cielo. Un cielo tan gélido como su espejo.

—Dejemos aquí a los caballos —dijo el maestro.

Ni siquiera los ataron a ningún árbol. Susanô le susurró la orden de esperar y lo dejó libre. Shibben levantó la cabeza y siguió con la mirada los pasos de su jinete moviendo las orejas.

Kamakura encaminó sus pasos al estanque helado, su alumno lo siguió. El hielo reflejaba sus figuras y a Susanô le sorprendió descubrir su imagen: nadie lo señalaría como la pobre y fea campesina que, tres años atrás, se perdió en el bosque y entró en la cueva que daba acceso al palacio de Tsuchigumo; lo que reflejaba el agua congelada era un apuesto joven en plenitud de sus fuerzas.

No quiso reparar sus escondidas formas femeninas. Ya no se sentía mujer pese a que, vestida como tal, no desentonara con otras jóvenes de su edad. Incluso superaría a muchas con su apostura de joven guerrera.

El estanque terminaba en un pequeño reducto de bambú que, a su vez, se abría como un pasillo verde a través del cual la luz del sol llegaba transformada en sombras de jade. Al final del pasillo, una pequeña cascada caía sobre una gran losa de basalto negro.

Kamakura se sentó y esperó. Susanô lo imitó sentándose a su espalda.

Poco después vieron aparecer a través de la cascada a una joven bellísima, con piel de luna y larga cabellera negrísima. Vestía una túnica verde, semejante a la del sacerdote. Sin mirarlos, se sentó sobre el basalto.

—¡Bienvenidos a mi casa! —dijo levantando la vista; su voz de agua resultaba tranquilizadora.

—Nos honra tu hospitalidad, Kawahime. —Y el viejo sacerdote inclinó la cabeza ante la dama. Susanô lo imitó.

—Veo que has superado tu aprendizaje. —Susanô sintió los extraños ojos verdes de la mujer clavados en él. Nunca había visto a nadie con semejante color en la mirada.

—Aún soy un torpe aprendiz.

—Nunca seas más modesto que tus méritos. —Lanzó un suspiro que movió ligeramente su larga cabellera semejante a un espejo de ónix—. Ven, pasa, tengo algo que darte. —Y la mujer señaló con un brazo la invitación para atravesar la cascada de agua—. Tu maestro esperará aquí. —Se reclinó levemente.

Siguió los ligeros pasos desnudos de la mujer, sus pequeños pies de porcelana parecían danzar sobre cualquier superficie, fuera basalto, agua o blandos líquenes. Recordó que nunca había visto los pies de Tsuchigumo. Entraron en una amplia sala cuyas paredes y suelo parecían construidas de hielo. Salvo un arcón de latón y una delicada mesa lacada con incrustaciones de jade, no existía ningún otro elemento ajeno a la naturaleza en el lugar.

Susanô sintió su imagen mil veces multiplicada en las paredes y el suelo. No dejaba de sorprenderle la nueva imagen de sí mismo. Cuando escuchó la risa cristalina de la mujer, el rubor bañó de rubí sus mejillas.

—Necesitabas ser alguien diferente para cumplir tu promesa.

Tuvo la impresión de hallarse desnudo: ante la desconocida, ante Tsuchigumo, ante Kamakura. ¡Todos conocían su secreto! Recordó las palabras del viejo sacerdote cuando le habló del mejor modo para camuflarse, *conviértete en un secreto*. Sin embargo, en aquella montaña, ante los seres que habían logrado su transformación, se sentía totalmente al descubierto.

Para ellos era un pergamino desplegado.

Recordó la historia de Tsuchigumo, pagando la eternidad de ser una Mujer Araña sin corazón a cambio de lograr la venganza contra los dos hombres que le partieron el corazón.

¿Cuál sería la historia de Kawahime?

Prefirió ignorarla.

Todos los seres esconden secretos; mucho más los habitantes del mundo mágico.

¿Sería Kamakura otro ser mágico, o sería un condenado a servicios eternos a cambio de algún favor?

¿Cuál sería su propia condena por librar a Chikako de un perverso futuro?

En aquella gélida estancia donde las palabras salían precedidas de vaho, donde su desconcertante figura de hombre joven, con apariencia de contar con más años de los reales, frente a una hermosa mujer cuyo origen desconocía, Susanô no dejaba de hacerse todas las preguntas que hasta ese momento ni siquiera habían asomado a su conciencia.

—Tu decisión no ha sido fácil —también aquella dama de negrísimo cabellos parecía leerle los pensamientos—. Ninguna decisión importante lo es —sonrió—, ni siquiera aquellas que nos parecen menores, banales, insustanciales lo son. —Clavó sus ojos verdes sobre el visitante como dos luciérnagas de agua—. Sobre todo porque sus consecuencias pueden ser más terribles que aquello que intentamos evitar. La

desgracia es un río capaz de saltar barreras, horadar rocas, colarse bajo el suelo para no soltar su presa.

—Desearía no sentir miedo —ni siquiera entendió por qué lo dijo.

—El miedo, en sí mismo, no es dañino.

—Sí, te vuelve cobarde. —Apretó los puños al decirlo.

—No, tan sólo prudente. Lo que no debes es ser siervo del miedo, sino hacerlo tu esclavo.

—No, no... —balbuceó sin encontrar las palabras.

—Ven, sentémonos.

Le indicó dos ligeros promontorios realizados en el mismo material del suelo y las paredes, camuflados hasta que ella los señaló, uno a cada extremo de la mesa lacada en negro y con bellísimas filigranas de jade incrustadas. La mujer se sentó de rodillas, como si se dispusiera a servir el té; Susanô adoptó la postura del loto. Sin darse cuenta, incluso en sus gestos más mínimos, llevaba la impronta del sexo masculino. La mujer sonrió, también ella había reparado en la postura.

—Espero que nuestra conversación te sirva en algún momento...

—Os agradezco la gentileza. —Inclinó la cabeza colocando, a la altura de su frente, el puño derecho cerrado y la mano izquierda cubriéndolo.

—Sentir hambre no es malo, tan sólo sirve para sobrevivir; no tener control sobre ella, sí. Lo mismo sucede con la ira, el odio y, también, el miedo. El miedo es una llamada de alerta, hace que todos tus sentidos se agudicen y preparen; si lo controlas, estará a tu servicio, si te domina, serás tú quien le sirva.

—Comprendo.

Susanô clavó su mirada en el verde jade de aquellos ojos mágicos: ante ellos palidecía incluso el jade de la mesa, cuyos dibujos, entonces se dio cuenta, representaban delicados peces alados: carpas aladas, el símbolo de la eternidad. Del mismo modo que ante Tsuchigumo sentía una punzada de alerta, ante Kawahime tan sólo sentía la rara serenidad que produce la bondad.

¿Podía la bondad estar al servicio de la perversidad?

¿Por qué aquella hermosa mujer cumplía los deseos de la Mujer Araña?

—Tsuchigumo ha decidido ayudarte —de nuevo leía su mente como un pergamino extendido ante ella—. En su ayuda no existe deseo de maldad, al menos contra ti, te lo aseguro. Ningún ser representa el mal absoluto, tampoco el bien absoluto...

Susanô levantó la vista y pensó que la mujer se equivocaba, Shozo Masashi representaba la maldad descarnada y total.

—Me han dicho que tu kami es un dragón. —Sonrió—. Temible. —Y chispearon burlones sus ojos—. Puede ser un gran destructor, sin embargo, incluso el más cruel de los dragones oculta un corazón palpitando como cualquier otro. Además,

pertenece por igual al mundo de la naturaleza y al mundo de la magia. Procura recordarlo cuando tengas que terminar tu venganza. Si no lo recuerdas, serás tú quien pierda el corazón.

Guardó silencio y el joven creyó ver en sus palabras la razón por la cual Tsuchigumo podía ser cruel y perversa: había perdido su propio corazón; el amor lo había desgarrado y el pacto lo había destruido.

—Bien, he de entregarte tu armadura. —Se levantó y se dirigió al arcón—. Hoy has ganado el derecho a llevarla.

Abrió el arcón y extrajo todos los complementos necesarios para cubrir al samurái durante la batalla.

—Pero antes necesitarás un último camuflaje para que tu condición masculina sea total.

De nuevo se volvió hacia el arcón que parecía contener el Universo en su interior, pese a no medir más de un metro de largo y menos de altura, y extrajo algo similar a una coraza con un hermoso dragón bordado en la espalda.

—Sentirás dolor al principio. —Levantó los ojos y los clavó en el rostro del joven—. El interior está confeccionado con la piel de una serpiente letal. Ni siquiera habita en nuestras tierras, la hemos de buscar en Corea. —Susanô ignoraba por qué le facilitaba esos datos—. Si su veneno se introdujera en tus venas, tardarías tan sólo cuatro minutos en morir paralizado.

—¿Vais a matarme?

—Voy a camuflarte. —Hizo una pausa antes de continuar con la explicación—: Será esa piel la que modele la estructura de tu cuerpo como si fueras un hombre. Sobre ella, hemos tejido paños de lienzo y seda, entrelazados con finísima tela de araña —de nuevo la mano de Tsuchigumo—, que, una vez colocada sobre ti, tendrá la misma apariencia de la piel humana. Incluso mostrándote sin ropa, nadie descubriría la mujer que ocultas.

Su corazón ya no era femenino, al menos eso creía Susanô, ahora su apariencia estaría en concordancia.

—Te ayudaré a vestirla, levántate.

Susanô obedeció. Las delicadas manos de la mujer primero lo desnudaron, después colocaron aquella singular coraza que ató con cuatro pares de cintas imposibles de distinguir a simple vista.

El tacto fue frío, como una corriente de hielo que, al instante, pareció transformarse en su contrario. Sintió que algo similar al fuego, o a la nieve, le abrasaba la piel a la par que mil invisibles garras lo desgarraban. Imaginó que su antigua piel llevaría, para siempre, las marcas de tales desgarros.

—No te muevas. Lo peor pasará pronto —murmuró la mujer.

Hubo de recurrir a todo su entrenamiento de control para evitar lanzarse al agua y

calmar los terribles ardores de su cuerpo. Un tiempo infinito después, la quemazón desapareció junto con los desgarros de las invisibles garras; permanecía el dolor de una inmensa herida que abarcaba desde la garganta hasta las ingles, como si toda su carne fuera una llaga. Su boca estaba reseca y sus labios cuarteados. Se diría que había atravesado un desierto sin haber probado una gota de agua.

—¿Dolerá igual siempre que me la ponga?

—No deberás quitártela hasta que hayas cumplido tu tarea, Susanô. Ahora mírate. —Y le mostró una de las paredes más pulida que las otras.

Lo que vio fue un hermoso cuerpo masculino.

Su nuevo ser.

Un nuevo ser del cual no se desprendería hasta haber logrado romper el compromiso de Chikako con Shozo Masashi.

—Bebe.

Sobre la mesa, una tetera lacada en un verde hoja brillante y dos cuencos lo esperaban.

Bebió sintiendo un alivio inmediato en la boca y los labios. Se sirvió tres tazas. Al terminar la última el dolor se había esfumado.

—Ahora, permite que te ayude a vestirte como un samurái. —Se inclinó levemente ante él—. Y lo serás incluso un año antes que cualquier otro destinado desde la infancia para vestir la armadura.

Susanô supo que todos los insultos recibidos desde su nacimiento quedaban borrados.

—Tu traje será tu señal de identidad, junto con tu estandarte. Serás el Samurái del Dragón.

Kawahime, con los pies descalzos y su ligera túnica flotando en torno a su cuerpo de junco, parecía danzar al ir colocando las piezas de su vestimenta.

Sobre una delicada ropa interior de hilo, le vistió un kimono de largas mangas, tejido en delicada y crujiente seda blanca.

—Uno de tus colores será el blanco, en honor de Tsuchigumo.

Después, ató a su cintura un obi gime trenzado en cuero.

—Aquí colgaremos después tu katana y tu wakisashi.

Las palabras de la mujer añadían a la ceremonia de vestirlo algo casi sagrado flotando a su alrededor. Realizó cuatro lazos al obi gime que sólo otra mano tan hábil como la suya podría rehacer. A continuación le puso unos leotardos, blancos también, de algodón, y sobre ellos unos calcetines de un cuero suave y fuerte a la vez, con hendidura para introducir los tabis de madera. Por último, unos pantalones cortos de seda dorada con dibujos de colas de dragón rojos.

—Tus otros dos colores serán el oro y el rojo. Los colores del Dragón Sagrado.

Con la misma delicadeza, colocó las mangas de la armadura con protectores en las axilas para evitar que las flechas enemigas encontraran un resquicio hasta su corazón. A continuación un peto de cuero flexible cubierto con láminas de hierro lacadas en rojo con incrustaciones de jade, oro y ópalos negros, terminado en un faldón que bajaba hasta casi las rodillas. Finalmente, dos grandes hombreras trabajadas del mismo modo que el peto.

Al moverse, Susanô descubrió el ligero tintineo de las pequeñas placas de hierro en forma de escamas que cubrían su armadura y sintió algo parecido a una caricia remota sobre todos sus sentidos.

—Bien, siéntate, hemos de peinarte.

Susanô se percató de que la armadura ni pesaba, ni restaba movimientos a su cuerpo. Había sido diseñada para proteger al samurái, sin impedir los movimientos necesarios del combate.

Con un peine de nácar, Kawahime alisó primero los cabellos de Susanô, los tensó hacia la nuca donde realizó una larga cola doblada hacia arriba y adelante.

—Un samurái jamás debe permitir la desgracia de que corten su cabello. No lo olvides.

Susanô recordó las horas felices, en otra vida, cuando ella misma realizaba los más complicados peinados a su amada Chikako.

¿Volvería a verla?

Sobre su peinado, la mujer colocó un pasamontañas de lana rojo, después un collar de hierro rodeando su cuello, para evitar que otra espada lo decapitara, y cubriendo el estigma que había provocado el rechazo de su familia.

Incluso esa tara quedará borrada con mi nuevo ser, pensó sintiendo algo parecido a la euforia.

Por último el casco, hierro sobre cuero, ajustado al collar protector del cuello y rematado con la cabeza dorada de un dragón.

Kawahime se separó unos pasos para contemplar el resultado. El proceso de vestir a un samurái llevaba unas cuantas horas, casi tantas como preparar adecuadamente a una geisha. Sonrió. Regresó al arcón y recogió un estandarte.

—Tu estandarte es tu identidad, en la batalla y fuera de ella. Ya sabes que tu símbolo es el dragón.

Magníficamente bordado sobre seda blanca, lucía, en dorados y rojos, un feroz dragón.

Susanô contempló la figura de un hermoso samurái en las paredes heladas de la estancia donde parecen prisioneras las siluetas de inmensas carpas. Por un momento, imaginó a la niña campesina Tomiko ante una presencia como aquella y sintió que, incluso ella, podría arder de amor por el Samurái del dragón.

—No soy...

Pero no encuentra las palabras para expresar el sentimiento de irrealidad.

—Estás viendo justo aquello que la pasión de una pobre e insignificante campesina escondía en su interior.

—No es posible.

—¿Por qué? —Kawahime sonrió, prefería no imaginar los círculos que habría de cerrar el joven para lograr liberarse—. Todos escondemos varios espíritus en nuestro interior. —Movi6 las manos en el aire dibujando el movimiento ondulado de un pez—. Cierto que pocas veces permitimos asomar a ninguno de ellos y nos conformamos con el más cómodo, o el más adecuado, o aquel que los otros esperan y desean ver. Pocas veces permitimos aparecer a quien realmente deseamos y dejamos que ese que los demás han visto y nos devuelven en sus miradas permanezca como dueño de todos los demás. Contradecir la mirada de otros es, tal vez, la más dura de las batallas. —Guardó unos segundos de silencio, después sonrió—. Además, puede resultarnos mortal. —Y movió una mano en el aire que se onduló con la gracia de un pez.

—¿Nunca seré una mujer? —Ignoraba por qué tal pensamiento le provocaba una punzada de dolor en su interior.

—No has dejado de serlo.

—Pero...

—¿Estaría al alcance de una niña campesina la empresa de liberar a su hermana?

Susanô bajó la cabeza. Había jurado a la luna liberar a Chikako del oscuro destino como esposa de Shozo Masashi; le ofreció su vida y su espíritu por lograrlo. La luna, o el destino, había escuchado sus promesas en forma de plegaria. Revolverse contra los planes de tan poderosos aliados no sólo resultaba peligroso, sino ingrato, pues se limitaron a cumplir sus peticiones.

—Sí, es difícil medir el alcance de nuestros deseos —murmuró la mujer a su espalda—. Pero, ahora, mi joven y hermoso samurái, aún me quedan dos presentes para ofrecerte. —Se acercó hasta la imponente figura de Susanô, introdujo una de sus manos entre los pliegues de su túnica y extrajo un abanico—. Ella me pidió que te lo entregara. Se trata de un abanico, al menos lo parece. —Lo desplegó ante su rostro: una araña negra cubría la casi totalidad de la seda blanca—. No te fíes de su apariencia.

Mientras Susanô miraba el abanico, no pudo evitar darse cuenta de dos detalles: tanto Kamakura como Kawahime se referían siempre a la Mujer Araña sin nombrarla, mientras en su voz temblaba el respeto y una punzada de temor; en la advertencia de no fiarse de la apariencia del abanico intuyó una extensión de esta a la dueña de aquel presente.

Cerró los ojos y decidió olvidar sus temores, sus sospechas, sus oscuros miedos. Su misión consistía en encontrar al mercader y lograr la ruptura de su compromiso

matrimonial. De cualquier modo y a cualquier precio, el resto podía esperar, o, como aseguraba el maestro ciego ante el tablero de Go:

Los combates han de realizarse de uno en uno; librar uno y meditar sobre la estrategia de otro tan sólo te llevará a dos derrotas.

En ese momento, Kawahime desplegó el abanico con un golpe de su muñeca y lo lanzó contra la pared que reflejaba su figura. Justo a la altura de su garganta protegida por un collar de hierro, quedaron clavadas cinco afiladas puntas metálicas. La silueta de la carpa pareció temblar ligeramente.

—¿Lo ves? —La mujer retiró de la pared el abanico—. Mortal. —Sostenido sobre la palma de su blanca y larga mano, había recuperado la apariencia de un hermoso e inofensivo abanico de seda con una inmensa araña negra bordada—. Cada una de sus treinta varillas —lo desplegó lentamente y deslizó sus dedos por el largo de una de ellas— termina en la punta de una daga perfectamente afilada y tan resistente como la hermosa katana que posees porque, en realidad, fueron forjadas del mismo modo: hierro y acero en siete pliegues de forja.

—¿Es propio de un samurái?

—Alguno posee más armas de las establecidas en las reglas. —Encogió levemente los hombros—. Está permitido y añade un sello de identidad a quien lo usa. Prueba.

Susanô tomó el abanico entre sus manos y sintió una punzada en el hombro; el beso en forma de diminuta araña parecía reconocer en el abanico una parte de sí mismo. Lo abrió y cerró un par de veces, después, utilizando el mismo movimiento como si fuera un aikuchi, lo lanzó a la misma pared. Seis de las varillas se clavaron rodeando la muñeca de Kawahime, reflejada a su lado sin dejar de sonreír. Esta vez, fue la cola de la carpa quien aleteó movida por las vibraciones del impacto.

—Imagino que, lanzada contra mi propia mano, acabarías de segármela. —La movió en el aire para demostrar que el ataque a su imagen no repercutía en su cuerpo—. ¡Buen lanzamiento!

—Gracias. —Se inclinó.

—Te dará ventaja en algunos momentos, sobre todo cuando, por la razón que sea, no puedas portar armas y necesites defenderte. O atacar.

—Un samurái no debe desprenderse jamás de sus armas, al menos no de su katana —utilizó el mismo tono autoritario de la figura que ahora reflejaba.

—No siempre estarás combatiendo, Susanô. —Movié las manos en el aire, tal vez para borrar alguna escena del futuro que no le correspondía contar—. No te separes nunca de tan inofensivo regalo; nadie sospechará de verlo en tus manos, sobre todo porque los abanicos utilizados por otros samuráis no van tan perfectamente camuflados como este y muestran a la vista su alma guerrera.

Susanô no olvidó el consejo.

El mismo que le salvaría la vida, pero para eso aún habrían de pasar unos años y cientos de inesperados acontecimientos.

—El otro regalo es mío. —Sonrió, hizo una leve reverencia al guerrero, buscó de nuevo entre los pliegues de su túnica y extrajo un diminuto espejo, enmarcados los bordes y su envés en plata delicadamente repujada: los dibujos, como en la mesa, eran de carpas aladas—. No es, tampoco, un espejo corriente. En él podrás ver, durante unos instantes tan sólo, la imagen de la persona que deseas ver; sabrás si está bien e incluso dónde se encuentra.

—¿Me permitís? —Extendió una mano ansiosa hacia el objeto.

—Sólo podrás hacer dos elecciones —advirtió—. Y sólo te será posible durante la primera noche de luna llena.

La mano de Susanô quedó suspendida en el aire, como su esperanza de ver el rostro de Chikako.

—Mañana te será posible. —Y le entregó el espejo—. No lo rompas, sería un mal augurio.

Cuando Susanô miró el bruñido espejo, tan sólo pudo contemplar el rostro de un guerrero con feroz apariencia.

—¡Es tarde! Salgamos a buscar a Kamakura.

Salieron de la estancia, atravesaron el pasillo flanqueado por altos bambúes, después cruzaron el estanque helado. Al otro lado, sentado en la posición del loto, Kamakura ofrecía la imagen de una estatua sin vida.

—La piedra nunca olvida que es piedra —musitó la mujer.

De no haber sufrido un cambio en sus sentidos, Susanô jamás habría escuchado la frase, apenas vaho exhalado por la boca de la hermosa mujer. Sintió la certeza de que algo importante se ocultaba tras esas palabras, sin embargo, no le correspondía, al menos de momento, preguntar.

—La hora del Gallo, maestro —dijo la mujer a modo de saludo inclinándose ante Kamakura—. He preparado un refrigerio que os ayudará en el camino. ¡Entrad, por favor!

Susanô también se inclinó. No había visto ningún alimento en la estancia; aunque, ciertamente, tampoco vio la tetera que alivió las quemaduras de su boca hasta que la mujer le invitó a servirse.

Kamakura giró el rostro hacia ellos y sonrió. De nuevo parecía que sus ojos muertos pudieran verlos.

—Entremos —dijo levantándose con la agilidad de un hombre joven.

De nuevo, sobre la mesa con filigranas de peces alados en jade, alguien había servido una tetera, tres cuencos y varias fuentes llenas de fruta. Un prodigio. La fruta era manjar prohibitivo para campesinos y para quienes pertenecían a las castas

inferiores; y algo infrecuente entre samuráis. Sin embargo, rojas cerezas, redondas mandarinas, peras y manzanas lucían su esplendor maduro sobre la mesa.

Pero no estaban en el mes de las cerezas, ni de las peras. Por un instante Susanô imaginó aquellas formas olorosas como una ilusión de los sentidos.

Siguiendo los pasos de Kawahime, los dos hombres se sentaron a ambos extremos de la mesa. La mujer llenó los cuencos de té y retiró un racimo de cerezas, más rojas entre la blancura de sus manos. Hizo un gesto de invitación, después saboreó las dulces cerezas sin ruido y cerrando los ojos.

—¡Un manjar para los sentidos! —exclamó Kamakura imitándola.

—Los días especiales deben ser especialmente celebrados, maestro. —Y bajó la frente hacia el ciego.

Todos se comportaban como si el viejo maestro del Shinto pudiera ver con absoluta claridad; el propio Susanô olvidaba su ceguera si no veía su pupila glauca.

Comieron despacio.

Desde algún lugar, llegaba hasta ellos una delicada música de sanshin. Sin embargo, ningún músico estaba a la vista; Kamakura movía lentamente la cabeza siguiendo las notas, sin extrañarse, como si nada fuera capaz de sorprenderlo. Otro de los misterios que rodeaban a los seres mágicos del otro lado: lo extravagante, lo imposible era recibido con la naturalidad de lo cotidiano.

El joven samurái había recibido su armadura un año antes que cualquiera de los jóvenes que se preparaban para serlo, notaba el tiempo discurriendo como un río invisible sobre su cabeza. Un río sin nombre, empujado por la voluntad de otros, pero donde se inscribían sus pasos con precisión matemática.

Y el siguiente paso retumbó en aquel mismo segundo.

—Partirás al feudo de un importante daimyo. —Kamakura mencionó la partida con el mismo tono que si comentara la música o el aroma del té.

—¿Un daimyo? —preguntó sobre todo para ganar tiempo y asimilar el próximo futuro.

—Servirás al noble Hokusai Katsushika.

—Pero... —Susanô miraba sin dar crédito a su maestro—. ¿Con qué credenciales llegaré hasta un noble?

—Ya no eres una campesina —el tono áspero del maestro fue un arañazo sobre su antiguo, y aún presente, estigma morado.

—Te recomienda el propio Shogun —la voz de la mujer puso bálsamo sobre las palabras del maestro.

—¿Cómo...?

—El abad Enomoto en persona le hizo tal recomendación. —Movi6 las manos en el aire hasta colocarlas bajo su barbilla, frunció el ceño y parodió la voz del abad—: El Samurái del Dragón será el mejor servidor de ese noble tan necesitado de ayuda

para hacer frente a las incursiones de los bandoleros; de su lealtad y capacidad guerrera, yo mismo me ofrezco como garante. —Bajó las manos y miró a Susanô—. Con tal garantía, ¿quién no contrataría al Samurái del Dragón?

No se le escapó el breve gesto de desagrado en la boca de Kawahime al escuchar el nombre del abad.

Susanô inclinó la cabeza. Hizo cálculos: Chikako contaba en ese momento once años; faltaban dos para la celebración de los esponsales pactados. ¿Cuánto tiempo debía permanecer al servicio de aquel noble?

—Necesitas que tu prestigio como guerrero corra río abajo, en dirección al lugar donde habrás de lograr tu promesa —ahora hablaba el maestro con el mismo tono de sus largas charlas ante el tablero de Go—. No será necesario mucho tiempo. Las tierras de Katsushika están siendo arrasadas por una banda de miserables que quema aldeas y cosechas, asesina hombres, viola mujeres...

—Y deja las arcas y la nobleza de Hokusai-sama malparadas —terció la mujer con una punzada de desprecio en sus palabras.

—Es un servidor del Shogun, no lo olvides —recriminó Kamakura.

—Lo sé —aseguró lanzando un suspiro.

Justo tras ese suspiro de la mujer, Susanô supo, con la certeza de los astros en sus movimientos, que, si en algún momento de otra vida necesitase un apoyo incondicional ante algo peligroso, podría recurrir a la mujer de extraños ojos verdes.

Fue una certeza tan irracional y contundente como la de un enamoramiento.

Fue una certeza que tranquilizó el más oscuro y no pronunciado miedo de Susanô: Tsuchigumo. De alguna incógnita manera, su corazón le decía que, en algún momento, habría de enfrentarse a la Mujer Araña. Pese a ser su mejor valedora y aliada.

Pese a no poder poner en palabras tal pensamiento.

Pese a la certeza de que la araña grabada en su hombro espiaba cada movimiento, cada suspiro, cada palabra, cada gesto.

Tsuchigumo asustaba los resortes de su espíritu.

Kawahime los calmaba.

Kamakura, entre ambos, semejava el mojón pétreo de un fantasma.

Ignoraba lo muy acertado de sus pensamientos.

—Partiremos a la hora del Tigre —terminó Kamakura.

—Bien, tenéis acomodo en mi casa para esta noche —dijo la mujer, después se levantó y se acercó hasta Susanô—. No olvides tu abanico ni tu espejo —le murmuró.

Susanô la vio partir hacía una esquina del salón; la vio atravesar una de aquellas paredes de cristal helado y desaparecer.

Le habría gustado abrazarla como antes abrazaba a Chikako. Imposible. Partiría con el abrazo pendiente en algún lugar de su corazón.

EL PRINCIPIO DE UNA AMISTAD

Se acostó sin quitarse otra cosa que el casco, el collar y las hombreras de su armadura; durmió con la katana pegada a su cuerpo y el resto de las armas a unos centímetros. Como un samurái.

A la hora del Tigre, en el momento más oscuro de la noche, ese que precede al alba, los dos hombres estaban tomando té y dispuestos a la partida.

—¿Vendrás conmigo, maestro?

—Te acompañaré sólo hasta la vista del castillo. Después, te bastará presentarte. Te esperan, y esperan que la promesa de Enomoto sea cierta.

—Lo será.

Kamakura se limitó a inclinar la cabeza y servirse su tercera taza de té.

Al lado de Shiben, otro hermoso caballo blanco esperaba.

—Diwahi —murmuró el anciano acariciando su cuello y sus ijares—. ¡Mi viejo amigo!

Acostumbrado a no preguntar ni asombrarse, Susanô guardó silencio. Subió a su caballo y cabalgó al lado del viejo sacerdote sintiendo el ronroneo de su estandarte abatido por el viento.

Ignoraba qué le esperaba en aquel servicio al noble Hokusai Katsushika, sin embargo, ya no sentía el pavor y el abatimiento de la niña campesina que abandonó su casa tres años atrás, sin más armas que su voluntad y una promesa.

¡Era un hombre!

¡Era un samurái!

Tres días de viaje a galope, sin apenas paradas, dos para dormir al raso y una para dormir en una fonda del camino donde todos se inclinaron ante su armadura. Sólo hicieron cena en la fonda, los otros dos días se alimentaron con el cesto de viandas preparado por Kawahime.

Susanô buscaba en las bolas de arroz y almendras, en las manzanas, en los tallarines fríos, el aroma de la mujer: su futura aliada en la más dura de todas las pruebas. Ignoraba su papel en el futuro, tan sólo recordaba el deseo de abrazarla. Un deseo propio de samurái, no de campesina.

Apenas hablaron durante tan largo viaje. Kamakura había cumplido la misión encomendada por la Mujer Araña y, al menos esa impresión le producía a Susanô, parecía ir convirtiéndose en piedra: mantenía los movimientos, cabalgaba sin mostrar cansancio, realizaba las comidas con ligero apetito; sin embargo, su naturaleza parecía ir retornando a un principio de piedra, como si esa fuera su cualidad y origen.

Lo que sí hizo la primera noche que prepararon un cobijo al raso, ante las cenizas de una hoguera apagada, fue esperar a sentir el sueño sobre el maestro, buscar su espejo y comprobar que, como había asegurado la mujer de ojos verdes y pasos de

baile en sus desnudos pies, podía ver al menos a dos personas, en el mismo estado en que se hallaran en ese momento.

Primero quiso comprobar si Chikako estaba bien.

El corazón le dio un vuelco cuando el espejo, en lugar de su fiero y nuevo aspecto, le mostraba el rostro dormido y tranquilo de su hermana. Llevaba tres años sin llorar, acostumbrado a soportar el dolor, el frío, incluso el fuego, sin emitir una queja; sin embargo, al ver el amado rostro de Chikako, su corazón se precipitó hasta su garganta y dos lágrimas calientes resbalaron sobre su barbilla. Dormía tranquila, aún más hermosa, y abrazando la torpe muñeca de trapo que, una vida antes, la pequeña Tomiko había cosido para ella.

—Mi querida hermana —murmuró repasando con sus dedos el rostro quieto—. Pronto cumpliré mi promesa. ¡Pronto serás libre!

Cuando aún miraba el pequeño óvalo del espejo, la figura comenzó a borrarse. Susanô lo agitó intentando mantener a la vista un rostro cuyos rasgos, con el tiempo, se habían ido borrando.

Sólo unos segundos; sólo dos personas; sólo durante el primer día de luna llena.

Susanô levantó la vista: por entre el follaje donde habían decidido pernoctar, la luna, blanca y lechosa, formaba un círculo perfecto capaz de disipar las sombras.

Escuchó un leve relincho de Shibben.

Susanô cerró los ojos y solicitó ver el rostro, en ese momento, del hombre que había transformado su vida y la de su hermana.

Primero, la brillante superficie del espejo se oscureció; lentamente, como si fuera humo disipándose, dejó paso a una imagen terrible y grotesca: el rostro abotargado y feroz incluso dormido de un hombre en cuyos rasgos se marcaban, profundos y cincelados por la reiteración, todos los vicios, traiciones y crueldades. Desnudo, apenas cubierto por brillantes sábanas de seda, podía incluso olfatear en cada uno de sus gruñidos el olor a sake. Susanô se estremeció al ver por primera vez a su enemigo. Apareció también el rostro, aniñado, de una mujer que miraba, no sin temor, comprobando el estado de sopor del hombre y se levantaba, con cautela y casi temblando, recogía sus ropas y abandonaba la estancia.

Como si contemplara la misma imagen del espejo, Shibben lanzó un relincho nervioso.

—¡Te mataré! —fue un murmullo que dejó doloridas las mandíbulas de Susanô.

No se había equivocado: aquel hombre convertiría la vida de su hermana en una zahúrda inhabitable.

A la hora del Conejo del cuarto día, quietos sobre sus monturas, contemplaban, desde un promontorio, el impresionante castillo del noble, brillante y amenazador, sobre la colina.

—¿Seguro que necesita ayuda? —preguntó Susanô impresionado por los muros y el tamaño de la fortaleza.

—El agua puede horadar hasta partir una piedra, no lo olvides. No es más fuerte lo más impresionante, ni más invencible lo que muestra una apariencia inquietante. —Guardó silencio, las palabras salían con cierta dificultad de su boca—. El ratón puede vencer al tigre.

No siempre comprendía las palabras del viejo sacerdote. Se acostumbró a ir almacenando cada una en su memoria, a masticarlas en sus horas de asueto, a recordarlas justo cuando cobraban sentido. Que un ratón pudiera vencer a un tigre casi le provoca una carcajada: él no dejaba de ser un ratón ante el temible rostro de Shozo Masashi.

—Ahora debes presentarte ante el noble Hokusai. —Tras una pausa, rebuscó entre los pliegues de su túnica y extrajo una pequeña bolsa de cuero—: Un último presente de tu benefactora —seguía esquivando su nombre—. En esta bolsa que parece vacía, encontrarás, siempre que lo necesites, el oro necesario para sufragar cualquier necesidad. Extrae sólo aquello que necesites, no porque la bolsa se agote, sino para evitar la esclavitud de la riqueza.

Susanô miró la bolsa, apenas pesaba, la guardó bajo su obi.

—¿Volveré a verte? —Apenas se había preparado para una despedida del hombre que acompañó su vida los tres últimos años.

—Los caminos del destino son largos y tortuosos.

Apenas terminó la frase, sin un gesto, sin otra palabra, presionó las riendas de Diwahi, se giró y desapareció al galope por el mismo camino que los había llevado hasta el promontorio.

Susanô permaneció quieto unos minutos: detrás quedaba un pasado al cual no podía regresar; delante, la incierta aventura de servir a un noble como si hubiera nacido para ser samurái.

Respiró hondo y concentró todos sus sentidos en aquel preciso instante. Del mismo modo que había entrado primero, sin permiso, en la cueva de Tsuchigumo y después en la casa de Kamakura, ahora debía dar el tercer paso en aquel castillo.

—Chikako —murmuró.

Susanô cabalgó despacio, tratando de sentir la presencia física de todo cuanto motivaba sus pasos: el obi regalado por su hermana, los trozos de jade del broche pisoteado; el espejo donde podría volver a verla; el abanico de hierro. Shibem notaba los muslos de su jinete sobre las ancas y trataba de acompasar su trote a los latidos del amo. Poco a poco, el castillo fue acercándose y su presencia avisada por los centinelas del tori principal.

Cuando jinete y caballo se detuvieron, frenados por las lanzas de un grupo de

soldados y sintiendo las flechas tensas de los arqueros dispuestas a lanzarse, Susanô esperó, sin mover un músculo, a que el capitán de la guardia se acercara.

—Soy el Samurái del Dragón. Tu amo me espera.

Fue el primer sorprendido al escuchar la serena autoridad brotando de sus palabras.

Su armadura, su enseña, su porte y ahora su voz redujeron los ánimos de quienes apuntaban con sus arcos o impedían el paso con las lanzas. El capitán, un hombre de rostro curtido y atravesado por varias cicatrices que hablaban de batallas encarnizadas, realizó una leve inclinación, levantó la mano para que sus hombres le permitieran el paso y entró, corriendo y precediendo al jinete, en el castillo.

Se escuchó el tañido de una campana retumbando en el patio interior y Susanô recordó un sonido similar en su aldea cuando llegaba la hora del Caballo y los campesinos hacían un alto para comer un plato de arroz.

Apenas unos minutos después, regresó el capitán, esta vez acompañado de un samurái que le precedía los pasos y que fue levantando, con un simple gesto, la barrera de lanzas. Lucía una armadura con tabillas de hierro lacadas en verde, el color de la vida y, para Susanô, el de Kawahime. No llevaba casco, lo cual permitía ver una noble cabeza y un sereno y hermoso rostro.

Por un segundo, la enterrada Tomiko vio en ese rostro el del enamorado que, tan sólo en sueños, se atrevía a imaginar.

—En nombre del noble Hokusai Katsushika, os doy la bienvenida. Os aguardábamos desde hace días y nos honra su ayuda —saludó—. Mi nombre es Shuzai —al pronunciarlo, golpeó con el puño derecho el lugar donde se escondía su corazón.

—Gracias por la bienvenida. —Susanô, sin desmontar, inclinó levemente la cabeza.

—Por favor, seguidme. —Y extendió el brazo derecho en dirección al interior del castillo—. Si lo deseáis, pueden encargarse de vuestro caballo.

—Shiben, se llama Shiben. —Descendió con un ágil salto para colocarse frente a Shuzai y sintió un golpe de calor en su pecho.

La araña de su hombro lanzó un abrasador hilo de hierro en dirección al corazón.

Shuzai hizo un gesto y dos soldados se acercaron para recoger, con la cabeza gacha, las bridas del caballo.

—Imagino un viaje largo y agotador —murmuró con una sonrisa que iluminaba más que el sol—. ¿Preferís descansar, un baño...?

—Prefiero ver al noble Hokusai.

—Estábamos reunidos en el Salón del Crisantemo Dorado...

—Bien.

Susanô prefirió no hablar demasiado, algo en aquel joven y apuesto samurái

despertaba sensaciones desconocidas en la niña campesina oculta bajo la nueva apariencia del samurái. La falta de experiencia, el tiempo no vivido con otras niñas de su edad contándose sueños mientras realizaban las faenas diarias y el silencio pesado y doliente de su madre sobre ella le impedían comprender a qué se debía esa rara zozobra murmurando en su pecho.

Cuando sintió otro doloroso dardo disparado en el hombro donde se dibujaba el beso de la Mujer Araña, decidió frenar incluso la posibilidad de un pensamiento ajeno a las tareas como samurái.

La diminuta araña de su hombro sí pareció comprender algo que a la campesina no le era posible. ¿Cómo se habría sentido vestida con harapos, los pies y la cara sucios, ante la presencia de un joven tan atractivo?

El castillo, visto desde la altura de un hombre, resultaba aún más imponente. Excavado en la roca de la colina, la mitad de sus muros eran una negra, lisa, inexpugnable masa de roca no levantada por la mano del hombre, sino por la furia de la naturaleza; desde la otra mitad hacia arriba mostraba grandes moles de piedra perfectamente ensambladas.

—Sí, resulta imposible vencerlo —dijo Shuzai siguiendo la mirada del recién llegado—. Salvo que lo rindan por hambre en un largo asedio.

—¿Teméis que eso suceda? —preguntó tratando de centrar todos sus sentidos, sus pensamientos y hasta su cuerpo en asuntos de guerra y estrategia.

—No. El bandido Kwasi no es un guerrero. Tampoco cuenta con el ejército necesario para un asedio...

—Si no es un guerrero, ni su ejército numeroso, ¿dónde radica la fuerza que tiene en jaque al castillo?

—Veo que sois, además, un buen estratega. —Se paró y clavó sus ojos negros en los del invitado—. ¡Seguro que sois un buen jugador de Go!

—¿Cómo...? —preguntó sorprendido y mirando el hermoso y anguloso rostro de Shuzai. Ningún campesino de su feudo le había parecido nunca tan atractivo.

La risa de Shuzai estalló por encima de los ruidos habituales del patio donde los hombres limpiaban sus armas, los sirvientes desplumaban gansos, acarreaban leña o esparcían paja y las sirvientas llevaban cubos de agua de un lugar a otro y preparaban la larga mesa donde comerían los soldados mientras los niños intentaban no recibir una patada al robar un puñado de arroz.

Aquella risa era demasiado normal para la anormal vida del Samurái del Dragón. Su corazón no temblaría ante una horda de enemigos, sin embargo temblaba, extrañado y alborozado, ante algo tan cotidiano y cálido como la risa de aquel joven.

¿Cuánto tiempo llevaban sus oídos sin escuchar tan vibrante sonido?

—Espero poder medir mis humildes méritos en el juego del Go con vos —se inclinó Shuzai—. Si no os ofende mi presunción.

—No me ofende.

Lo dijo mientras pensaba *ojalá te conviertas en el hermano que nunca tuve*, y recordó los malos modos de Hayato, incapaz de una palabra amable, buscando siempre el modo de hacer daño a la pobre y fea Tomiko.

Entraron en un inmenso patio interior, con el suelo pulido en la misma roca de las paredes inferiores e iluminado por unas cuantas antorchas ante la ausencia de otra luz natural, porque no existían ventanas. Dos filas de soldados custodiaban el lugar a ambos lados, justo hasta la escalinata por donde se accedía a los pisos superiores. Dejaron el primer piso, subieron hasta el segundo. Allí las paredes ya no eran roca, sino grandes piedras perfectamente encajadas; de nuevo soldados apoyados contra todas las paredes, firmes, sin moverse, iluminados por la escasa luz de ligeras aberturas alargadas al aire, sin revestimiento, ni de cuero, ni de papel. Al fondo del lado derecho encontraron una inmensa puerta de madera ricamente tallada que Shuzai abrió para permitir la entrada de Susanô, a quien invitó a pasar delante.

Comprendió, apenas entró, la razón del nombre: las paredes, casi en su totalidad, estaban cubiertas con tapices de seda verdes en cuyo centro lucía un inmenso crisantemo bordado en oro. Al fondo del salón, sobre tres tatamis superpuestos, un hombre ricamente ataviado con un kimono de seda celeste y sobre el mismo un kataginu de seda negra con los mismos crisantemos bordados en oro; la cabeza descubierta, el pelo afeitado en la frente y el peinado de samurái recogido en la nuca, sus pies cubiertos con calcetines de algodón blanco. Justo a su espalda, colgaba el mayor de los tapices y el oro del tapiz, junto con el oro de su kataginu, dotaba a su rostro de extrañas sombras doradas. En los laterales, sentados sobre cojines de seda, samuráis, sacerdotes y magistrados, cada uno con los ropajes adecuados y prescritos para su condición.

En el centro del salón, sobre una mesa baja, casi del tamaño de un tatami, un minucioso mapa de lo que imaginó serían los territorios del noble, lleno de símbolos y figuras, así como piedras redondas de dos colores, supuso que representando las posiciones de Kwasi y las defensas del noble.

—¡Os esperábamos impacientes! —la voz de Katsushika resonó como un potente trueno.

Susanô se acercó hasta un límite de prudente respeto, justo delante de la mesa con el mapa, hincó una rodilla en el suelo, inclinó la cabeza y colocó sobre su frente el puño derecho cerrado y la mano izquierda cubriéndolo.

—Será un honor estar a vuestro servicio, Hokusai-sama.

—Enomoto trajo en persona tus credenciales, selladas por el Shogun. —Inclinó la cabeza al nombrarlo y el resto de las cabezas lo imitaron—. Hablan de un guerrero casi imposible. —Los ojos del daimyo escrutaron al recién llegado—. ¿Cómo es que no habíamos escuchado antes vuestro nombre?

—Mis servicios fueron siempre secretos y a cargo del Shogun.

Ni siquiera supo de dónde le llegó la improvisada respuesta, sin embargo, fue suficiente para no recibir ninguna otra pregunta referente al origen de su fama como samurái.

—Preparábamos los siguientes pasos a seguir, pero antes hemos de dar alimento a nuestros cuerpos. Y la bienvenida al distinguido Samurái del Dragón.

Dicho lo cual, se levantó y, a la vez, aparecieron dos soldados camuflados a su espalda que lo siguieron dos pasos por detrás. Cuando llegó a la altura de Susanô, se paró.

—Vuestro rostro, pese a su juventud, denota nobleza y determinación. Espero que os encontréis como en vuestra casa durante el tiempo en que seáis mi huésped.

Le extrañó el trato deferente. No le hablaba como al guerrero contratado para servirlo, sino como si de un igual se tratara. Imaginó una carta de presentación digna de una leyenda y sintió una punzada de miedo. Temía faltar a la veracidad de tanta recomendación.

Algo en lo más profundo de sus entrañas rugió al escuchar el nombre del monje: Enomoto.

Katsushika continuó en dirección a la puerta de entrada y el resto de los hombres presentes en la sala lo fueron siguiendo manteniendo un riguroso orden de prevalencia según su cargo y estatus. Susanô y Shuzai salieron juntos y los últimos.

Entraron en otro salón donde dos inmensas mesas laterales y una más pequeña al fondo mantenían la distribución del Salón del Crisantemo Dorado. Decenas de cuencos repletos de la más variada selección de alimentos aguardaban, junto con diez jóvenes sirvientas dispuestas a servirlos.

Hokusai se sentó en la mesa de presidencia, los demás fueron ocupando los lugares habituales; Shuzai esperaba, en pie, al lado del recién llegado. No se había separado de Susanô desde que salió a buscarlo al tori de la entrada.

—Sentaos a mi lado —indicó el noble señalando el lado derecho de su mesa.

Susanô miró a Shuzai que, como ya iba siendo costumbre, sonrió.

—Tú también, Shuzai, aquí, a mi izquierda, al lado de mi fiel Uzaemon. —El aludido, un samurái entrado en años, se inclinó.

Las silenciosas sirvientas comenzaron por servir un paño caliente a cada comensal y recogerlo una vez utilizado. Después colocaron las fuentes de los alimentos, aún humeantes, al alcance de sus manos.

—Si no es molestia y esperando no ofender vuestra generosa hospitalidad. — Susanô se inclinó ante el noble—, preferiría un cuenco de arroz, algunas algas hervidas y pescado.

El daimyo permaneció unos segundos pensativo, después sonrió con benevolencia.

—Veo que también en la comida actuáis como un perfecto samurái. Sea. —Miró a una joven sirvienta y, sin decir palabra, con un solo gesto, dio a entender que fuera atendida la petición.

—Creo que, si se me permite, me sumaré a la petición del Samurái del Dragón —solicitó Shuzai inclinándose.

—Bien —concedió el noble.

A Susanô no le importaba qué pudieran pensar el resto de los comensales, siguiendo el consejo de Kamakura, comenzó a preparar la aureola necesaria para ser aceptado con sus secretos. El hecho de que Shuzai se hubiera sumado le produjo un leve cosquilleo de felicidad. Le faltaba práctica en ser admirado, respetado y querido.

Tras la comida, en exceso copiosa según pensó Susanô para entrar dignamente en combate —aunque él se atuvo a su dieta—, primero se levantó el daimyo y, a continuación, cada uno se fue levantando y dispersando según sus propios criterios.

—Tenemos una hora de descanso, justo la que el noble Katsushika utiliza para reunirse, todos los días, con sus tres hijos pequeños. Te mostraré tus aposentos.

Shuzai continuaba sin separarse de Susanô, pareciera que una corriente de simpatía los unía como una cuerda invisible.

Los aposentos de los samuráis, y Shuzai le iba informando de que eran diez en total, sin contar con él, se encontraban en un ala del castillo, a la izquierda y en el primer piso. Cada uno contaba con cuarto propio y otros dos más, uno para los sirvientes, caso de tenerlos, otro para sus horas libres.

—Veo que no habéis traído ni sirvientes ni equipaje.

—No.

Se limitó a confirmarlo, sin dar más explicaciones. Pretendía hacer del mutismo un rasgo de su personalidad.

—Yo me ocuparé de que os entreguen lo necesario —dijo Shuzai—. Ahora, imagino que deseáis descansar.

—Prefiero dar una vuelta por los alrededores.

—¿Me permitís ir a vuestro lado?

—Si eso os complace...

—Me complace. Y también a Itô, mi caballo, le gusta cabalgar junto a un buen jinete.

Susanô nunca había tenido amigos. Ignoraba cómo comportarse, o qué se esperaba de él. La petición de Shuzai le provocó dos emociones contradictorias: alegría porque, por primera vez en su vida, alguien buscaba con placer su compañía; temor ante una situación que no lograba controlar porque no comprendía sus sentimientos. Y mucho menos los de aquel noble y joven samurái: ¿se trataba de cortesía, de simple obligación con el recién llegado? Prefirió no dar demasiadas vueltas a sus dudas.

Concentra todas tus energías en tu objetivo, las palabras de Kamakura retumbaron en su cerebro.

Recogieron sus caballos, el de Shuzai, Itô, brillaba como canela recién molida; Shiben lucía negro y brillante como un ópalo. Los caballos parecieron entenderse sin las dudas de sus jinetes y galoparon, felices anca contra anca, por el bosquecillo cercano.

Todo el silencio de Susanô quedaba compensado por la alegre conversación de Shuzai. Así, en aquella primera tarde, recabó casi toda la información sobre su vida anterior, o al menos eso creyó entonces, y se forjaron los cimientos de lo que sería una larga y profunda amistad.

Shuzai era hijo de un famoso samurái que murió honorablemente cuando él contaba cinco años, apenas lograba recordarlo. A él, su hermana pequeña y su madre los recogió un hermano de esta. Vivieron años tranquilos y felices; su tío Yoshida, un buen hombre dedicado a la Magistratura, los recibió y trató como si fueran su propia familia. Pocos años después, su hermana Izu enfermó de unas extrañas fiebres y Sutsuki, su madre, la siguió a las pocas semanas.

—Murieron ambas. —Y al decirlo bajó la cabeza.

Los dos permanecían quietos, sobre sus monturas, en un claro del bosque que parecía haber escapado a las leyes del tiempo.

—Lo lamento —murmuró Susanô y añadió para evitar compromisos—: Yo no tengo familia.

—Si lo deseas, yo puedo ser tu hermano.

—Me haría muy feliz. —Al menos esta vez, el destino había leído sus pensamientos para darles forma—. ¿Cómo es que no seguiste la carrera de tu tío?

—Lo intenté. —Sonrió al recordarlo y sus labios temblaron levemente como si el recuerdo le hiciera cosquillas—. ¡Imposible! Yo deseaba ser samurái, como mi padre. —Encogió los hombros—. Así que me envió a la mejor escuela conocida. ¡Y aquí me tienes!

Susanô tuvo la impresión de que aquel apuesto joven cuya sonrisa parecía un temblor de flores había colocado a sus pies toda su vida anterior. Esa confianza y su propia mentira le hicieron sentir muy incómodo. Un intruso. Claro que, desde siempre, ya fuera bajo la identidad de Tomiko, ya con su nueva identidad, la sensación de ser un intruso no lo abandonaba. Nunca le parecía estar en el sitio destinado para su persona.

¿Cómo fundar una amistad sobre los cimientos de una mentira?

Sin embargo, el trozo de corazón donde aún dormitaba Tomiko lo convenció para dejarse llevar por los nobles sentimientos de aquel joven de quien tampoco deseaba separarse.

—¡Me alegra contar con el hermano que nunca tuve!

Shuzai lo gritó y salió al galope en dirección al castillo. Susanô lo siguió y Shibem no tardó en darles alcance.

Entraron juntos.

Desde ese día, los dos samuráis fueron inseparables.

Lo fueron en la batalla.

En las decisiones.

Frente al tablero de Go.

Para Susanô, aquel nuevo hermano se convirtió en un poderoso árbol protector; llegó a temer que si le faltara, todo se desmoronaría como un castillo de naipes. No sabía qué pesaba más en sus confusos sentimientos: si el placer de su compañía, la seguridad que le proporcionaba, sobre todo a su espíritu, o la pura alegría de sentirlo cerca.

T IEMPO DE COMBATE

Tres días después de su entrada en el castillo, un emisario llegó corriendo: Kwasi se había hecho fuerte en un poblado bastante cercano al castillo, amenazaba a la población y a las propias defensas del noble Hokusai.

Fue el primer encuentro de Susanô con la batalla.

El ejército del daimyo era muy superior al del bandido, y estaba mucho mejor preparado, pero Susanô comprendió la razón por la cual Kwasi había mantenido en jaque tanto tiempo los dominios del noble: sus hombres, sin nobleza ni grandes principios guerreros, contaban con dos puntos fuertes:

La temible ferocidad de quien no tiene nada que perder.

La indisciplina guerrera de quien no sigue los preceptos de ningún arte guerrero y, por lo mismo, sorprende en sus ataques a un ejército mejor preparado pero sometido a rígidas fórmulas de estrategia.

Tras tres días de combates irregulares, con bastantes bajas en el ejército del daimyo y muchas menos entre la tropa del bandido, Kwasi decidió retirarse.

No fue, en estricto sentido, una victoria.

Aunque eso, comprendió Susanô, llevaba unos años siendo la práctica habitual en cada enfrentamiento.

Lo único reseñable del enfrentamiento fue la rapidez con la cual Shuzai cortó el brazo de un bandido que a punto estuvo de acabar con la vida de Susanô. Luchaban espalda contra espalda, como hermanos, cada uno pendiente de los peligros que acechaban al otro entre los gritos de los heridos, los relinchos de los caballos, el polvo y el sudor.

Katsushika, tras dejar un retén en el lugar, sobre todo para dar rápido aviso si el enemigo retomaba sus puestos, regresó al castillo.

El abatimiento se dibujaba en todos los rostros.

Nunca lograban una derrota definitiva sobre aquel diablo. Cada vez que intuían la victoria, se les esfumaba como humo entre las manos.

Con todo, Susanô y Shuzai, luchando codo con codo, figuraron entre los mejores de aquella contienda sin reglas limpias, consiguieron el mayor número de bajas y los hombres de Kwasi intentaban enfrentar, en grupo y desde todos los ángulos, al dúo de samuráis que combatía como un solo e invencible hombre.

El propio bandido comprendía que el mayor peligro siempre le llegaría de la fuerza de aquel dúo capaz de actuar como un solo guerrero duplicado.

La misma noche del regreso, Hokusai Katsushika mandó llamar a sus aposentos más privados a los dos samuráis. Los recibió en su propio estudio, un lugar lleno de rollos cubiertos con historias, tratados de guerra, de leyes; incluso poesía. Ese día Susanô decidió que, algún día, dedicaría todo su tiempo libre a cultivar su espíritu.

—Habéis luchado con bravura y honor. Os doy las gracias. —Se inclinó ante ellos—. Veo que la recomendación que trajo Enomoto hacía justicia a vuestra destreza en el campo, Susanô. —Y sonrió mirándolo—. De vos, Shuzai, ya había tenido muestras, aunque reconozco que, en esta ocasión, os habéis superado.

—Eso se debe a estar a la sombra de un gran samurái, señor —respondió el aludido. Susanô sintió una punzada en su hombro al escuchar los halagos.

—Con todo —y el daimyo movía la cabeza con pesadumbre—, jamás conseguimos una derrota definitiva sobre ese demonio que está dispuesto a minarnos hasta rendirnos.

—Si me permitís... —Susanô se inclinó y esperó a recibir el permiso.

—Habla.

—Hokusai-sama, con todo respeto —dijo manteniendo la reverencia—. Creo que deberíamos enfocar la lucha contra Kwasi siguiendo otras reglas.

—¿Otras reglas? —preguntó ceñudo pero interesado el noble.

—Hokusai-sama —se inclinó aún más—, no se puede luchar contra un mono como si fuera un tigre.

Shuzai sonrió y Katsushika levantó interesado la cabeza.

—Continuad —dijo elevando su brazo derecho en dirección a Susanô.

—Esos hombres no son guerreros...

—Son perros rabiosos —masticó las palabras Shuzai.

—Sin embargo, nosotros los combatimos como si fueran honorables guerreros.

—¿Propones que seamos como ellos? —preguntó el noble.

—¡Jamás, mi señor! Pero sí que actuemos con la astucia de un zorro, conociendo sus mañas y volviéndolas contra ellos mismos.

La conversación duró toda la noche.

A partir de ese día, Katsushika comenzó a poner en práctica la estrategia de Susanô.

Se trataba de enviar partidas, no muy numerosas, de soldados, al frente de algún samurái, que hostigase a los hombres de Kwasi persiguiéndolos en los lugares donde reposaban, restañaban daños y se preparaban para otro enfrentamiento de desgaste. Como los hombres no formaban un ejército, se dispersaban en grupos a lo largo del territorio casi conquistado donde atemorizaban a los campesinos.

Las partidas salían de tres en tres.

Atacaban tres puntos diferentes en combates sorpresa para los cuales los hombres de Kwasi no estaban preparados.

Nueve partidas después, enviadas con apenas días de diferencia, la tropa del bandido, o mejor decir la amalgama de hombres unidos por el afán del botín, no sólo estaba seriamente mermada, sino desmoralizada. Tanto que Kwasi decidió reagruparlos y retirarse a su fortaleza inicial hasta recuperar una cierta ventaja.

Con esa estrategia Susanô había conseguido varios objetivos:

Retomar casi todos los pueblos antes sometidos a la tiranía del bandolero.

Restaurar la moral de los guerreros y del propio Hokusai Katsushika.

Mostrarle a Kwasi que se hallaba ante una nueva forma de guerrear y que ya no le resultaría tan fácil atemorizar los territorios del daimyo. El propio Hokusai envió una misiva al Shogun, para agradecerle el envío del Samurái del Dragón y dar cuenta de la cercana derrota del bandido.

Esta especial estrategia guerrera se alargó, sin decidir una clara victoria, durante un año entero: Kwasi se retiraba un tiempo, luego, enviaba alguna partida hacia los poblados más cercanos para aprovisionarse y, a la vez, lograr dos objetivos importantes: que los campesinos no perdieran el terror al bandido, también que las cosechas nunca llegaran intactas al castillo de Hokusai. Los guerreros del noble reiteraban las escaramuzas, siempre en pequeñas partidas, para que el daño fuera mayor y la pérdida de guerreros menor. Con todo, la franja de poblados vedada a los ataques del bandido se mantuvo casi intacta y favorable al daimyo.

En ese tiempo, Susanô y Shuzai reforzaron su amistad.

Ambos parecían buscarse como si un hilo invisible de seda los atara. Susanô temblaba imaginando que aquella amalgama de sentimientos fuera el desconocido amor, con el peligro que eso supondría para Shuzai.

El prestigio del Samurái del Dragón se multiplicó, tanto en el combate, como en la estrategia, ya que había sido su idea la que mantenía mejor que antes las defensas del feudo. Se alababan sus dones en el feudo de Hokusai, pero también en Edo, residencia del Shogun.

Los meses pasaban, el nombre del Samurái del Dragón ya recorría los caminos a lomos de juglares y poetas. Además, su experiencia en el combate acrecentaba su seguridad.

La vida de Susanô entró en una nueva rutina.

En el combate mostraba sus mejores dotes. Siempre con las armas convencionales, el abanico de hierro permanecía oculto a todos, incluso a Shuzai.

Las largas cabalgadas con Shuzai y las horas de juego frente al tablero de Go iban amarrando vínculos entre ellos que nadie, ni los secretos de ambos, ni el destino, lograría romper.

Forjaron una amistad capaz de superar las duras pruebas que les esperaban. Ni siquiera cuando los secretos salieron de sus cuevas, lograron romperse tales ataduras.

La serenidad en el trato, la fiereza en el combate, sus costumbres de ayuno y escasa conversación pasaron a formar parte de la leyenda que rodeaba, como una aureola, al Samurái del Dragón.

Todos respetaban la diferencia de aquel samurái, sin entrar ya a juzgar lo que,

para todos, constituían auténticas rarezas.

Ni siquiera lo juzgaron cuando rompió la primera tradición del castillo. Cada cierto tiempo, los hombres gozaban de unos días de permiso que utilizaban bien para visitar a sus familias quienes las tenían y no vivían en las dependencias del castillo; bien para visitar cortesanas aquellos que aún no habían formado la suya. Se esperaba que aquel guerrero, feroz y definitivo en la batalla, deseara el normal desahogo con una mujer durante los descansos.

—Quisiera acercarme a Kioto con unos cuantos compañeros, ¿nos acompañas? —preguntó la primera vez Shuzai—. Conocemos una casa de cortesanas, La Casa del Loto Azul, donde, te lo aseguro, se encuentran auténticas y expertas bellezas, y la música, la danza y la compañía están por encima de lo corriente.

Susanô miró a su amigo y sonrió.

—Además, con esa fama tuya que ya cabalga todos los caminos, ninguna se resistirá a tus encantos, hermano. ¿Qué dices?

Susanô guardó silencio. Cómo contarle al único ser humano que había sentido cerca de su corazón, después de Chikako, que nunca podría comportarse como un hombre por más que su aspecto, cada día más, asegurase lo contrario. Temía que, pese al respeto ganado ante todos, pudiera comenzar un tiempo de sospechas.

—No puedo —murmuró sin dejar de sonreír.

—Si se trata de dinero... —Susanô negó con las manos y recordó la bolsa entregada por Kamakura—. Ya, bueno, me lo figuraba. ¿Alguna dama?

—Sí —le pareció la mejor respuesta.

—¡Cuéntame! —Shuzai tomó asiento a su lado, palmeó su hombro derecho y su risa flotó, de nuevo, como un baile de flores—. Mi hermano tiene un secreto de amor y no me lo cuenta, ¿cómo es posible?

—No es un asunto grato.

—¿No le permiten casarse con alguien tan afamado como tú? —Susanô bajó la mirada—. ¿Qué clase de padre podría impedir la boda de su hija contigo? —Como el silencio continuaba, Shuzai temió algo peor—. Dime, hermano, ¿no será la esposa de otro?

—Aún no.

—Ufff —suspiró aliviado Shuzai—. ¿Está entonces prometida?

—Con un demonio.

—¡Venga, deja de asustarme!

—No intento asustarte.

—Hermano, no puedes guardar ese secreto para ti solo. Nunca he preguntado por ninguna de tus costumbres, pero me duele la tristeza en tus ojos cuando la recuerdas. ¿Es hermosa?

—Como una estrella.

—¿Cómo se llama?

—Chikako.

—¡Nombre de princesa!

—Lo es.

—O sea, su familia no te considera buen partido, ¿es eso?

—Es peor.

Existen momentos que exigen abrir una rendija en lo más profundo de las heridas. Susanô necesitaba, desesperadamente, poner en palabras una promesa largamente escondida en su corazón. Un corazón que esperaba cada primer día de luna llena para ver el rostro de su amada Chikako y comprobar que estuviera bien. Y la había visto triste, la había visto llorar dormida. ¡Su amada hermana sufría!

Recordando las lágrimas de Chikako, los puños de Susanô se habían cerrado y su mandíbula apretado hasta el espasmo.

—Estás sufriendo, hermano, y mi corazón sangra con tu dolor. ¿Qué puedo hacer?

—Soy yo quien debe hacerlo.

—Pues, cuenta con mi ayuda, hermano. —Y se golpeó el corazón con el puño de su mano derecha.

—Faltan dos años para que se celebren los esponsales. ¡Para que se cumpla la maldita compra de Chikako!

Sin conocer su secreto, Shuzai le había ofrecido ayuda y Susanô presintió que necesitaría su apoyo para cumplir la promesa que había transformado su vida.

¡Lo necesitaba tanto como al aire!

Evitó hablarle del parentesco que lo unía a Chikako, también de su auténtico interior femenino, y eso fue lo más doloroso por mantener su mentira y porque aún no lograba descifrar los sentimientos que le provocaba Shuzai. Le habló del matrimonio concertado con un hombre perverso, un hombre que hacía negocios con los bárbaros extranjeros ubicados en Nagasaki; enfermo de todos los vicios y depravaciones posibles, cruel, sanguinario, perverso.

Le contó su promesa de salvarla. Una promesa que debía cumplir una vez terminado el servicio al daimyo. Por primera vez, desveló su imperioso deseo de llegar a Nagasaki. La ciudad provocó un ligero temblor en Shuzai que no pasó totalmente inadvertido por Susanô.

—Pero te pedirá que continúes a su servicio, hermano.

—Es posible, pero, una vez derrotado Kwasi, mi compromiso de lealtad habrá terminado.

—Cierto.

—¿El tuyo?

—También. Y te acompañaré para derrotar a ese monstruo. —Sonrió y sujetó los hombros del amigo—. Después, te acompañaré para que desposes a tu amada

Chikako.

Susanô no encontraba palabras. Su garganta estaba rodeada por una gruesa e invisible cadena. Los eslabones estaban contruidos por promesas y mentiras. Y, sobre todo, la palabra dada a la Mujer Araña. Una palabra que lo ataba sin necesidad de otra cosa que aquella diminuta araña grabada en su hombro y que le recordaba lo prometido lanzando dardos de fuego que aprisionaban su corazón.

En el aire, entre los dos amigos, flotaba un secreto. Shuzai no lo había pronunciado; Susanô no preguntó, tampoco desveló enteramente el suyo. Con todo, una corriente de gratitud ató aún más la profunda amistad entre ambos.

—¿Sabes qué? —decidió de golpe Shuzai—. ¡Yo tampoco necesito las manos dulces de una cortesana! —Lanzó una alegre carcajada—. Mejor una buena partida de Go.

Actitudes como esa dividían el corazón de Susanô. Salvo por su bellísima hermana, nunca había sido querida, ignoraba cómo reaccionar; por una parte, los primeros impulsos por dejarse llevar, sonreír y sentirse, simplemente, bien, chocaban con la mentira de su propia apariencia. El samurái que apreciaba Shuzai escondía el cuerpo aterido de Tomiko, y Tomiko carecía de cualquier valor, sobre todo frente al amigo y compañero en la batalla.

Al invierno siguiente de su llegada al castillo del noble Hokusai Katsushika, se presentó el momento crucial en la larga contienda contra Kwasi. Arrinconado por primera vez desde que sus huestes se instalaron en el feudo del daimyo, sufriendo las quejas e indisciplinas de unos hombres acostumbrados al botín y a disfrutar con las mil tropelías cometidas en las aldeas, decidió jugar la última partida con el noble del castillo y, saltándose su costumbre, envió un emisario al castillo para proponer un encuentro de campeones.

Tal proposición rompía todos los esquemas establecidos en los viejos tratados sobre el arte de la guerra, pues suponía aceptar como un igual a quien sólo era un bandolero sanguinario.

Hokusai Katsushika convocó una reunión con todos los samuráis, letrados y escribanos en el Salón del Crisantemo Dorado.

La cita sería a la hora del Perro.

Todos habían visto llegar al emisario de Kwasi; todos esperaban la decisión del daimyo. Muchos hubieron de contener su impulso por rebanar el cuello de quien osaba presentarse en el castillo con la dignidad de un emisario.

Todos deseaban dar por concluidos los largos años de combate.

Especialmente Susanô, quien sentía el paso de los días y los meses como una carrera sin fin en busca del odiado Shozo Masashi.

En silencio, los veinte convocados al Salón ocuparon sus puestos en los cojines

laterales. Hokusai Katsushika esperaba, inmóvil y con semblante preocupado, en su lugar de presidencia.

—He recibido una propuesta de Kwasi...

—¡Ese perro!

—¿Cómo se atreve?

—Miserable bandido, fingiendo ser guerrero.

El noble levantó el brazo izquierdo para frenar los comentarios, en forma de murmullos ofendidos, que inundaron el Salón.

—Llevamos años manteniendo una larga contienda con el bandido —comenzó a decir Hokusai—. La lucha no sólo ha desgastado a nuestro enemigo, también a nosotros. —Unos cuantos asintieron en silencio—. Lo han sufrido, especialmente, los campesinos y las cosechas. —Hizo una pausa—. Propone un encuentro de campeones.

De nuevo los murmullos, los gestos airados, la desaprobación casi general: aceptar tal encuentro suponía reconocer en el adversario cualidades inexistentes.

—Señor —tomó la palabra el magistrado Aibagawa, se inclinó ante su señor y esperó a que le concediera permiso para continuar. El noble se lo concedió con un gesto—. Aceptar tal propuesta supone una afrenta para la larga tradición y para las nobles artes de la guerra, Hokusai-sama. —Inclinó la cabeza.

Hubo un silencio, todos parecían estar de acuerdo con el magistrado Aibagawa. Katsushika guardó silencio unos minutos que retumbaron en el ánimo de todos como bolas de plomo. Después miró a Susanô.

—¿Qué piensa nuestro Samurái del Dragón?

La pregunta tomó por sorpresa a Susanô. Inclinó la cabeza y trató de ver en el rostro de Shuzai la respuesta más adecuada, pero el rostro de su amigo permanecía impasible; cierto que no se había sumado a las protestas casi generales, ni había movido un músculo cuando escuchó la propuesta; sin embargo, Susanô estaba convencido de que aceptar sería para el amigo como una afrenta a su padre y a todos sus antepasados, gloriosos samuráis muertos honorablemente.

—Hokusai-sama —se inclinó e intentó evitar la respuesta sin cometer una falta—, soy el último servidor, y mi lealtad es firme como una roca. —Se inclinó un poco más—. Sin embargo, he sido el último en entrar a vuestro servicio, señor, creo que contáis con consejeros más adecuados entre los ilustres presentes en este Salón.

—Cierto —concedió el daimyo a quien no agradó la respuesta—. Pero también es cierto que fue vuestra visión «personal» —utilizó un tono diferente, imposible de clasificar, en el vocablo— la que cambió, para bien, el modo de enfrentarlo. Deseo conocer tu opinión —y la frase retumbó como una orden inapelable.

Susanô deseaba desaparecer en aquel momento, su corazón se debatía entre el deseo de terminar cuanto antes con el bandolero por una parte y, por otra, no ofender

al amigo; la opinión del daimyo pesaba mucho menos. Recordó las palabras de su maestro frente al tablero de Go: *escondese cuando tu posición es débil puede ser útil; esconderse permanentemente llevará al fracaso sin fisuras*. Respiró hondo.

—Creo, Hokusai-sama —su frente casi rozó el tatami—, con el permiso de mentes mucho más preparadas, que hay mucha verdad en vuestras palabras: los años de lucha no sólo han costado la vida de muchos hombres, también el sufrimiento de muchos inocentes. Mantener este estado no reportará sino una larga pobreza para vuestro feudo. También es cierto que Kwasi es un miserable bandolero, un perro —hubo murmullos de aprobación—, que sólo merece ser descuartizado en el patio, a la vista de todos y para fiesta de quienes han padecido sus fechorías.

Se hizo el silencio. Por el rabillo del ojo, Susanô intentó ver en el rostro de Shuzai un gesto para concluir. Nada.

—Yo aceptaría, Hokusai-sama. —De nuevo el murmullo y los rostros crispados de casi la totalidad de los presentes—. Después, encadenaría a Kwasi y lo castigaría a la vista de todos.

—Shuzai, ¿estás de acuerdo con tu compañero?

Susanô sintió un rayo helado atravesando su espalda, justo por debajo de la piel de serpiente que ocultaba su naturaleza. Temió que su amigo desacreditara sus palabras. Daba la impresión de que el noble Katsushika requería justo las opiniones de los mejores guerreros en el campo de batalla y prescindía de magistrados, escribanos y el resto de los samuráis.

¿Acaso esperaba que reafirmasen su deseo de aceptar el combate?

¿Los ponía a prueba con alguna oculta finalidad?

¿Conocía el agravio que representaba no haber preguntado a los más antiguos samuráis a su servicio?

Una punzada en el hombro, un fino aguijón de fuego horadando su piel, como si una de las patas grabadas de la araña quisiera inyectarle un veneno paralizante, le recordó que nunca debía sentir un afecto amoroso hacia ningún hombre.

Susanô apretó la mandíbula.

—Hokusai-sama —la voz de Shuzai retumbó clara y serena—. Mi padre fue un honorable samurái.

Las palabras dichas sin rabia, como simple constatación de un hecho, dejaron sin defensas el corazón de Susanô. Temió un largo parlamento sobre el honor; sobre un honor que nunca tendría Tomiko.

—Llevó con honor las armas y murió con honor. —En el silencio del Salón se perfilaban los rostros pétreos de los asistentes—. He vivido según los Siete Principios del Código Samurái. —Su rostro se giró hacia Susanô, quien sintió heladas las manos—. El Samurái del Dragón ha demostrado vivir según los mismos principios, incluso ha sido más severo con ellos. —Algunos miembros fruncieron el ceño, sintiéndose

cuestionados—. Conozco sus habilidades estratégicas, no en balde es el mejor jugador de Go que he conocido. —Se inclinó hacia su compañero, el daimyo sonrió por primera vez desde el comienzo de la reunión: preveía que aportaría la decisión que él mismo deseaba—. En el combate, todos lo habéis visto, sobran las alabanzas. —Alguna cabeza asintió—. No creo que exista deshonor en acabar, de una vez, con ese perro de Kwasi. ¡Yo mismo correría hasta su campamento y retaría a sus perros!

A Susanô le costó contener una lágrima.

¡Nunca, nadie, lo había honrado de tal modo!

Se juró que jamás permitiría la venganza de Tsuchigumo sobre su amigo. De alguna manera, se confesaba a sí mismo el afecto, tal vez amor, hacia Shuzai, al tiempo que lo condenaba al silencio eterno. Apenas pudo enterarse de los minutos que siguieron, vagamente escuchó la aprobación de Uzaemon, el Samurái de la Luna, quien más años llevaba al servicio del daimyo, bajo cuyo techo también vivía su familia. Despertó de su ensimismamiento cuando sintió una mano de Shuzai apretando su brazo.

—¡Lo has conseguido, Susanô! —Sonreía con tal felicidad que Susanô sintió un temblor en todo su cuerpo—. Incluso el estricto Uzaemon está de acuerdo. —Se acercó un poco más a su oído para añadir—: Y Hokusai esperaba justo tal decisión.

Al emisario que esperaba respuesta en el castillo, se le entregó una carta sellada con el emblema de Hokusai Katsushika, un crisantemo, y la aceptación de su propuesta. Aceptaban el reto con ciertas condiciones.

Se celebraría en el castillo.

Kwasi vendría en persona, junto con otros dos designados por él para el combate de campeones.

Los enfrentamientos, tres y con los contrincantes elegidos por sorteo, serían públicos y a muerte.

Quien resultase vencido acataría la derrota y las consecuencias de la misma, sin concesiones.

El combate se fijaba para la próxima luna llena. Faltaban cuatro días.

Después, Hokusai decidió quiénes serían los tres combatientes:

Uzaemon, el más antiguo samurái a su servicio y viejo amigo personal del daimyo, hasta el punto de que su mujer y sus hijos compartían estancias propias en el castillo.

Shuzai; le correspondía por haber estado de acuerdo con el combate.

Susanô, el más temido entre las huestes de Kwasi.

Los días que faltaban para el combate pusieron a prueba los nervios de todos en el castillo. Los tres samuráis designados repasaron sus armas y mantuvieron el ayuno.

—Al menos Uzaemon podrá despedirse de su familia —murmuró Shuzai

repasando sus flechas.

—¿Te queda familia que despedir? —preguntó Susanô.

—No, hermano. —Lo miró y sonrió. Los finísimos sentidos de Susanô detectaron el aire de una mentira. No dijo nada—. Pero te confieso que sí me gustaría unos brazos de una mujer para mi última noche.

—Saldrás victorioso —respondió eludiendo la imagen de una mujer entre los brazos del amigo.

—¿Nunca extrañas el cuerpo de una mujer a tu lado?

—Duermo con mi katana.

—Pero su contacto es frío. —Soltó una risotada—. Demasiado frío, hermano. Pero, claro, tu corazón se reserva para la bella Chikako.

—Como bien sabes.

—¡Es afortunada!

Algunas palabras de Shuzai lograban atravesar el ánimo y la coraza de piel de serpiente que cubría su pecho y sus sentimientos.

T IEMPO DE GLORIA

Cuando los vigías avisaron de la llegada de tres jinetes en el horizonte, un silencio absoluto cubrió por completo el castillo y a sus habitantes.

El aspecto de los tres jinetes levantó algún grito ahogado de terror, especialmente entre los servidores, las mujeres y los niños. Los tres cabalgaban sobre caballos negros de nerviosos músculos. Las armaduras, negras también, refulgían con cada rayo de sol sobre las escamas de hierro lacado, con un brillo funesto. Los cascos y la máscara sobre sus caras representaban demonios furiosos.

—De nada les servirán —aseguró Shuzai cruzando los brazos y mostrando una segura serenidad en su rostro—. ¡Caerán como ratas asustadas!

—Nunca desprecies a tu enemigo —le susurró Susanô.

Se había habilitado el patio central como centro de combate. Las únicas reglas eran la lucha individual, sin intervención de otros, y a muerte. Antes de cada combate, los contendientes debían mostrar su rostro sin máscara y sin casco. Los rivales se sortearían. En una bolsa de cuero, tres bolas de madera con el anagrama de los tres samuráis designados por el noble Hokusai y cada uno de los hombres de Kwasi, incluido él mismo, recogería la suya antes del enfrentamiento.

—Tú eliges quién combatirá primero —ordenó el daimyo dirigiéndose al bandolero.

Kwasi señaló a uno de sus hombres. El luchador llevaba dos inmensos cuernos rematando el diablo de su casco y una máscara de cuero rojo cubriéndole casi la totalidad del rostro; avanzó hacia el saco y extrajo una bola que mostró a Hokusai.

—Shuzai —gritó tras comprobar la bola—. Tendrás el honor de ser el primero. — Ni siquiera preguntó por el nombre del fornido bandido, perfectamente equipado como si de un auténtico samurái se tratara, algo contrario a las reglas de la guerra y despreciado por los samuráis—. ¡Suerte!

Shuzai se inclinó ante el noble, se colocó el casco, sencillo y rematado con una pluma verde, ninguna máscara sobre el rostro y encaminó sus pasos al centro del recinto preparado para la lucha.

—¡Suerte, hermano! —le murmuró Susanô.

Rodeados por el público expectante, las armaduras de los dos hombres lanzaban destellos contradictorios: negra la del forajido oculto tras una máscara; verde la de Shuzai. Cortando el aire, los cuernos de uno y la densa pluma del otro.

Sonó una campana.

Correspondía iniciar el combate a espada, con la katana y la más corta wakisashi. El diablo negro lanzó un grito feroz y se abalanzó sobre Shuzai, quien mantuvo firmes las piernas, a la espera de utilizar la fuerza del contrincante contra él mismo; mantenía la katana en el brazo derecho, la otra en el izquierdo.

Chocaron las primeras en el aire y las segundas a la altura de las ingles.

Pese a la ligera ventaja de Shuzai, los contendientes se mantuvieron igualados durante bastante tiempo. Justo hasta que Shuzai realizó dos giros sobre sí mismo en el aire y se colocó a la espalda del forajido. Le bastaba un golpe para derribarlo.

Susanô, antes que nadie, vio el brillo del aikuchi en manos del diablo negro; quiso dar un grito temiendo verlo clavado en el cuerpo de su amigo. No fue necesario, la wakisashi de Shuzai cortó la mano que sostenía el pequeño cuchillo y un chorro de sangre saltó sobre la tierra del lugar.

No se dio por vencido el contrincante. Soportando el dolor de su mano izquierda amputada, logró zafarse del acoso a su espalda dando varias vueltas por el suelo manchado con su sangre, soltó la katana y lanzó otro aikuchi que Shuzai logró esquivar con su wakisashi.

Con la velocidad de un pájaro y la levedad de una mariposa, Shuzai realizó tres movimientos que dejaron sin respuesta al contrario: enfundó las dos espadas, recogió el arco colgado a su espalda y lanzó tres flechas.

Una atravesó la máscara; otra la mano derecha; la tercera logró introducirse entre las láminas de hierro del pecho.

Durante unos minutos no se escuchó ni un suspiro.

Susanô sonrió al ver la inclinación de su amigo ante Hokusai Katsushika. No resultaba correcto en el arte de la guerra gritar victoria por la muerte de un enemigo mientras quedaran en liza otros dos.

Kwasi envió al segundo de sus hombres, equipado con idéntica armadura, y un solo cuerno sobre la parte alta del casco, a recoger la bola donde encontraría el nombre de su rival.

—Uzaemon —gritó el noble Hokusai mostrando la bola de madera.

El viejo samurái caminó despacio hasta el lugar designado, saludó al noble y separó las piernas doblándolas ligeramente. Los colores de su armadura eran el blanco lacado de sus láminas y las incrustaciones en plata, al igual que su casco, donde dos puntas de lanza sostenían una luna plateada.

El Samurái de la Luna.

Había ganado merecida fama en docenas de combates y su figura, robusta, cegadora como una luna furiosa, imponía respeto a sus contrincantes.

Tal vez movido por el pavor a su figura, el bandido decidió recurrir a la velocidad de sus flechas, esquivadas con giros, saltos y perfectos movimientos de wakisashi.

Cuando el contendiente negro hubo terminado las flechas, Uzaemon enfundó la katana y la pequeña wakisashi, desenfundó el nodachi, lanzó un grito que hizo temblar incluso los cimientos de piedra del castillo y, con un solo golpe, cruzó el collar de hierro del forajido y dejó su cabeza sobre la tierra y el cuerpo extrañamente quieto en posición orante.

El combate apenas había durado unos minutos.

Tras inclinarse y saludar con el puño y la palma a ras de su frente, Uzaemon regresó al lugar anterior donde esperaban Shuzai y Susanô.

No fue necesario extraer la tercera bola. El Samurái del Dragón sería el encargado de enfrentar a Kwasi.

Katsushika se debatía entre la confianza de quien había demostrado ser el mejor de todos sus samuráis, superior incluso al campeón Uzaemon, y la certeza de que Kwasi no se lo pondría fácil. Los rumores aseguraban que aquel forajido no era un simple desalmado capaz de unir a unos cuantos hombres sin más oficio que el pillaje. Se aseguraba que había sido un famoso samurái, temido y respetado, cuyas gestas se relataban en varias sagas. Un samurái que un día, sin causa conocida, traicionó a su señor y se convirtió en un samurái sin amo ni causa, sin enseña ni honor.

Un ronin.

Había perdido el honor, pero no sus artes de combate, a las cuales añadía las artimañas deshonorosas de los bandidos.

Susanô, cierto, había demostrado pericia, valor, conocimiento de la estrategia y coraje. Pero, pensaba el noble Hokusai, aún era demasiado joven para manejar los trucos, no demasiado limpios, de Kwasi.

No sería un combate fácil.

Kwasi, sin necesidad de introducir la mano en la saca de cuero, se colocó en posición de combate justo bajo el podio donde el noble vigilaba los enfrentamientos.

—Tendrás el honor de vencer a ese perro, hermano —murmuró Shuzai—. Tu nombre se repetirá con respeto por todos los rincones.

Susanô agradeció la confianza de aquel amigo capaz de despertar extraños resortes en su confuso corazón.

—No será un bandido quien derrote al Samurái del Dragón —concluyó Uzaemon mirando con respeto al más joven de los samuráis al servicio del castillo.

—Espero estar a la altura de vuestros deseos, hermanos.

Lo esperaba y lo temía. Susanô trató de recordar todos los consejos del viejo Kamakura, aquel no sería el combate tras cuyos pasos había huido de su casa, de su pasado y de su identidad, pero sería decisivo para lograr su venganza. Por dos razones: una, porque la derrota de Kwasi lo liberaba del servicio al noble Hokusai Katsushika; dos, porque, lograda la victoria, su fama lo precedería como una sombra en su camino hacia Nagasaki y el perverso Masashi.

Necesitaba vencer.

El oro y los ópalos negros sobre el rojo lacado de sus láminas de hierro lanzaban destellos en todas direcciones. Nadie, viendo su apostura, lograría imaginar que bajo las dos corazas, la de samurái y la de serpiente, se agazapaba una campesina cuyo único deseo era ver libre a su hermana.

Sonó la campana.

Kwasi desenfundó el nodachi, estaba claro que buscaba un combate donde la fuerza contaría más que la agilidad porque raramente se utilizaba esa larga espada en un combate cuerpo a cuerpo.

El torneo había comenzado a la hora de la Serpiente y se encontraban en la hora del Caballo cuando Susanô y Kwasi se miraban a través uno de su máscara, a rostro descubierto el otro.

Kwasi, con la nodachi en alto, se lanzó sobre Susanô quien, en lugar de enfrenarlo con la misma espada, decidió no soltar la katana ni la wakisashi; al principio, se limitó a esquivar todos los golpes.

Necesitaba debilitar sus fuerzas.

Cuando Kwasi enfundó la nodachi dado que no lograba encontrar el modo de atravesar la armadura del rival con esta espada, encontró a Susanô dispuesto a medirse a katana.

Y con ella, no sólo resultó inferior al Samurái del Dragón, sino que sintió el filo de esta rozándole el brazo izquierdo y creando un pequeño reguero de sangre.

Ahora, la sangre y las armaduras competían en destellos con el sol comenzado su descenso.

Susanô había decidido vencerlo sin utilizar las flechas, por supuesto, sin mostrar el abanico de hierro.

Se colocó en la «posición de la grulla», con la katana en su brazo derecho por encima de su cabeza y la wakisashi por debajo de la rodilla en la izquierda. Kwasi debía esperar el ataque desde arriba y la derecha, sin embargo, el ataque se produjo por la izquierda y desde abajo, arrancándole, de un tajo, la mano derecha donde sostenía su katana.

Se escuchó el leve murmullo de un gemido colectivo ahogado.

El oscuro ronin apenas emitió un gruñido, más de sorpresa que de dolor.

Aprovechando el desconcierto de su adversario, Susanô dio una vuelta en el aire, y preparó el «salto del tigre». Cayó sobre su enemigo lanzándolo al suelo con su pierna izquierda para, a continuación, colocar la katana sobre su cuello, bajo el collar de hierro.

No asestó el golpe final.

Levantó la vista hacia el noble Hokusai, quien, puesto en pie, hizo una señal a sus soldados para que apresaran al vencido Kwasi.

No merecía una muerte honrosa.

Sería ejecutado como un bandido.

El daimyo se sentía doblemente feliz: por haber derrotado, en limpio combate, al bandido que había tenido en jaque a sus tierras durante años; y porque Susanô, sin dejarse llevar por el fragor del combate, en lugar de cortar la cabeza de Kwasi, le

había permitido ser la mano ejecutora.

—Habéis demostrado, los tres, ser dignos de la confianza que deposité en vosotros. —Se inclinó ante los tres samuráis.

Muy cerca Kwasi, atado con fuertes cuerdas y custodiado por dos soldados, sin máscara ni casco, presentaba el abatido rostro del vencido.

—Mañana serás ejecutado ante todos mis guerreros y mi pueblo. Morirás sin honra. —Hokusai guardó unos segundos de silencio antes de añadir—: Sé que buscabas redimir en parte tu honor de samurái perdido con este combate, pero has sido desarmado por el mejor de todos. Al menos ten el consuelo de haber sido derrotado por el Samurái del Dragón.

Ahora sí, los gritos de los soldados, de los siervos, de los campesinos tanto tiempo sometidos al miedo por aquel bandido cubrieron el cielo como una bandada de pájaros.

Susanô encontró los ojos de Kwasi durante unos segundos. Lo que vio fue un alma atormentada y atrapada, luchando para mantener el aplomo. Recordó las palabras de Kawahime: *la maldad absoluta no existe*. Sintió una extraña piedad por aquel cuya mirada delataba muchas derrotas anteriores y se sintió la simple mano ejecutora de algo decidido mucho antes por el destino. Sólo una mano armada y dirigida por fuerzas superiores e invisibles.

Esa tarde hubo fiesta, risas y gritos por todas las esquinas del castillo.

Se gritaban los nombres de los dioses, del noble Hokusai, del Shogun... Y sobre todo, los nombres de los tres héroes de la jornada.

El día del combate, sólo los sirvientes, los soldados y los campesinos que habían subido al castillo celebraron la victoria. El noble Hokusai Katsushika se retiró a los aposentos de su familia, al igual que el magistrado y los escribanos. Los tres samuráis celebraron un baño colectivo, después se reunieron con los otros, Uzaemon no se dirigió a los aposentos familiares, sino al salón de los samuráis, y mantuvieron, esa noche, el último ayuno juntos.

Todos eran honorables. Todos habían luchado con honor, pero, esa noche, las miradas y la admiración se colgaban de los tres samuráis vencedores.

Al día siguiente, mucho antes de la hora del Conejo, el castillo hervía de actividad. Ese sería el gran día de festejos. Tras el primer té de la mañana que el noble bebió junto a los samuráis, el magistrado y los escribanos salieron al patio donde se celebraría la ejecución de Kwasi.

Todos llevaban kimono blanco en señal de luto; Susanô siempre luchaba con uno de seda blanco bajo la armadura, pero por un temor reverencial a Tsuchigumo. Guardaban luto por todos los muertos de aquellos años sometidos al bandidaje de quien hoy pagaría sus culpas; luto porque, según la tradición, una victoria no es sino

el funeral de las derrotas anteriores.

En la tribuna se sentaban cinco hombres: Hokusai Katsushika y el magistrado a un lado de la tribuna; al otro, juntos, los tres samuráis victoriosos.

Susanô no pudo evitar clavar la vista en el rostro del vencido. Mostraba una extraña serenidad; ni gritaba clemencia, ni lanzaba insultos al destino. Podría decirse que aceptaba el resultado de la fatalidad con la misma disposición de quien cumple la orden de un seppuku.

—Parece que desea morir —le susurró Shuzai, acercando su boca a la oreja izquierda de Susanô.

—Al menos, no añada la vergüenza a la derrota —añadió Uzaemon.

—Tan sólo muere sin honor —y no resultaron alegres las palabras de Shuzai, como si lo llevaran a otros recuerdos.

Susanô recordó algo almacenado en las simas de su memoria; a menudo le sucedía que las palabras de Kamakura despertaban recién estrenadas en los momentos más insospechados.

Jugaban una de sus nocturnas partidas al Go. Kamakura había rodeado con sus piedras negras las defensas de Susanô.

—Me tenéis estrangulado. Habéis dibujado un cangrejo monstruoso sobre mis posiciones, maestro.

—Teme sólo a los monstruos que no veas.

—¿Quiénes son los monstruos?

Lo preguntó esperando un relato sobre seres mágicos imposibles. Kamakura clavó sus ojos ciegos, esos que parecían mirar el alma del otro, sonrió.

—Un monstruo es sólo un niño herido.

—¿Un niño? —la respuesta le sorprendió como un trueno en medio de una tarde soleada.

—El niño que todo hombre lleva escondido en su interior, la parte más vulnerable de cada uno de nosotros.

Y ahora, Susanô miraba el rostro del hombre tan temido durante años, cuyo aliento provocaba temblores en los campesinos, el hombre capaz, al sonido del trote de su caballo, de provocar la huida de las mujeres con los niños aferrados a su pecho; ese hombre, un monstruo para todos, mostraba el reflejo de una herida, la que él mismo había visto ya en la mirada del apresado la noche anterior. La herida, tan invisible como el cuerpo de una campesina bajo la armadura de un samurái, la misma que había transformado al niño escondido en su interior en un temido monstruo.

Kwasi convirtió su herida en dolor sobre otros.

Tomiko convirtió su herida en el cuerpo de un samurái.

Cada hombre decide transformar los espasmos de su pavor en algo diferente.

Sintió la debilidad de imaginar a Shozo Masashi como otro niño herido. La

descartó. También podía haber elegido. El destino marca los senderos, pero cada cual realiza la elección entre aquellos desplegados ante nuestra desgracia.

La ejecución fue rápida.

Katsushika no quiso empañar la victoria encarnizándose con el bandido vencido. Le pareció suficiente una muerte deshonrosa. Para alguien que había sido samurái, ser condenado a morir maniatado y colgado en una horca suponía la peor de las humillaciones. Tal vez por eso buscó la muerte en un combate único del cual serían todos testigos.

Tampoco fueron excesivos los gritos de júbilo entre la multitud presente. A veces, sentirse liberados de una losa largo tiempo posada sobre las espaldas deja agotados y abotargados los sentidos. Por otra parte, el silencio de Kwasi le permitió un último resquicio para el respeto ante su cadáver.

Por primera vez, y no sería la última, Susanô sintió en su hombro tatuado algo similar a un estremecimiento de felicidad, como si su tatuaje, o la mujer que lo colocó allí, encontrara placer en la destrucción de los otros.

¿Hasta qué punto resultaría su corazón contaminado por aquel tatuaje que no dejaba de lanzarle dardos ardientes?

Le había proporcionado una agudeza increíble en los sentidos; le había regalado agilidad y fuerza, por más que su entrenamiento con Kamakura fue exhaustivo, los resultados eran excesivos; salvo que contara con el mágico apoyo del tatuaje. Sin embargo, el veneno que la Mujer Araña, seguro, almacenaba en su interior también estaba tatuado en su piel y aquel primer estremecimiento de placer ante una escena que a su cerebro le resultaba bochornosa levantó las primeras dudas, seriamente preocupantes, sobre la condición impuesta a cambio de la ayuda de Tsuchigumo.

¿Terminaría por formar parte de sí mismo y enraizar en su espíritu como lo había hecho en su piel?

No le importaba que la ponzoña terminara con su vida, pero ignoraba hasta qué punto estarían en peligro quienes lo acompañasen. Y sí, pensó en Chikako. Pero no sólo.

No, ciertamente, no había sido un regalo exento de peligros.

Retirado el cuerpo del ajusticiado, se dispusieron tablas sobre montículos de piedra para servir un festín al cual estaba invitado cualquiera que se presentase en el castillo. También habían llegado algunos juglares y titiriteros, como si el viento hubiera expandido la noticia de la celebración.

Hokusai había previsto un banquete dentro del castillo, al cual acudirían sus tres hijos, dos niñas y un varón, junto con su esposa, para los samuráis, el magistrado, los

dos escribanos, y los capitanes de su ejército; también se incluyeron las familias de Uzaemon, del magistrado, un escribano y dos capitanes. Todas ellas familias adscritas al castillo del noble.

Las dos hijas del noble, casi unas niñas, apenas se atrevían a lanzar miradas a los deslumbrantes samuráis. Su esposa era modesta y hermosa. A Susanô le agradaba la idea de que un noble como aquel no tuviera concubinas ni abandonara sus dominios en busca de cortesanas acompañando a sus samuráis en los días de holganza.

Tres geishas fueron contratadas para amenizar el banquete con la música de sus sanshines y la hermosa voz de una de ellas.

El banquete fue generoso en platos exquisitos y delicados, raviolis rellenos de verduras, tofu en caldo caliente, triyaki de pulpo...; incluso un cuenco para cada comensal de basahie, el exótico pez globo venenoso que pocos cocineros lograban preparar, tan escaso y costoso que pocas veces se servía en los banquetes. De sus beneficios para la salud se hablaba tanto como de su capacidad para matar o su rareza.

Susanô recordó que su piel estaba en contacto con la piel de una peligrosa serpiente, conocida como Cuatro Minutos, el tiempo en que tardaba su veneno en hacer efecto. Sin embargo, tanto el basahie como aquella serpiente, preparados para matar, podían resultar beneficiosos. *La bondad incluida en el corazón de la maldad*, se dijo.

Cuando las mujeres, los niños y las geishas se retiraron, Katsushika decidió llegada la hora de tomar las últimas decisiones.

—Sé que para casi todos vosotros —dijo dirigiendo la mirada a los diez samuráis— ha llegado el momento en que podéis decidir si continuar a mi servicio, lo cual es mi deseo, o partir hacia otras misiones donde continuar ganando méritos y honor. —Miró a Uzaemon—: Imagino, hermano —no era frecuente que un daimyo de su alcurnia dispensase tal tratamiento a uno de sus samuráis—, que permanecerás a mi lado.

—Ese es mi deseo —afirmó este inclinándose ante el noble.

—Bien. —Hizo una pausa, recogió su taza de té y bebió unos sorbos—. También desearía que Shuzai y Susanô no sólo permanecieran a mi lado —los dos inclinaron la cabeza—, incluso había pensado que ningún marido sería mejor para mis hijas que vosotros.

Hubo un ligero murmullo entre los compañeros de los aludidos: todos se hubieran sentido honrados ante semejante propuesta, aunque también comprendían la elección del noble.

—Hokusai-sama. —Susanô fue el primero en hablar inclinándose—. Ni siquiera me considero digno de tanto honor y, por ello, quisiera que no vieras en mi negativa un acto de agravio, de ofensa a tanta distinción. —Inclinó aún más la cabeza—. No

puedo hablar por Shuzai, pero, señor, yo tengo un asunto pendiente que me urge solucionar. No será libre para elegir mi destino hasta que cumpla una vieja promesa.

El rostro de Katsushika se contrajo. Enomoto, junto con la carta de recomendación del Shogun, ya le había indicado que aquel samurái no podría permanecer más tiempo del necesario para ayudarlo en la lucha contra Kwasi. Imaginó que el propio Shogun tenía previsto un destino a su servicio de tan magnífico guerrero. Miró en dirección a Shuzai, al menos esperaba poder contar con él, no conocía motivos para su negativa.

—Hokusai-sama. —Shuzai había tomado su decisión en el mismo momento de conocer los planes de su hermano—. Yo tampoco deseo ofender vuestra generosidad, y ninguna mujer sería más digna que una de vuestras hijas.

Susanô, pese a comprender la cortesía de las palabras, sintió una extraña punzada de alegría en su interior y un nuevo y doloroso desgarró producido por su araña tatuada. Le dolía perder su compañía, pero a la par deseaba que tomara otros caminos. Comenzaba a temer que la destrucción de Tsuchigumo alcanzara a quien era más que un camarada de armas; más, incluso, que un hermano.

—Sin embargo —continuó—, he prometido mi ayuda en su tarea al Samurái del Dragón. —Las palabras se posaron sobre Susanô con el alivio de un jarro de miel que trató de diluir de inmediato para no dar señales a la diminuta araña—. Su misión será dura y penosa. No puedo dejarlo solo. Por favor, ruego comprendáis, señor, los motivos de mi negativa.

El daimyo lanzó un suspiro. Alguno creyó que se revolvería contra semejante ofensa a su ofrecimiento. Pesó más la gratitud por los servicios prestados; también el respeto al Shogun, quien, a buen seguro, tenía planes para el mejor samurái de Japón.

—No puedo forzar vuestra permanencia. —Su gesto denotaba la contrariedad—. Mi agradecimiento será, igualmente, eterno y siempre podréis regresar a mi servicio. ¿Cuándo partiréis?

—Con vuestro permiso, Hokusai-sama —se adelantó Susanô—, mañana mismo.

—Sea.

Los ocho samuráis restantes decidieron quedarse en el castillo.

Esa misma noche, Hokusai Katsushika entregó una generosa bolsa de oro a cada uno de los amigos, sendos escritos con su sello lacado donde relataba las hazañas realizadas con honor a su servicio y tres perlas, perfectas, a cada uno. Después los abrazó mientras sentía su partida no como una ofensa, sino como un desgarró.

También los dos amigos lamentaron abandonar a tan digno daimyo, a cuyo servicio habían acrecentado su fama y su bolsa.

Susanô imaginó que necesitaría una buena fortuna para sus futuros planes, pero contaba con la bolsa vacía de cuero, de la cual, aún no había extraído ni una sola moneda.

Un nuevo camino se abría ante el Samurái del Dragón: el último para cumplir su promesa.

L A T R A I C I Ó N Y L A V E N G A N Z A

EL HIJO DEL ZORRO

—No entiendo por qué has decidido seguirme en una empresa que no sólo será dura, sino que no te reportará ni dinero, ni gloria.

Llevaban dos horas cabalgando juntos sin haber cruzado una palabra cuando Susanô tiró de las bridas de Shibben, lo frenó y decidió averiguar las razones de Shuzai para acompañarlo en algo que sólo le concernía, por promesa, a él. El caballo obedeció a regañadientes porque no soportaba ser superado por Itô.

—Hermano. —Shuzai giró su caballo dejando las cabezas de los animales enfrentadas: ópalo y canela brillando por el sudor—, hemos combatido y jugado al Go juntos.

—No es razón suficiente. En el castillo quedaron otros con quienes también combatiste.

De nuevo las contradicciones luchaban en el interior de su pecho: el deseo de no separarse de Shuzai; el miedo por su seguridad en una empresa que no jugaría con el código de honor acostumbrado para su amigo; la muy alargada sombra de la Mujer Araña siempre presente en su hombro; la necesidad de probar la veracidad de un afecto que, en algún rincón oculto por la coraza de serpiente, necesitaba confirmar.

Todo su ser se debatía en un combate donde los resultados nunca se mostraban definitivos.

¿Amaba a Shuzai?

Deseaba que se diera la vuelta y lo dejara solo con la misma intensidad que necesitaba su compañía.

—Primero, soy yo quien conoce, perfectamente, el camino que lleva hasta Nagasaki. —Susanô lo reconoció en silencio—. Segundo, y más importante —su boca dibujaba una sonrisa—, yo no jugaba al Go con ningún otro.

Y Shuzai soltó una carcajada que levantó el vuelo de algunos pájaros y dejó temblando el corazón de Susanô.

Su corazón femenino le gritaba que existía otra poderosa razón arrastrando hacía Nagasaki a su amigo. Tal vez una dama, hermosa como nunca lo sería ella.

Su corazón de guerrero se alegraba de contar con un compañero de armas, leal y brillante en la batalla.

Su corazón femenino dudaba: tal vez fuera mejor que su hermano amara a otra; eso evitaba la promesa realizada a Tsuchigumo.

—Mejor continuamos, hermano, al menos si pretendemos pasar la noche en una fonda del camino donde nuestros caballos y nosotros nos repongamos del viaje.

—¿Conoces estos parajes?

—Sí. —No explicó ni cuándo, ni por qué había viajado por aquellos lugares.

—¿Y Nagasaki?

—También.

—¿Cómo...?

—Sería largo de contar. —Sonrió—. Además, Nagasaki no es una ciudad apta para todos, menos desde que los bárbaros han logrado el permiso del propio Emperador y el aval del Shogun, para mantener una guarnición en el puerto...

—¿En el sagrado suelo de Japón?

—En realidad, no en nuestro suelo.

—¿Te burlas?

—No, hermano. Mantienen sus almacenes y sus dependencias en un puerto flotante, algo así como una ciudad sobre las aguas de Nagasaki. Allí llegan sus barcos y tienen algún hombre vigilando durante el tiempo de espera. —Levantó la cabeza al cielo—. No me gustan esos bárbaros, deberíamos expulsarlos de nuestro sagrado suelo como ya se hizo en tiempos pasados. Traerán de nuevo múltiples desgracias.

—Pero tan sólo comerciamos.

—Y contaminamos a nuestra gente. Traen a sus propios dioses en las bodegas de sus barcos, su idioma, que intentan comprender un buen número de intérpretes. —Guardó un momento de silencio—. Y, a buen seguro, algún oscuro plan entre sus barbas.

—Pareces conocerlo bien.

—Demasiado bien. —Negó con la cabeza en silencio y algo similar a una nube de tormenta pareció rodearlo—. ¡Venga, cabalguemos! Si lo hacemos sin pausa, llegaremos a la posada Harubayashi a la hora del Cerdo.

—¿Dónde?

—En la carretera del mar de Ariake. Nos bastará con cruzar este monte.

Ante ellos se extendía un frondoso bosque de arces.

—¿Y Nagasaki?

—¿Desde la posada? —Susanô asintió—. Dos jornadas.

Por un momento, pensó que no era demasiado tiempo. Habría deseado un trayecto mayor para preparar su espíritu. Ciertamente que, cuando le habló a Shuzai de su partida a Nagasaki, este no le contó lo cerca que se encontraban.

En realidad no le habló de sus profundos y dolorosos vínculos con la ciudad.

Serían sólo tres jornadas.

Escaso tiempo para preparar su ánimo.

Sin embargo, el destino había previsto retrasar ese viaje.

Subían el encrespado sendero de la colina, entre arces centenarios, cuando Susanô, con los sentidos mucho más sensibles que cualquier otro humano, percibió en el aire algo diferente. Diferente y peligroso. Su estómago le avisaba de presencias invisibles o escondidas como los kamis, pero tan reales como la presencia de los dioses en los

templos, aun cuando no pudieran verlos.

Justo cuando intentaba zafarse de aquellas malas vibraciones pues, al fin y al cabo, había recibido ayuda de esos mismos seres encantados, el pelaje de un zorro, blanco e inmenso, cruzó por entre los arcos. Un zorro de tamaño casi humano. Un zorro que le permitió ver su pelaje plateado de manera voluntaria, a modo de aviso: «Este es mi territorio», pareció decir, cruzando raudo a su derecha.

Shiben, sintiendo a través de las piernas de su jinete el aviso de un peligro, y olfateando él mismo el pesado aliento del zorro, levantó la cabeza y lanzó un relincho.

—¿Qué...? —preguntó Shuzai volviéndose.

—Algo sucede en lo alto de la colina —murmuró Susanô.

Sin embargo, al menos desde donde se encontraban, no podía distinguirse nada. Ambos desenvainaron su katana sosteniendo las bridas de los caballos con la mano izquierda y redujeron el galope de sus monturas.

Itô y Shiben cabalgaban porque, pese al peligro olfateado, se fiaban del valor de sus jinetes y los habían seguido en docenas de combates.

—También he visto un inmenso zorro blanco —añadió Susanô prefiriendo un enemigo concreto a imaginar espíritus malignos revoloteando en torno a ellos.

—No estará solo. —Shuzai amusgó los ojos para vislumbrar entre la espesura de cuando comienza a caer la noche—. Y tendrán hambre.

Preferiría no atravesar la garganta de ninguno de esos zorros, pero no le asustaba enfrentarse a los animales. *Ojalá sean sólo ellos*, pensó, mientras reconocía la alerta de peligros diferentes en el interior de su estómago.

Justo al final del sendero, se abrió ante ellos, de manera abrupta, un claro donde habían sido talados todos los árboles. Una luna de porcelana asomó en ese momento e iluminó una escena nunca vista por los samuráis.

La redondeada cúspide de la colina había sido talada de todos sus árboles, la tierra había sido pisada cuidadosamente, como si pretendieran levantar sobre ella una casa. Sin embargo, no vieron una casa, ni una choza, ni siquiera los cimientos abandonados; lo que sus miradas alucinadas contemplaron fue un círculo perfectamente cerrado con grandes cantos redondeados, dibujando caprichosas formas que, entre las sombras de la luz blanca, semejaban seres monstruosos, vigilantes y amenazadores. Además, en la superficie exterior de cada uno habían pintado, con toscos y arcaicos caracteres kanji de tinta roja, símbolos de advertencia. En el interior de este, una figura casi humana, atada a un poste con la cabeza inclinada sobre el pecho. Tal vez muerto.

El aire estaba perfumado con el aliento del zorro.

Los caballos coceaban, abrían y cerraban los ollares nerviosos mientras un sudor frío corría por sus cuerpos.

—¿Qué...? —la pregunta, esbozada al aire por Susanô, estaba en la mente de los dos.

Justo en ese momento, el inmenso zorro plateado que se había mostrado a Susanô saltó sobre ambos jinetes en un salto prodigioso. Parecía una seria advertencia.

—¿Has visto eso? —a Susanô le temblaba la voz.

—Un zorro, sí, pero con nueve colas... No es un zorro normal.

—¿Estaremos en su territorio? —preguntó de nuevo Susanô, recordando la humilde cueva elegida para descansar cuando aún era una pobre campesina desorientada.

—No creo.

Descendieron de los caballos, tratando de tranquilizarlos con suaves golpes en el cuello y se acercaron al círculo.

—¿Entiendes los símbolos? —preguntó Shuzai.

—No del todo, son kanji. —Se acuclilló y repasó uno con los dedos, sin darse cuenta de que tal caricia hacía temblar al cuerpo atado en el poste—. La caligrafía es muy antigua, y los signos están escritos con el trazo cambiado... Creo que está el signo de la muerte, pero invertido... No logro descifrar los otros.

Pese a sus cuidados y extensos conocimientos de caligrafía, aquellos signos no habían formado parte de la educación recibida por Kamakura, sin embargo, sí recordaba haberlos visto escritos en algún pliego de arroz en la casa del maestro. También recordó haberlo visto alguna vez repasando esos signos y murmurando palabras ininteligibles similares a una oración.

Quien había dibujado aquellos tenía, como mínimo, conocimientos de la vieja religión Shinto. Ni eran casuales, ni trataban de explicar la escena, más bien parecían conjuros.

¿Destinados a qué?

Además, ¿por qué temblaba el cuerpo moribundo cuando los repasaba con sus dedos? *Porque despierto su escritura y su poder*, pensó Susanô.

Ahora se podía escuchar el aliento agitado de, al menos, siete zorros. Ninguno de los amigos se giró para comprobar si estaban a sus espaldas. Shiben levantó las pezuñas en el aire, pero no se escuchó su relincho, como si le hubieran robado la voz o el relincho hubiera muerto en el interior de su garganta. Itô permanecía inmóvil, convertido en estatua jadeante.

—Shuzai. —Apretó su brazo y le indicó con la cabeza el bulto atado.

Había levantado el rostro y la luna mostraba la figura de un apuesto joven con dos rasgos inusuales: una larga cabellera blanca como hilos de luna y, asomando entre ella, dos inmensas orejas puntiagudas.

—¡El Hijo del Zorro! —murmuró Shuzai levantándose.

—¿Te refieres al inmenso zorro de nueve colas?

—Eso creo. Debe de estar protegiéndolo.

—Pues debería entrar y morder sus ligaduras, ¿no crees? —Susanô sentía tensarse sus músculos.

—Tal vez el círculo con los signos se lo impida. —Shuzai no hablaba nunca de sus posibles creencias del mundo mágico, pero se notaba el respeto por él en su voz.

—Hemos de ayudarle.

—Podría caernos una maldición, hermano.

—Ningún ser merece semejante muerte, Shuzai. Además, es demasiado joven para que sus delitos sean tantos.

—No creo que se trate de delitos.

—¡No lo dejaré morir!

Lo decidió saltando uno de los mojones caligrafiados y avanzando en dirección al joven con la katana en la mano derecha. Apenas a dos pasos del muchacho, escuchó el gruñido, cercano y claro, de un zorro. A la espalda del joven y enfrentando a quien empuñaba una katana pero al otro lado de los mojones de piedra, se encontraba el inmenso zorro plateado que había entrevisto entre los arcos primero y saltado sobre ambos jinetes después. Tenía las nueve colas levantadas formando casi un arco sobre su cabeza.

Algo parecía retenerlo al otro lado de las piedras. En realidad, lo frenaban. En eso había acertado Shuzai.

Vagamente, Susanô comprendió que entre el zorro y el extraño joven atado al poste existía una relación más fuerte que la amistad, una relación de sangre.

Escrutó los rasgos del moribundo.

¡Qué ser tan extraordinario! No pudo evitar pensar casi en voz alta. La luna parecía haberse colgado de aquel rostro y, pese a la gravedad de su estado, dibujaba unos rasgos hermosos, mágicos, con algo no humano añadido bajo el dibujo de sus huesos marcados.

Nunca logró poner en palabras lo que sintió al acercarse al cuerpo moribundo del joven hasta rozar su aliento. El tiempo desapareció y los momentos se mezclaron en una danza que ni siquiera los agudizados sentidos de Susanô lograba seguir:

El rostro de Chikako, infantil y confiado, de los tiempos en que se abrazaba a su hermana para dormir, planeaba sobre las orejas puntiagudas del joven, mientras, sobre su frente, la infeliz Tomiko se arrebujaba cerca de un pequeño fuego, escondida en el interior de una cueva. Ante la potencia de esos dos instantes, el cúmulo de imágenes que correteaban entre ellas, alguna reconocida como parte del pasado, otras aún por existir, corrían raudas como el más veloz de los caballos.

La noche anterior había vuelto a mirar el ovalado espejo donde Kawahime le permitía ver el rostro de su hermana: la vio hermosa y triste, como si una parte de su belleza se fuera agostando entre una lluvia de finísima mesticia, como si el alargado

brazo de Masashi estrangulase su alegría.

Y ahora, el rostro de Chikako revivía en el rostro de aquel bellissimo y malherido desconocido.

Revivía a su hermana mientras su corazón sentía la herida rodeado por los hilos negros de la araña. Porque no fue uno, sino una ráfaga de varios ardientes y dolorosos dardos, los lanzados por la araña de su hombro ante la confusión de sus sentidos y emociones.

Susanô sintió que le fallaban las fuerzas, que aquel rostro, de alguna manera, era el hogar que ni siquiera se atrevía a soñar en los peores momentos de su vida.

Sintió que llegaba al centro de su vida.

Supo, con una sabiduría anterior a su propio nacimiento, que todo el pasado se borraba y todo el futuro tenía el horizonte de aquel rostro.

El corazón, durante unos segundos, dejó de latir y sus manos se volvieron de hielo, un hielo similar al que envolvía las estancias de Kawahime. *Eres un dragón, no lo olvides*, le había dicho; y el dragón rendía su fuerza ante el frágil rostro del moribundo, ante la cabellera, blanca como la de Tsuchigumo, del desconocido.

Sus rasgos delataban en él un espíritu no humano; sin embargo, no producía recelo, como la Mujer Araña, sino la misma sensación de confianza que le había inspirado Kawahime; además, al igual que la mujer de ojos verdes, aquel cuerpo exhalaba un delicioso perfume a flores, no el aroma de la cercana muerte.

—No te harán ningún daño.

Le costó recobrar y reconocer la frase pronunciada por los labios agrietados del joven.

—¿Quiénes? —Y no supo, en realidad, ni qué preguntaba, ni a qué se refería el joven.

—Los zorros.

Después, la cabeza del joven de orejas puntiagudas se desplomó sobre su pecho. La mano de Susanô, perdida sobre la mejilla izquierda del desconocido, se volvió de fuego.

Shuzai, con las dos espadas preparadas, contemplaba desde el exterior del círculo la escena. Había distinguido varios pares de ojos brillantes también tras el círculo pero cerca de las dos figuras. Los zorros vigilaban sin atacar mientras su amigo permanecía inmóvil, hechizado. Por un momento, imaginó que formaban una pareja perdida de amantes recién encontrados.

También los sentimientos del samurái se tornaron confusos: celos, tristeza, rabia, viejas cuentas personales por saldar.

De alguna manera, aquel lugar, junto con la presencia del extraño joven atado a un poste y los zorros vigilantes, parecía concitar y agolpar todos los sentimientos de quienes se acercaban.

La escena parecía haber estado esperando la llegada de los dos samuráis.

A veces, el destino utiliza los hilos de azar para trenzar futuros que no deberían haberse cruzado y que tenían, sin embargo, una cuenta pendiente con el azar.

Si hubieran tardado un mes más en derrotar a Kwasi; si hubieran elegido un camino diferente; si hubieran demorado su partida... Si en algo se hubiera cambiado el pasado reciente, no habrían encontrado al Hijo del Zorro. Al menos, no con vida.

¿Qué papel esperaba dispuesto a intervenir en sus vidas, para aquel joven de cabellos blancos y orejas puntiagudas?

Durante unos minutos eternos todos permanecieron quietos como las amenazantes piedras del círculo.

Susanô trató de esquivar las desconocidas emociones y superar su hechizo paralizante; se levantó, cortó las cuerdas que ataban al joven y lo recogió en sus brazos sacándolo del círculo.

—¿Está muerto? —preguntó Shuzai.

—Aún no.

No podían arriesgarse a cabalgar con el joven en aquellas condiciones, así que, sin necesidad de ponerse de acuerdo, ambos samuráis se dispusieron a prestar la primera ayuda al moribundo.

Mientras Shuzai cortaba algunas ramas y preparaba una hoguera, Susanô logró introducir agua entre los agrietados labios del joven, después lo cubrió con su propia kataginu guateada, masajeó sus brazos y piernas entumecidos hasta que recuperaron la circulación y lo abrazó para darle calor.

Sus corazones chocaron en el abrazo y fueron un solo latido.

Susanô sintió, junto con el latido, la herida de fuego de su araña tatuada.

El fuego, el agua y el calor recibido sobre su cuerpo reavivaron las escasas fuerzas del condenado.

—Necesita comer —dijo Susanô desde lo más profundo de su interior femenino.

—Pero no tenemos nada.

—¿Está lejos la fonda de que hablabas?

—Al final de la colina.

—No podemos llevarlo así, moriría...

—¿Es asunto nuestro? —Una punzada de celos envolvió la pregunta.

—Cuando decides ayudar a otro, te haces responsable de su vida, hermano, ¿recuerdas?

Shuzai no contestó. Se limitó a subir sobre Itô y salir al galope, como si huyera de algo que no deseaba conocer.

Susanô permaneció, durante las horas de espera, frotando los miembros aún entumecidos del joven y derramando agua entre unos labios, casi femeninos, en forma de corazón. *Como la boca de un gato*, decidió repasando con la yema de sus

dedos el contorno de aquellos carnosos y reseco labios. Cuanto más tiempo permanecía a su lado, sintiendo como propios los latidos de aquel corazón, más se afianzaba la certeza de haber llegado al hogar de sus sueños.

Al hogar definitivo.

También tuvo la certeza de que los confusos sentimientos que lo vinculaban a Shuzai nada tenían que ver con el amor. No supo desde dónde le llegó la certeza, pero fue tan fuerte como una herida de katana en su pecho.

Susanô ni siquiera se movió cuando el inmenso y plateado zorro se acercó hasta ellos. Antes de desvanecerse, el joven había asegurado que no le harían daño, sin embargo, acercó su mano izquierda a la empuñadura de su wakisashi, no tanto para defender su vida, como para defender la del desconocido.

A un metro de distancia, el zorro presentaba una alzada muy superior a la de sus congéneres y el arco formado por las nueve colas le confería un aire entre amenazador y divino, sin embargo, no mostraba los colmillos, ni gruñía, ni amenazaba, se limitaba a vigilar. Después se tumbó, con la cabeza levantada y los ojos fijos en el rostro del joven. En el interior ámbar de aquellos ojos, se escondía algo profundamente humano.

Parece un hijo de la luna, pensó Susanô viendo la blancura despertada por el astro en las mejillas del joven malherido y el blanco, casi azul, de sus cabellos.

Cuando Shuzai regresó, encontró tres figuras bañadas de luna que parecían haber sido pintadas para ilustrar una historia de magia, conjuros, fantasmas y Kamis.

Fue la primera vez que sintió dudas sobre la identidad de Susanô. No porque la imaginara una campesina, ni siquiera una mujer, sino porque supuso a su amigo hijo de algún dios, o de algún misterioso ser con mágicos orígenes.

Ninguno de los dos durmió esa noche. Fue una larga vigilia, primero para conseguir que el herido ingiriera algún alimento, vigilando la hoguera y frotando sus extremidades con el ungüento que Kamakura utilizaba para curar los golpes y del cual no se había desprendido nunca Susanô. Las cuerdas con que ataron al joven habían dejado profundos cardenales y aun heridas abiertas en el intento por zafarse de las ligaduras.

—La saliva es lo mejor para esas heridas —murmuró Shuzai.

Sin pensarlo, Susanô colocó sus labios sobre las grietas y fue depositando sobre ellas finos hilos de saliva. Notó el estremecimiento del joven y temió que no fueran de su agrado sus gestos. Ignoraba que su temblor obedecía justamente a lo contrario.

Los dos amigos no cruzaron palabra esa noche. Ensimismados en sus propios descubrimientos, permanecían juntos pero aislados, unidos tan sólo por la presencia del joven, bastante recuperado con los cuidados recibidos, que dormía plácidamente mientras el inmenso zorro plateado de nueve colas vigilaba su sueño.

El amanecer los encontró despiertos, entumecidos y cubiertos por un manto de sospechas.

También alguna certeza, pero aún tardarían un tiempo en hacerse ciertas.

Con los primeros rayos de sol rompiendo la blancura de su rostro, el joven abrió unos ojos extrañamente brillantes, idénticos a los del zorro que aún permanecía a su lado. No eran ojos humanos, como sus orejas, delataban algo extraordinario, perverso, tal vez divino, en cualquier caso, no humano. En el interior de sus pupilas de ámbar, se vislumbraba algo profundamente animal.

Algo conmovedor, no por su amenaza, sino por su promesa.

El gran zorro plateado, que había pasado la noche vigilando el sueño del joven, se levantó y le lamió la cara, como si de un cachorro se tratara. La sonrisa entre las orejas puntiagudas iluminó la mañana y provocó extrañas cosquillas en el estómago de Susanô.

—Gracias —dijo con un hilo de voz, inclinándose ante sus salvadores.

Susanô miró a Shuzai, notaba la inquietud en su amigo, tal vez debida a lo extraño de la compañía y al hecho de que alguien había condenado a muerte al joven; una condena tal vez debida a secretos como el que él mismo escondía. Mientras, la araña de su hombro deslizaba un nuevo y doloroso hilo a través de sus arterias.

Me matará, pensó. No le importaría si ya hubiera cumplido la promesa de salvar a su hermana.

—Me llamo Hanzaburo. —Su mano derecha acariciaba la cabeza del zorro: sus ojos eran idénticos en el hechizo—. ¿A qué honorables samuráis debo la vida? —dedujo que eran tales por su valor, trajes y apostura.

—Te ha salvado la vida el Samurái del Dragón. —Shuzai hinchó el pecho señalando a su amigo—. Mi nombre es Shuzai.

Hanzaburo se inclinó de nuevo llevando el puño derecho a la frente y cubriéndolo con la mano izquierda.

—Han preparado el lugar para darte una lenta muerte. —Susanô pasó la vista por el claro donde permanecían las piedras lisas con la caligrafía kanji, menos amenazadoras a la luz del día—. ¿Quiénes lo hicieron?

Hanzaburo tragó saliva y pareció no encontrar las palabras.

—Mejor repongamos fuerzas —alegó Shuzai para evitarle la vergüenza de hablar si no estaba preparado.

—Sí. —Susanô se inclinó—, lamento mi torpeza; nada te obliga a darnos explicaciones.

—Quiero darlas. —Los ojos ámbar del muchacho donde navegaban curiosas esquirolas negras brillaron con lágrimas contenidas.

—Comamos primero —repitió Shuzai recogiendo la bolsa de sarga donde había traído vituallas la noche anterior—. No es mucho, pero servirá.

Extendió un cuenco de tallarines fríos, otro cuenco con bolas de arroz y almendras, un tercero con albóndigas de pulpo. Comieron bajo la atenta mirada del zorro que continuaba sin separarse de Hanzaburo.

—Soy el Hijo del Zorro —comenzó diciendo el muchacho—. Este —señaló al plateado zorro— es Kitsune, mi padre.

Susanô se descubrió haciendo dos gestos: mirar por el rabillo del ojo la reacción de Shuzai y colgarse del sonido, cristal ronco, de Hanzaburo. En su corazón chocaban las dos diferentes miradas: la luminosa y secreta mirada del muchacho con orejas puntiagudas; noble pero velada en los ojos de Shuzai.

Se estremeció.

Mi madre era hija de una humilde familia de curtidores en Nagasaki, siervos del trabajo, del magistrado, del Shogun: vidas con menos valor que la piel que trabajaban cuyo resto de muerte llevaban pegado, para siempre, entre sus ropas y su cuerpo. Pero era hermosa y había nacido con el don de la alegría; algo que la convertía en diferente, extrañamente diferente, sobre todo si naces en el seno de la casta más inferior, casi inmunda, como la de ella.

Todos los días cruzaba el puente Fukorobashi, al atardecer, para visitar el pequeño templo alzado en la otra orilla; la simple visión de su tori de alcanfor pintado en rojo le producía un cosquilleo de felicidad. Sus padres ni se molestaban en impedir tan absurda visita.

Pedía sueños y estrellas.

Sonrisas y bonitas historias.

Cualquier cosa que se alzase sobre el miasma perfumado de muerte que cubría el barrio de los curtidores.

En el templo, mi madre se sentía feliz, aislada de la desgracia, de la tristeza, de los muchos días sin arroz, de su cuerpo dolorido por las largas jornadas de trabajo.

Allí, durante los breves momentos de abandono, comenzó a recibir hermosos sueños. Sueños que la envolvían, la abrazaban y la alzaban hasta lugares de aliento puro, a salvo de la pobreza, la servidumbre y la tristeza. Por encima de su casta.

El templo se convirtió en su verdadero hogar.

El único lugar donde se sentía a salvo.

Acababa de cumplir dieciséis años cuando descubrió, asombrada y asustada, que esperaba un hijo.

No había conocido a ningún hombre, ni joven, ni viejo. Sus padres la habían destinado al cuidado de su vejez, por eso no le buscaron marido.

¿Quién era el padre de aquel hijo inesperado?

Umegae, mi madre, no podía contarle a nadie aquel embarazo sin hombre.

Entonces sus tardes en el templo se llenaron de lágrimas. Solicitaba ayuda a los dioses, para ella y para el niño.

Fue por esos días cuando en sueños, me dijo, comenzó a ver el rostro de un hermoso zorro plateado cuyos ojos, miel quieta y brillante, le parecieron los más humanos y bondadosos. Cuando el zorro se acercaba hasta ella, se transformaba en un apuesto joven y sentía su cuerpo cálido y su aliento sobre el suyo. Me aseguró que tal visión jamás le causó espanto, más bien al contrario, le calentaba su corazón de chica condenada a no conocer marido.

Umegae soñaba, continuaba cumpliendo con sus muchas tareas cotidianas y visitaba el templo. Rezaba, lloraba y regresaba al abrazo del zorro convertido en joven. Lo único que lo diferenciaba de cualquier otro joven eran sus cabellos blancos y sus orejas puntiagudas que, me confesó, le parecieron hermosas, mucho más que las orejas de su padre y hermanos. Me aseguró que, bajo la madera de alcanfor de su tori de entrada, tenía la impresión de penetrar en un lugar donde sólo era posible la paz, la alegría y la ternura.

Allí, por primera vez, sintió que había llegado a su hogar, al centro mismo de sus sueños y deseos.

Susanô temblaba escuchando estas palabras porque idéntica fue la sensación sentida cuando se acercó hasta Hanzaburo la primera vez. Se sintió tan aturdido y feliz como la desconocida Umegae.

¿Acaso existía un lugar, una persona, un templo, un paisaje, un perfume, un color que pertenezca de tal modo a nuestro espíritu como para reconocerlo cuando lo tropezamos?

Y si era así, continuaba razonando Susanô, ¿significaba que no se podía esquivar tal encuentro?

¿Acaso aquel extraño joven de blancos cabellos era el hogar soñado por la campesina oculta bajo la piel de serpiente?

Abandonó su discurso interior cuando una pata trasformada en garfio de la araña tatuada en su hombro arañó su piel con una ráfaga de fuego. Podía esquivar la mirada de Shuzai, ocultar su cuerpo al mundo entero, pero se sentía desnudo ante el tatuaje de la araña.

Se ordenó a sí mismo abandonar los derroteros de tales pensamientos. Para obligarse, clavó la mirada en Shuzai, quien contemplaba, con gesto severo, al Hijo del Zorro.

Shuzai, en realidad, recordaba, a través de la historia, el destino de otra mujer.

Mi madre soñaba y su vientre crecía de tal modo que, en poco tiempo, sus padres la descubrirían. Y eso suponía algo mucho peor que la muerte, suponía el deshonor, la expulsión de su casa, la condena a vivir de la mendicidad, sentenciar a su hijo y a ella misma a la miseria o a una vida indigna en la calle, al alcance de cualquiera que quisiera mancillar su cuerpo.

El crujido de una rama los sobresaltó y frenó la historia de Hanzaburo. Tardaron

unos segundos en descubrir el origen del chasquido: Shuzai había quebrado con su mano izquierda la pequeña rama con la cual avivaba las llamas de la hoguera. Los nudillos de su mano estaban blancos a causa de la fuerza en su puño cerrado.

Susanô extendió una mano y la colocó sobre aquel puño crispado: la notó helada pese a estar tan cerca del fuego. El rielar de sus dientes denotaba una mandíbula tensa como las tenazas de un cangrejo aterrado.

—Lo siento. —Hanzaburo se inclinó hacia él—. ¿Alguna de mis palabras os ha ofendido?

Shuzai fue incapaz de contestar. Durante minutos eternos no logró cambiar el gesto. Después, lentamente, su puño y su boca lograron relajarse lo suficiente para esbozar una sonrisa.

Era la tercera vez que Susanô imaginó algo terrible en el pasado de su hermano. Y, tal vez, la clave de tal pasado se escondiera en Nagasaki.

¿Lo había seguido por leal amistad o por arreglar algún asunto personal pendiente?

Cada hombre oculta un secreto capaz de encadenar su presente y su futuro. Cada secreto es una sogá atada al cuello. Estaba claro que, al menos de momento, tan sólo Hanzaburo, el último en incorporarse, ponía en manos de los otros su personal secreto.

—Perdona. —Shuzai se inclinó ante el narrador—. Continúa, por favor, nada en tus palabras me ha incomodado, tan sólo un aleteo del pasado se ha cruzado entre el fuego, tus palabras y mi corazón.

Susanô sintió una oleada de ternura hacia un guerrero capaz de cubrir el campo de batalla con la sangre de sus enemigos, de blandir la katana sin mover un músculo de su rostro y, a la vez, ser vencido por un aleteo fugaz del pasado.

Del secreto.

Recordó los propios aleteos de su pasado en forma de mariposas con alas de hierro y, sobre todo, en la candente presencia de una diminuta araña en su hombro.

Su propio secreto.

El zorro, sin separarse de Hanzaburo, reflejaba a los tres en sus pupilas de ámbar brillante. Pupilas humanas.

Para salvar a su hijo de un destino tan funesto, para librarse ella de arrastrarse por las cloacas de la ciudad, decidió huir al bosque que se abría tras el pequeño templo. Prefería la muerte a cuanto le esperaba. Una noche, cuando apenas faltaban tres meses para que yo naciera, esperó a que todos en su casa durmieran, recogió un pequeño hatillo con sus escasas pertenencias y cruzó el puente Fukorobashi.

Logró camuflarse de la guardia, a esas horas rendida por el sake y el sueño, y caminó hasta el pequeño templo que sentía como su único hogar.

¡Y allí estaba mi padre!

Hanzaburo acaricia la cabeza del zorro, quien se levanta sobre sus patas delanteras y lame la mano de su hijo.

—Este es mi padre —aseguró el joven llevándose la mano lamida hasta su corazón.

Los dos samuráis callaron. Los dos, por haber crecido mecidos en el respeto a los kamis, espíritus invisibles de dioses, ancestros y seres mágicos que habitan entre nosotros, aunque rara vez se inmiscuyen en las vidas de los hombres. Susanô, además, porque había sido acogido por tres de esos seres, a medio camino entre la realidad, el miedo y la leyenda. Kamakura, seguro, también pertenecía al mundo de los fantasmas.

—¿Por qué no te libró de tu condena en el círculo?

—Hermano. —Susanô colocó una mano en el hombro de Shuzai—. Esperemos a escuchar la historia.

—Mi padre, Kitsune, es el oni de un guerrero que desafió al príncipe vendido a los bandidos coreanos.

Los dos samuráis clavaron las miradas en aquel zorro de mirada humana que cuidaba de su hijo con la ternura de un padre hacia el hijo deseado.

Comenzaban a comprender.

Cuando llegó al pequeño templo, desfallecida y sin saber qué sería, ni de ella, ni del hijo que pronto nacería, la esperaba el mismo zorro plateado de sus sueños. Así que no dudó en seguirlo e internarse en la espesura del bosque siguiendo los pasos del zorro. Ni siquiera la presencia de, por entonces, ocho colas la turbó.

Nada más nacer, mi madre comprobó con alegría que, entre mis rasgos, se distinguían claramente los de mi padre: el cabello blanco y las orejas puntiagudas. Me dijo que se sintió bendecida por los dioses y los kamis cuando me tuvo entre sus brazos.

Durante años, vivimos con mi padre y sus hermanos, ocultos en el bosque, a salvo de quien pudiera hacernos daño por ser diferentes, protegidos por la manada de mi padre, un inmenso zorro plateado con ellos, un hombre de rasgos especiales, con nosotros.

Fuimos felices, sin necesitar ninguna otra compañía. Aprendí el arte del arco, y puedo decir que soy el mejor arquero que hayáis conocido y que mis flechas, cuando silban, van anunciando el nombre del corazón que buscan. También aprendí todo cuanto el bosque puede regalarnos: sus plantas para curar o envenenar, los secretos de los animales que lo habitan...

Hace cuatro años, mi padre me regaló un caballo y me convirtió en jinete. A lomos de mi caballo Dôjo, dejo de ser Hanzaburo y me transformo en una parte de mi montura.

Alguna vez, me desplazaba hasta Nagasaki para comprar telas, arroz, té...

Procuraba no mezclarme con la gente, porque incluso su olor me disgustaba. Mis visitas fueron siempre breves y escasas. Para no delatarme, llevaba siempre una cinta sobre la frente bajo la cual ocultaba mis orejas y un pañuelo atado al modo de los campesinos para ocultar el color de mis cabellos. También debía ocultar mi cola bajo las ropas.

Desgraciadamente, en mi último viaje, caí en la trampa de una pelea callejera; intenté no entrometerme y escabullirme. Justo cuando ya casi había escapado del fragor de una absurda pelea entre pañeros que disputaban una pieza, al intentar esquivar un golpe, tropecé y rodé por una de las empinadas calles. Cuando me levanté, mi pañuelo y mi cinta habían desaparecido. Por debajo de mi casaca asomaba la punta de mi rabo no humano.

Pude darme cuenta por el silencio asombrado que me rodeó como si de un halo mágico se tratara: con las bocas abiertas y los ojos desorbitados, mujeres, hombres y niños me miraban sin atreverse ni a tocarme, ni a dejarme huir.

El hijo de un zorro, dijo alguien.

Y como si esa fuera la señal esperada, unos cuantos me aprisionaron y me arrastraron hasta una taberna.

Hablaban de llevarme hasta el magistrado para que me encerrara en una celda y ojalá lo hubieran hecho. Entonces, un anciano con el rostro marcado en un rictus de rabia muy antigua se acercó, me miró, tocó con sus asquerosas manos mi pelo y mis orejas y decidió mi destino. Supe después que era uno de los sacerdotes shintos con quien mi padre hubo de pelear por el derecho a cuidar de la naturaleza. Había jurado vengarse.

—No es asunto que corresponda al magistrado. Nosotros debemos tomar medidas para librarnos de la maldición del Hijo del Zorro.

Cuando escucharon la palabra maldición, todos dispusieron el ánimo para realizar cualquier fechoría que cruzase la perversa mente del viejo sacerdote.

Yo no podía defenderme. No tenía en mis manos mi arco. Tampoco tenía modo de avisar a mi padre.

Me encerraron en un asqueroso cubil lleno de excrementos, atado desde el cuello hasta los tobillos con gruesas cuerdas de bambú, amordazaron mi boca con una tira de cuero y cerraron con candado. Por suerte nadie siguió la consigna del viejo de cortarme la cola.

Creí que aquello sería lo peor, pero no había hecho más que comenzar.

Parecía claro que el viejo ni se presentó por casualidad, ni era un anciano normal, ni siquiera un sacerdote shinto sin poderes. De alguna manera, aquel viejo, cuya boca era una caverna y sus ojos apenas podían ver se ocultó en las cuencas hundidas, aguardaba el momento de vengarse de Kitsune.

—¿Acaso otro kami condenado? —preguntó Shuzai.

—Cierto. —Sonrió y su boca dibujó la puerta de la felicidad—. Me lo murmuró al dejarme atado en el poste.

—¿Quién? —Susanô pensaba, a su vez, en Tsuchigumo; tal vez en la historia de Hanzaburo encontrara una clave para...

Cerró el río de sus pensamientos para no ser descubierto por la araña tatuada en su hombro.

—Se trataba del primogénito del príncipe a quien mi padre enfrentó. Su muerte, como habréis supuesto, no fue honrosa, arrojado a una fosa, vivo y sin posibilidad de escapar, algo que intentó conmigo —aquí se inclinó ante ellos—, pero que habéis impedido, pactó con la muerte para convertirse en uno de sus servidores entre los hombres.

—Eso supone que aún puede regresar —y las palabras temblaron en los labios de Susanô.

—¡Nunca! —Hanzaburo hinchó su pecho para continuar—. Mi padre se encargó tanto del servidor de la muerte como de quienes le ayudaron a construir la que creyeron sería mi tumba.

—Disculpa, pero sigo sin comprender cómo no desató tus ligaduras y te liberó. —Shuzai pasaba alternativamente la mirada de Hanzaburo al zorro plateado.

—Además, estaba aquí —añadió Susanô.

—Por las maldiciones escritas en las piedras. —Respiró hondo—. Fueron escritas justo para impedir que me ayudara. Ese círculo, rodeado de inscripciones poderosas y negras, no puede ser atravesado por ningún ser mágico: moriría ardiendo desde el interior. Los sacerdotes shintos son expertos en tales artes.

Guardaron silencio durante minutos de piedra. Susanô no podía imaginar semejante maldad en manos de Kamakura, su maestro. Pero pertenecer al mismo gremio no hace iguales a los hombres.

—¿Qué fue de tu madre? —preguntó por sorpresa Susanô.

—Murió, feliz y tranquila, la primavera pasada. Me alegra que no llegara a ver la crueldad que me rodeó y casi termina conmigo.

—Sigo sin comprender. —Shuzai miraba ahora fijamente al zorro que le sostenía la mirada.

—Lo único que puede frenar el ataque de Kitsune, tanto en su figura humana, como en su figura de zorro, son esos conjuros escritos a la inversa: muerte, luna, traición. Los mismos signos que dibujó, apresuradamente, en un estandarte cuando me traían hasta el bosque para evitar que mi padre los atacase.

El silencio los envolvió junto con el ligero viento de la tarde levantado en aquel claro del bosque y llevando hasta ellos el rumor de los árboles mecidos por el viento.

Hacía frío. Estaban en el undécimo mes del año decimotercero de la era Kansei y pronto comenzaría a nevar.

—Bien, ahora estás a salvo —dijo Shuzai levantándose—. Nosotros hemos de partir, y a ser posible ahora mismo para que la nieve no nos encuentre en plena noche.

Susanô comprendía la lógica en las palabras de su hermano; él mismo, tan sólo unas horas atrás, habría dicho lo mismo. Ahora, la sola posibilidad de no volver a ver el rostro de Hanzaburo derrotaba toda su esperanza y su sed de venganza. Con todo, imitó al amigo y se levantó.

—¡No!

No fue exactamente un grito, más bien un susurro desgarrado. Había salido entre los labios de Hanzaburo y dejó paralizados a los dos samuráis. También el zorro se levantó sobre sus cuatro patas.

—No sé ni hacia dónde os dirigís, ni cuál es vuestra misión, caso de que exista una, pero para mí sería un honor poder acompañaros. —Se inclinó ante ellos.

—Nos espera una peligrosa misión. —Shuzai parecía decidido a disuadirlo.

—Puedo ser útil en la empresa.

—¿Y si de nuevo os descubren?

A Susanô le sorprendió la actitud de su amigo; nunca había presenciado una oposición semejante a ninguna de las peticiones recibidas. ¿A qué se debía aquel especial encono?

—Eso ya no será posible. —Hanzaburo sonreía, ni siquiera parecía molesto—. Mi padre acabó con el único que deseaba vengarse. Además, dudo que vuestra tarea discorra por el barrio de los pañeros.

—Has dicho que manejas bien el arco.

Shuzai lanzó una mirada de incredulidad hacia quien había pronunciado tales palabras; y Susanô las había pronunciado a modo de frágil puente que permitiera cumplir el deseo de Hanzaburo. El joven de blancos cabellos y ojos animales de mirada secreta afirmó en silencio y devolvió a Susanô una deslumbrante sonrisa.

—¿Qué buscas siguiéndonos? —insistió Shuzai.

—Tan sólo la mejor compañía humana que podría tener.

—Pero no te atañe nuestra empresa. —Susanô pronunció las palabras débilmente, como el niño que cede sin querer ceder.

—Puedo hacerla mía. —Y golpeó su corazón con el puño derecho cerrado.

—¿A cambio de qué?

—De vuestra compañía, Shuzai, tan sólo de eso.

—¿Y tu caballo? —con esa pregunta Shuzai creyó desarmar las posibilidades de Hanzaburo.

Como si hubiera comprendido la pregunta, el zorro miró a su hijo, después se giró y salió, veloz como una flecha. Ni siquiera habían terminado de apagar la hoguera y recoger sus pertenencias, cuando el zorro regresó. Lo seguía un imponente caballo blanco con una mancha canela en el entrecejo.

—Este es Dôjo —dijo ufano Hanzaburo.

Susanô miró a Shuzai. Dejaba en sus manos el permiso para que el Hijo del Zorro los acompañara.

—Sea —fue la respuesta de Shuzai.

—Gracias —murmuró Hanzaburo.

Gracias, repitió el corazón de Susanô.

Fue necesario prestar ropas decentes al joven Hanzaburo. En Nagasaki podrían encargarse una armadura, si no de samurái, al menos de soldado, de momento bastaba con vestirlo como si fuera un sirviente de los samuráis.

Comenzaron a cabalgar. El zorro plateado seguía sus pasos.

Hasta que llegaron a la parte baja de la colina, casi a la hora del Perro, con el ocaso de rojos cercado por la oscuridad, ante ellos se alzaba un bosquecillo de bambú; al traspasarlo divisarían un minúsculo poblacho. Justo donde se hallaba la fonda que buscaba Shuzai.

NAGASAKI

—Deberíamos reponer fuerzas —dijo Shuzai sin perder de vista al zorro plateado.

Hanzaburo descendió de Dôjo, se acercó al zorro, le susurró algo, lo abrazó y se dejó abrazar por sus patas delanteras. Después, Kitsune se giró corriendo y se perdió de vista en pocos segundos.

—¿No vendrá? —preguntó Susanô.

—Dudo que resultara muy conveniente. —El joven miraba sin rubor ni timidez directamente a sus ojos, algo que inquietó al samurái; después, bajando la voz, añadió —: Pero no andará nunca demasiado lejos. Por si fuera necesario.

Cuando los tres jinetes cabalgaban al trote por el bosquecillo, un nutrido grupo de luciérnagas iluminó su camino.

Hanzaburo reía con la risa de un niño que aún no ha sido mortalmente herido en su infancia. *Nunca será un monstruo*, decidió Susanô. Incluso el rostro de Shuzai, adusto desde que se encontraron con el Hijo del Zorro, se relajó.

Es tan hermoso cuando sonrío, pensó Susanô sin perder de vista ninguna de las reacciones de su hermano en las armas.

Shuzai tenía un rostro anguloso, de facciones firmes, perfectas según los cánones, cuya dureza desaparecía cuando sonreía o soltaba una de sus sonoras carcajadas; su boca era firme, su mirada templada, sus gestos atemperados por la disciplina.

La belleza de Hanzaburo, en cambio, no respondía a ninguna regla de perfección en sus rasgos, incluso podría decirse que sus rasgos mostraban un cierto desequilibrio: una frente no demasiado amplia, una barbilla decidida, pómulos prominentes, labios femeninos dibujando un corazón carnosos. Sin embargo, tal vez por sus extraños ojos iluminados con el espíritu salvaje de un zorro, o sus cabellos extrañamente blancos, sedosos y compactos, totalmente diferentes a la blancura de un anciano, o, sobre todo, sus orejas puntiagudas que le añadían una aureola capaz de arrebatarse los corazones. El conjunto resultaba fascinante, más que por su belleza, por la magia que lo rodeaba como luz propia.

Susanô decidió dejar de examinar las diferencias entre sus dos compañeros de aventuras y dejarse llevar por aquel cielo verde iluminado por los diminutos cuerpos de cientos de hotarus.

—¡Parece una fiesta! —dijo al fin sintiendo en sus pupilas el centelleo de miles de insectos.

—Es la despedida de mi padre, Susanô. —Hanzaburo también recogía en el ámbar de sus pupilas el fuego frío de las hotarus—. Un modo de decirme que siempre estará cerca.

—Eres afortunado —aseguró Shuzai, sin restos de rabia en sus palabras, recordando la temprana pérdida de su propio padre.

Susanô prefirió no recordar a Gen: la crueldad que mostró siempre con Tomiko impedía que su nombre, o una ligera sombra de su recuerdo, pudiera pertenecer a tan fascinante espectáculo. En cambio, imaginó el rostro de Chikako y su risa: a ella sí le correspondía aquel prodigio.

Hicieron el resto del camino por entre los bambúes iluminados, a paso lento, deseando retrasar todo cuanto pudieran el abandono de aquel lugar.

Los tres, incluido Hanzaburo aun desconociendo la misión, imaginaban que pocos momentos como aquel podrían vivir tras su entrada en Nagasaki.

Salieron del túnel de seductora luz para tropezar con la blanca iluminación de la luna sobre un pequeño grupo de casas amontonadas justo detrás de la fonda, enfrentada al camino a modo de bienvenida.

Incluso los caballos cabecearon satisfechos intuyendo forraje y un techo para esa noche.

—Shuzai, ¿cómo nos vamos a presentar? —preguntó Susanô, inseguro lejos del mundo masculino de las armas donde podía camuflarse sin problemas.

—No lo necesitamos, hermanos. —Se dio dos golpes en el pecho haciendo sonar las tabillas de hierro de su armadura—. ¡Somos samuráis!

—Y yo puedo ser, perfectamente, vuestro criado —añadió Hanzaburo sin sentirse humillado por el puesto a ocupar.

Sus cabellos y orejas habían desaparecido bajo un gorro de cuero similar al utilizado por los pescadores. La cola también estaba escondida.

Unos metros antes de llegar anunciados por el ruido de los cascos de sus caballos, salió a recibirlos el dueño de la posada, un hombre enjuto no demasiado limpio, que doblaba el espinazo ante ellos sin dejar de darles la bienvenida.

—Mi humilde casa se honra en recibir a tan importantes huéspedes.

—Espero que puedas ocuparte de los caballos. —Shuzai, descendiendo del suyo, se acercó al hombre que parecía conocer de tiempo atrás—, tengas una cena decente para los tres y un lecho medianamente confortable, Tomine.

—Venerable samurái —aumentó la inclinación hasta casi rozar la tierra—, mi humilde persona intentará hacer grata vuestra estancia y la de sus honorables amigos. Como siempre.

Susanô imaginó un motivo concreto de su amigo para realizar aquel viaje. Incluso en una perdida y humilde fonda, lo reconocían como antiguo visitante.

Dos niños salieron a la segunda palmada de Tomine, se inclinaron, recogieron a los tres caballos y los llevaron hasta una confortable cuadra donde les retirarían las sillas, los cepillarían y servirían comida y agua en abundancia.

Los tres hombres subieron las escaleras de piedra hasta el primer piso, precedidos por el dueño que les indicó una amplia habitación, al menos dentro de lo esperable en semejante lugar: medía unos diez tatamis con tres futones ya desenrollados y un

anexo separado por una puerta corredera donde se guardaban útiles para un aseo de emergencia y dos cubos de madera para las deposiciones.

Pese a la costumbre de vivir entre hombres, Susanô se sintió especialmente incómodo esa noche. La protección preparada por Kawahime hacía totalmente imposible descubrir su cuerpo femenino aún quitándose las ropas y el tatuaje del dragón en su espalda no parecía grabado en tela sino en piel. Con todo, esa noche, especialmente esa noche, hubiera preferido un cuarto aislado.

Naturalmente no dijo nada.

—Cuando el honorable samurái lo desee, dispondré una cena digna para los tres.
—Tomine se inclinó.

—En breve, tan sólo nos quitaremos el polvo del camino.

—He dispuesto agua en el cuarto —señaló el biombo—, pero si es necesario, mandaré que suban más.

—Bien.

Susanô y Hanzaburo permanecían al margen, dejaban que fuera Shuzai quien llevara las riendas dado que parecía ser alguien conocido y respetado en el lugar.

Susanô decidió no preguntar al hermano cuándo y por qué se había hospedado anteriormente en aquel lugar. Además, dedujo, por el reconocimiento, que no debió de ser mucho tiempo atrás. Y no pensaba precisamente en la visita precipitada de hacía dos noches para comprar la comida que llevó hasta ellos.

Los tres se asearon, acomodaron sus ropas y, sin desprenderse de sus armas, bajaron a la planta inferior.

El olor a comida hizo rugir los tres estómagos.

—¡No imaginaba lo hambriento que estaba! —exclamó Hanzaburo dibujando círculos en su estómago.

—Sí, yo tampoco —añadió Shuzai.

Si algo deseaba Susanô era comprobar que aquellos dos hombres podían llegar a ser amigos. El rechazo del samurái, tan patente al principio, se iba disolviendo, como si la risa y la sonrisa permanente en los extraños labios de Hanzaburo la fueran disipando, sin prisa, sin alharacas.

Puede lograr que te sientas cómodo, incómodo, feliz o desgraciado, sin siquiera proponérselo, pensó sentándose sobre el tatami levantado donde habían servido un delicioso plato de anguilas asadas sobre arroz blanco.

—¡Cuánto tiempo! —Y Shuzai palmeó la llegada del manjar mientras sus ojos se relamían como lenguas de gato—. Veo que lo recuerdas.

—Me alegra complaceros, honorable samurái. —Tomine inclinaba su cuerpo y calculaba la generosidad del visitante—. Cuando anteayer os presentasteis, sin aviso, improvisé una comida indigna de vos. Hoy, todos estábamos esperando vuestra llegada.

—Gracias, Tomine.

El hombre se retiró y quedaron solos. A esas horas al menos, nadie se encontraba en el comedor de paredes ahumadas y perfumado con hervores de viejas comidas, sake y estiércol animal.

—Cada día descubro algo diferente de ti, hermano —dijo Susanô tendiendo su mano hasta la carne oleaginosa de las anguilas.

—¿Eso te disgusta? —lo preguntó sin ofenderse, como en los viejos tiempos de camaradería en el castillo del daimyo Hokusai.

—No, no me disgusta.

En realidad, cada día se sentía más cómodo, aunque sería mejor decir cómoda, y seguro en su compañía.

Tras la cena y varias tazas de té, decidieron retirarse temprano. Aún quedaba jornada y media, con suerte, para llegar a Nagasaki.

Susanô se retiró el último y comprobó que Shuzai, además de entregar una bolsa con el pago por los servicios, cuchicheaba algo secreto con Tomine, le entregaba un pequeño rollo de papel y unas cuantas monedas.

¿Qué tramaba?

No esperaba una traición del amigo. De su lealtad estaba seguro, sin embargo, permaneció sin poder dormir durante buena parte de la noche. El cuchicheo a escondidas con el dueño de la fonda y la respiración acompasada y silenciosa de Hanzaburo mantuvieron su vigilia durante horas.

Después, rendido en un sueño agitado, Susanô soñó con dos carpas. No se parecían a las etéreas carpas grabadas en el hielo, allá, en la cueva de Kawahime. Se trataba de dos carpas reales, una con escamas de un rojo violento, la otra con escamas plateadas; ambas mostrando un rostro enfurecido, donde sus bigotes y sus escamas les conferían aspecto de dragones. Las dos carpas nadaban juntas, en un círculo permanente que unía sus cuerpos como algo indisoluble. Parecían felices. O tal vez, condenadas en una danza sin posible encuentro.

Despertó con un extraño sabor en el paladar.

A la hora del Conejo, los tres hombres estaban tomando el primer té junto con tofu en caldo caliente. Antes de salir, Tomine entregó a Hanzaburo, tomándolo por el criado de los samuráis, una cesta de bambú con viandas para el camino. Gracias a lo refinado de su oído, Susanô pudo escuchar la frase del hombre cuando se despedía de Shuzai.

—Vuestro encargo ya ha salido hace rato, honorable samurái.

—Bien —fue la escueta respuesta.

Cabalgaron hasta la hora del Caballo, justo cuando alcanzaron la carretera del mar de Ariake.

Susanô nunca había visto el mar y aquella inmensidad de agua donde el sol multiplicaba los destellos no sólo lo impresionó, sino que, por algún extraño laberinto de su memoria, recordó la casa de Kawahime y las carpas aladas grabadas entre el hielo de las paredes y el suelo. También recordó el extraño sueño.

Cuando terminaron de comer, sentados frente al mar, en un recodo de la carretera, Hanzaburo se levantó y se distanció de ellos introduciéndose entre los árboles del otro lado de la carretera de piedra. Con el tiempo, se fueron acostumbrando a sus pequeñas escapadas, que serían mayores durante su estancia en Yamato: necesitaba el contacto con el bosque sin la compañía de humanos, tal vez en compañía de su padre el zorro. *Siempre estará cerca*, le había dicho a Susanô.

—¿Puedo preguntarte qué te une a Nagasaki, hermano? —inquirió Susanô aprovechando la ausencia de Hanzaburo.

—Otra triste historia, hermano. —Bajó la cabeza sobre el pecho.

—No puedo pedirte que me la cuentes.

—Te la contaré, te lo juro. —Clavó sus ojos en el amigo y Susanô regresó a un sentimiento que creyó abandonado mientras su araña le recordaba los peligros del mismo—. Cuando llegue el momento.

Tienes todo el derecho, hermano, se dijo a sí mismo, recordando que bajo su armadura se encontraba otra más, la que ocultaba su cuerpo de campesina.

¿Se puede sentir amor por dos hombres a la vez?

¿Es siempre igual el amor, o se transforma según el destinatario?

Esa noche durmieron al raso.

Fue una noche sin sueños.

Al día siguiente, a la hora del Mono, sus ojos divisaron el pequeño santuario donde Kitsune y Umegae habían unido sus vidas. Dejaron los caballos y entraron por el tori de madera de alcanfor. Los tres hicieron ofrendas a los dioses, aunque las peticiones fueron diferentes.

—Salgamos —dijo Susanô a Shuzai.

Imaginaron que Hanzaburo necesitaría unos momentos a solas en el lugar donde su vida había comenzado por dos veces: cuando el zorro conoció a su madre y penetró en sus sueños y cuando Umegae decidió abandonar el mundo de los hombres para impedir la desgracia a su hijo.

Se sentaron juntos en una pequeña loma cercana. Desde allí podían verse la multitud de abigarrados tejados de Nagasaki, distinguir el puerto partido en varias calas diferentes, la plataforma donde habitaban los bárbaros e incluso algún edificio señorial.

—Allí. —Shuzai señaló con su mano derecha un edificio especialmente significativo—. Justo allí, vive el magistrado Shiroyama —su voz salió ronca,

crispada, casi rota—. Sobre el monte Shiro —esta vez, escupió las palabras.

—¿Lo conoces?

—Sí.

Lo escueto de la respuesta dio a entender que, de momento, no daría más datos. Susanô guardó ese nombre en su memoria.

—¿Entraremos por el puente Fukurobashi? —preguntó Hanzaburo, que había llegado hasta ellos sin hacer el menor ruido.

—No —contestó Shuzai levantándose—. Daremos un pequeño rodeo, prefiero entrar por el Imoharabashi.

—¿El del patíbulo? —preguntó incrédulo el Hijo del Zorro.

—Cerca está la casa donde nos hospedaremos.

Susanô no hizo ningún comentario.

De momento, las riendas de Nagasaki las llevaba su hermano y compañero de armas, no sólo por sus probados conocimientos del camino y de la ciudad, sino porque aún no tenía ni la más ligera idea de cómo acercarse hasta Shozo Masashi.

Una hora más tarde, tres jinetes cruzaron el puente Imoharabashi, los centinelas ni siquiera les solicitaron papeles, se inclinaron ante la majestad de las armaduras de los samuráis, ante el pendón del Samurái del Dragón que Susanô colgó de su espalda.

A Susanô no se le escapó un gesto inusual en Shuzai: justo cuando pasaban por el patíbulo donde se ejecutaba a los ladrones y asesinos, su amigo giró imperceptiblemente la cabeza y lanzó una mirada en la que se mezclaba la rabia y un profundo deseo de venganza. Desde que habían salido de Harubayashi, un poético nombre para un sitio casi mugriento —bambú de primavera—, shuzai mostraba una extraña tensión en todo su cuerpo; trataba de disimularla y hasta reía los comentarios jocosos de Hanzaburo, pero no se le escapaba a Susanô, acostumbrado como estaba a estudiar con demasiado detalle cada gesto del compañero y las mínimas mutaciones de su carácter.

Era descubrir un ser diferente oculto tras el afable, divertido, bullicioso y sonriente amigo de siempre.

Hanzaburo, en cambio, se mostraba despreocupado, incluso demasiado para haber sido apresado en esa misma ciudad tan sólo días atrás.

Los tres presentían, con mayor o menor intensidad, la sombra de Kitsune a sus espaldas, como si sus nueve colas ondearan sobre sus cabezas.

Como buen jugador de Go, Susanô imaginó a los tres jinetes como piezas blancas en un gran tablero: cada uno de ellos veía ante sí aquello que buscaban en Nagasaki, pero ignoraban las intenciones de las piedras negras, incluso de las otras blancas. Y, sobre todo, desconocían los movimientos de la mano que los controlaba a ellos y a todo el tablero.

En los últimos días, la cabeza de Susanô dibujaba un tablero fijo de Go donde las piedras saltaban, desaparecían, atacaban o se defendían, sin ningún control de su voluntad, mientras él trataba de imaginar katas de ataque. El clic... clic de las piedras imaginarias sobre el imaginario tablero le recordaba los ligeros golpes del largo bastón apenas utilizado por Kamakura.

Se había convertido en una obsesión esa partida solitaria e imaginaria: *el Go es un juego donde ganan quienes son capaces de predecir el movimiento del otro, engañarlo permitiendo que se confíe y adelantarse para asestarle el golpe definitivo.*

Justo lo que iba a necesitar para derrotar a su enemigo. Kamakura utilizó el tablero para mostrarle las armas invisibles necesarias para derrotar a Masashi. ¡Si lograba encontrarlo, ponerse en contacto y ganarse su confianza!

Todos los días agradecía, en silencio, que Kamakura lo hubiera convertido en un experto jugador. Y aún habría de agradecerse más en breve.

Enfrascado en tales pensamientos, le pasó desapercibido el bullicio de la ciudad, pese a las horas tardías del día; niños jugando, peleándose o esquivando los golpes de los adultos; algunas mujeres vestidas humildemente y cargadas con fardos; carretas cargadas con heno, con barricas de algún producto demasiado maloliente; hombres que se inclinaban al paso de algún palanquín con cortinillas que impedían ver su interior; vendedores ambulantes...

Tampoco se dio cuenta de que las empinadas calles del principio iban transformándose en calles sin apenas inclinación y las escaleras por donde los caballos hacían equilibrios en simples rampas ligeramente empinadas, incluso planas. Tan sólo el olor del mar, una mezcla salada de pescado agonizante y algas, llegaba con claridad casi obsesiva hasta la mente de Susanô. Por eso, cuando Shuzai detuvo su caballo ante los muros de una casa, sintió que despertaba de un extraño sueño, un sueño donde se mezclaban los olores de Nagasaki con sus dudas sobre cómo encontrar a Shozo Masashi; su miedo ante los cambios en Shuzai y el terror de unos sentimientos que se prohibía siquiera pensar y a los cuales se negaba a poner nombre.

—Hemos llegado —dijo Shuzai bajándose de Itô.

—¿De quién es esta casa? —preguntó Susanô terminando de salir de aquella ensoñación semejante a un largo vahído.

—De mi tío Yoshida.

—¿Aquí?

De haberlo imaginado en algún lugar, desde luego no sería en aquella ciudad. Además, por alguna razón creyó comprender que su tío había fallecido.

—Nos quedaremos aquí —decidió sin consultar con ninguno de los dos.

—Un criado no debe quedarse bajo el mismo techo de sus amos. —Y ninguno llegó a captar si había ironía en las palabras de Hanzaburo.

—No eres nuestro criado. —Puso una mano en su brazo derecho—. Ahora nos

ocuparemos de darte la ropa apropiada a tu condición.

—¡Vaya! —Su risa despertó un revuelo de alas invisibles—. Por favor, honorable samurái —imitó la voz de Tomine al decirlo—, ¿cuál es mi condición?

Soltaron una carcajada que desconcertó a Susanô. Primero porque había temido una rivalidad inamovible entre ellos; segundo porque, en aquel lugar y momento, su ánimo era cualquier cosa excepto festivo.

—Vamos, hermano. —Shuzai se acercó hasta su amigo con el rostro y la voz de siempre—. ¡Ahora podremos terminar de liberar a tu dama! —Se llevó el puño derecho hasta su corazón—. ¡Te lo prometo!

—Shuzai-sama —la voz casi infantil de una criada que abrió la puerta del muro los sorprendió—. Perdonad, Shuzai-sama. —La joven se inclinó hasta casi besar el suelo—. Vuestro tío os espera.

—¿Sabía que vendrías? —preguntó Susanô.

—Le encargué a Tomine que enviara a uno de sus criados hasta la casa de mi tío para decirle que llegaría con dos amigos.

Susanô respiró aliviado: los cuchicheos y las monedas eran tan sólo para avisar a su tío. Le pareció muy adecuado.

—También para concertar una cita...

—¿Sólo para ti? —Esta vez fue Hanzaburo quien preguntó, convencido tal vez de que la cita sería con una dama.

—No, asistiremos los tres. —Lo miró—. Y sí, es una dama, pero no es lo que te imaginas. —La criada continuaba con la cabeza inclinada y el cuerpo ligeramente tembloroso: no había conseguido cumplir las órdenes de su amo—. Ahora entremos. —La muchacha respiró aliviada—. No hagamos esperar a mi tío.

Entraron en un patio que, en realidad, era un jardín con un camino de grava blanca que conducía hasta la terraza cubierta de la entrada. Se trataba de un cuidado y bastante extenso jardín Zen, con caminos de grava y arena, fuentes de piedras rumoreando, delicados árboles enanos; grandes recipientes de terracota o de bronce sosteniendo delicadas flores aun en invierno; incluso se percibía el rumor de un lago donde saltaban peces entre enormes nenúfares.

Hanzaburo miraba fascinado la perfecta combinación de elementos del jardín. Susanô estaba más ocupado en acomodar su espíritu sobresaltado.

En la terraza que alcanzaba todo el frente de la casa, que, en realidad, la rodeaba, sobre la brillante madera de teca del suelo, esperaba sentada sobre sus rodillas una hermosa joven ataviada con un kimono de seda celeste.

—¡Yoyio! —gritó Shuzai lanzándose hacia la joven, sentándose a su lado e inclinándose ante ella, quien sonrió mientras brillaban sus ojos negros—. ¡Qué alegría!

—Shuzai-sama —lo nombró con alegre ceremonia, casi en tono de burla

coloquial—, pocas serán tus alegrías si una de ellas es verme.

—No seas modesta, prima.

—¿Esos son tus amigos?

—¡Qué descortés! —Los señaló—. Ese que ves primero es el admirado Samurái del Dragón. —Susanô se inclinó ante la joven—, aunque puedes llamarlo Susanô. Y aquel otro, disfrazado de criado y a quien hemos de buscar ropa apropiada, es Hanzaburo —lo presentó, y el aludido hizo una reverencia.

A Susanô no se le escapó el rubor de la joven ante Hanzaburo. Una delicada punzada, fina como la espina de una rosa, se clavó en su pecho, justo por debajo de la piel de serpiente. Esta vez no fueron las patas de la araña sino sus propios sentimientos quienes lo agujonearon.

—Entrad, por favor. Mi padre os aguarda.

Susanô había acomodado su cuerpo y su espíritu a convivir entre hombres, ahora, sospechaba que tropezaría con muchas mujeres, hermosas y deseables; tal como ella aún deseaba ser.

Esperaron a que la joven se levantase y la siguieron. La casa resultó luminosa, amplia, con escasos paneles de división a la vista. A la izquierda, la joven se arrodilló para descorrer una puerta corredera de papel. Dentro, sentado en un tatami alto y rodeado de pliegos caligrafiados, un hombre, que resultó ser una copia de Shuzai con cuarenta años más y los atributos de un hombre de leyes en el porte y el peinado, levantó el rostro, miró a los jóvenes. Después se levantó para abrazar a su sobrino.

Susanô escuchó los murmullos de los dos hombres como si hubieran hablado en voz alta.

Me alegró y me preocupó saber que venías.

¿Ella está bien?

La verás mañana, mandó recado para decir que vendría a la hora del Mono.

Bien.

La dama de cuya cita habló Shuzai parecía estar vinculada a su familia, o puede que fuera su prometida. No, eso no podía ser, no sería correcto.

¿Quién sería la mujer que tanto parecía preocupar a Shuzai?

Recordaba una hermana y una madre muertas. Las dos únicas mujeres que mencionó de su familia. Tampoco había hablado de Yoyio.

Tras los saludos de cortesía, los tres hombres se retiraron para asearse antes de la cena. Esta vez, cada uno tendría su propio cuarto, en realidad uno suficientemente amplio, con paneles que los aislaban y permitían una cierta intimidad.

Antes de acomodarse, una doncella solicitó permiso para entrar. Portaba una jofaina de cobre y paños de lino blanquísimo.

—¿Deseáis que os prepare un baño, Susanô-sama?

—Me bastará con el agua que traes.

Cuando se reunieron en el salón donde se dispuso la cena, Hanzaburo lucía un hermoso kimono de amplias mangas, de seda verde jade con hojas de ginko bordadas y llevaba el pelo recogido en una cola subida en la nuca.

—Hanzaburo, ¡ten cuidado con los corazones femeninos que, seguro, romperás a tu paso! —dijo Shuzai a modo de saludo, y Yoyio tuvo que inclinar más la cabeza para disimular el rojo de sus mejillas.

Susanô pensó que jamás había visto, ni entre los samuráis, señores, soldados, capitanes, magistrados y nobles conocidos hasta ese momento, un hombre con la belleza y el porte de Hanzaburo. Sobre todo porque el brillo ambarino de sus ojos, sus orejas puntiagudas y su denso cabello blanco lo rodeaban de una magia superior a cualquier canon de belleza. Además, estaba aquella boca, sonriendo eternas promesas. Promesas que jamás serían para él.

Yoyio era el ejemplo del rubor que lograba despertar en las mujeres.

¿También en la desgraciada y oculta Tomiko?

Como correspondía a una cena en honor de invitados desconocidos, la charla se limitó a cortesías habituales, comentarios sobre poesía y música; noticias del castillo donde los dos samuráis habían servido...

—Y tú, Hanzaburo, ¿a qué te dedicas? —preguntó Yoshida.

Por unos segundos, Shuzai y Susanô quedaron en suspenso.

—Soy arquero —contestó con absoluta naturalidad.

—El Camino del Arco es un arte sagrado —respondió Yoshida inclinándose ante Hanzaburo.

Cuando ya se habían cumplido los plazos de cortesía, Hanzaburo y Susanô se retiraron. Imaginaron que Shuzai y Yoshida tendrían asuntos familiares que tratar.

Aquella tampoco fue una noche para el sueño reparador. Susanô no lograba conciliar el sueño; de nuevo, en su interior, se debatían sentimientos encontrados:

Por una parte, la gratitud hacia Shuzai por haberlo acompañado y hospedado en casa de su tío, algo que facilitaba su estancia en Nagasaki, se contradecía con la sensación de algo oscuro que ocultaba su amigo, justo en ese mismo lugar, sin que, además, lo hubiera puesto en antecedentes de su situación. Eso le desagradaba y abría una ligera fisura en su amistad.

Por otra, la visión de Hanzaburo con aquel kimono, la prestancia y nobleza de sus gestos, algo inusitado para quien había crecido en un bosque, al cuidado de un zorro, por muy sagrado que fuera; el rubor de Yoyio al verlo. La razón le decía que nunca sería asunto suyo la reacción que aquel Hijo del Zorro levantara entre las mujeres; el corazón se llenaba de pequeñas y dolorosas espinas al imaginarlo. Quiso convencerse de que aquellos confusos sentimientos tan sólo se debían a su ignorancia como mujer.

Una humilde campesina, a quien sólo había querido Chikako, ignoraba en qué consisten los sentimientos entre un hombre y una mujer.

No, Tsuchigumo nunca tendría un nombre que llevarse a su cueva.

Terminó cediendo al sueño. Dormido ignoró una gruesa y ardiente lágrima resbalando por su mejilla hasta encontrar el estigma morado de su cuello.

La mañana del día siguiente transcurrió en una calma tensa. Shuzai esperaba inquieto la visita y Susanô sentía toda la rabia intacta hacia Shozo Masashi y el feroz deseo por arrancar de sus garras a Chikako; esa promesa que la arrastró hasta la cueva de Tsuchigumo renacía esa mañana sabiendo que compartía el mismo aire del odiado prometido.

Tan sólo Hanzaburo permanecía tranquilo y dedicó casi todo el tiempo a pasear por el hermoso jardín Zen, bajo la atenta y escondida mirada de Yoyio.

La comida la hicieron los tres amigos en solitario. El tío y su hija se disculparon, en realidad se retiraron para permitir que hablaran con tranquilidad.

—¿No vas a decirnos quién es la dama que esperas? —preguntó Susanô tratando de utilizar un tono neutro en sus palabras.

—Es la geisha más famosa de Nagasaki...

—¿Una geisha que visita la casa de vuestro tío a la hora del Mono? —preguntó sorprendido Hanzaburo.

—Se llama Kawasemi —evitó la respuesta a Hanzaburo—. ¡Es bellísima! —No pareció alegrarse con la hermosura de la dama—. Ella nos dirá cómo acercarnos a Shozo Masashi.

Nada negativo se podía concitar de los actos de Shuzai. Todo lo que, en principio, levantaba las sospechas de Susanô resultaban pasos para quien tuviera sus contactos, con el único fin de ayudar a su amigo en la destrucción de Masashi.

Sin embargo, un resquicio de duda rondaba a Susanô. Y esa duda le hacía sentirse miserable y desagrado.

Tras la comida, Hanzaburo se retiró a un rincón del jardín para preparar sus flechas y abrillantar el arco, mientras practicaba ejercicios de fortalecimiento para sus músculos dibujando perfectas figuras estáticas en el aire.

Había decidido vestir ropas de cuero: ajustados calzones bajo botas flexibles del mismo material y casaca del mismo color atada a la cintura por un obi también de cuero. Ni armadura, ni distintivos. La única nota de color la ponía su cabellera blanca y sus ojos dorados. Ese vestuario estilizaba aún más su figura de junco. Él mismo había ido al barrio de los curtidores para elegir el finísimo cuero.

Susanô solicitó a Yoshida algún documento capaz de ilustrarlo sobre la historia de Nagasaki; le prestó unos cuantos rollos hermosamente caligrafiados e ilustrados y a eso dedicó las horas de espera.

Shuzai salió de la casa sin decir a dónde pensaba ir.

Desde las habitaciones de Yoyio escapaban hermosas notas de su sanshin.

El Samurái del Dragón, embargado por la calma feliz de aquella casa, imaginó una vida similar, dedicada al estudio, la caligrafía, la música y las charlas con los amigos. Una vida donde Chikako fuera feliz y encontrara su camino.

La felicidad, pensaba, le estaba vetada a quien vendió su espíritu a Tsuchigumo y mintió a sus amigos sobre su verdadera identidad. Su vida era la espada necesaria para romper las cadenas de su hermana.

El resto, tan sólo renuncia.

LA GEISHA

El sonido del gong, el rumor de pasos y murmullos, hizo que Hanzaburo y Susanô dejaran sus flechas uno y sus rollos caligrafiados el otro.

Atravesaba el camino de grava un hermoso palanquín levantado por dos jóvenes portadores. Yoyio, al igual que a su llegada, esperaba sentada sobre un cojín en el mismo lugar de la terraza cubierta, a su lado Yoshida, aún más imponente con el rostro grave, cuyo ligero movimiento de los dedos delataba su estado de ansiedad.

Cuando se descorrieron los visillos del palanquín, descendió una mujer, hermosísima pese a su madurez, cuyo porte denotaba su profesión de geisha. A Susanô, aun pareciéndole bella, no le cuadró con la expectación de Shuzai. Lo que sí le molestaba era constatar la cantidad de hermosas mujeres que suspirarían por Hanzaburo. También por Shuzai.

Tras ella, descendió una joven ataviada con un kimono de seda rosa con delicadas campanillas azules coreanas, obi de un azul intenso, delicados y minúsculos pies sobre sus sandalias. Cuando levantó el rostro hacia ellos, Hanzaburo y Susanô no lograron evitar el pasmo en sus gestos.

Ni siquiera Chikako, perfecta flor de loto, podía equipararse con la recién llegada. La porcelana casi transparente de su rostro, el ligero rubor pétalo de rosa de sus pómulos, la profundidad de sus ojos negros, la diminuta boca de coral y el marco negro, casi azulado, de sus cabellos recogidos sobre la nuca en un complicado lazo; todos y cada uno de los detalles de su persona resultaban perfectos, armoniosos, dulces, serenos y extrañamente firmes. Una serenidad y una firmeza imposibles en Chikako.

Su rostro, sus gestos pausados, todo en ella indicaba una decidida voluntad y un control absoluto de sus emociones.

Susanô siguió el rumor de su kimono, deslizándose como nieve apenas pisada por un ave, sin evitar revivir la profunda sensación de fealdad de su propia persona.

—La gentil Ueno ha tenido la generosidad de acompañarme —dijo la hermosa inclinándose levemente ante Yoshida.

—Mi casa se honra con vuestra presencia, señoras —respondió Yoshida inclinándose a su vez ante ambas—. Pasad, nos espera un aromático té de jazmín.

Como en un sueño destilado por el perfume de aquellas dos mujeres, especialmente el de Kawasemi, Susanô y Hanzaburo siguieron los pasos de la comitiva hasta el delicado salón donde un servicio de té descansaba sobre una pequeña mesa lacada.

Cuando todos se aprestaban a sentarse, Shuzai, aparecido sin que supieran cuándo, interrumpió el hechizo.

—Yoshida-sama. —Se inclinó ante su tío—. Os ruego me permitáis unos minutos

a solas con Kawasemi.

Susanô lo miró desconcertado.

Hanzaburo le dedicó una sonrisa que agudizó las puntas de sus orejas.

—Mandaré que os sirvan té en mi estudio.

—Gracias.

Por las miradas entre la hermosa geisha y Shuzai, Susanô comprendió que la mujer ni era una cortesana más, ni una desconocida para su amigo. ¿Su amante?

No logró concentrarse en la amable conversación sostenida con Ueno y los demás. Sus ojos, por más que lo intentara evitar, se disparaban en dirección a la puerta cerrada donde los dos habían entrado.

Un tiempo indefinido más tarde, Shuzai salió solo del estudio de su tío.

—De nuevo os interrumpo, Yoshida-sama. —Se inclinó nuevamente y a todos les pareció ceremonioso en exceso dados los lazos familiares; Susanô percibió inquietud en los ojos de su amigo—. Desearía que mis amigos nos acompañaran en tu estudio.

—Bien. —El tío se levantó con ligereza pese a la edad—. Yoyio y yo pensábamos mostrarle a Ueno los nuevos árboles que preparamos para la ampliación del jardín.

Yoshida no pareció sorprendido, ni con la primera ausencia de su sobrino, ni con la nueva petición.

Cuando entraron en el estudio, Susanô percibió en el aire el inequívoco aroma de las lágrimas. Cierto que el rostro de la mujer permanecía sereno, impassible, pero, al menos a él, le quedó claro que entre su amigo y la geisha la conversación había resultado dolorosa.

—Kawasemi conoce bien a Shozo Masashi —comenzó a decir Shuzai mientras se sentaba y los otros dos lo imitaban—. Incluso puede favorecer que nosotros entremos en contacto con él.

—Presume de ser un gran jugador de Go —añadió la dama.

—¡El destino te apoya, hermano! —exclamó Shuzai apretando el brazo derecho del amigo.

—Shuzai me ha dicho que sois un buen jugador. —Los ojos de la mujer observaban con intensidad a Susanô.

—Algo —musitó azorado.

Le extrañó sentir el deseo inmediato de hablar, a solas, con la hermosa mujer. Una conversación de amigas llena de confidencias. Naturalmente, algo imposible. A veces, se descubría observando los movimientos de las más hermosas, no por deseo, ni siquiera envidia, sino para tratar de imitarlos a solas.

Susanô comprendió, con absoluta claridad, cómo los finos hilos tejidos por Tsuchigumo habían diseñado la caligrafía perfecta para llevarlo hasta su enemigo. Tras arrancarle la promesa de aquel pacto que creyó sin sentido entonces, la Mujer Araña dispuso que en su preparación como samurái se incluyeran no sólo

conocimientos capaces de añadir nobleza a sus armas, sino un profundo dominio de un juego que, ilusamente, había creído una simple distracción de Kamakura. Tras convertir su cuerpo de campesina en el de un samurái, dispuso su partida al castillo del daimyo Hokusai Katsushika donde trazaría amistad con Shuzai, el más indicado, como ahora comprobaba, para penetrar los secretos de Nagasaki y llegar hasta el corazón de su venganza.

Sintió un estremecimiento que dejó frías sus manos y pálido su semblante.

¡Ni el más pequeño de los pasos se había dejado al azar!

Pero, si eso era así, ¿dónde encajaba Hanzaburo?

—No podréis confiaros. —La mujer omitió preguntar por lo demudado de su rostro—. Es un hombre peligroso y taimado, cuyos negocios y redes de influencias no siempre aparecen visibles.

Susanô se inclinó hasta tocar el tatami ante la mujer.

—¿Cuándo podré verlo? —preguntó sintiendo que el tiempo y la sangre de sus venas se precipitaban en una carrera descontrolada.

—Ahora está fuera. —Un sudor frío recorrió la espalda de Susanô por debajo de la piel de serpiente—. Dentro de tres días ha concertado una nueva cita en la Casa del Té Blanco.

—Es el lugar donde trabaja Kawasemi —concluyó Shuzai.

—Allí no están permitidas las armas —la mujer hablaba con serena solemnidad, sin alterar el tono de la voz—. Ni siquiera aquellas que podáis llevar camufladas. Todos los visitantes son escrupulosamente registrados antes de poder entrar.

—¿Incluso Masashi?

—Todos.

—Bueno, eso al menos nos deja en igualdad de condiciones —la voz de Hanzaburo sorprendió a todos—, porque imagino que no entrará Susanô a solas, ¿verdad?

—Prepararé la invitación para los tres.

A esa frase siguieron unos minutos de silencio. La tarde entraba en el ocaso.

—He de irme —dijo al fin la geisha.

Hanzaburo y Susanô se inclinaron ante ella, el samurái le murmuró unas palabras de gratitud y ella no pudo evitar un delicado comentario ante el Hijo del Zorro.

—Sois realmente sorprendente, Hanzaburo-sama.

—Lo sorprendente, señora, es vuestra belleza.

No se ruborizó como Yoyio, se limitó a sonreír. Su instinto le dijo a Susanô que aquella era una mujer con el amor perdido; una mujer cuyas fuerzas para vivir y acicalarse se colgaban de un deseo superior a cualquier otro. Un deseo similar a la venganza.

Mientras se retiraba, no pudo evitar mirar a Shuzai y Kawasemi, quietos y apenas

iluminados por la luz de una lamparilla de aceite. Algo en ellos los hacía similares.

Pero no supo decir qué los hermanaba.

Decidieron esperar a su amigo sentados tras la puerta corredera, de este modo Susanô pudo escuchar las inquietantes palabras de despedida.

—Te lo ruego, ten cuidado —ese era Shuzai.

—Nunca me separo de mi kaiken —respondió ella.

La preocupación de su amigo y la determinación de la mujer, dueña de una kaiken, abatió el espíritu de Susanô. Por el leve movimiento en los hombros de Hanzaburo, supo que también el Hijo del Zorro escuchó las palabras.

Ahora sí resultaría útil su abanico de hierro.

MOVIMIENTO EN LA D ESHIMA

Esa noche, Shuzai y Susanô iniciaron una costumbre que se convertiría en ritual durante los años siguientes. Yoyio les llevó, después de la cena, un tablero de teka y un cuenco de calabaza con las piedras: ópalos blancos y negros.

—¿Qué has averiguado de Shozo Masashi? —preguntó Susanô.

—Más o menos, que todas tus sospechas eran ciertas. —Movi6 una piedra que retumb6 sobre el tablero como el bast6n de Kamakura—. Negocia con los b6rbaros, oficialmente, seg6n los l6mites otorgados por el Shogun...

—¿Oficialmente?

—Quienes lo conocen sospechan que sus transacciones no se limitan al cobre, o los objetos de jade.

—Pero existe una Magistratura que controla ese comercio. —Susanô agradeci6 los pergaminos entregados por Yoshida.

—S6. —Shuzai encogi6 los hombros—. Tambi6n existen los sobornos.

—¿Al magistrado representante del Shogun? —le parecia totalmente imposible.

—Bueno, existen letrados, registradores de mercanc6as...

—Ya. —Eso tranquiliz6 algo a Susanô.

—¿Tienes alg6n plan previsto, hermano? —Levant6 los ojos hacia 6l—. Vamos, adem6s de jugar y derrotarlo al Go. —Pese a sonre6r, la mirada de Shuzai semejava el vientre insondable del oc6ano.

—A6n no. —Vagamente comenzaba a perfilar uno.

—Shozo es un adicto al juego, pero no s6lo al digno juego del Go. Visita tabernas portuarias y casas de prostitutas donde se juega a los naipes. —Las manos de Susanô se crisparon recordando a su dulce hermana—. ¡Presume de ganar siempre! —Shuzai encerr6 a un grupo de blancas en el tablero con un solo movimiento, algo que Susanô ten6a previsto para hacerlo caer en su propia trampa—. Y no s6lo frente al tablero de Go, tambi6n con los naipes o los dados. Aseguran que hace trampas, pero en esos lugares no est6n prohibidas las armas y siempre va rodeado de una corte de mercenarios.

—Yo tambi6n puedo jugar a los naipes.

—¿En tabernas y prost6bulos? —Susanô afirm6—. Te arriesgas a que te corten la cabeza, hermano. O a los dos.

—Primero habr6 de ganarme su confianza.

—¿Le dejar6s ganar?

—Se lo pondr6 dif6cil para que su victoria le parezca a6n m6s grandiosa.

—¿Y despu6s?

—De alg6n modo, he de conseguir, cuando se conf6e, que decida hacer apuestas importantes.

—¿Vas a arruinarlo con el juego?

—No. —Susanô clavó los ojos en su amigo—. Tan sólo pretendo una determinada apuesta.

—También hemos de lograr la amistad del magistrado —las palabras de Shuzai retumbaron oscuras.

Al día siguiente, Hanzaburo, que había salido de la casa antes de la hora del Conejo, llegó, agitado y nervioso, buscó a los dos samuráis que paseaban por los senderos del jardín sin pensar en otra cosa que el encuentro con Masashi.

—¡Tenéis que venir! —gritó al verlos.

—¿Se ha abierto la tierra a tus pies? —preguntó Shuzai divertido.

—Está entrando en la Deshima uno de los barcos bárbaros...

Así era conocido el puerto flotante donde los extranjeros atracaban sus barcos de cargas y mantenían un retén de los suyos, junto con almacenes y dependencias varias.

Salieron corriendo. Bajaron las cuestas hasta el puerto esquivando a todo tipo de personajes circulando pesadamente por las calles de Nagasaki. Tres hombres lanzados a una carrera por cuestas y escaleras, sin sirvientes ni protección. Cuando llegaron al puerto, un muro de curiosos y algún soldado del escaso rango impedían ver las actividades del barco extranjero.

—¡Por allí! —Y Shuzai señaló una pequeña loma que servía de triángulo a la Deshima con un pequeño puerto pesquero.

Corrieron hasta la loma, por fortuna desierta en ese momento, y contemplaron la maniobra de ataque del barco. Su envergadura convertía a las embarcaciones de pesca y los sampanes en ligeros mosquitos. Shuzai veía en aquellos barcos, en las pelambreras amarillas y naranjas de aquellos bárbaros junto con el trajín de docenas de hombres a la espera de ser requeridos para llevar la carga hasta los almacenes, el mayor peligro para la integridad del suelo japonés; lo peor, para el samurái, era comprobar la fascinación de los japoneses por los usos y costumbres degenerados de aquellos intrusos.

Ni siquiera imaginaba lo acertado de sus temores.

Una vez situada toda la mercancía en ellos, una comisión de la Magistratura, con el magistrado Shiroyama a la cabeza, comprobaba que las mercancías eran las pactadas y se realizaba el primer traslado a los almacenes de la Deshima.

En medio del bullicio, a todos, salvo a Hanzaburo, les pasó inadvertida una maniobra extraña desde el barco: desde la popa, unos cuantos marineros hacían descender hacía un sampán varias voluminosas cajas que parecían sumamente pesadas.

—Hermanos, mirad allí. —Y Hanzaburo señaló hacia el lugar donde el sampán se esforzaba por mantener el equilibrio reagrupando las cajas.

—Los rumores eran ciertos —murmuró Shuzai torciendo la boca.

—¿Esas son las mercancías de...?

—¿De quién si no?

—Pues las llevan en dirección contraria —añadió Hanzaburo comprobando que el sampán, con la mercancía oculta bajo el toldo, enfilaba en dirección al pequeño puerto pesquero.

—¿Dónde...? —Susanô comprendía la certeza de los sucios manejos de su enemigo, por más que tal proceder le parecía falto de cualquier honor.

—Pues imagino que a los almacenes propiedad de ese traidor.

—¿Y las descarga ante los ojos de todos? —Hanzaburo abría los suyos asombrado.

—¡No existe modo mejor! —La sonrisa en la boca de Shuzai se tornó mueca.

—Sigue los principios del Go —murmuró Susanô imaginando las dificultades para enfrentar a quien manejaba la sutileza y la osadía con tanto equilibrio—. Nadie mira aquello que se muestra claramente a sus ojos. —Hizo un gesto con la mano—. Todos miran la piedra principal y se les escapa el movimiento de las piedras menores.

—Un cazador solitario utilizando la caza del grupo —murmuró Hanzaburo recordando, a su vez, los consejos sobre estrategia de Kitsune.

—¿No deberíamos avisar al magistrado? —preguntó Susanô.

—¿Con qué pruebas? —preguntó a su vez Shuzai—. Ahora es más urgente que nunca lograr la confianza de Masashi, hermanos —añadió.

Shuzai imaginó que su amigo ya tenía ideado un plan. También él debería comenzar a mover sus propias fichas; tan sólo le dolía no poder comentarlas con su amigo.

Para Shuzai, los enemigos eran mucho más peligrosos que el mercader Shozo Masashi. Más poderosos y, sobre todo, mucho más ladinos y ocultos.

—¿Cuánto tiempo...? —La mirada de Susanô se perdía por un mar sin horizonte. La vela del sampán había desaparecido.

—Primero los escribas van a los almacenes de la Deshima, contabilizan la mercancía de nuevo para evitar que se realicen trueques durante el desembarco...

—Como el que se produjo ante sus propias narices —masculló Hanzaburo.

—Comprueban que sea la misma, en especies y cantidades, que se firmó con el magistrado. —Susanô se había vuelto de piedra—. Como mínimo faltan dos semanas antes de la reunión con el magistrado, donde se distribuye la venta entre los mercaderes que previamente han pagado el tributo para adquirirlas. Después se negocia la firma de los siguientes acuerdos.

—Pero...

—Shozo Masashi no cometerá la imprudencia de moverse hasta la fecha de los nuevos acuerdos.

—¿Y la mercancía?

—Si es tan importante como parece, dudo que la ponga en otras manos, al menos sin su vigilancia directa.

—¿Qué puede haber en esas cajas? —la pregunta de Hanzaburo no esperaba respuesta.

Susanô apenas volvió a pronunciar palabra alguna. Se dispensó de las comidas y la compañía de los demás. Ni siquiera la música de Yoyio se escuchó ese día en la casa. Sentado en la posición del loto, el samurái ayunaba, se preparaba para el combate que había transformado su vida; un combate más difícil porque las armas no serían ni la espada, ni el arco, ni siquiera los pequeños cuchillos.

A solas, comprobó la eficacia del abanico y agradeció la precaución de Tsuchigumo. Deseaba, con todas sus fuerzas, ver el rostro de Chikako, pero aún faltaban días para la luna llena.

De alguna manera, los otros dos repitieron el silencio y la soledad de Susanô.

Flotaba en el aire una nube cargada de premoniciones que terminaría en una lluvia capaz de borrar el destino de algunas vidas.

Todos se deslizaban por un delicado tapiz donde se dibujaban sus vidas cruzadas. Los hilos de todos ellos trataban de contener la desgracia de los propios, tendiendo celadas a los enemigos y puentes a los amigos. Tal vez los dioses, o los seres mágicos, o los kamis guardaban una visión completa del tapiz. Ellos sólo veían sus propios hilos.

Quienes se limitaban a tejer el futuro desde el presente acumulaban sus fuerzas y cumplían con el papel destinado.

En el tablero de ese presente, todos parecían tejer redes de apoyo a Susanô. Sin embargo, también se tejían otras venganzas y se buscaba saldar otras deudas.

Tan sólo al final de la partida podría verse, con claridad, el verdadero papel de cada uno en el juego.

EL CAMINO DEL GO

Kawasemi había preparado el encuentro creando una atmósfera entre misteriosa y heroica en torno a la figura del Samurái del Dragón; incluso dos de las geishas de la casa recitaron poemas que hablaban de sus gestas al servicio del daimyo Hokusai.

La Casa del Té Blanco se encontraba en una ligera colina que enfrentaba el palacio de la Magistratura. Se accedía por una empinada escalera tallada en la roca e iluminada por decenas de farolillos encendidos, todos los días, a la hora del Cerdo, justo cuando se abrían las puertas de la Casa. La entrada de la inmensa y lujosa Casa, la más famosa de Nagasaki, la custodiaban hombres armados, alguno incluso antiguo samurái convertido en ronin, que comprobaban la ausencia de armas en quienes entraban e intervenían en el supuesto de algún altercado en el interior, aunque tal supuesto escasas veces se diera porque las normas de cortesía rara vez se rompían en aquel refinado lugar.

Esa noche, en el interior de la misma, casi podía tocarse una atmósfera diferente a la de otras noches. En el aire flotaban avisos y fantasmas. Las mujeres de la Casa, desde las más jóvenes hasta la Okasan, habían esmerado aún más la máscara de polvos de arroz en su cara, tejido los cabellos más ceremoniosamente y vestido los kimonos más llamativos.

El salón principal de la Casa, inmenso en sus cien tatamis y del cual partían unas cuantas estancias privadas utilizadas para clientes especiales tras el primer té en el salón principal, mostraba los adornos de los días especiales: habían colgado tapices de seda e inmensos pliegos de papel de arroz con antiguas y delicadas caligrafías; colocado primorosos farolillos de papel hasta convertir la estancia en un día soleado y cálido. Al fondo del salón sobre una elevada esterilla y sobre ella a su vez un palanquín primoroso, la Okasan de la casa, como siempre, vigilaba que todo luciera impecable. La Okasan casi nunca estaba a la vista de los clientes, su palanquín se ocultaba tras espesos cortinajes de seda verde que impedían su visión. Algunos dudaban incluso que ella estuviera presente todas las noches, y, salvo en excepcionales ocasiones y ante clientes de rango muy especial, los cortinajes jamás se descorrían.

Desde los cortinajes verdes, hacia uno y otro lado del círculo, un nutrido grupo de mujeres interpretaban dulces melodías que cubrían el murmullo de las conversaciones y las breves risas de las geishas.

Shozo Masashi llegó especialmente alegre esa noche a la Casa del Té Blanco. Las cajas descargadas a escondidas serían el principio de un nuevo tiempo donde él sustituiría al viejo poder de todo Japón. Él, que ni había nacido en noble cuna, ni pudo ser samurái; él, que hubo de construirse un imperio basado en su falta de escrúpulos y su talento para crear alianzas ventajosas; él, cuya fortuna envidiaba el

propio Shiroyama, quien lo despreciaba y lo necesitaba a partes iguales; él, que podía permitirse enviar mensajeros en busca de remotas niñas, las más hermosas, para convertirlas en su propiedad.

Él, jugador, tramposo, asesino, ladrón, traidor, mentiroso; señor de todos los vicios.

Pero sobre todo, él, que había diseñado el plan perfecto para terminar con las viejas figuras de poder en aquel suelo considerado sagrado. Un plan desconocido incluso por sus servidores más fieles y cercanos.

Él era, definitivamente, uno de los hombres más temidos en Nagasaki y, sin duda, el más odiado por su crueldad a veces gratuita, sus groseros vicios e incluso su aspecto monstruoso. No demasiado alto, corpulento en exceso, con un rostro no sólo falto de gracia, sino surcado de profundas arrugas que dibujaban la faz de una máscara diabólica; sus piernas cortas y curvadas convertían sus andares en los de un ganso torpe; su voz, como sus carcajadas, hacía temblar a quienes lo escuchaban. Pero eran sobre todos sus ojos, diminutos y casi rojos por la infinidad de venillas que rodeaban su iris, los que producían más pavor; los ojos de un demonio.

Lo odiaban, lo temían. Y lo desconocían. Nadie conocía sus auténticas intenciones. Ni su origen, salvo por rumores. Ni cómo había llegado a acumular tanto poder y riqueza, salvo por los mismos rumores.

Un rumor no es una certeza. Una traición no descubierta puede dar origen a un nuevo imperio.

Shozo Masashi, en realidad, no se fiaba de nadie, porque nadie debería fiarse de Shozo Masashi. Tampoco despertaba ningún afecto, ni, por supuesto, la menor admiración. El pavor de los demás era su baluarte y su coraza.

Tal vez por eso, sintió una punzada de envidia cuando descubrió el alboroto que levantaba en la casa aquel supuesto héroe aún sin asistir al lugar. Incluso la esquiwa Kawasemi abandonaba su mutismo para loar sus atributos.

—¿También juega al Go? —preguntó a Kawasemi, sentada a su mesa mientras le servía el famoso té blanco con aroma de cerezas y cuerpo de seda, cuyo secreto nadie conocía fuera de la Casa.

—Aseguran que es imbatible —murmuró inclinándose mientras sentía el tacto de la pequeña kaiken bajo su obi.

—¡Lo dudo!

Para el rico mercader, hijo de una lavandera que nunca deseó su nacimiento, el juego del Go se había convertido en algo similar a un atributo de nobleza, el único a su alcance. Había pagado a los mejores maestros para lograr comprender la complicada filigrana de dos imperios circunscritos a una tabla de madera y unas simples piedras.

—¿No vendrá a visitar la casa más famosa de Nagasaki?

—Creo, Shozo-sama, que nos honrará esta misma noche con su presencia.

El kimono de seda gris perla acariciaba el aire con un ronroneo de nieve. Kawasemi había puesto especial cuidado esa noche en todo su atuendo; de este modo dejaba clara la importancia concedida a la visita del Samurái del Dragón.

Como si las preguntas del mercader lo hubieran anunciado, entraron tres hombres en el salón principal y estalló un silencio tan estruendoso como una tormenta marina rompiendo en la costa.

Pese a vestir kimonos, sobre estos lucían sendas kataginu de amplios hombros que aumentaban su presencia física. No llevaban armaduras, sin embargo, hasta su sombra dejaba claro que no eran simples hombres. Especialmente Hanzaburo.

Acudieron a su encuentro dos hermosas geishas que, tras inclinarse, indicaron con sus brazos el lugar donde se suponía vigilaba la Okasan. Los tres se encaminaron hacia las cortinas de seda bajo la mirada incrédula de todos los presentes. En la Casa, la que los días en que fondeaba el barco extranjero en la Deshima se encontraba llena de visitantes, en pequeños grupos y acompañados por una o varias muchachas; en los reservados, aún se encontraban escasos clientes. Se descorrieron las cortinas y, desde lo alto de su palanquín, la Okasan se inclinó ante los tres visitantes.

Kawasemi sonrió agradecida por el favor concedido de la dueña de la Casa, mientras Shozo Masashi sentía una dolorosa punzada en su estómago: podía comprar poder, influencias, incluso el temor generalizado, pero jamás lograría el admirado respeto de aquellos tres recién llegados.

Permanecieron unos minutos intercambiando cortesías con la Okasan, una hermosa y madura mujer que aún conservaba un rostro de porcelana junto a la prestancia de una antigua bailarina.

—¿Podrías invitarlos a mi reservado? —preguntó Masashi a la solemne Kawasemi.

—Al menos, puedo intentarlo. —Y se inclinó ante el obeso mercader.

—¿Qué razones tendrían para negarse? —preguntó indignado.

—Lo ignoro, Shozo-sama —respondió inclinándose.

—Vamos, vamos...

La mujer se levantó y avanzó con pequeños pasos en dirección al trío, satisfecha por los buenos resultados de la treta ideada junto a Shuzai. Tan sólo por ver el rostro azorado y la voz ofendida del cruel mercader, todo había merecido la pena. Había ofrecido incienso a los dioses rogando que se cumplieran los planes de Susanô. También los propios, que incumbían a Shuzai.

Mientras la geisha más codiciada de la casa avanzaba hacia el grupo, el resto de las mujeres decidió retirarse. Las cortinas de la Okasan se cerraron tras la inclinación de Kawasemi.

La mujer informó a los recién llegados señalando con su mano derecha el lugar

donde se encontraba el hombre que todos habían ido a buscar, después se inclinó y esperó unos segundos para que el falso asombro y meditación de los tres resultase creíble.

Fue Susanô quien dio los primeros pasos en dirección al hombre más odiado, tratando de mantener la calma, la serenidad en el rostro y los pasos medidos. Su kimono de un gris azulado brillaba con cada movimiento de sus pies y la kataginu, cruda seda en negro con diminutos dragones bordados en oro y seda roja, lo señalaban más que como samurái, como príncipe.

Hanzaburo había elegido el blanco y el verde, la muerte y la vida, para sus ropas. Sus ojos de ámbar brillaban como pequeños soles contenidos y su pelo lanzaba destellos azulados.

Shuzai había optado por un kimono de seda rojo, obi y kataginu negros, pero los bordados, hojas de cedro, estaban realizados con hilos de plata.

Todas las mujeres de la Casa deseaban ser invitadas a la compañía de aquellos hombres.

—He recibido el honor de ser invitado a vuestra mesa —dijo Susanô inclinándose levemente ante Masashi.

—Quisiera invitaros a una partida de Go —intentaba que sus palabras, sin llegar a mostrar la rabia y envidia que lo agujoneaban, resultaran frías y distantes.

—No soy el mejor jugador —respondió casi en el mismo tono Susanô deseando motivarlo aún más para la partida—. Creo que deberíais buscar un rival más adecuado. —Se inclinó como si fuera a darse la vuelta.

—¿Os asusta jugar conmigo, Samurái del Dragón?

Susanô sonrió.

Contuvo unos segundos la respiración.

Imaginó el placer de derrotarlo y después abrir el grueso vientre del mercader con su katana.

—No me asusta perder, si a eso os referís —respondió adulando la vanidad del monstruo.

—Bien. —Hizo una mueca semejante a una sonrisa que aumentó la sensación de máscara en su rostro—. Por desgracia, en esta honorable Casa, las apuestas están prohibidas. —Lanzó un suspiro—. Pero podemos jugar por el placer de la victoria.

—Acepto —concedió Susanô.

—¡Excelente! —Se frotó las manos como un vulgar carnicero ante una bestia muerta a quien desollar—. Seguidme, pues. —Se levantó con torpeza—. Y vuestros amigos, claro. —Se giró hacia la geisha—. Imagino que contaremos con vuestra compañía para que juzgue la suerte del juego.

Kawasemi se inclinó.

Eres el peldaño de otra montaña, se dijo a sí misma sin modificar la leve sonrisa.

El reservado a donde los guio Kawasemi resultaba acogedor, íntimo, casi familiar. El ambiente, fomentado por la cortesía de las geishas, relajaba los ánimos de los visitantes. Las normas de la Casa impedían servir sake, pero la variedad y calidad de los tés compensaba la carencia: para cada momento y estado de ánimo, se servía una infusión de aroma, sabor y textura diferente.

Muy lejos quedaba el ajetreo de Nagasaki, la contaminación de los bárbaros con sus creencias, idioma, cultura y hasta presencia física tan diferente como una ofensa al sagrado suelo de Japón.

Una jovencísima geisha, ataviada con un kimono rosa sobre el cual flotaban diminutas nubes pintadas, trajo el cuenco de calabaza con las piedras; otras dos portaban la mesa del tablero, brillante y encerado, de madera de cerezo. Kawasemi vigilaba que todo y todos estuvieran en su sitio, que los cuencos del té siempre estuvieran llenos y que la música no interrumpiera las conversaciones.

Aunque sería mejor decir el silencio.

Shuzai y Hanzaburo, sentados tras Susanô en sendos cojines, se limitaban a mantener la quietud de los dioses ante las plegarias de los humanos. Masashi, acompañado por dos hombres con aspecto de esbirros mercenarios pese a los buenos ropajes, trataba de imitar los gestos de los primeros, por más que las cicatrices de su rostro impidieran alguna dignidad en ellos. Ni siquiera dos pertenecientes a la baja clase de los hinin como ellos deberían tener acceso a la Casa de Geishas más importante de Nagasaki.

Susanô y Masashi comenzaron la partida.

Tras dos movimientos atrevidos por parte de Susanô y de comprobar que su adversario se limitaba a un juego ofensivo en busca de una victoria rápida, decidió concedérsela después de dejarle claro que las retaguardias son un lastre capaz de impedir la victoria.

Shozo comprendió que se enfrentaba a un contrincante diferente a todos: astuto y audaz a la par; prudente y cauto. No sería una victoria fácil. Y eso estimulaba, aún más, su vanidad.

—Sois buen jugador, samurái.

Susanô se inclinó levemente sintiendo arcadas ante el aliento de quien podría destrozar la vida de su hermana.

—No es prudente avanzar sin vigilar los puentes de la retaguardia —respondió el Samurái del Dragón.

—Sin audacia, no existe victoria —repuso Shozo.

—Tal vez, un buen jugador debe llegar a la partida desprendido de cualquier deseo de victoria.

La carcajada de Shozo Masashi rompió el equilibrio del reservado; fue como el

estallido de una tormenta en medio de un plácido día primaveral. Kawasemi a duras penas pudo reprimir su contrariedad, pero el oficio obligaba y no se podía dejar al descubierto la grosería del visitante.

—Les propongo, dada la hora, un relajante té de loto.

La frase, pronunciada con dulzura de miel, dejó más al descubierto la grosería del mercader que el más severo gesto de repulsa.

Kawasemi realizó un imperceptible gesto a una de las jóvenes muchachas, la cual se levantó y reapareció con una tetera de hierro lacado que perfumó el aire. La geisha miró a Shuzai: los ojos de los dos mantenían un diálogo codificado y tan sólo comprensible para ellos.

Hanzaburo percibió los mensajes: aquellos dos no sólo se conocían, sino que ocultaban un plan, paralelo tal vez, al plan general de ayudar a Susanô en su venganza.

Dos horas más tarde, Susanô realizó dos movimientos que terminaron en derrota de las blancas, sus piedras. Tal como había previsto, eso le granjeó un especial privilegio del mercader que se giró hacia sus hombres para recibir sus gestos de aprobación. Después, como resultaba grosero entregar presentes o dinero a las geishas, tan sólo dijo:

—Estimada Kawasemi. —La mujer se inclinó y sonrió—. Mañana enviaré tres hermosos kimonos de seda a la Casa.

—Shozo-sama, vuestra generosidad os precede como una sombra, sin embargo, no es necesario. Vuestra presencia en esta Casa es el mejor de los regalos —aseguró inclinándose.

—¡Bah! —Miró a Susanô e intentó un gesto de complicidad—. A las mujeres hermosas es necesario regalarles objetos hermosos, ¿no os parece?

—Creo que cualquier seda, por hermosa que sea, siempre quedará pálida ante la belleza de la señorita Kawasemi.

—Vaya, veo que no sólo sois buen jugador de Go, además de afamado samurái, también sois galante como un poeta. —Intentó un aplauso mudo con sus gordas manos—. ¡Bien!

Susanô inició el acto de levantarse.

—Un momento. —Masashi lo retuvo—. Ha sido muy placentero jugar con tan buen jugador, pero —la respiración de los tres amigos se contuvo— creo que añadiría cierto interés al juego poder realizarlo con alguna apuesta.

—Shozo-sama —intervino Kawasemi inclinándose brevemente—, las normas de la Casa...

—Ya, ya. —Manoteó en el aire, después clavó sus pequeñas pupilas en Susanô—. Y una taberna no sería lugar apropiado —pareció pensar algo que ya tenía decidido—. Me gustaría invitaros a mi propia casa, para otra partida de Go.

Susanô fingió calibrar la respuesta, sin embargo, su corazón latía como un tambor en el campo de batalla: ese era el segundo paso. Y lo había dado su enemigo.

—Naturalmente, vuestros amigos pueden asistir. —Miró a los dos sentados a la espalda del samurái—. Incluso podríamos invitar a la hermosa Kawasemi. —La aludida asintió—. Si la Okasan lo permite, claro. Incluso —achicó los ojos para dar relevancia a su siguiente frase—, incluso, podríamos invitar a mi buen amigo el magistrado Shiroyama.

No pasó desapercibido, ni a Susanô ni a Hanzaburo, el ligerísimo movimiento en los hombros de Shuzai y de Kawasemi.

¿Qué asunto tenían ambos pendiente con el magistrado de Nagasaki? El representante del daimyo de la comarca y, a su vez, del Shogun, cuya honorabilidad ni siquiera podía ser cuestionada.

—¿En qué consistirían las apuestas? —preguntó Susanô.

—No es necesario que sean bolsas de oro —su boca se torció en un gesto ladino—, también pueden ser objetos, o naderías... Lo de menos es el monto de la apuesta, ¿no creéis?

—De acuerdo. —Nada podía ajustarse más a sus deseos.

—Bien, entonces, mañana os espero en mi humilde casa a la hora del Cerdo.

Apropiada hora, pensó Susanô inclinándose.

—Decidme a dónde enviar alguno de mis servidores para recogeros.

—No es necesario —intervino por primera vez Shuzai.

—¿Sois de Nagasaki?

Shuzai se limitó a inclinarse.

Esa noche Susanô recurría, por primera vez, a la bolsa de cuero para llenar otra con monedas de oro. También una exquisita joya de jade.

LA ESPADA MURAMASA

La casa de Shozo Masashi era suficientemente conocida en la ciudad, y lo bastante ostentosa como para ser vista casi desde cualquier colina. En realidad, el palacio de la Magistratura, la Colina de la Casa del Té Blanco y la casa del mercader formaban un triángulo: norte la Casa del Té; este el palacio y oeste la del mercader. El triángulo más envidiado y temido de Nagasaki.

Ni Shuzai ni Hanzaburo preguntaron a Susanô por sus planes. Ya habían comprobado el efecto causado por la victoria en su enemigo e imaginaban una estrategia de derrotas provocadas para ganar terreno.

Docenas de guardias custodiaban el patio de la casa, más en una ostentación por parte de Masashi que ante el temor de una encarnizada defensa entre sus muros. El ala oeste la ocupaba un edificio de madera, sin ostentaciones pero capaz de albergar cien carros de heno. Los visitantes imaginaron que debía de servir como almacén para sus mercancías.

A la entrada de la casa, tres jóvenes sirvientes recogieron las hanukas, las capas y las armas de los tres invitados. Excepto la katana, de la cual nunca se desprendía ante otros un samurái.

Los condujeron a un salón de, al menos, setenta tatamis, donde Masashi y el propio magistrado Shiroyama departían de algún asunto divertido a juzgar por sus risas. Shuzai apretó los puños. Kawasemi había decidido declinar la invitación y en el salón se encontraban dos geishas, cada una con un sanshin y otra más, no tan joven y vestida con un kimono de seda morada y hojas de roble bordadas en oro, ocupándose del té.

—Sed bienvenidos —gritó el anfitrión extendiendo los brazos en dirección a los recién llegados—. Por favor, dejad vuestras espadas aquí. —Y señaló a una mesa lacada cubierta con seda.

Los tres amigos colocaron las katanas donde les indicó, justo sobre la pared donde se apoyaba la mesa, Susanô vio colgada una auténtica y antigua espada Muramasa.

Al comienzo de la era Edo, existió un famoso forjador de espadas: Muramasa. Sus espadas de hierro y acero, forjadas según el ritual más antiguo que exigía ayuno del forjador, plegarias y vestir kimono blanco para forjarlas, llevaban dentro parte del espíritu de quien las realizaba, y algo tenebroso ocultaba el espíritu de Murasama pues quienes poseían una de ellas se volvía loco, se transformaba en un ser sediento de muerte, sin respetar las reglas del samurái. El Shogun Ieyasu las prohibió.

¿Acaso Shozo Masashi era el dueño de una espada maldita?

¿Su sed de muerte venía provocada por la espada?

Fuera por pertenencia o por robo, su enemigo guardaba en lugar de honor en su

casa una espada que debería haber sido fundida para evitar su maldición.

Pero aún le resultó más sorprendente descubrir uno de los cascos favoritos de Tokugawa Ieyasu, con el filo de dos hachas en los laterales y una larga punta de lanza en la parte superior. La marca inequívoca de uno de los más grandes guerreros de Japón.

¿Se contradecía manteniendo cerca aquellos dos objetos?

O, simplemente, no respetaba ninguna regla ni prohibición.

—¿Os interesa? —la pregunta de Shozo sorprendió a Susanô, paralizado por la contradictoria visión.

—Me sorprende —respondió inclinándose levemente.

—No se debe creer en las maldiciones.

—¿En qué cree Shozo-sama? —preguntó con un ligero tono de ironía.

—En el poder.

Las palabras cortaron el aire como si el afilado filo de un hacha lo hubiera atravesado.

—Nos espera un hermoso tablero de Go, Samurái del Dragón —dijo el anfitrión señalando el lugar donde Shuzai, Hanzaburo y alguien más los esperaba—. Mi buen amigo, el magistrado Shiroyama, deseaba conocer a tres caballeros tan especiales. — Shozo sonrió y Susanô reparó en el gesto crispado de Shuzai.

—Aseguran que sois un gran jugador de Go —dijo el magistrado inclinándose hacia Susanô.

—Tan sólo un aprendiz —respondió Susanô.

—Veámoslo. —Y, acomodando las amplias mangas de su kimono, señaló un tablero cuyos laterales mostraban un hermoso paisaje de ginkos incrustados en oro.

Susanô conocía lo limitado del tiempo con que contaban, sin embargo, aún le convenía dejarse vencer una vez más. Faltaba conocer en qué consistirían las apuestas.

—Bien. —Shozo se frotó las gordezuelas manos—. ¿Qué nos vamos a apostar?

—He traído esto. —Susanô colocó sobre la mesa lacada que a su vez sostenía el tablero una preciosa fíbula de jade dibujando una katana—. Como aseguró Shozo-sama, el dinero no es propio de caballeros. —Se inclinó—. Pero, si es necesario... — Y extrajo la bolsa de cuero repleta de oro.

—Acepto la joya. —Amusgó los ojos mirando a su contrincante—. Contra mi espada —respondió seguro de su triunfo señalando la espada Muramasa—. Tan antigua como su maldición. —Su boca dibujó algo similar a una sonrisa siniestra.

—Somos testigos —aseguró el magistrado señalando a los dos amigos que inclinaron la cabeza.

Comenzó la partida.

La suave música de fondo dibujaba el marco perfecto de calma; tan sólo el ruido

de las piedras sobre el tablero interrumpía las notas musicales.

Hanzaburo miraba fascinado las filigranas del juego donde se movían dos imperios. Shuzai permanecía con la espalda recta, la mirada fiera y la mandíbula tensa.

De vez en cuando, una de las geishas servía té.

La partida llevaba dos horas y no parecía clara la ventaja para ninguno de los contendientes.

—Creo que sería bueno hacer una pausa —insinuó Masashi.

—Incluso ingerir algún alimento —le siguió el magistrado con la confianza del visitante asiduo.

Dejaron el tablero. El anfitrión hizo una seña a uno de los guardias. La geisha que servía el té se retiró al lugar donde las dos instrumentistas esperaban.

La velada sería larga.

En pocos minutos, dos sirvientes prepararon una mesa adyacente con diversos cuencos donde habían preparado delicados manjares: triyaki de pulpo, diminutas frutas confitadas y dulce de arroz con almendras tostadas; también una botella de sake.

La joven geisha se acercó para servir el sake a los cuatro hombres. Shozo Masashi levantó su taza.

—¡Por el Go!

—¡Por el Go! —brindaron todos excepto Shuzai, cuyos labios no lograron separarse.

Tras dar cuenta del sake y las viandas, aunque, en realidad, del sake se ocuparon el magistrado y el anfitrión, regresaron a la partida.

Una hora más tarde, cuando Susanô creyó haber demostrado ser capaz de vencer a su rival y el gesto de Masashi se iba congestionando por momentos, realizó un par de movimientos, ni siquiera llamativos, que lo llevaron a la derrota. El rostro del anfitrión era una máscara de felicidad cuando se inclinó ante su adversario y recogió la fíbula de jade con una hermosa katana tallada.

—La guardaré entre mis más preciados tesoros —afirmó.

—Seguro que no estará a la altura —respondió Susanô inclinándose.

—¿Más sake? —preguntó solícito y feliz el anfitrión.

—Es tarde para nosotros. —Susanô se erigió en portavoz de los tres y se excusó con una leve inclinación.

—Bien. —Alegre por la victoria ni se inmutó por la negativa—. Será mejor, si desean retirarse, que les acompañe alguno de mis hombres...

—No, no es necesario —respondió Susanô de nuevo moviendo ligeramente la mano derecha.

—¿Cuándo repetimos? Aún permaneceré unos días en Nagasaki y jugar con un

buen jugador de Go es un placer. —Shozo se inclinó ante el samurái, su mirada se tornó diabólica, como si las venillas que rodeaban el iris sangraran.

—Por mí, mañana mismo, si lo deseáis.

—Bien. ¿A la misma hora?

—Aquí estaremos.

Salieron dejando al magistrado y al anfitrión bebiendo una nueva botella de sake.

—¿Qué te pasa, hermano? —preguntó Susanô cuando ya quedaba lejos la casa.

—No me gusta la presencia de esa víbora —no dio ningún nombre y los otros dos imaginaron que se refería a Shozo Masashi.

—Destila veneno en el aliento —repuso Hanzaburo—. No puede ocultar su naturaleza.

—Y luce, en lugar de privilegio, una Muramasa. —Susanô no tenía muy claro qué le preocupaba más ante la imagen de la espada maldita.

—Dudo que alguna vez haya sido samurái. —Hanzaburo levantaba las orejas mientras su pelo acumulaba toda la luz de la luna.

—De todos modos, Susanô, tal vez contemos con menos tiempo del que contábamos. Es posible que la reunión con el magistrado se realice antes de lo previsto —aseguró Shuzai con el ceño aún fruncido.

—Será mañana, Shuzai —respondió el aludido con la mirada perdida en un cielo donde brillaba la luna nueva—. Mañana.

Esa noche necesitaba volver a ver el rostro de su amada Chikako. Sólo el suyo.

A solas sobre su futón, bañado por la blanca luz filtrada a través del papel de las ventanas, Susanô extrajo de entre sus ropas los tres tesoros de su pasado, en realidad, su alma penitente: los trozos de jade recogidos tras haber pisoteado su hermana el regalo del pretendiente, el obi —frotó en él su rostro, *hermana mía*, gimió— y el preciado espejo. Lo limpió, fijó en su pulido cuerpo la vista, cerró los ojos, para pronunciar el nombre, los abrió...

¡Allí está! El rostro dormido de Chikako. Ya no duerme con la sonrisa iluminando sus mejillas; incluso descubre el rastro salado de una lágrima, desde su ojo derecho hasta la comisura de su boca.

¡Te salvaré, lo juro! Susanô aprieta la mandíbula hasta que el rielar de sus dientes le obliga a abrir la boca y tomar aire. *Estoy cerca, muy cerca*, y sus manos se cierran en un puño. Sentía rozar la venganza como la seda del arco en su mejilla cuando lo tensaba para el lanzamiento de la flecha.

Esa noche, por razones diferentes, ni Hanzaburo, ni Shuzai, ni Kawasemi conciliaron el sueño.

Flotaba, similar a una nube negra, un cúmulo de presagios sobre todos ellos. Cada uno a la espera de algo diferente pero que, como en la diana de un lanzamiento, confluía en torno a Shozo Masashi.

Y ahora, giraba sobre el tablero de Go.

Al igual que gorriones suspendidos de un alambre, los sirvientes del mercader esperaban órdenes orillados contra la casa, apostados en el camino de entrada o bordeando el almacén. Los mercenarios contratados para la defensa de Shozo y sus posesiones lucían armas, petos de cuero, incluso armaduras, y rostros contraídos por la tensión.

Todos parecían, también en aquella casa, vivir suspendidos, esperando algún acontecimiento especial.

—Quisiera proponer una apuesta diferente —habló Susanô, una vez instalados los cuatro, pues esa noche no asistiría el magistrado, ante el tablero de Go—. Algo más personal. —Se inclinó levemente ante el anfitrión—. Si os parece.

—¿Vuestra vida? —preguntó con tono irónico y una máscara de sonrisa en su rostro abotargado por el sake y los vicios.

—No tendría inconveniente. —Sonrió Susanô.

La carcajada de Shozo Masashi hizo temblar a los mercenarios que vigilaban en el salón. Casi todos ellos habían sido cómplices en sus primeras correrías, esas que ahora intentaba ocultar con el brillo de su inmensa fortuna.

—Decidme, Samurái del Dragón —siempre que podía elegía el ornato del tratamiento al dirigirse a otros, especialmente a Susanô—. ¿Qué habíais pensado?

—Tenéis fama de haber conseguido las mujeres más hermosas, nacidas en el sagrado suelo de Japón. —El adjetivo «sagrado» colocó un rictus en la boca de Shozo.

—Cierto.

—Quisiera apostar uno de vuestros futuros compromisos...

—¿Los conocéis?

—Sólo uno. —Los ojos del mercader se achicaron—. Incluso hasta mí, ha llegado la fama de una de esas mujeres. —Se inclinó y buscó el tono de voz apropiado para no delatarse demasiado—. Chikako, en el feudo de Yamato...

—Vaya, vaya. —Se llevó una mano hasta la mejilla izquierda—. ¿Acaso la conocéis?

—Sólo la fama de su belleza.

—Sí, es hermosa. —Amusgó los rasgados ojos casi ocultos por la grasa—. Y eso, pese a ser una humilde campesina —guardó unos segundos de silencio. No añadió que su casta era inferior a la de la prometida—. ¡Una joya, amigo mío! —Susanô hubo de controlar el gesto de desagrado—. Pero ante una belleza como la suya, ¿cuál sería vuestra apuesta?

—Mi servicio a vuestras órdenes.

Hubo unos segundos de ingrátida tensión. Hanzaburo levantó la cabeza inclinada

y sus orejas se movieron inquietas; Shuzai apretó aún más la mandíbula, estaban en la recta final. Aquel ofrecimiento suponía una carga de venerable respeto para el mercader: un samurái, instalado ya en la leyenda de los poetas, a su servicio, daría más lustre a su nombre que un cargamento de oro.

También resultaría útil para sus planes; asuntos deshonorosos y desconocidos por los tres jóvenes.

Shozo sonrió, seguro de su victoria, ya se imaginaba viajar precedido por el Samurái del Dragón. ¡No concebía adquisición mejor!

—¡Acepto! —casi gritó.

—Deberían firmar un contrato —la voz de Shuzai sorprendió a todos—. Hacer legal semejante apuesta sería lo más adecuado.

—Tenéis razón. —Shozo hizo sonar una pequeña campana situada siempre a su lado y, al poco, apareció el capitán de su guardia personal.

—Capitán, buscad a un escribano. ¡Pronto!

—Señor. —La duda y el miedo dibujaron regueros de sudor en su rostro.

—Entrega una generosa suma por los servicios —atajó el anfitrión—. Eso hará que abandonen felices sus lechos nocturnos —terminó la frase con una ruidosa carcajada.

Pese a la sorpresa por la petición, el hombre se inclinó y salió veloz en busca del primer escribano que lograra encontrar.

—Brindemos por tan especial apuesta.

—¿No debería registrarse en la Magistratura? —preguntó Shuzai.

—¿Desconfiáis de mi palabra y mi sello en un pergamino? —Shuzai no levantó la cabeza—. Además, mañana mismo lo llevaré en persona. —Miró fieramente hacia Shuzai—. En vuestra compañía, si lo preferís.

Susanô había temido que aquel monstruo se retractara y miraba a su amigo sin comprender la razón de aquella provocación.

La misma geisha de la noche anterior, con el rostro perfectamente maquillado, sin delatar ninguna emoción pese a lo escuchado, levantó las mangas de su kimono rojo emitiendo un sonido de nieve ligeramente hoyada por un ave y sirvió sake en los cuatro cuencos dispuestos. A la vez, las dos compañeras, un poco más alejadas, hicieron sonar sus sashes con una delicada melodía.

Esperando la llegada del escribano, los cuatro hombres fingieron escuchar la música mientras, cada uno, libraba sus propios pensamientos.

Susanô tan sólo pensaba en los movimientos de la partida, porque esa noche no podía permitirse ningún error; imaginaba cada uno como una kata de combate: precisa, ligera, mortal.

Hanzaburo, quien había contado a Kitsune, su padre, la importancia de esa noche en los planes de su amigo, sabía que la manada de zorros aguardaba tan sólo un

silbido suyo para acercarse y atacar.

Shuzai pensaba en Kawasemi, le había hecho llegar una carta con el aviso de que sería esa la noche esperada durante tantos años.

Shozo Masashi, imbuido de soberbia por la confianza en su victoria, sin imaginar siquiera que su adversario, jugando bien las partidas, le había permitido las dos victorias anteriores, tan sólo pensaba en su futura batalla contra el Shogun y sus estúpidas y anticuadas ideas sobre aquel sagrado suelo de Japón. Sonreía imaginando una victoria donde se unirían la tradición más estricta, representada por un samurái de leyenda, y las nuevas armas, conocidas pero no aceptadas, compradas a la compañía extranjera, a buen recaudo, no en su almacén, como podían imaginar, sino en su propia casa.

Casi una hora más tarde, el capitán de los mercenarios llegó acompañado de dos escribanos, asustados pero cargados con sus utensilios: escribanía, papel, pinceles, tinta negra y lacre, gracias a las generosas bolsas entregadas por el lacayo de Shozo.

—Bien, pues podemos comenzar —dijo Masashi.

Los escribanos, acomodados en dos cojines dispuestos por los sirvientes, colocaron en sus rodillas el tablero, los pliegos de arroz, la tinta y los pinceles.

La redacción fue sencilla y rápida. Después, ambos contendientes colocaron su sello sobre la barra de lacre calentada, marcaron su seña en ambos pliegos junto con su firma.

Cada uno guardó en el interior de su obi una copia de tan disparata apuesta.

Los escribanos se retiraron.

La música cesó.

La joven geisha se dispuso a esperar sentada sobre sus rodillas sin atreverse a realizar ninguna oferta, ni de té, ni de sake.

Shuzai y Hanzaburo, seguros de la victoria de su amigo, tan sólo lamentaban no tener sus armas cerca.

Comenzaba la partida capaz de cambiar el curso de todas las vidas allí congregadas e incluso muchas más no presentes.

Susanô sorprendió a Masashi con una imprevista salida: la kata del dragón; el anuncio de una ofensiva al imperio de las piedras negras en toda regla. Después permitió un ligero alivio a su contrincante que no era más que una distracción, porque, escasos movimientos más tarde, las piedras blancas de Susanô capturaron seis negras de su contrincante.

Masashi miró el desastre.

Susanô infiltró un espía tras la frontera occidental de las negras.

Masashi, sin comprender aquel movimiento, lo olvidó y comenzó a trazar una carretera entre su ejército occidental y el central.

Susanô colocó otra pieza, de manera ilógica en apariencia, al sudoeste de la nada.

Masashi sonrió creyendo ver en aquel estúpido movimiento el comienzo de su victoria.

Dos jugadas más tarde, la victoria parecía inclinarse a favor del mercader y la sonrisa dibujaba pliegues de grasa en sus mejillas.

Entonces, Susanô colocó una piedra a escasa distancia de su espía occidental y el incrédulo anfitrión vislumbró, de repente y por sorpresa, las estaciones intermedias de un cerco de piedras blancas dibujándose de suroeste a noreste.

Está fragmentando mi imperio en tres míseros feudos; la rabia tiñó de granate los rasgos de su cara. Puedo intentar el puente...

Justo tras ese pensamiento, Susanô colocó una piedra blanca en uno de los puntos necesarios para ese puente salvador.

¡La batalla dio un vuelco!

Shuzai y Hanzaburo, instintivamente, miraron al lugar donde reposaban la katana de uno y el arco del otro.

—Es el Go quien juega con nosotros, Shozo-sama —murmuró Susanô colocando la piedra de su victoria con un ligero sonido en el tablero.

—¿Cómo...? —Shozo miraba el tablero sin creer lo que le mostraba.

—La sutileza vence a la fuerza —terminó Susanô inclinándose ceremoniosamente.

No necesitaba ostentar una victoria tan aplastante como aquella.

En lugar de la inclinación obligada tras la derrota, Shozo Masashi golpeó el tablero con los dos puños de sus manos y las piedras saltaron emitiendo un repiqueteo similar a una carrera de cayados por el tatami.

Como si el golpe hubiera sido una orden, el capitán, que regresó en cuanto hubo llevado fuera a los escribanos atendiendo una ligera y casi invisible orden de su amo, acercó su espada al cuello de Susanô.

Cuando el capitán disponía el filo de su espada a escasos centímetros del samurái, este extrajo el abanico de su obi, lanzándolo en círculo desde abajo y buscando la muñeca del otro. Las afiladas puntas de sus varillas se desplegaron y cercenaron la mano del capitán limpiamente.

El estrépito de la espada lanzada contra una mesa cerca de la geisha, el grito de dolor y la sorpresa general permitieron que Shuzai y Hanzaburo, con un simple salto, llegaran hasta sus armas y colocaran en el pecho del mercader la katana de uno y la punta de una flecha del otro.

—¿Dónde os queda el honor? —preguntó Susanô levantándose imponente frente a la grotesca figura del mercader aún sentado frente al tablero.

—Tranquilizaos. —Levantó las manos y dibujó una sonrisa—. Mi capitán es un hombre impetuoso que actuó por su cuenta.

El aludido, tirado sobre el tatami, intentaba contener la hemorragia de su brazo sin mano escondiendo el muñón bajo el sobaco del otro brazo mientras miraba implorante a su amo.

—¡Maldito perro! —gritó el mercader—. Por favor, Samurái del Dragón, cortad la cabeza del traidor.

La mirada desorbitada del capitán y su boca abierta sin palabras dejaban patente la nula honorabilidad de quien trataba de librarse de su propia falta de honor cobrando la vida de quien sólo había obedecido sus órdenes.

—Eso, os lo dejo. No me compete —atajó Susanô—. Sin embargo, la apuesta está firmada, ¡entregadme la firma del contrato matrimonial!

—No habrá problema —murmuró levantándose lentamente sin que la katana de Shuzai, ni la flecha de Hanzaburo abandonasen su pecho—. Seguidme, por favor.

—Será mejor que no intentes ninguna otra argucia —amenazó Shuzai—. El filo de mi katana desea más que ninguna otra cosa probar vuestra sangre.

El mercader hizo un gesto y todos, mercenarios y sirvientes, desaparecieron.

—Vete, muchacha, y lleva a tus hermanas —dijo Shuzai mirando a la muy asustada y joven geisha— y, por favor, entrégale esta carta a Kawasemi. Es urgente...

—La joven se inclinó—. Por favor, que sea lo primero que hagáis —insistió.

—Lo haré Shuzai-sama —dijo la joven inclinándose.

—Esperad un momento. —Miró a Susanô y Hanzaburo—. Por favor, esperad, voy a salir para comprobar que ninguno intenta retener a estas mujeres.

—Bien, esperamos —aseguró Susanô.

Sin soltar la katana, Shuzai salió con las jóvenes. Como temía, los mercenarios esperaban armados, pero bastó ver la espada y el rostro de quien la portaba para que abrieran un pasillo y dejaran que las muchachas y el samurái salieran del patio.

—¡Tres caballos! —gritó.

Como salidos de la nada, tres sirvientes trajeron sendas monturas preparadas.

Una vez subidas a los caballos, Shuzai se acercó a quien había entregado la carta.

—Mi vida y la de Kawasemi dependen de la prisa que te des en entregarle esa nota.

—No dudéis de mí —aseguró la joven.

Shuzai esperó, con las piernas separadas y la katana en posición de ataque, hasta ver cómo los caballos se perdían por las calles de Nagasaki. Una vez que tuvo la certeza de que ni las seguían, ni las alcanzarían si se dispusieran a seguir las, regresó al interior de la casa.

La escena permanecía intacta: Hanzaburo con el arco tenso, la flecha señalando el pecho de Shozo Masashi, Susanô con su katana recuperada en una mano y el abanico en otra; las piedras de Go dispersas por el tatami y el hermoso tablero hundido por los puños iracundos de Shozo.

El silencio pesaba como plomo en el aire y la escena se tornaba irreal ante la blanca luz de una luna inmensa filtrándose a través del papel de puertas y ventanas.

—Y ahora, entrégame el contrato de matrimonio —la voz ronca de Susanô rompió el plomo del aire.

—¿Y si no estuviera en esta casa? —preguntó Shozo.

—Entonces tendría que mataros y la ley estaría de mi lado.

—¿Estáis seguro?

—¿Acaso dudarían del honor de un samurái?

Y, para confirmarlo, avanzó dos pasos, la distancia que los separaba y el filo de la katana dibujó un fino surco por la mejilla derecha de Shozo.

El mercader no se movió. Susanô no vio en su mirada la derrota entrevista en la mirada de Kwasi.

La sangre, convertida en un pequeño río, cubrió las solapas del kimono, se introdujo en el pecho del mercader como sudor cálido y resbaló hasta empapar, desde el interior, el obi donde fue retenida.

—¿Por qué ella? —preguntó incrédulo el mercader—. Os puedo ofrecer mucho más que una hermosa mujer, ¡riquezas y poder!

Susanô habría escupido sobre el fétido aliento de aquellas promesas, se contuvo: mejor que la muerte, la humillación definitiva. Si fingía dejarse tentar, tal vez pudieran llegar hasta las cajas sustraídas clandestinamente desde el barco extranjero.

Lanzó una mirada hacia Shuzai. La respuesta del amigo fue una leve afirmación silenciosa.

—Necesitaría pruebas —dijo, y Shuzai no pudo reprimir un suspiro de alivio.

—Veo que, además de un samurái consagrado por los poetas, sois un hombre práctico. —Intentó una sonrisa mientras inclinaba la cabeza ante su vencedor—. Creo que llegaremos a un acuerdo. ¡Seguidme!

Actuaba con la misma soberbia que lo había derrotado en el tablero de Go. Le faltaba práctica en el aprendizaje de los errores. Tal vez porque, desde el día en que logró ser adoptado por un honorable mercader, Shozo Igumi, quien le ofreció un nuevo nacimiento y todos los conocimientos necesarios de la profesión, junto con una pequeña fortuna, Masashi estaba acostumbrado a doblegar el destino a su voluntad. Y lo confirmó el día que envenenó a quien lo adoptó, vendió todas sus posesiones y decidió convertirse en el hombre más poderoso de Japón.

Si no hubiera firmado aquel contrato matrimonial por puro capricho, Susanô no habría llegado hasta él y trocado sus planes. Sin embargo, Masashi ignoraba cómo y por qué se había iniciado el camino de su destrucción. Aún se sentía capaz de doblegar a su favor, una vez más, al destino.

Los tres hombres creyeron que el mercader los llevaría hasta el almacén. Sin embargo...

LA TRAICIÓN AL SHOGUN

Los pasos de Shozo Masashi no se dirigieron al exterior de la casa, sino que se encaminaron hacia otro lugar del interior, sin que las tres armas que lo custodiaban se separaran apenas de su cuerpo.

Los escasos sirvientes que tropezaron en el camino miraban, asombrados y temblorosos, el paso de su amo encerrado entre tres hombres con sus armas apuntándolo. Se inclinaban doblados hasta el suelo y trataban de convertirse en sombras invisibles.

Shozo Masashi, aún convencido de que podría convertir la derrota en una victoria, los condujo hasta un salón de la casa, sin vigilancia en su puerta. Entraron en un lugar totalmente vacío de contenido: tres paredes desnudas, sin ventanas y la puerta de acceso, a diferencia de las otras, de madera maciza, sin rastro de papel. Caminó hasta el centro de la estancia donde una casi invisible argolla permanecía, en apariencia sin sentido, sujeta a uno de los tatamis.

Cuando se inclinó hacia la argolla, Hanzaburo lo obligó a levantarse de nuevo.

—¿Qué intentas? —preguntó Susanô.

—Tan sólo mostraros el secreto que puede cambiar vuestras vidas —sonrió—. Y el propio destino de Japón.

—¿Ahí? —preguntó Shuzai señalando el tatami.

—Bajo este tatami se oculta la entrada al lugar más secreto de mis tesoros...

—¿También el contrato matrimonial? —preguntó Susanô.

—También. —Lo miró—. Os aseguro que no tengo ningún inconveniente en cederos a esa vulgar, eso sí, hermosísima, campesina. Ya que tanto empeño tenéis.

A punto estuvo de hundirle la katana en el corazón; lo frenó un leve gruñido de Shuzai.

—Vuestro amigo tiene razón —y la voz del mercader se tornó meliflua, similar a la de una doncella tratando de frenar los ardores de un combate amoroso—. Bajemos, hablemos, os entrego el contrato —dijo mostrando un resto de asco al mencionarlo—. Después, decidís.

—Un solo gesto en falso y mi flecha será más rápida que vuestro pensamiento —advirtió Hanzaburo.

—Conozco mis desventajas —aseguró Shozo.

Su actitud parecía desmentir tal conocimiento.

Un leve tirón de la argolla levantó una trampilla. Susanô recogió dos de las lámparas encendidas en la estancia vacía, entregó una a Hanzaburo, levantó la otra sobre su cabeza.

—Te seguimos —masculló haciendo un gesto con la cabeza hacia Shozo.

—Bien. —Hizo un ampuloso gesto con las amplias mangas de su kimono—.

¡Entremos en los dominios que podrán cambiarnos la vida!

—La tuya, miserable —murmuró Shuzai, pero o no lo escuchó, o fingió no escucharlo.

Masashi, iluminado por la lámpara de Susanô, inició el descenso de los veinte escalones que llevaban hasta una estancia tan vasta que, a simple vista, parecía ocupar la extensión total de la casa. Una vez abajo, recogió dos lámparas más que entregó al samurái. Cuando todas las luces iluminaron el lugar, la extrañeza en el rostro de Hanzaburo, la desconfianza en el de Susanô y la extrema rabia en el de Shuzai recibieron la visión de docenas de cajas amontonadas y dos inmensos armarios, chinos o coreanos, finamente labrados y pintados. En casi todas las cajas se distinguían signos y números propios de la escritura utilizada por los bárbaros.

Hubo unos minutos de silencio por parte de los tres amigos y de sonrisa satisfecha por parte del mercader.

—No sólo se trata de riquezas —la voz de Shozo Masashi retumbó sobre los objetos con la reverberación de un trueno—. Se trata de salvar a nuestro país. —Dicho lo cual, esperó.

—¿Cómo te atreves...? —gritó Shuzai, a quien hubo de contener Susanô para evitar que se abalanzase sobre el mercader.

—Espera, amigo —murmuró Susanô, después encaró al gordo anfitrión—. Primero, quiero el contrato matrimonial con Chikako.

—¡Qué obsesión! —resopló Shozo—. Tranquilo, ¡os la regalo! —aseguró haciendo un gesto despectivo en el aire con ambas manos.

Susanô hubo de acumular todas sus fuerzas para, del mismo modo que su amigo, no lanzarse sobre aquel cuerpo deforme de oruga y partirle el corazón. Sin dejar de apuntarlo, dos espadas y un arco, vieron cómo se acercaba a uno de los armarios, extraía una llave escondida entre sus ropas y abría uno de los cajones para extraer el pergamino con el acuerdo matrimonial.

—Espero que os haga feliz —dijo Shozo tendiendo ceremoniosamente el documento a Susanô.

Hanzaburo, creyendo que hasta allí llegaba la misión, lanzó un ligero suspiro. Dejó de pensarlo cuando vio a Susanô recogerlo, guardarlo y, en lugar de terminar con la vida de aquel miserable, mirar hacia Shuzai.

La parte que correspondía a su misión en Nagasaki terminaba con aquel contrato guardado en su obi. Sin embargo, desde hacía unas horas, comprendió que faltaba la parte, incomprensible aún para él, correspondiente a su hermano.

Quien aún no comprendía nada era Hanzaburo.

—¿Están aquí las cajas descargadas a escondidas del barco? —preguntó Shuzai.

—Justamente en ellas se encuentra mi ofrecimiento. —Hizo un gesto para que le permitieran acercarse hasta ellas—. ¡He aquí el futuro!

Los tres hombres se acercaron y, mientras Susanô y Shuzai intentaban, sin éxito, descifrar aquellos signos, Hanzaburo mantenía el arco en posición de disparo frente al rostro de Shozo Masashi.

—¡Ábrelas! —ordenó Shuzai.

—Con gusto —respondió el mercader recogiendo una pequeña palanqueta y forzando la primera.

La inscripción, sin descifrar, mostraba en caligrafía occidental el lugar de origen y la fecha:

Real Fábrica de Armas-Tolosa-1790.

—Espera. —Shuzai recorrió con su espada la espalda del mercader—. ¿Entiendes estos signos?

—Me los han traducido —respondió con calma.

—¿Y?

—Habla de la ciudad donde fabricaron lo que verás y el año, que no se rige por nuestras medidas, pero que indica diez años de antigüedad dado que hoy es el cuarto día del decimosegundo mes del decimotercer año Kansei.

Susanô comprobó, bastante asombrado, la ira que envolvía a su hermano desde que había comenzado el asedio a Shozo Masashi. Tal pareciera que hasta el aire penetrando en sus pulmones envenenaba aún más a Shuzai. En su mente se agolparon los extraños signos indicando un secreto en su amigo: su conocimiento de la ciudad añadido al hecho de que Yoshida, su tío, viviera en ella; la extraña complicidad con Kawasemi; el odio dilatando sus pupilas la noche anterior cuando el magistrado Shiroyama se encontraba en la casa del mercader... Pensó en el liberador documento a buen recaudo bajo su kimono, documento que bastaba con enviar, roto en varios trozos, hasta Chikako para dar por roto el compromiso.

¿Qué buscaba Shuzai?

¿Acaso guardaba una venganza secreta contra Shozo Masashi?

En ese caso, ¿por qué no compartirla con él?

Clavó la mirada en aquel querido camarada; recordaba su buen talante, sus risas, las pacíficas partidas al Go; su compañía en las batallas y el modo de apoyar sus decisiones frente al Consejo de Hokusai Katsushika...

Sin embargo, el Shuzai de aquel preciso instante en nada se parecía al guardado en su memoria y su corazón.

Un mal presentimiento cruzó el aire estancado de la estancia y se clavó en su corazón como una kaiken. ¡Justo en ese momento regresaron a su memoria las palabras de Kawasemi! *Siempre llevo encima mi kaiken.*

¿También había mancillado Shozo Masashi a la hermosa geisha?

Y si así fuera, ¿qué vínculos la unían a Shuzai?

Abandonó el curso de sus pensamientos cuando una de las cajas dejó expuesto su

contenido a la luz de los cuatro faroles.

Arropados entre serrín, unos largos palos metálicos con complicados añadidos brillaban ante ellos. Los tres hombres miraron hacia Shozo, ufano y feliz ante aquello.

—Los llaman mosquetes —comenzó, con pausada voz y sonrisa eufórica—. En ellos, y otros hermanos semejantes, está el futuro de todas las guerras. —Si los ojos de Shuzai fueran capaces de lanzar llamas, el rostro del mercader habría ardido—. ¡El futuro de Japón! —Levantó uno de aquellos incomprensibles artilugios colocándolo por encima de su cabeza.

El gesto provocó un salto felino en Shuzai. No era el temor quien movía sus músculos, sino la rabia. Para el samurái, no existía nada más sagrado que la tradición y su mayor odio, al menos reconocido y expuesto, se centraba en aquellos bárbaros que no sólo hoyaban el sagrado suelo, sino que comerciaban con un traidor a quien entregaban sus armas extranjeras.

Algo expresamente prohibido por el Shogun.

Desde hacía tiempo, corría, a media voz, el secreto de unas armas capaces de arrojar fuego y matar al enemigo situándose a varios metros de distancia. Algo así como arcos que, en lugar de disparar flechas, disparaban plomo y fuego.

Y ahora, los tres tenían ante sí la prueba de que esos rumores no formaban parte de una leyenda propagada por los bárbaros para conseguir someter al honorable pueblo japonés.

Shozo vio en el gesto de Shuzai una prueba de su victoria. Por eso continuó con su discurso.

—Nuestros antepasados nos contaron que una hermosa diosa cayó por tristeza de amor. —Su boca dibujó una mueca de desprecio: aquel siempre le había parecido un sentimiento propio de blandos incapaces—. Fueron sus lágrimas las que, al caer sobre el mar, hicieron surgir las tierras del Sol Naciente. —Shuzai tragaba aire como si inhalase plomo envenenado—. Ya sabéis, más tarde, surgieron los guardianes de esas tierras —hizo una pausa y se inclinó—: Los samuráis.

—Con tu boca mancillas la tradición —masculló Shuzai.

Hanzaburo, tal vez por el origen de su propia naturaleza, permanecía impassible. Respetaba las leyes del honor y la amistad, bastante menos las creencias sobre el origen de aquellas tierras. No le gustaban los bárbaros, pero no formaban parte exclusiva de sus desafectos.

En gran medida, el auténtico futuro estaría en corazones como el suyo, no en la cerrazón de Shuzai a cualquier cambio de las sagradas y eternas normas.

—¿Acaso tú eres un samurái? —preguntó Susanô.

—El futuro de los samuráis está muerto. —El sonido gutural de Susanô y Shuzai estalló como un aullido—. Como el futuro del Shogun y de todas las estúpidas

tradiciones...

—¡Basta! —gritó Shuzai—. O te atravieso con mi espada.

—No seáis estúpido. —A Susanô le extrañaba la soberbia de aquel hombre con aspecto monstruoso—. ¿Cuánto tiempo resultará invulnerable a los bárbaros Japón?

—Con ratas como tú —le espetó a Shozo—, seguro que poco tiempo —y las palabras de Shuzai apenas lograron salir por entre la muy apretada mandíbula.

—Vendrán —asintió en silencio—, vendrán y las espadas o las flechas poco podrán hacer contra armas como estas.

—¿Estás con ellos? —preguntó Susanô.

—Yo sólo estoy con mi propio interés.

—¿Y qué pretendes? —la pregunta de Hanzaburo, realizada en un tono sosegado, sorprendió incluso al propio Masashi.

—Enfrentarme al Shogun, derrotarlo y preparar esta tierra para hacer frente a los extranjeros. Incluso para conquistarlos...

—¡Eso es traición! —gritó Shuzai.

—Cierto —terció Susanô—. Y por eso mismo, no seremos nosotros quienes decidamos tu futuro...

—¡Estáis locos! —La cara de Shozo enrojeció—. Os estoy proponiendo una alianza para que pertenezcáis al grupo de los vencedores...

—¡Ni convertido en un fantasma! —aseguró Shuzai.

—¿También creéis en ellos?

La carcajada del mercader estalló como un huracán. Susanô miró a Hanzaburo, la prueba viviente de que existían mundos paralelos, mundos donde él mismo había habitado. Imaginó a Tsuchigumo robando el podrido espíritu de aquel depravado ser y casi sonrió.

—No es necesario creer en ellos para que existan —murmuró siguiendo sus pensamientos.

—Samurái del Dragón —ahora Shozo Masashi pareció hablar sólo para aquel que nombraba—. Respeto profundamente vuestra heroica leyenda y lamentaría veros caer bajo el peso de una tradición absurda. ¡Sed mis aliados! —Instintivamente, Susanô se apartó dos pasos del aliento putrefacto—. No sólo seréis ricos, sino también poderosos...

—Para tu desgracia, no te has tropezado con unos traidores. —Se inclinó ante sus dos amigos—. Haremos saber al magistrado la clase de hombre que eres y la traición que ocultas en tu casa...

—Un momento —pidió Shuzai.

De nuevo una doble sorpresa cruzó el rostro de Susanô como una bofetada. Por una parte, aquel despreciable traidor no había mostrado ningún signo de temor ante la amenaza. Por otra, la interrupción de su amigo.

Shuzai hizo un gesto a Susanô para que se acercara hasta rozarse los alientos. Hanzaburo se acercó unos pasos hacía Masashi para evitar algún gesto de huida.

—Te lo ruego, hermano, espera unas horas.

—¿Por qué? —Lo miró y le asustó lo que vio en los ojos de su amigo—. El tiempo no juega a nuestro favor. De momento, sus hombres no han hecho amago de liberar a su amo, pero no permanecerán quietos mucho más.

—Por favor. —Se inclinó ante él—. En nombre de nuestra amistad, te ruego me concedas un poco más de tiempo.

—Dime la causa.

—Aún no puedo.

—Pero...

—No es buena hora para molestar al magistrado.

—¡Se trata de alta traición! El Shogun ha prohibido, expresamente, la entrada en nuestro sagrado suelo de armas y religiones bárbaras.

—Tan sólo hasta la hora del Dragón. —Se inclinó de nuevo.

—Está bien —aguardó unos segundos—. ¿Cómo conseguimos ese tiempo?

—Finge que puede interesarte su propuesta. —Ante la extrañeza de Susanô, añadió—: Yo mantendré mi postura. Será como un combate invisible.

—De acuerdo.

No podía negarse. Sin su ayuda, tal vez nunca hubiera podido entrar en contacto con aquel monstruo que ataba el futuro de Chikako, ahora ya desatado. Además, le debía la vida: estaba en deuda con su hermano.

Se acercaron de nuevo hasta donde Hanzaburo casi rozaba con su flecha al traidor.

—Regresemos al salón superior —la voz de Susanô resultaba incluso melodiosa y Shozo Masashi respiró aliviado—. Mejor tomemos té y discutamos despacio tan delicado asunto.

Hanzaburo ya no daba crédito al nuevo cambio de los acontecimientos. Guardó silencio.

—Me alegra veros entrar en razón.

—Pero, por favor, avisad a vuestros hombres de que seguimos siendo una reunión de amigos.

—Por supuesto, por supuesto.

El traidor se frotaba las manos sin disimulo. No le gustaba Shuzai, tampoco se fiaba demasiado del extraño Hanzaburo, pero necesitaba la alianza con el Samurái del Dragón para añadir un toque de falsa tradición a su estratagema.

Todo debía dar un vuelco, pero no era necesario asustar a los futuros súbditos, preparados para respetar e inclinarse ante la tradición y sus representantes.

Shuzai contaba con la rapidez de Kawasemi para cumplir la parte del plan que le

correspondía. Necesitaba esas horas para permitir que todo saliera tal como había previsto. Comprobó, a través de las ventanas, que debían de estar en la hora del Buey. Si todo funcionaba como estaba previsto, a esas horas, el mensaje enviado por Kawasemi debía estar siendo entregado y las ocho horas concedidas serían suficientes para que llegaran a tiempo.

Cuando se sentó en el mismo lugar donde aún permanecían dispersadas las piedras del Go sobre el tatami, cerró los ojos lanzando su más ferviente oración a todos los dioses.

Hanzaburo presentía la presencia de Kitsune; ignoraba si aún necesitaría su ayuda, pero no creía que Susanô aceptara ninguna alianza, más bien trataban de ganar tiempo.

¿Para qué?

Ni preguntó, ni se sintió ofendido. Lo unía una deuda de vida con el Samurái del Dragón. Si era preciso, lo seguiría hasta las profundidades del inframundo.

LA MÁSCARA DE LOS TRAIDORES

Lo que aún quedaba de noche resultó una tensa vigilia para los tres amigos. Shozo Masashi, tras dar aviso de que no fueran molestados y sin preguntar por el estado de su herido capitán, cayó sumido en un sueño profundo apenas se hubo sentado sobre su cojín de seda.

Tan sólo Hanzaburo concilió un breve sueño, enroscado sobre sí mismo, como lo haría un cachorro de zorro. La blanca cabellera, dispersa sobre su rostro, tan sólo dejaba a la vista su boca, pequeña, de labios profundamente dibujados en forma de corazón, una boca demasiado femenina entre sus rasgos de hombre y su aureola de ser mítico. *La boca de un gato*, pensó Susanô sintiendo una profunda oleada de fuego en su interior; de nuevo, la araña grabada en su hombro lanzaba un doloroso dardo hasta su corazón. Tal vez enfurecida, tal vez ávida por desentrañar los sentimientos aún sin nombre de su portador: para cumplir el pacto con Tsuchigumo, Susanô debía confesar en voz alta su amor junto con el nombre del amado.

Y mucho mejor, si lo confesaba al elegido.

Los dos samuráis, sentados en posición de loto, pasaron la vigilia meditando y concentrando todas sus fuerzas; Susanô por instinto; Shuzai porque conocía, en parte, los siguientes acontecimientos, sin embargo, aún no podía decir nada, pese a poner en peligro a sus amigos, la eficacia del plan pasaba por la ciega confianza de Masashi en la alianza con el Samurái del Dragón. El mercader dormitaba convencido de esconder la victoria entre las mangas de su kimono. También dependía el éxito de la absoluta fe de su hermano en la justicia del magistrado.

A la hora del Conejo, se escucharon las llamadas de algunos templos cercanos. Hanzaburo, despierto desde hacía unos minutos, se frotó los ojos con los puños: sus gestos y movimientos animales, realizados desde la hermosura de su joven apariencia, le conferían una magia capaz de conturbar no sólo a las mujeres, sino también a los hombres.

Shozo Masashi bostezó con la profundidad de un buey, estiró tanto como pudo las masas de grasa que ocultaban sus formas, abrió y cerró las manos varias veces. Y sonrió.

—Creo que deberíamos comer algo —dijo con la naturalidad de quien despierta con resaca, rodeado de los mismos amigos que acompañaron la fiesta—. Los acuerdos son mejores entre estómagos satisfechos.

—Es mejor que no dejes nuestra compañía —respondió Susanô sin mover un solo músculo.

—No es necesario.

Y antes de terminar la frase, Masashi ya había hecho sonar la pequeña campana de bronce situada cerca de su cojín.

Como si hubieran estado acucillados al otro lado de la puerta, antes de terminar el breve eco de la llamada, aparecieron dos sirvientes enjutos, con los rostros asustados, los hombros temblorosos y tocando el suelo con sus frentes. Tras ellos, un pequeño grupo de soldados vigilaba, sin atreverse a entrar en el salón, atentos al menor signo de su amo para cortar las cabezas de aquellos tres intrusos.

—Algo de comer, ¡rápido! —gritó con voz de trueno, acentuando aún más los rasgos perversos de su rostro abotargado—. Estos malditos vagos, si te confías, te apuñalan por la espalda —dijo mirando a los tres amigos.

—Los amos temidos pueden ser traicionados; los amos respetados y admirados jamás temen la traición —murmuró Susanô.

Shozo fingió no enterarse de la sentencia. Se limitó a levantarse y tratar de adecentar los ropajes arrugados.

—Necesito agua y un nuevo kimono —dijo sin dejar de mirar su aspecto.

—Para lo que te aguarda esta mañana, no necesitas estar más presentable —respondió Susanô sin moverse ni mirarlo.

—¿Seguís sin aceptar mi generosa oferta? —y la pregunta retumbó en el salón como una burla.

—Los traidores no se hacen en unas horas, se gestan desde que llegan al mundo —la voz, severa pero serena de Shuzai, hizo que los dos amigos lo mirasen: permanecía en la misma postura de loto; casi podía pensarse que la voz no fue la suya.

—Creedme. —Shozo Masashi se acercó hasta Shuzai y señaló su rostro con el grueso índice de su mano derecha—, todos esos nobles y anticuados códigos que rigen vuestra vida tan sólo os servirán como mortaja. Igual que a esta tierra fruto de unas lágrimas de amor. —Soltó una carcajada.

—La burla sólo degrada a quien se burla —atajó Hanzaburo, ocupado en dar lustre a su arco sin mirar a nadie.

—¡Bah!

Shozo realizó un ampuloso gesto de desprecio con ambas manos y continuó alisándose los ropajes. Justo en ese momento, entraron los mismos sirvientes con sendas bandejas, tras ellos dos muchachas, casi niñas, cuyos ojos no se alzaban del suelo, portaban más alimentos en otras bandejas.

—¡Pandilla de inútiles! —tronó el mercader y los cuatro temblaron como hojas a punto de caer—. ¡Traed agua para el aseo!

Aquel hombre era capaz de crispar los nervios a los tres invitados y aterrar a quienes lo servían con la mirada diabólica de quien ha pactado con las sombras. Susanô deseaba terminar con aquella situación cuanto antes; la simple imagen de su amada Chikako bajo el terror de aquel perverso ser le producía una severa angustia por un futuro, finalmente, roto; acarició el lugar del obi donde guardaba el contrato

matrimonial. Hanzaburo levantaba el labio superior imperceptiblemente mientras ronroneaba su desagrado. También deseaba perder de vista al hombre convertido en una bola de sebo con la maldad de los diablos en sus ojos. Tan sólo Shuzai estudiaba el modo de alargar, tanto cuanto pudiera, la espera.

Cuando las dos sirvientas llegaron con los enseres de cobre para el aseo, Shozo Masashi chapoteó en el agua como un cerdo en su cochiguera. Por momentos, su carácter atrabiliario se mostraba ya sin ningún tipo de contención.

Tan sólo el propio Shozo y Hanzaburo, tras lavar manos y cara, probaron los delicados platos servidos. Los dos samuráis permanecieron quietos, sin acercar sus manos hacia los cuencos de comida.

—Y ahora, amigos míos —soltó Masashi reclinando su cuerpo de oruga obesa.

—Podrías contarnos —atajó Shuzai para evitar el gesto de Susanô— cómo piensas derrocar al Shogun. —Inclinó la cabeza.

Shozo Masashi sonrió. Imaginó que tal interés sólo podía deberse a la evidencia, incluso para un samurái convencido, de que los nuevos tiempos requerían nuevos códigos y métodos.

—Japón no puede permanecer aislado para siempre —comenzó satisfecho de sus propias conclusiones—. Los pueblos del norte siempre nos han mirado como a una presa fácil, lo mismo que la gran China. —Shuzai movió la cabeza: con tales amenazas llevaban viviendo demasiados años—. Lo peor, sin embargo, no vendrá de nuestros enemigos de siempre. Vendrá a manos de esos bárbaros con quienes comercia nuestro Shogun, por mucho que les prohíba pisar el sagrado suelo —su boca dibujó un gesto de desprecio—, o traer sus religiones...

—Pero el magistrado Shiroyama se encarga de que ninguno de sus libros religiosos llegue ni siquiera a la Deshima —atajó Hanzaburo sin dejar de lustrar su arco, tarea a la cual regresó cuando comenzó el discurso del mercader.

—¿Y qué? —En el rostro de Masashi se dibujó un profundo desprecio—. No vendrán con sus libros y su religión a conquistarnos...

—Sin embargo, ya lo intentaron —fue apenas un murmullo del arquero, recordando las viejas historias que le había relatado su padre, *el daimyo de Kagoshima pactó con sacerdotes bárbaros... En la colina Nizshizara de Nagasaki, fueron crucificados veintiséis renegados.*

Nadie pareció escuchar el murmullo de Hanzaburo, ni el rumor de sus recuerdos.

—Hablas de algo que puede no suceder nunca —murmuró Susanô intuyendo, sin embargo, la verdad de tales vaticinios.

—Y si se produce, ¡les cortaremos la cabeza a todos! —atajó Shuzai.

—Justo esa es la clave, querido samurái —recalcó la última palabra—. ¿Combatir con katanas a sus armas de fuego y plomo?

—Existen las flechas —dijo Hanzaburo.

—Y los cañones —gruñó Shozo.

—¿Los qué? —Hanzaburo dejó de lustrar su arco, todo lo concerniente a las armas le interesaba, incluidos los bárbaros artilugios ocultos en aquella casa.

—Algo mil veces más poderoso que los mosquetes —le costaba pronunciar la palabra— guardados en mi casa.

—¿Mil? —El asombro de Hanzaburo aumentó.

—Sí. Armas capaces de derribar los muros de cualquier castillo sin necesidad de acercarse a más de cien metros. —Guardó silencio y repasó los rostros de los tres uno a uno—. ¿En serio podrán los samuráis combatir contra semejantes armas?

—Por eso haces acopio de las mismas armas bárbaras que pueden combatirnos. —Susanô respiró hondo—. Entiendo que te preocupe el futuro de Japón, incluso que esas armas estén en nuestro bando. —Clavó los ojos en la sonrisa del traidor—. Sin embargo, no se te ha ocurrido ponerlas al servicio del Shogun. ¿Acaso no es lo tuyo un golpe de mano para tener el poder del Shogun?

—Ese viejo anquilosado en códigos y leyendas inservibles se niega incluso a plantearse tal posibilidad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Shuzai.

—Basta con comprobar sus absurdos modos de defender la soberanía territorial.

—Entonces, tu idea es...

—Samurái Shuzai —movió su cuerpo para encararlo mejor—, mi idea es sacar a Japón del vago mundo de las leyendas para enfrentar el mundo real que ya nos cerca.

—A veces. —Hanzaburo habló despacio y en voz muy baja, obligando a todos a mover la cabeza hacia su boca de gato—, las leyendas son tan poderosas como para transformar la realidad, Shozo-sama. —Inclinó la cabeza para burlar aún más el tratamiento dado al mercader.

—¡Ah, claro! —Soltó una breve risa—. Llamaremos a los dioses de los templos para que abandonen sus altares, y también a todos los fantasmas y seres invisibles, a los kamis, a los olvidados dioses antiguos...

—Cuida tus palabras —murmuró Hanzaburo frunciendo el ceño.

El olor de la manada de su padre llegaba hasta su finísima pituitaria. Los sabía muy cerca.

Susanô comprendió, pese al odio que le inspiraba aquel fardo de grasa y maldad, que no le sobraban razones al despiadado Shozo. Salvo en burlarse de los poderes invisibles. Continuaba sin comprender las razones de su viejo amigo para retrasar el aviso al magistrado y terminar con aquello. Deseaba, fervientemente, enviar un emisario con la ruptura del contrato matrimonial que liberara a Chikako.

Y abandonar Nagasaki.

Desde su llegada, no pudo evitar ver en la ciudad una aureola de futuras calamidades que tal vez no estuvieran al alcance de sus ojos, pero sí de la intuición

regalada por el beso de Tsuchigumo.

—Me gustaría mostraros algún tesoro más —dijo de pronto Shozo Masashi sorprendiendo al silencio que siguió a las últimas palabras de Hanzaburo.

—¿Acaso tienes alguno de esos cañones? —preguntó Hanzaburo.

—¿Os gustaría comprobarlo?

—Creo que estaría bien —zanjó Shuzai levantándose.

Susanô pensó que, a mayor conocimiento de la traición, mayores razones a presentar al magistrado. Tal vez el plan de Shuzai se limitara a sonsacar más información y llegar a comprobar el alcance real de la traición. Incluso algún nombre, agazapado entre una vida normal, de otros traidores.

Caminaron hasta el salón de la noche anterior, esta vez haciendo acopio de más lámparas y mecha para encenderlas.

Cuando estuvieron en el mismo centro del abarrotado salón, una vez dispuestos todos los farolillos, descubrieron, entre atónitos y maravillados, el alcance real del plan trazado por Shozo Masashi.

—Yo también soy un estratega —dijo a modo de autobombo.

—Si la guerra fuera un tablero de Go, pocas victorias obtendrías con tu impulso ciego —no evitó la burla del comentario Susanô—. Te sigue faltando sutileza.

—Con las piedras del Go puede que sirva vuestra sutileza, en la futura guerra, bastará la superioridad de mis armas. ¡Mirad!

Extendió un pergamino sobre una mesa cercana a los dos armarios de cajones cerrados. Ante ellos apareció un detallado mapa lleno de cruces y símbolos en torno a un castillo.

—Aquí —señaló con un dedo el lugar—, en su feudo de Edo, es donde cree el Shogun estar a salvo con sus samuráis.

—¿Pensáis atacar al Shogun? —Las orejas de Hanzaburo se afilaron un poco más.

—Preferiría una alianza...

Los tres amigos se miraron. Shuzai suplicaba en silencio un poco más de tiempo; Susanô creía que ya tenían pruebas suficientes para el magistrado. Hanzaburo olisqueaba el aire sintiendo la presencia de su padre muy cerca; eso le hizo sonreír.

—Dudo que nuestro Shogun. —Susanô inclinó la cabeza al nombrarlo— acepte semejante alianza.

—¿Porque no pertenezco a su noble casta, ni a la de los samuráis? —Shozo dibujó una mueca de desprecio; Susanô recordó que él mismo era una campesina—. ¡No se defiende un imperio con semejantes bobadas!

—¿Tenéis los...? —Shuzai no lograba pronunciar la palabra.

—Llegarán con el próximo envío...

—Y una vez estén en suelo japonés. —Shuzai hacía esfuerzos por alargar la estancia—, ¿los utilizareis contra...?

—No os confundáis. —Avanzó Shozo dos pasos hacia el samurái y señaló su rostro con uno de sus gordos dedos—. ¡Sólo busco el modo de defendernos de los bárbaros!

—¿Comerciendo con ellos? —preguntó Susanô.

—Como en el Go. —Hizo un gesto amplio con sus brazos para abarcar toda la estancia—. Se utiliza su avaricia para después volverla contra ellos. —Sonrió.

Hubo unos minutos de silencio.

—¿Este es el detalle de vuestro futuro ataque? —preguntó Shuzai, el mercader afirmó—. Veo que habéis dibujado unas cruces rojas —señaló con su mano izquierda— en una posición demasiado lejana para el alcance de los arqueros.

—Porque no son arqueros. —Lanzó una carcajada—. ¡A eso me refería! No existe posibilidad de atacar desde el castillo a esos «arqueros» señalados con las cruces porque no serán flechas, sino... —Se paró y caminó hacia un rincón del lugar con uno de los faroles en la mano—. ¡Mirad!

Los tres amigos se acercaron hasta una caja recién abierta por el traidor donde se encontraba una decena de bolas de hierro demasiado grandes para lanzarlas con una mano.

—¿Quién puede lanzar esto? —preguntó Hanzaburo levantando una de ellas en su mano izquierda—. Apenas la puedo sostener.

—Los cañones. —Sonrió como si hablara de las virtudes de su primogénito—. A una velocidad y una distancia que supera vuestra imaginación.

Susanô, por primera vez en todo el tiempo que llevaban custodiando a Shozo Masashi, sintió un estremecimiento cargado de premoniciones. No se trataba de una traición movida por ilusos afanes personales, sino un levantamiento con serias posibilidades de, incluso, derrotar a los mejores hombres del Shogun. La vista de aquellas pesadas bolas de hierro llenó su cabeza de preguntas.

¿Con qué aliados contaba aquel traidor?

La pregunta se cruzó con la mirada de su amigo.

¿Qué sabía Shuzai y a qué esperaba?

Con todo, lo peor era imaginar que existían semejantes armas, y que formaban parte de los arsenales de aquellos bárbaros, simples ladinos, estudiando el terreno antes de lanzarse a conquistar el sagrado suelo de Japón.

—Quisiera hablar un momento a solas con mis amigos —pidió Susanô.

—Me parece lógico. —Shozo sonrió—. Las decisiones deben meditarse y hablarse. Me retiro a...

—¡Quieto! —Hanzaburo preparó su arco—. Tan sólo unos pasos, a la distancia de una flecha corta.

—Bien, bien.

Esperaron a que el voluminoso cuerpo de aquel ser ahora odiado por los tres, por razones diferentes, se retirara lo suficiente para no captar sus murmullos.

—¿Sabías algo de esto, Shuzai? —preguntó Susanô.

—Lo sospechaba. En la Casa del Té Blanco, hace tiempo que corren rumores...

—¿Kawasemi? —preguntó Hanzaburo con los ojos brillantes.

Shuzai afirmó en silencio. Susanô sintió una punzada sin nombre en su corazón al ver el arrobo en Hanzaburo al pronunciar el nombre de aquella hermosa geisha. En su vida, las bellezas existían para demostrarle lo escaso de su valor; sin embargo, no sintió rabia por la geisha, del mismo modo que jamás odió a su hermana.

—Dime una cosa, hermano, ¿esperas la llegada de alguien?

—Confía en mí, te lo ruego. —Bajó la cabeza.

—No podemos alargar esta situación demasiado...

—Pero podemos fingir que estamos interesados en aliarnos en su lucha contra el Shogun y ganar tiempo —aseguró Hanzaburo.

—Como el zorro que sabe esperar el momento de flaqueza. —Shuzai sonrió mirando los ojos casi dorados del Hijo del Zorro.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó Susanô.

—Al menos —frunció los labios y calculó: necesitaba más tiempo del solicitado — hasta la hora del Perro.

—Es una buena hora para avisar al magistrado —aseguró Hanzaburo.

—Bien, entonces, dejad que sea yo quien tome la iniciativa.

Los otros dos asintieron. Shuzai se alegraba: no se había equivocado con el Samurái del Dragón; como un buen amigo, aceptaba los silencios y lo apoyaba sin recibir más explicaciones. Tan sólo rogaba en silencio a todos los dioses para que pudieran llegar hasta la posada Harubayashi donde imaginaba esperaba Oda Nobunga, primer samurái en la corte del Shogun, viejo amigo de su fallecido padre y, por tanto, conocedor de parte de la historia. La historia que aún no podía contarle a su querido amigo Susanô. Una semana antes había enviado un emisario con el detalle del plan urdido, rogándole que se situaran cerca de Nagasaki, sin levantar sospechas, con un buen retén de samuráis de confianza. La posada de Harubayashi le pareció el sitio más adecuado para que un grupo de samuráis esperase unos días. Tres días antes de la partida de Go definitiva, el propio Oda Nobunga envió emisarios a casa de su tío para asegurarle que esperaba tan sólo su aviso.

Galopando a buen ritmo, tardarían una jornada en llegar.

—Creo que deberíamos comer juntos y solos, si os parece. —Susanô se inclinó ante Shozo Masashi—, y mantener una relajada conversación.

—Me complace ver que sois hombres inteligentes. —La certeza de haberlos ganado para su causa pareció aumentar el grosor de su estómago—. Además, tengo

hambre. —Se frotó el estómago a la altura del obi—. Pediré que nos sirvan un adecuado banquete.

—Subamos, pues. Apenas una hora más tarde, los sirvientes de la casa habían dispuesto un banquete digno de mejor causa. Shozo disfrutaba feliz de su triunfo, los soldados se relajaron al comprobar que su amo ya no estaba bajo la amenaza de aquellos tres hombres, y los sirvientes respiraron aliviados.

Cuencos de caldo caliente que alojaban succulentos cubos de tofu frito; raviolis rellenos de verduras; perfumadas brochetas de carne y verduras...

Las fuentes inundaban la mesa baja en torno a la cual se sentaban los cuatro hombres, esta vez con las armas de nuevo reposando sobre la mesa lacada, las botellas de sake duraban apenas unos minutos pese a que Masashi bebía casi en solitario. Susanô hubiera preferido un simple arroz y verduras hervidas, sin embargo, picoteó de cada plato sonriendo y fingiendo degustar cada manjar. Shuzai lo imitaba y Hanzaburo parecía ser el único de los tres que se dejaba llevar por el placer de cada exquisitez servida.

El anfitrión reía y emitía gruñidos de satisfacción, no tanto por la comida servida como por lo que él consideraba una alianza capaz de servir como estímulo a otros samuráis, así fueran ronin solitarios o samuráis comprometidos al servicio de algún noble; incluso pensó en los samuráis del Shogun. Ignoraba quiénes eran Shuzai y Hanzaburo, pero la fama del Samurái del Dragón gozaba de suficiente poder y prestigio para obrar deserciones entre los mejores.

No le bastaba derrocar al Shogun.

Deseaba que su nombre se vinculara con la mejor tradición guerrera de Japón.

Para eso necesitaba la alianza con el Samurái del Dragón.

¡Y lo había conseguido!

La victoria, que imaginaba segura, borraría la incuria de su nombre para alzarlo a los altares de quienes, antes que él, habían trastocado el orden anterior para crear nuevas eras. Los ancestros del propio Shogun habían accedido al shogunato tras una durísima contienda. Vencieron y se transformaron en héroes. Sólo los derrotados resultan denostados.

Para cuando los sirvientes llegaron con las teteras y los dulces, Shozo Masashi dormitaba, arrellanado en el mismo lugar donde se sirvieron los manjares, y eructaba todo el sake ingerido.

—¿Qué hacemos? —murmuró Hanzaburo.

—Esperar —respondió Susanô.

—Y no hablar —atajó Shuzai—. No me fío del sueño de un borracho.

Sentados los tres en posición de loto, aguardaron durante unas horas.

Había sonado tiempo atrás la campana anunciando la hora del Gallo, cuando Shozo despertó del pesado sueño, con la cabeza aún abotargada y mirando a su

alrededor sin terminar de comprender dónde se hallaba.

—¡Mis amigos! —gritó alborozado.

Shuzai no pudo evitar el sobresalto ante el grito, similar a una picadura de serpiente.

Estaban cerca de la hora del Perro.

Sin necesidad de ponerse de acuerdo, los tres amigos se levantaron con un ágil salto, recuperaron sus armas y apuntaron de nuevo a Shozo, que los miraba sin saber bien si aquello correspondía al sueño anterior o a la realidad recién descubierta.

—Hanzaburo, ve a dar aviso al magistrado —dijo Susanô—. Y, por si se te ocurre llamar a tus guardianes, Shozo Masashi, te recuerdo que mi katana es veloz como el viento.

Sin embargo, el rostro de aquel traidor que llevaba años urdiendo el plan para asumir el poder del Shogun no mostró ninguna de las señales esperadas: ni miedo, ni inquietud, ni siquiera un resquicio para preparar la fuga. Shuzai apretó la mandíbula.

Hanzaburo salió ligero como viento. Nadie interrumpió su marcha en el patio; todos imaginaban a su amo en armonía con los invitados. Tal vez pensaron que el joven de melena blanca partía en busca de algún placer refinado con el cual disfrutasen los cuatro hombres.

Mientras esperaban, ni Susanô, ni Shuzai movieron un músculo mientras sus katanas apuntaban a Shozo.

El mercader, arrellanado en su cojín, tan falto de preocupación por la llegada del magistrado, incluso bostezaba.

Una hora más tarde, cuando ya la noche se anunciaba en el final de la tarde, escucharon ruido de pasos, voces y pisadas.

Lo primero que vieron los dos amigos fue un grupo de soldados que, colocados en dos filas abiertas y armados hasta los dientes, se ubicaban en posición de firmes a la espera de que Shiroyama descendiera del palanquín y caminara, despacio, entre ambas filas. Tras él Hanzaburo, con el arco sostenido en posición de descanso, comenzaba a sospechar algo extraño: el magistrado Shiroyama no había dado muestras ni de sorpresa ni de la más leve indignación cuando el enviado resumió la situación, le pidió su presencia en la casa de Shozo Masashi, «a quien vigilan mi dos compañeros samuráis». Incluso creyó ver un atisbo de sonrisa.

Tal actitud primero desconcertó a Hanzaburo, después colocó sus sentidos en estado de alerta, mientras trataba, durante el camino desde la casa del magistrado a la casa del mercader, de entrever la sombra de Kitsune por entre las empinadas callejuelas de Nagasaki. Sus dudas le hicieron silbar con un sonido imperceptible para los oídos humanos.

Alertaba a su padre.

Shiroyama hizo su entrada, engalanado con todos los atributos de su cargo, el ceño fruncido y la mirada clavada en la grotesca escena de un Shozo Masashi medio derrumbado sobre el cojín y dos samuráis armados.

Susanô dejó las espadas sobre la mesa donde habían comido y se inclinó ante el magistrado.

Shuzai no se desprendió de las suyas y mantuvo altiva la frente. Tan sólo lanzó un susurro apenas audible en dirección a su amigo, «no bajas la guardia, hermano». El Samurái del Dragón creyó no haber escuchado bien, pero sus sentidos aletearon movidos por la brisa de un aviso.

—Shiroyama-sama —comenzó a declamar Susanô sin atreverse a creer la intuición despertada por las palabras de su amigo—: Hemos descubierto la traición de este hombre al Shogun. —Inclinó aún más la frente—. Deseamos que tome las medidas...

—¿Quién eres tú que no te inclinas ante mi presencia? —el magistrado interrumpió el discurso de Susanô y clavó la mirada en Shuzai.

—Soy Sasaki Shuzai. —Susanô se sorprendió al escuchar, por primera vez, el antenombre familiar de su amigo—. Hijo del samurái Sasaki Kojiro.

Las palabras cayeron ante todos ellos como piedras lanzadas desde lo alto de un cielo invisible. Por un instante, el rostro del magistrado se contrajo y Susanô comenzó a sentir la certeza de un peligro aún sin rostro. Hanzaburo preparó su arco sin que nadie reparara en su gesto.

—¡Estás vivo! —las palabras de Shiroyama, pese a ser murmuradas, estallaron con el silbido de mil flechas.

—Señor —intervino Susanô—, tenemos pruebas de la traición de Shozo Masashi...

—¿Traición? —se escuchó la pregunta en forma de graznido surgida por entre la masa sebosa de Masashi.

El magistrado y el mercader se miraron apenas unos segundos y estallaron a la vez en una sonora carcajada.

Susanô llevó su mano al obi para extraer el abanico de hierro, justo segundos antes de que uno de los guardias descargara su espada en su cuello. El abanico hizo un breve vuelo circular en busca de la garganta del soldado, las cuchillas del abanico rebanaron limpiamente su garganta y el soldado cayó muerto sobre su espada; sin pararse a ver el resultado de su gesto, Susanô giró sobre sí mismo en el aire, recogió su katana y su wakisashi, cuando sus pies tocaron el suelo, sus piernas ya estaban separadas y el cuerpo tenso en posición kata de grulla.

La caída del soldado que pretendía rebanar el cuello al Samurái del Dragón fue la señal para el inicio de un desproporcionado combate: tres hombres contra la guardia personal del magistrado, es decir, sesenta fornidos y bien armados guardias.

Hanzaburo hizo un hueco desde detrás del magistrado lanzando cuatro certeras flechas en el tiempo de un suspiro; los soldados caídos permitieron encontrar un hueco para acercarse hasta el magistrado. Sin que nadie comprendiera de dónde había salido, un inmenso zorro plateado saltó sobre el arquero justo cuando un pequeño cuchillo atravesaba el aire en dirección al pecho de Hanzaburo. Lo reenvió con una de sus patas sobre el mismo soldado y entró por su ojo derecho.

Kitsune, con un nuevo salto, desarmó a dos guardias volviendo las espadas contra sus dueños. Después, se abalanzó contra uno de los dos que combatían contra Shuzai, clavó sus colmillos en la muñeca de otro hasta desgarrarla, después, sobre el cuerpo herido, buscó un hueco para encontrar su yugular y la seccionó.

Parecía un ave disfrazada con la piel de un zorro.

Entre el pelaje plateado, destacaba la sangre chorreando por su morro y cubriendo su pecho.

—¡Un fantasma! —gritaron huyendo dos de los guardias.

La sorpresa por la llegada del zorro, sus movimientos de baile alado, la majestad de su tamaño y, sobre todo, las nueve colas que daban aviso de su origen sagrado, junto con la sangre cubriéndolo casi por completo mientras iba dejando un pequeño reguero rojo a cada salto sobre los soldados; podría decirse que hubieran ensayado el ataque con anterioridad, dado lo armonioso del combate del zorro con la bien organizada defensa de sólo tres hombres. La confusión de muertos y heridos permitió al Hijo del Zorro colocarse a la izquierda de Shiroyama, con la punta de su flecha rozando el corazón de este a través de su kimono de seda negra. Su intuición le decía que, ni contando con la ayuda de su padre, lograrían salir bien librados de aquella si tomaba como rehén al magistrado. Para entonces, Shuzai y Susanô, espalda contra espalda, como en los remotos combates al servicio de Hokusai Katsushika, libraban su propia batalla contra una decena de soldados.

—¡Quietos!

El grito del magistrado dejó a todos los combatientes con las armas suspendidas.

Hanzaburo clavaba sus ojos de ámbar en el lugar donde mantenía la punta de su flecha.

El zorro, mostrando los colmillos y con las patas en disposición de salto, lanzaba llamaradas doradas por las pupilas.

Shuzai y Susanô, jadeantes, espalda contra espalda, no soltaron sus armas ni bajaron la guardia.

Shozo Masashi, arrebuñado contra la pared y utilizando el cojín como protección, miraba, sin dar crédito, el desenlace inesperado.

Paralizados por la orden, no movieron ni un músculo, salvo las cabezas, giradas todas en dirección a Kitsune.

Los ojos de los soldados, del mercader y del magistrado estaban clavados en la

presencia, casi mágica, de aquel inmenso zorro plateado y sus sedosas nueve colas. Como si las viejas leyendas, la existencia de dioses, Kamis y seres al otro lado de la realidad, es decir, todo aquello que despreciaba Shozo Masashi, se hubieran concitado en el interior de su propia casa sólo para contradecir a su dueño.

—¿Estás bien? —preguntó Hanzaburo a Kitsune sin desviar la mirada de Shiroyama.

El inmenso zorro, con los colmillos a la vista, caminó despacio por entre los aterrados soldados —temían mucho más la visita de un ser mágico que la presencia de un ejército— hasta su hijo. Cuando estuvo a su lado, frotó su lomo contra sus piernas, emitió un breve gruñido y salió de la estancia.

—¿Qué...? —Shozo señalaba con su mano derecha el lugar por donde había salido el zorro mientras su cuerpo temblaba como gelatina caliente.

—Eso es Japón —y las palabras de Shuzai aumentaron el terror en los soldados, incluso en el impasible rostro de Shiroyama—. ¡Es todo lo que no podrás comprar ni traicionar nunca!

Hanzaburo continuaba señalando el corazón del magistrado con su flecha.

—Ese es el poder que tanto despreciáis pero que vigila y protege a nuestro país —dijo Hanzaburo.

El tiempo permaneció suspendido sobre ellos con el peso de una losa de plomo durante unos minutos eternos.

Justo hasta que los pasos de Shuzai retumbaron en dirección al magistrado.

—Hermano —habló mirando a Susanô—, es necesario desarmar a la guardia del gran traidor...

—¿El magistrado estaba en...? —Susanô no encontraba las palabras.

—¡Pues claro! Un corrupto cargado de deudas necesitaba una rata como Masashi para rellenar sus arcas. —El rostro de Shuzai se giró hasta colocarse tan cerca de Shiroyama como para mover las pestañas del magistrado con el aliento de sus palabras—. Y una rata sebosa como Shozo Masashi necesitaba contar con aliados capaces de dar cierta altura a su traición. —Miró fijamente, como si deseara abrasarlo con sus pupilas, al rostro del magistrado, sensiblemente demudado—. ¡La altura de otra rata!

Hanzaburo separó la flecha y ayudó a Susanô a desarmar a la desorientada guardia personal de Shiroyama. Desde el patio no llegaba ni el menor ruido.

La tarea fue rápida: espadas, arcos, cuchillos se amontonaron bajo la vigilancia del Hijo del Zorro. Susanô se acercó hasta la masa compacta que formaban su amigo y el magistrado.

—¿Qué hacemos? —preguntó en un susurro.

—Esperar a los hombres del Shogun —declaró Shuzai.

Shiroyama, ahora sí, tembló cual hoja frágilmente sostenida en el árbol y

zarandeada por una tormenta.

—Sasaki-sama —tartamudeó intentando una inclinación—, vuestro padre...

—¡No te atrevas a pronunciar su nombre!

—Pero...

En el filo de la katana sostenida por Shuzai, comenzó a brotar un hilillo de sangre naciendo en el cuello del magistrado.

—¡Ni lo intentes! —y masticó las palabras como duras piedras en su boca.

—¿Has dado tú el aviso? —preguntó Susanô, Shuzai afirmó en silencio—. Entonces, tú...

—Esa, hermano, es una historia que aún te debo.

No hubo más palabras.

Entre todos formaban un curioso grupo dibujado para ilustrar alguna gesta. Salvo por el leve movimiento de sus respiraciones, podrían pasar por figuras de piedra.

Los soldados, desarmados y atados entre sí por una gruesa cuerda, mantenían las barbillas sobre el pecho calculando cuál sería el tormento a sufrir por haber servido a un traidor.

—El zorro —el murmullo de Shozo Masashi sorprendió el mutismo de todos; al mercader le temblaba la barbilla.

—Sabes, bola de grasa —respondió Hanzaburo—. Tu kami es un tanuki. —Sonrió imaginando al grotesco animal similar a un mapache—. ¡No deberías negar aquello que desconoces!

Susanô miraba al arquero, quieto, solemne, pero sin perder ni una pizca de aquella delicada aureola que lo envolvía hasta convertirlo en algo casi irreal. Se preguntaba si la sangre de Kitsune pertenecía a sus rivales o si acaso había sufrido heridas. A la vez que pensaba en el zorro, en su corazón luchaban sentimientos contradictorios, como en el eterno combate del día negándose a ser borrado por el manto de la noche.

Durante meses, creyó tener que luchar contra los sentimientos brotados hacia Shuzai. Se negaba incluso a pensar en ellos para librarlo del contrato firmado con Tsuchigumo. Creyó ser fuerte por haberlos controlado.

¡Mentira!

Ahora, por más que intentaba borrar de su mente la marea que le provocaba Hanzaburo, apenas lograba levantar un dique de barro incapaz de contener el oleaje.

La araña de su hombro lanzó otra nueva andanada de filamentos hacia el interior de su corazón.

El dolor era casi insoportable. Pero no pronunciaría las palabras capaces de aprisionar al arquero.

¡No las pronunciaría jamás!

Sin embargo, ya no lograba negárselas a sí mismo.

En algún lugar de la casa, comenzaron a escucharse pasos y, a través del papel de las ventanas, pudieron vislumbrar las primeras teas encendidas. Estaban próximos a la hora de la Rata, la hora que parte el día en dos.

Shiroyama maquinaba el modo de zafarse frente al enviado del Shogun. No lamentaba haber participado en el complot de Shozo Masashi, sobre todo por los beneficios económicos que le había supuesto mirar hacia otro lado cada vez que el barco de los holandeses fondeaba en la Deshima y un cargamento de armas bajaba sin el control oficial hacia el almacén del mercader. También él había hecho negocios con los bárbaros anotando falsas cantidades de cobre en el embarque y recibiendo buenas bolsas de oro a cambio. Sin embargo, si en un principio fue el dinero la causa del engaño, en los últimos tiempos pesaba más el ansia del poder prometido por el mercader si terminaban con el soghunato.

A solas, incluso ensayaba los gestos que añadirían magnificencia a su nuevo poder.

En cambio, Shozo Masashi, abatido por el sentimiento de saberse derrotado definitivamente, navegaba el proceloso mar de una falsa resignación: había gozado de todos los placeres a su alcance; él, hijo de una lavandera que nunca deseó su nacimiento, pudo acceder a una vida llena de lujo, poder, mujeres hermosas...

La imagen de alguna de esas mujeres lo llevó hasta Chikako. Todo parecía haber sucedido, en cierto modo, a causa de aquel extraño samurái cuyo único objetivo parecía ser el librarla de su contrato matrimonial.

¿Por qué?

Tal vez sin esa idea fija del Samurái del Dragón, las fichas que descubrieron su meditado plan para derrocar al Shogun jamás se hubieran reunido en aquel tablero.

A veces, un gesto banal, una decisión mínima, termina por convertirse en la espada que cercena nuestro cuello. Shozo no recordaba de quién le llegaban esas palabras. Hizo vanos esfuerzos por recordarlo, como si en ello le fuera el futuro y aun la vida. Imposible.

Se vio a sí mismo tan ridículo como un tanuki, derrotado no tanto por sus adversarios como por sus propios vicios y debilidades. Aquella hermosísima y desconocida campesina, a quien enviaba puntualmente dinero y regalos, no por ella sino por su propia vanidad —a través de su generosidad mostraba el poder de su dinero a la familia y al resto de los campesinos de Yamato—. La derrota nacía en su interior: su fatuidad se convirtió en la mecha que prendió el mosquetón y disparó directamente al centro de lo único importante para el mercader: el poder. Cuanto más absoluto, más deseado.

En realidad, la unión con el magistrado se estrechó cuando se reconocieron hermanos en esa pasión.

Sin darse cuenta, esbozó una sonrisa.

—¿Qué te hace sonreír? —preguntó Susanô, pendiente de quien había transformado su vida de campesina.

—No me han derrotado los samuráis del Shogun, sino una campesina.

Susanô, por un instante, creyó verse descubierto.

—¿Una campesina? —preguntó Hanzaburo—. ¡Vuestro kami se burla incluso de vuestra derrota!

—Es posible. —Masashi daba la impresión de encontrarse incluso más allá de aquella derrota—. Sin embargo, fue mi capricho por una campesina quien trajo hasta Nagasaki al Samurái del Dragón. —Miró hacia Susanô—. Aunque ignoro la causa.

—Eso, ahora, no importa —terminó tajante el aludido.

De nuevo, Susanô tropezaba con otro ser que asumía la derrota con sereno fatalismo. De nuevo, recordó las palabras de Kawahime: *la maldad absoluta no existe; en el corazón de la bondad se esconde una punzada del mal; en el de la maldad, un rescoldo de bondad.*

No sentía compasión por el derrotado, pero tampoco ardía en la feliz hoguera de la venganza. Por su cuerpo se iba derramando una suerte de total indiferencia sobre el destino de aquella bola de sebo y vicios.

De golpe, lo asaltó un infinito cansancio.

Supo que el dragón escondido en su interior había vencido y ahora se encontraba en calma.

La ciudad transitaba por el momento más oscuro de la noche, cuando un ruido de cascos irrumpió en el patio de la casa.

Shuzai se levantó y, tras mirar a sus amigos, salió del salón.

A la luz de las antorchas, el inmenso penacho rojo sobre el casco de Kento Mashuda brillaba como una llama recién salida del averno. Llevaba el estandarte del Shogun sobrevolando su cabeza, con el asta introducida entre las amplias hombreras. Bajo el temblor de las llamas, su armadura roja lanzaba destellos de tal modo que, entre las láminas lacadas de la armadura y el penacho, daba la impresión de ir rodeado por una inmensa llamarada.

Tras él, con la armadura blanca, Uzaemon, el samurái de confianza de Hokusai Katsushika, haciendo honor a su nombre: resplandeciente como una luna llena. Tras ellos, los veinte mejores samuráis del Shogun.

Cabalgando hacia la casa del mercader, en medio de la noche, los rodeaba el silencio atemorizado de la población.

Sasaki Shuzai se inclinó ante ellos. Su corazón latía como un tambor anunciando la victoria.

Mashuda primero, Uzaemon después descendieron de sus corceles, tan

engalanados como sus jinetes, y se acercaron hasta él.

—Sasaki-sama —comenzó a hablar Mashuda—, no hemos podido llegar antes.

—Habéis llegado a tiempo. —Se inclinó colocando el puño derecho cubierto con la mano izquierda sobre su frente.

—¿Has encontrado las armas?

—Las armas y las pruebas de cómo pensaban atacar el castillo del Shogun, Kento-sama.

—Bien, entremos.

Diez de los samuráis los siguieron, los otros permanecieron en el patio. Los mercenarios del mercader habían desaparecido y tan sólo unos cuantos sirvientes, sentados sobre sus talones como pájaros ateridos suspendidos en las ramas, permanecían cabizbajos esperando la suerte que les depararía el destino.

—Kento-sama —se adelantó Shiroyama—. Creo que podría ayudaros a desenmascarar a esa rata de mercader. —Su frente tocaba el tatami mientras el samurái lo miraba con desprecio—. Guardo la contabilidad de las entradas con los bárbaros...

—Quien nace rata no puede llegar a grulla —fueron las únicas palabras de Mashuda y el magistrado se supo entonces definitivamente condenado—. ¡Prendedlo! —ordenó a quienes lo seguían, después caminó despacio hasta Shozo Masashi.

—Hace tiempo que esperaba esto —dijo con calma el mercader, sin inclinarse ni mostrar el menor temor.

—¿Ser descubierto? —preguntó Mashuda.

—Terminar. —Y lanzó un hondo suspiro.

Fue la primera vez que Susanô sintió algo humano en aquel a quien había odiado y perseguido con tanta saña como para transformar su vida en algo que aún no terminaba de comprender.

Ahora fue el recuerdo de Kamakura el que asaltó su memoria. Alguna vez había llegado a pensar que aquel maestro puesto a su disposición por Tsuchigumo también deseaba terminar. No sabía bien con qué, pero sí le provocaba esa misma certeza descrita por el mercader de desear llegar al final.

Susanô bajó la cabeza. Imaginaba que todos, de un modo u otro, habían de seguir la senda marcada por un destino ciego. También el odiado Masashi. Hasta el punto de llegar a ser siervos de esa senda y no poder abandonarla cuando quisieran. Hanzaburo estaba en lo cierto cuando vio tras el mercader la sombra de un tanuki. Kamakura había visto un dragón a sus espaldas. Tal vez fuera ese mismo dragón el que terminara por lanzar un zarpazo definitivo a su corazón, el lugar donde la araña grabada en su hombro lanzaba sus hilos de hierro candente hasta envolverlo.

¿Acaso no deseaba Susanô regresar a ser Tomiko?

Necesitó acariciar el obi donde guardaba los recuerdos de Chikako para no

desfallecer.

La vida no resultaba tan sencilla como un código de honor.

—Pero morirás en el patíbulo —señaló Mashuda continuando aquella extravagante conversación, ajeno a los debates internos de Susanô—. Sin honor —y ahuecó el pecho al pronunciar la palabra.

—¿Honor? —Las borlas de grasa de su contorno temblaron con la carcajada que siguió; Shiroyama miraba a su antiguo socio deseando cortarle la cabeza—. Es ese honor que tanto defendéis el que terminará por hundir el sagrado suelo de Japón.

Shuzai cerró los ojos.

Hanzaburo miró al samurái, intuyendo en aquel gesto la misma premonición de que, algún día, las palabras de Masashi se harían ciertas y aquella ciudad terminaría abrasada por los bárbaros. El Hijo del Zorro había visto en sueños esas llamas del futuro; llamas de una blancura infernal, sin posibilidad de escapar de ellas.

—Hace años, otros bárbaros que llamaban Cypango a nuestra tierra ya introdujeron armas similares a las tuyas, Shozo Masashi, y tan sólo sirvieron para causar una larga desgracia.

—Conozco la historia, Kento Mashuda. —Shozo hablaba despacio, sin un ápice de rabia: la derrota no llegaba desde el exterior, le nacía en lo más profundo de su antiguo ser como hijo de una lavandera primero, como hijo adoptado por un mercader, después—. Pero el Shogun ignora lo cerca que están los bárbaros de invadir nuestra tierra, y lo frágiles que son nuestras defensas.

De alguna manera Susanô comprendió que tal vez fueran necesarias personas como aquel despreciable ser para mantener el equilibrio del mundo. Incluso para salvar el sagrado suelo de Japón.

—No seré yo quien decida vuestra suerte, sino el Shogun. —Miró hacia el magistrado, cuyo rostro había adquirido el color de la ceniza—. Ahora os llevaremos a las celdas de la Magistratura y mañana saldremos de Nagasaki.

—¿Y las armas? —preguntó Shuzai.

—También las llevaremos, Sasaki-sama. —Se inclinó ante él—. Mostradme dónde se guardan.

LOS PRISIONEROS

Las horas transcurridas tras la llegada de Kento Mashuda, Uzaemon y el resto de los samuráis fueron vividas por Susanô como algo no totalmente real, similar a un extraño sueño donde participaba sin estar realmente; similar a estar viendo, sintiendo, incluso olfateando cada segundo y cada movimiento, suyo y de los otros, con total precisión, minuciosamente incluso, pero tras una pared de cristal, o de hielo. Mejor, como un encierro: al igual que las siluetas de las carpas en las paredes de la cueva habitada por Kawahime.

Susanô contemplaba y sentía al mismo tiempo, pero con la indiferencia de una carpa atrapada. Del espíritu de una carpa atrapada entre el hielo.

Encadenaron a Shozo Masashi y al magistrado Shiroyama y los condujeron, a la vista de todos, hasta los calabozos de la propia Magistratura, mientras los habitantes de Nagasaki bajaban la cabeza al paso de la comitiva preguntándose quién sería aquel imponente samurái rodeado por los fulgores del fuego y cuál sería el delito de hombres tan importantes. Trasladaron después todo el cargamento encontrado en el sótano de Shozo hasta la misma pequeña cala donde lo habían depositado desde el barco holandés, dejándolo bajo vigilancia de dos de los samuráis y unos cuantos hombres del ejército hasta entonces a las órdenes del magistrado, a la espera de que llegaran unas cuantas naves para trasladarlo todo a Edo.

Todo eso lo vivió Susanô encerrado en una invisible pared de grueso hielo. Su corazón latía en otro lugar, su espíritu revoloteaba por entre los trajines presentes y el incierto futuro; entre los deseos de hacer llegar a Chikako su carta de libertad y sus propios deseos mudos; entre la felicidad por haber cumplido una misión imposible tan sólo unos años atrás, la noche en que abandonó su casa familiar con un pensamiento fijo de venganza, y el temor a perder para siempre a Shuzai y, sobre todo, a Hanzaburo.

Las piedras de su personal tablero de Go navegaban a la deriva, sin directrices, sin un deseo claro capaz de moverlas hacia el lugar adecuado.

No existía derrota ni victoria.

Tan sólo algo similar a una cansada indiferencia; sin euforia en la derrota de Shozo Masashi, sin atreverse a mirar a esos amigos que pusieron su vida en peligro ignorando quién era realmente el Samurái del Dragón.

Sentía las manos llenas y vacío el corazón.

Incluso aquella última reunión en el salón de Sasaki Yoshida, porque ahora Susanô ya conocía el origen de su amigo y su familia, la vivió como si la presenciara desde algún lugar demasiado remoto, demasiado frío.

Como si nada, en realidad, le perteneciera.

—El Shogun siempre os estará agradecido —afirmaba Mashuda ante una taza de

té blanco—. A los tres. —Se inclinó levemente ante ellos—. Y también a Sasaki Yoshida. —Una leve inclinación hacia el tío de Shuzai—. Habéis cortado la cabeza de la serpiente antes de que clavara los dientes.

—En el castillo de Hokusai los dos samuráis siempre están presentes en su ausencia —aseguró, feliz y orgulloso, Uzaemon, el Samurái de la Luna—. Para todos ha sido un honor haber combatido a vuestro lado.

—No olvidemos al hermoso arquero —terció Yoshida.

—Y al hermoso zorro plateado —añadió Shuzai.

Hanzaburo se inclinó sintiendo rubor en la punta de sus orejas. Nadie preguntó de dónde había salido aquel zorro con aspecto de dios imponente con sus nueve colas, les bastaba haberlo visto lamer las mejillas del arquero y alejarse dejando el breve rastro de unas gotas de sangre. Lo habían visto desaparecer, sin inmutar la calma del paso, por el pasillo abierto ante él, honrando su partida.

—Espero que no os moleste permanecer de guardia hasta que lleguen a recoger las cajas en el pequeño puerto —no fue una pregunta, ni una orden, ni un ruego, Mashuda hablaba como si fueran compañeros de la misma partida.

—Cuenta con ello —aseguró Shuzai—. Después, nosotros —dudó un momento —, bueno al menos el Samurái del Dragón y yo mismo, tenemos otro asunto pendiente.

—Lástima —se lamentó Mashuda—. Me sentiría muy honrado de contar con vuestras armas a mi lado, y al lado del Shogun. —Miró a Hanzaburo—: ¿Y vos?

—Yo, si me aceptan, también partiré con mis dos hermanos. —Se inclinó ante el imponente Mashuda.

El corazón de Susanô tembló bajo la coraza de la serpiente.

—Bien. De todos modos, cuando queráis, seréis bien recibidos en Edo.

—Un honor. —Se inclinó Shuzai en nombre de los tres.

—También rechazaron la oferta, no tan importante claro, de Hokusai-sama —añadió Uzaemon.

Los seis hombres en torno a la mesa formaban el grupo más honorable de personajes reunidos en torno al té blanco ofrecido por Yoshida. Tanto Mashuda como Uzaemon, vestidos con kimonos de seda sin sus ornamentos de samuráis, ofrecían la misma estampa poderosa que subidos a sus monturas y envueltos en sus corazas. Fuego uno; luna de plata el otro. Yoshida mantenía la presencia de un hombre honorable dedicado a la justicia, eso sí, con el rostro mucho más relajado, al igual que Shuzai, como si el apresamiento del magistrado Shiroyama les hubiera devuelto una paz interior perdida.

Ese detalle de la historia aún desconocida y el ofrecimiento de Hanzaburo a acompañarlo en su viaje a Yamato habían comenzado a romper el cristal de hielo donde se había enquistado Susanô.

¡Hanzaburo lo acompañaría!

Y la noticia alegraba tanto al samurái como entristecía al corazón oculto de la campesina.

Cuando, ya muy tarde, se retiraron a descansar, Susanô no logró conciliar el sueño.

Primero, imaginando la cantidad de tareas obligatorias del día siguiente.

Segundo, conteniendo la feroz lucha entablada entre los dos seres que lo habitaban mientras sentía hundirse en su carne los hilos ardientes arrojados a su interior por la araña grabada en su hombro.

A veces, Susanô imaginaba su cuerpo entero envuelto en una telaraña de hierro y fuego; una cárcel de donde nunca lograría escapar. Se imaginaba cubierto de cicatrices provocadas por la piel de la serpiente y con el corazón apresado entre cientos de hilos lanzados por la araña, imposibles de romper con la katana mejor templada.

Todo en él era una herida.

Mucho antes de la hora del Conejo, Susanô decidió salir al cuidado jardín de la casa.

Sobre un pequeño lago artificial ovalado, brillaban tres opulentos nenúfares recogiendo los rayos de una luna menguante, y Susanô se sentó sobre uno de los bordes. El cielo iniciaba el combate del día contra las sombras de la noche: el fuego del día aún competía con el brillo de alguna estrella rezagada mientras la luna, comenzando a menguar, aún podía distinguirse.

Cuando un delicado rayo rojo iluminó sus manos quietas sobre sus rodillas, una inmensa libélula, ceniza y azul topacio, se posó sobre sus nudillos.

—La buena suerte te saluda, hermano.

La melodiosa voz de Hanzaburo estremeció la espalda de Susanô; cerró los ojos para acomodar su rostro a la presencia y no delatar el combate de sus sentimientos.

—Pronto abandonas el lecho, arquero.

—No soy el único. —Hanzaburo se sentó a su lado y la libélula saltó de los nudillos de Susanô a uno de los nenúfares—. Espero que me dejes acompañarte a tu próximo destino.

—Será un honor. —Se inclinó ante el arquero—. Aunque pocas emociones encontraréis en un feudo como Yamato.

—Me bastará la compañía de mis hermanos.

—¿Y vuestro padre? —en realidad, la pregunta que deseaba hacer era otra, imposible de pronunciar.

—Siempre estará cerca. —La sonrisa de Hanzaburo coincidió con los primeros rayos de un sol triunfante y con el gong que anunciaba la hora del Conejo—. ¡Tengo hambre! —Y se frotó el estómago.

—Sí, hoy será un día largo y necesitaremos fuerzas —respondió Susanô levantándose.

En el interior, Mashuda y Uzaemon ya esperaban, junto a Shuzai y Yoshida, la presencia de los otros dos ante una mesa preparada.

—Ya estamos todos —aseguró Mashuda moviendo las manos por entre las amplias mangas de su kimono rojo—. Bien.

—¿Llevaréis hoy a los prisioneros? —preguntó Shuzai.

—Esta misma mañana.

—Mandaré que os preparen unas viandas para el viaje —comenzó Yoshida—. Y también deseo que os acompañen algunos de mis mejores sirvientes.

—No es necesario, Sasaki-sama —respondió Mashuda inclinándose—. Además, pensaba reponer fuerzas en la posada Harubayashi...

—Aun así, insisto. En la cocina ya preparan algo ligero y sustancioso para llevar. En cuanto a los sirvientes, dejáis aquí a dos de vuestros hombres y estos jóvenes, pese a no ser guerreros, son hábiles con los cuchillos. Y leales.

—Os lo agradezco.

—Yo quisiera pedirlos un favor, Kento-sama —pidió Susanô inclinándose.

—Decid.

—El puesto de magistrado ha quedado vacante, pero me urge arreglar la compra del feudo de Yamato.

Shuzai sonrió. Nadie preguntó por las razones para tan extravagante compra: el feudo apenas sería rentable para un noble de escasa alcurnia y el Samurái del Dragón, desde luego, podía aspirar a mucho más. Incluso a una casa dentro del castillo del Shogun.

—No es un feudo especialmente rico y, según creo recordar, los dos herederos andan a la greña con las tierras, ¿cierto?

—Así es, Kento-sama.

—Aún no hay nombrado magistrado, pero el Shogun me ha concedido, y firmado, un permiso temporal, aunque puede ser permanente, para que Sasaki Yoshida sustituya al traidor Shiroyama. —Se inclinó hacia el aludido.

—Me honra la confianza del Shogun —respondió Yoshida—. Naturalmente, acepto el honor, pese a haberme retirado hace años.

—La sabiduría y la lealtad nunca se retiran —sonrió Mashuda—. Después os entregaré los poderes.

—Entonces, Susanô, puedo iniciar cuanto antes los trámites, aunque requerirá el envío de un mensajero al feudo...

—Gracias. —Se inclinó Susanô—. A ambos.

—Todos te estamos agradecidos a ti, Samurái del Dragón —y Mashuda pronunció con orgullo el nombre que cantaban los juglares.

Comenzaban a moverse las piedras de su personal tablero. Esa misma tarde, le pediría a Shuzai un mensajero de confianza para entregar a Chikako el pacto matrimonial roto. Imaginaba la crueldad de sus padres hacia ella, pero no sería por mucho tiempo. En cuanto tuviera la propiedad de Yamato, enviaría otro mensajero con una nueva propuesta matrimonial, junto con ricos presentes para calmar la avaricia de los padres y de Hayato.

Después...

Cuando se levantaron, los dos samuráis se retiraron para enfundar sus hábitos guerreros.

Shuzai, Susanô y Hanzaburo, esperaban en el jardín.

—Esta tarde, hermanos, quiero que me acompañéis a la Casa del Té Blanco, Kawasemi nos espera y os debo una explicación.

—¿La bella geisha? —Los ojos de Hanzaburo, brillaron como miel iluminada y Susanô sintió una punzada bajo su permanente coraza de serpiente. Sentía que le faltaba el aire.

—No nos debes ninguna explicación, hermano —dijo Susanô, en parte para limitar la zozobra de aquel brillo en los ojos de Hanzaburo al recordar la belleza de Kawasemi.

—Insisto. Además, nos espera terminar la misión que nos ha traído hasta aquí y no deseo secretos entre nosotros.

Ahora Shuzai retornaba a ser el joven alegre que Susanô recordaba. En cuanto a los secretos, él ocultaba uno tan enorme que le hizo sentirse desleal ante ellos, sobre todo ante Shuzai, su hermano.

¿Cómo iban a seguirlo desconociendo el peor de todos sus escondrijos?

—Y también. —Shuzai tomó el brazo de su amigo, inclinó la cabeza sobre su hombro y añadió— tu matrimonio con la bella Chikako. —Lanzó una risa alegre que levantó el vuelo de varias libélulas.

—Muy hermosa ha de ser para que te hayas jugado la vida con Shozo Masashi con el único propósito de romper su contrato matrimonial.

—Hanzaburo, aun sin amarla, aun no siendo tan hermosa —terció Shuzai—, ninguna mujer merece la condena de vivir al lado de semejante gusano. —Y su boca dibujó el asco que le producía tal unión.

Susanô hubiera querido gritar que su matrimonio no era lo que todos pensaban, que su corazón pertenecía a Hanzaburo. No lo haría, claro.

Este último frunció el ceño, amusgó los ojos, dibujó con el corazón de su boca un divertido mohín y movió sus puntiagudas orejas: en momentos como aquel quedaba manifiesto su origen de animal divino.

Al menos, el gesto del arquero sirvió para que los tres rieran. Retornaban los viejos y amados tiempos de camaradería sin fisuras. Salvo por el abismo del enigma

oculto en el interior de Susanô.

Por las concurridas calles de Nagasaki, a la brillante hora de la Serpiente en una mañana fría y luminosa de invierno, cuatro samuráis, un arquero de rasgos divinos, un lujoso palanquín donde viajaba el futuro magistrado de la ciudad y una corte de diez sirvientes a pie levantaban los murmullos y las reverencias de hombres y mujeres y la persecución de los niños a la comitiva, camino del pequeño puerto adyacente a la Deshima.

Los dos samuráis encargados de la vigilancia se inclinaron ante el penacho rojo de Kento Mashuda. Un nutrido grupo de niños observaba desde el mismo lugar en que Hanzaburo había descubierto la salida clandestina del sampán días atrás. Tras entregarles las nuevas órdenes y comprobar que la vigilancia se realizaba tal como había ordenado, la llamativa comitiva se encaminó hacia el palacio del antiguo magistrado.

Comprobaron que Shozo Masashi permanecía encerrado en su mutismo de derrota, eso sí, con mucha mayor dignidad de la mantenida por Shiroyama, quien no dejaba de gemir mientras proclamaba su inocencia.

—¡He sido víctima de una trampa, Kento-sama!

—Sin duda, de la trampa de vuestra propia avaricia.

—¡Os lo ruego! Puedo ser muy útil al Shogun... Puedo...

—¡Calla de una maldita vez! —esta vez fue la voz rota y bronca de Shozo Masashi—. Asume que has perdido, como a buen seguro asumirías el triunfo caso de no haber sido víctimas de nuestra propia arrogancia.

—Os lo juro —murmuró Hanzaburo a sus dos amigos—: Encuentro mucho más digna la postura de ese desgraciado sin linaje ni nobleza, que la obligada en alguien como Shiroyama.

—Puedo asegurarte la absoluta falta de noble estirpe en el depuesto magistrado —apretó la boca al decirlo—. Además, la nobleza y la alcurnia, amigo mío —añadió en un tono más relajado Shuzai—, son el fruto de la propia voluntad.

Susanô encontró una especie de bálsamo en las palabras pronunciadas por su hermano.

¿Qué pensaría si supiera...?

¿Hablaría de nobleza en los actos desesperados de una campesina que la llevaron a vender su propio espíritu a la Dama Araña?

Sasaki Yoshida, investido ya con los poderes de nuevo magistrado de Nagasaki, reunía en el Salón de los Cien Tatamis a los antiguos consejeros, escribas y subalternos. A la vez, redactaba el escrito de compra para el feudo de Yamato y enviaba a dos mensajeros con el mismo.

Conocía la urgencia de Susanô.

Con suerte, en unas semanas se fijaría el acuerdo y el precio del feudo; entonces se redactaría el escrito de nueva propiedad y se enviaría la correspondiente copia hasta Edo, al Shogun. Una vez ratificada, el Samurái del Dragón sería el legítimo dueño del feudo de Yamato.

En ese momento, dos fieles servidores de Yoshida cabalgaban hacia Yamato con el compromiso matrimonial roto.

Los tres amigos siguieron a la comitiva hasta cruzar el puente Ôidebashi, el más imponente de los nueve que cruzan el río Nakashima: la frágil unión de Nagasaki con el resto del territorio. La guardia del puente se inclinó ante la comitiva.

—Espero volver a encontraros pronto, amigos —se despidió Mashuda con un calificativo que inclinó aún más la cabeza de los vigilantes.

—Siempre que seamos necesarios —respondió Shuzai.

Uzaemon descendió de su caballo y abrazó a los tres, sospechando que quizá nunca volvería a cruzarse con aquellos dos impecables samuráis y sintiendo a la vez un orgullo denso como una piedra ante la amistad que le habían brindado; algo que podría contar, henchido el pecho, a sus hijos, cuando estos reciten en voz alta los poemas que relatan las hazañas del Samurái del Dragón. El más extraño de todos cuantos ha conocido en su larga vida. También abrazó a Hanzaburo: la amistad con tan nobles señores señala su propia nobleza.

Ignoraba lo cerca que habían estado algunos de quienes ahora se inclinaban a su paso sin reconocerlo de terminar con la vida de Hanzaburo en el bosque cercano. Sin embargo, incluso aquel acto fue un paso necesario para encontrarse con su propio camino.

A veces, es necesario entrar en el laberinto para vencer todas nuestras sombras, le había dicho su padre.

Subidos a sus caballos, esperaron hasta perder de vista la comitiva del Shogun, con los dos prisioneros maniatados y conducidos, descalzos y a pie, tras el caballo de Kento Mashuda.

—Dudo que los delicados pies del magistrado lleguen hasta Edo —predijo Hanzaburo.

—Entonces, tendrá que caminar sobre sus rodillas —replicó Shuzai.

Se rieron los dos. Susanô no logró acompañarlos en la risa. Por su cabeza revoloteaban las gestas de quienes fundaron las diferentes dinastías de Japón. Shozo Masashi podía haber formado parte de esas leyendas y terminar convertido para la memoria de todos en un ser divino cuya tumba se visitara con veneración.

La historia concede gloria a quien vence. Olvido y vejación a quien resulta derrotado.

Lo pensó, recordó el rostro casi pétreo de Kamakura, oculto también en la cárcel de otro secreto, y no pudo sentir la felicidad que imaginó cuando soñaba su derrota.

MIL GRULLAS DE PAPEL

Los tres se habían vestido de gala y pese a no ser hora para visitar la Casa del Té Blanco, que no abría a sus clientes hasta la hora del Cerdo, los guardianes tenían órdenes para permitir la entrada de los tres especiales invitados.

Susanô había elegido su kimono de seda blanca con hojas de ginko bordadas, obi del mismo color de las hojas y kataginu de amplias hombreras negras. El negro noche del kimono de Hanzaburo resaltaba el blanco de su larga melena sobre el rojo sangre de su capa roja. Shuzai vestía de seda granate, obi azul noche al igual que su kataginu.

Una jovencísima geisha los recibió a la entrada, sentada sobre una elevada estera y vestida con un luminoso kimono de seda verde agua y blancas garzas bordadas con pico y patas de oro, cuello y plumas largas de las alas, negras. Se inclinó ante ellos, les retiró los tabis de madera y, después, los precedió hasta un salón adyacente del salón principal.

El ruido de la seda esparció por la Casa un susurro de nieve apenas rozada.

Ataviada con un kimono de seda en un azul atardecer intenso y obi bordado en plata, esperaba, quieta y bellísima, Kawasemi. No había nadie más, ni geishas que acompañasen con su música, ni sirvientas para servir el té dispuesto sobre una mesa baja lacada en rojo.

Los tres hombres se inclinaron. Kawasemi, con un gesto de sus manos, los invitó a sentarse.

—Querida hermana.

Las palabras de Shuzai dejaron boquiabiertos a sus dos amigos. Susanô comenzó a comprender los extraños momentos de conversaciones privadas entre ellos. El más sorprendido era Hanzaburo: no imaginaba en una Casa de Té a la hermana de un samurái.

—Hasta la Casa han llegado los rumores de vuestra victoria —la voz cristalina de la mujer resonó como campanas de hielo en el reducido salón—. ¡Gracias!

—¿Gracias? —Hanzaburo no lograba contener la sorpresa.

—Mi hermana ha sido una más de las muchas víctimas de Shiroyama...

—Por eso enviaste emisarios al Shogun —murmuró Susanô, hablando más para el cuello de su kimono que para los demás.

—Yo también llevaba años esperando este momento, hermano.

Kawasemi comenzó a preparar el ritual de la ceremonia del té. Sus blanquísimas manos introdujeron las hojas en la tetera de hierro lacada en negro y luciendo el grabado de un dragón rojo en su barriga; la giró tres veces, se inclinó, la giró de nuevo en dirección contraria, de nuevo se inclinó...

Susanô había visto servir el té suficientes veces como para comprender que el

ritual realizado por aquella hermosa geisha seguía las reglas más viejas de la etiqueta. Una ceremonia que podía durar muchos minutos.

Una ceremonia que relajaba y excitaba, por igual, los sentidos.

Una ceremonia propia de los dioses ofrendada por las manos de una bella mujer.

Hanzaburo seguía los movimientos de aquellas manos como palomas, hechizado.

Y sí, Kawasemi les había parecido hermosísima el primer día que la conocieron, pero esa tarde sus rasgos presentaban la luminosidad serena de quien ya no siente cadenas atando sus tobillos. Esa paz añadía una suerte de aureola en torno a su rostro capaz de anular la belleza de cualquier otra.

Susanô reconoció que ni siquiera Chikako brillaría al lado de Kawasemi.

Sirvió el té moviendo las tazas en lentos gestos y alzándolas hasta cada uno de ellos en el cuenco de sus propias manos, inclinándose y rozando apenas las manos de los hombres.

Bebieron la primera taza. Cuando Shuzai colocó la suya sobre la mesa, comenzó el relato.

—Hace seis meses, mi hermana me envió un mensaje. —Susanô no recordaba que le hubiera comentado nada, sin embargo, ambos se encontraban al servicio de Hokusai Katsushika y, según creía, compartían todas sus inquietudes.

—Estoy construyendo grullas de papel —fue la dulce voz de la mujer quien recitó el mensaje—. Cuando llegue a mil habrá llegado nuestra hora.

Sonrió y mostró una de las grullas de papel. Perfecta en su diseño, llevaba, además, pintado en letras doradas el anagrama de la felicidad.

—Mi padre, cuando nuestra madre esperaba el nacimiento de Izu y los médicos pronosticaban un parto peligroso, pasó cientos de horas construyendo delicadas grullas en papel de arroz. La última, la terminó el día del parto.

—Y fue un acontecimiento feliz —terminó Shuzai.

—Mil grullas de papel traen volando la buena suerte —murmuró Hanzaburo mirando la delicada grulla.

—¿Qué tiene que ver vuestra felicidad con Shiroyama? —preguntó Susanô.

—Mi padre. —Shuzai carraspeó para encontrar el tono adecuado—, sasaki Kojiro, era un honorable samurái al servicio del daimyo de Kioto, por tanto, muy cerca del sagrado Emperador. —Se inclinó al pronunciarlo—. Fue allí donde conoció a Shiroyama, cuando aún no podía soñar con el cargo de magistrado en Nagasaki. Creyó que era su amigo. Lo creyó durante años.

El silencio se había posado sobre los tres hombres y la mujer como una inmensa libélula. Una libélula que los atrapaba para protegerlos, como las mil grullas de papel.

—De nuevo fue un complot, esta vez orquestado por el daimyo de Kioto, el más poderoso de todos los nobles bajo las órdenes del Shogun, y otros tres daimyos menores que aspiraban a lograr más poder. Tras el complot también estaba

Shiroyama, aunque aquella vez no sólo no fue descubierto sino que, cuando las cosas no salieron como estaban previstas, colocó las pruebas de su propia culpa del lado de nuestro padre.

Kawasemi bajó la cabeza y dos gotas de lluvia mojaron sus pupilas.

—«Puedo evitarte el deshonor», le dijo la noche antes a la llegada del emisario del Shogun. Mi padre imaginaba cómo sería el futuro de sus hijos si él caía en el deshonor y escuchó las impías palabras del traidor. El plan consistía en fingir un último acto honorable por parte del daimyo de Kioto: lo obligarían a practicar un seppuku y prepararía una carta, con su sello y firma, en la cual no sólo exculpaba a Shiroyama, también a mi padre, indicando, además, que gracias a esos dos hombres había sido descubierto el complot.

—¿Cómo consiguió que escribiera esa carta? —preguntó Hanzaburo tras unos segundos de silencio.

—Shiroyama tomó al primogénito del daimyo y lo llevó hasta su padre con una espada apuntando la garganta del joven. Lo convenció, además, de que un acto como aquel permitiría una salida honrosa a su familia, lo cual se cumplió en gran medida porque el Shogun fue clemente con ellos y no sólo les respetó la vida, sino que les permitió refugiarse en los dominios de unos familiares. Miyamoto, el daimyo, cumplió su parte: escribió la carta, al dictado de Shiroyama, la firmó y selló. A cambio le permitió despedirse de su hijo y morir con honor. —Suspiró hondo y recitó la ceremonia como si la hubiera presenciado—. Miyamoto realizó el baño ceremonial, vistió el kimono blanco, se sentó sobre sus talones, realizó sus plegarias, envolvió la empuñadura de su wakisashi con un pañuelo para no manchar las manos con su sangre y realizó el primer corte de izquierda a derecha. —Los demás seguían sus palabras en silencio—. Shiroyama pudo evitarle el resto y cortar entonces su cabeza, pero esperó a que realizara el corte hacia arriba; aún se demoró unos segundos antes de cortarle la cabeza. ¡Quedaba a salvo!

Shuzai hizo un gesto a su hermana para que sirviera una nueva ronda de té. Las palabras habían arañado su garganta hasta dejarla reseca.

—¿Qué le pidió a cambio a tu padre? —esta vez fue Susanô quien hizo la pregunta minutos después de haber bebido su taza de té.

—La vida de Kawasemi. —Hanzaburo y Susanô posaron la mirada en la mujer: un leve temblor sacudió sus hombros—. La había deseado desde niña, pero, tal vez siguiendo una silenciosa intuición, mi padre no le había concedido su mano.

—La oscuridad asoma siempre, por más que intenten iluminarla —murmuró ella.

—¿Se casó entonces con tu hermana? —preguntó Hanzaburo.

—Para entonces, ya había elegido una esposa cuyo linaje le permitiera, junto al favor del Shogun, el soñado ascenso social...

—La Magistratura de Nagasaki —murmuró Susanô.

—La más delicada, dado el comercio iniciado con los bárbaros, sí. Un lugar donde una rata como él podía acumular una fortuna.

Los puños de Shuzai se habían crispado.

—Pero... —Hanzaburo intentaba comprender mirando hacia el rostro, ahora sereno, de Kawasemi.

—Ni siquiera la convirtió en su concubina —a Shuzai le costaba pronunciar las palabras—. Hizo que lo acompañara hasta Nagasaki, que presenciara sus esponsales y su nueva vida para después obligarla a entrar en esta Casa de Té.

—Encontraba más satisfactorio humillar a la hija de un samurái públicamente que poseerla en privado. —Susanô respiró hondo: las mujeres siempre están sometidas al capricho de los hombres.

Susanô, de nuevo, era testigo de la desgracia provocada por la belleza en las mujeres. Se sentía tan cerca de Kawasemi que ardía en deseos de abrazarla.

—¡Ni siquiera se parece a una serpiente! —murmuró con rabia Hanzaburo recordando los felices días de su madre junto a Kitsune.

—Y, claro. —Susanô miraba fijamente a Kawasemi sintiéndola hermana en la desgracia de ser mujer—, estabas sola, sin amparo.

—Mi padre trató de ocultarle la desgracia a mi madre y mis hermanos para evitarles más dolor. —Kawasemi hablaba despacio, sin que su rostro delatase ninguna emoción—. Después, él mismo se quitó la vida porque no soportaba el precio pagado a...

Su boca se negó a pronunciar el nombre de quien la humilló durante años.

—Le gustaba venir a la Casa, le preguntaba a la Okasan por mis progresos, invitaba a sus amigos y me exhibía como la mejor de sus joyas. Incluso se permitía, tras cerrar el trato con los jefes de los bárbaros, invitarlos y obligarme a servirlos.

Su rostro no se había movido, pero los latidos acelerados de su corazón dibujaban leves oleadas de seda azul intenso en su pecho.

—¿Cuándo te enteraste tú, hermano? —preguntó Susanô.

—Aún tardé años. —Respiró hondo y enderezó la espalda para continuar—: Yo apenas tenía diez años cuando murió mi padre. Mi madre me envió con mi tío y él me permitió continuar mi formación como samurái. Fue tras la ceremonia de mi gembuku, a los quince años, cuando mi tío me mostró la carta enviada por mi hermana un año antes donde relataba la auténtica vida a que la tenía sometida Shiroyama.

Los dos hermanos se miraron.

Se miraron y sonrieron.

Sus corazones habían sufrido las espinas de la vida y ahora sentían el alivio de los pétalos posándose sobre sus cicatrices.

—Tan sólo pensé en venir a Nagasaki y atravesar su corazón con mi katana. —

Bajó la cabeza, después la levantó—. Fue mi tío quien me convenció para esperar. Él se trasladó aquí, al menos así servía como consuelo a Kawasemi.

—Pero ni siquiera podía denunciarlo —murmuró Hanzaburo.

—No. Lo que sí hicieron fue espiar cada uno de sus movimientos. Ya circulaban rumores nada buenos sobre su Magistratura en la ciudad y su alianza con maleantes como Masashi. «Conviértete en un buen samurái, entra al servicio de un noble señor; trata de ser el mejor en todo cuanto hagas y no pierdas nunca tu honor. Cuando llegue el momento, los dioses nos enviarán una señal». Eso me dijo Yoshida.

A cada momento le corresponde una decisión. Susanô escuchó las palabras de Kamakura como si las estuviera susurrando a su oído.

—Cuando comencé a cortar las grullas y se lo comuniqué, vio la señal esperada. Las palabras de Kawasemi cerraron el relato.

—¿Y ahora? —Susanô clavó sus ojos en la mujer—. ¿Dejarás Nagasaki? —inquirió mirando a la hermosa geisha.

—Ahora soy dueña, por primera vez, de mi vida. —Su cuerpo se movió y el rumor de la seda, junto al perfume de jazmín, llenó el aire de la estancia.

Susanô no lograba evitar compararlo con el aroma de Kawahime, cerraba los ojos y volvía a ver sus increíbles ojos de jade.

—Cuando llegue el momento, decidiré —las palabras de Kawasemi rompieron la ensoñación de Susanô—. De momento, deseo permanecer en Nagasaki.

—¿En la Casa del Té Blanco? —preguntó Hanzaburo.

—En la casa de mi tío. —Y se inclinó levemente.

—Pronto tendré una hermosa y amplia casa en Yamato, no será digna de vuestra noble presencia, pero siempre seréis bienvenida —añadió Susanô.

—Tal vez —musitó ella—. Dejemos que el tiempo cumpla su parte en esta historia. Sé que, cuando lleguen a recoger el cargamento que se vigila en el pequeño puerto, partiréis los tres. —Los miró uno a uno sonriendo.

—Tendremos que esperar a la compra de Yamato —murmuró Susanô—. Unas semanas, imagino.

Una ligera demora tras tantos años de tensión en busca de las cadenas que ataban a su amada hermana.

—Claro —la mujer se inclinó levemente—. Os tendré al tanto de nuestras vidas, y esperaré todas vuestras noticias. Por cierto... —Se levantó para acercarse a un arcón alcanforado bellamente tallado y regresó con una pequeña caja entre las manos—. Sé que prepararéis vuestra boda con una hermosa dama —se dirigió a Susanô—, y quisiera ofrecerle un presente a la muy afortunada.

Susanô recibió entre sus manos la caja, inclinándose para agradecer el presente. La caja construida en coral blanco mostraba en la tapa superior un crisantemo

dibujado con láminas de coral rojo y rosa incrustadas.

—Podéis abrirla.

En el interior, tres perlas, inmensas, con un oriente rosado luminoso; dos dibujando una esfera perfecta, la tercera dibujando una lágrima de casi tres centímetros.

—Aseguran que la novia que recibe como regalo perlas perfectas tendrá tantos hijos como perlas. ¡Os deseo tres hermosos hijos, Samurái del Dragón!

—Primero tendremos que asistir a su boda, hermosa Kawasemi —exclamó riéndose Hanzaburo.

Como siempre, el Hijo del Zorro consiguió contagiar a todos su risa. Los cuatro terminaron celebrando la felicidad de las mil grullas de papel con una carcajada.

¿Serían tan claras las futuras señales como aquellas mil grullas?

De alguna manera, las mil grullas pacientemente construidas habían levantado el vuelo sobre los espíritus tras ser consumidas por el fuego en un cuenco de cobre. Kawasemi movía el humo con sus manos, sonriendo y derramando las primeras lágrimas tras años de llanto sin lágrimas.

LA NOCHE DEL SECRETO

Al día siguiente, Kawasemi se trasladó al palacio de la Magistratura, nuevo hogar de Sasaki Yoshida. No iba a quedarse, tan sólo deseaba conocer el lugar donde había anidado la serpiente. De momento permanecería en la Casa del Té Blanco. La Okasan sentía un profundo cariño por ella y jamás permitió que las tropelías del magistrado traspasaran ciertos límites. Tras marcharse su hermano y amigos, viviría en la antigua casa familiar de Sasaki Yoshida.

Caminaría despacio hacia el futuro.

Susanô no dejó de imaginar el oprobio sufrido por la hermosa Kawasemi y sentirlo, de alguna manera, propio. Nacer mujer parecía una garantía de sufrimiento añadido y hacerlo bajo el símbolo de la belleza no añadía mejoría, antes bien, se convertía en una doble cadena sobre ellas.

¿Cuál de los dos habitantes en sí mismo era más real?

Aunque, tal vez, a estas alturas, ambos se hubieran devorado mutuamente para construir algo diferente, perteneciente a ambos y sin decantarse por ninguna de sus esencias. Como las dos carpas de su sueño: girando eternamente sin encontrarse, formando una figura nueva y diferente a las dos carpas por separado. Su cuerpo pertenecía a un hombre, atractivo incluso; un hombre que, sin embargo, nunca podría engendrar hijos. Su interior ocultaba una mujer que nunca podría mostrarse en público. Mucho menos, confesar públicamente su amor por un hombre.

Tomiko había nacido condenada al trabajo agotador desde la cuna hasta la muerte; sin sentir cariño sobre su frágil cuerpo hasta que Chikako extendió su mirada y sus brazos hacia ella. En el supuesto de encontrar un marido, tan sólo serviría como mula de carga para él y para sentir el desprecio de quien se veía obligado a casarse con una niña estigmatizada.

A veces, acariciaba aquella lágrima rugosa y amoratada en su cuello y veía más un adorno que un castigo en ella.

En cambio, siendo Susanô había encontrado un lugar en el mundo, un presente honroso y un futuro prometedor. Había encontrado dos hermanos cuya probada lealtad y afecto los convertía casi en un solo ser. Como samurái podía comprar el feudo de Yamato, liberar a su hermana y ofrecerle, también a ella, la posibilidad de elegir su propio camino.

¿Y su camino?

La parte de sí mismo que vestía armadura y respetaba el Código del samurái podía vencer a sus rivales en el campo de batalla y en el Go. La parte de Tomiko, agazapada bajo la piel de serpiente de su coraza, resultaba mucho más fuerte y generosa, capaz de renuncias dolorosas y generosidad sin límites.

Sin embargo, a su fiel Shuzai le bastaba con el Código de Honor. Honrarlo,

respetarlo y guiarse por él le bastaban para sentirse completo. A Susanô no le sucedía lo mismo. Se sentía incompleto.

Curiosamente, la historia de Kawasemi le había devuelto una tregua de paz y calma: haría aquello que prometió; cumpliría su promesa y encontraría el modo de continuar una vida de renuncia sin lamentos ni lágrimas. Algún día, asistiría a las bodas de sus hermanos y se alegraría por ellos. Incluso por Hanzaburo.

Todos esos pensamientos y decisiones solían acudir a su cabeza durante los largos periodos que permanecía en el jardín de la casa de Yoshida, sentado al borde del lago de los nenúfares en posición de loto y oteando a las libélulas que, a veces, se posaban sobre sus manos quietas.

Acompañaba a Shuzai en sus visitas diarias a la guarnición del pequeño puerto, relevaban a los samuráis para permitirles unas horas de descanso, invitados en la casa que, de momento, compartían. Comenzaron a dedicar la hora del Gallo, siempre que sus ocupaciones se lo permitieran, a jugar largas partidas de Go, casi en sagrado silencio, comunicándose a través de las piedras sobre el tablero.

Hanzaburo inició lo que se convertiría en costumbre durante los años siguientes: salía de la casa antes de amanecer y desaparecía, durante horas, incluso durante dos o tres días. Regresaba con el rostro iluminado por una aureola animal y sagrada que aumentaba, si eso era posible, su belleza.

Doce semanas permanecieron en Nagasaki.

En ese tiempo, fue posible la venta del feudo de Yoshida, y el envío previo de un emisario para romper el compromiso matrimonial de Chikako.

—¿Lograsteis ver a la novia? —preguntó al emisario enviado un sirviente de la casa de Yoshida.

—Apenas. —El joven se inclinó temiendo haber cometido un grave error.

—¿Cómo reaccionaron los padres?

—Señor, no dejaron de preguntar, mientras se arañaban el rostro y se golpeaban el pecho, cuál era la culpa cometida por ellos y por su hija. —El joven bajó la cabeza y dudó.

—Dilo.

—Los vi esconder todos los objetos valiosos a la vista, temiendo que pidiera su devolución.

Susanô sonrió imaginando el miedo de sus padres a la pobreza. Hasta que no llegara una nueva petición de matrimonio acompañada de ricos presentes, suponía el infierno en que se convertiría la vida de su amada hermana. Sin embargo, también imaginaba la felicidad por saberse liberada de Shozo Masashi: la imagen de una niña pequeña pisoteando el broche de jade se lo confirmaba.

Pese a conocer la servidumbre de los hijos a los padres, el sagrado ko, Susanô, también Tomiko, nunca imaginó a Gen o a la madre como seres dignos de tal honor.

Y ese sentimiento negativo abrumaba sus sentidos temiendo no merecer un futuro feliz.

¡Pero Chikako sí lo merece!, se gritaba sin voz.

—¿Crees que los padres aman a sus hijos? —lanzó la pregunta al poco de iniciar esa tarde la partida con Shuzai.

—Los hijos son la continuación de la vida, hermano. Y una bendición. —Shuzai levantó la cabeza y sonrió—. Pero imagino que los buenos sentimientos pueden nacer ahogados en mitad de la desgracia, o pueden sucumbir con las desgracias posteriores. De todos modos, los padres son padres. —Se inclinó ante el recuerdo de los suyos—. Como los dioses son dioses, o el Shogun es Shogun.

Alguna vez, Susanô imaginaba que la rigidez de su hermano terminaría por volverse contra él: lo veía como una roca y las rocas, incluso la más robusta e imponente, terminaban devoradas por el agua o el viento; en cambio, un espíritu como el de Hanzaburo, flexible como un junco, podría soportar cualquier tempestad sin ser destruido.

¿Qué clase de elemento era Susanô?

¡Fuego!, se dijo sin conocer la razón. Con todo, respondió al hermano con diferentes palabras.

—Todo es lo que es. —Colocó una piedra en el tablero y el ligero clac le recordó el sonido del bastón de Kamakura—. Aunque —levantó la vista para ver la reacción de Shuzai—, a veces, no sólo somos aquello que deseamos ser —su hermano volvía a mostrar de nuevo un semblante relajado y feliz—. El curso de la vida, como un río, controla nuestros sentimientos.

—O no, hermano. —Shuzai lanzó una breve risa al aire de la tarde—. Uno puede dejarse llevar por la fuerza del río, o aprender a nadar contra esa misma corriente.

—¿Crees que debería comprar hermoso papel de arroz para construir mil grullas?

—Creo, hermano, que nosotros hemos construido nuestras propias grullas con la espada.

Susanô bajó la cabeza. A Shuzai, a veces, le faltaba llevar en su interior el cuerpo de una pobre campesina.

También hubo tiempo para enviar, tres semanas después, a través de otro emisario, esta vez llevando el estandarte del Samurái del Dragón para dar más empaque, una nueva y extravagante oferta de matrimonio con un desconocido samurái. Fue otro de los fieles sirvientes de la casa de Sasaki Yoshida.

Constató la renovada felicidad de los padres ante el nuevo compromiso. *Ese será mi único acto de respeto al ko que os debo*, se dijo tras escuchar al joven relatar los gritos de júbilo.

Para rematar los trámites e infundir confianza en el nuevo compromiso

matrimonial, inició la construcción de una casa, inmensa, luminosa y poderosa, sobre la colina que dominaba el pequeño feudo mientras hacía llegar valiosos presentes a la futura esposa.

Kawasemi, alguna tarde, acudía a visitar a su hermano. Curiosamente, y como si sus orejas lo alertaran, Hanzaburo solía estar presente en esas visitas. La antigua geisha parecía divertirse con el arquero como con ningún otro, incluso se escuchaban risas nuevas en la hermosa Kawasemi, acompañadas por las de Yoyio que miraba ruborizada el extraño y hermoso rostro de Hanzaburo.

Susanô trataba de acomodarse a la realidad de que nunca podría sentir nada diferente a una amistad con aquel mágico arquero. Algo ya logrado con Shuzai pese a los iniciales temores de confusión por sus sentimientos.

Sin embargo, el cuerpo escondido bajo la coraza se estremecía, a veces de dolor, a veces por el placer de sentirlo cerca.

—¿Por qué no vienes a vivir con nosotros o vas al palacio de la Magistratura con nuestro tío? —le preguntó una de esas tardes Shuzai a Kawasemi.

—Primero, hermano, necesito acomodar mi corazón a la nueva situación. Necesito tiempo. —Sonreía inclinando levemente la cabeza.

—Pero la Casa del Té Blanco... —murmuró Hanzaburo amusgando los ojos en un gesto que, curiosamente, lo embellecía.

—Ya no soy una geisha —la mujer respondió con voz tranquila—. Aunque puedo aseguraros que más de un noble importante busca esposas entre las más hermosas. —Había un ligero matiz de burla en la esquina de su sonrisa y Hanzaburo se sonrojó.

—¿Vas a aceptar una de esas propuestas, hermana?

—De momento, recibo clases de caligrafía.

La respuesta evasiva de Kawasemi dejaba claro que ya nunca permitiría la intromisión de nadie en sus futuras decisiones. Susanô sonrió sintiendo una oleada de admiración y cariño hacia la bella hermana de su amigo.

De alguna manera, la hermana de su amigo se parecía a la pobre Tomiko. Una arrojada a una Casa de Té; la otra al monte. Ahora, tras los años de sometimiento y tortura, renacía la niña anterior a ese tiempo, pero transformada. Y más fuerte. Como Tomiko, transformada en samurái sin dejar de sentir latiendo su primer corazón.

—A mí —se sonrojaba Yoyio—, me pareces la mujer más admirable que he conocido jamás.

Y Kawasemi la miraba como si aquella prima, casi una niña, contuviera, en su inocencia, una parte de sí misma perdida para siempre.

El día que llegaron las embarcaciones a Nagasaki para recoger las cajas confiscadas en el sótano de Shozo Masashi, el samurái que llegaba al frente de la comitiva también traía algo para los tres amigos. La noche de su llegada, Sasaki Shuzai ofreció

una cena al nuevo enviado, Uesugi Kenshin, y a los dos samuráis encargados durante ese tiempo de vigilar el armamento. A la cena también acudieron el nuevo magistrado, su hija Yoyio, quien no dejaba, desde que se instalaran en el palacio, de recibir proposiciones matrimoniales ventajosas, y la propia Kawasemi, presentada como hermana del anfitrión, olvidada ya su condición de antigua geisha.

—Uesugi-sama —preguntó Yoshida—, ¿perteneceis al honorable clan Echigo?

—Así es. —Hinchó el pecho y se inclinó el aludido—. Veo que sois experto en la historia de nuestra tierra.

—Bueno, por algo he pasado la vida entre legajos y papeles —sonrió el magistrado.

Kenshin no dejaba de mirar a Yoyio, quien en pocas semanas parecía haber adquirido la madurez de varios años y esa noche se había presentado con un hermoso kimono rosa bordado con crisantemos de oro, como su obi. Además, Kawasemi y ella habían pasado horas en el cuarto de la joven y lucía el más espectacular de los peinados junto con un ligero y favorecedor maquillaje. Meses más tarde, instalados ya los tres amigos en el feudo de Yamato, recibieron noticias del matrimonio concertado entre aquel samurái y Yoyio. La tierna niña que los recibió a la entrada de su casa partiría al castillo del Shogun tras su matrimonio.

Por su parte, Kawasemi, reluciente como un loto, vestía un kimono gris plata traspasado por aguas blancas dibujadas entre la seda que recordaba el pelaje de Kitsune, con diminutas flores de cerezo bordadas.

—Traigo varios encargos del Shogun. —Kenshin se inclinó al mencionarlo—. Primero, el reconocimiento a los servicios de tres guerreros, como samuráis honoríficos del Shogun. —Extendió una mano y el sirviente sentado a su espalda le entregó tres pliegos lacrados con el sello del Shogun.

Inclinándose ceremoniosamente ante cada uno de ellos, entregó a Shuzai, Susanô y Hanzaburo el reconocimiento escrito del propio Shogun por los servicios prestados. Con tal carta de recomendación, cualquier daimyo de Japón se sentiría honrado de contar con sus armas.

Además, a cada uno de ellos le esperaba un arcón con oro, perlas, jade, plata y rubís suficientes para llevar una larga y próspera vida.

—Tan sólo habéis de comunicar al Shogun. —Kenshin inclinó la cabeza— el lugar donde fijaréis vuestra residencia. —Movió una mano en el aire para borrar las preguntas que nadie hizo—. De este modo, si algún día os necesita, enviará a buscaros y también, cada año, recibiréis la misma tasa de arroz que sus samuráis, para que llevéis una vida digna gracias al servicio prestado.

Tan sólo Sasaki Yoshida sonrió sopesando la gran fortuna recaída sobre su sobrino. Para Hanzaburo el oro carecía de valor. El pensamiento de Susanô vagaba por otros senderos.

Mejor sería decir, por un sendero. Esa noche, por primera vez desde que, una eternidad atrás, abandonara su vida de campesina, deseó ser una de aquellas dos mujeres: sonreír como ellas, hablar como ellas, mover las manos como ellas. Y, sobre todo, comprobar en un espejo que la fea e inútil Tomiko se había convertido en una joven mujer.

¿Cómo sería Tomiko?

Sin darse cuenta, llevó su mano izquierda hasta el lugar de su garganta donde permanecía la lágrima rugosa. Esa pequeña marca, en realidad, era todo cuanto quedaba a la vista de Tomiko.

—No parece alegrarte, hermano —le murmuró Shuzai al ver su mirada vagando más allá de la cena.

—Pensaba en Chikako —mintió con la levedad de una mariposa rozando la verdad.

—Pronto, hermano, pronto. —Y palmeó con cariño su brazo derecho.

Ahora que se había cumplido la promesa realizada a su hermana sin palabras, cada nueva mentira, sobre todo si iba destinada a Shuzai, caía sobre su corazón como una pesada piedra de granizo.

Esa noche, a solas en su cuarto, Susanô sintió un irrefrenable deseo de desprenderse de la coraza forrada con piel de serpiente. Esa noche, le impedía incluso respirar.

Desde que Kawahime se la había entregado, nunca volvió a desatar las casi invisibles cintas que la ceñían a su cuerpo.

A través del papel de la ventana, la luna dibujaba una sonrisa, como un tajo de kaiken contra el azul casi negro del cielo.

Se desprendió primero de la ropa, casi con la misma ceremonia de colocarse su armadura de samurái; soltó la cola trenzada sobre su nuca y desparramó una larga cabellera negra. Su pelo se había espesado con los años y adquirido un ligero barniz de cobre en algunos de sus cabellos. Lo peinó cuidadosamente, enroscando algunas guedejas entre los dedos.

Ese fue el primer descubrimiento de su cuerpo real.

Cuando extrajo las puntas de las primeras cintas, recordó el inmenso dolor padecido los primeros días: la piel de serpiente se adhería a la piel de Tomiko, la abrasaba y parecía consumirla en una hoguera sin fuego.

¿Sentiría el mismo dolor al retirarla?

¿Presentaría los restos anteriores de su piel el aspecto de una inmensa quemadura?

Tal vez, para lograr su apariencia de Susanô, el cuerpo de Tomiko había sido sacrificado definitivamente y nunca podría volver a quitarse la coraza.

Dudó.

Los dedos temblaron entre las cintas.

La araña de su hombro permanecía curiosamente inerte, como si aquel acto, tan importante para Susanô, careciera de importancia para su vigilancia.

Cerró los ojos.

Después respiró hondo y desató los cuatro pares de cintas.

La coraza se deslizó hasta el tatami sin hacer el menor ruido, como si, en lugar de una poderosa creación mágica, se tratara de una liviana pluma de gorrión.

Sintió un cosquilleo desde el cuello hasta las ingles; la sensación de que un animal se desperezaba, sin dolor ni ruido.

Los brazos, separados del cuerpo, temblaban como antes sus dedos sobre las cintas.

No tenía ningún espejo donde comprobar su aspecto, en el pequeño espejo regalado por Kawahime tan sólo podía ver el rostro de su hermana, el de Shozo Masashi ya se había borrado.

Susanô, o Tomiko, con las manos temblorosas, comenzó a recorrer aquella parte oculta de sí mismo.

Primero con miedo. Acercando las yemas de los dedos a un rincón de su cintura sin atreverse a tocarla; regresando hasta los senos que latían felices y libres, y retirándolas después.

Temía descubrir algo tan rugoso como el estigma en su garganta.

Finalmente, su mano derecha se posó sobre la cintura; la izquierda en el hueco de su cadera: la piel, cálida y tierna, se mostraba sedosa al tacto.

Con avidez, sus manos recorrieron todo su cuerpo oculto: ni rastro de cicatrices, heridas o quemaduras; tersa, cálida y suave.

La piel no sólo no estaba quemada, sino que presentaba la suavidad de la mejor seda. Los diminutos pechos de Tomiko habían seguido su propia evolución y se ofrecían ahora henchidos, plenos, orgullosos; su cintura, estrecha como un junco, anunciaba unas caderas suaves pero rotundas.

Abrió los ojos, bajó la cabeza y se miró.

Lo que vio fue un hermoso cuerpo femenino, blanco como el rostro de la luna. Deseable.

Muy deseable, le decían sus ojos de samurái.

Cierto, sus piernas, mucho más largas que las de la pequeña campesina, pese a la delgadez, eran piernas musculosas, fuertes, resistentes, piernas acostumbradas al ejercicio y la montura, capaces de sostener entre sus muslos las ancas del caballo y montar sin sostener las bridas de Shibem; al igual que sus brazos capaces de manejar dos espadas a la vez y cortar de un tajo la cabeza de un hombre. Sus extremidades mostraban una curiosa contradicción con el cuerpo, delicado y blanco, oculto tras la coraza. Sin embargo, el conjunto resultaba armonioso, deseable en su incongruencia

contradictoria e inconfundiblemente femenino.

Dos lágrimas brotaron de sus ojos. No la invadía la tristeza, ni el miedo, sino un deseo tan poderoso como su voluntad, por ser la mujer que tan sólo podía ser a solas y escondida.

Con sus lágrimas bajaba el nombre de Hanzaburo por más que su boca se negara a pronunciarlo. ¡Cómo no imaginar aquel cuerpo entre sus brazos!

Permaneció en pie, repasando a la desconocida mujer recién descubierta, hasta que sintió el rumor de pasos sobre las piedras del jardín. Hanzaburo, justo él, regresaba a sus secretas marchas.

Susanô recogió la coraza y volvió a colocarla sobre su torso. Sin dolor, sin aquella primera sensación de fuego abrasando la piel.

Se tumbó sobre el futón y, por primera vez desde hacía semanas, cayó en un sueño profundo sin imágenes. Se durmió con la sonrisa pintada en su rostro y una última lágrima surcando sus mejillas. Las mejillas de Tomiko.

¿Cómo soportaría aquel hermoso cuerpo de mujer los silencios que aún le esperaban?

La única nota dolorosa en aquel deslumbramiento ante el cuerpo transformado y hermoso de Tomiko era la promesa realizada a Tsuchigumo.

Esa promesa era la nueva cárcel de Tomiko.

La nieve ya sólo permanecía en las cumbres más altas, el invierno comenzaba a retirarse y los bosques recuperaban los colores, cuando los tres amigos iniciaron el viaje hacia Yamato.

Despedirse se convirtió en una extraña ceremonia de sentimientos confusos. La tarde anterior a la celebración de despedida, Shuzai la pasó con su hermana en la Casa del Té Blanco. Susanô echó de menos la partida de Go y se sintió inquieto sin comprender muy bien la causa.

Shuzai regresó a la hora de la Rata, Susanô escuchó el ruido de sus tabis por el sendero de entrada, abandonó el pequeño lago de los nenúfares y salió a su encuentro.

El rostro ceñudo y un aura de tristeza hicieron temer lo peor a Susanô: tal vez su hermano decidiera no acompañarlo, quedarse cerca de la hermana, ayudarla a curar sus dolorosas heridas.

—¿Qué haces levantado? —se sorprendió Shuzai al tropezar con la sombra de su amigo—. ¡Casi te confundo con un fantasma! —intentó bromear para disimular sus propias emociones.

—Aún no, hermano —respondió sonriendo Susanô—. ¿Por qué no me acompañas?

No respondió, pero siguió sus pasos.

La luna comenzaba de nuevo su ciclo de crecimiento, en pocos días, podría volver

a ver el rostro de Chikako en el espejo.

—¿Cómo está la hermosa Kawasemi? —una pregunta casi ritual para comenzar una conversación.

—No lo sé —murmuró Shuzai bajando la cabeza—. Debería haber recuperado la felicidad, sin embargo, hoy más que nunca me ha parecido verla rodeada de oscuras brumas.

—Será la tristeza por tu partida, hermano.

—La tristeza no provoca sombras.

Susanô guardó silencio. Comprendía, mucho mejor que su amigo, el estado anímico de la mujer: cuando se ha vivido bajo el horror, sometido al poder del miedo, nunca se regresa al estado anterior. Al menos, no totalmente.

—Todo cuanto vivimos nos acompaña para siempre —lo murmuró sin darse cuenta de hablar en voz alta.

—Quiere eso decir que nunca se libraré del daño causado por Shiroyama. —La mandíbula de Shuzai fue apretándose con cada palabra hasta quedar prácticamente soldada y sin movimiento.

—Somos como una bola de nieve rodando la pendiente de una montaña; con cada vuelta, nuestro contorno va engrosando y cada una de las capas de nieve permanece para siempre en el lugar donde se adhirió. La nieve reciente parece limpiar y borrar la anterior, pero tan sólo la oculta.

—¿Estamos condenados entonces?

Susanô levantó la vista hacia su hermano. Su naturaleza no era dual, por lo tanto, comprendía la parte del mundo que formaba parte de su constitución, pero no lograba comprender aquello que permanecía fuera de su esencia.

Durante un segundo y por primera vez desde su transformación, se sintió tentado a recoger sus manos, navegar por entre el negro de sus pupilas y contárselo todo.

Soy una humilde campesina. Una campesina fea que nació con una maldición en forma de lágrima rugosa grabada en su cuello. Soy la hermana de Chikako. Una mujer, ahora con diecisiete años, que incluso creyó amarte durante un tiempo...

Pero las palabras permanecieron encerradas en su garganta y su corazón, amordazado por los candentes hilos lanzados desde su hombro por la araña tatuada, latió débilmente. Se limitó a tomar entre sus manos una de su amigo y llevarla hasta ese lugar de su cuello donde se conservaba el estigma de campesina condenada.

—Toca —murmuró.

Shuzai, sorprendido, clavó los ojos en la extraña mirada de su amigo y dejó que sus dedos acariciaran el trozo rugoso de piel. Movi6 la cabeza en una negativa, no era un rechazo al estigma, sino el haber creído ver en el conocido rostro del hermano la sombra de una persona desconocida.

—Tienes una señal, de nacimiento supongo. —Sus dedos permanecieron en el

cuello del amigo—. ¿Qué tiene que ver?

—Nunca se borrará, es mi primera capa de nieve. Se trata de convivir con ella. Como terminará por sucederle a Kawasemi: convivirá con el recuerdo tenebroso de tantos años bajo el tabi de Shiroyama. —Sonrió despacio—. Hasta que, una mañana, se despertará y el dolor, sin haber desaparecido, se habrá acomodado en un remoto rincón de su memoria y su piel. —Retiró la mano de su amigo porque le pareció sentirse descubierta en sus pupilas—. Será tan sólo un marca llevadera. Como esta.

—Imagino que tienes razón. —Y bajó la cabeza para acomodar aquella sensación de sentirse ante un desconocido—. De todos modos, esa marca, que por cierto no recuerdo haberte visto nunca, carece de importancia. Por suerte, tu cuello no es el de una mujer. —Su risa fue más un desahogo de tensiones que un gesto de alegría.

—Claro.

No volvieron a hablar.

La confesión de Susanô agonizó en su garganta. Tal vez nunca más debiera soñar, siquiera pensar, en aquella parte de sí mismo oculta tras la coraza de serpiente.

Tomiko había muerto la misma noche en que huyó de su casa. Y se certificó con el beso en su hombro de Tsuchigumo.

¡Debía aceptarlo y no resistirse más!

Sin embargo, había visto su cuerpo de mujer: joven, rotundo y necesitado de abrazos. Un cuerpo que, sin coraza, gritaba sus propios deseos con la contundencia de una katana.

Los gritos mudos de aquel cuerpo, atenazaron la garganta de Susanô.

Permanecieron juntos hasta que los despertaron de la ensoñación otros pasos sobre los guijarros del jardín. Hanzaburo regresaba. Los dos amigos se miraron cómplices y esbozaron una sonrisa: el arquero no era un hombre corriente, vivía dividido entre dos mundos y caminar por esa frontera creaba incertidumbres que necesitaba desahogar con esas huidas. También imaginaban que buscaba la compañía de Kitsune, el padre, siempre cercano como una sombra.

Ese día les esperaban despedidas dolorosas a los tres. Partirían al alba dos días después.

UNA VISITA AL TEMPLO DE KITSUNE

Pese a la insistencia de Sasaki Yoshida para que llevaran una guardia personal, los tres amigos decidieron enfrentar el viaje a solas. Además, casi sin necesidad de acordarlo entre ellos, iban a realizar el viaje despacio, sin prisas, para ir acomodando todo lo vivido durante los últimos tiempos.

Y cumplirían con los rituales de despedida que convertiría su ruta en un zigzagueante y largo recorrido.

Viajarían ligeros; para cuando llegasen al destino, una comitiva preparada por Sasaki Yoshida habría hecho llegar todas sus pertenencias más pesadas a la nueva casa de Susanô.

El camino a tomar no sería igual al anterior, cuando viajaron de oeste a sur. El feudo de Yamato quedaba al este, pero antes, deseaban visitar al noble Hokusai Katsushika para honrar la generosidad de aceptar el rechazo a su generosa invitación de permanecer a su lado y saludarían a Uzaemon. Después aceptarían la invitación del Shogun en Edo, lugar donde Susanô pensaba preparar la comitiva matrimonial y contratar sus propios hombres para entrar en Yamato con el boato y la ceremonia esperada por quienes ahora trabajaban sus tierras.

¡Deslumbrarían a los padres de Chikako! Y eso provocaba una extraña emoción en la maltratada Tomiko; una emoción que no era venganza, sino honra para la niña malquerida. Regresaba seis años después de su huida, transformada en un poderoso samurái.

Nagasaki apenas despertaba cuando tres jinetes, sin ornamento guerrero alguno, avanzaban a paso lento por las callejuelas empinadas. Antes de llegar al puente Ôidebashi, el mismo cruzado semanas antes por Kento Mashuda, una niña desarrapada y descalza, cargada con otro más pequeño aún a sus espaldas, se paró ante los tres jinetes.

Susanô creyó ver a Tomiko en el rostro hambriento, sucio y triste de la niña. Shiben, obedeciendo invisibles órdenes, frenó sus pasos y coceó sobre los adoquines.

Itô y Dôjo imitaron al caballo de Susanô.

Tres jinetes parados ante una mendiga que ni siquiera osaba extender la mano para solicitar limosna.

El tiempo se congeló y, de nuevo, Susanô tuvo la impresión de hallarse en el interior de un muro de hielo. Lentamente, descendió del caballo, se inclinó ante la pequeña, cuyos ojos se abrían incrédulos al espectáculo; acarició sus mejillas sucias y extrajo tres monedas de oro de la bolsa regalada por Tsuchigumo que depositó en la mano izquierda de la pequeña tras abrir con cautela el puño de dedos sucios y uñas

rotas.

¡Una fortuna!

La niña cargada con otro niño a sus espaldas no había imaginado esa mañana que los dioses cambiarían su futuro y que ese cambio llegaría tras el amable y hermoso rostro de un noble caballero, un perfecto desconocido para ella, tan desconocido como el rostro de los dioses a quienes oraba.

Tal vez el destino de cada cual no pueda modificarse, pero puede aliviarse, pensó mientras regresaba a lomos de Shiben y continuaba cabalgando al paso. Por una de esas desconocidas asociaciones de su cerebro, recordó la espada Muramasa que Shozo Masashi había colocado en un lugar de honor de su salón. Oscuramente, imaginó que aquel ser despreciable tal vez había estado toda su vida preparando la derrota final, colocando trampas al destino para ser descubierto en uno de sus embates.

Buscando desesperadamente la derrota, como Kwasi.

¿Hasta qué punto se puede combatir lo ya escrito para cada uno de los mortales?

Tal vez, el estigma morado y rugoso de su garganta fue la señal de los dioses para llevar a Tomiko hasta la cueva de Tsuchigumo.

Tal vez.

Susanô mantenía la mirada lejos de sus dos compañeros de viaje; de los dos hombres inscritos en su corazón, aunque de manera diferente; necesitaba aislarse de dos de sus personas más queridas para reforzar su certeza de que nunca, nunca, regresaría su cuerpo de mujer a ver la luz del día.

Y esa certeza dolía con un dolor nuevo, recién nacido.

Cruzaron el puente sin necesidad de presentar credenciales, ante las cabezas inclinadas de los guardias. Todos, en Nagasaki, salvo la niña mendiga, conocían a los tres jinetes que desenmascararon al magistrado Shiroyama.

Cabalgaron despacio. Sin hablar.

La primera parada la harían en la posada Harubayashi.

Llegaron a la hora del Perro. El dueño, tras deshacerse en reverencias, preparó un banquete inusual para su fonda, donde aún se recordaba la visita de aquel impresionante grupo de samuráis llegados desde Edo, mandó a dos siervos que se ocuparan de los tres caballos y aseguró tener dispuesta la mejor de sus habitaciones para tan ilustres señores.

Encerrados en sus propios pensamientos, apenas cruzaron palabra ese día. Cada uno de ellos permanecía atado aún a cuanto dejaban atrás y a cuanto les esperaba en el futuro.

Salieron a la hora del Dragón, tras otro copioso servicio de manjares, con los caballos relucientes y sorteando la empinada carretera del mar de Araki.

Fue Hanzaburo quien les propuso un pequeño rodeo. Quería mostrarles el templo del Zorro, un diminuto templo shinto, antiguo y olvidado, medio oculto en un frondoso bosque. De este modo, también evitaban la colina donde había estado a punto de perder la vida.

—Siento la necesidad de despedirme desde ese templo, hermanos.

—Te acompañaremos encantados —dijo Susanô mirando a Shuzai, que sonreía y afirmaba en silencio—. Los pasos de este viaje los irá marcando nuestro deseo.

—Y el destino —murmuró Hanzaburo—. ¿No tienes prisa por casarte con la hermosa Chikako? —preguntó alzando la voz y vistiendo su hermosa boca de gato con un delicioso mohín.

—Sé que nunca volveremos a vivir un viaje como este, Hanzaburo, y eso es lo que ahora no deseo perder.

—¿No volveremos a viajar? —preguntó Shuzai riéndose—. ¡Nos vas a condenar a la relajada vida de un marido tranquilo!

—No es eso —acompañó feliz la risa de su hermano—. Aunque, algún día, por la razón que sea, emprendamos un viaje los tres, no será igual porque no seremos los mismos...

—¡La bola de nieve! —atajó Shuzai.

—¿La qué...?

Entre risas, Susanô repitió la teoría de ser cada uno una pequeña bola de nieve a la cual, en el rodar de su vida, se le incorporan capas sucesivas de nieve que van transformando y ocultando, aparentemente, las anteriores nieves.

—A veces, tus palabras me recuerdan las historias de mi padre —concluyó Hanzaburo.

—¡No te burles de nuestro amigo, arquero, es el más joven de los tres! —rio Shuzai.

Roto el hechizo del ensimismamiento con que realizaron la primera parte del viaje, ahora, sus charlas y sus risas volaban sobre la encrespada superficie de un mar por donde, tal vez, llegase la desgracia definitiva de los bárbaros.

—¿A qué distancia está ese templo? —preguntó Susanô.

—Dos jornadas sin galopar velozmente.

—Menos mal que hemos recogido viandas suficientes —terció Shuzai.

Pronto abandonaron la carretera que bordeaba el mar y se internaron en un bosque de bambú donde quedaron encerrados entre una luz verdosa porque aquellos altos árboles tamizaban la luz del sol a través de sus largos y flexibles troncos, haciéndola resbalar hasta el suelo y cambiando su color durante el viaje.

Descansaban donde encontraban un lugar grato; comían cuando sus estómagos solicitaban alimento. Para la noche, esperaron a llegar al bosque de cedros y eligieron un comfortable tronco para dormir.

De este modo, se sucedieron dos jornadas, alegres como juglares con buenos poemas en sus alforjas. Susanô sentía la felicidad de la camaradería; nunca había compartido risas y confidencias con mujeres, tan sólo el mundo de los hombres le había ofrecido amistad generosa y compañía.

La rigidez tradicional de Shuzai se confrontaba con la ductilidad mágica de Hanzaburo y Susanô se sentía como el fiel de la balanza entre ambos: respetaba la tradición, la había servido con sus armas, pero intuía vidas diferentes, posibilidades nuevas, al margen de esos rígidos principios.

En el fondo, una vez liberada Chikako del compromiso con Shozo Masashi, hubiera elegido continuar con aquella compañía y aquel viaje durante el resto de sus días. Pero el río de la vida discurre al margen de nuestra voluntad y el suyo pasaba por Yamato.

Al cuarto día desde su salida de Nagasaki, cuando el sol señalaba la hora del Caballo, literalmente, tropezaron con el cedro más imponente jamás visto por el ojo humano.

Hanzaburo se bajó de Dôjo y sonrió: había llegado hasta el corazón mismo de sus raíces.

Por más que Susanô y Shuzai levantaban sus cabezas, no lograban atisbar la copa de un árbol cuyos límites se perdían entre las nubes. El tronco, surcado por mil heridas, era tan grueso que ni cien hombres abrazándolo con los brazos extendidos podrían abarcarlo en su totalidad.

—¡Es el dios de los árboles! —gritó Shuzai.

Como si hubiera esperado hasta que los visitantes calibraran la grandeza del cedro, apareció, sin hacer ruido, Kitsune, el inmenso zorro plateado. Su pelaje estaba limpio de sangre y sus ojos, tan similares a los de Hanzaburo como copias gemelas, brillaban dándoles la bienvenida a su auténtico reino.

—Creí que habitabas en el bosque donde encontramos a tu hijo. —Susanô se dirigió directamente a él, inclinando la cabeza, como si se tratara de un igual.

—Ese fue el lugar elegido para que mi madre me criara —respondió Hanzaburo.

—Aún no hemos podido agradecerte tu ayuda en Nagasaki. —Shuzai, en cuclillas e inclinando la cabeza, hablaba con sumo respeto a Kitsune—. Mi vida te pertenece, puedes contar con mi ayuda siempre que la necesites —y al decirlo colocó el puño derecho cubierto con la palma izquierda, a la altura de su frente inclinada.

El zorro levantó una pata, la colocó sobre el hombro de Shuzai y olfateo su rostro.

—Por suerte, la sangre que vimos no pertenecía a ninguna herida. —Susanô se acuclilló al lado de su amigo y realizó el mismo saludo con el puño y la palma rozando su frente inclinada—. ¡Me alegra volver a veros!

El zorro giró el rostro hacia el Samurái del Dragón y repitió el mismo gesto con la otra pata.

De su boca no salió ningún sonido salvo el jadeo habitual entre los de su especie, sin embargo, Susanô escuchó con absoluta claridad las palabras que le iban dirigidas.

Me alegra que mi hijo encontrara a dos nobles señores como vosotros. El tiempo de mis enseñanzas había terminado y no era posible su regreso al mundo de los hombres como el hijo de una simple lavandera, sometido al miedo de quienes no comprenden su parte mágica. Tampoco era posible una adopción que le diera familia y apellido porque nadie habría querido a un niño con su aspecto. Vosotros sois su auténtica familia.

Susanô levantó la cabeza. El rostro del zorro permanecía inmutable y tenía la sospecha de ser el único capaz de escuchar aquel discurso. Pero, como si comprendiera el diálogo establecido, Shuzai guardó silencio. El discurso sin palabras continuó.

Conozco los secretos de tu corazón; incluso aquellos que ni te atreves a reconocer.

Susanô no logró evitar un escalofrío.

Estás a punto de terminar el Primer Círculo de tu vida. Ahora, llegarán unos años tranquilos...

El rostro de Susanô mostró señales de pánico al saberse descubierto. No temía al zorro, ni al dios Kitsune. Temía a la araña grabada en su hombro.

Hanzaburo dedujo que su padre necesitaba estar a solas con Susanô y, delicadamente, tomó de un brazo a Shuzai y lo alejó del lugar. Frenó sus protestas llevando el índice de su mano derecha hasta la boca y encaminándolo hasta el tori de entrada al templo.

Envuelto en el hechizo de aquel discurso sin palabras, Susanô ni siquiera se percató de hallarse a solas con el inmenso zorro plateado.

Tranquilo, tu guardiana no puede escuchar mis palabras.

¡Lo sabía todo!

Tal vez, los seres mágicos, los fantasmas y los dioses contaran con medios propios para comunicarse y todos estuvieran al tanto de cuanto sucedía en su mundo.

—¿Qué pretendes decirme? —musitó en un ahogado murmullo Susanô.

Tan sólo trato de tranquilizar tu agitado espíritu. Vive los tiempos que te correspondan sin pensar en el futuro. El futuro llegará hasta tu puerta cuando tenga que llegar y te mostrará las señales para tus siguientes pasos. Has de estar atento. Sólo eso.

—Pero has hablado de un Primer Círculo...

Cierto. Fue ese que comenzaste la noche en que abandonaste tu casa, pequeña Tomiko...

Por puro instinto, Susanô llevó una mano hasta su pecho: la coraza de serpiente continuaba ocultando su cuerpo de mujer.

Yo veo lo que tú no ves.

—¿También el futuro? —un resquicio de esperanza tiñó su pregunta.

El futuro no existe, Samurái del Dragón. Tan sólo el pasado y el presente. Al menos para los humanos.

Miró al zorro sin comprender.

El tiempo es Uno. Imagina un largo y caudaloso río. —Hizo una pausa y Susanô cerró los ojos—. Tú tan sólo puedes ver la parte del río que alcanzas con la vista. Eso es el presente. También puedes recordar, con mayor o menor claridad, el río que has ido viendo a lo largo de tu vida. Eso es el pasado. — Susanô afirmó con la cabeza, sin palabras—. Pero el río no es ni lo que tú recuerdas, ni lo que ven tus ojos o perciben el resto de tus sentidos, ¿comprendes? — Esta vez Susanô no se movió—. El río es Uno. Como el tiempo. Ni el comienzo ni el final están al alcance de los sentidos humanos; ni siquiera la mayor parte de sus múltiples accidentes, o porque no reparáis en ellos, o porque camináis mirando hacia otro lugar.

Dejó de escucharse la voz, o el pensamiento, del zorro plateado. Susanô no se movió durante un tiempo interminable, un diminuto trozo de ese largo discurrir del río. Después, preguntó:

—Ese río del que hablas, ¿es para todos, o existe un río para cada uno de nosotros?

Existe Un río. Ese que abarca la vida de todos. Pero, luego, existen miles de afluentes que siguen tan sólo el curso de cada hombre. Lo que sucede es que las vidas de los hombres se mezclan, confluyen y fluyen a veces por el mismo cauce... No importa. Tan sólo trataba de que comprendieras que no existe ese futuro como lugar de predicción al alcance de algunos.

—Pero hablabas de un Círculo. El Primero. ¿Habrás otro?

Has cumplido tu promesa a Chikako, y habrás de permanecer a su lado el tiempo necesario para que en su personal río confluyan las aguas de otro río...

Las pupilas de Susanô se dilataron tratando de apresar en su interior la mirada ambarina del zorro; tratando de comprender incluso más allá de cada palabra. Algo le decía que aquel mensaje sería decisivo para su próxima vida. Para el curso de ese río único.

Dentro de un tiempo, cuando necesites enfrentar aquello que ahora ni siquiera te parece posible, recuerda que yo estaré aquí, a los pies de este cedro que custodia mi templo.

La pata del zorro abandonó el hombro de Susanô y sus pasos se encaminaron hasta el tori donde su hijo y Shuzai esperaban.

Los músculos de Susanô quedaron petrificados.

Hielo.

Durante unos minutos interminables.

Cuando escuchó la voz de Shuzai, sintió su aliento en el cuello, justo rozando la rugosa lágrima morada, y su mano apretando su hombro, Susanô despertó del letargo.

Recordaría las palabras de Kitsune siempre.

Las repasaría minuciosamente.

Las comprendería años más tarde.

—¡Eh, hermano! —La mano de Shuzai presionaba con fuerza el hombro—. ¡Vamos, despierta!

Lentamente, Susanô giró la cabeza. Notaba un vacío inmenso en su interior, como si el discurso del zorro hubiera sido una piedra lanzada hacia el fondo de sus entrañas y hubiera hecho saltar todo contenido confundiendo los contornos, negando las certezas, anunciando nuevos elementos.

—Voy a creer que este lugar está hechizado —comentó Shuzai tratando de trivializar sus propias impresiones: no le gustaba someter la realidad a conjeturas mágicas; creía en ese otro lado de la realidad, pero no se sentía cómodo inmerso en él—. Hanzaburo desea estar a solas un tiempo con su padre. Vamos a dar un paseo.

—¿Están en el templo? —preguntó Susanô levantándose y sintiendo un hormigueo doloroso en sus piernas—. ¿Lo has visto?

—¿El templo? —Susanô afirmó con la cabeza y Shuzai respondió—: Sí, emana una curiosa suerte de paz. Y está cuidado como si todos los días barrieran las piedras del suelo, abrillantaran las imágenes y perfumaran con incienso.

—¿Aquí? —Susanô giró la cabeza: centenarios cedros rodeaban al gran cedro milenario.

—Tal vez tengan fantasmas a su servicio —insinuó Shuzai.

—¿Por qué tratas de burlarte de aquello que desconoces?

Shuzai encogió los hombros. No se burlaba, trataba tan sólo de no dejarse llevar por un miedo imperdonable para un samurái. Tal vez por eso, aferró la empuñadura de su katana.

—Relájate. —Susanô pasó un brazo por los hombros de su hermano—. En el supuesto de que alguien intentara atacarte, recuerda que estás en territorio de Kitsune.

Shuzai respondió con algo parecido a un gruñido.

Caminaron sintiendo el chasquido de las hojas bajo sus tabis, ascendieron durante un tiempo sin tropezar con otra cosa que árboles y todos los pequeños ruidos que delatan la vida en los bosques. Cuando encontraron un grupo de rocas, blancas y peladas, decidieron sentarse sobre ellas.

Durante unos segundos, Susanô presintió en esas rocas la imposible presencia de Kamakura.

Desde allí, una inmensa extensión de bosque se derramaba por todas partes, como si en el mundo no pudiera haber otra cosa salvo ese mundo vegetal. El cielo, cargado

con nubes grises, parecía estar mucho más cerca de sus cabezas que en cualquier otro lugar.

Un mundo de verdes en todas las gradaciones posibles, con retazos dorados y rojos. Un mundo virgen donde podían habitar todos los dioses. Ante aquel interminable manto vegetal, parecían disolverse las pequeñas contiendas, las cotidianas aprensiones; a la vez, lograba que quien lo contemplaba se sintiera minúsculo, insignificante ante semejante despliegue de grandeza.

Shuzai, moviendo la vista hasta donde alcanzaba, imaginaba un mundo sin hombres, sin luchas, sin códigos. Y no supo si eso le gustaba o le producía pánico.

Permanecieron un largo tiempo en silencio. Dos formas pétreas sobre las rocas blancas.

—¿Por qué crees que Hanzaburo nos acompaña? —preguntó de golpe Shuzai.

Susanô encogió los hombros. No podía hablar de aquel relato mudo tan sólo escuchado por él. Kitsune se alegraba de que su hijo los hubiera tropezado.

Le dijo que estaba a punto de terminar su Primer Círculo.

¿Cuántos círculos componen una vida?

¿En cuál de todos estarían sus amigos?

¿Qué le contaría el zorro plateado a su hijo?

¿Tan visibles estaban para Kitsune sus sentimientos?

Docenas de preguntas se agolpaban en su cabeza. Tan sólo preguntas.

Susanô carecía de certezas.

Ni siquiera su cuerpo era cierto. Un cuerpo de mujer y una coraza mágica protegiéndolo, tal vez aplastándolo.

—Lo que importa es tan sólo que está con nosotros, hermano —dijo tras una larga pausa.

—Me gusta su compañía. —Y, para evitarse confusiones a sí mismo, añadió—: ¡Es un magnífico arquero!

Susanô miró a su amado hermano: aquel magnífico samurái, incapaz de arrugarse ante los enemigos, era un niño balbuceante en el mundo de los sentimientos. Ese era, en realidad, el punto más débil de Shuzai. Deseó que, algún día, encontrara el camino de la paz y la armonía en su corazón.

La luz había comenzado a convertirse en algo lechoso y gris cuando escucharon los pasos del arquero.

—Por suerte no sois mis enemigos. —Llegaba sonriendo, rodeado de una luz plateada, pura carne de magia—. ¡Habéis dejado el rastro más claro que permite el bosque!

—Nuestros enemigos han recibido su merecido castigo, arquero —respondió Shuzai.

—Tan sólo los más visibles —murmuró Susanô.

—Mi padre os espera para despediros.

—¿No volverás a verlo? —se inquietó Susanô.

—No es de mí de quien se despide.

Lo dijo con seriedad, lo contradijo con una carcajada que retumbó sobre la inmensidad de un mundo vegetal y virgen de contiendas humanas.

Hanzaburo, allí, en mitad de aquel interminable mundo, era poderoso como un dios. Incluso sus orejas parecían aún más puntiagudas y su boca un punto más deseable en su carnoso dibujo de corazón. El tatuaje de Susanô comprendió sus emociones y lanzó un nuevo dardo de fuego hacia su corazón.

¡Maldita seas! Por primera vez, Susanô maldecía a Tsuchigumo por el beso en su hombro. Fue su primera rebelión al contrato pactado con la Dama Araña. O tal vez la segunda y la primera hubiera sido aquel cuerpo de mujer descubierto a solas.

Descendieron casi corriendo. Por pura diversión. Jugando como niños sin responsabilidades.

Sentado sobre sus patas traseras al pie del milenario cedro, a semejanza de un rey en su trono, Kitsune los esperaba.

Primero fue Shuzai quien se inclinó ante el zorro repitiendo el gesto del puño y la palma sobre su frente.

Después Susanô.

Aleja el miedo de tu vida. De lo contrario añadirás una nueva cárcel a las otras.

Susanô miró el semblante quieto del zorro sin comprender. No respondió.

Nos veremos, Samurái del Dragón, en el tiempo en que necesites recuperar tu cuerpo de mujer.

Susanô miró por el rabillo del ojo a sus amigos. ¿Habrían escuchado las palabras del zorro? Sus rostros no delataban haber recibido semejante información: tan sólo se habían dirigido a los sentidos de Susanô.

¿Recuperar su cuerpo de mujer?

¡Imposible! Él mismo había jurado dejar cerrada para siempre esa puerta.

¿Qué recodo de su personal río veía Kitsune al mirarlo?

Intentó borrar esas palabras, sin embargo, muy poco tiempo después, descubriría lo imposible de semejante intento.

—¡Nos vemos, padre! —aseguró Hanzaburo inclinándose levemente ante el hermoso zorro.

Kitsune los despidió levantando sus nueve colas sobre su cabeza. De este modo, resultaba imponente.

LOS OJOS DE LA SERPIENTE

Aún ascendieron durante una hora hasta comenzar un lento descenso por el este del bosque. El viento que se había levantado cuando partieron retiró la masa de nubes que encapotaba el cielo. La tarde oscurecía entre verdes y dorados.

—¿A dónde nos llevas, arquero? —preguntó Shuzai siguiendo los cascos de Dôjo.

—Esta noche habrá luna llena y quiero mostrar a mis hermanos el lugar más escondido de este bosque.

—¿Todo esto pertenece a tu padre? —preguntó Susanô.

—¿Legalmente? —Hanzaburo lanzó una breve risa—. Según los magistrados del Shogun, este bosque pertenece a cuatro daimyos diferentes, según por dónde se realice la división en las escrituras. Pero la naturaleza tiene sus propios dueños. —Hizo una pausa, se giró en su montura para mirar a quienes lo seguían—. Y sus propias leyes y habitantes.

Sabía que la frase molestaría el miedo irracional de Shuzai ante todo cuanto no controlaba su cerebro ni podía medirse con su espada. Sin embargo, Susanô, tal como le había dicho su padre, no era un extraño en el mundo de los seres mágicos. No le dio más explicaciones, tampoco Hanzaburo se las reclamó: le bastaba constatar que la primera impresión sobre el Samurái del Dragón, cuando levantó los ojos, moribundo y atado a un poste, era cierta y no se trataba de un hombre corriente.

A veces, Hanzaburo miraba a Susanô cuando este se creía a salvo de toda mirada, y le parecía descubrir un destello diferente al de cualquier otro hombre. No le molestaba, al contrario, le hacía sentirse mucho más cerca de aquel Samurái del Dragón que salvó su vida ignorando quién era el condenado, sin dejarlo a merced de una muerte segura.

—¿Y dónde queda ese escondido lugar?

Hanzaburo frenó a su caballo y cuando tuvo a Shuzai a su altura extendió un brazo a su derecha señalando un amplio territorio de bambú.

—Allí, en mitad del bambú, existen unas extrañas fosas abiertas en la tierra por donde llega, desde sus entrañas, un agua caliente y extrañamente perfumada. Introducir el cuerpo en esa laguna, conocida como los Ojos de la Serpiente, te aseguro que es uno de los mayores placeres que la naturaleza puede regalarte.

—¿Un baño de aguas calientes?

—Mejor que eso.

—Me parece que la noche será demasiado fría para ese baño.

—¡No seas timorato, Susanô! —rió Hanzaburo—. Una vez que tengas tu cuerpo dentro y tu vista clavada en las estrellas, no desearás salir.

Sería una noche estrellada ahora que el viento había disipado las nubes. Y fría.

Pero a Susanô no le preocupaba el frío. Cada vez que se veía obligado a compartir desnudez con otros compañeros, pese a que jamás descubrieron otra cosa que un cuerpo de hombre joven y bien formado, sentía el mismo pudor de una campesina rodeada de extraños. Por suerte, sus amigos no pudieron ver el rubor en sus mejillas. Esa noche la luna estaría plena y completa, podía volver a ver el rostro de Chikako. Trató de aferrarse a esa promesa tranquilizadora.

Llegaron a los Ojos de la Serpiente cuando la luna mostraba toda su esplendorosa redondez de un blanco cegador. Pese a ser noche cerrada, de largo pasada la hora del Cerdo, todo permanecía visible.

Visible y a la vez camuflado por la claridad blanca que lo iluminaba todo.

Era como si el día hubiera continuado y tan sólo cambiara el color de la luz. Y como si, con ese cambio, se transformaran también los contornos de la propia realidad: una realidad fieramente fantasmal.

Atravesado el primer tramo de altos bambúes, se abrió de golpe un claro donde podían verse dos lagunas separadas por un grupo de rocas negras. Desde lejos, daban la impresión de ser los ojos de una inmensa serpiente. Una serpiente de mirada humeante por los destellos que la luna extraía de sus aguas.

Dos ojos gigantes capaces de ver todos los secretos.

Susanô se sintió vagamente indefenso ante aquella mirada luminosa y mineral.

Hanzaburo se bajó del caballo y, sin esperar a los otros, corrió hasta los ovalados charcos de agua. Se desprendió de toda la ropa, que dejó sobre las rocas negras, y entró en uno de los óvalos.

La breve visión de su cuerpo desnudo turbó tanto a Susanô que hubo de fingir necesitar realizar otras necesidades corporales para alejarse de ellos un trecho.

¿Qué le había impactado tanto? Estaba acostumbrado a ver el cuerpo de Shuzai y el de otros samuráis en completa desnudez.

¡Se parece tanto al de Tomiko! Pensó sin dar crédito a tal parecido: un cuerpo ágil, de largos músculos, no tan macizos y contundentes como los de Shuzai, de piernas largas, casi femeninas, contrarias a las piernas cortas, musculosas y duras de Shuzai; la piel dulcemente blanca prometía caricias de seda, sin la menor huella de un arañazo, una cicatriz o cualquier señal que rompiera su perfección.

Susanô imaginó, durante unos segundos, esos dos cuerpos, el de Tomiko y el de Hanzaburo, unidos en un abrazo y la araña lo hizo doblarse por la rotundidad del dolor provocado con sus dardos de fuego. Fue el ataque más virulento de la pequeña araña sobre el corazón del samurái. O, tal vez, sobre el de Tomiko.

Escondido tras un joven grupo de bambúes, escuchaba las risas de sus amigos, cercanas y, a la vez, remotas. Temblaba. De deseo y de pánico, mientras sus labios se cuarteaban por el fuego de un nombre que no permitía salir.

Tomiko estaba atrapada. Atrapada para siempre. Lo que sentía por Hanzaburo era,

justamente, lo que Tsuchigumo esperaba para llevar a su cueva al elegido.

Se mordió los labios con el cuerpo doblado en dos.

—¡Eh, samurái! —el grito era de Shuzai—. ¿No piensas acompañarnos?

—¡Un momento! —logró gritar.

Hubo de utilizar la más severa técnica de concentración enseñada por Kamakura para poder enderezarse y mostrar el rostro casi sereno.

Mientras, los dos hermanos reían inmersos en uno de los brillantes ojos de la serpiente.

Cuando logró calmarse y no sentir el dolor de los dardos enviados por la araña, se levantó y caminó despacio hasta ellos. Se desprendió de las ropas que colocó sobre las mismas rocas y entró en el mismo óvalo de sus amigos.

—¡Curiosos tatuajes, hermano! —exclamó Hanzaburo al ver brillar el dragón dibujado en la espalda de su coraza.

No reparó en la diminuta araña negra de su hombro.

—No olvides que estás ante el Samurái del Dragón —añadió Shuzai, que conocía bien el dragón tatuado de su amigo, en realidad bordado sobre la coraza.

—Parece obra de un consumado artista —terminó Hanzaburo.

—Cierto. Y además, se trataba de una hermosa mujer —añadió Susanô recordando la belleza casi líquida de Kawahime.

Susanô cerró los ojos y trató de concentrarse en las gratas sensaciones del agua.

¡Un placer desconocido! Con el cuerpo en el interior de aquel agua caliente parecía increíble el frío de la noche. Y contemplar, por entre el vaho que desprendía el agua, un cielo tan iluminado que ni siquiera parecía azul oscuro, sino el azul profundo y luminoso de un kimono de seda femenino bordado con miles de estrellas de plata.

El calor, la sensación de absoluta paz y la grata compañía terminaron por relajar las tensiones de Susanô, *no tengas miedo, no añadas una cárcel...* Si antes recordaba frases del maestro Kamakura, ahora le parecían mucho más certeras las palabras de Kitsune. Aunque tal vez fuera la impresión que le causó la certeza de llevarlas tan grabadas como la pequeña araña de su hombro.

Hanzaburo y Shuzai salieron del agua cuando sus pieles comenzaban a parecer el arrugado pellejo de uvas secadas al sol.

—Yo me quedo un poco más —dijo Susanô.

En realidad, deseaba no tener que abandonar nunca ni aquel bosque, virgen de seres humanos, ni aquellas aguas capaces de calmar incluso los ardientes hilos lanzados por su araña tatuada y que envolvían, cual capullo de fuego, su corazón.

Cerrar los ojos y permanecer olvidado del mundo. Sentir los dos cuerpos que lo formaban, conviviendo sin contradicciones, como gemelos de un mismo parto.

Cuando salió, mucho tiempo después, los dos amigos dormían a pierna suelta, vigilados por los tres caballos, siempre sueltos y libres porque jamás abandonarían a sus amos.

Shiben lo saludó con un breve relincho.

Susanô se acomodó a escasa distancia y recogió el espejo. Necesitaba ver el rostro de Chikako.

Pudo ver su hermoso rostro otra vez dormido. Respiraba acompasadamente y, de nuevo, había recobrado los hermosos ropajes de seda para dormir; ropajes que desaparecieron un tiempo, justo el tiempo entre la ruptura de su compromiso con Shozo Masashi y el nuevo compromiso con un desconocido que continuaba enviando valiosos regalos. De eso se había ocupado antes de abandonar Nagasaki: cada semana, uno de los sirvientes de Sasaki Yoshida partía hacia Yamato con los presentes designados por Susanô y extraídos de la bolsa regalada por Tsuchigumo.

No sentía ningún temor, ni viejas zozobras. Su cuerpo descansaba relajado por el agua, pero no lograba dormir.

Poco antes del alba sintió un fuerte deseo: introducirse en la laguna sin la coraza que ocultaba su cuerpo de mujer. De nuevo, Kitsune había acertado cuando habló de sus deseos futuros por recuperar su cuerpo de mujer.

Se levantó despacio, intentando no hacer ningún ruido. Se acercó a la orilla y se inclinó para mover el agua humeante con sus manos. El contacto con aquel agua surgida desde las entrañas de la tierra le recordó a Kawahime. *Sólo en el mundo mágico, las mujeres controlan sus propios territorios.*

Ahora, después de vivir años como un hombre, como un hombre honorable y perteneciente a la tercera casta más importante, la de los samuráis; después de haber conocido la dolorosa cárcel de Kawasemi, otra mujer condenada por su belleza; después de sufrir en sus carnes, cuando era Tomiko, el escarnio por la fealdad y la falsa ventaja de Chikako por su belleza. Justo ahora, acariciando las aguas templadas brotando en los ojos de una serpiente gigante, deseó recuperar la visión de su cuerpo bajo la coraza, sentir el calor ondulante de la charca moviéndose a través de sus senos y sus caderas, de su piel femenina.

Será la última vez, se dijo ; después, tan sólo sabrá de mi condición Chikako. Y juntas, hermanas por la sangre y la condición, burlaremos el destino escrito para las dos.

Levantó la mirada hacia el frío rostro de la luna; tan fría como una madre sin amor, desató las prendas masculinas con cierto aire de ceremonia, después, lentamente, se desprendió de la coraza soltando los cuatro pares de cintas invisibles para quien no conocía su ubicación.

No entró de inmediato. Quería recibir la fría caricia de la luna sobre aquel cuerpo recién descubierto. Cerró los ojos y dejó que los fríos rayos, a punto de perderse en el

alba, pasearan por cada recodo de su cuerpo.

¡Míralo bien!, y su pensamiento no sólo iba dirigido a la luna, sino a todos los fantasmas, a Tsuchigumo, Kawahime y Kamakura. Oscuramente, también al hombre cuyo nombre jamás debía pronunciar con amor.

Tan ensimismada y feliz se encontraba que sus sentidos, tan afinados como para escuchar el vuelo de una mosca, no se percataron de los breves pasos de Hanzaburo y Shuzai espiando su secreto.

Cuando entró en uno de los ojos de serpiente, la envolvió un sentimiento desconocido de felicidad. El agua burbujeando en torno a su piel semejava unos labios besándola despacio; y si movía sus manos, el ligero oleaje provocado guardaba la semejanza de dos manos ávidas acariciándola.

El tiempo se borró y sus sentidos se concentraron, exclusivamente, en la felicidad de su cuerpo.

Su rostro se había transformado en el rostro de una mujer extrañamente bella; sin los rasgos dulces y aniñados de Chikako, sin la madurez dolorida de Kawasemi. La suya era una belleza salvaje, abrupta, limpia de afectaciones, de normas.

¡Libre!

Shuzai estuvo a punto de lanzar un grito que cubrió a tiempo la mano de Hanzaburo, quien arrastró a Shuzai al lugar donde esperaban los caballos. Arrastró al compañero y, de algún modo, a sí mismo porque la belleza montaraz de la desconocida lo había turbado de un modo desconocido, como no lo había logrado ni la hermosísima Kawasemi.

Hanzaburo reconoció en aquel ser surgido de los ropajes de Susanô a la mujer que aparecía en todos sus sueños.

Comprendió el destello que había percibido algunas veces en Susanô y las enigmáticas palabras de su padre.

También supo, de manera instintiva, que debía protegerla, a ella y su secreto, del horror dibujado en el rostro de Shuzai. El samurái era demasiado rígido en sus códigos y eso podía poner en peligro no sólo el secreto de Susanô, sino la parte pendiente de su futuro. Porque, y de eso estaba seguro aunque desconociera de dónde le llegaba tal certeza, algún día, el Samurái del Dragón necesitaría recuperar su cuerpo femenino.

—¿Qué, qué...? —Shuzai no encontraba palabras.

Se debatía entre la sorpresa y la admiración por aquel perfecto cuerpo de guerrera; entre la sensación de saberse traicionado por quien había considerado su hermano y la convulsión por el descubrimiento que dejaba heridos sus frágiles sentimientos.

—¿Es una mujer? —preguntó aferrándose a las solapas de Hanzaburo.

—¡Bellísima!

—Pero... Pero si es... ¡Es el Samurái del Dragón! —Hanzaburo sonreía y sus ojos brillaban con la magia de quien no se desconcierta fácilmente—. ¡He combatido a su lado, le he entregado mi amistad, habría dado mi vida por él! —Se sintió turbado por el equívoco—. Estoy ligado por el giri más profundo a quien fue mi compañero de armas, mi amigo, mi hermano... —se le atropellaban las palabras—. ¡Es una traición!

—¿Eso crees?

—Sí, arquero, lo creo. —Tragó un nudo de saliva que resbaló ardiente por su garganta—. ¡Es una traición!

—Yo diría que es una mujer. Una mujer con un secreto.

—¡Una mujer vestida con armadura de samurái!

—También yo uso prendas que no corresponden a mi naturaleza.

Shuzai se debatía con tal fiereza que su cuerpo entero se convulsionaba.

¿Había intuido su naturaleza femenina y por tal razón se sintió arrebatado desde el primer día?

No le había concedido importancia años atrás; entre las más antiguas tradiciones de los samuráis, estaba la de ser amantes de algún compañero de lucha. Algo que no evitaba ni el deseo por las mujeres, ni la formación posterior de una familia.

Pero no había sido un compañero, sino una mujer.

¡Una mujer actuando no como un hombre sin más, sino como un samurái!

¿Cuántas leyes del sagrado Código había quebrantado?

¿Le molestaba más esa burla que sus sentimientos?

—No lo entiendo —y movía la cabeza negando aquello que había visto—. No lo entiendo...

—Eso no importa, Shuzai.

—¿Cómo que no importa?

—No nos ha pedido nada. La hemos seguido por nuestra propia voluntad. —Sonrió ante el sesgo femenino de sus palabras—. Tiene derecho a mantener su secreto.

—Ha faltado al honor de los samuráis. —Sus ojos miraban desorbitados al arquero—. ¿Es que no lo ves? No se puede admitir en esa hermandad a una mujer...

—Amigo mío, como en la naturaleza y en los deseos humanos, las leyes van por un camino y la vida por otro.

—¿Qué dices?

—Ignoramos qué ha llevado a esa mujer a fingir ser un hombre...

—¡Va contra...!

Ni encontraba las palabras, ni lograba contener el temblor de todo su cuerpo. Deseaba cortarla con su katana, tanto como abrazarla; denunciar su traición, tanto como acariciarla y consolar la dureza de su decisión. También comenzaba a

comprender: la negativa de visitar cortesanas, de mezclarse con el resto de los compañeros en los escasos momentos de asueto...

Sin embargo, también recordaba lo acertado de sus estrategias para derrotar a Kwasi, su bravura en el combate, su sabiduría con el tablero del Go; su imprescindible ayuda para derrotar a Shiroyama; sus largas charlas, su lealtad...

—Pero ¡va a casarse! —Y no supo qué le dolía más de esa boda, si que fuera una mentira, o no ser parte en la misma.

—Seguro que la novia conoce su secreto.

—Yo, yo...

Shuzai recordó sus dedos repasando aquel trozo rugoso con forma de lágrima. Recordó la extraña turbación que, a veces, le producía la compañía de Susanô. Recordó...

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo mismo que haríamos si no nos hubiéramos despertado y descubierto un secreto que no nos pertenece.

—Yo creí que había sido yo quien ocultó sus intenciones cuando no le hablé de mi hermana ni de los secretos planes por liberarla de Shiroyama... ¡Yo!

Su cuerpo temblaba. De rabia, de impotencia. De un extraño amor que no había logrado interpretar.

—¡Baja la voz o terminará por saber que la hemos descubierto!

—Me gustaría saber qué nos contaría.

—Si alguna vez desea contarlo, lo hará.

—No lo entiendo, arquero, no lo entiendo.

—Piensa bien qué es lo que no entiendes.

Shuzai miró el curioso rostro de Hanzaburo: su boca carnosa y triangulada como un corazón; sus ojos almendrados, claros como miel bañada por el sol; sus orgullosos pómulos, sus afiladas orejas, su espesa cabellera lunar.

¿Acaso Hanzaburo lograba leer los secretos más ocultos en el corazón de otro?

¿Qué había sentido desde siempre hacia Susanô?

—Hazme caso. —Hanzaburo apretaba con sus manos los hombros del otro—. Cerremos los ojos, finjamos que no hemos despertado, que no hemos visto nada...

—¡Eso es imposible!

—No, no lo es.

—No puedo y no quiero.

—Sin embargo, no somos dueños del secreto de otro.

Shuzai bajó la cabeza.

Derrotado.

Cuando Susanô, con la coraza ya atada sobre su torso, regresó al lugar donde

vigilaban los caballos, creyó que sus amigos continuaban dormidos.

Casi sin darse cuenta, entró en el más profundo y reparador de los sueños.

No tengas miedo, no dejes que el miedo se convierta en otra cárcel...

Ignoraba los derroteros futuros de aquel único río de su vida. Sin embargo, se durmió dueño de alguna certeza:

Había cumplido la promesa de liberar a Chikako.

Mantén la valiosa amistad de dos jóvenes tan queridos como hermanos.

Ya no odiaba su cuerpo de mujer, un cuerpo en nada parecido al de la pequeña campesina Tomiko.

Tampoco se sentía mal en la piel del Samurái del Dragón.

No necesitaba más.

En cuanto a Shuzai y Hanzaburo, jamás dieron muestras de conocer el secreto oculto tras el caparazón de serpiente.

SEGUNDO CÍRCULO

EL BAILE DE LA CARPA

HUMO EN EL SANTUARIO

Habían pasado tres semanas desde la falsa fuga de Chikako.

Susanô repasó con la yema de los dedos las últimas palabras escritas en honor a la pequeña Tomiko. Debía dejarle a su hermana el legado de su confesión.

Eso, y los bienes, el feudo, la casa, el oro...

Para eso necesitaba la influencia de Enomoto. Para conseguirla había enviado al fiel Shuzai en su busca. También se dio cuenta de la misiva que, antes de partir, su hermano había mandado a Nagasaki. No preguntó.

Su hermana Chikako había encontrado el cauce de su propio río. Aún la recordaba, cabizbaja pero con la mirada iluminada, cuando le confesó que aquel humilde constructor de muñecas era el dueño de su corazón.

¡El dueño de su corazón!

Se sintió mezquino por la punzada de celos sentida durante aquella confesión. Él, o ella, no podía entregar el suyo, amordazado por los hilos de la pequeña araña tatuada en su hombro y la promesa sellada con Tsuchigumo.

Primero fue una campesina fea y sin recursos; ahora era una mujer encerrada en el capullo de seda de una promesa.

La cárcel donde habitaba desde hacía años, se había tornado lóbrega y fría desde la partida de Chikako. Había perdido todo sentido. Quisiera gritar su amor escondido, pronunciar su nombre, Hanzaburo, por el puro placer de saborearlo entre la lengua y los labios. Aquel cuerpo de amazona, tierno y rotundo a la vez, no dejaba de necesitar sus abrazos. Sus desconocidos abrazos.

¡Hanzaburo!

A veces, cuando sentía sus pasos cerca, el cuerpo entero deseaba lanzarse hacia el arquero, perderse entre las esquinas de su cuerpo, profanar aquella boca carnosa...

¡Mágica!

En algún momento, durante aquellos cuatro años de tranquila paz, casi tuvo la certeza de que sus dos amigos conocían su secreto: una sonrisa de Hanzaburo, una mirada de soslayo en Shuzai pretendiendo ver más allá...

¡Imposible!

Si Shuzai hubiera sospechado qué ocultaba bajo su coraza de serpiente, habría clamado venganza. Una mujer, una humilde campesina, actuando bajo el estandarte de un samurái. ¡Jamás lo hubiera permitido alguien tan apegado a las normas y al Código de Honor!

¿Y Hanzaburo?

Su arquero, dúctil como un junco, como tierna caña de bambú, tal vez hubiese aceptado de buen grado su historia. Tal vez hubiese comprendido las razones que llevaron a Tomiko a aceptar la ayuda de la Dama Araña. A forjar con ella un terrible

contrato.

Pero no; no sabía nada.

Al menos eso deseaba creer.

Tal vez la despreciase por su decisión. Pero, con todo, lo que más temía era no resultar de su agrado; ¡había conocido a mujeres tan hermosas!

Durante cuatro años, los tres vivieron, junto a Chikako, incluso Oki y hasta Keiko, en la tranquila armonía de una hermandad sin secretos; unidos por viejas lealtades, por un giri más fuerte que la vida; más perdurable que la propia muerte. Llegaron a formar una curiosa familia; la primera familia que Tomiko reconoció como propia.

Susanô trató de regresar a su biblioteca, sus escritos, sus caligrafías, incluso al largo relato, ya terminado, de la valiente Tomiko. Allí estaba, aún fresca la tinta, al lado del obi de seda granate bordado en oro y perlas diminutas; los trozos de jade del prendedor roto por una niña, *¿tú me viste romperlo?*, había preguntado, con los ojos muy abiertos y tapándose la boca Chikako el día de los esponsales, abrazándolo después entre lágrimas de gratitud.

Cerró un momento los ojos cansados. Ignoraba la hora del día o la noche donde se hallaba, casi en ayunas, sin querer ver a nadie, mientras la pobre Keiko deambulaba por la casa como un fantasma, temiendo la venganza, temiendo la quietud de su señor, temiendo por el pequeño Oki. Sonrió al recordar al niño: no quedaría desamparado, ni él ni su madre tendrían que abandonar la casa y regresar a la infamia de los caminos y la indigencia.

Los caminos y las incertidumbres serán tan sólo para mi.

Lo pensó con los ojos cerrados, *a cada momento corresponde una decisión*. Regresaron las palabras de Kamakura, el rostro de ojos ciegos, la extraña quietud pétrea de sus rasgos cuando se despedían. Las palabras de Kawahime señalando el deseo de la piedra de regresar a la piedra.

El sueño venció su obstinada vigilia.

Con la cabeza rendida sobre el escrito, Susanô el Calígrafo; Susanô el Samurái del Dragón; la pequeña Tomiko; la bella y extraña amazona besada por la luna en los Ojos de la Serpiente... Todos los seres que habitaban su cuerpo se derramaban hacia las simas de un sueño profundo.

Paredes de hielo. Paredes de hielo conteniendo la silueta de varias carpas. Carpas quietas. Los pasos sin ruido de una mujer, vestida de blanco, que no pisa el suelo para caminar. Unos ojos verdes bajo las quietas aguas de un estanque. Un rostro de piedra con las cuencas de los ojos vacías.

El sueño se parecía al relato de un escenario. Un escenario con elementos vagamente reconocibles pero unidos en un lugar desconocido para Susanô. Para el ser

que soñaba con todas sus presencias, abatido, finalmente, por el cansancio.

Todo estaba quieto.

Pero no en calma.

Una extraña zozobra presidía la quietud donde se reunían todos aquellos elementos de realidades mezcladas.

Todos en el mismo sueño. Todos en el mismo río.

Una quietud que se quebraba al estallar el sonido de un clic, clic, clic. El bastón de Kamakura; las piedras sobre el tablero de Go. Clic, clic.

Un ruido diminuto agrandado por el eco de la estancia vacía. Clic, clic.

Un ruido que iba en aumento, como si la reverberación multiplicara hasta el infinito aquel clic, clic.

Susanô sintió que sus tímpanos estaban a punto de estallar. No podía hacer nada. El ruido continuaba, se multiplicaba, sin embargo, ni los ojos bajo el estanque, ni las siluetas de las carpas en las paredes de hielo, ni la mujer que caminaba flotando parecían escucharlo.

Cuando aquel que soñaba se sintió a punto de enloquecer, se resquebrajaron las paredes de cristal y las carpas cobraron color y vida. Aquel que soñaba sonrió: habían caído en el estanque; una carpa roja, otra plateada.

Aquel que soñaba, vagamente se recordó en otro sueño similar: dos carpas nadando en círculo, con sus feroces rostros de dragón iluminados por amables sentimientos.

De golpe, la carpa roja dejó de mover sus aletas, sus bigotes, tan sólo boqueaba como si estuviera fuera del agua. ¡Una nube roja la rodeaba!

Susanô despertó sobresaltado.

Sintió ríos de sudor helado recorriendo su cuerpo bajo la coraza de serpiente.

Pronto desataría las cintas que lo ceñían. Y sería para siempre.

El sobresalto había tirado sobre el tatami el obi, los restos del broche, los pergaminos, los pinceles, el cuenco de tinta ya seca... A través del papel de la ventana, la luna, recién estrenada en su plenitud, parecía mirarlo directamente.

¿Qué hora...?

Vagamente, calculó, por el lugar de la luna en el cielo, debía de ser la hora de la Rata.

—¡La carpa! —gritó asustándose con su propio grito.

Escuchó un murmullo tras la puerta. Imaginó que la buena de Keiko permanecía de guardia, día y noche, a la espera de que el destino cumpliera su inapelable sentencia.

Había soñado con una carpa, pero una carpa atrapada en una nube roja como sangre fresca diluida en el estanque.

—¡Chikako! —gritó de nuevo.

Y, como si el nombre gritado fuera una orden para seguir el rastro del sueño, Susanô buscó, en el cofre cerrado con llave, el espejo de Kawahime.

El sueño, la luna llena, la carpa ahogándose...

Lo que vio en el espejo paralizó su cuerpo y sus sentidos.

Había lanzado un alarido de animal herido y Hanzaburo, pese a la petición de Susanô de no romper su soledad, abrió la puerta de la biblioteca. Keiko, a su lado, temblaba con tanta fuerza como si la zarandearan todas las fuerzas del mundo invisible.

Lo que vieron fue la desesperación de Susanô, arrodillado sobre todo cuanto antes había caído al tatami, con los ojos fijos en un diminuto espejo y sin dejar de lanzar aquellos alaridos de dolor. De animal herido de muerte.

—¡Hermano! —Hanzaburo tomó a Susanô por los hombros y miró el espejo—. ¿Qué...?

Allí estaba el rostro herido de Chikako. Un pequeño reguero de sangre bajaba desde su frente hasta el cuello; otro partía del labio superior, navegaba por el inferior y se derramaba sobre el cuello de su kimono. Un rostro herido y un denso humo negro rodeándola.

—¿Dónde está? —preguntó Hanzaburo mientras Susanô negaba en silencio, con el rostro bañado en lágrimas—. ¿Cuál era el camino que iba a seguir? —Susanô no encontraba la voz—. ¡Vamos, hermano, despierta!

Keiko, parada sin atreverse a dar un paso, miraba la escena temiendo que aquel amo bueno hubiera decidido lavar su honor dándose muerte con su wakisashi.

¡Todo había concluido!

La joven madre de Oki cayó sobre sus rodillas, bajó la cabeza, cerró los ojos en un intento por borrar la escena de su amo muerto. Musitó una oración, un ruego para que lo visto perteneciese a un mal sueño. Los abrió cuando Hanzaburo la reclamó.

Sin levantarse completamente, Keiko llegó hasta donde los dos hombres permanecían inclinados en un extraño abrazo. No vio sangre. Los dioses habían escuchado su plegaria.

—Tienes que ayudarme, Keiko. —Hanzaburo miró el rostro pálido de la joven y los temblores que aún la agitaban—. ¡Trae agua y después prepara té! —La mujer no lograba moverse—. ¡Vamos!

Keiko levantó la vista hasta los ojos dorados del arquero. No supo definir qué veía en ellos. Pese a la dulzura de su mirada, algo la incitó a obedecer. Se levantó y salió corriendo. Apenas tardó unos minutos en regresar con una jarra de agua y dos tazas. Lo entregó todo y regresó para preparar una tetera.

Hanzaburo buscó bajo su cinturón una pequeña bolsa de polvos rojos, introdujo unos cuantos en uno de los cuencos, después lo llenó de agua y obligó al amigo a beberlo. Los polvos eran un regalo de Kitsune: corteza del cedro milenario finamente

rayada y machacada, *tan sólo unos granos, tan sólo cuando sean imprescindibles*. Sabía de su poder para devolver la lucidez y las energías a quien las perdía por una herida en el alma o en el cuerpo; también que podían ser tóxicas si se excedía en la dosis. Esperó unos minutos sosteniendo el cuerpo desfallecido de Susanô. Lentamente, el samurái abrió los ojos.

Creó haber penetrado en el territorio de la muerte: sólo de ese modo podría estar Hanzaburo sosteniendo su cuerpo, posando su mirada de ámbar y su boca de gato a tan escasa distancia. Deseaba no moverse, que el tiempo frenase su curso. Quedarse en ese recodo del río. Sonrió.

—¿Dónde está, hermano?

La pregunta del arquero lo devolvió a la realidad. Al rostro herido de Chikako. Se incorporó de un salto.

—No lo sé. —Sus manos frotaron su frente intentando ubicar el lugar donde yacía su hermana.

—Pero imagino que sabrás qué dirección iba a tomar. —Hanzaburo sabía que era urgente localizar a la bella esposa.

—Al norte, siguiendo el curso del río...

—Bien.

Hanzaburo se incorporó. Sabía que Susanô resistiría el golpe recibido y la urgencia estaba en otro lugar. Esperó tan sólo a que llegara Keiko con la bandeja de té tintineando entre sus manos temblorosas.

—Keiko —la miró mientras se ajustaba el cinturón de cuero—, procura que beba alguna taza de té, también que coma algo. Yo tengo que partir...

—¡Te acompaño! —gritó desesperado Susanô, y Keiko no sabía dónde posar la vista.

—Hermano —colocó su mano derecha sobre el hombro del samurái—, la casa no puede permanecer sin alguien que la defienda...

—Están los soldados...

—¿Y quién les dará las órdenes? —frenó las protestas del amigo—. La encontraré. Te lo prometo. —Llevó su puño cerrado hasta el corazón—. ¡Chikako regresará!

Las palabras estallaron como una promesa.

Keiko sintió que le fallaban las piernas. ¿Qué le había pasado a su señora?

—Pero. —Susanô intentó protestar, sabía que sería un lastre para la búsqueda en el estado actual, la cabeza le daba vueltas y las piernas no lograban sostener su cuerpo— yo...

—Te lo ruego, hermano, ¡no me demores más!

Y el hijo de Kitsune salió corriendo de la estancia.

Todo pareció precipitarse, como el río convertido en una cascada. Hanzaburo

conocía las razones de Chikako; también recordaba el cuerpo de Susanô bañado por la luna en la orilla de los Ojos de la Serpiente.

¡Esa imagen no había dejado de turbar todos sus sueños!

La imagen de la mujer oculta tras la fachada del Samurái del Dragón había poblado todos sus sueños; había despertado las partes más ocultas de su espíritu. Lo había lanzado al tormento de aguas torrenciales contra las que no podía bracear. O mejor, no quería bracear, tan sólo dejarse llevar por ellas.

Se lo confesó a su padre el zorro la última vez que pasaron juntos tres días perdidos por los bosques de su territorio.

Padre, sé que mi amigo Susanô es una mujer.

¿Eso afecta a tu amistad o al giri que te une a quien te salvó la vida?

Es que...

¡Sueñas con ella!

No le sorprendió que su padre descubriera sus sentimientos; tampoco que pareciera conocer el secreto de Susanô.

A tu amigo aún le queda un largo recorrido. Pronto partirá para romper su propio círculo. Para recomponer lo destrozado hace años.

No imaginó que las palabras de su padre cobrarían cuerpo tan pronto.

Y ahora, Chikako estaba herida, tal vez muerta. ¿Qué pasaría con el círculo pendiente de Susanô?

No podía morir. No podía permitir que todo el sacrificio de Susanô resultara baldío.

Montó en Dôjo sintiendo que en aquella cabalgada se jugaba mucho más que la lealtad a quien le devolvió la vida. De alguna manera, en torno a Chikako y su suerte se trenzaba su propio futuro.

El futuro de su amada.

Sus recuerdos se mezclaban como enredaderas abrazando su cuerpo y su mente: la imagen de la mujer a la luz de la luna, el rostro herido de Chikako, las palabras de su padre, la noche caprichosamente blanca, el curso del río, los cascos del caballo y la fiebre de su loco amor.

Cabalgaba siguiendo el curso del río hacia su nacimiento, atento tan sólo a la prisa por encontrar viva a la esposa de su amigo. De su amada.

Había ido hilvanando la historia de Chikako siguiendo los rumores de los campesinos y el propio relato comunitario, como si el relato se superpusiera a cada uno de quien lo conocía para crear una identidad propia. Comprendió que aquella hermana mayor desaparecida muchos años atrás era, sin duda, Susanô. Trató de imaginar los tormentos que hicieron posible su transformación; comprendió las palabras de su padre cuando habló de la tarea pendiente para recuperar su auténtico ser. ¡Todo el sacrificio de la pequeña Tomiko fue para salvar a su hermana!

Y ahora, esa hermana rescatada de las garras de Shozo Masashi podía haber encontrado la muerte en el camino hacia su propia felicidad.

¡No era justo!

Hanzaburo sintió arder en sus mejillas las primeras lágrimas de su vida.

No lloró la muerte de su madre porque la sonrisa de su cadáver y las palabras de su padre hablaban de una promesa de futuros encuentros en algún bosque sagrado y secreto.

No lloró cuando lo apresaron en Nagasaki, cuando lo ataron al poste imposibilitando la ayuda de su padre porque asumía su viaje en busca de Umegae.

Sin embargo, lloraba ahora, imaginando el infierno de su amada, atrapada en el cuerpo de Susanô y temiendo la desgracia de Chikako.

Cabalgó durante tres días y sus noches, permitiéndose apenas el descanso necesario para que Dôjo se recuperara.

Al alba del cuarto día, justo a la hora de la Serpiente...

Aún humeaban los restos calcinados de un pequeño templo. Por entre los brotes de humo, Hanzaburo percibió un bulto de ropas.

Frenó el galope de Dôjo para acercarse despacio, oteando la posibilidad de tropezarse con quien había provocado el incendio. A medida que avanzaba, el bulto iba cobrando la forma de dos cuerpos, uno sobre otro.

Descabalgó y se acercó, con la cautela de quien espera encontrar malas noticias.

El cuerpo superior pertenecía a un hombre joven, Nagayuki, el juglar constructor de muñecas. La sangre lo cubría casi por entero. Constató la falta de pulso en su carótida. Las heridas lo habían matado.

Con cuidado, retiró el cuerpo del hombre. Bajo el cadáver, una Chikako pálida, con los mismos regueros de sangre que Susanô había visto en el espejo. Colocó su oreja derecha sobre el pecho de la joven. ¡Aún latía!

Muy débilmente, pero latía.

Buscó algún recipiente cerca. Nada.

Se acercó hasta Dôjo y desató el cuero donde aún quedaba agua suficiente. Regresó al lado de la mujer. Tenía que darse prisa, apenas le quedaba un aliento de vida.

Acomodó la cabeza de la joven sobre sus rodillas, extrajo de su cinturón el saquito con los polvos, después sirvió agua en su mano izquierda colocada a modo de cuenco, vertió una ración superior de polvos, abrió, con la mano derecha, la boca de la mujer y vertió el agua en su interior.

Chikako no reaccionaba. Tuvo que cerrar con sus manos la boca de la mujer o se hubiera perdido la totalidad del líquido por las comisuras.

Esperó colocando una mano en su frente y otra sobre el corazón casi silencioso.

Se salvará.

Era un ruego, un deseo, casi una orden al destino. Él le prometió a su amada que regresaría con ella. Con ella viva.

No le sorprendió la presencia de su padre. Tampoco ver cómo colocaba su cuerpo sobre el vientre de la mujer para devolverle las fuerzas.

Pasaron varias horas.

Hanzaburo sólo se separó de ella para recoger más agua en su cuero para ir sirviéndola, en pequeñas dosis, dentro de la boca de la herida. Poco a poco, los latidos se hicieron más rápidos y aumentaron el número. Cuando el cuerpo recobró el calor, Kitsune se levantó y partió.

No la dejes sola.

Y Hanzaburo tuvo la certeza de que esa petición de su padre no se refería a la bella y malherida Chikako.

El arquero imaginaba la preocupación de Susanô, su urgencia por conocer el estado real de la falsa esposa —sonrió al recordar el secreto descubierto en los Ojos de la Serpiente—, sin embargo, la mujer no podía viajar en aquel estado y tampoco sabía qué deseaba hacer con el cadáver de Nagayuki.

—Otra historia de amor truncada —lo dijo en voz alta mientras acariciaba el rostro de la joven.

Chikako necesitaba recuperarse y no contaba con otra cosa que su bolsa de polvos de cedro. Dôjo mordisqueaba hierba sin alejarse demasiado y el cuerpo del juglar comenzaba a rezumar el hedor de la muerte.

—No, no debes verlo así —decidió de golpe.

Colocó el cuerpo de la mujer herida en una posición cómoda, la arrojó con su capa y decidió que la cercanía del santuario no sería un mal lugar para entrar en el territorio de la muerte. Empapó un trozo de tela en el río y limpió cuidadosamente el cuerpo del joven: todos los golpes, todas las heridas de espada y cuchillo estaban en su espalda. Dedujo que protegió a su amada con su propio cuerpo y eso la salvó. Cuando lo encontró presentable, cavó una fosa en un lateral del pequeño templo, lo introdujo dentro y rezó una oración por su espíritu.

Que encuentres el camino y tu espíritu no vague buscando a quien te arrebató la vida. Que encuentres paz en el territorio de las sombras.

La tarde comenzaba a incendiarse en rojos cuando terminó la tarea y Chikako abrió los ojos.

—¿Qué...? —Miró a Hanzaburo sin comprender—. ¿Dónde estoy? —Se incorporó buscando a su amado—. ¿Dónde...?

—Tranquila, hermana. —Lo cierto es que en su corazón la sentía tan cercana como a una hermana—. Él te salvó...

Regresaron las imágenes a las pupilas de Chikako. La tarde, casi noche, que

llegaron al templo tras cabalgar, no huyendo de Susanô, sino bendecidos por su permiso, en busca de un tiempo para recuperar el amor nacido a escondidas. Sus cuerpos abrazados y las llamas de la pequeña hoguera dibujando figuras en sus rostros abrasados también por la pasión.

Cuando te vi y te supe casada, creí que se agrietaba el suelo a mis pies.

¡Llevo tanto tiempo esperándote!

¿Cómo puede un marido permitir...?

No es lo que piensas.

Era la extraña historia de una hermana que sale huyendo, de noche y a escondidas, en busca de la salvación de la pequeña prometida a un monstruo. Sonrió al evocar la mirada tierna de Nagayuki. Y la sonrisa se transformó en lágrimas cuando recordó que, justo antes de iniciar el relato, los amantes se vieron rodeados por un pequeño grupo de bandoleros harapientos.

—No los vimos llegar, Nagayuki no tuvo tiempo para...

—Pero te cubrió con su cuerpo. ¡Te salvó!

—Sí. —Tembló recordando el peso de su amado.

—Aun así, no comprendo por qué no terminaron... —Hanzaburo se inclinó ante ella—. ¡Perdona!

—Sé lo que piensas. —Por el rostro sucio de hollín resbalaban silenciosas lágrimas—. Supongo que me esperaba algo peor que la muerte a sus manos, pero, justo en ese momento, apareció una manada de zorros. —Recordó el ruido de sus gruñidos, los gritos de los bandidos, su propio terror—. Después, perdí el sentido.

Hanzaburo pensó en su padre. De alguna manera, había cumplido su giri con Susanô: la vida de su hermana, por la vida de su hijo.

—¿Dónde está? —Contempló el silencio del arquero unos segundos, levantó la cabeza y añadió—: Necesito despedirme.

¡Había tanta fuerza, tanta decisión en sus palabras! Hanzaburo imaginaba la misma determinación en Tomiko cuando, sin armas y en absoluta soledad, salió en busca de Shozo Masashi. Ignoraba cuáles fueron las pruebas y los recodos que convirtieron a Tomiko en Susanô, pero veía la misma fuerza en los ojos de Chikako. También ella podría transformar en polvo una montaña para defender a quienes amaba.

El arquero la miraba: pese a la fuerza de sus palabras, lo que veía era a una muchacha frágil, extenuada, con el amor roto. Temía que le fallasen las fuerzas si la llevaba hasta la reciente tumba de Nagayuki. *Ellas dan la vida y preparan a los suyos en la última despedida. Ellas, hijo mío, son fuertes como el espíritu de los huracanes y tiernas como el agua mansa. No veas en ellas la fragilidad de tus propios sentimientos.* No recordaba cuándo había escuchado aquellas palabras de Kitsune, entre sus muchos consejos sobre la vida y la muerte. Tal vez cuando cuidaba a

Umegae y ninguna pócima servía para aliviar la fiebre. Volvió a mirar a Chikako: no, no era frágil; había soportado el compromiso con el despreciable Shozo Masashi; las humillaciones cuando llegó el emisario con el mismo compromiso roto; había guardado, con alegría, el secreto de Susanô; había recogido a Keiko, adoptado como propio a Oki...

¡Resistirá!, pensó.

—Ven conmigo.

La ayudó a incorporarse y, sosteniendo el peso de sus pies sin fuerzas a través del brazo que rodeaba su breve cintura, la llevó hasta la tumba de Nagayuki.

—Por favor, déjame unos minutos a solas con él.

Hanzaburo la vio arrodillada ante la tierra aún fresca. No se había desmayado, no se había convertido en un grito desesperado todo su dolor. Comprendía la necesidad de una despedida. La última de dos amantes sin tiempo en este mundo para consumir su historia.

Tal vez en otro lugar..., pensó deseando que llegasen a encontrarse más allá de las sombras.

Se alejó sintiendo, por primera vez, una fina punzada en su costado. Nagayuki había partido al mundo de las sombras cubriendo el cuerpo de su amada y sintiéndose amado.

¿Podría sentir él alguna vez el peso de un amor así sobre su cuerpo?

No la dejes sola.

Fue la despedida de Kitsune. Junto con dos flechas de plata.

El viento jugaba con sus cabellos blancos. Debían de andar por la hora del Cerdo. Debería pensar en la partida, en llevar a Chikako hasta la casa para terminar con la angustia de Tomiko; sin embargo, no podía dejar de sentir aquella fina punzada en su costado, ni olvidar el deseo recién nacido de ser amado.

¡Ser amado por la mujer desnuda en los Ojos de la Serpiente!

¡Imposible!

Lo pensó sintiendo un dolor nuevo naciendo en sus entrañas de ser con dos mundos en su interior. También él era un ser dual, tanto como la mujer desnuda y el samurái. Aun en el supuesto de que Susanô pudiera recuperar su vida de mujer, ¿acaso no tendría más posibilidades Shuzai de ser el elegido?

Ya iban juntos cuando lo rescataron del círculo mortal donde lo habían encerrado. Se notaba entre ellos la complicidad de quien ha compartido espada y cuenco de arroz. Susanô buscaba, en los momentos difíciles, la mirada de Shuzai para comprobar su aprobación —y recordó la larga noche en la casa de Shozo Masashi, el tiempo de espera antes de ir en busca de Shiroyama—. Tampoco había olvidado cómo fue capaz aquel samurái, devoto de las normas y del Código de Honor, de guardar en silencio el secreto descubierto en los Ojos de la Serpiente.

Jamás había visto a Shuzai tras una mujer; muchas lo miraron con arrobo, pero él jamás se acercó a ninguna.

¡Se aman!

Lo decidió de golpe y sintió que su espíritu penetraba en un sendero pegajoso y oscuro.

Un sendero de dudas y celos. ¡Cómo podría amarlo Susanô sabiendo que ocultaba un zorro en su interior! ¡Conociendo a Kitsune, dueño de nueve colas!

—Vamos.

La mano de Chikako en su hombro y la voz susurrando en su oído la orden de partir rompieron los pensamientos del arquero.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella enfrentando su rostro desencajado.

—Nada. —Se sintió descubierto y trató de disimular aquella sensación de haber entrado en un pantano negrísimo—. Imaginaba la zozobra de Susanô.

—¿Cómo supo que me hallaba en peligro?

—Tendrás que preguntárselo tú, hermana. —Respiró hondo para salir definitivamente del pantano—. ¡Vamos, sube al caballo!

Los dos caballos que Susanô le había entregado a Chikako para su falsa fuga debieron de escapar ahuyentados por la pelea entre los bandidos y la manada de Kitsune. Hanzaburo la ayudó a subir a la grupa de Dôjo, subió detrás y la sostuvo entre sus brazos y las bridas.

—Gracias —murmuró ella.

—Deberás dárselas a Susanô, fue él quien sabía dónde estabas.

—Fue el espejo, ¿verdad?

—Veo que conoces todos sus secretos. —Y, por supuesto, sabía bien quién era en realidad.

—Susanô es la encarnación de la bondad.

Hanzaburo se dio cuenta del rodeo de la frase para no mencionar a su falso esposo ni en masculino, ni en femenino.

¿Qué sucedería ahora en la casa del Calígrafo?

Deseaba regresar con la misma fuerza con que deseaba huir. Se sentía, por primera vez desde la noche de su rescate, como un intruso en la vida de Susanô. Antes de aquel día, ambos, Susanô y Hanzaburo, se trataron como amigos, como hermanos: formaba parte de su vida. Ahora, con el tiempo de los secretos a punto de finalizar, se sentía excluido.

En el supuesto de que su amada recuperase su presencia femenina, estaba claro que se inclinaría sobre el pecho de Shuzai.

¿Por qué su padre le dejó aquel extraño mensaje?

No la dejes sola.

La frase se convirtió en un golpe de campana que se repetía sin cesar al ritmo rápido del galope. Kitsune nunca pronunciaba frases sin sentido.

No la dejes sola.

Retumbó en el aire como una orden; tampoco le explicó gran cosa sobre las flechas de plata, *lo sabrás cuando llegue el momento de usarlas* fueron sus palabras ante sus mudas preguntas.

A Hanzaburo le gustaría tener los poderes de su padre en aquel instante, no tanto para conocer el próximo futuro como para conocer el corazón de Tomiko y saber si él se encontraba en su interior.

P REPARATIVOS Y DESPEDIDAS

Casi sin vida, pálida, apenas sostenida por la férrea voluntad de sobrevivir. Pero viva. Así la recogió Susanô de la grupa de Dôjo. Arropada por sus brazos entró en la casa, seguida por Hanzaburo y Keiko, sonrojada por el miedo y la felicidad. ¡Chikako había regresado!

No habría ni venganza ni castigo de los dioses sobre ellos.

Regresaron los rumores por el feudo de Yamato. Partían de la casa del Calígrafo, aunque, tras la fuga de la esposa, muchos recordaron que el señor, en realidad, era el Samurái del Dragón. Se esparcían raudos como agua de tormenta.

—La ha ido a buscar.

—Envió al propio arquero sagrado para seguir sus pasos.

—Llegó herida, casi muerta, dicen.

—Y ahora, ¿qué hará el señor con ella?

—Tal vez...

Ya no importaba la venganza, sino mantener la dicha plácida de los últimos años, con un generoso señor que ni siquiera esquilaba las cosechas de arroz; un amo generoso con todos, tranquilo y tan rico que no necesitaba dejar sin un grano a los campesinos bajo su cargo.

Ya no importaba un honor que parecía ignorar el supuesto ofendido.

Ya no importaban las razones de la fuga.

Sólo importaban los siguientes pasos de Susanô. Y si el amo permitía vivir bajo su techo a Chikako, continuar los días como si jamás hubiera salido de su techo la bella esposa, no les correspondía a ellos castigar al ama.

Susanô llevó a su hermana y esposa hasta sus aposentos, *quédate*, pidió a Hanzaburo, quien cerró la puerta tras ellos.

Oki, avisado por los rumores y el revuelo en el patio de la casa, caminó hasta la habitación donde saludaba el inicio de los días besando al padre y a la madre.

Encontró la puerta cerrada.

Y a Keiko sentada sobre sus talones ante ella.

—¿Mamá? —preguntó el niño.

—Ha regresado. —Extendió los brazos hacia el hijo de los amos—. Todo será como antes.

Lo abrazó y deseó pensar que sí. La luna no había caído del cielo; ningún tornado había destruido el feudo; el amo no salió con la katana en la mano buscando el cuello de Chikako; tampoco se dio muerte como llegó a temer cuando lo vio encogido tras lanzar aquel pavoroso grito. Nada impedía borrar de la memoria los días sin ella en la

casa.

Susanô encontró a Oki perdido entre los brazos de Keiko cuando descorrió la puerta.

—¡Señor! —murmuró azorada la criada inclinando la cabeza.

—Necesitará todos tus cuidados. —La criada bajó aún más la cabeza, Susanô reparó en los ojos inundados del niño—. ¡Necesita descansar, hijo!

—Señor —el nudo en la garganta casi le impedía pronunciar una palabra—, llevo al niño y me ocupo de la señora.

—Antes, unas palabras. —Se inclinó hacia el niño y acarició su mejilla—. Espéranos aquí. —Indicó a Keiko que entrara y cerró de nuevo la puerta.

Arropada y pálida, Chikako parecía dormir con el pelo desparramado como ala de cuervo gigante. Hanzaburo, arrodillado cerca de su cabeza, la miraba sin tocarla.

—Necesito que hagas correr un rumor...

Keiko no levantó la cabeza. Habría de obedecer, pero temía que los deseos del amo fueran en contra de su amada señora.

—¿Lo harás?

Afirmó en silencio, tan sólo con la cabeza. No encontró voz.

—Es por el bien de tu señora...

La criada levantó los ojos y tropezó con el rostro siempre amable de Susanô. Los ojos del amo estaban en calma, su boca dibujaba el inicio de una sonrisa. No existía ni dolor, ni deseo de venganza resbalando por la comisura de su boca. Tan sólo el amor de siempre por Chikako. Keiko lanzó un breve suspiro de alivio.

—Haré lo que mande. —Se inclinó y deseó besar la mano de aquel hombre bueno y generoso.

—Hanzaburo, ven —llamó al arquero y esperó a sentirlo a su lado para continuar—. Esto también debes saberlo tú, hermano —le quemó esa palabra en el paladar y tragó saliva; todo su ser deseaba llamarlo amor mío a gritos—. Es necesario que se difunda un nuevo rumor sobre los muchos que han corrido por el feudo. —Keiko temió ser castigada por haberlos escuchado—. Mi esposa —no había renegado de ella— ha regresado —colocó una mano sobre el hombro del arquero— gracias a ti, arquero.

Hanzaburo sintió flaquear sus fuerzas. No por la larga cabalgada, no por el ayuno, sino por aquellas palabras de su padre, *no la dejes sola*, que no le permitían un minuto de respiro. Chikako se salvaría, al menos su cuerpo, porque las heridas del espíritu rara vez encuentran el modo de cicatrizar.

¿Qué decidiría ahora Susanô?

El arquero había imaginado que, una vez a salvo su falsa esposa con el juglar, arreglaría los asuntos pendientes con Enomoto, a quien había ido a buscar Shuzai, y partiría en busca de su verdadera identidad, pero con la hermana de nuevo bajo su

techo...

¿Se quedaría?

Si decidía quedarse, cualquier posibilidad de recuperar a la mujer vista en los Ojos de la Serpiente desaparecía. Si se cerraba esa mínima posibilidad...

Las orejas de Hanzaburo se movieron ligeramente, aturcidas por los negros presagios de su dueño.

—Tan sólo cumplí con mi deber —murmuró mucho tiempo después, para despejar el silencio sobre las tres figuras.

—Bien. —La mano apretó ligeramente el hombro, luego lo soltó—. Necesito que los dos conozcáis las razones de la partida de mi esposa. —Keiko y Hanzaburo temblaban, movidos por distintos pensamientos. Susanô aclaró la voz para continuar —: Mi amada y fiel esposa partió hace unas semanas en peregrinación al santuario donde se encuentra el dragón de bronce capaz de hacer concebir hijos a las mujeres con su aliento. Partió, como buena esposa, para solicitar descendencia prendiendo incienso ante el dragón.

El cuerpo de Keiko se sintió embriagado por la calma.

El ánimo de Hanzaburo se hundió en la creencia de que Susanô nunca partiría en busca de su identidad de mujer.

—Y ahora, Keiko, ocúpate de tu señora.

Sin poder esquivar el gesto, Susanô sintió los labios de la mujer posados sobre su mano derecha. Sus labios bañados con ardientes lágrimas de gratitud.

Al salir, las manitas de Oki se aferraban a su kimono. Susanô se sentó sobre sus talones para dejar su rostro a la altura del niño. Le acarició las mejillas.

—¿Mamá? —preguntó el niño.

—Pronto volverá a jugar contigo, Oki.

El pequeño palmeó con alegría y soltó una risa que estalló en el corazón aterido de Susanô.

¡Yo os protegeré!

Lo decidió sin palabras dirigiendo sus pasos hacia la biblioteca.

Pronto regresaría Shuzai con Enomoto.

Y temió aquella presencia como el anuncio de una serpiente venenosa.

Cinco días después del regreso de Chikako, los guardianes de la casa avistaron en el camino una comitiva, con Shuzai al frente. Susanô montó a Shibem y salió a su encuentro.

Shuzai, portando el estandarte del Samurái del Dragón, presidía una pequeña comitiva: diez soldados y un palanquín cubierto con ricos brocados que impedían ver

su interior.

—Gracias, hermano —saludó Susanô—. ¿Algún problema en el viaje?

—No, tan sólo nos retrasamos porque Enomoto tenía asuntos urgentes que terminar y, tal como me pediste, el escriba del Shogun redactó y selló tu voluntad de abandonar el feudo para refugiarte en un templo. —Miró a su amigo con un punto de enfado, sabía que no era cierto y no le gustaba participar en una mentira, mucho menos dirigida al Shogun.

—Chikako ha regresado.

—¿Cómo?

—Lo hablamos cuando estemos a solas, tan sólo me adelanté para que prepares tu ánimo.

—Pero ¿no debía esperar unos meses antes de...?

—Hanzaburo salió a buscarla. Estaba herida. —Levantó la mano para frenar la preocupación de Shuzai—. Tranquilo, ella está bien.

—¿Ha regresado sola? —Susanô afirmó.

—¡Samurái del Dragón! —Enomoto había descorrido las cortinas del palanquín y miraba a los dos amigos.

—Mis respetos, Enomoto-sama. —Susanô se inclinó ante el monje—. ¿Cómo ha sido el viaje?

—Placentero. Y seguro llevando a Shuzai al frente.

—Me alegro.

—Tenemos que hablar de eso —murmuró Shuzai—. Algo parece moverse entre algunos daimyos...

—Después, hermano.

Susanô, casi Tomiko, no sentía ningún interés por las eternas pugnas entre daimyos. Formaba parte de su forma de entender el mundo y su poder.

Su interés estaba en otros lugares, a medio camino entre la realidad y el mundo de los seres mágicos.

Acompañó a la comitiva hasta la casa. De nuevo brotaban los rumores entre los campesinos y los sirvientes; ahora mezclados con el que Keiko había hecho circular, feliz al poder devolver a Chikako parte del giri por haberla acomodado en su casa y en su vida, por haberla salvado de la mendicidad y regalado a su hijo una vida digna.

Entre lágrimas y cuidados de todos, la hermosa fugada trataba de recuperarse. No fueron las heridas las que la postraron sino el corazón roto por el dolor de sentir sobre el suyo el cuerpo muerto de Nagayuki. Ni siquiera a Keiko podía abrirle su corazón. Tan sólo su hermana y Hanzaburo conocían su secreto y no podía deshonrar a Susanô con su historia de amor.

Para sobrevivir, decidió vivir en soledad los años que el destino tuviera a bien

concederle. Cuidaría de Susanô, de Oki, de Keiko; ayudaría a las mujeres a la hora de parir. Poco a poco, fue acomodando su ánimo a esa renuncia y si es cierto que no volvió a escucharse la cascada de su risa rebotando contra las paredes, una suerte de serenidad se fue instalando sobre su boca hasta recuperar el sabor, un punto ácido, de la vida.

Keiko nunca hizo preguntas.

Dejando a Enomoto recuperarse del viaje y disponiendo un baño en sus aposentos, Shuzai se reunió con Susanô y Hanzaburo en la bien surtida biblioteca.

—¿Qué pasará ahora, hermano?

—Nada diferente, Chikako permanecerá en la casa, si es su deseo, como dueña y señora del feudo. —Susanô respiró hondo—. Yo debo partir.

—¿A dónde? —y casi en el momento de preguntarlo, Shuzai recuperó la imagen de una hermosa amazona bañada por la luna. Nunca había logrado acomodar su espíritu al secreto de su hermano—. O mejor, ¿por cuánto tiempo?

—No regresaré.

Shuzai sintió un vuelco en el corazón.

Hanzaburo sonrió. *No la dejes sola*. Las palabras de su padre cobraban sentido.

—Pero ¿partirás solo?

—Debo seguir mi destino.

—¿Y Chikako?

—Siempre os tendrá a vosotros. —Los miró, profundamente a Shuzai, levemente a Hanzaburo—. Si lo deseáis, esta será también vuestra casa. —Se inclinó ante ellos.

Para entonces, Hanzaburo ya había decidido seguir a su amigo, a escondidas si era necesario.

—He mandado una misiva a mi hermana —comenzó a decir Shuzai—. Tal vez acepte venir un tiempo.

—Sería un honor para mí —sonrió Susanô—. Y ahora, la mejor ayuda para Chikako.

—Tal vez ya tenga nuevos planes en Nagasaki —se escuchó la voz del arquero por primera vez.

Susanô sintió una punzada de celos y la araña recuperó los hilos de fuego enviados hacia su corazón encarcelado.

—Tal vez —murmuró Shuzai—. Con todo, yo preferiría que abandonara el lugar donde fue tan desgraciada.

—Te comprendo, hermano. Y, repito, mi casa, la de Chikako en breve, será siempre la suya. Hablaré con... ella.

A punto estuvo de escapársele, *con mi hermana*. Desde que había tomado la decisión de iniciar aquel Segundo Círculo de su vida, como anunció Kitsune, notaba

más débiles las viejas defensas.

Cuando dejaron a Susanô en su refugio, Shuzai tomó el brazo de Hanzaburo.

—¿Tienes alguna idea de a dónde piensa ir?

—No.

—No podemos dejar que...

—¿Que vaya sola?

Shuzai enrojeció. Desde aquella noche en los Ojos de la Serpiente, no habían vuelto a mencionar la imagen de una hermosa mujer bañada por la luna.

Tras asearse y acomodarse, Enomoto, Shuzai, Hanzaburo y Susanô se dispusieron a cenar juntos.

El corazón de Susanô sabedor de la cercanía de la partida definitiva se encontraba dividido en sus afectos y decisiones, encerrado entre los hilos de hierro y fuego lanzados por la pequeña araña, sufriendo por el dolor de su amada Chikako y temiendo la despedida definitiva. En unos días, tendría que recorrer el mismo camino de su infancia, montaña arriba y, aún ignoraba cómo, romper el hechizo de la Dama Araña.

No le importaba morir en el intento.

No soportaba continuar la lucha de sus dos espíritus.

Sobre todo, no soportaba vivir cerca de aquel a quien le estaba prohibido amar, sin, al menos, intentar conocer sus sentimientos.

La mirada dura de Shuzai cuando le comunicó su deseo de partir, la extraña sonrisa entrevista en la boca de gato de Hanzaburo y su propio pánico a la tarea ardían en su estómago como si el filo de una wakisashi lo atravesara.

Se vistió con su mejor kimono de seda, blanco en honor a Tsuchigumo, a quien debía enfrentar en su propio territorio y eligió un obi negro con hilos de oro trenzados.

Ahora tocaba finalizar los trámites de su herencia.

Keiko había ordenado en la cocina la preparación de una cena especial. De algún modo, intuía la importancia para los planes del amo de la presencia en la casa de un abad como Enomoto. Un ser que, vagamente, le producía un escalofrío de desconfianza.

Tiene que ser un error de mis sentidos, pensaba Susanô al recordar la imagen del abad y su cosquilleo de alarma. *Fue quien llevó mi recomendación para servir al daimyo Katsushika*. Justo ese recuerdo casi lo convenció de que Enomoto, de alguna manera, estaba ligado a Tsuchigumo; del mismo modo que Kamakura, pero en un lugar oscuro.

La propia Keiko, ataviada con un hermoso y discreto kimono rosa pálido, dispuso la mesa y, junto con una joven sirvienta, colocó los cuencos, retirándose a un rincón

donde casi no podía ser vista, atenta a cualquier necesidad de los comensales.

Kusiyali de carne y verduras.

Triyaki de pulpo.

Anguila frita sobre esponjoso arroz hervido.

Confitura de verduras con brochetas de calamares.

Vio cómo se iluminaron los ojos del abad y de Hanzaburo, el único de los amigos que prestaba atención a los exquisitos manjares. Susanô pocas veces dispensaba su atención a los alimentos y Shuzai, esa noche, parecía inmenso en una cáscara de brumas que lo aislaba del resto.

—El Shogun. —Enomoto se inclinó levemente al pronunciarlo— aún espera que aceptes entrar a su servicio...

—Siempre ha sido un honor tal petición del Shogun —respondió inclinándose también el aludido—. Pero deseo poner mi espíritu bajo la calma de un retirado santuario.

—Es cierto que no seríais el primer samurái que elige tal opción como final de sus días. —Hundió los dedos en un trozo de gelatinosa anguila—. ¡Exquisito! —exclamó tras aplastarlo en su paladar—. Sin embargo, vos sois aún joven, con una joven esposa y un hijo...

—Lamento contradecir los deseos del Shogun.

—Pero, como siempre, ya habéis tomado vuestra decisión.

Susanô se inclinó a modo de afirmación. Siguieron unos minutos de silencio. Susanô trataba de adivinar los pensamientos de sus amigos: Shuzai parecía contrariado; el corazón de Hanzaburo continuaba siendo un arcón cerrado a cualquier interpretación.

Y eso lo inquietaba por encima de todo.

Mucho más incluso que la zozobra por la presencia de Enomoto.

¿Quién era en realidad? ¿A quién servía?

—Pese a todo, mi admirado Samurái del Dragón, el Shogun no podía negarse a cumplir tus deseos. —Enomoto dejó un momento las manos en el aire—. Aunque debía hacer un último intento. —Se inclinó ante el anfitrión.

—Comprendo, Enomoto-sama. —Le devolvió la inclinación.

—Tan sólo una pequeña... —movió una mano en el aire como si buscara allí la palabra— ¡objeción!

Susanô clavó una mirada que podría considerarse ofensiva sobre el abad. Fue Kamakura, o tal vez Tsuchigumo, quien lo puso en su camino: fabricó un pasado glorioso para un desconocido, consiguió cartas de recomendación, envió una misiva al daimyo Hokusai Katsushika. Sin embargo, algo en aquel hombre extraño le producía el resquemor de la desconfianza. O mejor, la duda sobre a qué intereses o sobre quiénes depositaba su lealtad.

Hanzaburo sintió arder la punta de sus orejas.

Shuzai, que debía conocer la «objeción», bajó la cabeza.

—Tenéis un hijo, ¿verdad?

—Oki, Enomoto-sama. —Susanô recordó, *cuanto más temas a tu enemigo, más miel habrás de poner en tu espada*—. Adoptado.

—Sí, ya sabía...

—Chikako salió en peregrinación hasta el templo del dragón de bronce —la voz de Hanzaburo sorprendió al abad que lo miró como si acabara de descubrir su presencia—. Fue a solicitar el don de un hijo. —Se inclinó levemente.

—¡Ah! —La sonrisa del abad mostraba su incredulidad—. ¡Una buena esposa!

—Lo es —añadió Shuzai y sorprendió con sus dos vocablos a Susanô.

—Entonces, comprenderá que sea ese niño quien herede el feudo de Yamato. —Extendió ambas manos ante sí—. ¡Es la tradición que se mantenga el apellido del padre a través de sus bienes!

Susanô apretó la mandíbula, el abad mejor que nadie conocía la ausencia de árbol familiar del samurái.

—Es curioso. —Hanzaburo sonreía con su delicada boca de gato—. Tan sólo en el mundo mágico las mujeres controlan sus propios territorios y son dueñas de sí mismas. —Sus pupilas de ámbar se clavaron en el abad.

—Pero, como bien sabe el arquero, hablamos del mundo de los hombres.

Hanzaburo se inclinó sin dejar de sonreír.

Shuzai comprendió el peligro que supondría para su hermano poner objeciones a tan poderoso rival y, además, contradecir al Shogun.

—Creo, hermano —miró a Susanô—, que vuestra esposa lo comprenderá.

—¿Acaso no es una mujer? —preguntó Enomoto mirando a los tres hombres.

Se produjo un tenso silencio. Unos minutos de plomo por donde rondó el silbido de una flecha invisible.

—Enomoto-sama. —Susanô se inclinó ante el mencionado—, imagino que estaréis agotado por el viaje. ¿Dejamos los detalles para mañana?

—Tenéis razón. —Fingió un exagerado bostezo—. A la luz del día veremos con más claridad.

Keiko había comprendido el alcance de aquella reunión y no sabía si alegrarse por su hijo, o lamentar la partida de Susanô y no ver cumplidos sus deseos de que fuera Chikako la dueña de sus bienes.

Sin embargo, ¿qué otra cosa que el silencio quedaba para las mujeres? Hanzaburo había hablado del poder de las mujeres en el mundo mágico como si perteneciera a él. *Tal vez entre las sombras seamos dueñas de algo*, se dijo inclinando la cabeza hasta el tatami cuando los hombres pasaron ante ella sin mirarla. Excepto uno.

—Buenas noches, Keiko —murmuró Hanzaburo al pasar ante ella.

Definitivamente, el arquero no se regía por las leyes de los hombres. Sus mejillas ardieron: tan sólo se entregaría voluntariamente a alguien como él.

NO LA DEJES SOLA

El pequeño jardín que Susanô había ido creando en un lateral de la casa, al cual se accedía directamente desde su biblioteca, repetía, casi en su totalidad, el jardín de Yoshida en Nagasaki. Recordaba instantes felices en aquel lugar, sobre todo al borde del estanque donde flotaban tres hermosos nenúfares. Como en el suyo ahora. Aunque, de haber sido posible, él hubiera preferido repetir el escenario de los Ojos de la Serpiente.

Se sentó al borde del estanque.

Ahora, con Chikako perdida entre su dolor y sin el hombre amado a su lado, la cuestión de la herencia carecía de importancia. Su hermana amaba a ese niño como si fuera propio; lo era según las leyes. Y algo le decía que, al igual que Kawasemi pero por distintas razones, su corazón no volvería a enamorarse.

Sonrió al recordar que la bella hermana de Shuzai había sido invitada a la casa; esperaba que aceptase.

—Sabía que te encontraría aquí. —Shuzai se sentó a su lado.

Susanô levantó la vista hacia su hermano. Un hombre apuesto y sensato, el que desearía como marido cualquier mujer. La pasión la despertaba Hanzaburo, Shuzai incitaba al cobijo e infundía seguridad.

Hubo un tiempo en que temió amarlo.

—No puedes oponerte a los deseos del Shogun, hermano.

—No lo haré. —Movi6 con su mano izquierda las aguas quietas del estanque—. Pero no son deseos del Shogun, sino del abad Enomoto.

—Lo sé.

—Acepto porque Chikako, a quien parece perseguir la desgracia tan sólo por ser hermosa, ha perdido al hombre que amaba...

—Esas no son palabras adecuadas para un marido. —Shuzai bajó la cabeza; esperaba escuchar la confesión aplazada de Susanô desde que descubrió su secreto aquella ya lejana noche.

—Nunca he sido su marido.

Susanô esperó la reacción de su primer compañero de armas. No se produjo ni el menor gesto.

—¿Lo sabes?

—Desde tu baño en los Ojos de la Serpiente.

Pronunció la frase sin la cólera esperada. Con la rotundidad de algo inevitable.

—Hanzaburo —temblaban las palabras en labios de Susanô, no fue una pregunta, tan sólo un susurro temeroso.

—Fue él quien me pidió que respetase tu secreto. —Se giró hacia quien había sido su compañero de armas—. Todos tenemos secretos —murmuró, sin que Susanô

llegase a escucharles.

Mil hilos de fuego salieron disparados desde su hombro hasta sus entrañas. El dolor dobló el cuerpo de Susanô, quien apretó los puños y las mandíbulas para evitar lanzar un alarido o romper la noche a puñetazos.

Cuando Shuzai deslizó su mano sobre su hombro, el dolor se multiplicó hasta convertirse en insoportable. No sirvieron los duros entrenamientos de Kamakura, ni los años de silencio y secreto, ni la coraza de serpiente... Ni el recuerdo de la promesa realizada a la luna para proteger a Chikako.

Susanô perdió el conocimiento.

La larga batalla contra sus sentimientos se cobraba su diezmo.

Su mente se deslizó hacia un pozo negro y sin fondo donde tan sólo era posible encontrar el rostro de Tsuchigumo y sentir, con la misma intensidad de la primera vez, los desgarros ardientes de la piel de serpiente en su cuerpo.

El sueño le devolvió la imagen de las carpas apresadas en un muro de hielo. No se movían. Prisioneras del frío, semejaban el trazo de un dibujo que hubiera dejado sin espíritu sus cuerpos. Las carpas se miraban sin poder acercarse, siempre eran dos y esa quietud forzada generaba un dolor tan intenso que podría morir en mitad de la pesadilla. Aunque si pudieran moverse tampoco lograrían encontrarse, sino que formarían un círculo eterno de desencuentro. Entonces, por algún rincón aún lejos de las carpas, el muro comenzó a resquebrajarse; sin ruido. En realidad, las grietas también parecían trazos del mismo dibujo, finísimos hilos tejidos sobre toda la superficie.

Ahora el muro de hielo contenía los perfiles de las dos carpas y una inmensa tela de araña envolviéndolas, cercándolas, separándolas.

El corazón del durmiente dejó de latir durante unos segundos: la muerte jugaba una partida en su interior y a quien soñaba ya no le restaban ni fuerzas, ni ganas para enfrentar esa batalla.

Cuando el hielo se cuarteó en mil pedazos, las carpas habían desaparecido.

Ajeno a la voluntad de su dueño, el corazón volvió a latir.

—¡Hermano, hermano!

Los gritos de Shuzai habían despertado a Keiko y Hanzaburo; tras unos minutos de sobresalto, encontraron al señor de la casa y a su fiel samurái tendidos al borde del estanque.

—¿Qué...? —Los ojos del arquero lanzaban llamas amarillas.

—Perdió el conocimiento, de golpe... —Shuzai se sentía tan culpable que no lograba encontrar palabras—. Se, se..., se le ha parado el corazón, durante unos

segundos...

Keiko, arrodillada junto al buen amo, sostuvo la cabeza sobre su regazo y acarició las mejillas, frías como la pared del sueño, como si el durmiente hubiera sido una de las carpas apresadas en su interior.

Hanzaburo había corrido hasta su cuarto en busca de un remedio: la batalla de Susanô había comenzado y temía que le fallasen las fuerzas. Cuando regresó, envió a Keiko a por una jarra de agua. En realidad quería estar a solas con Shuzai.

—Para ayudarlo, necesito saber. —Sus ojos dorados se clavaron sin piedad en el samurái en cuyo rostro podía leerse la turbación de un secreto descubierto—. ¡Necesito saber y no queda mucho tiempo, Shuzai!

—Hablábamos —murmuró sin levantar la vista.

—¿De qué? —Ya no necesitaba escucharlo—. ¿De la noche en los Ojos de la Serpiente? —Shuzai asintió en silencio.

Por la boca de gato del arquero, salió algo similar a un ronco gruñido animal. La mujer oculta en el interior de Susanô no había soportado la vergüenza de saberse descubierta, y el Samurái del Dragón había sentido el descubrimiento como una traición a la lealtad de sus amigos. Pero Shuzai estaba a su lado, tal vez amando a la mujer vista en los Ojos de la Serpiente. Una punzada de celos se clavó en el intestino de Hanzaburo.

Keiko llegó, corriendo y temblando —nunca se termina el tiempo de la zozobra cuando te alcanza—. Creía, con fe ciega y obstinada, que sólo aquel arquero Hijo del Zorro podía atraer al amo hasta la orilla de la vida. Con los ojos empapados en lágrimas, solicitó, sin palabras, el milagro.

El arquero vertió agua en un cuenco y añadió una cantidad superior a la normal de los polvos rojos. Con una mano separó la mandíbula del amigo, con la otra, vació la mezcla en el interior de la boca.

No la dejes sola.

Durante unos minutos eternos, no sucedió nada. Cuatro figuras quietas al borde del estanque bajo una luna que comienza a devorarse a sí misma.

Sin saber por qué, Keiko recordó que la próxima luna llena sería la Nissan, la más bella de todas, la que anuncia el primer brote de primavera.

Cuando Susanô abrió los ojos y miró desconcertado los rostros sobre él, el arquero sonrió, Keiko musitó un agradecimiento y Shuzai sintió que la sangre latía de nuevo en su cuerpo.

—Mejor no hables —dijo Hanzaburo—. Te llevaremos al cuarto. Necesitas descansar.

—No. —De nuevo el vértigo al saberse descubierto cuando recordó la confesión de su hermano—. Shuzai —murmuró en un ruego por escuchar que nunca había sucedido aquella confesión.

—Estoy aquí, hermano —su voz sonó con el mismo afecto de siempre—. Nuestro arquero tiene razón. Mañana será un día duro y necesitas reponerte.

Cuando se quedó a solas sobre su futón, sabiendo que ni Keiko ni Hanzaburo abandonarían el otro lado de la puerta, intentó convencerse de que las palabras de Shuzai pertenecían a la misma pesadilla de las carpas encarceladas entre el hielo.

Apretó los ojos en un intento por borrar esa noche.

Sin embargo, nadie borra lo sucedido, se puede esconder en el lugar más oculto de nuestra memoria, encerrarlo bajo mil candados. Pero continuará latiendo allá donde lo arrojemos. Y formará parte del futuro con más intensidad que aquello cercano en el recuerdo y adornado en nuestra memoria.

Lentamente, Susanô se deslizó en un sueño esta vez sin imágenes.

Al otro lado de la puerta, Keiko quisiera escuchar las palabras del arquero. Pero Hanzaburo se había convertido en una estatua sentado como un loto, sin que nada delatase que vivía y permanecía despierto y alerta.

Shuzai, sin atreverse a quedarse cerca de Hanzaburo, rumiaba la confesión realizada como si masticara un veneno. Había roto con varias de las normas sagradas que regían los actos de todo samurái:

Con el jin, la compasión, porque utilizó el poder de un secreto contra el corazón de su hermano.

Con el rei, la cortesía: fue cruel dejando al descubierto aquello que su hermano trataba de ocultar. No le correspondía a él entrar en esas razones, mucho menos lanzarlas como una katana.

Por último, y siguiendo ese mismo código, con el chugo, la lealtad, era responsable de las palabras lanzadas y de las consecuencias derivadas. Debía buscar el modo en que las consecuencias de lo allí dicho no dañaran al Samurái del Dragón, a quien lo ligaba mucho más que una lealtad propia entre compañeros. Era deudor eterno del amigo gracias a cuya ayuda pudo terminar con el dominio de Shiroyama sobre su hermana. Además, un confuso sentimiento lo uniría para siempre a Susanô, fuera hombre, mujer o demonio.

Pasó el resto de la noche velando sus futuras acciones y deseando poder remediar el mal ocasionado.

Él también había intuido la maldad en Enomoto y no terminaba de calibrar qué pretendía con ese empeño de dejar como heredero a Oki; incluso entre las leyes más tradicionales, la viuda, sin hijos propios, era la heredera de las posesiones del marido, muerto o huido.

DISPOSICIONES

Cuando el gong del patio anunció la hora del Conejo, Shuzai y Hanzaburo aguardaban, aseados y vestidos, a que Enomoto se levantara. Le explicarían que Susanô se encontraba preso de fiebres y que todas las firmas deberían esperar a que se recuperara.

Aún no había asomado el abad en el salón cuando Susanô, con profundas ojeras, pálido y demacrado, pero vivo, se sentó junto a ellos.

—Enomoto aún no se ha levantado —informó Shuzai—. Aunque tal vez prefieras estudiar antes los documentos...

—No es necesario. Como madre de Oki, Chikako aceptará de buen grado y nadie la podrá echar del feudo —respiró hondo—. Cuando Oki encuentre esposa, será esta quien venga a vivir a la casa y cuidarán de Chikako.

—¿Y tú? —preguntó inquieto el samurái.

—Quiero firmar cuanto antes. He de partir.

La conversación no continuó, la presencia de Enomoto frenó las preguntas que asaltaban a Shuzai. Hanzaburo ya conocía los deseos de Susanô y había tomado sus propias disposiciones para seguirlo.

No la dejaría sola.

—Veo que soy el último.

—El viaje ha sido largo. —Susanô se inclinó ante el abad—. Mandaré que nos sirvan algo.

—Bien, porque estoy hambriento.

La sonrisa que siguió a sus palabras cruzó como un rayo por el corazón de Susanô: la oscuridad del abad se hacía cada vez más evidente; o bien sus sentidos se habían afilado lo suficiente para ver lo que antes no deseaba ver.

—Si os parece. —Susanô había hecho una señal a Keiko y la mujer salió en dirección a la cocina—, podemos firmar los documentos cuanto antes.

—¿Tenéis prisa? —preguntó Enomoto.

—Naturalmente, vos podéis permanecer en esta casa cuanto deseéis. —Se inclinó ante el abad y sintió casi el silbido de una serpiente emanando de sus ropajes—. Después, mis mejores hombres os servirán de escolta en vuestro regreso.

—¿Vendréis vos, Shuzai? —Movié sus manos separando las amplias mangas de su túnica.

—Enomoto-sama —se inclinó levemente—, yo cumpliré los deseos del Samurái del Dragón a quien sirvo.

—Pensé que erais compañeros —ironizó el abad.

—Y lo somos —atajó Susanô—. Creo que, si no tenéis inconveniente, Shuzai podría devolveros a vuestro monasterio.

Los puños de Shuzai se crisparon. Susanô prescindía de su compañía, pretendía partir, allá donde fuera, sin compartir ese viaje con él.

—Nada me honraría más —intervino Shuzai, que no estaba dispuesto a aceptar tal negativa—. Pero desearía acompañar al Samurái del Dragón, aunque sólo fueran unas jornadas, de su largo viaje.

—¿Ya habéis elegido monasterio? —Enomoto miraba por el rabillo del ojo a Susanô mientras fingía acomodar sus mangas—. Porque yo podría ofreceros el mío...

—Me honra vuestro ofrecimiento, Enomoto-sama, pero deseo algo más escondido para mi recogimiento.

Por suerte, Keiko y dos jóvenes sirvientas llegaron con las bandejas repletas de cuencos. Siguiendo el principio de los desayunos habituales, llevaron varias teteras, caldo caliente con tofu frito, arroz con verduras escarchadas y un oloroso té en dos teteras.

Susanô evitó cualquier confrontación con el abad. No por temor a ser puesto en evidencia ante el Shogun, sino porque imaginaba que sus informaciones terminaban en otro receptor.

—Desearía dar un paseo por vuestro delicado jardín. —Se inclinó ante Susanô—. Si me lo permitís.

—Enomoto-sama —respondió Susanô con una inclinación—, está a vuestra disposición. Diré a una sirvienta que esté atenta por si necesitáis algo.

¿Qué necesitaba rumiar el abad?

Susanô imaginó que había esperado encontrar resistencia por su parte a la firma de unas disposiciones que no coincidían con sus primeros deseos. Tal vez viniera buscando una confrontación. Aunque ignoraba en beneficio de qué o quién. No le había quedado más remedio que comunicarle sus deseos de partir y la invitación a su monasterio silbó en sus oídos como el aviso de un nido de avispas.

¿A quién servía realmente?

Demasiado poder en unas manos no del todo limpias. Y no podían estarlo si obedecía los deseos de Tsuchigumo. Un abad capaz incluso de sobornar al Shogun para aceptar la recomendación de un samurái.

Prefirió no seguir dando más vueltas a un enigma que, de momento, no estaba en disposición de resolver.

Le quedaban más piedras que mover en su tablero de Go.

Se acercó a los aposentos de Chikako.

Dio unos ligeros golpes en el marco de la puerta corredera, pero no hubo respuesta. La recorrió un poco para comprobar si estaba bien. Su hermana, sentada sobre un cojín, aún con las ropas nocturnas y la melena desparramada sobre su espalda, miraba hacia un lugar invisible.

Le pareció la imagen misma de la desolación.

La belleza no había sido un buen regalo de los dioses. De nuevo regresó al recuerdo de Kawasemi. Una desgracia adornada con joyas y oro la perseguía desde mucho antes de ser consciente. Ni Gen, ni Hayato, ni, por supuesto, Tomiko se habían acercado hasta la casa cuando les llegaron los rumores de su fuga. Tampoco cuando se enteraron del regreso; un regreso que debió de tranquilizarlos de nuevo, sobre todo cuando ya se había convertido en una verdad para todo el feudo de Yamato su peregrinación en busca de ser bendecida con un hijo.

Entró sin hacer el menor ruido.

Se colocó a la espalda de su hermana y puso sus manos sobre sus frágiles hombros.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en voz muy baja.

La mujer se estremeció: la había despertado de algo similar a un sueño con los ojos abiertos.

—Viviré, hermana.

—Lo sé. Oki te necesita.

Pobre razón para continuar viviendo, pero confiaba en que el tiempo fuera colocando sobre su corazón roto la calma de un apósito capaz de convertir la herida en una cicatriz.

—Hubiera preferido ser una vulgar y fea campesina.

—Como tu hermana mayor. —Susanô comprendió las razones de su hermana para renegar de su belleza.

Chikako se giró y clavó los ojos, negros como ónix brillante, en el rostro de su hermana. Levantó una mano y repasó sus pómulos, la línea de sus labios, la barbilla, la garganta. Sintió la rugosidad de aquella lágrima morada bajo sus dedos.

—Debió ser mía. —Frena con la palma de la otra mano las protestas—. Aunque no hubiera tenido el valor de realizar las hazañas del Samurái del Dragón.

—Sé que no te sirve ahora de consuelo —respiró hondo—, pero al menos has sido amada, has podido amar y sentir los brazos de Nagayuki en tu cintura. —Bajó la cabeza.

—Perdóname. —Chikako apoyó la barbilla en su pecho.

—¿Qué debo perdonarte?

—Mi dolor egoísta.

Se fundieron en un abrazo. Un abrazo de hermanas consolándose en la desgracia. Los abrazos que tanto había deseado Chikako cuando se creía sola, sin ningún afecto verdadero en su entorno tras la partida de Tomiko una noche, mil vidas atrás.

Chikako lloraba la pérdida de su amado, sin embargo, la oculta Tomiko vivía en una cárcel: la de aquella coraza cuya piel de serpiente aún resultaba gélida al tacto cuando abandonaba el torso de Susanô. Sí, aquella valiente campesina con hermoso cuerpo de amazona malvivía encerrada y oculta a cualquier mirada.

Susanô lloraba por su amada hermana y por las palabras de Shuzai. ¡Hanzaburo conocía su secreto! El silencio durante tantos años quemaba su corazón y se preguntaba si la ausencia de preguntas se debía al honor y al giri debido; o si resultaba ser absoluta indiferencia por el secreto descubierto.

Sí, eso debía de ser: total indiferencia por la mujer descubierta bajo la luna, a los pies de los Ojos de la Serpiente.

—Escúchame, hermana. —Se separó y levantó con su mano izquierda la barbilla de Chikako—. Ahora soy yo quien te necesita...

—¡Haré lo que sea! —Se secó las lágrimas con las manos para certificar su disposición.

—Debes mantenerte fuerte y serena. —La pequeña afirmaba con la cabeza—. Necesito que te vistas y nos acompañes en la comida con Enomoto. —Colocó la palma derecha sobre la boca abierta de su hermana—. Hoy firmaré un importante documento sellado por el Shogun...

—Y necesitas que me comporte como una buena esposa para que vean con buenos ojos... —No imaginaba qué, pero no importaba.

—Es mi herencia.

—¿Cómo? —Miró el rostro turbado de quien siempre permanecía sereno e inmutable—. ¿Estás enferma?

—Tengo que partir.

—¿Cuánto tiempo?

—Es probable que no regrese. —Sonrió para borrar los malos augurios dibujados en el rostro de su amada hermana—. ¡No temas por mí!

—Pero...

—Necesito encontrarme —prefirió disfrazar la verdad—. Pienso retirarme a meditar. —Chikako bajó los ojos—. Yo pretendía que tú fueras la dueña del feudo de Yamato, de esta casa y de todos mis bienes, pero han decidido que sea Oki, nuestro hijo.

—Me parece justo.

—Ahora que... —Tragó saliva para evitar mencionar la muerte de Nagayuki—. Bueno, ahora también me lo parece a mí. Como madre del heredero, nadie podrá hacerte nada...

—¿No volveré a verte? —era la segunda vez que la despedida parecía definitiva.

—¡El río de la vida es largo! —intentó reír.

—Y profundo, sí.

Las dos recordaron otra noche, diez años atrás, cuando Chikako creía estar ayudando a Tomiko para fugarse con su amado. Cuando Tomiko creyó que no volvería a ver aquel risueño y amado rostro.

—¿Serás fuerte?

—¡Lo seré! —Chikako se llevó el puño derecho hasta su corazón—. Te debo eso y mucho más.

Susanô no pudo evitar recordar a Kawasemi. ¡Serían buenas hermanas! ¡*Ojalá acepte venir!*

Ligeramente maquillada para cubrir la palidez y las ojeras, Chikako, a la hora del Caballo, esperaba cerca de la mesa dispuesta. Vestía un hermoso kimono verde pálido con tres delicadas flores de loto bordadas en la parte inferior; el obi elegido era similar al que aún guardaba Susanô: granate bordado en hilos de oro y diminutas perlas. Keiko había elaborado un hermoso peinado que favorecía la altura de sus pómulos. Hermosa, quieta, sentada sobre sus talones en un cojín, esperaba la llegada de los comensales.

Quien pareció más sorprendido fue Enomoto, pese a haber sido él quien celebrara, cuatro años atrás, sus esponsales.

—El tiempo acrecienta vuestra belleza —saludó inclinándose levemente ante ella. Shuzai y Hanzaburo se extrañaron al verla allí.

—Me han hablado de vuestra peregrinación, señora —saludó Shuzai.

—Seguro que la boca del dragón os llenará de dones —terminó Hanzaburo.

—Aunque, tal vez —bajo la voz del abad silbaba un reptil— resulte innecesario. —Miró a Susanô, después a la silenciosa esposa que inclinó aún más la cabeza.

La desconfianza de Susanô aumentaba por momentos; también la certeza de que no cabía ningún acto contra quien contaba con el apoyo del Shogun. Había pedido a Chikako que asistiera a la comida para evitar más suspicacias en Enomoto, y no por el Shogun, sino por los oscuros aliados que nunca habían sido mencionados. Naturalmente, no resultaba necesario el permiso de la esposa, pero la prefería presente: *el heredero será Oki y ella lo aprueba*, intentaba decirle. Al abad y a quien lo hubiera enviado realmente.

La comida, pese a la calidad de las viandas y al esmero de Keiko, se convirtió en una batalla de silencios y miradas cruzadas. Por una parte, Shuzai, quien comenzaba a sospechar del abad, se negaba a creer en algún tipo de traición: demasiado cercano al Shogun para ser un traidor, más bien imaginaba la búsqueda de algún beneficio para su monasterio. Por otra, Hanzaburo, a quien le temblaban las orejas cada vez que escuchaba la voz de Enomoto: su instinto de zorro lo señalaba como a un enemigo poderoso. En tercer vértice, Susanô, conteniendo a duras penas la zozobra que le provocaba el abad, algo que no había sucedido cuando celebró sus esponsales, como si, por entonces, el veneno de la serpiente aún no emergiera hasta sus palabras.

Chikako cumplía con su papel de recatada esposa en una comida totalmente diferente a las celebradas en los días felices de antaño, cuando poetas, titiriteros, juglares y pintores llenaban con sus risas e historias las largas sobremesas entre

dulces y tazas de té. Al dolor por la pérdida de Nagayuki, se sumaba la segunda despedida de su hermana.

¿Permanecerían en la casa Hanzaburo y Shuzai?

Temía que, al convertirse en una mujer viuda de hecho, sus padres y su hermano pretendieran aprovechar la situación e instalarse en la casa. ¡No se lo permitiría! Juraría que su esposo dejó concretas órdenes en tal sentido; que regresaría pronto y sólo los padres del marido tienen derecho a permanecer en la casa del hijo.

¿Quedaría la casa vacía de hombres?

¿Cómo podría ella...?

A la vez que temía y dudaba, se obligaba a ser fuerte. Se recriminaba su debilidad cuando Tomiko había salido, sola y casi niña, en mitad de la noche, para liberarla de Shozo Masashi.

También temblaba por Oki. Y por Keiko.

La comida resultó un largo tormento, excepto para Enomoto que parecía disfrutar con el malestar de todos.

—¿Os parece que nos retiremos a la biblioteca, Enomoto-sama? —preguntó Susanô tras la tercera taza de té.

—Bien. Pretendo, si no es molestia, salir mañana, antes del alba.

—Los hombres estarán listos, Enomoto-sama. —Se inclinó de nuevo ante el aroma de su veneno—. Imagino que no os importara que mis amigos estén presentes en la firma.

—¡En absoluto!

Fue un latigazo de lucidez ante el brillo en los ojos del abad. No le importaban ni los documentos, ni su partida: vigilaba si había algo «irregular» en su vida y si partiría solo. Y esa información, estaba seguro, no iba destinada al Shogun.

Susanô decidió extremar la cautela.

Y tal como esperaba, una vez firmados los documentos y celebrado el acto con un excelente sake, Enomoto continuó aquel sibilino interrogatorio. Susanô tan sólo esperaba que sus amigos comprendieran la necesidad de no delatarse.

—Brindo por tu nueva vida, Samurái del Dragón. —Levantó su taza y se inclinó levemente hacia el aludido—. ¿Cuándo tenéis previsto partir?

—En breve. En cuanto arregle los asuntos de la casa.

—¿Dejaréis que Shuzai os acompañe?

—Enomoto-sama. —Susanô miró durante la inclinación a su hermano: tenía los puños apretados—. Mi hermano Shuzai es libre para hacer lo que desee con su vida. —Lanzó una mirada hacia el samurái—. Incluso puede entrar al servicio de un daimyo, sin embargo, le pediré que cuide a mi hijo, al menos durante unos años. —Se inclinó hacia su hermano—. Nadie mejor que Sasaki-sama para mantener la seguridad y la paz en el feudo. —Utilizó el tratamiento para dar más impronta a su

petición; petición que lamentaba no haber comentado antes con Shuzai.

—¡Me honra tu confianza, hermano! —Shuzai se inclinó, colocó el puño derecho cubierto con la mano izquierda sobre su frente.

—Yo soy el honrado. —Susanô agradeció la prudencia de su hermano.

—¿Y vos arquero? —Enomoto sonrió mirando a Hanzaburo: el instinto también avisaba al abad de que aquel podía ser su peor enemigo.

—Si mi señor Susanô no tiene inconveniente —se inclinó ante el aludido—, desearía regresar junto a mi anciano padre.

—¿Y tomar esposa? —preguntó maliciosamente el abad.

—Esperaré el consejo de mi padre.

—¡Buen hijo!

Susanô distinguió la mentira en el arquero y se la agradeció. Lo amaba tanto que incluso una falsa mención al posible matrimonio de Hanzaburo le arañaba el alma.

Cuando Enomoto descubrió que no podría sonsacar más información, decidió retirarse a sus aposentos.

KAWASEMI

—¿No pensarás en serio en partir solo? —Shuzai miraba a Susanô sintiéndose desvalido por no saber cómo cumplir con su giri.

—Os agradezco que no hayáis entrado en contradicciones ante Enomoto.

Los tres amigos, refugiados en la biblioteca, hablaban en susurros, temiendo ser escuchados por algún espía del abad.

—Mejor hablamos mañana, hermanos —decidió Susanô, cuyos sentidos estaban en alerta desde la llegada del abad.

—Mi hermana ha aceptado venir a pasar un tiempo en tu casa, hermano. Espero que no te moleste.

—¿Molestarme? —Susanô sintió una oleada de alegría en medio de tanta bruma—. ¡Estoy deseando volver a verla! —No quiso comprobar el efecto de la noticia en Hanzaburo—. ¿Cuándo llegará?

—No creo que tarde. Ayer recibí su confirmación, decía que partía tras el envío de la misiva. Tal vez mañana mismo esté aquí.

—Espero que no se tropiece con... —Hanzaburo inclinó la cabeza en dirección a la puerta.

—De acuerdo, apenas sabemos nada de Enomoto, salvo la protección personal que le dispensa el Shogun. —Shuzai tan sólo intentaba comprender sus propias dudas—, cierto que flota algo oscuro en torno a él —bajó la voz—, pero ¿por qué esta nueva reticencia hacia quien se ha portado como un amigo?

—¡Silba como una serpiente! —aseguró Hanzaburo—. Y, te lo aseguro, sus servicios no se limitan al Shogun.

—¿A qué te refieres? —Susanô miró directamente al oro brillante de sus pupilas.

—En el mundo invisible que nos rodea y nos contiene, existen aliados del hombre, protectores de sus debilidades, generosos en sus dones. —Hizo una breve pausa—. Pero también existen seres perversos; seres de oscura naturaleza que sólo miran hacia el mundo de los hombres por ver si les son de alguna utilidad.

Cruzó los brazos sobre el pecho. Por ser su naturaleza dual: mitad humana, mitad mágica, los otros lo imaginaban, con razón, mucho más informado de algo que a Shuzai se le escapaba por completo y que comprendía mejor Susanô, halagado por compartir las dudas sobre el abad con su amado.

Susanô confirmó sus dudas escuchando las palabras del arquero. Susanô no pertenecía al mundo mágico, pero había entrado en contacto con algunos de sus habitantes, había recibido dones, como la agudeza de sus sentidos, y maldiciones, como aquella diminuta vigilante tatuada en su hombro. Comprendía las palabras de Hanzaburo: Kawahime pertenecía a quienes ayudaban a los hombres; Tsuchigumo a quienes los utilizaban. Dudaba del papel interpretado por Kamakura y, ahora lo sabía,

podía ser decisivo en la batalla que se avecinaba.

¿A quién servía Enomoto?

Susanô movió la cabeza para evitar el torbellino de vagos presentimientos funestos.

—Hermano Shuzai —se acercó hasta él y colocó su mano derecha sobre el hombro—, desearía que, al menos durante un tiempo, permanecieras al lado de Chikako, incluso que contrataras a alguien de tu confianza cuando decidieras partir. —Miró la mandíbula apretada de su amigo—. No será fácil para ella.

—¿Y tú? —mordió la pregunta para no delatar sus lágrimas.

—Me confortaría saber que ella está a salvo. —Shuzai bajó la cabeza—. ¡Gracias, hermano!

Lo mejor que podría sucederle a Chikako sería contar con el brazo de su hermano cerca. Shuzai no le fallaría. Le debía mucho más que la vida cumpliendo aquel deseo y agradecía a los dioses que alguien tan apegado a las normas tradicionales soportara en tan digno silencio el secreto de su naturaleza femenina. Después se acercó a Hanzaburo sintiendo latir desbocado su corazón y, como siempre, un nuevo aguijonazo de la diminuta araña llegando hasta sus entrañas.

—¿Te quedarás con Kitsune? —Y deseaba con la misma intensidad que así fuera y, a la par, que decidiera seguirla.

—Al menos un tiempo.

Susanô bajó la cabeza. Así debía ser. Le tocaba cerrar el Segundo Círculo de su vida en completa soledad.

—Os propongo algo —la voz de Shuzai retumbó casi tan alegre como en los viejos tiempos—. Démonos un plazo —los otros dos lo miraron sin comprender—. Sí, yo me quedo al cuidado de Chikako y Oki; Hanzaburo se da un tiempo para repensar su vida al lado de su padre. Tú —miró a su viejo amigo sabiendo que bajo el rostro del hermano se ocultaba una mujer capaz de dejarlo insomne alguna noche— haces ese viaje... ¡Y dentro de tres años quedamos aquí!

—¿Una cita? —preguntó Hanzaburo.

—¡Eso! —Shuzai sonreía como si hubiera resuelto todas sus contradicciones al tomar tal decisión.

—Me parece bien. —Susanô sonrió.

—Pues sellemos el pacto.

Los tres hombres juntaron sus manos en una sucesión de palmas apretadas a la par que soltaban una alegre carcajada.

Tomiko se preguntaba si, esta vez, tres años serían suficientes para recorrer, a la inversa, el círculo de su nueva vida.

Tal vez muriera mucho antes sin haberlo logrado. De ser así, al menos moriría en paz y con su verdadero cuerpo.

Al alba, antes de la hora del Conejo, Susanô y Shuzai vestidos con sus armaduras relucientes y Hanzaburo con su traje de cuero ajustado y el arco dispuesto aguardaban la salida de Enomoto. Montados a caballo y firmes, veinte de los mejores hombres de la casa formaban en dos filas y cuatro jóvenes sirvientes se aprestaban a llevar el palanquín, dispuesto también y recién lustrado. Keiko sostenía una inmensa cesta con exquisitos alimentos para el abad y otras dos sirvientas aguardaban con sendas cestas para los hombres destinados a escoltar a Enomoto.

Vestido con una túnica azul noche y el cabello recogido según la costumbre de los monjes, Enomoto agradeció tanto honor dispuesto en el patio. Susanô creyó ver en su túnica algo similar a la que vestía Kamakura el día que lo recogió en la cueva de Tsuchigumo: colores diferentes, pero algo familiar entre ambas. No le pareció buena señal.

—Enomoto-sama, ruego disculpéis a Chikako, esta mañana no se encuentra bien.

—Tal vez os dé motivos para retrasar vuestro viaje, Samurái del Dragón. — Amusgó los ojos para comprobar el efecto de sus palabras—. De todos modos, las mujeres son seres frágiles, mucho más cuanto más hermosas son.

Susanô guardó silencio inclinando la cabeza. *Una mujer podría darte lecciones de fortaleza y voluntad*, pensó. Esperó a que se acomodaran las viandas y el ligero equipaje en el palanquín para añadir:

—Si nos lo permitís, os acompañaremos hasta el inicio del camino, más allá de la primera colina.

—Os lo agradezco. Contaré al Shogun el buen recibimiento y despedida. Me alegra que todo haya sido firmado con vuestro acuerdo.

Y tal como tú querías, pensó Susanô. En la información, no al Shogun sino a otro amo más poderoso, dejaría claro que él saldría a solas de viaje. *Tsuchigumo creará que nos encontraremos a solas*. Se trataba de una ligerísima ventaja, pero, como en el tablero del Go, ninguna piedra, por insignificante que parezca, carece de valor en el desarrollo de la partida.

Y, al menos eso creía, ni siquiera se trataba de una estratagema, Susanô había logrado convencer a sus amigos para evitar que lo siguieran.

Regresaban los tres amigos cuando, desde lo alto de la colina que dominaba el norte de la casa vieron llegar, por la ligera pendiente al sur, una comitiva en el centro de la cual viajaba un palanquín con gruesas colgaduras azules ocultando a quien portaba.

—¡Kawasemi! —gritó Shuzai.

Como si el grito hubiera sido una orden, los tres caballos se lanzaron al galope para recibirla antes de que llegara a la casa. Cabalgaban sintiendo la misma inocente felicidad que los había embargado durante el antiguo retorno desde Nagasaki hasta Yamato.

Los hombres que la escoltaban, dispuestos a tal efecto por Yoshida, a punto estuvieron de desenvainar las espadas, hasta que escucharon los gritos de Shuzai llamando a su hermana.

Se descorrieron los cortinajes azules y asomó ante ellos el rostro sereno y hermosísimo de Kawasemi: los años habían colocado sobre sus rasgos perfectos un poso de serena tranquilidad que añadía un punto de calma a su belleza.

Al mirarla, antes, los hombres ardían de deseo; ahora, ardían de amor. Susanô no evitó una punzada, entre el cariño que sentía por aquella mujer, de remota envidia.

Sólo una mujer como aquella merecía soñar con Hanzaburo. Se acarició la rugosa lágrima en el cuello y se sintió indigna incluso de amar al arquero.

—Veo que continuáis cabalgando juntos —dijo ella a modo de saludo mientras lanzaba una mirada más prolongada hacia Hanzaburo, que no pasó desapercibida a Susanô.

—¡Me alegra que aceptes venir hasta mi casa, Kawasemi!

—Y a mí volver a veros.

—¡Los años han aumentado vuestra belleza! —La frase de Hanzaburo levantó un ligero rubor en la mujer y una dolorosa punzada en Susanô aumentada con el nuevo lance de aquella insignificante y negra araña tatuada en su hombro.

—Bueno, mejor te dejamos llegar a la casa, estarás cansada, hermana —dijo Susanô.

—Agradecería un buen baño, sí.

—Me adelanto para pedir que os lo preparen.

Susanô galopó hasta la casa sintiendo una indómita lágrima resbalando hasta el estigma grabado en su garganta.

¡Sería lo mejor!, iba razonando. *Hanzaburo sería un buen marido para Kawasemi y está claro que ella no lo rechazaría. Tsuchigumo se quedaría sin cobrar su deuda y yo podría iniciar otra vida lejos de todo. ¡Sería lo mejor! Incluso podría suceder que Shuzai y Chikako se unieran: sería el mejor marido y el mejor padre para Oki.*

Naturalmente, ignoraba que ambas mujeres, por separado y por razones diferentes, habían decidido una especie de celibato eterno: una por luto; la otra por sentir amputados sus sentimientos.

La cabeza de Susanô trataba de razonar con lógica, pero la niña oculta bajo la piel de serpiente no lograba sentir sino un terrible dolor: nunca podría ser amada por Hanzaburo y ella, Tomiko, nunca podría amar a otro.

Dio unas rápidas órdenes a Keiko para que dispusiera cuarto y baño para la hermana de Shuzai; después entró en el cuarto de Chikako.

—Se diría que aún os persigue la sombra de Enomoto —dijo ella al ver el rostro

congestionado de Susanô.

—Mejor se lo llevasen los...

—No digas nada. El viento lleva hacia donde no debe incluso nuestros pensamientos.

—Sin embargo, me alegra saber que no se encuentra bajo nuestro techo.

—Sí, es como si el aire se hubiera vuelto más limpio.

Susanô trató de comparar los dos rostros. Ahora, Chikako también había añadido, sobre los hermosos rasgos de su rostro, un velo de sutil tristeza que agrandaba sus ojos, marcaba aún más su pequeña boca y la convertía en alguien adorable a quien se deseaba proteger.

Tomiko siempre vivió rodeada de belleza; el destino se burlaba demostrándole su insignificancia y sus defectos, cercándola con mujeres casi perfectas.

Ella, en el mejor de los casos, siempre sería una vulgar campesina.

—Ha llegado la hermana de Shuzai —dijo procurando no mostrar ninguna emoción.

—Me habías dicho que era muy hermosa y que había sido muy desgraciada.

—Siempre os imaginé llevando vidas casi paralelas.

—Debo vestirme para recibirla.

—Bien.

Retrasaría su partida dos días. Sería una falta de cortesía saludar y despedir a la hermana de su amigo. Se lo debía: ella había colocado a Shozo Masashi en el camino del Go que lo llevó a su triunfo.

Keiko lo dispuso todo sintiéndose ligera y casi feliz. De nuevo llegaban ilustres visitantes a la casa; Chikako había regresado, muy triste y con el espíritu herido, pero estaba a su lado. Ignoraba las razones reales de su partida y su regreso. No le importaban. Incluso Oki correteaba por todas partes preso de una desbordante y renovada energía.

Tal vez, el buen amo decidiera quedarse para siempre.

Se negaba a creer en los rumores de su pronta partida.

Para ella, se convirtió en verdad irrefutable que su ama había partido en peregrinación hasta el templo donde la cabeza del dragón regalaba hijos sanos a las esposas.

La casa se llenaba de risas y palabras. Durante la cena, las dos mujeres, Chikako y Kawasemi, saltándose las antiguas normas de protocolo, hablaban y reían al igual que los hombres. Y brillaban como dos estrellas gemelas.

Kawasemi había elegido un kimono de seda gris plata, con ligeros bordados de hojas de ginko en verde pálido, como el obi. Chikako un kimono de seda rosa fuerte con diminutas lunas de plata bordadas, y obi blanco, bordado con hilos de plata. Las

dos lucían perlas en los lóbulos de sus orejas: las de Chikako eran el regalo de bodas de la recién llegada.

Esa noche, Hanzaburo parecía especialmente feliz y eso acrecentaba la magia de sus rasgos. Su mirada apenas se despegaba de Kawasemi. Susanô terminó por aceptar la derrota más amarga: no ser amada por aquel que aceleraba sus latidos.

Incluso le pareció justo y razonable. Pero terriblemente doloroso.

Imaginaba el regreso del arquero tras una visita a Kitsune; tal vez entonces solicitase el compromiso a Shuzai. Y su hermano aceptaría encantado. Cierto que ella pertenecía a una larga dinastía de samuráis, pero el arquero era hijo de un dios.

Sus hijos serían hermosos, mágicos y felices.

Eso pensaba cuando escuchó la lengua de trapo de Oki tras la puerta. Keiko trataba de razonar con el niño, empeñado en besar a su mamá y ser recogido entre los brazos de su padre. Susanô se levantó, fue hasta la puerta, la descorrió y cruzó los brazos.

—Perdón, señor. —Keiko inclinó la cabeza.

—¡Papá, nube! —Y Oki tendía sus brazos hacia la imponente figura de quien consideraba su padre.

—Déjalo, Keiko. —Recogió al niño y lo subió por encima de su cabeza.

¡Sí, la felicidad había regresado! Y el corazón de Keiko daba gracias a los invisibles dioses mientras se retiraba y escuchaba las risas del pequeño.

—¡Sois afortunada! —murmuró Kawasemi inclinando su cabeza hacia Chikako.

—La placidez de las aguas del lago pueden ocultar un monstruo, señora. ¿Sabéis...? —no terminó la pregunta para no ofender a Susanô.

—Sé que el niño te llama mamá, que depende de tu afecto —suspiró—. ¡Eso es más de cuanto yo lograré tener!

Chikako la miró sintiendo enrojecer sus mejillas y esponjarse su corazón. Cierto, el destino le había robado a Nagayuki, pero le quedaba el recuerdo de su amor; y su vida podía ser hermosa y tranquila viendo crecer a Oki, enseñándole caligrafía y hermosas pinturas. El mismo destino que le arrebató al juglar constructor de muñecas le había regalado una hermana capaz del mayor sacrificio para verla feliz.

¡No podía ser ingrata!

—Algún día, tu corazón dejará de sangrar —le murmuró Kawasemi como si hubiera leído sus pensamientos—. Entonces, una luz nueva y tranquila lo inundará todo.

—Me gustaría tenerte a mi lado —no habló ella, sino su espíritu. Nada más pronunciar las palabras, se convirtieron en ciertas y deseables.

—Creo que sería una magnífica idea —no pudo reprimir decirlo. Pese a sus discretos murmullos, Susanô escuchó perfectamente la conversación.

—¿Y vos, Samurái del Dragón? —preguntó Kawasemi inclinándose ligeramente

hacia el aludido.

—Mi destino no está aquí, Sasaki-sama.

Kawasemi miró la frente inclinada de aquel singular samurái que siempre le había producido extrañas vibraciones. Todo en él cumplía los requisitos de su título, sin embargo, la esencia se escabullía ante las miradas. Un tintineo de alarmas llegaba hasta el corazón de Kawasemi cada vez que lo sentía cerca. No como anuncio de algo malo, sino como anuncio de algo secreto y que, muy vagamente, asomaba a sus ojos cuando él bajaba la guardia. No le había preguntado a su hermano, demasiado pegado a la realidad y las normas para discernir sutilezas como aquella. Sin embargo, estaba segura de que Hanzaburo conocía, de alguna manera, el secreto de Susanô.

Miró por el rabillo del ojo al arquero: de nuevo lo descubrió espiando los gestos de Susanô. Fingía mirarla a ella, reírse con ella o con Chikako, pero, cuando creía no ser visto, a quien realmente miraba era al Samurái del Dragón.

En Nagasaki, en la Casa del Té Blanco, dado que los hombres que la visitaban consideraban a las mujeres como meros muebles silenciosos, o mejor, como herméticas arquetas de sus secretos, había escuchado historias de amores apasionados entre compañeros de armas; lealtades que iban más allá del Código de Honor. Samuráis que, al no soportar la muerte del compañero, se habían quitado la suya. Sin embargo, tampoco encajaban aquellos dos seres extraños en esa categoría de historia.

Lo único claro para Kawasemi era que entre Hanzaburo y Susanô se tejían lazos más fuertes que entre ningún otro de los comensales.

Nadie prestó atención, ni a la conversación de las mujeres, ni a las miradas de Kawasemi. Oki se había convertido en el centro de la mesa y el niño disfrutaba sintiéndose importante ante su padre y los invitados.

La escena mostraba una calma y una felicidad que, en breve, se esfumarían como nubes pasajeras en un cielo brumoso.

Al día siguiente, poco antes de que el gong del patio anunciara la hora del Conejo, Kawasemi paseaba por el delicado jardín posterior de la casa: justo el que se abría bajo la ventana de la biblioteca donde Susanô pasaba las horas dedicado a la caligrafía, la pasión donde introdujo a Chikako y que tantas horas felices les había regalado.

Una luz violeta se posaba sobre los tres inmensos nenúfares. Kawasemi, inmersa en el deleite de sus sentidos, no se percató de la presencia de Susanô hasta que sus tabis rozaron sus ropajes.

—Veo que os gusta madrugar, señora. —Sonrió—. Espero no haber interrumpido tus meditaciones. —Se inclinó levemente.

—Tan sólo dejaba que mis sentidos disfrutasen de esta parte del jardín. —Extendió una mano—. Sentaos, por favor.

Susanô se sintió impresionado por los delicados movimientos de la mujer. Si con algo se la podía comparar, era con un perfecto símbolo caligráfico: exacta en el gesto; justa en la expresión; delicada en la ejecución.

—Cuando os veo moveros, me recordáis siempre a una caligrafía perfecta —lo dijo sin rubor y sin deseos de halagarla.

—¡Me honráis! —Sus mejillas se tornaron del color rojo del cielo en ese momento—. No existe nada más sagrado, ¿no creéis? —Susanô afirmó—. Sin embargo... —fingió no atreverse a continuar.

—Decidlo sin miedo. —Y mostró una sonrisa franca.

—Sin embargo, vuestro comentario, tan halagador para una mujer, no es propio de un samurái.

—¿Os he ofendido? —se alarmó realmente. Deseaba con todas sus fuerzas que aquella mujer permaneciera, al menos un tiempo, al lado de su triste hermana.

—¡Oh, no! —Su boca se abrió para mostrar unos diminutos dientes brillantes—. Es tan sólo que parecéis mirar con ojos más sutiles que los de un samurái. —Miró la reacción: le pareció que le turbaba la idea de sentirse, de algún modo, descubierto—. Shuzai, por ejemplo —comenzó a decir para evitar el desasosiego de Susanô—, tendría que recurrir a la lectura de un poema, o el recuerdo de una hermosa canción, para decir algo amable a una mujer. —Sonrió.

—Sin embargo, Hanzaburo podría decir algo aún más exquisito —respondió inclinándose y tratando de averiguar de este modo los sentimientos de la mujer—. Su origen mágico lo convierte en un ser excepcional, ¿no os parece?

—Cierto. —Ni una emoción en su rostro.

No sucedió lo mismo con su diminuta araña tatuada; presintió los celos, los olfateó aun antes de ponerse en palabras o navegar por las venas, y lanzó un doloroso dardo de fuego hasta las entrañas de su portadora.

Un leve gesto de dolor y una mirada mucho más que curiosa por parte de Kawasemi subrayaron el gesto de la araña.

—Siempre me he preguntado cómo sería vuestro hombre ideal. —Inclinó la cabeza—. Perdonad mi osadía.

Tomiko creyó que aquella sería la última oportunidad de confirmar los afectos intuidos. La mujer guardaba silencio.

—Lo siento. —Se inclinó de nuevo con las mejillas rojas y el corazón en un puño. La hermana de Shuzai estaba en todo su derecho a ignorar la pregunta.

—No creo que exista «el hombre ideal». —Hizo una breve pausa y frunció levemente el ceño antes de añadir—: Sí puede existir «el marido ideal». —Sonrió.

—¿Y cómo sería ese marido?

—Pues, como Shuzai, mi hermano. Alguien que nunca faltaría a sus promesas; alguien que se rige por un Código de Honor imposible de ignorar...

Tomiko pensó que tampoco Kawasemi conocía enteramente a su hermano: por ella se había saltado esas normas y guardado silencio.

Nunca conocemos enteramente al otro. Llegamos a intuirlo, como mucho.

—Lamentaría resultar cínica en mis apreciaciones sobre los hombres. Lo primero que aprende una geisha es a no sentir nada por ningún hombre.

—¿Por qué?

—Porque los afectos podrían destruirnos. —Clavó sus pupilas en el rostro de Susanô—. Somos mujeres que guardan secretos masculinos, que vivimos de nuestra belleza y talento. Sobre todo de permanecer como arquetos selladas. La belleza no es eterna, y nuestra profesión tiene fecha de caducidad...

—Enamorarse destruiría vuestra profesión, ¿verdad?

—Cierto.

—¿Y amantes?

—Esos se miden por su capacidad para hacer generosos regalos que sirvan para nuestra vejez. —Movi6 ligeramente una mano en el aire, como si dibujara una grulla mágica—. He tenido que aprender a alejarme de los hombres; a no esperar de ellos sino una ayuda puntual, y eso siempre que otean alg6n beneficio a cambio de esa ayuda.

A Susanô le pareció justo. Ciertamente, resumaba amargura expuesta con la frialdad de Kawasemi, pero todas las profesiones tienen sus propias leyes. Decidió dar un paso más.

—Sin embargo, siempre he creído que mirabais de manera especial a Hanzaburo.

—¿Hanzaburo? —*Definitivamente, pensó, los hombres nunca se enteran de nada: era a Susanô a quien miraba de manera diferente.*

—Sería el amante perfecto para tres noches.

Susanô abrió la boca: aquella era la última respuesta que esperaba escuchar.

—¿Os he desconcertado?

—Ciertamente, sí. ¿Por qué un amante y, sobre todo, por qué tres noches?

—Bueno, como a todos los hombres, puede atraerle la belleza. —Tomiko bajó la cabeza al escucharla—. Sobre todo, si esa belleza está prisionera, en una Casa de Té, por ejemplo, porque así nunca resultaría peligrosa. Y sólo tres noches porque los hechizos son fugaces y lo que permanece después termina por resultar muy doloroso. —Movi6 su mano derecha en el aire antes de concluir—: O incluso algo peor.

—¿Peor? —preguntó realmente incrédulo.

—La indiferencia, mi buen amigo, es mil veces peor.

Tomiko recordó a Umegae, la madre de Hanzaburo: lo suyo no fue un hechizo de tres noches. Sin embargo, reconocía que la indiferencia debía ser una terrible mazmorra.

—¿Nunca te has enamorado?

—Además de estar prohibido para una geisha, recuerda que me arrancaron el corazón antes de conocer ese latido. —Se inclinó sobre el estanque y jugueteó un rato con el agua entre sus manos—. Además, créeme, el amor te debilita y terminas por ser un juguete entre las manos de quien dijo amarte.

—No siempre, imagino.

A Tomiko el amor por su hermana le dio la fuerza suficiente como para enfrentarse a las sombras y a la incertidumbre de un viaje sin mapas. Ahora, el amor por Hanzaburo le daba fuerzas para recorrer el camino incierto de su regreso a ser dueña de un cuerpo de mujer.

—Es posible, recuerda que mis palabras proceden de la vida y las normas aprendidas en la Casa del Té Blanco. Y fueron muy útiles para sobrevivir. Nosotras estábamos en una posición privilegiada para poder estudiarlos desde la distancia, estudiarlos y reírnos entre nosotras de nuestras propias conclusiones. Nos colocábamos la máscara del maquillaje y dejábamos de ser mujeres vulnerables.

Tomiko recordó su propia coraza y comprendió a Kawasemi. La descifró como nunca ninguno de los hombres que la admiraron en la Casa del Té Blanco podrían.

—Pero el maquillaje se limpia...

—Cierto, por eso existe la voluntad y el esfuerzo de convertirte en la misma máscara que has pintado. ¡Un duro aprendizaje!

Kawasemi lanzó un suspiro y Tomiko sintió que había abusado de su generosidad, que no debía continuar hostigándola con preguntas capaces de recordarle viejos dolores.

—Sin embargo, estoy segura de que más de un hombre se ha enamorado de vos.

—Puede. Pero no les di la oportunidad de dejar de amarme.

—Creo que no te valoras lo suficiente, en serio.

—Te equivocas. Me valoro en lo que soy. Ahora, sé exactamente lo que quiero e incluso cómo conseguirlo.

—Entonces, eres afortunada.

—Y vos, Samurái del Dragón, ¿sabéis exactamente lo que queréis?

—Sí.

Al afirmarlo notó que se esponjaba su corazón. Sin embargo, no se le escapó un ligero matiz de burla o descreimiento en su tajante afirmación, como si aquella antigua geisha conociera su secreto.

—Me alegro. Para una mujer es importante, pero para un hombre, a veces, es mucho más importante.

—¿Por qué mucho más importante?

—Bueno —se acomodó sobre sus talones—, recordad a Shiroyama: creyó que humillarme le daría satisfacción...

—¿No fue así?

—Por lo que yo supe, su vida no estuvo iluminada por la felicidad o la serenidad: su esposa lo odiaba, entre otras cosas por mi ultraje; y al final, su triste venganza contra mi padre terminó con sus negocios y su carrera. O el propio Shozo, destruido por su violenta pasión de poseer: poder, dinero y jóvenes hermosas.

Tomiko pensó que le gustaría pasar horas hablando con Kawasemi, entre otras cosas porque no sabía nada del mundo de las mujeres. Ella nunca pudo serlo en plenitud.

—¿Puedo confesaros algo? —preguntó la mujer clavando sus pupilas como pequeños dardos en los ojos de Susanô.

—¡Claro!

—Durante un tiempo, estuve convencida de que amabais a mi hermano, de que incluso él correspondía a vuestro amor. ¿Nunca fue así?

—Os confieso —no deseaba mentirle— que mis sentimientos fueron muy confusos al principio, tanto como para creer amarlo.

—Pero no fue mi hermano el elegido.

¿Acaso Kawasemi podía leer en su corazón?

—Me gustaría saber tanto de hombres como vos, hermosa hermana de mi hermano. Sin embargo, he de confesar mi más absoluta ignorancia.

—Aunque no lo creáis, eso será siempre una ventaja.

—¿Una ventaja?

—Cierto: entraréis en el juego de los sentimientos con la mirada virgen, sin deformar, sin máscaras...

Escucharon el sonido del gong y ambas se levantaron para entrar en la casa.

Susanô, confundido por la conversación resultante de la ligera emboscada ideada para descubrir los sentimientos de la mujer y sintiendo de nuevo la amenaza siempre presente de Tsuchigumo.

Kawasemi, convencida de que el Samurái del Dragón, o quien quiera que se ocultase tras esa máscara, amaba a Hanzaburo. Le bastó el brillo en sus pupilas cuando hablaron del arquero.

No sólo descubrió que amaba a Hanzaburo sino que algo de ese amor le producía un dolor tan intenso que llegaba hasta las pupilas del samurái.

Kawasemi aceptó la hospitalidad para quedarse un tiempo acompañando a Chikako. Eso hizo feliz a Shuzai, obligado a permanecer en la casa mientras sus dos amigos partían. También Tomiko se alegraba.

—Ya verás, seréis como hermanas —le dijo al despedir a Chikako.

—¡Es tan hermosa! —exclamó sin rastro de envidia.

—Como a ti, su belleza no le dio la felicidad.

—Tú mereces encontrarla, hermana. —Y se abrazaron con la misma ternura de

sus tiempos infantiles.

Susanô preparó un ligero equipaje, tan ligero como el hatillo con que salió de la cueva de Tsuchigumo, vistió su armadura de Samurái del Dragón y, dos días después de la extraña conversación con Kawasemi, partió.

—Prométeme que sabré de ti —gimió Chikako abrazada a su hermana.

—Te lo juro, encontraré el modo de hacerte llegar noticias sobre mí. —Tomó su rostro entre ambas manos—. A cambio, prométeme que intentarás ser feliz.

—Lo soy. La felicidad no es sólo estar al lado de quien amas. —Bajó la cabeza—. Tengo demasiadas cosas importantes y hermosas que me evitarán la tristeza. Además, tú me regalaste la libertad; ya nadie exigirá nada de mí porque he cumplido con cuanto se esperaba de mí. De mí y de mi belleza.

A Tomiko le llegó un ligero escalofrío al escuchar aquella última declaración: su hermana se sentía libre. Ella se encontraba fuertemente custodiada por la pequeña araña de su hombro, atada a la promesa de Tsuchigumo y temiendo el desprecio de Hanzaburo.

De los dos amigos se despidió casi en silencio.

Los cascos de Shiben retumbaron en el patio mientras campesinos, siervos y guardias despedían a quien siempre sería su amo: Susanô el Calígrafo.

Shuzai sintió un nudo en el estómago y una soga en la garganta: debía cumplir la promesa de cuidar a Chikako, pero habría dado su brazo derecho por acompañar a su camarada de armas. Sobre todo, a la hermosa mujer oculta bajo su armadura.

Miró a Hanzaburo: su rostro permanecía sereno.

—¿Cuándo lo seguirás?

—No hay prisa. —Se giró y colocó su mano derecha sobre el hombro del samurái—. Sé a dónde se dirige. —A Shuzai le sorprendió la certeza de Hanzaburo—. Tranquilo —el arquero decidió calmar al amigo—, de momento, se dirige hacia el bosque de mi padre. —Shuzai frunció el ceño—. Tienen una charla pendiente. Dentro de unos días, para que nadie sospeche, saldré tras sus pasos.

La noche antes de partir, Hanzaburo le entregó a Shuzai un delicado silbato de plata.

—Si sucede algo, utilízalo. Yo podré escucharlo.

—¿Y si...?

—Escucharás un silbido similar al de una garza si te necesitamos...

—Pero no sabré dónde.

—Te bastará con seguir el sonido. Además, si Enomoto ha dejado algún espía, tan sólo podrá decirle que no la acompañamos.

Al día siguiente Kitsune fue a ver a su hijo.

—Padre, ya ha partido. Yo la seguiré dentro de unos días, sé que galopa hasta tu templo.

—¿Has añadido a tu carcaj las dos flechas de plata que te entregué? —le preguntó.

—Sí, padre, pero... ¿Para qué?

—Lo sabrás cuando las necesites. Y recuerda, no puedes intervenir en la lucha contra Tsuchigumo, no al menos de manera directa. ¿Lo entiendes?

—Sí, padre.

—Se volvería contra Tomiko. ¡No lo olvides!

—¿Podrá ella sola vencerla?

—Tiene más fuerza y voluntad que todos los samuráis del Shogun juntos. Y también cuenta con sus propios aliados.

—¿Te refieres a mí?

—No sólo, hijo.

—Aun así, padre —los temores de Hanzaburo se acrecentaban cada día—, no se trata de un combate limpio, y sus enemigos juegan con armas que ella desconoce.

—No le son tan desconocidas, hijo.

Hanzaburo no contrarió a su padre con más dudas. Se convertiría en la sombra de su amada, haría cuanto pudiera por ayudarla sin intervenir donde le estaba prohibido.

El resto pertenecía al secreto del destino.

LOS CAMINOS DEL ZORRO

Susanô galopó las primeras horas sintiendo que dejaba tras de sí los restos de su corazón desgarrado. El mismo corazón prisionero, encerrado entre los dolorosos hilos lanzados por su guardiana desde su hombro. La araña conocía los secretos nunca mencionados de sus sentimientos mejor que él mismo. O ella.

Le provocaba un pavor mucho mayor que mil guerreros armados hasta los dientes.

Pensaba en ese encierro; en el trato firmado con Tsuchigumo; en su total ignorancia sobre cómo enfrentarla, y eso pese a haber buscado en todos los tratados sobre seres mágicos; debía actuar improvisando, a medida que avanzara en el camino, como si aquel camino fuera un inmenso tablero de Go. También recordaba la tranquila felicidad de los años vividos como el Samurái Calígrafo, daimyo de Yamato, marido de Chikako y padre de Oki. Recordaba las partidas de Go con su hermano Shuzai. Y, de manera muy oscura, sin atreverse siquiera a lanzar una mirada sobre ese rincón de su ser, pensaba en Hanzaburo.

Para darse ánimos, necesitaba sentir bajo su traje los amuletos de su sacrificio: el broche de jade roto, el obi granate bordado en perlas, el espejo regalado por Kawahime. También la bolsa de cuero entregada por el maestro. Ahora, además, guardaba una piedra de Go recogida en la casa de Shozo Masashi para recordarle el triunfo de su primera misión. Por último, ocupando el puesto más cercano a sus afectos y sus miedos, una de las plumas de cuervo que adornaban las flechas de Hanzaburo.

Había recogido, del arcón guardado en su estudio, los amuletos recabados durante tanto tiempo para enfrentar a los seres mágicos. Dudaba que sirvieran para enfrentar a Tsuchigumo.

Por suerte, Shiben parecía conocer los deseos de su jinete y, sin apenas rozar el suelo con sus cascos, corría en la dirección adecuada: sureste. Los ojos de Susanô, arrasados en lágrimas, apenas lograban distinguir el paisaje.

Como en el primer viaje, siendo aún una niña, trató de evitar los lugares donde pudieran reconocerlo y decidió hacer los descansos breves y las noches, al raso.

Se le superponían en la memoria los dos viajes anteriores: el de la pequeña Tomiko, aterida, solitaria, indefensa y sin destino; y aquel otro realizado junto a Shuzai y Hanzaburo, terminada ya la misión de la indefensa niña campesina.

—¡Qué diferentes, Shiben! —Tumbado junto a un arroyo, Susanô utilizaba al caballo como confidente—. No recuerdo haber sido tan feliz como en aquel viaje de regreso, cabalgando junto al arquero y al compañero de armas.

Shiben movió las crines al cabecear cerca de su amo.

—No volveré a verlos. —Y esa certeza le resultó más dolorosa que la orfandad y

la soledad de la niña campesina.

Descansó tan sólo unas horas.

Le urgía hablar con Kitsune.

Ignoraba de qué manera podía ayudarlo, pero no había logrado olvidar la extraña conversación mantenida en aquel bosque sagrado, los dominios del Zorro. No ignoraba que aquel zorro plateado conocía su secreto. Fue él quien le indicó la necesidad de cerrar su Segundo Círculo.

Ahora estaba preparado.

Ahora había llegado el tiempo de cerrarlo.

Durante el camino, se aferraba, desesperadamente, a esa certidumbre para no desfallecer, para no regresar a Yamato y permanecer, escondido y en calma, en la mentira del matrimonio con Chikako. Era un hombre respetado, rico, con una familia completada con Oki. Muchos permanecerían aferrados a ese marco seguro, tranquilo y confortable. Ella no podía: amaba a Hanzaburo y, para que ese amor tuviera alguna posibilidad, debía retomar la promesa realizada a Tsuchigumo y romperla; del mismo modo que rompió el contrato matrimonial de su hermana con el mercader.

No existen mentiras eternas.

Y cada mentira cobra su tributo. Podía no tocarle pagarlo a ella, pero la deuda permanecería, terminaría pagándola quien más inocente fuera de todos.

Tal vez el propio Oki. Los hijos cargan con las culpas de los padres, las purgan sin conocer el origen de su desgracia.

Sus afilados sentidos llevaban tiempo anunciándole el inicio de las primeras grietas en la coraza donde se escondía. No la que aún se ceñía a su torso, sino esa otra, invisible, donde había logrado esconder su identidad de campesina y vivir como un samurái.

—¡Un samurái indigno! —gritó contra las crines de Shiben sin dejar de galopar.

Apenas descansaba; temía dormir y encontrarse con el mundo de las pesadillas, y prefería ignorar el aviso de los peligros que habría de encontrar.

Apenas lograba masticar alguno de los exquisitos alimentos preparados por Chikako y Keiko.

Sólo sentía sed.

Una sed imposible de calmar con el agua de todos los ríos, con el sabor del té en su paladar.

Era como si ardiera un volcán en el interior de sus entrañas.

Al amanecer del sexto día, Susanô penetró en los contornos del bosque sagrado donde habitaba Kitsune. La inmensidad y belleza lo sobrecogieron de nuevo. En mitad de un profundo silencio tan sólo roto por las voces del bosque, sintió una oleada de serenidad, como si una pata del zorro se hubiera colocado sobre su pecho

para tranquilizar sus latidos.

También Shiben percibió la diferencia en el aire. Ahora, cabalgaba despacio, intentando que sus cascos no perturbasen la mágica paz del lugar.

Los rayos del sol apenas lograban traspasar las ramas de los imponentes alerces, abetos y cedros impasibles y diríase que eternos. Susanô cabalgaba despacio sintiendo el rumor de las hojas sobre su cabeza como murmullos de bienvenida. Tendría que llegar hasta el pequeño bosque de bambúes antes de subir hacia el templo de Kitsune y el impresionante cedro milenario vigilando su entrada.

Se permitió un descanso a la hora del Perro, sobre todo para no agotar a Shiben. También se obligó a masticar una empanadilla de verduras y dos bolas de arroz con almendras fritas.

Los ojos se le cerraron sin que llegara a ser consciente de ello. Arrumbado contra un joven cedro, Susanô penetró en los laberintos del sueño.

Su boca dibujó una sonrisa: Chikako jugaba junto a los nenúfares con Oki; sentía un profundo deseo por acercarse y unirse al parloteo risueño del pequeño. Después percibió el rumor de ligeros pasos sobre la nieve, los ojos cegados por la seda roja de un kimono y la pituitaria inundada con el inconfundible aroma que desplegabá al andar Kawasemi. La escena habría sido perfecta si, tras el hermoso kimono, no hubiera distinguido el rostro de Hanzaburo. Era como si ambos hubieran intercambiado los papeles y los celos le arrebatara la felicidad de la escena.

Despertó sintiendo el hocico de Shiben sobre su cara empapada en lágrimas y el corazón atormentado.

¡Estarán juntos!

Se lo gritó mientras se golpeaba, con los puños apretados, en el pecho y en el vientre.

La oscuridad que lo rodeaba era total. Caso de haber una luna en el firmamento, su luz no lograba atravesar la espesura. La única luz provenía de las pupilas de Shiben, que cabeceaba intentando levantar a su dueño, tal vez temiéndolo herido.

—Mi buen amigo, estoy bien. —Palmeó su cuello de recios y elásticos músculos—. Tan sólo trato de acomodarme a lo que sucederá.

Imaginaba las manos de Hanzaburo y Kawasemi entrelazadas, sus bocas buscándose con la misma sed que abrasaba su garganta; sus cuerpos danzando como dos carpas en el mar de una pasión sin límites...

Un sabor ácido llegó hasta su boca. La empanadilla y las dos bolas de arroz salieron de su interior envueltas en ácidos y temores.

Tras vomitar todo cuanto permanecía en el interior de su cuerpo, Susanô sintió una debilidad paralizante. Ninguno de sus miembros respondía a la orden de levantarse, montar sobre Shiben y continuar avanzado.

Finalmente, derrotado, volvió a dormir. Esta vez, sin sueños.

Despertó antes de amanecer.

Le dolía todo el cuerpo y en su cabeza retumbaban decenas de tambores. Necesitaba recuperar fuerzas.

De alguna manera, consiguió encender una pequeña hoguera, calentar agua, introducir unas hojas de té.

Bebida toda la tetera, calmado el vacío de su estómago y aplacados los tambores de su cabeza, permaneció quieto, sentado sobre sus talones. Tan inmóvil como recordaba haber descubierto alguna vez al maestro Kamakura.

Tal vez no habría vuelto a moverse si no se hubiera posado sobre su mano derecha una mariposa con inmensas alas azules y dos ojos verdes rematándolas.

Sonreía admirando su belleza cuando la mariposa se giró y le mostró un feo cuerpo de gusano bajo el manto de las alas.

Se levantó de un salto.

No era una negra araña, sin embargo, la fealdad oculta tras la majestuosa belleza de las alas le recordó a Tsuchigumo.

¿En qué trampa he caído?

Le sobraba la pregunta. No conocía los detalles del empleo que la Dama Araña daba con quienes caían en la trampa de su promesa, pero sí suponía un destino horrendo para ellos.

El destino que debía evitar a...

No.

Nunca debía pronunciar ese nombre unido a sus sentimientos.

Dos horas más tarde, tras una veloz galopada, entraba en el recinto de los bambúes.

Shiben redujo su carrera hasta un trote lento.

El aire, allí, era verde como el interior de un lago.

Verde, como el agua de los estanques sagrados.

Un aire virgen y casi líquido, capaz de cambiar el color de los pensamientos, aplacar los latidos del corazón, acompasar el ritmo de la sangre.

Verde, el aire allí era verde como los ojos de Kawahime.

Tal vez el lugar, o el recuerdo de la mujer tranquilizaron los ánimos de Susanô. Había evitado llegar hasta los Ojos de la Serpiente, dando un pequeño rodeo. La sensación líquida de aquel bosque sirvió como bálsamo para las heridas de sus sentimientos.

¡Ya estaba cerca!

—¡Vamos, amigo! —susurró a su caballo en cuanto salieron de aquel lugar hechizado donde hubiera podido quedarse para siempre.

Cuando Shiben frenó su galope, Susanô se encontró de bruces con el inmenso

cedro. Se apeó de su montura y, con los brazos abiertos aunque sin abarcarlo, dejó que su mejilla rozara la rugosa corteza del árbol.

—¡Bienvenido!

La voz llegó acompañada del inconfundible olor, fuerte y excitante, de Kitsune. Susanô separó la cara del tronco, se giró levemente y vio al inmenso zorro plateado sentado a su espalda.

—Te esperaba.

—Pareces saberlo todo de mí —lo dijo sin sentirse amenazado por aquel conocimiento de su interior.

—Nadie sabe todo de algo, o de alguien.

—Digamos que lo suficiente.

—Nunca es suficiente, samurái. —Le pareció escuchar un deje de ironía en el sustantivo final. El mismo percibido en Kawasemi cuando lo nombraba Samurái del Dragón.

—Es posible. —En su mente se dibujó el cuerpo casi alado de Tsuchigumo.

—Acompáñame al templo.

El zorro caminó delante de Susanô con las nueve colas levantadas formando un arco mágico en torno a su figura; cruzó el tori de entrada y se perdió en un recoveco a la derecha. Cuando Susanô entró, no vio ni rastro de Kitsune.

Él no había entrado la vez anterior.

Lo primero que le sorprendió fue la calidez y paz que inundaba la estancia principal del templo; puede que la única. Las losas eran de terracota roja, las columnas alcanforadas y pintadas de un rojo brillante. Al fondo, la representación de un inmenso zorro, similar al padre de Hanzaburo, labrado en una piedra más blanca que la propia luna. Al pie de la estatua, un pebetero con incienso recién colocado humeaba aromatizando el aire junto a un cuenco de cobre vacío.

—Un día, mi espíritu entrará en esa piedra y cuidaré las peticiones de otros.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Susanô sin volverse.

—Tal vez cuando ya nadie crea en el mundo de las sombras y la magia, cuando no respeten los bosques donde vigilamos el equilibrio necesario...

—¡Eso no puede suceder nunca! —Se había girado al decirlo y la sonrisa se congeló en sus labios.

—¿Te sorprende?

Susanô no encontró palabras. Ante él no se encontraba el hermoso zorro plateado, sino un hombre, poco mayor que Hanzaburo e idéntico en todo al arquero, vestido con una larga túnica tejida con hilos de plata y seda.

—Sé que no puedes poner en tus labios su nombre junto con los sentimientos escondidos en tu corazón...

En un acto instintivo, Susanô se llevó ambas manos hasta su boca.

¿Cuánto conocía Kitsune de su historia y sus sentimientos?

—Sé lo suficiente —dijo el hombre de larga cabellera blanca y orejas afiladas, respondiendo a sus pensamientos.

—Entonces también conoces a dónde se dirigen mis pasos. —El hombre afirmó en silencio—. Hace años, me dijiste que aún me quedaba pendiente resolver mi Segundo Círculo. —El hombre con la boca de gato idéntica a la de Hanzaburo hizo un gesto de asentimiento—. Creí entender que debía pasar antes...

—Cierto. —Avanzó los pasos que los separaban hasta colocar sus dos manos sobre los hombros de Susanô—. Aunque ignoras cómo lograrás romper el pacto, ¿verdad?

Susanô abrió su chaqueta de amplias hombreras, extrajo una bolsa de seda del interior de su obi, se acuclilló y colocó sobre las losas de terracota unos cuantos objetos: amuletos variados para conjurar el poder de los seres mágicos.

Kitsune lo imitó, contempló los objetos un buen rato, los removió con sus largas y blancas manos. Sonrió al encontrar la pequeña caja con el ungüento regalado por Kamakura, lo levantó hasta ponerlo frente a sus ojos, tan dorados como los de su hijo, lo olfateó unos segundos.

—Quien te lo preparó conoce ciencias milenarias y ya olvidadas.

—Mi maestro. —Susanô inclinó la cabeza—, kamakura.

—¡Ah, el sacerdote de piedra!

—¿Cómo?

—No es a mí a quien corresponde contar esa historia —respondió Kitsune moviendo ambas manos en el aire.

—Pero...

—Los caminos se hacen paso a paso. —Sonrió y se levantó—. Veo que has dedicado tu tiempo a buscar amuletos capaces de protegerte contra la magia.

—Cierto, pero ignoro si podrán servir.

Susanô contemplaba los objetos sintiéndose bastante perdido: había pequeñas figuras de jade, ónix, coral, algunas con formas de animales, otras dibujando espirales; dos pequeños trozos de papel con signos antiquísimos pintados en negro y rojo; una pequeña bolsa de seda en cuyo interior se guardaban unos polvos blancos —le habían dicho que eran huesos pulverizados de rana azul—; una moneda de plata con la efigie de un dragón en una cara y una carpa en la otra.

—Ninguno de estos objetos derrotará a la dueña de tu promesa.

La sospecha de su inutilidad se tornó certeza con aquellas palabras. Susanô bajó la cabeza y lanzó un suspiro.

—Pero pueden serte útiles. —Miró asombrado los ojos ámbar—. Con suerte, pueden paralizar, al menos unos segundos, a quien se los lances. Paralizar los conjuros, algunos conjuros, y las artes de tus rivales. —Se inclinó y cogió la moneda

de plata—. Si aciertas con ella en la frente de tu Dama, su cuerpo se volverá escarcha durante unos segundos. —Recogió una figura de jade—. Este, en cambio, no está destinado a Ella. —Susanô recordó cómo Kamakura y Kawahime también evitaban nombrarla—. Pero esta —levantó una diminuta bola de ónix—, colocada en tu boca, te evitará ser devorado —dudó unos momentos—, devorada —sonrió al decirlo; las mejillas de Susanô se volvieron de fuego—. Los conjuros escritos a ti ya no pueden ser útiles, sirven antes de sellar un pacto, no después. Y esto —sopesó la bolsa de huesos molidos— puede cegarla durante minutos si consigues lanzarlo directamente hacia sus ojos.

Susanô contemplaba los objetos desechados con el ánimo apesadado por la incertidumbre. ¡Carecía de recursos!

Kitsune se acercó hasta la efigie en piedra del zorro, permaneció unos minutos en silencio frente a ella. Después regresó al lado del aturdido visitante.

—Sígueme.

No utilizó el tono de una orden. Se limitó a caminar delante del aludido. Salvo por la túnica, podría decirse que quien caminaba por delante era el arquero. Salieron del antiguo templo.

A través del follaje de los árboles un sol en el centro de su recorrido lanzaba rayos cálidos. En breve se celebraría la fiesta de la Floración.

Cuando llegaron ante el inmenso cedro, Kitsune colocó una mano sobre su tronco y este se abrió sin ruido. La abertura tenía la altura de un hombre y se adivinaba un interior luminoso.

—Bienvenido a mi casa —dijo inclinándose en el quicio y permitiendo que Susanô lo adelantara.

El samurái levantó la vista al entrar, creyendo encontrar ramas o incluso el mismo sol en su cenit. No fue así, el techo, o aquello que hacía sus veces, era de madera lisa, como el suelo. La estancia estaba totalmente iluminada, pero no se localizaba el lugar por donde podía colarse la luz.

No pensó en la cueva de Tsuchigumo, sino en la claridad de las estancias líquidas de Kawahime. En el mundo mágico de las sombras, no todos los moradores pertenecían al mismo lado: en unos brillaba la luz; en otros, las sombras. A quien no lograba encajar en ninguna de las orillas era a Kamakura.

El sacerdote de piedra.

Era la tercera vez que alguien asociaba al maestro con la piedra.

Susanô movió la cabeza para borrar cualquier pensamiento ajeno al hogar de Kitsune. *Los caminos se hacen paso a paso.*

Apenas existía más mobiliario que un armario abierto lleno de rollos de papel, una mesa baja lacada en rojo con dos cojines de seda blanca en sus extremos. ¡Y un precioso tablero de Go en el fondo de la estancia! Susanô no logró reprimir el

impulso de acariciar su madera de cedro y las incrustaciones de nácar dibujando una manada de zorros iridiscentes.

—No te asombres, me encanta el juego del Go.

—Hanzaburo...

—¡Es mejor jugador que yo mismo!

—Pero... —Susanô jamás había visto al arquero ni siquiera acercarse al tablero.

—Todos guardamos secretos —susurró Kitsune guiñando uno de sus ojos ambarinos—. Tendrás que reponer fuerzas, te aseguro que necesitarás estar en perfectas condiciones.

—El ayuno es la mejor dieta antes de entrar en combate —lo dijo inclinándose ante él para no ofenderlo con su falta de apetito.

—Si el combate está cercano.

Lo tomó por el brazo y lo llevó hasta la pequeña mesa lacada. Susanô recordaba haberla visto vacía, en cambio ahora, humeaban sobre ella una tetera de hierro, dos tazas y varios cuencos repletos de exquisiteces: caldo de pato con pequeños trozos de tofu; finas lonchas de un pescado irreconocible cubiertas de algas; arroz hervido y aderezado con finas lonchas de una carne desconocida para él...

Tal vez por el color, la disposición de los cuencos o el aroma, el estómago de Susanô reclamó alimento con un leve crujido.

—¡Tu estómago no está de acuerdo con el ayuno!

La risa de Kitsune retumbaba en el aire idéntica a la de Hanzaburo. La piel de Susanô se erizó y la araña le recordó la promesa lanzando un par de dardos ardientes en su interior.

Durante la comida, ninguno de los dos habló. A Susanô no dejaba de sorprenderle la delicadeza y la calma de aquellas dos largas y finas manos sobre los cuencos, imposible imaginar a un zorro con semejantes manos. Sin embargo, las del arquero eran idénticas.

¿Sería tan larga la vida del hijo como la del padre?

Luego recordó que Hanzaburo pensaba visitar a su padre. Tan sólo deseaba no encontrarse con él en aquel lugar.

Las miradas de Kitsune daban a entender que seguía el curso de sus pensamientos. Susanô encogió los hombros: no intentaría controlarlos.

Tras terminar el té, el anfitrión se acomodó en el cojín de seda y miró directamente al invitado.

—Imagino que irás a ver a Kawahime.

—Sí. Aunque no sé en qué puede ayudarme, en realidad parece recibir órdenes de Ella —repitió la elipsis de casi todos cuando se referían a la Dama Araña.

Kitsune se limitó a mover la cabeza silenciosamente durante unos segundos.

—Y, como muy bien me habéis explicado, los amuletos son sólo baratijas sin

ningún poder.

—El verdadero poder está aquí —señaló con una mano el corazón—, y aquí —la frente con la otra.

—¡No podré! —se le estrangulaban las palabras en la garganta.

—¿Acaso pensaba lo mismo la niña indefensa que abandonó su casa aquella noche?

—Aquella niña era tan ignorante que incluso desconocía el poder de la maldad.

—Algo que no la frenó.

—Cierto. Pero ya no soy esa niña.

—A veces, la ignorancia de los peligros convierte en valientes a los inocentes. —Movi6 la cabeza afirmando lentamente—. Sí.

—Sin embargo, perdida la inocencia, los peligros se transforman en gigantes. —Baj6 la cabeza: no hablaba como el Samurái del Drag6n—. Creí que podía prepararme, que encontraría en los amuletos un arma necesaria...

—¡Los amuletos! —Suspir6 hondo—. Antes, los hombres conocían los secretos de los seres mágicos, convivían, bastante armoniosamente, es decir, los respetaban, los temían y trataban de defenderse de sus caprichos —hablaba como si él mismo no perteneciera a ese mundo—. Esos y otros amuletos son fruto de un largo aprendizaje en esa relación, no siempre pacífica. No son tan inútiles.

—Pero llegan demasiado tarde para mí.

—Tú tampoco eres un hombre corriente. —Busc6 los ojos del invitado—. Aunque sería mejor decir una mujer corriente.

—Era una niña ignorante cuando salí de mi casa para buscar el modo de defender a mi hermana. —Respir6 hondo, de nada serviría jugar al equívoco con Kitsune.

—Y en el camino, aprendiste a transformarte, a adaptarte, como el agua, para lograr cumplir tu promesa. —Susan6 baj6 la frente—. Sin embargo, tu camino no ha terminado.

—El Segundo Círculo.

—Tu kami es un drag6n. No es casualidad.

—¿Qué es un drag6n? —Levant6 la cabeza y mir6 directamente al hombre que no dejaba de recordarle a Hanzaburo.

Record6 las palabras de Kamakura, mil vidas atrás, sílaba a sílaba: *el kami constituye tu virtud y tu debilidad, al margen de cuál sea tu tarea en el mundo. En tu interior se oculta la fuerza del drag6n. Esa es tu grandeza, también tu debilidad. Una fuerza sin control termina por revolverse contra quien la posee. Escondes el fuego de las mejores pasiones en tu pecho, también de las peores. Procura elegir aquellas que te hagan digno y desecha las que pudieran destruirte.*

Mucho tiempo después, Kitsune respondi6 a la pregunta:

—Un águila, una serpiente, una carpa... ¡El guardián de los tesoros y la verdad!

—¡La verdad! —Desde su estómago nació una risa amarga—. ¡Soy una mentira desde hace años!

—La verdad es sólo el reverso de la mentira. Y al revés. —Cerró un momento los ojos—. Una escalera nos sirve para ascender, pero también para el descenso.

—Pero no se pueden ser dos cosas al mismo tiempo, ¿verdad?

—¡Todos somos dos cosas al mismo tiempo! Eres cobarde hasta el mismo momento en que te lanzas al combate; eres un héroe al tiempo que un traidor en potencia...

Susanô levantó la vista hacia sus palabras. Recordó la dignidad del bandido Kwasi al enfrentar la muerte: no murió gritando como un bandido, sino como el samurái que había sido.

—No sé quién soy —murmuró con el recuerdo de Kwasi tras sus pupilas.

—Eres una mujer capaz de ser un hombre. ¡Nada puede tener más poder que un ser semejante! Escondes más sabiduría de cuanto puedas imaginar.

Susanô recordó algo similar en labios de Kamakura, cuando jugaban al Go. ¡De nuevo el Go!

Todos los movimientos posibles están ya en la memoria de las piedras; el jugador se limita a descubrirlos.

—En el momento adecuado, cuando sea necesario —la voz de Kitsune sorprendió los recuerdos del samurái—, llegarán hasta ti los conocimientos suficientes, porque, aunque ni lo sepas, ni lo creas, has estado en el centro mismo de la sabiduría. Tus sentidos han captado mucho más de lo que tu cabeza logra recordar.

—¿En el centro de la sabiduría? —preguntó incrédulo.

—Tu maestro fue un sacerdote shinto, conocedor como nadie del mundo mágico, de lo oculto entre sombras; te enseñó más de cuanto creíste ver. —Movié las manos para evitar las palabras de protesta—. Has entrado en la cueva de Kawahime, la princesa del agua y la luna, y has sido elegido por la Dama Araña. ¡No elige a cualquiera, muchacha!

Susanô no supo qué le sorprendió más, si el perfecto conocimiento de sus pasos por el mundo invisible, o el hecho de nombrarla muchacha.

—Después, te fue dado vivir como un hombre, y no cualquier hombre. —Sonrió antes de añadir—: Aunque hubo una mujer que nunca creyó en tu presencia masculina.

—Mi hermana —dejó de hablar ante el gesto de negación risueño del anfitrión.

—Me refiero a Kawasemi.

Si hubiera recibido la punzada de un aikuchi en su costado, no se habría sorprendido tanto. ¡La había imaginado en brazos de Hanzaburo! Trató de recordar las miradas que la mujer le había dedicado, la extraña manera de hablar cuando estaban a solas...

—Kawasemi —murmuró.

—El sufrimiento puede anular los sentidos, pero también agudizarlos y dotarlos de una especial sutileza. Algo similar a lo que sucederá con Chikako.

—¿Será feliz? —De nuevo, la felicidad de su hermana se colocaba como prioridad.

—Lo será. Siempre convirtió sus pesares en un lodo nutritivo donde pueden florecer los más hermosos crisantemos.

—Entonces, mi sacrificio no habrá sido estéril.

Una vez más, estaba dispuesta a aceptar cualquier castigo a cambio de la felicidad de Chikako. Lo había hecho siendo una niña; lo asumió en la cueva de Tsuchigumo. Se reafirmaba en ese instante.

—Cada vez que la serpiente muda de piel, se transforma en un ser nuevo —hablaba despacio y suavemente, deslizando sus palabras por un tobogán de seda—. Cada muda duele como un nuevo nacimiento.

La piel de Susanô recordó la otra piel de serpiente arañándola, abrasándola, antes de transformarla en hombre. El dolor había sido brutal. Sin embargo, no había dejado ni una sola huella.

—¡No te rindas! —su voz retumbó imperiosa—. ¡La Dama Araña merece ser destruida! —Cambió de tono para añadir—: Y tú eres la elegida.

—¿Quién me eligió?

—Podría decirte que el destino, pero, en realidad, fue Ella quien te eligió —respondió moviendo las manos en el aire como mariposas blancas.

—No comprendo.

—En el fondo de su repulsivo ser, desea ser destruida. —Susanô abrió los ojos y la boca—. Ni ella misma lo sabe.

—Entonces se defenderá.

—¡Claro! Todo ser vivo intenta sobrevivir. Hasta el último aliento y por muy acorralada que se sienta, boqueará buscando sobreponerse. Intentará matarte en el mismo intento de buscar su propia muerte. Ella no se atrevió a romper su propio pacto...

—Ya. —Bajó la cabeza y recordó la historia de amores contrariados relatada por Kamakura.

—La diferencia, muchacha —ahora inclinó su torso hacia ella—, es que tu pacto se realizó por amor y el suyo por odio. ¡Ahí radica su mayor debilidad!

Susanô masticó despacio las palabras escuchadas; sus sentidos le decían que allí estaba la clave de su futura batalla.

—Descubre lo que oculta.

—¿Lo que oculta? Te refieres a su historia de amor truncada...

—No, no en lo evidente. —Respiró hondo antes de continuar mientras Susanô se

sentía un torpe alumno—. La mujer que tiene un feo lunar en el rostro trata de ocultarlo con polvos de arroz. —Susanô se llevó la mano izquierda hasta la garganta: tocó el tacto rugoso de su estigma mientras Kitsune asentía sonriendo—. ¡Fíjate en lo que oculta de sí misma!

—Lo que oculta de sí misma —repitió en un murmullo.

—Sí. Eso que oculta está vinculado a lo mismo de su propio ser que detesta y que desea, sin saberlo enteramente, destruir. Ese será el flanco débil en su tablero.

La imagen que llegó hasta su cerebro fue la de Tsuchigumo flotando, sin pies, como si se moviera sobre un invisible andamio.

Kitsune calló. Susanô comprendió dos cosas: que le daba la clave para derrotar a Tsuchigumo y que no podía ser más claro en su exposición. El mundo de las sombras y la magia, al igual que el mundo de los samuráis, también se regía por un código propio e inviolable.

Un código que ninguno de sus habitantes podía saltarse.

Tal vez, con sólo recibirla en el interior de aquel inmenso cedro, Kitsune estaba rompiendo ese código.

—¿Por qué lo haces?

—¿Ayudarte? —Susanô afirmó en silencio—. Salvaste a mi hijo sin pensar en las consecuencias que podía reportarte. No preguntaste si merecía la muerte, tan sólo te movió la compasión. —Inclinó la cabeza—. Siempre estaré en deuda contigo.

—No me debes nada.

—La vida del hombre, ese río sin principio que se mezcla con las aguas de otros ríos, es, en definitiva, una larga secuela de pequeños actos. Actos capaces de cambiar incluso el curso de las aguas. La compasión es, probablemente, el acto más poderoso que se puede realizar.

A punto estuvo de decirle que tal vez fuera la compasión quien movió su voluntad aquella noche, pero el acto se transformó cuando se acercó y contempló de cerca el rostro de Hanzaburo: lo amaba desde ese mismo instante.

Se llevó ambas manos a la boca.

La araña de su hombro no sólo lanzó una docena de dardos, su propio cuerpo se convirtió en un hierro candente sobre su piel.

—Deberías cubrir tu hombro con el ungüento que preparó Kamakura.

Susanô no respondió, pero esa misma noche colocó sobre el tatuaje la pomada. Sintió algo similar a una protesta en el dibujo, un ligero temblor del animal que siente sobre su espalda el peso de la mano capaz de aplastarlo.

Ambos guardaron silencio.

—Será mejor que descanses —dijo rompiendo el mutismo Kitsune—. Mañana debes partir antes del amanecer.

—¿Puedo pedirlos un último favor?

—Si está en mi mano.

—Desearía dormir en el interior del templo.

—Te dejaré un futón y unas mantas.

En realidad, no supo a qué se debió la petición.

O, simplemente, se negó a confesar que deseaba una cierta intimidad en aquel lugar por donde aún podía percibir la presencia de Hanzaburo. Nunca tendría sus brazos en torno a su cintura; al menos tendría la sombra de su recuerdo rodeándola.

Cuando salieron era noche cerrada, una noche ligeramente fría que estremeció el cuerpo de Susanô. La luna comenzaba a llenar su delicada sonrisa. En pocos días, pensó que podría comprobar cómo se encontraba Chikako en el espejo de Kawahime.

Sonrió.

Una gran parte del miedo instalado en sus entrañas se había diluido con las palabras de Kitsune, o tal vez fuera suficiente con sentir su poderosa presencia para calmar su angustia.

Se tumbó en el futón y, desde lo más hondo de sus miedos, reclamó un sueño donde estuviera Hanzaburo y la abrazase.

Hanzaburo estaba suficientemente cerca como para tumbarse a su lado y rodearla con todo su cuerpo, *yo te protegeré*, susurró. El susurro y la sensación de su cuerpo penetraron en los sueños de Tomiko. Fue una noche hermosa.

El azul oscuro del cielo comenzaba a rasgarse de malvas, cuando Susanô, a los pies del milenario cedro, se despedía de un inmenso zorro plateado de nuevo con las nueve colas levantadas en un arco algodonoso y majestuoso. A su lado le esperaba una cesta con provisiones. Antes de subir a lomos de Shiben, que parecía no reconocer en el inmenso animal a un enemigo natural, Kitsune colocó ambas patas sobre sus hombros.

—Si creíais deberme algo por haber salvado a vuestro hijo, lo habéis pagado con creces.

—Algunas deudas nunca se saldan totalmente —escuchaba su voz en el interior de su cabeza—. Siempre que lo necesites, puedes regresar a mi casa y mi templo. ¡Ah!, una última petición: dejad en los Ojos de la Serpiente la coraza que camufla a la mujer que sois.

—¿Seguro? —preguntó sin comprender cabalmente.

—Comenzaste tu andadura como una niña campesina, pobre y asustada. Ahora, deberás mostrar la mujer nacida de tanto sacrificio. A Tsuchigumo sólo podrá vencerla una mujer.

—Gracias. —Susanô inclinó la cabeza, colocó el puño derecho cubierto con la palma izquierda sobre la frente.

—Nunca mires atrás, muchacha.

Shiben cabalgó despacio los primeros cien metros, después se lanzó a un veloz galope. Susanô no miró atrás para despedir al zorro.

—Veo que no la dejas sola —murmuró Kitsune al sentir en su costado la presencia de su hijo.

—Nunca, padre.

Hanzaburo distinguió los contornos de Susanô, a punto ya de ser Tomiko, alejándose.

EL SECRETO DE LA SERPIENTE

Aún era Susanô, pero ya no sabía bien cómo sentirse, ni cuál de sus dos identidades le resultaba más próxima. Al principio, había vivido con miedo a ser descubierta bajo la coraza de serpiente y la armadura de samurái; después, llegó a identificarse plenamente con el guerrero de quien todos hablaban. Temió amar a Shuzai porque su falta de experiencia la llevó a confundir la ternura con el amor. Comprendió que su compañero de armas siempre fue el hermano que no encontró en Hayato; el afecto familiar que jamás le profesaron.

Y todo fue relativamente bien hasta que tropezó con el rostro de Hanzaburo.

Sólo con recordarlo sintió revolverse al tatuaje de su hombro, mucho más calmado desde que colocó sobre él el ungüento de Kamakura, pero vigilando siempre sus pensamientos. Sus sentimientos, sobre todo.

Cabalgaba despacio.

Trataba de encontrar un sentido a todo lo vivido. O mejor, trataba de encontrar el modo de desprenderse, totalmente, del samurái que fue. Y no sería suficiente con retirar la coraza.

Mudar de piel; renacer.

Acompasaba sus pensamientos al trote no demasiado rápido del caballo.

¿También Kawasemi? Y no sabía bien a qué se refería la pregunta: a saberse descubierta por ella; a mirarla como posible rival por Hanzaburo; a sentir una extraña turbación cuando la miraba desde el cuerpo de Susanô. Kitsune dio a entender que también ella lo miraba con la misma turbación.

¡Todo aparecía tan confuso! Sentía desdoblarse en los recuerdos, en los afectos, en los deseos. Como si fueran dos personas diferentes pero las dos dentro de su cuerpo, quienes sintieran, pensarán, desearán. Incluso amarán. Y no siempre coincidían.

Lanzó un suspiro que hizo frenar los pasos de Shibén.

—Tranquilo, no pasa nada.

Palmeó el cuello de su caballo buscando calma, no para el animal, sino para el torbellino que se agitaba en su interior.

En realidad, Shibén frenó sus pasos al presentir cerca los cascos de Dôjo; no comprendía por qué no cabalgaban juntos.

—Estamos cerca, amigo.

Sin embargo, prefirió acercarse a los Ojos de la Serpiente cuando las sombras pudieran confundir su presencia con los fantasmas. Decidió hacer un alto y descansar. No de un cansancio corporal, sino de un cansancio interior mucho más agotador.

Había sido idea de Hanzaburo visitar aquellos dos óvalos abiertos en la tierra donde burbujeaba agua tibia. Recordaba la sensación de libertad cuando se

desprendió de la coraza e introdujo su cuerpo desnudo en uno de los Ojos. ¡No recordaba nada tan placentero! Le parecía sentir el abrazo de unos brazos líquidos recorriéndola por entero, sin juzgarla, sin recriminarla.

Sin preguntarle por su identidad: tan sólo abrazándola.

Abrazando incluso su estigma en diminutas oleadas como besos.

Abrazándola sin preguntas, sin miradas. Sin compararla con otras.

Salvo los infantiles brazos de Chikako colgados de su cuello, nadie se había molestado nunca en abrazarla: su madre la rechazó desde que asomó a su vida; no tuvo amigas, ni amigos; ningún chico persiguió sus pasos a escondidas...

Tan sólo el agua de aquellos Ojos la abrazó sin solicitar nada a cambio. Con el modo incondicional de la pequeña Chikako: colocando toda su voluntad en amar a Tomiko pese a todo; pese a todos.

Hanzaburo la observaba desde cierta distancia. Temía que Shiben los delatase. Casi podía escuchar los pensamientos de Susanô a través del rostro abatido.

Faltaban dos noches para que la luna llegara a su fase de plenitud, pero su blancura iluminaba el paisaje convirtiéndolo en el escenario de un extraño sueño. En breve luciría la luna Nissan, la más blanca y pura de todas. Bajo su luz blanca, los Ojos brillaban reflejándola mientras exhalaban un ligero humear tibio.

Shiben permaneció expectante en el lugar cercano donde lo dejó su dueño, el mismo donde había permanecido junto a Itô y Dôjo en el viaje anterior. Olfateaba la presencia de Dôjo sin llegar a comprender aquel juego de escondites.

Por segunda vez, Susanô se libró de sus ropas y de la coraza de serpiente. De nuevo, su cuerpo, liberado, se esponjó recién nacido, *tan sólo para la luna y el secreto*, pensó.

Aunque, ahora lo sabía, ellos, Shuzai y Hanzaburo, la habían descubierto mujer en aquel mismo lugar.

No tenía espejos donde verse, así que se recorrió de nuevo con las yemas de los dedos: suave, tibia y tersa; fina la cintura, dibujadas en torno a un ombligo perfecto como un capullo de rosa; sutiles las caderas rotundas; su piel no era de campesina, sino de princesa y, bañada por la luna, despedía casi destellos azules de tan blanca; el contraste de los brazos y las piernas trenzadas de músculos potentes y elásticos la dibujaba como a una mujer extraña.

Sin embargo, sonrió sintiéndose bien con aquel cuerpo que se iba dibujando bajo las yemas de sus dedos como si sus dedos no le pertenecieran y fuera otro quien la descubriera.

Su cuerpo.

No le dolía liberarlo de la coraza forrada con piel de serpiente. El dolor de su transformación estaba en otro lugar.

Entró en el agua sintiendo un cansancio desconocido. A los pocos minutos, las caricias del agua tibia, la sensación de libertad de su cuerpo y la confianza en saberse a salvo de otras miradas la llevaron a un sueño profundo. Tan sólo su cabeza, apoyada en un saliente, permanecía fuera del agua mostrando un hermoso rostro cuyos rasgos se habían suavizado al retirarse la coraza.

Se sumergió en el sueño recordando las palabras de Kamakura sobre la serpiente. El kami del maestro era, justamente, una serpiente. También conformaba el dibujo del dragón.

La fuerza y la seducción. El miedo y el placer. Lo masculino y lo femenino. La serpiente es dual pero no equívoca. Decide ser lo que necesita en cada momento.

—Lo que necesita en cada momento...

Murmuró sintiendo ligero su cuerpo y tranquilo su espíritu. Ni siquiera la diminuta araña tatuada emitía señales; tal vez anestesiada por el agua, o por el ungüento.

Luego recordó las palabras de Kitsune:

Cada vez que la serpiente muda de piel, se transforma en un ser nuevo. Cada muda duele como un nuevo nacimiento.

Ignoraba cuántas veces se puede morir y nacer de nuevo en una vida humana. A ella, le habían tocado ya dos muertes:

Primero murió Tomiko.

Ahora moriría el Samurái del Dragón.

En realidad, se encontraba en el proceso de esa muerte, y las aguas de aquellos Ojos limpiaban su cuerpo, del mismo modo en que se lava y se engalana a quienes entregamos al Reino de la Muerte.

No le producían tristeza esos pensamientos.

La calma, tan escasa en su vida, envolvió a Tomiko como un manto de seda, como un manto de besos.

Ignoraba que unos ojos de ámbar vigilaban su baño, cuidaban sus pasos y cumplían la promesa de no dejarla sola.

No soñó con serpientes, ni con dragones, ni siquiera con las carpas recurrentes de sus últimas pesadillas. No. Su sueño se pobló con una bandada de grullas.

¡Grullas de papel!

Grullas de papel con un hermoso crisantemo dorado pintado sobre sus lomos.

Las grullas de Kawasemi.

Algo había en la hermana de Shuzai que debía mirar de un modo diferente. Aún no comprendía bien de qué se trataba, pero, una y otra vez, el bello rostro de la geisha, se mostraba como señal de algún camino. Tal vez, mientras la bella Kawasemi construía las mil grullas, se hubiera tejido una parte de su destino entre los

pliegues de papel y por eso sobrevolaban sus sueños ahora.

¡Las grullas!

No llegó a contarlas, pero tuvo la certeza de que volaban mil grullas de papel sobre un cielo casi transparente. De algún modo, su espíritu se encontraba debajo de sus alas.

Bajo el vuelo de las grullas, pudo escuchar, claramente, la risa de Chikako y de Oki. Las escuchó con la misma claridad con que llegaban hasta su estudio en otro tiempo, cuando fingían ser una pareja perfecta con un hijo adoptado.

Sonrió.

Ellos serían felices, porque los caminos de la felicidad se dibujan al borde de las desgracias. Chikako había sido largamente castigada por una belleza que ni pidió ni puede que llegara a desear nunca. Había sido el tesoro de sus padres campesinos que vieron en ella la llave capaz de modificar sus destinos. Después, tras los años de calma como falsa esposa del Samurái Calígrafo, le había sido concedido conocer, brevemente, el amor.

Al menos ella llegó a conocerlo, a tocarlo con sus labios...

Lo pensó en el interior del sueño, bajo el vuelo de las grullas de papel y los destellos dorados de sus crisantemos pintados.

Ahora, su hermana estaba a salvo. Todo lo a salvo que puede estar una mujer en un mundo injusto y cruel. Arropada por Shuzai y Kawasemi, amada por Oki, cuidada por Keiko.

Las mujeres cuidan a las mujeres. Y recordó los partos, los niños que había ayudado a nacer, incluso las mujeres que salvaron sus hábiles manos y los conocimientos adquiridos.

Esa parte de su vida permanecía en calma y a resguardo de sus futuros nacimientos. Tal vez, el único precio a pagar consistiera en no volver a escuchar esas risas salvo en sueños.

El vuelo de las grullas continuaba y, de alguna manera, su espíritu continuaba bajo sus alas.

La llevaron hacia rostros y momentos agazapados en su memoria, que creyó perdidos pero aguardaban su resolución.

El tablero de Go donde el destino de las piedras decidiría el destino de Chikako. Un tablero sobre el cual pendía una espada Muramasa. Ya no sentía ni odio ni rabia frente al rostro de Shozo Masashi; incluso le producía una extraña piedad, y eso pese a la ensangrentada mirada de diablo. El mercader había realizado sus jugadas y, al final, aceptado con mayor serenidad que Shiroyama las consecuencias de sus actos.

Vivió en el exceso, tal vez para borrar su nacimiento y origen. La crueldad, los vicios, los placeres recabados semejaban su propia coraza, como la de serpiente que cubrió el cuerpo de Tomiko durante años. Un modo de esconder su propia debilidad.

Para llegar a verlo así, había necesitado desear su muerte y su desgracia durante años; huir de la vida conocida, penetrar las tinieblas de la magia, pactar con Tsuchigumo. Encontrarlo y derrotarlo.

Shozo Masashi había sido el acicate para sus pasos; la piedra colocada en el curso de su propio río para obligarla a saltarse el destino escrito.

Además, algo en su interior le aseguraba que las razones de Shozo, en algún momento no muy lejano, serían asumidas por otros. Que los tiempos del Shogun y el Código de Honor que regía a los samuráis llegarían a su fin. Todo cuanto se consideraba sagrado terminaría por caer en el mundo de las leyendas, como las viejas conquistas de los héroes.

Ni siquiera atisbaba a comprender si ese cambio sería bueno o malo. Tan sólo sucedería.

El mercader que intentó comprar a su hermana también abrió una brecha en la rígida realidad donde aún habitaba Shuzai.

Esa parte de su vida quedaba saldada bajo el vuelo de las grullas. Su encono contra el mercader se había extinguido como una hoguera bajo la lluvia y, entre las cenizas, podía distinguir pequeñas brasas de un futuro incierto.

Después, bajo el techo de madera de la Sala de los Crisantemos, las grullas volaban sobre una de aquellas reuniones con el daimyo Hokusai Katsushika. Habían sido años hermosos; los años en que descubrió a su hermano Shuzai, sentado a su lado, pendiente de sus palabras y apoyando sus estrategias para combatir a Kwasí.

¡Kwasí! La sombra de sus fechorías lo llevó al servicio del daimyo. Lo persiguió, lo derrotó y, de nuevo, vio la transformación de un villano en el honorable samurái que había sido.

Enfrentados a la muerte, nacemos en lo que verdaderamente somos. Por última vez.

Esperaba, si llegaba el momento, encontrar en su interior la fuerza suficiente para morir con el mismo valor, sin apartar la mirada, sin suplicar.

Sin arrepentirse.

Con todo, lo importante de esos años de servicio fue encontrar a Shuzai.

Shuzai, su amigo, su hermano. Durante un tiempo confundido por su falta de experiencia con el amado, cuyo amor no podía confesar en voz alta para no condenarlo al pacto con Tsuchigumo.

Shuzai fue su maestro en el mundo de la camaradería, de la confianza en otro: habría puesto su vida en sus manos sin dudarlo. Espalda contra espalda, habían enfrentado el combate y la muerte sintiendo un muro en el otro. De hecho, aceptó su compañía hasta Nagasaki y la noche de espera antes de llamar al magistrado, sin hacerle preguntas.

Pese a los recelos, pese al ligero cambio constatado en su hermano tras el largo viaje de regreso a Yamato, había permanecido inalterable y fiel. Alguna vez, antes de conocer el amor de Chikako por el constructor de muñecas, lo había imaginado como el perfecto marido para su hermana. Tal vez ahora pudiera serlo.

Lo hablarían en esa cita que el propio Shuzai concertó para los tres.

Dentro de tres años.

¿Sobreviviría?

¿Regresaría Tomiko para cumplir esa reunión?

Tal vez sólo pudiera asistir como un fantasma vencido y harapiento.

Había escuchado historias de amor entre hermanos de armas, samuráis que, al no soportar la muerte del compañero, se habían clavado la espada en el vientre. El extraño recorrido de afectos que supuso su amistad la llevaba a comprender esas historias. Tal vez si fuera sólo un hombre, como Shuzai, hubieran formado parte de esas leyendas.

Mi amado hermano.

Murmuraron sus labios en mitad del sueño.

Cuando las grullas volaban cortando una luna llena inmensa, pudo ver el rostro, moribundo pero hermoso, de Hanzaburo.

Hanzaburo.

Tremoló el nombre en el interior del sueño. Pero ahora, aquí, bajo el vuelo de las grullas construidas por Kawasemi, con el cuerpo de Tomiko libre en el interior del agua, ese nombre no le causaba dolor, ni miedo, ni siquiera la vieja angustia por imaginarlo prisionero de la Dama Araña. El agua tibia de los Ojos de la Serpiente protegía al arquero y a los sentimientos de Tomiko.

Ambos estaban bajo las alas de las grullas.

Cerca, un inmenso zorro plateado vigilaba al hijo y al falso samurái. Si Kitsune conocía su secreto, de alguna manera, el arquero también debía conocerlo.

Se estremeció.

Titiló su piel como una estrella, imaginando presentarse algún día ante Hanzaburo como se había presentado al agua de los Ojos. Todo su cuerpo palpitó, de miedo y de deseo.

Temía por la seguridad de su amado; temía el rechazo de quien cabalgó a su lado como camarada y compañero.

Y deseaba, con la misma fuerza con que deseó liberar a su hermana de la desgracia, que fueran sus brazos los que la abrazasen, sus labios de gato los que la recorrieran.

Tomiko amaba a Hanzaburo, pero ¿podría llegar a sentir algo parecido el arquero? Tsuchigumo tenía razón: un día encontraría el amor.

Pero jamás se lo entregaría a Ella.

Su cuerpo entero pronunciaba su nombre; sin embargo, la diminuta araña tatuada en su hombro, por primera vez, parecía ignorar sus sentimientos.

Vagamente, imaginó que, bajo el agua, el poder de Tsuchigumo se diluía, desaparecía. Decidió anotar ese dato en su memoria junto con los dos amuletos que Kitsune había señalado como valiosos. Eso y el secreto que escondía como un estigma.

Ahora, el leve ondular del agua en torno a su cuerpo se transformaba en los brazos y los labios de Hanzaburo.

Sonrió.

La felicidad debía de ser algo similar a lo que sentía en esos momentos.

Asumió ante sí misma, por primera vez, y de manera absoluta, que amaba a Hanzaburo.

No temía la hondura de sus sentimientos, tan sólo el pacto sellado con Dama Araña.

Como si las grullas desearan repasar toda su vida, sobrevolaban ahora el feudo de Yamato, justo por encima del tejado de paja de sus padres campesinos. Nunca la quisieron.

Tal vez debería odiarlos.

Sin embargo, vistos desde la distancia de varias vidas vividas al margen de ellos, Tomiko sentía una suerte de piedad por ellos.

Su madre, ahora vieja y sin fuerzas, masticaba el arroz y las palabras al mismo tiempo; no era feliz porque, pese a todos los bienes recibidos, pese a la envidiable vida por ser la suegra del Samurái Calígrafo, no nació predestinada para la felicidad.

Algunos seres tan sólo lograban habitar en las estancias de la desgracia, por más que la felicidad pudiera encontrarse a la distancia de un breve paso, jamás atinaban con el modo de darlo.

Gen, con la espalda encorvada, acompañaba en silencio a la madre de sus hijos. El mismo hombre que la despreció cuando nació con un estigma en su garganta, mujer, fea y pobre, ignoraba que era a ella, a la hija despreciada que un día desapareció de sus vidas sin que llegaran a notar su falta, a ella justamente, a quien debían todo su bienestar.

Sonrió ante su fragilidad.

No se trataba del ko debido a los padres, era algo nuevo, más profundo, más limpio: el perdón de quien no necesitaba devolver el mal recibido porque, de alguna manera, gracias a ese mismo mal, pudo encontrar su propio camino.

El odio había muerto esa noche en el interior de los Ojos de la Serpiente. Ni siquiera lograba odiar a Tsuchigumo porque su encuentro había sido necesario para

llegar hasta esa noche.

El sueño debía de haber terminado: todas las grietas de su vida parecían haberse sellado bajo las alas de papel. Sin embargo, las grullas sobrevolaban ahora el estanque de su jardín, justo sobre el pequeño lago con los tres nenúfares. Kawasemi, sentada en la orilla, jugaba con el agua y sonreía.

¿Por qué llegaban las grullas hasta la hermana de Shuzai?

Lo ignoraba, sin embargo, ellas, las grullas, daban a entender que ella también formaba parte de un pasado que había de asimilar.

Mientras su espíritu la contemplaba, la hermosa mujer levantó los ojos, intuyó su presencia. Y sonrió.

¡Lo sabía! De alguna manera, Kawasemi conocía el secreto que logró ocultar a todos durante años. No le causaba temor el descubrimiento, sino una inmensa paz, como si necesitara su apoyo y su aliento para las batallas que le esperaban.

Ella combatió con astucia, con paciencia, construyendo grullas de papel. Yo habré de combatir con astucia, con paciencia, construyendo la victoria sobre las sombras tejiendo... ¡Tejiendo!

Ignoraba qué significaba aquel pensamiento, pero lo almacenó al lado de las palabras de Kitsune.

Las palabras del zorro plateado y los pensamientos provocados por la visión de Kawasemi se convirtieron en los nuevos amuletos que la protegerían contra el poder de Tsuchigumo.

Finalmente, las grullas se desvanecieron, sin ruido, se borraron de su sueño como si un viento cálido las hubiera lanzado hacia otros cielos.

En la hora más oscura de la noche, justo en los segundos que precedían al estallido de un nuevo amanecer, Tomiko despertó.

Se levantó sintiendo su cuerpo y su espíritu renovados.

Cuando los primeros tintes rojos y malvas del día bañaban su cuerpo desnudo, decidió abandonar la coraza allí mismo. Al borde de los Ojos, donde había permanecido toda la noche: realmente, parecía una muda de serpiente abandonada.

—Ya sólo seré una mujer.

Lo pronunció despacio, delicadamente. Con la contundencia de una decisión irrevocable.

Amaba la caligrafía, el hermoso poder de las palabras y los símbolos que las encierran; había dedicado los últimos años a perfeccionar el arte sagrado de la caligrafía. De golpe, experimentó la necesidad de ponerse a sí misma y al viaje iniciado bajo la adscripción de un símbolo.

Había de ser algo nunca escrito.

Algo capaz de definirla.

Sonrió y se inclinó sobre la tierra roja que bordeaba los Ojos de la Serpiente. Con el índice de su mano derecha, dibujó:



—Una serpiente: la cabeza en Yamato, de donde partí; la cola en Nagasaki — repasó la línea sin rozarla—; el corazón en los Ojos de la Serpiente.

Ahora sabía hacia dónde cabalgar.

Hanzaburo, que había permanecido toda la noche vigilando el extraño sueño de Tomiko, se acercaba ahora hasta el Ojo donde se había introducido: abandonada y sin forma, la coraza que ciñó el cuerpo de Tomiko transformándola en Susanô: la muda reseca e inservible de una serpiente.

También vio la línea dibujada sobre la tierra roja. Comprendió.

—Ahora es Tomiko quien oculta al Samurái del Dragón.

Y al decirlo, sintió aumentar en su pecho aquel extraño sentimiento nacido la noche de su liberación, cuando no vio ante sí el rostro de un samurái, sino el rostro de un dios que resultó ser una diosa. O ambos a la vez.

Tomiko dormía; no lograría enterarse de sus besos, pero Hanzaburo se dejó arrastrar por el irreprimible deseo de rozar sus labios con los suyos: se acercó despacio, sin ruido, apoyó su cuerpo en las rocas que dividían los ojos y besó, brevemente, los labios de su amada.

Ella se estremeció como si hubiera visto y sentido, a la vez, su boca sobre la suya. Como la novia que espera la boca del amado.

Me ama. ¡Estoy seguro!

Y esa certeza le devolvió la esperanza de salir airosos de aquella prueba.

LA ETERNA DANZA DE LAS CARPAS

Como le sucedía cuando lograba la perfección de un anagrama con el pincel, supo, con total certeza, que había incorporado a su espíritu aquel tosco esquema señalado junto a los Ojos. *La serpiente que incorpora el dragón*. Había descubierto una parte de sí misma en el anagrama; si tuviera que ponerse un significado, tal vez el más adecuado sería «camino que recorre la serpiente antes de mudar la piel». De tal frase, podría deducirse un significado simbólico:

La transformación.

De semejante manera había sido creado el lenguaje escrito: una idea tomada de referencias cercanas, tangibles, físicas, capaz de envolver el intangible cuerpo de una idea, hasta convertirse en un mensaje simbólico reconocido por cualquiera que lo leyese. Hasta lograr una presencia física diferente a todas. Singular y propia.

Con cada anagrama, creamos aquello que no existe en el mundo real, lo hacemos cierto.

Kamakura no sólo le mostró el camino de la caligrafía, sino su origen sagrado. El sacerdote ciego veía con mayor claridad el mundo desde sus ojos sin vida porque era capaz de soñarlo, de imaginarlo, de recrearlo con sus pinceles.

Dibujó en su mente el anagrama del amor. Del amor apasionado, porque existían infinidad de variantes para eso llamado por todos amor. Lo dibujó y le pareció ver en su interior la mirada ambarina y la boca de gato de Hanzaburo.

¿Existía el amor antes de nombrarlo, de dibujarlo?

Ella nunca lo había pronunciado en voz alta para no pagar el precio pactado, pero lo había dibujado en su mente cientos de noches; también sobre la fina arena del jardín, cerca del estanque con los tres nenúfares. Justo en el lugar donde se sentó Kawasemi.

Se sintió ligera y feliz.

La libertad de regresar a su cuerpo de mujer hacía que cabalgar sobre Shiben fuera una experiencia nueva. El caballo también parecía distinguir la transformación.

Uno es tan sólo lo que siente ser: fue samurái cuando se sintió Samurái del Dragón; ahora era una mujer quien cabalgaba para deshacer una promesa que ataba su corazón enjaulado con los hilos de la pequeña araña tatuada en su hombro.

Calculaba tres jornadas para llegar, si mantenía el ritmo del trote y descansaba lo justo, antes de llegar a la cueva de Kawahime.

No sentía miedo, ni reservas. El recuerdo de la hermosa mujer con cabellera negra como el ónix llenaba su pecho de calma. Durante los años que dedicó a recopilar información sobre los seres mágicos que habitaban, camuflados, entre los hombres, creyó descubrir la identidad de la hermosa mujer.

Una princesa. La princesa de los ríos. Una hermosa mujer que no odiaba a los

humanos, sintiendo incluso afecto por seres tan frágiles y expuestos a los peligros. Sobre todo los niños: evitaba que se ahogasen quienes caían a los ríos donde ella habitaba.

El rostro de Oki se colgó entre sus labios y sonrió.

La mayor parte de los seres mágicos descubiertos por ella en los antiguos escritos eran seres benignos, dispuestos a proteger la vida de los humanos. Kitsune podría ser el mejor ejemplo.

¿Por qué hablaba el zorro del tiempo en que los hombres se olvidarían de ellos?

¿Acaso el poder de esos seres radicaba en la creencia humana?

¿Sucedería lo mismo con los otros seres, los malvados?

Por un momento, imaginó que Tsuchigumo existía porque ella, la pequeña y desvalida Tomiko, necesitaba un aliado y un conjuro. Entonces, si dejara de «necesitarla», ¿desaparecería?

¿La fuerza de Tsuchigumo radicaba en la dependencia que sintió de sus poderes cuando se sintió sola y perdida?

Sin embargo, algo no encajaba, ni en lo estudiado, ni en lo vivido:

¿Qué relación podían mantener dos seres tan diferentes como Tsuchigumo y Kawahime?

¿Acaso existía entre ellas una deuda capaz de obligar a la princesa de los ríos a obedecer a la Dama Araña?

¿Y Kamakura?

Debía masticar despacio todas las palabras de Kitsune: *cuando lo necesites, sabrás lo que tengas que saber.*

Debía de ser, por lo menos, la hora del Mono, cuando Shiben dio señales de necesitar un descanso. Llevaban horas cabalgando y tan sólo a dos jornadas de Edo, lugar que no deseaba visitar porque no correspondía a este viaje.

Imaginó que, de cabalgar junto a Shuzai, su hermano no evitaría rendir homenaje al Shogun; puede que incluso solicitase su permiso. Prefirió no imaginar qué pensaría si descubriera su oculta verdad siendo como era un estricto cumplidor de las normas. *Las sagradas normas de los hombres.*

Frenó a Shiben, lo dejó olisquear la suave hierba del lugar elegido, un pequeño promontorio desde el cual se divisaba un profundo valle. Recogió la cesta de mimbre preparada por el padre del arquero. No sentía hambre, tan sólo deseos por llegar hasta la cueva de Kawahime.

Con todo, decidió reponer fuerzas.

Apenas terminadas las empanadillas de verduras, Tomiko se sintió invadida por la somnolencia.

No se percató de la llegada de Hanzaburo.

El arquero se acercó con el sigilo de un zorro hasta la durmiente. Podía reconocer en sus rasgos al compañero de luchas, al samurái que lo rescató aquella remota noche; sin embargo, el rostro relajado y dormido que ahora contemplaba no era el mismo.

—¡Qué hermosa eres! —murmuró repasando con las yemas de sus dedos, sin rozarlos, los pómulos, la frente, los labios...

También quedaba a la vista la lágrima morada en el cuello, *como una joya sobre un cuello de garza*, pensó.

A través de la ligera armadura de cuero con láminas metálicas lacadas en rojo y negro, quedaba patente un cuerpo de mujer. El cuerpo que había visto, con absoluta claridad, bajo la luna, años atrás. El mismo de la noche anterior mecido por las aguas de los Ojos.

¡Es tan hermosa!

Lo pensó emocionado, sin embargo, si tuviera que ser absolutamente sincero con sus sentimientos, comenzó a amarla cuando aún era Susanô, cuando decidió poner su vida al servicio de su salvador, de quien colocó sus manos sobre el cuerpo aterido del Hijo del Zorro.

Un antiquísimo poema, tal vez de origen chino, llegó hasta su memoria mientras contemplaba el sueño sin pesadillas de Tomiko:

*Cuando mis cabellos se cubran con la flor del cerezo,
No me preguntes dónde habita mi corazón.*

Apretó los puños para evitar acariciarla, para contener el impulso de sentir aquel cuerpo bañado de luna, latiendo bajo sus labios y sus manos.

¡No la dejaría sola! Fuera en realidad quien fuera, llevara el cuerpo que llevara; Hanzaburo le pertenecía.

Le pertenecía cada latido de su corazón.

Repasó con el ámbar de sus pupilas los relajados rasgos: se parecía a Chikako sin ser un reflejo de ella, como si en la belleza de Tomiko se hubiera superpuesto la decidida voluntad de quien no deja su destino en manos del azar.

La bella Chikako deja que el destino se pose sobre su vida; la hermosa Tomiko rompe lo dispuesto para su vida, rasga el velo del azaroso destino y se construye diferente.

En los sentimientos de Hanzaburo pesaba más la sólida admiración por la personalidad, bajo un cuerpo de hombre o de mujer, que los delicados rasgos de su rostro y la femenina contundencia de su cuerpo.

Durante los años de feliz calma en Yamato, tras haber descubierto el secreto del Samurái del Dragón la noche del baño en los Ojos de la Serpiente, se dedicó, con

sutil paciencia, a recomponer el laberinto de datos sueltos donde se escondía la verdad.

Mi amada hermana, Tomiko...

Chikako le contó una parte de la historia, la que correspondía al secreto familiar de una hermana desaparecida; sin embargo, sus palabras no hablaban de un fantasma, de un difunto cuya sombra benefactora se busca en las oraciones; la mencionaba con el cariñoso arrobamiento de la compañía cotidiana. Sin embargo, había sido Kawasemi quien descubrió lo mismo que ellos aquella noche, sin necesidad de ver su cuerpo desnudo; también logró alcanzar mucho más que ellos, más allá de los sentidos:

Las mujeres casi nunca podemos tomar las riendas de nuestro destino. Yo utilicé la paciencia y la fuerza de mi hermano. Pero, si fuera una mujer sola, tendría que haberme transformado a mí misma en mi propio hermano. Y la mujer capaz de semejante sacrificio, merece, más que nadie, ser amada y respetada.

Se lo dijo la última tarde que hablaron, sentados a la orilla del estanque con los tres nenúfares, idéntico al del jardín de Yoshida y que, por alguna razón secreta, Susanô decidió repetir en su propia casa. Cuando Kawasemi tomó su mano, justo al caer la tarde, la última antes de su partida, por un segundo, imaginó que hablaría de sus sentimientos, sin embargo, tan sólo habló de Susanô.

Kawasemi conocía el secreto del samurái; también el secreto amor que unía, sin palabras, sin gestos, sin sentido ni permiso, a Hanzaburo y al Samurái Calígrafo, o al Samurái del Dragón, como ella prefería verlo.

De algún modo, la antigua geisha viajó hasta Yamato para cubrir la partida de Susanô; esperó los años de calma y apareció justo cuando la tormenta levantada tras la fuga de Chikako abrió la puerta al falso marido para reencontrar a la campesina que fue, a la mujer que era.

Sintió el irrefrenable impulso de colocar sus labios sobre los de Tomiko. Lentamente, su cabeza descendió hasta casi tocar el rostro dormido; la rozó con su aliento antes de posar su boca de gato sobre los labios, algo resacos, de Tomiko.

Por suerte, sus reflejos fueron veloces. La araña tatuada en el hombro ardió incandescente al sentir el ligero beso y despertó a Tomiko.

—¿Qué...?

Se llevó la mano izquierda hasta los labios: había sentido, con total claridad, el peso ligero de otra boca.

No cualquier boca, sino de unos labios dibujando la sonrisa de un gato.

De un salto se incorporó. Shibben no estaba a la vista. En realidad, nadie estaba allí.

Temblaba de dolor por el mordisco de la araña, de emoción por la sensación, física y más allá del sueño, sobre sus labios.

¡Hanzaburo!

No se atrevió a pronunciarlo en voz alta.

Sus manos, en forma de cuenco, cubrían su boca para mantener el sabor de aquel aliento.

No fue un sueño.

Pero no podía ser de otra manera. La ligera membrana que separaba el mundo real del mundo mágico debía ser idéntica, e igualmente frágil, a la que separaba el mundo de los sueños, del mundo de los sentidos.

Cerró los ojos y trató de guardar el recuerdo y el sabor de aquel beso, como quien guarda leña para prevenir el frío del invierno.

Tal vez los sueños fueran suficientemente poderosos como para convocar la presencia de quien se desea cerca.

Pero, si esa posibilidad era cierta, debía cuidar incluso esos sueños.

—Ella no debe saberlo nunca —murmuró sintiendo el castigo del fuego desde su hombro.

Cuando logró controlar el aturdimiento y desapareció el tremolar de su cuerpo, silbó llamando a Shibén.

Apenas tardó unos segundos en llegar hasta ella.

—Me estoy volviendo loca, amigo.

Lo confesó sintiéndose embargada, a la vez, por una felicidad recién nacida. Tan joven como su cuerpo de muchacha libre de la coraza de serpiente.

—Vamos, cabalgaremos hasta la noche.

Incluso su voz estallaba en el aire diferente. No retumbaba la poderosa voz del Samurái del Dragón, sino la firme voz de una joven con voluntad de diamante.

Nunca volvería a ser el samurái que todos conocieron y respetaron. Suciedera lo que sucediera, jamás volvería a renunciar a su cuerpo de mujer, a sus sentimientos de mujer, a sus deseos de mujer. Ni, sobre todo, al amor, por más que fuera secreto, que erizaba toda su piel.

Tampoco se permitiría ser una frágil hoja a merced del viento del destino.

¡Una mujer!

Y el retumbar de los cascos de Shibén parecía repetir la palabra miles de veces: una mujer, una mujer, una mujer...

Al amanecer del cuarto día, los cascos del caballo chapotearon en el río que llegaba hasta la cueva de Kawahime.

¡Todo permanecía tal y cómo lo recordaba!

Se bajó del caballo ante el mismo pequeño lago del remoto día en que Kamakura la llevó allí. Ya no estaba helado; sin embargo, sus cristalinas aguas quietas le devolvieron esta vez la imagen de una hermosa mujer, no la equívoca imagen de quien, años atrás, ya se iba transformando en samurái.

Aquí, en este santuario de agua, concluyó mi primera transformación.

Sonrió. Se sentó, no ya en la posición de loto que correspondería a su anterior presencia, sino sobre sus talones. Ni siquiera fue consciente: su cuerpo actuaba guiado por conductas más antiguas que ella misma, por puro instinto heredado. Al otro lado del estanque, el mismo reducto de bambúes abriéndose como un pasillo al fondo del cual caía la misma cascada de agua sobre una losa negra de reluciente basalto.

El sol ya casi primaveral, deambulando por la hora de la Serpiente, lograba destellos casi cegadores en toda una infinita gama de verdes y nácar.

Tomiko esperó.

Esperó hasta ver la figura de Kawahime saliendo, como la primera vez, de la cascada. Su larga cabellera negra, tan negra como la piedra donde se posaban sus pies y brillante como un espejo, cubrió sus hombros y su espalda; sus ojos de jade lanzaron un destello de bienvenida.

Todo sucedía con ceremoniosa calma. La mujer se sentó, en idéntica postura a la suya, sobre la roca negra; la cascada enmarcaba su figura de princesa celestial.

—Ya no necesitas ser un secreto.

La voz de Kawahime se había escuchado sobre el rumor incesante del agua. Ahora extendió los brazos hacia la recién llegada.

—Ven, hermana. Te esperaba.

Tomiko dibujó una sonrisa feliz. Comprendió que había llegado a un lugar cómplice, un reducto de paz. Creyó escuchar, como música de fondo, no el tañido de un sanshin sino un coro de risas infantiles. Un coro que no estaba en su primera visita. Caminaba despacio bordeando el pequeño lago y deseando cobijarse en el regazo de aquella mujer.

Tenían, desde la despedida, un abrazo pendiente.

Cuando se fundieron en un abrazo de pieles idénticas, de hermanas, el coro de risas infantiles se hizo más fuerte. Los ojos de Tomiko miraron emocionados el rostro de Kawahime al separarse mientras latía la pregunta de dónde procedían esas risas.

—Veo que ya puedes escucharlas. —Clavó en ella sus ojos de jade.

—¿Siempre han estado aquí?

—Claro, son mis niños.

—¿Tus...? —No la imaginaba como madre; tampoco nunca se imaginó a sí misma en tal estado.

—Bueno, de alguna manera. —Comenzó a caminar en dirección a la cueva, Tomiko la siguió—. Mi tarea fundamental no es vestir samuráis. —Soltó una breve risa que ruborizó a la recién llegada—. Trato de evitar la muerte de todos los niños que, por equivocación, caen en los ríos o los lagos.

—¿Los salvas? —La mujer afirmó en silencio.

Lo que había leído se confirmaba: aquella era, en realidad, una princesa del mundo mágico.

Por ninguna esquina se vislumbraba el rostro de un niño, tan sólo resultaban audibles, no visibles. Tomiko comprendía aún menos las razones que habían impulsado, puede que obligado, a esa hermosa dama de extraños ojos verdes, a servir a Tsuchigumo, por más que sus tareas en aquel complot que la convirtió en samurái no implicasen ningún daño ni maldad.

Si Kawahime escuchaba sus pensamientos, declinó darle explicaciones.

La cueva, como el resto, permanecía exactamente igual a como la recordaba Tomiko: las paredes de hielo con carpas dibujadas en trazos finísimos; el suelo del mismo material, aunque bien pudiera ser cristal, dado que la temperatura difícilmente mantendría el estado sólido; la misma mesa lacada en negro con figuras incrustadas en jade; el mismo arcón metálico...

¡La misma hermosa anfitriona!

Naturalmente, les esperaba un servicio de té humeante.

—Delicioso té de cereza —dijo la mujer señalando el servicio con una mano.

Repitieron la escena de sentarse cada una a un lado de la mesa; las dos sobre sus talones.

—Veo que has regresado a tus orígenes femeninos.

—¡La coraza! —Tomiko se llevó las dos manos al pecho y se sintió cogida en falta: no le pertenecía, por lo tanto, no era quién para abandonarla.

—Tranquila. —Movi6 sus manos en el aire—. El veneno de la serpiente Cuatro Minutos ya ha cumplido su cometido.

Tomiko, con las mejillas encendidas, bajó la cabeza. Kawahime sirvió el té que dejó un profundo aroma a cerezas recién arrancadas en la cueva. Aspiró el humo sonriendo y ofreció una taza a su invitada.

—Eres una hermosa mujer, Tomiko —había servido una segunda taza antes de comenzar a hablar—. Comprendo las razones de la Dama...

No pronunciaba su nombre, pero parecía no renunciar a su conocimiento. La recién nacida Tomiko la miró expectante. Ignoraba si aquella mujer cuya misión era rescatar a los niños de perecer ahogados podría, o querría, ayudarla en su tarea pendiente.

Terminó la segunda taza de té y mientras las largas manos, casi azules de tan blancas, le servían la tercera, se atrevió a preguntar:

—¿Por qué la ayudas?

—Cuando llegaste a mi casa, eras un secreto. —Levantó los ojos de jade hacia la invitada—. Ahora no necesitas ocultar quién eres.

Tomiko bajó la cabeza. No contestaba a su pregunta.

—Llevo años sin saber quién soy —murmuró Tomiko.

—Pues yo veo sentada a mi mesa a una hermosa mujer.

—La misma a quien antes tú misma ayudaste a vestir como un samurái.

Kawahime suspiró hondo antes de responder.

—Todo en la naturaleza es dual. —Levantó la mano para frenar el gesto de protesta—. Mejor aún, hermana, tú que has tenido la posibilidad de pertenecer a las dos orillas, ¿cuándo te sentías más cercana a tu esencia?

Tomiko levantó la cabeza y la giró en dirección a la pared donde las siluetas de dos carpas parecían a punto de iniciar una danza de apareamiento. O puede que de combate. En realidad, durante los primeros años, todos sus pensamientos y sus energías se centraban en lograr la liberación de Chikako. También en esconder su identidad de campesina. Cuando creyó sentirse enamorada de Shuzai, combatió consigo misma y con la ignorancia en asuntos sentimentales, para librar al compañero y hermano de la promesa realizada a Tsuchigumo.

La coraza de serpiente comenzó a resultar incómoda la noche en que contempló el rostro de Hanzaburo.

Kawahime sonrió siguiendo el hilo de aquellos recuerdos.

Después, vivió en una especie de limbo sereno los años en que fue Susanô el Calígrafo, antiguo y respetado Samurái del Dragón, amado daimyo del feudo de Yamato, esposo de Chikako y padre de Oki.

Su vida como hombre había sido completa, armoniosa y feliz.

Clavó los ojos en el jade brillante de Kawahime.

—Recuerdo dos momentos de extraña felicidad, dos momentos donde ni tenía que esconderme, ni me avergonzaba de mi cuerpo. —Tragó saliva, temía sentir el fuego de la araña tatuada en su hombro—. Dos noches. —La araña permanecía fría y muda—. Sí, dos.

—En los Ojos de la Serpiente.

—Sí.

—Cuando sentías la luna y el agua bañando un cuerpo libre de cualquier coraza. Y no sólo la que yo te regalé.

—Sí.

—¡Tú has elegido ser una mujer, hermana!

—Pero nací niña. —Bajó la voz para añadir—: Por eso me despreciaron mis padres: niña y fea.

No terminaba de comprender. Sin embargo, sus afinados sentidos y su instinto le decían que justo en esa elección podía estar la clave para derrotar a Dama Araña. Algo que ya había escuchado a Kitsune.

Trató de concentrarse aún más en las palabras de la princesa. Ya no se escuchaba ningún otro sonido en la estancia; las risas infantiles se habían retirado.

—Cierto, pero te fue dado elegir. Nadie te impediría terminar tus días como el

venerable daimyo de Yamato, incluso contabas con un descendiente para perpetuar tu recién creada estirpe. —Guardó silencio unos segundos—. En la larga historia del mundo, existen secretos aún mayores que el tuyo jamás descubiertos por nadie.

—Sin embargo, siendo una mujer no podré derrotarla —evitó nombrar a la Dama.

Una sonora carcajada estalló como un concierto de campanas cristalinas. Tomiko miró desconcertada a la hermosa mujer, ¿por qué se burlaba?

—En la cueva de tu protectora lucen como trofeos docenas de hombres que intentaron enfrentarla.

—¿Son los que...? —Tomiko notó que el mundo daba vueltas en su cabeza.

—Todos. Y, te lo aseguro, más de uno llegó precedido de gran fama como guerrero y convencido de poder derrotarla.

—¿Dónde...? —ni las palabras lograban salir de su garganta.

—Imagino que los verás en su momento.

—¿No los mata?

—¡Ojalá!

Había sido un samurái temido en el combate; jamás había rehuido ningún enfrentamiento, sin embargo, la simple exclamación de Kawahime logró derrotarla.

Tomiko se desvaneció.

Abrió los ojos cuando sintió sobre sus labios el agua que le ofrecía su hermosa anfitriona. Se encontraba instalada sobre un futón cubierto con ropajes de seda, instalada en la misma estancia, o en otra idéntica.

—Antes de ofrecerte una segunda ración de agua necesito saber si deseas entrar en la eternidad —dijo la mujer sosteniendo un cuenco de porcelana entre sus manos.

—¿La eternidad? —pensó en Hanzaburo, tal vez al Hijo del Zorro le correspondiera semejante prebenda.

—Bueno, algo similar. Vivirías muchos años, muchos más que cualquier humano, naturalmente...

—¿Serviría para derrotarla?

—No. Incluso podría resultarte insufrible si terminas sometida a su poder.

—Por favor, no te ofendas —inclinó la frente—, prefiero vivir los años que me correspondan.

Nunca volvería a renunciar a lo que era. Nunca. Sobre todo porque ahora, de su decisión, de su derrota o victoria, ya no dependía la felicidad de otro; tan sólo la suya.

Deseaba ser feliz siendo Tomiko.

O morir, pero como Tomiko.

—Bien.

—¿Cómo sería esa eternidad? —no logró evitar la curiosidad, pensando sobre todo en Hanzaburo.

—Sería una eternidad enamorada del tiempo.

—...

—Verás.

La mujer se levantó y caminó hasta la pared con la carpa dibujada, o tal vez atrapada. Tomiko comprobó que sus hermosos pies siempre parecían dar pasos de baile. Ahora, hacia donde se dirigía, podía verse un inmenso pincel y un cuenco de cobre lleno de pintura. Allí, los objetos aparecían tan sólo cuando se necesitaban.

Recogió un inmenso pincel, casi tan alto como ella, lo introdujo en el cubo de cobre lleno de tinta roja y dibujó un anagrama desconocido.

El pincel se deslizaba sobre la superficie transparente de la pared, pero, en lugar de dibujar sobre ella, introducía los rasgos en su interior.

Cuando dejó el pincel, lo que Tomiko veía era algo similar a la estela coloreada que hubiera dejado el movimiento de la carpa al deslizarse en el agua.

—Imagina que la carpa es eterna —hablaba mientras regresaba hacia ella—. Todos sus movimientos dibujarían algo similar a esto que ahora ves. —A Tomiko le fascinaba la imagen, pero no lograba entender—. La eternidad es algo estático, que permanece inmutable, pero la vida se va dibujando a nuestro alrededor como infinitos anagramas que escriben nuestros actos, nuestros sentimientos, nuestras alegrías y dolores. Ese movimiento permanente es el tiempo. —Tomiko abrió los ojos y la boca—. La belleza no es la eternidad de la carpa, sino los dibujos que realiza en el tiempo. Por eso, los seres eternos viven enamorados de los anagramas que dibuja el tiempo.

—¡Es tan hermoso! —No lograba apartar la vista de aquella filigrana roja envolviendo los rasgos de la carpa.

—Normalmente, ese movimiento, el tiempo, termina por consumir a quien lo realiza. Es como si cada uno llegara al mundo para ser un calígrafo del tiempo.

—Un calígrafo —murmuró recordando las horas dedicadas en su estudio a practicar caligrafía, a extasiarse con la perfección de algo tan delicado.

—Cada maestro en el arte de los signos, y todo humano lo es por el mero hecho de vivir, ha de cubrir la historia que tiene asignada, después llega el sueño y, escondida en su velo, la muerte. —Tras unos segundos de silencio, continuó—: Con todo, nada, ni siquiera la eternidad, es para siempre...

—No comprendo.

—No importa. —Movié sus manos, tan gráciles como el movimiento de una carpa en el agua—. Te lo dije la primera vez, hermana: todos contradecimos la mirada que los otros depositan sobre nosotros.

Le estaba confesando su secreto, pero Tomiko no estaba preparada para escucharlo. Kawahime pertenecía a esa estirpe mágica de seres eternos mientras los recuerden y los necesiten. Tsuchigumo amenazó con destruir su santuario, inmovilizarla para evitar cumplir con su tarea. Condenarla al silencio, a desaparecer

de la memoria de los hombres.

A morir.

A cambio de continuar su tarea, aceptó ayudarla, siempre que su ayuda no sirviera para causar daño, mucho menos la muerte. *Tranquila, incluso serás de gran ayuda. Te lo prometo.*

Dama Araña cumplió lo pactado. Kawahime aún vivía atada a esa promesa.

Tal vez Tomiko lograra librarlas a las dos.

—Yo veo sentada a mi lado a una hermosa mujer —la voz de su invitada sobresaltó sus recuerdos.

—También a mi lado se encuentra una hermosa mujer. —Tomiko se ruborizó—. Sin embargo, en tu interior has llevado siempre un samurái. Si no fuera así, ni todos los poderes de Ella, ni la mágica coraza de serpiente hubieran obrado el prodigio de convertirme, ante tus ojos y ante los ojos de los otros, en un valiente samurái. —Tomiko bajó la cabeza, en parte arrepentida por haberse dejado llevar por el indómito deseo de recuperar su apariencia femenina—. Debes recuperar la promesa realizada sin renunciar a lo que eres y, sobre todo, a lo que sientes ser.

Con un movimiento tan veloz que ni sus agudizados sentidos pudieron preverlo, Kawahime alargó una mano hasta el obi de su invitada y extrajo el abanico de hierro, el arma secreta regalada por la Dama Araña; curvó el brazo y lo lanzó contra la misma pared donde había pintado los movimientos del tiempo.

Con el crujido de una capa de hielo al quebrarse, la pared primero se agrietó dibujando el tejido de una inmensa araña para después romperse en mil pedazos. Sostenido en el aire, el fino dibujo de la carpa cobró vida y danzó por entre las ondas rojas.

La danza duró unos segundos.

Después se desvaneció en el aire, junto con las ondulaciones pintadas, como si jamás hubieran existido.

Tomiko recordó haber soñado algo muy parecido.

—No lo olvides, hermana: todo existe porque creemos en su existencia, y se desvanece cuando dejamos de creer. —Los ojos de jade centellearon—. O, simplemente, de mirar hacia ello.

Tomiko recordó al zorro plateado y su bosque; también las palabras premonitorias: el día que los hombres dejen de convivir con la magia y respetar sus territorios, desapareceremos.

¿Podía desaparecer Tsuchigumo con tan sólo dejar de mirarla?

Durante unos minutos, tal vez durante una eternidad, las dos mujeres permanecieron en silencio; cada una dibujada entre sus propios pensamientos, como la carpa había estado perfilada en el hielo de la pared.

—Debes seguir tu camino.

Tomiko sintió sobresaltarse a su corazón. Habría permanecido a su lado, olvidando quién era, a quién amaba y hasta cuál era su cometido cuando salió de Yamato.

Cada vez que encontraba la calma, el destino la forzaba a continuar, como si nunca llegara al lugar y al momento en que, finalmente, pudiera descansar.

El coro de risas infantiles comenzó a brotar desde ningún sitio concreto hasta rodearlas por entero. La invitada pensó en la risa de Oki y sus brazos tendidos solicitando ser levantado hasta las nubes.

Le pareció extraño que, durante toda su vida, los momentos de calma, de escasa felicidad, de paz, se vinculaban, salvo en el caso del hijo de Keiko, a encuentros con otras mujeres: los años de falso matrimonio con Chikako convertido en una estrecha relación de hermanas; las conversaciones, inquietantes y relajantes a la par, con Kawasemi; la dulce tranquilidad experimentada cerca de Kawahime...

—¿Por qué? —lanzó la pregunta sin aparente sentido.

—Una mujer puede ser tu peor enemiga. —Soltó una breve carcajada—. ¡Eso dicen las nueras de sus terribles suegras! Aunque tal vez sea el más profundo de los miedos quien nos convierte en enemigas. También somos el único apoyo posible, hermana.

—Veo que lees mis pensamientos.

—Sí. También Ella podrá leerlos, ten cuidado.

Tomiko tembló ligeramente.

Del mismo modo que antes le arrebatara el abanico de hierro, ahora, la princesa de las aguas se colocó a su espalda para peinarle, con la dulzura de una hermana, con la ternura que nunca tuvo su madre, los largos cabellos.

—Podría quedarme, para siempre, a tu lado —murmuró adormecida por la caricia del peine.

—No es tu sitio, hermana. Sin embargo, siempre estaré aquí si me necesitas. ¡Ah, tengo algo para ti!

Se levantó y caminó, a Tomiko no dejaban de fascinarle sus pasos de baile, hasta el arcón metálico. Extrajo un espejo de plata con los bordes de nácar.

—Con este, podrás verme siempre que lo necesites. Yo lo sabré y esperaré tu llegada.

—Aún conservo el primer espejo.

—Es tuyo. —La mujer miró furtivamente a ambos lados, como si temiera estar siendo espiada, bajó la voz para añadir—. En algún momento, cuando Ella se sienta furiosa, recuperará el odioso rostro que esconde: ten a mano el espejo, colócalo ante ella. ¡Se espantará! Y no olvides preguntarle si no desearía volver a ser...

No dijo más, como si también ella llevara una diminuta araña tatuada en algún

lugar de su cuerpo, capaz de lanzar dardos de fuego si se saltaba las normas. Sobre todo, si ayudaba de algún modo, a derrotarla.

Tomiko le dio las gracias en silencio. Comprendió que Dama Araña podía tender sus tentáculos muy lejos.

Las lágrimas que no brotaron cuando salió de Yamato dejando tras de sí todo cuanto amaba surgieron entonces, calientes y abundantes, cuando se inclinó para recoger el espejo.

Trató de aferrarse al abrazo de despedida con todos sus sentidos para no olvidar nada de aquella mujer: ni su olor, ni el tacto de sus cabellos en el cuello, ni la frágil cintura bajo sus manos.

—No estarás sola, hermana —murmuró cerca de su oído.

—¿Tú...?

Kawahime negó en silencio y acarició sus mejillas con las manos casi azules de tan blancas.

Cuando llegó hasta el pequeño lago de la entrada, el sol dibujaba en el cielo la roja hora del Gallo.

El tiempo se había quebrado como la pared de hielo. Ignoraba si había permanecido tan sólo unas horas en el interior de la cueva, unos días o incluso meses.

Había recibido valiosas claves de Kawahime, la cual había puesto en riesgo su propia seguridad para ayudarla. Masticó las pistas recibidas para no olvidarlas:

Sólo una mujer, una como ella, podría derrotarla donde no lo lograron poderosos guerreros.

Su fuerza radicaba en la mirada de otros y en el miedo que provocaba.

Tal vez Ella misma buscaba su propia destrucción.

Oscuramente, detestaba el ser en que se había convertido: había de enfrentarla a ese rostro.

De nuevo cabalgaba en solitario, remontando la corriente del río en busca de Kamakura.

En el interior de su cabeza revoloteaba la última frase de Kawahime como una bandada de grullas:

No estarás sola.

Quiso creer que sentiría el aliento de su espíritu flotando en torno a ella cuando llegara el momento de la última batalla.

—La última —murmuró.

EL SUEÑO DEL ABAD

Sentada sobre la piedra negra, Kawahime esperaba escuchar los cascos de un caballo. Presintió la cercanía del arquero. Sonrió cuando el chapoteo en el agua anunció su llegada.

—Te esperaba.

—Señora. —Se inclinó antes de descender de Dôjo.

—Me alegra saber que no estará sola.

—La amo.

Por primera vez Hanzaburo conjugaba el verbo en voz alta. Las palabras vibraban en su boca, que aún recordaba los labios de Tomiko. Caminó hacia la cascada, hincó una rodilla en el suelo, colocó el puño derecho con la mano izquierda abierta sobre él a la altura de la frente inclinada.

—Sé que nadie ha derrotado a Tsuchigumo hasta ahora —estaba dispuesto a seguir hablando por más que nunca debiera haber pisado el territorio de la princesa—. Perdonad mi osadía por invadir vuestra casa.

—Si alguien puede derrotarla, será Tomiko. Y tú, hijo de Kitsune, sabes que no debes interferir.

—Lo sé. Pero estoy obligado por el giri; ella me salvó la vida. Esa deuda supera la prohibición.

—¿Tan sólo se trata de un deber?

—La amo.

Al repetirlo, su corazón se enrocó en la certeza de tal sentimiento.

—Recuerda que puedes perder tu condición mágica. ¿Acaso no te importa?

—No.

Su padre, el zorro, también lo sabía, pero no sólo no intentó disuadirlo, aún más: le pidió que no la dejara sola. Existían leyes superiores a las instauradas para defender los territorios donde habitaban los seres mágicos.

—Me alegra saberlo, arquero. Pero recuerda que si el giri te obliga a algo es a salvarla, no a derrotar a Dama Araña. Sólo podrás intervenir para evitarle la muerte...

—O algo peor.

—Cierto.

—Gracias, señora.

Hanzaburo conocía las leyes. Al menos Kawahime lo había recibido, por razones que se le escapaban, le preocupaba más de lo autorizado la seguridad de Tomiko. Se levantó del suelo sin elevar la cabeza y caminó tres pasos hacia atrás sin volverse.

—¡Espera! —La mujer levantó la mano derecha.

Hanzaburo clavó sus ojos ambarinos en el jade resplandeciente de los ojos de la mujer. Kawahime se estremeció: Ella no desperdiciaría la oportunidad de aprisionar a

un ser como aquel, no sólo hermoso, enamorado y leal a ese amor, sino hijo del dios Zorro. Lograr capturarlo aumentaría aún más su ya desmesurado poder.

—Por favor, sígueme.

La mujer caminó en dirección a la cueva y el arquero siguió sus pasos. La pared derribada por el abanico de hierro había vuelto a levantarse guardando en su interior el dibujo, preciso y estilizado, de una carpa. De los anagramas pintados no quedaba ni un resto.

—No entres en la cueva —omitió señalar el hombre de su dueña— sin antes haber colocado sobre tu cabeza esto.

Extendió ambos brazos hacia él; sobre ellos, una delicadísima tela de seda blanca danzaba movida por corrientes de aire inexistentes.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque te hará indetectable. No sólo desaparecerás, perderás cualquier rastro de olor corporal y evitará el menor ruido provocado por tu cuerpo. No basta con volverte invisible, la Dama es capaz de escuchar los latidos en el corazón de una mosca a varios metros de distancia.

—Gracias.

—Por favor, no permitas que su reinado de terror continúe ensombreciendo estas montañas.

Hanzaburo no dijo nada, se inclinó, guardó el fino pañuelo de seda en el interior de su casaca de cuero, salió de la cueva, tomó las bridas de Dôjo y esperó a cruzar el río para subir sobre su grupa.

No necesitaba seguir las huellas de Tomiko, conocía su siguiente destino: la casa del sacerdote Kamakura.

El tiempo en compañía de Kawahime le había devuelto la confianza en sí misma. No esperaba ser tan bien recibida en casa de su viejo maestro ciego, sin embargo, como en el tablero del Go, las piedras se movían siguiendo una trayectoria perfectamente definida por el jugador y ella sabía que el camino hasta la cueva de Tsuchigumo debía realizarlo siguiendo los pasos contrarios al inicio.

Sonrió al recordar los cientos de veces que había subido y bajado aquel empinado camino en busca de agua, con la vara sujeta sobre sus hombros y dos pesados cubos de madera llenos hasta el borde; con nieve, lluvia, viento, calor, todos los días del año mucho antes de la hora del Conejo, y con dos bolsas de arena sujetando sus tobillos para fortalecer los músculos de sus piernas.

Había sido un duro aprendizaje.

Pero había merecido la pena.

Cuando tomó la curva desde la cual se divisaba la casa del maestro, vio una figura sentada sobre un mojón de madera, el mismo donde había partido toneladas de leña

para la cocina y la chimenea del salón.

Al principio imaginó, sentado y esperándola, a Kamakura, pero, a medida que se acercaba, comprendía que aquel hombre, erguido y con solemnes ropajes de abad, no sólo no era el maestro esperado, sino el temido Enomoto.

¿Acaso la acechaba?

¿Conocía sus deseos de vencer a Dama Araña?

En tal caso, no lo imaginaba colocándose de su parte.

No, claro. Enomoto fue a Yamato para comprobar que viajaría sola. Esa fue la información que le dio a Tsuchigumo. Después debió de espiar los movimientos en la casa hasta descubrir su partida y seguirla.

Shiben trotaba lentamente, parecía desear no llegar nunca hasta el mojón donde, impertérrito, aguardaba el abad.

—Creí que te retrasarías —incluso el sonido de su voz molestaba los tímpanos de Tomiko—. Veo que ya no eres el Samurái del Dragón —añadió levantándose y mirando con desdén a la recién llegada.

—¿Dónde está Kamakura? —No deseaba mostrar ni el asco que sentía, ni mucho menos el pavor que le provocaba.

—Su espíritu ha regresado a la piedra.

El abad señaló con su bastón hacia su derecha, Tomiko lo siguió con los ojos entrecerrados y descubrió una piedra sin forma humana salvo por unos rudimentarios rasgos grabados en la parte superior. Exacta a las piedras conmemorativas que algunos fieles esculpían sobre los huesos de un maestro shinto: la tradición decía que, de este modo, el espíritu del sacerdote se trasladaba a la piedra y concedía sus dones a quien oraba y realizaba ofrendas sobre ella.

La piedra nunca olvida que es piedra. Las palabras de Kawahime escuchadas años atrás regresaron hasta sus oídos como si las estuviera susurrando en ese momento.

También recordó la impronta de inmovilidad que se iba apoderando del maestro a medida que se acercaba la despedida.

¡Tsuchigumo había profanado el descanso eterno de un sacerdote shinto!

—No te escandalices —las palabras de Enomoto la devolvieron al escenario real de ese momento—. Como buen jugador de Go, debes saber que toda maniobra en el tablero, por ajena que resulte al noble arte de la estrategia, se da por buena si te ayuda en la victoria.

—¡Necesito hablar con él! —Ella misma ignoraba de dónde le llegaba la energía para enfrentarse a quien intuía casi tan poderoso como Dama Araña.

—Todo a su tiempo, Tomiko; todo a su tiempo.

—No eres más que un servidor de Tsuchigumo; una vil rata a su servicio.

—Puede que sea Ella quien esté a mi servicio, muchacha.

El corazón dejó de latirle durante unos segundos. Las palabras del abad actuaron como los dientes de una serpiente clavándose en su pecho.

Si lo que Enomoto aseguraba era cierto, ¡estaba perdida!

Toda su preparación la había realizado para enfrentar a Tsuchigumo, no al abad Enomoto. Conocía las dificultades de la tarea, pero la red tejida por todos para ayudarla le permitía alguna posibilidad de victoria. Contra el abad, sus probabilidades eran nulas.

Cuando recuperó los latidos, acompañó la respiración hasta ralentizarla bajo mínimos: la mejor técnica para ahorrar energías y fingir una impronta de estatua ante el enemigo. Después se sentó sobre el suelo en posición del loto.

—Bien —dijo Enomoto, sentándose de nuevo sobre el mojón—. Veo que sigues siendo un samurái bajo la triste apariencia de una humilde mujer.

Tomiko apretó los labios. No respondería a ninguna de sus provocaciones. Esperaría, bajo la coraza de una paciencia sin fisuras, a escuchar aquello que el abad deseaba contarle. Ignoraba si pretendía una alianza contra Tsuchigumo; impedir que se enfrentara a ella por temor a ver derrotada a su señora; derrotarla él mismo para lograr beneficios ante la Dama.

O, simplemente, burlarse de su debilidad para enfrentar a la poderosa Tsuchigumo.

Esperaría.

Entrecerró los párpados, colocó las manos sobre las rodillas y estiró su espalda como si fuera el acero de una katana.

Mucho tiempo después, cuando el abad consideró domados los impulsos de Tomiko, comenzó a declamar como si recitara una lección a sus acólitos. Hablaba con la misma engolada voz de un actor de teatro, ensimismado con su propio discurso.

—Para empezar, te diré que no sirvo a Tsuchigumo, somos aliados. Imprescindibles aliados.

Aliado en la maldad, pensó ella.

—Imagino que Kawahime te habrá ofrecido el agua de la inmortalidad, también que la habrás rechazado. —Hizo una pausa, Tomiko no movió ni un músculo—. Existen muchas eternidades posibles, muchacha —destilaba tanto desprecio su voz que Tomiko tuvo que hacer esfuerzos para evitar un gesto ácido en la comisura de sus labios—. Esa que te ofreció la bella princesa de ojos verdes podría llamarse eternidad inocente. Para lograrla, no necesitas realizar ningún acto de crueldad. ¡La hermosa Kawahime sería incapaz de realizar un acto malvado!

Se escuchó una risa sofocada, la risa putrefacta de una hiena.

—Pero tampoco resulta invulnerable, ni definitiva. —Hizo una pausa que a ella le recordó el gesto del titiritero para concitar el interés del público—. Mi eternidad es mucho mejor que la de Kawahime: me hace poderoso, no sólo en el mundo de la

magia, sino en el mundo de los hombres. Y me gusta el poder; disfruto viendo el terror en las pupilas de hombres poderosos a los cuales podría derrotar con un simple pestañeo. Claro que mantenerla exige sacrificios.

Tomiko sentía que se encontraba en el centro mismo de la maldad. Toda la paz emanada del reino de Kawahime se convertía en tinieblas ante la maloliente sevicia emanada por Enomoto.

—Exige sangre. Sangre no voluntaria, no ofrecida por amor, sino arrebatada. Y arrebatada con dolor.

Una poderosa arcada llegó hasta el paladar de Tomiko. Un sabor metálico de sangre mezclado con ácida bilis.

—Tsuchigumo consigue a los hombres, jóvenes y enamorados, que llegan hasta su cueva siguiendo su imperiosa llamada. —Movi6 una mano ante ella—. Ya sabes: los prometidos por su ayuda. —Tomiko tembl6 recordando el tatuaje en su hombro—. Los paraliza, los introduce en redes tejidas con la seda de su boca y yo me sirvo de su sangre para mantener una vida larga, saludable y poderosa.

Solt6 una carcajada. Esta vez, poderosa como una tormenta de relámpagos.

La carcajada que atrajo la atención del silencioso arquero. La carcajada que lo llev6 a dejar a su caballo sin atar y acercarse hasta el origen del estruendo, envuelto en el manto de seda entregada por la princesa de ojos de jade.

No, no era con Kamakura con quien se encontraba Tomiko. Cuando descubri6 el rostro redondo, flácido y arrogante del abad, temió lo peor para la misi6n de su amada.

La voz de Enomoto regres6, engolada y firme.

—Viven sin estar vivos, colgados del techo de su cueva, prisioneros inm6viles, oficiados a mi necesidad y condenados a vivir en esa pesadilla durante a6os y a6os. Ni vivos, ni muertos. ¡El lado oscuro de la eternidad!

Tomiko trat6 de recordar la cueva: los rincones, los olores; aquel extra6o ruido de mandíbulas y pasos arrastrados sobre el techo, a lo largo del pasadizo de salida. ¡No permitiría que su amado fuera uno m6s de los prisioneros!

S6lo imaginar a su amado Hanzaburo en semejante situaci6n le hizo tomar la decisi6n de quitarse la vida antes de pronunciar las palabras que hicieran posible semejante tormento.

—A Tsuchigumo le basta con alimentarse de sus alientos enamorados. ¡Se alimenta con el amor de otros!

Rezumaban tanto desprecio aquellas palabras que Tomiko comprendió, sin lugar a dudas, que Enomoto no estaba al servicio de Dama Ara6a, sino que se servía de sus poderes y pactos para sus propios intereses.

Durante unos segundos, sintió lástima. No por Tsuchigumo, sino por Tsukinani, otra mujer condenada por su belleza a sentir la pasi6n de un padre capaz de cortarle

las alas a su joven amor.

La belleza es un castigo, lo pensó con tanta intensidad que sus mandíbulas se apretaron hasta hacer rechinar los dientes.

Enomoto, aparentemente ajeno a cualquier emoción en su escucha, continuó. Su voz delataba el placer que le provocaba causar la muerte de otros.

—Lo único negativo de este pacto es que sólo me es dado probar sangre masculina. Sí, más vigorosa, mejor para mis intereses porque me apropio de todo su valor —chasqueó la lengua—. ¡Me gustaría tanto probar dulce sangre femenina de vez en cuando!

Te daré la mía si con ello lo libro de tus garras, lo pensó sintiendo que sus venas se rebelaban imaginando penetrar en el podrido cuerpo del abad.

—Sé que me escuchas, muchacha. ¡Muchacha! Yo presenté cartas de recomendación al Shogun y oficié tu boda...

De nuevo el relampagueo de una carcajada.

—¿Qué quieres, abad? —apenas despegó los labios para preguntar ni movió otro músculo de su cuerpo.

—Hacerte una propuesta.

—Te escucho.

No pactaría con Enomoto; no cometería el error de desviarse de su misión: era una mujer; una mujer enamorada. O eso, o un cadáver.

Ninguna otra alternativa.

Sin embargo, decidió ganar tiempo y conocer, en lo posible, las intenciones del más peligroso de sus enemigos.

—¿Conoces el relato de Urashima Taro?

—No, pero me lo vas a relatar, ¿verdad?

—Te interesa. —Hizo una pausa, acomodó las amplias mangas de su túnica, carraspeó ligeramente—. Es una de las más antiguas leyendas de nuestra tierra; y ni siquiera nos pertenece. Urashima Taro era un simple y pobre pescador. Uno de esos pobres de cuerpo y espíritu, resignados e incluso satisfechos con su pobreza que, para colmo, desean saberse buenas gentes. —Suspiró hondo—. Llevado por esa mediocre bondad, un buen día encuentra entre sus redes de pesca a una tortuga, una indefensa tortuga que él decide liberar. Ni siquiera pensó en el rico alimento que podría proporcionarle. Imagino que reconoces en el gesto a la pequeña Tomiko, dispuesta a sacrificarse para salvar a su bella hermana.

Hizo una pausa y clavó sus pupilas en el rostro casi pétreo de la muchacha.

—Bien, pues la tortuga, un ser mágico por supuesto, como recompensa, lo lleva hasta el reino submarino del Rey Dragón. Por cierto, tu kami es un dragón, ¿verdad, muchacha? —Tomiko no respondió—. Urashima se casa con la bella y solitaria princesa del reino y vive feliz durante años. ¡Ah, la felicidad!

¿Qué pretendía con aquel relato?

¿Acaso intentaba comprarla con alguna promesa a cambio de que no se enfrentase a Tsuchigumo?

¿Temía que pudiera vencerla y terminar con su alianza?

—Un día, al pobre pescador, se le despiertan los deseos por ver a sus ancianos padres; se siente culpable de su felicidad mientras ellos deben imaginarlo muerto. Solicita permiso a su esposa para regresar a tierra y verlos por última vez: tan sólo para tranquilizarlos, asegura. La princesa, triste porque lo ama, accede a su petición, pero antes le entrega un cofre haciéndole prometer que nunca lo abrirá. Urashima regresa a la tierra y descubre, con asombro, cómo lo que para él fueron unos años de felicidad, en la tierra se ha convertido en tantos años que de sus padres no queda ni la tumba. ¡Todo su mundo ha desaparecido hace decenas de años! Solo y triste, en lugar de regresar a la feliz compañía de la princesa, abre el cofre que esta le entregó: un vapor blanco lo envuelve. Urashima recupera su tiempo mortal y muere.

Silencio. Enomoto levantó la cabeza: su instinto depredador lo avisó de que alguien los espiaba, pero ni su vista, ni su olfato, ni su finísimo oído dieron cuenta de ningún ser en varios cientos de metros. Volvió la vista hacia Tomiko y le asombró la voluntad que la dominaba: mayor incluso que la fuerza capaz de hacerla famosa cuando vivió en el cuerpo del samurái Susanô.

—Te ofrezco la posibilidad de que puedas vivir el resto de una larga y feliz vida en un remoto y oculto reino mágico. —Silencio—. Allí serías libre de la promesa que te ata a Tsuchigumo. —Silencio—. Incluso podrías llevarte a quien eligieras. —Ni un gesto en el rostro de la mujer—: ¿Y bien?

Tomiko ya conocía su respuesta desde antes de escuchar las palabras del abad. Con su silencio sólo pretendía calibrar hasta qué punto Enomoto temía la posibilidad de que ella resultase triunfante en el combate con la Dama.

Aún guardó silencio unos minutos más.

Hanzaburo, a escasos metros de distancia, observaba y escuchaba la historia del abad. Sabía exactamente a quién se enfrentaba; también el modo de destruirlo. Las flechas de plata entregadas por Kitsune eran para derrotar al abadvampiro. Había de ser exacto y rápido. Un vampiro que viviría tantos años como lograrse ingerir la sangre de algún humano. Un ser de tinieblas y terror; siempre cerca de otros seres tan tenebrosos como él mismo, forjando alianzas con ellos. Comprendió que Enomoto había realizado una alianza con la Dama Araña: él la servía en tareas mundanas y ella le entregaba cuerpos para su alimento.

—No, Enomoto, no acepto. —El rostro rubicundo del abad dibujó una mueca simiesca—. Puedes terminar con mi vida ahora, o dejar que hable con mi maestro.

Tomiko se levantó y, sin mirar atrás, caminó en dirección a la casa de Kamakura.

No vio el gesto de Enomoto extrayendo de su manga derecha dos afilados

aikuchis.

Hanzaburo comprendió que disponía tan sólo de unos segundos y que ninguna de sus dos flechas podían errar el tiro: una en el ojo izquierdo, la otra en el centro del corazón.

Apenas había esbozado Enomoto el gesto de lanzar las dos hojas de acero brillante al cuello de Tomiko cuando silbó en aire la primera flecha: directa a su ojo izquierdo; antes de que pudiera comprender qué estaba sucediendo, la segunda flecha silbó en el aire y alcanzó su corazón.

Tomiko, a unos pasos de la casa de Kamakura, escuchó el ruido de algo pesado rodando por el suelo. No giró la cabeza.

Cuando entró en la casa y se sentó en el mismo lugar donde solía escuchar las lecciones de Kamakura, Hanzaburo retiró el cuerpo del abad y lo escondió en el bosque. Habría de quemarlo y esparcir sus cenizas con suficiente distancia entre sí para que jamás lograra el espíritu del abad reencontrarse y regresar a la vida. Después, fijaría su túnica al tronco de un árbol donde permanecería hasta que no quedara ni rastro del tejido.

El tablero de Go había dado un nuevo giro.

MEMORIA DE PIEDRA

A Tomiko le sorprendió ver a su viejo maestro ciego arrodillado e inclinado sobre la misma mesa donde ella preparaba el té. Le parecía que habían pasado mil años y recordó el río de la vida de Kitsune. Ahora, él agitaba las hojas en un hermoso cuenco de piedra basáltica negra con el interior lacado en rojo.

Rojo, como el color del Samurái del Dragón.

Cuencos, tetera y utensilios relucían hermosos, antiguos, elegantes, ella no podía datarlos, pero sí admirarlos.

—Me sentiría muy honrado si me acompañara en una taza de té —se inclinó levemente—, señora.

Segunda sorpresa: no sólo reconocía la última mutación de su cuerpo, sino que la respetaba y la trataba con una deferencia jamás utilizada para una miserable campesina. No fue así cuando fue su más devoto aprendiz. Tampoco cuando se ganó el derecho a ser un samurái. El maestro ciego respetaba y honraba a la mujer.

Y ella continuaba siendo una campesina.

Sabía que sus pasos estaban a la altura del cuello de la serpiente que dibujaba sus dos círculos: de Yamato a Nagasaki. La casa del maestro ciego era el punto más vulnerable. De alguna manera, todo el combate dependía de Kamakura.

Kamakura la reconoció mujer e inclinó la frente ante ella.

Se sentó sobre sus talones frente al sacerdote ciego, se dejó servir y bebió dos tazas del delicioso té.

—Regresas al tablero de Go, señora —insistió en la deferencia—. ¡Os admiro!

—Tal vez tengáis que haceros cargo de mi cadáver —respondió ella.

—Puedes vencerla. Tsuchigumo no es invulnerable; su poder se funda en un pacto, no en un derecho. —Las pupilas aguadas parecían mirarla—. Si tu rival fuera Kawahime, no lo tendrías tan fácil.

—¿Por qué?

—Es una princesa mágica por derecho propio. Su pervivencia no depende de ningún pacto concreto, sino de la fe y la necesidad que de ella sientan los humanos.

Tomiko recordó el coro de risas infantiles. Sin darse cuenta, sonrió.

—¿Por qué ayuda a Tsuchigumo?

—Para evitar la muerte de los niños. Kawahime la sirve siempre que no suponga dañar o matar a un ser humano. —Movi6 la mano derecha en el aire, dibujando un loto invisible—. Siente un profundo afecto por ti.

—Sí —lo murmuró sintiendo caer en su pecho dos invisibles piedras de jade—. ¿Cómo lo sabes? —y su pregunta rode6 todas las palabras anteriores.

—He seguido tus movimientos en ese tablero de Go donde te mueves desde que llegaste a la cueva de Ella. Como sabes —el tono de voz vari6 ligeramente, se hizo

más grave—, en el tablero cada movimiento modifica la partida. No sólo los tuyos, sino los del otro. Debes mantener una concentración constante. Además —levantó el índice de su mano izquierda—, ni siquiera puedes prever cuál será el siguiente movimiento del otro Imperio; tan sólo debes estar concentrada.

Tomiko inclinó la cabeza.

—Algo que debería comenzar por tu respiración, muchacha.

Tomiko recordó las lecciones sobre la respiración profunda desde el esófago hasta la cabeza: el mejor método para concentrarse y saberse alerta.

Vagamente, intuyó que andaba falta de entrenamiento.

—En tu lado no estás sola —levantó la mano—, aunque no alcanzo a saber si eso es lo mejor; ahora mismo, otra piedra ha desaparecido del Imperio contrario. Te beneficia.

Desde la primera vez que estuvo a su lado, Tomiko supo que no siempre comprendía sus palabras, al menos en el momento de escucharlas, sin embargo, sabía que debía guardarlas en su paladar y su memoria para digerirlas y aprovecharlas en el momento adecuado.

Alguien había eliminado una ficha.

Por un segundo imaginó al arquero cubriéndole las espaldas y eso la asustó.

—Creo que debes hacer algo, señora.

—¿Algo? —Pensó en la sombra del arquero.

—No podrás utilizar armas en el interior de la cueva. ¿Has practicado los ejercicios de la danza mortal?

En silencio, reconoció que no. De golpe, se sintió desentrenada, sin fuerzas, mermada.

—Vamos.

Kamakura se levantó, señaló con su brazo derecho la salida, inclinó la cabeza y esperó hasta que ella saliera para seguirla.

Hanzaburo, oculto tras el chal, observaba los pasos de Tomiko. Cuando ella comenzó a realizar las primeras katas de la danza mortal, comprendió su preparación para enfrentarse, sin armas, a la Dama Araña. Él no podría intervenir en esa lucha, no contra Tsuchigumo, tan sólo como apoyo lateral indirecto.

Contra el muro de bambú que dividía los dos jardines de la casa, Tomiko comenzó con *el mono que vuela los árboles*; si no la más elegante de las katas, tal vez la más útil imaginando las paredes del palacio donde habría de enfrentarla.

—Lento es torpe; veloz es ligero —le murmuró. Estaba desentrenada; sin embargo, minutos más tarde, la memoria de los ejercicios repetidos surtió efecto y ganó en velocidad, elegancia y eficacia.

Por un momento, pareció volar sin apenas rozar el muro de bambú.

Pasó a la kata el tigre apareciendo entre los bambúes. Se sintió más cómoda.

—Vete reduciendo el espacio, no vas a contar con mucha distancia.

Tomiko redujo los pasos de la kata hasta que, en lugar de los cómodos sesenta centímetros para lanzar el golpe, se quedaron en unos pocos. El esfuerzo era mucho mayor, la fuerza mental y el control también. Se sintió agotada.

Ríos de sudor bañaban toda su piel; le dolía cada esquina de su cuerpo y en su cabeza ardía como una hoguera.

Sus manos, con los nudillos cerrados por la segunda falange, habían de convertirse en la mejor de las armas.

El arquero permanecía paralizado escrutando los elegantes y precisos gestos de Tomiko; sintió un fuerte deseo de acariciar algún trozo de su piel: la barbilla, el cuello, la mano... Sin apenas darse cuenta, como en una prolongación de tal deseo, la flecha salió de sus manos, rozó la rugosa lágrima del cuello, fijó la manga de su kimono al muro de bambú mientras las tres plumas negras rozaban sus labios.

El arquero se estremeció.

Tomiko no lograba reaccionar.

—¿Qué hacéis? —preguntó Kamakura—. Tu mente no está en la danza, señora. Os inmovilizan y no tratáis de romper el abrazo. El siguiente golpe podría ser mortal.

La boca de Tomiko se aferraba a la parte más cercana de las plumas, arrancó del muro la punta, sobre la mano recién liberada cayó la flecha, que, lanzada por esa misma mano, terminó aferrando una parte de la túnica que flotaba en torno al alcanfor.

Sus gestos habían dibujado una caligrafía perfecta.

—¡Bien! —Los ojos de Kamakura parecían haber percibido hasta el último recorrido de la liberación—. Creo que deberías ser mi invitada por unos días, señora.

—Gracias.

—Aunque, esta vez, estás liberada de todas las engorrosas tareas de otro tiempo. Yo te serviré el té; después practicarás hasta poder hacer todas las katas sin fatigarte, con elegancia, y precisión mortal.

—Gracias, maestro. —Tomiko inclinó la cabeza ante Kamakura, emocionada y agradecida; luego se le ocurrió una pequeña broma—: ¿Acaso nadie os sube el agua, ni corta la leña?

—¡No seas descarada, muchacha! He dicho invitada, no sirvienta.

—¡Ah! —en realidad, Tomiko se sentía como en casa cerca del maestro ciego.

Sin embargo, Kamakura ya no prestaba atención a su alumna, su cuerpo se había girado en dirección al lugar de donde había salido la flecha. Pareció ver algo, o a alguien donde Tomiko no lograba ver nada.

—No deberías seguirla.

Las palabras del sacerdote avanzaron delante de sus pasos. Los frenó apenas a un metro del lugar donde Hanzaburo se creía a salvo bajo el velo.

—No sólo no debes intervenir, sino que pones su vida en grave riesgo, arquero.

Tomiko miró asombrada al sacerdote ciego. Sus ojos nada distinguían, ni su oído, ni su olfato, pero lo había llamado arquero.

Su cuerpo se dobló en dos y cayó de rodillas frente al falso vacío justo ante la nada donde se agazapaba el arquero.

—No, por favor —su voz quebrada por las lágrimas rebotó contra el rostro cubierto de Hanzaburo—. Prefiero mil veces la muerte a saber que tú pagarás el precio de un pacto que sólo a mí corresponde.

—No te dejaré sola.

Las palabras flotaron ante el rostro de la muchacha, con la contundencia de una promesa, la belleza de un loto y la perfecta armonía de una garza.

—Por favor. —En realidad, Tomiko quisiera decir: mi amor.

—¡Jamás! —protestó la voz del hombre.

—Pero, si Ella... —no logró continuar hasta un tiempo después—: Yo no lo soportaría, Hanzaburo. Me moriría.

—No vas a morir. Aún te queda una vida que vivir a mi lado.

Tomiko cerró los ojos. Necesitaba creerlo; lo necesitaba para no desmoronarse, subir a su caballo y desaparecer.

—Mañana repetiremos a la misma hora, señora.

Las palabras de Kamakura rompieron el hechizo de la escena. Tomiko regresó, despacio, a la realidad del lugar y a la misión que aún le aguardaba.

Su corazón se debatía entre la felicidad de saber correspondidos sus sentimientos y el pánico de imaginar a su amado en la trampa de la Araña.

—Debo pedirte un favor —la voz de Kamakura resonó perentoria.

—Maestro. —Tomiko inclinó la cabeza—, si en algo puedo ser útil.

—Cuando la hayas derrotado, por favor, regresa hasta mi casa, desentierra los huesos que yacen bajo esa piedra —señaló el mojón—, quémalos y esparce las cenizas de tal modo que nunca puedan volver a reunirse; después, destruye la piedra, el símbolo de mi vanidad.

—¿Vanidad?

—Pedí que me enterrasen aquí y colocaran una piedra sobre mis restos para, de algún modo, seguir sirviendo de guía a quienes habían sido mis fieles alumnos. De esa vanidad se aprovechó Tsuchigumo. —Se inclinó ante ellos—. Y no deseo volver a ser siervo de nadie.

—Maestro, ¿ella...? —Clavó su mirada sobre el mojón.

—Ella se sirvió de mi estúpido deseo por permanecer en la memoria y ser respetado más allá de la muerte. —Movié despacio la cabeza—. Ahora sólo busco el descanso eterno. —Clavó sus pupilas ciegas en Tomiko—: ¿Lo harás?

—Claro. —*La piedra que siente y desea el olvido*, pensó Tomiko recordando a

Kawahime. Se mordió un momento el labio inferior, después decidió preguntar directamente—: Maestro, ¿qué piedra ha desaparecido del tablero?

—Cuentas con un aliado. —Ella bajó la cabeza, intuyó que hablaba de Hanzaburo—. Y acaba de terminar con la vida —hizo un gesto ambiguo—, o algo parecido, de un vampiro...

—...

—Un ser oscuro y terrible. Creo que tú misma comenzaste a sospechar no hace mucho...

—¿Enomoto? —ni siquiera era una pregunta.

—El más terrible aliado de Tsuchigumo. Logra mantener algo parecido a la eternidad robando la sangre de aquellos que caen en manos de Ella. —Tomiko ya lo sabía en propias palabras del falso abad.

—¿Cómo se puede poner fin a un ser semejante?

—Clavando, casi al mismo tiempo, una flecha en su ojo izquierdo y otra en el centro de su corazón.

—No sólo, maestro. —La mención a Hanzaburo hizo cosquillas en la piel de Tomiko—. Cuando regresemos a cumplir con vuestro deseo, debo quemar el cuerpo del vampiro y esparcir sus cenizas para que nunca más puedan reunirse.

Los días que siguieron, con durísimos entrenamientos, cobraban una nueva luminosidad al recordar que su amado seguía sus pasos.

Terminarían con ambos monstruos.

Al menos aquel falso abad no se alimentaría de la sangre de su amado. La casi olvidada araña de su hombro, como si se despertara ante cada pensamiento amoroso, lanzó con furia sus dardos hasta el interior de sus entrañas. Tomiko se dobló en dos.

—Maestro, ¿podrías darme un poco del ungüento casi mágico para los dolores?

Kamakura no hizo preguntas, salió del salón y regresó con un cuenco rebosante de la pomada.

—¡Aquí! —Y Tomiko mostró su hombro desnudo.

El maestro colocó una buena cantidad de la pócima sobre el cuerpo tatuado de la araña que parecía rebelarse al bloqueo de la pomada.

—Debes haber sufrido mucho, mi pequeña. —Jamás había utilizado palabras tiernas mientras lo entrenaba—. ¡Tu felicidad será larga y hermosa!

Tomiko se inclinó deseando que las palabras del maestro fueran ciertas.

Kamakura no la dejó partir hasta haberle demostrado que, de nuevo, dominaba el arte de la muerte silenciosa: los nudillos en forma de garra contra el pecho y después, dos golpes con el dedo índice en el cuello.

—Un último detalle —dijo Kamakura como si recordara algo—. Tú librarás a muchos de las maldades de la Araña. Justo es que conozcas aquello que esconde.

Entró en la casa y salió con una pipa de bambú y una pequeña bolsa de cuero

llena de hierbas.

—Fuma cuando entres en la cueva y comprenderás.

Al salir, Tomiko caminaba despacio hasta el lugar donde Kamakura había descubierto la presencia de Hanzaburo: ignoraba si aún seguía allí, si podía oírla.

—Hanzaburo, si vas a seguirme, por favor, cuando veas mi cuerpo contra una de las paredes de la cueva, sujétame a ella, dejando piernas y brazos libres. ¿Lo harás?

—Cuenta con ello.

Sí, la voz era la de su amado, por más que sus ojos no vieran nada, ni su nariz olfatease el conocido olor de su cuerpo, ni escuchase el menor de los sonidos, salvo la respuesta.

LOS FINALES

EL COMBATE

Faltaba el asalto final. De nada le serviría llevar ventaja, incluso tener acorralado el Imperio del contrincante; un par de movimientos inesperados y el resultado de la partida resultaría imprevisible.

Tomiko dejó a Shiben a la entrada de la cueva donde el hambre, la soledad y la desesperación la habían llevado, una vida antes, para cambiar el destino de su hermana Chikako y, sin saberlo, el suyo.

Shiben cabeceó cuando su dueña se alejó.

Sin embargo, a Tomiko la invadió una oleada de serenidad, como si, de golpe, todo cobrara sentido y pudiera ver ante sí el recorrido del río en su totalidad. Casi sintió gratitud por su enemiga: el pacto con Tsuchigumo le había permitido una vida jamás imaginada para la pobre y fea hija mayor de unos campesinos; se había sentido un samurái respetado; había conocido la amistad de hombres que nunca la miraron ni con desprecio, ni con deseo. Finalmente, había encontrado el amor que creyó prohibido para ella.

Había comprendido la bendición de no nacer hermosa y poder llevar las riendas de su destino.

Sobre todo eso: había podido elegir su propio destino. Incluso dentro de qué cuerpo deseaba vivir.

Realizó unas cuantas respiraciones y se ordenó concentrarse en cada uno de los gestos que realizaría a continuación.

Atravesó el mismo pasillo por donde había seguido los pasos del maestro ciego: los mismos ruidos de masticación y siseos casi metálicos arrastrados sobre el techo. Se paró, concentró sus pupilas en la oscuridad y esperó hasta descubrir que decenas de arañas negras cubrían el techo del pasillo y se desplazaban sin objetivo aparente.

Debían de ser una parte de la propia Tsuchigumo.

Dedujo que la esperaba.

Encendió la pipa regalada por Kamakura, aspiró hondo y vio una escena imposible de situar sobre el rostro de su enemiga: dos hermosos jóvenes se amaban bajo un tori; al fondo se veía un imponente castillo. Tomiko supo que antes de ser el monstruo que ahora era, había conocido el dulce sabor del amor.

Cuando sus pasos entraron en la escasa luz del amplio salón, Tomiko sintió, con absoluta precisión, no sólo la presencia de Dama Araña, sino sus pupilas de carbón clavadas en su cuerpo. Distinguió su túnica blanca en una esquina.

—¿Vas a cumplir tu promesa?

—Vengo a romper el pacto —ignoraba de dónde le llegaba la fuerza para decirlo.

—Nadie rompe un pacto sellado con Tsuchigumo. Y no debía ser una simple campesina quien se presentara en mis dominios para retarme.

—Ya no soy una simple campesina.

—¿Dónde está tu armadura de samurái?

—Tampoco soy un samurái.

Decirlo había convertido en verdadera su nueva realidad. Se sentía fuerte.

—Mejores guerreros que tú llegaron para convertirse en mis eternos prisioneros.

—No seré uno de ellos. Además, tú eres la auténtica prisionera, Tsuchigumo: necesitas alimentarte de lo que sienten otros porque ya no puedes sentir nada.

—Te equivocas. —Se levantó, sin embargo, flotaba sobre el suelo—. El odio es poderoso, y mi odio es intenso y tenaz.

A partir de ese momento, Tomiko supo que no habría ni tregua, ni descanso. Que sólo cabía la victoria o la derrota.

Ella había de resultar victoriosa. Por amor a Hanzaburo.

Buscó en su obi la piedra de ónix y la introdujo entre la lengua y el paladar. Escasa ayuda quizá, pero le evitaría ser devorada al primer envite.

El salón ya no se parecía en nada a sus recuerdos; ahora presentaba el aspecto de una guarida animal, incluso el olor: descomposición, moho y muerte. Ya no era el grato lugar donde habían curado sus heridas y había sellado un pacto con la Dama Araña.

De golpe, un número indeterminado de arañas, inmensas, brillantes y decididas avanzaban hacia ella: lamentaba no tener su katana para segarles la cabeza: tendría que vencerlas sin armas, sin otra cosa que sus manos y sus pies.

El combate no resultaba fácil: eran numerosas y actuaban con bastante coordinación; sin embargo, los últimos entrenamientos habían dejado a Tomiko fuerte y preparada. Había pasado un tiempo indeterminado cuando se vio rodeada de cadáveres y arañas moribundas que movían espasmódicamente sus patas en el aire.

—Sigues bien entrenada, campesina —la voz retumbaba desde todos los puntos de la estancia—. Pero ellas apenas son nada comparadas conmigo.

Sin saber desde dónde, ni de qué manera, Tomiko sintió su cuerpo lanzado contra uno de los muros de la cueva; tardó unos segundos en ver, en torno a su cintura, una espesa red negra que, a su vez, se adhería a la pared y la dejaba expuesta y vulnerable ante Dama Araña.

No podría romperla, así que decidió utilizarla: la levantó sobre su cabeza y permaneció suspendida en el aire, con ambas manos aferradas a la red.

Tsuchigumo caminó sobre la pared hasta colocar su rostro a unos centímetros de la muchacha.

Un hedor a muerte llegó hasta las neuronas de Tomiko y hubo de hacer un enorme esfuerzo para no desvanecerse. *Ella no sabe quién es en realidad*, pensó.

Si tuviera las manos libres, podría cegarla unos minutos y después mostrarle el verdadero rostro, ese que Tsuchigumo no debía recordar de sí misma.

Se concentró en desear que Hanzaburo cumpliera su petición y la fijase al muro con sus flechas para dejarle pies y manos libres. Apenas habían transcurrido unos segundos, cuando escuchó el deslizarse de docenas de cuerpos por la misma pared junto con los mismos ruidos del pasillo de acceso y un intenso miasma a rata desventrada.

Tal vez el amor una primero las mentes y después los cuerpos. Hanzaburo, con las piernas firmemente fijadas en el suelo y cubierto por el manto de seda, observaba la escena y comprendió dos cosas: una, Tomiko necesitaba movilidad para actuar; dos, las inmensas arañas que la rodeaban por la pared podrían inmovilizarla si lograban lanzarle su veneno.

En apenas el tiempo que se tarda en lanzarlas, doce flechas en los costados de su kimono inmovilizaron a Tomiko contra el muro. A la vez, comenzó a lanzar otras, con la punta encendida en un pebetero de cobre cercano al muro, contra las arañas que la rodeaban.

Siempre que no se enfrentara directamente a Tsuchigumo, podía ayudar a Tomiko en el combate.

La Dama, asombrada por el giro de la pelea, ya no mostraba el apacible rostro de una hermosa mujer madura, los rasgos de Tsuchigumo se habían transformado en el rostro de una araña construida con brillante y duro ónix. Si no hubiera llevado la piedra en la boca, Tomiko habría sido devorada en ese mismo instante.

—Cómo puede la hermosa y enamorada Tsukinani vivir dentro de Tsuchigumo —dijo Tomiko colocando el pequeño espejo ante aquel pavoroso rostro.

Durante un par de parpadeos, Dama Araña miró desconcertada el rostro del espejo; después lanzó un alarido que dejó aterida a Tomiko mientras las arañas iban cayendo, con los cuerpos en llamas al suelo de la cueva.

Tomiko supo que el deseo de vivir, aun cuando fuera bajo la máscara de una araña, era más fuerte que el deseo de recuperar a Tsukinani.

—Las dos hemos hecho un pacto —la voz de Dama Araña retumbaba contra las paredes.

—No son iguales, Tsukinani —intentaba referirse a la mujer oculta tras el monstruo—: El mío fue realizado por amor; el tuyo por odio.

—El odio es fuerte.

—Más lo es el amor; ese que buscabas en los alientos de los enamorados que robabas a tus víctimas.

Con manos temblorosas, Tomiko colocó las hierbas en la pipa de bambú: el humo dibujó una escena increíble para todos: un par de hermosos jóvenes se besaban y abrazaban bajo un tori rojo. Algo que Tomiko ya había descubierto a la entrada de la cueva y que le ayudó a comprender:

—Probaste el amor de Syako, ¿cómo puedes vivir en mitad del odio y el horror?

Tsuchigumo miró unos segundos la escena a través de las volutas del humo y lanzó un terrible alarido.

Ese era el oculto secreto de Dama Araña: haber probado el deseo y haberlo perdido; incluso haber perdido toda posibilidad de repetirlo en sus actuales circunstancias.

—¡Has sido cobarde, Tsuchigumo! —gritó Tomiko. Y las palabras estallaron como un salvazo contra el horroroso rostro de la araña.

Con la kata del mono que pisa una grulla, Tomiko se colocó de un salto sobre la malla de seda que antes la había aprisionado. Contaba con escasa movilidad y escaso espacio. Y sólo con unos instantes; extrajo la moneda y apuntó a la frente de la araña, durante unos segundos Dama Araña perdió el control de sí misma y de la batalla; después lanzó los polvos directos a las dos pupilas rodeadas de sangre y la cegó: la mano derecha dibujó la garra del tigre y se lanzó contra el pecho de la araña.

Justo en ese movimiento, un seno de Tomiko quedó al descubierto: pequeño, redondo, blanco y rotundo: tres miradas se centraron en la pequeña blancura de su seno, la fascinada de Hanzaburo, la de la propia Tomiko, incrédula, y la ensangrentada de Tsuchigumo que la envidió con tanta fuerza como para debilitar su maldad. Después, los dos índices de las manos de Tomiko golpearon, casi con suavidad, el cuello peludo de la inmensa araña.

O el golpe había sido más fuerte de lo esperado, o el cuerpo de Dama Araña más frágil; el puño atravesó, literalmente, el pecho de la araña que se desmoronó junto a los cadáveres humeantes de las otras arañas.

Tomiko descendió dando dos volteretas en el aire para comprobar el final definitivo de la poderosa Tsuchigumo; por si no era así, las flechas estaban dispuestas en sus dos manos: lo que encontró fue un montón de cenizas apestosas casi envueltas en brillantes hilos de seda negra.

Casi en el mismo instante sintió en su hombro el desgarrar ardiente de su piel, como si algo la estuviera despellejando viva: comprobó que el pequeño tatuaje había desaparecido: era libre. Su liberación liberaba también a Kawahime; eso le hizo sonreír.

LOS ENTIERROS

Cuando sus pies tocaron el suelo, Tomiko aún dudaba de que realmente hubiera terminado con Tsuchigumo.

¡Libre!

Se acercó hasta Hanzaburo y repasó sus orejas con las yemas del índice.

—Gracias.

—Te amo.

La pequeña campesina repudiada por sus padres jamás había soñado con escuchar semejante declaración.

Tembló.

—¿A quién amáis realmente, arquero, al samurái o a la campesina?

—Te amo desde la noche en que me salvaste. —Hanzaburo colocó ambas manos rodeando el rostro de Tomiko—. También amo a la hermosa mujer que se introdujo en los Ojos de la Serpiente.

—¿Lo descubriste? —Hanzaburo afirmó con la cabeza, en silencio—. Como Shuzai.

—Él también te ama desde siempre.

Entonces, Tomiko hizo algo impensable, cogió la mano derecha del arquero y la llevó hasta el estigma granate de su garganta.

—Cuando vayas a decirme que me amas, no olvides colocar tu mano sobre esta lágrima. Así sabré que es a mí a quien lo dices.

—Nunca entendí por qué te molestaba tanto.

—Porque me señaló como a alguien indigno de ser amado.

—Y tú, ¿colocarás tus manos sobre mis orejas?

—Claro. Dime, arquero, ¿a quién prefieres, al compañero samurái o a esta que ves?

—No veo por qué debería elegir: tú eres ambos.

Tomiko no sabía si sentía lástima por quien, en definitiva, la había ayudado a cumplir la promesa de liberar a Chikako; o alivio por haberse librado del pacto que la encadenaba. *Los sentimientos, pensó, como la belleza, nunca aparecen en solitario.*

Lo único que deseaba en ese momento era sentir los brazos de Hanzaburo rodeando su cadera.

—¡Lo has conseguido! —Su brazo derecho rodeó la cintura de Tomiko.

—No he estado sola. —Dejó caer su cuerpo sobre el brazo del arquero.

—Poco he podido hacer.

—No pensaba solo en ti, Hanzaburo. Hasta aquí, me han seguido los consejos y el apoyo de Kitsune, Kawahime, Kamakura...

—Pero tú has lanzado el puño contra Tsuchigumo. —La miró antes de añadir—:

Y tu hermoso seno, amada mía, ¿acaso no sentiste la envidia de su mirada ensangrentada sobre tu pecho?

—¿Lo viste?

—¿Cómo evitarlo?

Guardó silencio: le sobraban las palabras. El brazo de Hanzaburo rodeándola le recordaba sus propios abrazos cuando redescubrió su cuerpo de mujer. Ni siquiera sentía vergüenza por la desnudez durante el combate.

Sin embargo era ahora, nunca antes, cuando tanto dolor y miedo acumulado hacían temblar su cuerpo de mujer y las lágrimas pujaban por salir como ríos desbordados. Tomiko lloró todo cuanto no había llorado, con la cabeza apoyada en el hombro de Hanzaburo; sostenida por Hanzaburo. Feliz en medio de las lágrimas. El arquero sintió cómo sus propias lágrimas se derramaban hasta llegar al rostro de su amada.

Llorar fue lo primero que hicieron juntos, como si todo lo vivido necesitara un llanto de luto.

Después, los rodeó el silencio.

El silencio provocó que sus alientos se acercasen. Ambos llevaban demasiado tiempo deseando un encuentro como aquel. Cuando la boca de gato de Hanzaburo se posó sobre los labios de Tomiko, regresaron docenas de imágenes almacenadas por ambos: el cuerpo recién descubierto de una mujer ante los Ojos de la Serpiente; el rostro imposible de un moribundo atado en lo alto de una colina; las furtivas miradas tratando de evitar ser descubiertos; la lucha junto a Shuzai en la casa de Shozo Masashi.

Cuando sus labios se fundieron juntos, en realidad, eran dos estrellas antiguas licuándose en un nuevo nacimiento.

—Aún tenemos algo que hacer.

—¿Aquí?

Tomiko no contestó; buscó con la mirada hasta encontrar un saliente a la derecha del muro del fondo y caminó hacia el lugar. Hanzaburo la siguió.

Tenía la impresión de haber heredado la memoria de su víctima. Tanto que se acercó de nuevo al lugar: no se había movido; aún era un montón de cenizas rodeado por un nido de hilos brillantes.

El espectáculo heló el discurrir de su sangre por las venas: colgadas del techo, doce bolsas de seda trenzada, similar a la que ahora cubría las cenizas de Dama Araña, encerraban, tal como lo había descrito Enomoto, doce cuerpos de hombres derrotados. Sobre una mesa, unos pliegos de papel daban cuenta de los nombres y las razones.

Toki Motosada rezaba en primer lugar. Promesa realizada por Orito para liberar

las deudas de su padre.

Gamo Sadahide ocupaba el undécimo puesto. Promesa realizada por Kuchisake para liberar a su hermano.

Nakata Hideo, el último de la lista. Promesa de Yukionna para evitar un fatídico matrimonio.

Eran los únicos legibles entre todos. También había referencias sobre los feudos de procedencia.

—Debemos devolverles un poco de paz, Hanzaburo.

Había imaginado a Hanzaburo en una de esas trampas y todo su interior había dado un vuelco.

Sin responder, el arquero desenvainó la katana y cortó los trenzados que mantenían suspendidas las bolsas del techo. Cortó tres, aquellas con datos suficientes para ser devueltos a quienes tal vez llevaban años guardando luto. La primera, la undécima y la duodécima.

—¿Y los otros? —preguntó Tomiko.

—Podemos darles la dignidad de una sepultura.

—¿Estarán muertos?

—De no estarlo, les concederemos ese derecho.

Al mover las bolsas descubrieron un rumor de huesos entrechocando, sin embargo, cuando las abrieron, no fueron huesos lo que apareció a la vista, sino algo similar a fantasmas con jirones de carne, aún vivos, si es que podía llamarse vida al estado al que se habían visto reducidos.

Hanzaburo decidió que lo más seguro para que nunca más volvieran a ser esclavizados sería preparar una inmensa hoguera y lanzar las bolsas sin identidad clara al fuego.

Varias horas después, agotados pero felices, Hanzaburo y Tomiko prepararon los tres cuerpos identificados, fabricaron tres parihuelas y los encadenaron a la grupa de sus caballos.

Cuando salieron y montaron sobre sus caballos, recuperaron la vieja alegría de los compañeros de armas compartiendo destino.

Tomiko sintió el aire salvaje acariciando sus mejillas. La felicidad era, exactamente, ese instante.

Aún quedaban dos tareas por cumplir: destapar los huesos de Kamakura, quemarlos y esparcirlos para que nunca más pudieran volver a reunir sus restos; destruir la piedra con toscos grabados hasta que sólo fuera polvo. Después quemar el cuerpo de Enomoto y, también, esparcir sus cenizas para que jamás recuperase su forma.

—Es como si, por fin, todo hubiera terminado —exclamó Tomiko limpiándose el sudor de la frente.

—Los combates nunca terminan. La vida es un prolongado combate.
Por suerte, estarían juntos en cada batalla.

Cuando llegaron hasta Orito, encontraron a una mujer que había superado los sesenta y cuidaba de uno de sus nietos pequeños. Le costó comprender qué le estaban entregando aquellos desconocidos.

—No lo olvidé, pero viví como si Toki no hubiera muerto por mi culpa. Me casé, tengo hijos y nietos. De alguna manera, casi he sido feliz.

—Sin embargo, tal vez desees enterrar a Toki Motosada.

—No fui su esposa en esta vida, pero lo seré en la otra. Pediré a mis hijos que me entierren con él.

—¿Lo entenderán? —preguntó Tomiko.

—Les he regalado mi vida mortal; la otra, me pertenece —respondió Orito.

Kuchisake no había logrado vivir con el peso del recuerdo. La vida se le acabó la tarde en que Gamo Sadahide decidió partir para enfrentar a Tsuchigumo y no regresar. Les costó encontrar a quien todos sus vecinos consideraban loca, deambulando por el bosque cercano.

—Ya puedo morir —dijo con los ojos arrasados en lágrimas.

Ni siquiera esperó a que la extraña pareja se diera la vuelta, cayó sobre sus talones, se abrazó y lloró como si nunca fuera posible terminar de dolerse por la muerte de su amado.

Yukionna, la última viuda sin enterrar a su amado, se atrevió a solicitarles un último favor.

—Se lo ruego, regresen mañana y allí, bajo aquel cerezo que mi padre plantó para que el día de mi boda hubiera cerezas, entierren lo que encuentren.

Lo que encontraron al día siguiente fue el amasijo de dos cuerpos fundidos en sangre: Yukionna se abrió las venas y se arrojó sobre los despojos de Nakata Hideo, tal vez en un intento por devolverle la vida, tal vez sólo celebrando una noche de esponsales mortal.

Tal y como los encontraron, los enterraron bajo el cerezo.

REGRESO A LOS OJOS DE LA SERPIENTE

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hanzaburo mirando preocupado la palidez y ojeras de su amada.

—No creo que pudiera responderte.

—Bueno, podrás intentarlo. No deseo que existan silencios ni secretos entre nosotros.

—Sí, ya hemos vivido bajo demasiados secretos. —Pero le costaba explicar el amasijo de emociones que la agotaban en un combate interior que llevaba días martirizándola—. Pienso en los muertos fantasmales de la cueva —intentaba organizar sus ideas antes de continuar—. Todas las que llegaron hasta el reino de la araña fueron mujeres, probablemente hermosas, todas intentaron salvar a alguien de su familia, tal vez hubieran preferido oficiarse ellas mismas como víctimas... Cuántas veces provocamos dolor intentando hacer un bien a otros.

—La vida se mueve entre dualidades contradictorias. Eso la hace discurrir.

—Por el río de la vida, ¿no? —Lo miró—. Son hermosas palabras que escuché a tu padre. —Se mordió el labio de nuevo—. Lo que me inquieta es que sean siempre las mujeres quienes intentan tejer el bien entre los suyos, aun a costa de su propia desgracia... ¿Ahora vas a decirme que hombres y mujeres somos diferentes y contradictorios?

—Somos parte de la misma materia, Tomiko.

Tomiko movió negativamente la cabeza.

—Chikako fue condenada por mujer y por hermosa; Kawasemi también... ¿Por qué no fue castigada mi madre si en su corazón no tuvo nunca cabida la compasión; o Shuzai, que era el heredero de su padre?

—Tal vez porque sois más vulnerables.

—O porque nos habéis acostumbrado a vivir arrodilladas: para servir el té, para servirnos a vosotros. —Respiró hondo—. ¡Yo nunca viviré arrodillada a tu lado!

—Ni yo te lo pediría.

—Bien. —Se sintió tranquila; su historia nunca se parecería a ninguna otra porque los dos eran diferentes y habitaban un amor distinto al resto—. Pues yo sí quiero pedirte algo.

—¿Como qué?

—Antes de regresar a Yamato, a esa cita que concertó Shuzai...

—Para esa cita aún falta mucho tiempo, ¿qué deseas?

—Primero quiero volver a los Ojos de la Serpiente, contigo y sin secretos. —Tomiko buscó el ámbar en su mirada tranquila—. Después quiero regresar al templo de tu padre, contigo.

—Seguro que bendice nuestra unión.

—Me alegra saberlo.

—Si queremos llegar a los Ojos antes de la noche, tendremos que cabalgar a buen ritmo —dijo Hanzaburo.

—Te sigo.

Hermosos y veloces, cabalgaron dejando atrás el horror de aquellos tres enterramientos a destiempo. Ninguno de los dos olvidaría nunca lo vivido y sentido en las últimas jornadas. Formaría parte de su piel y su futuro, como la nieve añadida a la bola de la vida.

Esta vez, la visión del agua rielando entre la luz de las estrellas no provocó en Tomiko ningún miedo; ya no necesitaba esconder ni su cuerpo, ni quién era. Dôjo y Shibem aguardaban, sueltos y quietos, en el lugar donde los habían dejado sus jinetes, quienes descabalaron y caminaron hasta los Ojos de la Serpiente tomados de la mano.

Se desnudaron, uno frente a otra, sin dejar de mirarse, de comprobar la hermosura de sus cuerpos salpicados por el fulgor de las estrellas. La luna era apenas una sonrisa.

Entraron juntos en uno de los Ojos.

—Esta es nuestra primera noche, amada mía.

Lo había dicho en un susurro mientras abrazaba aquel cuerpo tan deseado.

—Siento un ligero cosquilleo de miedo, arquero.

—¿A qué?

—A mi inexperiencia.

—No pretendo que seas una geisha.

—No es eso. Ni siquiera he tenido los consejos de mi madre, o las conversaciones con otras jóvenes. Mi inexperiencia no es sólo física.

—Es como un baile... ¡Déjate llevar!

El baile de las carpas, pensó ella recordando los grabados en las paredes de hielo de Kawahime y aquel remolino creado por el pincel de la princesa.

Tomiko había soñado tantas veces con sentir el cuerpo de Hanzaburo pegado al suyo que temía estar soñando en ese momento. Pero no, su cuerpo se cargó de algo similar a la electricidad en los lugares por donde su amado la repasaba con sus manos. Tomiko sí había escuchado historias nada gratas sobre el dolor de ser esposa esa primera noche, también recordaba la mirada baja y temblorosa de Chikako; sin embargo, la suya no lograba parecerse en nada a tantos temores. Sus pechos buscaban desesperadamente la boca de Hanzaburo y cuando sus labios los besaban se estremecían. Su cintura se combaba en busca de un contacto más cercano y cuando sentía sus caderas sostenidas por ambas manos de Hanzaburo, no tenía claro si estaba volando como una grulla de papel o nadando como una carpa en el río de su propia

vida.

Gimió ligeramente cuando Hanzaburo la penetró y sus manos se aferraron a sus hombros mientras sus ojos, abiertos para no perderse ningún detalle, se hundieron en el ámbar soleado de su amado. Hanzaburo sonrió y besó los labios y los dientes de Tomiko. Boca contra boca, el gemido final de los dos los atravesó por igual.

—Ya somos uno solo —musitó Hanzaburo tiempo después.

—¿Para siempre?

—Para siempre y mucho más.

El agua se ondulaba entre ellos como un tercer abrazo, como si todos los seres mágicos de aquel lugar intentaran compartir su primera noche de esposos.

Tomiko sintió que todos los duros días de su vida anterior no sólo habían merecido la pena, sino que volvería a repetirlos, exactos, tan sólo para llegar a ese instante. Hanzaburo sintió que toda la magia de su mundo se quedaba pálida ante la intensidad de aquel instante. Comprendió a tantos seres del mundo mágico pagando cualquier precio a cambio de llegar a conocer el éxtasis humano de los sentidos.

Aún tardaron horas en lograr moverse del agua. Justo cuando el cielo comenzaba a teñirse de malvas y rojos, sin ponerse de acuerdo, ambos salieron de la poza.

Tomiko, mientras se vestía, pensó que si Tsukinani hubiera vivido algo similar, el odio jamás habría transformado su cuerpo en una horrible araña, ni su espíritu en un recipiente ponzoñoso. Apenas había atisbado los goces y ya la hicieron flaquear en el momento decisivo del combate, si hubiera conocido una noche como aquella jamás habría renunciado a su alma de mujer. ¡Qué precio tan alto a cambio de tan escasa venganza! Sintió una profunda lástima: no dejaba de ser una más de las mujeres castigadas por ser hermosas. Como todas cuantas había conocido. Salvo Kawahime, dueña de su vida y su persona.

Tal vez fuera necesario pertenecer al mundo de la magia para lograr, siendo mujer, ser dueña del destino.

Hanzaburo no interrumpió los pensamientos de su amada; imaginaba su interior lleno de emociones contradictorias librando un combate más arduo que todos los anteriores. Se vistió en silencio y esperó a que ella estuviese preparada.

El templo de su padre estaba cerca y él tenía pendiente un regalo para su amada.

MI DULCE AMOR DORADO

Las lágrimas correteaban por las mejillas de Tomiko sin dolor ni pausa, como una caricia largamente esperada, *ahora que soy feliz, lloro como si acabara de iniciar la fuga de mi casa*, pensó dejando que fueran esas lágrimas las que limpiasen toda la maldad contemplada; todo el dolor desgarrado que le había sido dado conocer. Al final del Segundo Círculo, recuperada su presencia femenina, con Hanzaburo a su lado y sin sentir los dardos de la diminuta araña, borrada de su hombro cuando Tsuchigumo se desplomó sin vida, convertida en una montaña de cenizas envueltas en un nido de finísima tela de araña, regresaban las lágrimas por todo lo vivido.

Lágrimas de felicidad; esa que pareció negada siempre a la fea niña campesina. Tan sólo su estigma en forma de lágrima continuaba en su cuello. Sin embargo, ya no se sentía marcada por la desgracia: Hanzaburo había puesto primero sus manos, luego sus labios, sobre aquella lágrima y, en cierta medida, la había borrado. El amor la inundaba como un interminable lago en calma.

—Aún no quiero regresar a Yamato —murmuró sobre los labios de Hanzaburo.

—¿Qué deseas hacer?

—De momento, tan sólo sentir tus brazos rodeándome.

Hanzaburo rodeó su cintura recordando la imagen de su cuerpo desnudo bajo la luna, pero ella tomó su mano derecha y la colocó sobre su garganta, sobre la rugosa lágrima que había marcado su vida.

—Quiero que me ames sabiendo, con total claridad, quién soy.

—¿Acaso no lo supe esta última noche?

Tomiko le regaló un alegre mohín. Hanzaburo dejó la mano en el cuello de Tomiko mientras la estrechaba fuertemente contra su pecho.

—Siento la necesidad de ser bendecida por Kitsune.

—Sea.

Si le hubiera pedido un trozo de su alma, se la habría arrancado allí mismo.

—Sé quién eres, mi amor: una hermosa mujer que plantó cara a un duro destino, fue capaz de realizar un pacto con un ser peligroso y siniestro, transformarse en un samurái famoso y regresar a la mujer que nunca dejó de ser.

Tomiko clavó sus pupilas en el dorado estanque de aquellos ojos mágicos y sintió que el mundo entero le pertenecía. Incluso agradeció haber nacido fea y con un estigma en su cuello: las mujeres hermosas que habían transitado por su vida jamás lograron la felicidad que ahora la envolvía y la inundaba llenando cada hueco de su cuerpo.

—Cabalguemos antes de que sea noche cerrada. —Y Tomiko parecía aún más impaciente.

Tomiko subió a Shiben sin comprender enteramente las últimas palabras de su

amado. Cabalgaban veloces como el viento. A ambos les urgía llegar. Les quedaban largos años por compartir, pero el amor tiene prisa por hacerse cierto: sus cuerpos se deseaban tanto como sus corazones.

En apenas unas horas habían llegado al lugar. El inmenso cedro, la casa de Kitsune, se alzaba ante ellos dándoles la bienvenida. El inmenso zorro de nueve colas no se encontraba allí.

—Ven —dijo Hanzaburo tomando su mano y llevándola hasta el pequeño templo—. Me queda pendiente un regalo: tu regalo de prometida.

—Me basta con tus brazos.

—Pero yo quiero que descubras algo. ¿Me dejarás?

—Mi vida te pertenece. —Jamás creyó posible poder decir algo como aquello.

Entraron en el pequeño templo, perfectamente adecentado y perfumado por el incienso reciente ante la figura del zorro de piedra.

Hanzaburo recordó el momento en que ambos, ayudados por Dôjo y Shibem, retiraron la piedra bajo la cual descansaban los huesos de Kamakura; los quemaron y esparcieron las cenizas; después destrozaron la piedra. *¡Ya eres libre, maestro!*, había gritado Tomiko a modo de despedida. Aquella piedra del zorro no ocultaba ningún secreto, era el lugar a donde irían los espíritus de Kitsune y Hanzaburo cuando les llegase la hora de abandonar el mundo.

Hanzaburo recogió en sus brazos a Tomiko y la tumbó dulcemente sobre las losetas rojas del templo. Después la desnudó con mimo. Contemplar su cuerpo, blanco y como dividido en dos personalidades, le recordó los gemidos de la noche anterior.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó sin miedo Tomiko.

—Mostrarte otra de tus naturalezas.

Tomiko sintió los labios y la lengua, esta vez algo rasposa, posándose sobre todo su cuerpo, desde los dedos de los pies, hasta el nacimiento de sus cabellos. Era una sensación diferente a la sentida la noche anterior, como si esta vez, los labios que la recorrían no fueran los de Hanzaburo, sino los de un zorro.

Entreabrió ligeramente los ojos y, sí, allí estaba, recorriendo su cuerpo, un hermoso zorro plateado: no era Kitsune, este tan sólo tenía una cola.

Cuando los extraños besos estaban a punto de terminar el recorrido de su cuerpo, Tomiko notó que algo en ella se había transformado. Intentó levantarse, sin lograrlo. Se miró.

¡Su cuerpo no era el mismo, ahora era el de una hermosa zorra dorada!

A su lado, también sobre cuatro patas, el zorro blanco la olfateaba.

—¡Qué hermosa eres, mi amor dorado!

—¿Cómo lo has hecho?

—Bueno, algún poder me ha sido concedido, amada mía.

—¿Y para recuperar mi cuerpo?

—Hoy te ayudaré yo, eso sí, después de que hayas disfrutado con tu nueva naturaleza; después, cuando quieras, no tendrás más que desearlo mientras tu mente dibuja el cuerpo de Tomiko. —El zorro se lamió las patas—. Además, ahora tendré el exacto recuerdo de tu cuerpo, tu sabor y tu olor, en mis dedos, en mis labios... Cuando no te tenga cerca, me bastará repasar mis dedos y mis labios para dibujarte a mi lado.

—Tendré que hacer yo lo mismo —aseguró Tomiko.

—Bueno, mi cuerpo te pertenece, amada mía.

Una breve risa selló aquel pacto de amantes. Esa misma noche, las yemas de los dedos de Tomiko y su boca recorrerían todas las esquinas de Hanzaburo, hasta que todos sus sentidos memorizaron todos los recovecos, todos los olores, todas las texturas del cuerpo amado.

—Vamos, ¡sígueme!

Tomiko, o mejor, la hermosa zorra dorada, vio cómo se lanzaba a la carrera aquel zorro casi plateado y lo siguió. Apenas le costó unos segundos adaptarse a la nueva naturaleza de su cuerpo.

La felicidad de la carrera, el sentir el aire y las ramas bajas de los árboles como una caricia sobre su pelaje que lanzaba destellos dorados le hizo comprender las huidas de Hanzaburo durante días enteros: necesitaba, al menos de vez en cuando, recuperar una naturaleza animal que lo unificaba con aquello que protegía.

De pronto lo vio encaramarse a un árbol. Lo siguió a trompicones y con un ligero vértigo. Aún le faltaba la destreza de Hanzaburo para clavar sus uñas en la corteza y ascender, sin embargo, lo alcanzó en la rama donde él se había sentado a esperarla.

—¡Mira! —Y una de sus patas señaló el bosque, inmenso y virgen, a sus pies—. ¿Qué te parece?

—Es como si el Universo entero se concentrara entre los diferentes verdes y las venas plateadas de agua del bosque.

—Sentirás la necesidad, de vez en cuando, de recuperar tu cuerpo de animal. —Se giró para mirarla—. Déjate llevar por tu instinto en esos momentos. ¿Eres feliz?

—Yo ignoraba qué era la felicidad. Me bastaba con no sentir el odio de mis padres y mi hermano demasiado cerca, con sentir el cariño de Chikako a mi lado. —Cerró los ojos y guardó silencio—. Pero sí, ahora puedo decir que soy feliz. Inmensamente feliz. Y te lo debo a ti.

—No, te lo debes a ti misma, que no te conformaste, que fuiste generosa y partiste un día hacia las sombras para salir de ellas llena de luz.

Alguien más estaba subiendo por el tronco del árbol. Era Kitsune.

—Padre, espera, ahora bajamos —gritó Hanzaburo.

Cuando los dos llegaron a la base del tronco, Kitsune los esperaba.

—Gracias por las flechas de plata, padre —dijo Hanzaburo inclinándose ante su padre.

—Gracias a ti, a vosotros, por haber eliminado una parte oscura del mundo mágico.

Los ojos del zorro, idénticos a los de su hijo, miraban a la pareja con una ternura sin fisuras.

—Queríamos... —balbuceó Tomiko sintiéndose indigna—... Deseábamos vuestra bendición, Kitsune.

—Hace tiempo que conozco vuestros corazones. No sólo tenéis mi bendición, sino mi alegría. —Sus ojos se volvieron hacia Tomiko—. ¿Cómo te sienta la naturaleza animal?

Tomiko se miró: una hermosa zorra dorada.

—Me gusta.

—Me alegro. Recurre a ella cada vez que sientas zozobra, te calmará.

—Ha sido un hermoso regalo.

—¿Partís hacia Yamato? —preguntó Kitsune.

Hanzaburo miró a Tomiko esperando su conformidad antes de contestar.

—Sí, aún quedan asuntos pendientes.

Fue ella quien respondió a la pregunta. Tal vez fuera cierto y, tras la noche en los Ojos de la Serpiente, formaran una sola persona partida en dos.

—Os prepararé una cesta con vituallas. El cuerpo también necesita alimento.

Había dejado traslucir un deje de ironía. Kitsune recordaba los felices días con Umegae y comprendió las miradas impacientes en su hijo y su reciente esposa. No habían necesitado ninguna bendición, ningún papel firmado, para convertirse en marido y mujer. Así había sido siempre en el mundo mágico y en la naturaleza.

Después, cabalgaron juntos, con destino a Yamato, con destino a su propio futuro. Al futuro tan duramente logrado. A lomos de Shibem, el jinete se sintió samurái, y mujer y, ahora, también zorro. De alguna manera, Tomiko había muerto entre los besos de su amado, para nacer como un hermoso animal.

Tres muertes y tres nacimientos.

El río de la vida, pensó, discurrirá ahora con calma feliz. Giró la cabeza para mirar el rostro de Hanzaburo. *Sí, feliz y en calma.*

Notas

[1] Austeridad y soledad. <<